

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

Departamento de Historia de América (Antropología de América)



**LIPES EN LOS SIGLOS XIV-XVII.
CONSTRUCCIÓN DE UNA REGIÓN
GEOHISTÓRICA IDENTITARIA EN EL
ALTIPLANO SURANDINO Y CLASIFICACIONES
COLONIALES.**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Francisco M. Gil García

Bajo la dirección del doctor

Luis J. Ramos Gómez

Madrid, 2009

- **ISBN: 978-84-692-6753-0**

Universidad Complutense de Madrid
Facultad de Geografía e Historia
Dpto. de Historia de América II (Antropología de América)

TESIS DOCTORAL

Lipes en los siglos XIV-XVII.
Construcción de una región geohistórica identitaria en
el altiplano surandino y clasificaciones coloniales.

Francisco M. Gil García

Director: Dr. Luis J. Ramos Gómez

Madrid – 2008

Lipes en los siglos XIV-XVII.
Construcción de una región geohistórica identitaria en
el altiplano surandino y clasificaciones coloniales.

Tesis realizada bajo la dirección del Dr. Luis J. Ramos Gómez en el Dpto. de
Historia de América II (Antropología de América) de la Universidad
Complutense de Madrid, que para la obtención del Grado de Doctor
presenta D. Francisco M. Gil García

Índice

Tesis Doctoral

Índice de mapas.	9
Índice de figuras.	11
Agradecimientos.	13
Nota sobre la cita de las fuentes coloniales.	19
Consideraciones preliminares y presentación.	23
<i>I.- Cuando los datos escasean. Tratamiento de las fuentes y aspectos metodológicos de la investigación.</i>	47
I.A.- Investigaciones arqueológicas en el Altiplano de Lipez.	55
I.B.- Paisajes y paisanaje de Lipes en los textos. Una presentación de las fuentes coloniales.	57
I.B.1.- Lipes en la documentación del siglo XVI.	58
I.B.2.- Lipes en la documentación del siglo XVII.	66
I.B.3.- Lipes en la documentación del siglo XVIII.	69
I.B.4.- Lipes en la documentación del siglo XIX.	72
I.C.- Frente a los estereotipos, soluciones documentales interlineadas.	73

<i>II.- Ásperas punas, carneros de la tierra y cerros de plata. Naturaleza y localización de los espacios de Lipes.</i>	83
II.A.- El espacio geográfico del Altiplano de Lipez.	84
II.B.- Espacios operativos, espacios percibidos. En torno a la aprehensión colonial de los espacios de Lipes.	99
II.B.1.- Lipes: paisajes para un topónimo.	102
II.B.2.- Lipes: territorios evanescentes.	124
<i>III.- Fronteras compartidas, sociedades aproximadas. Suma arqueológica del Altiplano de Lipez en el Período Tardío.</i>	147
III.A.- ¿Ecos centro-surandinos en Lipez?	150
III.A.1.- Señoríos aymaras. Organizando un rompecabezas étnico al sur del Titicaca.	152
III.A.2.- El señorío Mallku.	166
III.B.- ¿Tres zonas, cuántas culturas? En torno al manejo prehispánico de los espacios de Lipez.	184
<i>IV.- Mitmaqunas y salvajes. Lipes en el Período Inca.</i>	203
IV.A.- Rastreado una organización imperial. Evidencias arqueológicas de la presencia inca en Lipez.	205
IV.B.- Gente ruin, minas de colores. La incorporación de Lipes al Tawantinsuyu según la visión inca del Otro.	215
IV.C.- Oscuridad salvaje. Lipes desde la óptica del “pensamiento andino”.	226
IV.C.1.- El tiempo de los chullpas. La representación etnográfica del pasado prehistórico en Lipez.	229
IV.C.2.- Civilizadores genocidas. La llegada de los incas y la batalla contra el Otro.	235
IV.C.3.- Lipes, ¿un espacio-tiempo salvaje en los albores de la civilización?	238

<i>V.- Límite de conquista, borde de colonia. Geopolítica de Lipes en las dinámicas de reorganización territorial coloniales.</i>	253
V.A.- La geopolítica del tapón. Lipes y la frontera meridional de Charcas.	255
V.A.1.- Los lipes: un repartimiento disputado en el marco de las Guerras Civiles del Perú.	265
V.B.- Definición de términos, circunscripción de territorios. Jurisdicción y demarcación del territorio de Lipes.	274
V.B.1.- Composición de espacios, reducción de gentes. En torno a los territorios indígenas y las demarcaciones coloniales.	277
V.B.2.- Tratando de perfilar un territorio evanescente. Contornos y jurisdicción del territorio de Lipes.	295
<i>VI.- ¿Quiénes, dónde, cuántos? Clasificaciones coloniales en el contexto de una frontera intercultural geoestratégica.</i>	327
VI.A.- Retomando estereotipos. aymaras y urus, habitantes de Lipes.	329
VI.B.- Forzando las diferencias: policía, tributo y el problema de las identidades en Lipes.	337
VI.B.1.- Los que pasan por bárbaros. Proyectando el “problema uru” sobre el paisanaje de Lipes.	341
VI.B.2.- Tanto tienes, tanto debes. Considerando las clasificaciones coloniales desde el tributo indígena.	350
VI.C.- Los otros indios de Lipes. En torno a las identidades interdigitadas.	370
VI.C.1.- Entre el mimetismo y la impostura. Indios cimarrones y flexibilidad identitaria en Lipes.	377

Índice

<i>VII.- Desacato y mentiras. Ahondando en los estereotipos a partir de las relaciones hispano-indígenas en Lipes.</i>	383
VII.A.- Según el estereotipo, así el cacique. En torno a las autoridades indígenas de los lipes.	384
VII.B.- “Todo es hablar mentiras”. Acerca de las relaciones hispano-indígenas en Lipes.	397
<i>VIII.- De las punas a la Villa Imperial. Reordenamiento territorial y explotación económica de Lipes en el marco de los mercados potosinos.</i>	425
VIII.A.- De las punas a la Villa Imperial. Los lipes en el mercado de Potosí.	429
VIII.B.- Caravanas de llamas y desarrollo de Potosí. Los lipes en la articulación económica del hinterland potosino.	441
<i>IX.- Cerros de plata, indios que los labren. La integración de Lipes en los espacios económicos de la minería surandina.</i>	455
IX.A.- Tierra de muchos colores. El potencial geominero de Lipes a partir de las fuentes coloniales.	457
IX.B.- Parajes de los cerros, paisajes de frontera. Los asentos de minas como avanzada del dominio territorial.	474
IX.C.- Originarios, yanaconas y forasteros. El trabajo de los lipes en el mineral surandino.	498
IX.D.- “¿Cómo harían entonces?” La crisis de la economía minera en Lipes o el ocaso de una región.	521
Consideraciones finales y logros de la investigación.	531
Referencias bibliográficas A: fuentes documentales inéditas.	551
Referencias bibliográficas B: fuentes impresas.	561

Apéndice Documental

(en volumen aparte)

Índice de mapas

II-1: División político-administrativa actual del territorio de Lipes (Potosí, Bolivia).	85
II-2: Croquis orográfico e hidrográfico del altiplano boliviano.	88
II-3: Áreas geográfico-culturales del altiplano centro-surandino.	89
II-4: Croquis hidrográfico del Altiplano de Lipez.	91
II-5: División tripartita del Altiplano de Lipez en áreas geo-culturales.	98
III-1: Señoríos aymaras en el altiplano centro-surandino.	154
V-1: <i>Carta geográfica de las provincias de la gobernación del Río de La Plata, Tucumán y Paraguay. Con parte de las confinantes, Chile, Peru, Santa Cruz, y Brasil, con detalle del territorio de Lipes.</i> 1683.	282
V-2: <i>Mapa del Chaco. Fronteras, ríos caudalosos y expresión de parte de sus naciones [...], con detalle del territorio de Lipes.</i> 1774.	283

Índice de mapas

V-3: <i>Demostración de las Provincias interiores del Perú, que componen parte del Virreinato de Buenos Aires. Posterior a 1776.</i>	285
V-4: <i>Demostración geográfica de las provincias que abraza cada intendencia de las establecidas en la parte del Perú desde Salta, pertenecientes al Virreinato del Río de La Plata. 1783.</i>	322
V-5: <i>Carta geográfica que contiene los seis partidos que comprende la Provincia de Potosí. 1787.</i>	324
VI-1: Lipes, territorios adyacentes y grupos indígenas vecinos.	372
IX-1: Yacimientos argentíferos y asientos de minas en Lipes.	485
IX-2: Procedencia de los indios que asisten a las minas de San Antonio del Nuevo Mundo según los datos del padrón de 1684.	515

Índice de figuras

II-1: Paisaje geomorfológico de mesas en Nor Lípez, con Salar de Uyuni.	86
II-2: Paisaje de pajonales en las proximidades de Laguna Colorada, Sur Lípez.	93
II-3: Flamencos en Laguna Hedionda, Sur Lípez.	94
II-4: Paisajes desérticos de Sur Lípez.	95
II-5: Paisajes de bofedales en Sur Lípez.	96
II-6: Concentración de tolas en Nor Lípez.	97
III-1: <i>Edad de Auca Runa</i> . Representación del asalto a un pukara según grabado de Guaman Poma.	160
III-2: Astiles decorados procedentes de una tumba del sitio Mallku Abajo.	170
III-3: Estilos del grupo cerámico Mallku/Hedionda.	175

Índice de figuras

III-4: Motivos rupestres antropomorfos, zoomorfos y geométricos representativos del Señorío Mallku.	178
III-5: Patrones urbanísticos en Lípez durante el Período Tardío.	186
III-6: Plantas redonda y cuadrada de dos viviendas de Nor Lípez	187
IV-1: Planimetría del sitio arqueológico de Laqaya (Nor Lípez).	213
IV-2: <i>Edad de Uari Runa</i> según grabado de Guaman Poma.	243
V-1: <i>Amojonadores incas y Caminos Reales mojonados</i> según grabados de Guaman Poma.	279
VIII-1: Aparejo empleado en la carga de llamas.	440
VIII-2: Esquema de los productos puestos en circulación en el <i>hinterland</i> potosino.	443
VIII-3: Caravana de llamas transportando plata de Potosí a Arica.	450

Agradecimientos

A lo largo de todo trabajo de investigación, el autor siempre termina debiendo una parte del mismo al apoyo y al consejo de otras personas que le han dedicado tiempo, buen hacer, paciencia, cariño y amistad, y por todo lo cual se hacen merecedoras de un reconocimiento especial.

Me gustaría empezar expresando mi agradecimiento a la Fundación Ramón Areces y a su Programa de Becas para la realización de Tesis Doctorales en España, del que fui beneficiario con una Beca en materia de Historia desde enero de 2002 hasta octubre de 2005. Estoy convencido de que sin su respaldo esta investigación no habría llegado a buen puerto, o de que, cuando menos, habría tenido una travesía muy diferente.

En segundo lugar, he de expresar mi reconocimiento al Dr. Luis J. Ramos Gómez, que en 2001 aceptó la dirección de esta Tesis Doctoral. Gracias tanto por dejarme hacer como por tus oportunos golpes de timón, que indudablemente han contribuido a enlustrecer el producto final; también por las manos que, en éste y otros asuntos, me has tendido a lo largo de estos años.

En octubre de 2005 me incorporé como Profesor Ayudante no Doctor a Tiempo Completo al Dpto. de Historia de América II (Antropología de América)

de la Universidad Complutense de Madrid. Dejé entonces llevar una vida de becario y quedé ligado a otras obligaciones, que si bien no pueden ser consideradas excusa para la ralentización que a partir de entonces sufrió esta Tesis Doctoral, sí han sido al menos una causa entre otras muchas. Sin embargo, muy por encima de ello está mi agradecimiento al Departamento, por la confianza depositada en mí y por el excelente trato que siempre recibí de sus todos sus miembros, como alumno, como doctorando y como compañero. Entre ellos, mención especial merece Jesús Adánez Pavón, por su paciencia a la hora de atender mis consultas y por su buena disposición a la hora de echarme una mano, entre otras cosas, en asuntos relacionados con la informática.

Con Axel E. Nielsen y José Luis Martínez Cereceda mantengo una deuda intelectual notable de la que quisiera dejar constancia, pues mi trabajo bebe abundantemente de sus investigaciones arqueológicas y etnohistóricas en el Altiplano de Lípez y áreas limítrofes. Por su parte, el primero de ellos es además culpable de que allá por 2001 mis pasos se encaminasen por vez primera hacia aquellos pagos, de donde ya no pude escapar y por lo que le estoy muy agradecido.

Carmen Bernand y Gerardo Fernández Juárez han sido en todo este tiempo, en Madrid, Toledo o París, dos amigos que desde el principio han estado ahí, escuchándome, prestándome su apoyo y brindándome sabios consejos. A Carmen debo agradecer además el acceso a cierta bibliografía francesa, parte de ella inédita, que resultó de gran interés para mi trabajo. Las charlas mantenidas con Gerardo sobre el universo de las tesis doctorales y el salero con que al final me instaba a dar carpetazo a la mía no se pagan ni con un chino bolo ni con un japonés gato, pero confío en que seguiremos frecuentándonos.

Patricia Cruz Pazos y José Luis de Rojas y Gutiérrez de Gandarilla me ayudaron con la lectura y la paleografía de algunas de las fuentes documentales

Agradecimientos

utilizadas en la investigación. A José Luis debo agradecer también su asesoramiento en materia de legislación novohispana de fines del siglo XVI y comienzos del XVII, sobre adelanto de pagas y retención de indios por deudas en minas y obrajes.

Agradezco a Ángel Sanz Tapia la información que en su día me pasó acerca de ciertos personajes con cargo en el gobierno de Lipes a fines del siglo XVII. Finalmente no la incluí en mi trabajo, pero eso no resta calidad a su gesto.

No me olvido del personal del Archivo General de Indias (Sevilla), del Archivo General de la Nación (Buenos Aires), del Archivo Histórico de la Casa Nacional de la Moneda (Potosí), del Archivo nacional de Bolivia (Sucre), y también al de otras instituciones españolas, argentinas y bolivianas cuyos fondos documentales he consultado. Generalmente los investigadores llegamos con prisas, ignorantes de horarios o incluso de cierres temporales, con mucho que buscar -a veces desorientados en la búsqueda- y más que fotocopiar, y ellos siempre saben estar a la altura para satisfacer nuestras demandas. En realidad, no sé si siempre, pero conmigo al menos siempre se portaron bien. Reconocimiento éste extensivo al personal del Instituto Interdisciplinario Tilcara, el Museo Arqueológico Dr. Eduardo Casanova y la Residencia del Pukara, viejos amigos desde 1997, que siempre contribuyeron a que mi paso por Tilcara (Jujuy, Argentina) camino de Bolivia o de regreso a Buenos Aires fuera mucho más agradable y provechoso.

A lo largo de todos estos años desde 2001 he contado con la hospitalidad de buenos amigos y de gente que de repente me abrió las puertas de su casa. En Sevilla, Tristan Platt. En Buenos Aires, Maximiliano Berardi y Pablo Mercoli y Verónica Seldes. En Tilcara, nuevamente Pablo y Verónica, y también Axel Nielsen y Luis Rotger (+) y Rita, *Chela*, Peralta. En La Paz, Yolanda Borrega Reyes y Mircko Vera Zegarra. En Potosí, Gustavo Slucka y Karen Zárate. A

Agradecimientos

todos vosotros y a vuestras familias, gracias por el techo, el plato y la compañía y el afecto que siempre me brindasteis, esto último quizás lo más importante cuando uno está lejos de casa. En Santiago “K” (Nor Lípez, Potosí, Bolivia), donde desde 2001 desarrollo una investigación de campo etnográfica independiente de esta Tesis Doctoral, pero parte de la cual he incorporado puntualmente a ella, sería injusto particularizar este agradecimiento sólo en la persona de César Justino Calcina Lupa y Eva Quispe Cayo, mis compadres, y familia, manifestando más bien mi deuda con el conjunto de la comunidad; me parece que esta investigación (etno)histórica se la debo como contrapartida a todas las atenciones que ellos me vienen prestando desde entonces.

Durante el tiempo que he estado aplicado en sacar adelante esta Tesis Doctoral he recibido el apoyo, el cariño y la comprensión de familiares y amigos. Llevar a cabo una investigación puede resultar más o menos fatigoso, pero tener que aguantar al investigador en su cotidianidad monotemática y compulsiva puede llegar a ser, sin lugar a dudas, agotador. Vayan por ello mis disculpas y mi agradecimiento. Con Jesús Francisco, *Ketxu*, Torres Martínez y con Patricia Cruz Pazos me une el haber compartido esta aventura de sacar adelante una Tesis Doctoral, con sus gozos y sombras, lo que les convierte en camaradas. Sin duda alguna es Estefanía Rivas Díaz, que por el camino me dio el “sí quiero”, quien más ha padecido al investigador y su tema, siempre ahí, paciente. Sólo ella sabe cuánto le debo.

En estos casos se tiende a hacer un esfuerzo de memoria para recordar a todos aquellos que en algún momento hicieron algo por uno o por su trabajo, aunque es posible que alguien quede olvidado. De ser así, por favor, que el ausente en estos agradecimientos no me lo tenga en cuenta y se dé igualmente por aludido en la parte que crea que le toca.

Agradecimientos

Por supuesto, tanto mi Director de Tesis como todos aquellos que, voluntariamente o a petición mía, han tenido algo que ver con esta investigación y con la presentación de sus resultados, quedan exculpados de toda responsabilidad en los errores de forma y fondo que este trabajo pueda contener, de los cuales yo, el autor, soy único responsable.

Nota sobre la cita de las fuentes coloniales

Como habrá ocasión de ir descubriendo a lo largo de la investigación aquí presentada, las fuentes coloniales que tratan sobre el territorio de Lipes y los indios lipes conforman un corpus reducido y ecléctico, en el que los datos escasean y donde priman los documentos someros y los textos estereotipados; una circunstancia que obliga a bucear en un mar documental de naturaleza muy diversa. Una proporción notable de estas fuentes está publicada, pero otra buena parte permanece inédita en los archivos, algunos documentos bajo títulos que poco ayudan a la hora de encontrarlos. En cualquier caso, mi intención en este trabajo es la de ser lo más transparente posible en la referencia de las fuentes, con la intención de facilitar al lector interesado la tarea de verificar mis datos y/o de dirigirse a ellas con puntos de vista diferentes. Por este motivo, ofrezco a continuación la clave según la cual cito y reproduzco los documentos coloniales en el texto.

1. Independientemente de que se trate de fuentes publicadas o manuscritas, a la hora de reproducir fragmentos textuales, éstos irán destacados en *cursiva*, a diferencia de aquellos extraídos de estudios actuales, en los que se mantendrá el mismo tipo de letra que en el resto del texto.

2. Tanto en el caso de fuentes publicadas como en el de manuscritos inéditos, la ortografía y la puntuación se mantendrán fieles al original citado, aunque reconstruyendo entre dobles corchetes -[[...]]- las abreviaturas del texto.
3. En las citas de documentos manuscritos se mantendrá la foliación original en caso de tenerla, aún cuando estén incluidos en un legajo encuadernado, indicando recto y verso (p. ej. f. 7r, fs. 32v-49r). En caso de carecer de ella se aplicará una paginación correlativa de principio a fin (p. ej. p. 13, pp. 25-36).
4. En el caso de fuentes ya publicadas, se respetará el criterio de cada editor. En consecuencia, y para evitar confusión con las glosas que éste haya introducido en el texto original, mis propias acotaciones aparecerán siempre entre dobles corchetes -[[...]]-.
5. Puesto que la mayoría de autores coloniales son conocidos por su nombre completo, a fin de identificarlos claramente serán citados por su nombre y apellidos (p. ej. Juan Lozano Machuca, Bernabé Cobo), mientras que en la cita de autores actuales se utilizarán las iniciales y su primer apellido (p. ej. J. Barnadas).
6. Dado que la mayoría de fuentes coloniales publicadas suelen contar con varias ediciones, y que el lector interesado en verificar una cita concreta puede consultar una edición diferente de la aquí manejada, se facilitarán en primer término, y metidas entre corchetes -[...]-, todas las referencias posibles acordes con el original, seguidas de la referencia correspondiente a la edición por mí utilizada.

Ejemplos:

(Álvarez [1588, nº 729] 1998: 401).

(Cobo [1653, Libro III, cap. XXIV] 1964-I: 126-127).

(Lozano Machuca [1581] 1965: 59).

(Matienzo [1567, Parte II, cap. IV, título XV] 1967: 244-245).

(Poma de Ayala [1615, f. 63 y ss] 1987: 58 y ss).

7. Asimismo, en el caso de los manuscritos inéditos, se indicará en primer lugar la abreviatura del archivo en el que se encuentren, y a continuación todos los datos que faciliten su ubicación topográfica.

Ejemplos:

(AGI, Charcas 43, Cartas de DdLB #1, p. 2/ 14-4-1584).

(AGI, Escribanía 849B, Legajo 7 de los Pleitos de La Plata, N° 12/ 1667).

(AGI, Mapas, Buenos Aires, 29/ 1683).

(AGNA, Sala XIII, 18-6-5, pp. 28-29/ 1602).

(ANB, Expedientes Coloniales, N° 16, f. 5r/ 1649).

(CNM-AH, Cajas Reales 1, fs. 56-57/ 1550).

8. En las bibliografías se recogen únicamente las referencias citadas en el texto, separadas en dos listados diferentes según se trate de fuentes inéditas (ordenadas por archivo) o impresas (ordenadas alfabéticamente por apellidos). A este respecto, la documentación colonial impresa aparecerá recogida en el segundo listado, indexada por orden alfabético.

Consideraciones preliminares y presentación

No cabe duda de que la conquista de las Indias estuvo condicionada en buena medida por una serie de imágenes preconcebidas en la mente de sus protagonistas, componedores de representaciones de la realidad geográfica y natural de los nuevos territorios, así como de los grupos humanos que los poblaban. Es por ello que cabría decir que el Nuevo Mundo se iba construyendo antes de ser conquistado, o cuando menos a medida que lo era, siendo contemplado a través de la que M. A. Perera (1994) ha considerado como una “mirada perdida”, rendida a universos que desafiaban a los paradigmas instalados en la Razón de Occidente. Es por ello que geógrafos, cronistas, hombres de ciencia y artistas se vieron así en la necesidad de recurrir a sus propias mitológicas para dotar de contenido a aquellas *terrae incognitae* que a ritmo vertiginoso iban siendo descubiertas, conquistadas y colonizadas. Ignorando cualquier tipo de percepción de la realidad que las sociedades amerindias pudieran tener de *su* mundo, la lógica etnocéntrica de estos creadores de imágenes interpretó lo desconocido a través de lo conocido, creando nuevos órdenes cuando la novedad carecía de referentes preexistentes.

Desde esta perspectiva, las fronteras del Nuevo Mundo se fueron construyendo por adición de historias, saberes y poderes, de tal modo que la

corografía colonial, al menos la de los primeros tiempos, acabó por perfilar territorios evanescentes a partir de referencias geográficas y/o humanas que resultaban apercibidas. Tal es así que podría decirse que el imperio español en Indias se fue conformando por adición de confines conocidos y dominados, por más que su conocimiento fuera en ocasiones indirecto y su dominio ilusorio. Unos términos desbordados muchas veces por las distancias geográficas y por el desconocimiento fáctico de los territorios intermedios y de los grupos humanos que los habitaban. En este sentido, bien diferentes resultaron las realidades de las llamadas áreas nucleares frente a las áreas periféricas. Las primeras, correspondientes con los estados imperiales prehispánicos azteca e inca, donde se planteó una suplantación de poderes con mayor o menor éxito operativo. Las segundas, márgenes de estos imperios prehispánicos llamadas a convertirse en fronteras del imperio español, algunas de ellas (básicamente, el norte de Nueva España, y la Araucania y la Pampa, los valles calchaquíes y el Chaco en Sudamérica) adjetivadas como “fronteras bárbaras” (*sensu* Giudicelli 2005; Vitar 1995; Weber 1998, 2007): territorios salvajes, desnaturalizados, deshumanizados, “Flandes indianos” (*sensu* Lázaro 1997) incorporados a la Corona pero donde el orden colonial apenas si estaba impuesto. Un orden colonial que para G. Boccara (2001, 2002, 2003, 2008) resultaba continuamente trampeado por las poblaciones indígenas a partir de la interdigitación étnica y las alianzas multiétnicas, y que los españoles trataron de consolidar desde la puesta en marcha de procesos de etnogénesis y de etnificación que les permitieran romper tales arterías.

En este sentido, sin comprender la lógica territorial indígena y perdidos en la complejidad del rompecabezas étnico, los españoles, unas veces reproduciendo clasificaciones preexistentes, otras generando nuevos tipos, tendieron a asociar biunívocamente topónimos con etnónimos, de tal manera que todos los habitantes de un territorio recibieran el mismo nombre que éste. He aquí, quizás simplificando en exceso, la base para los procesos de etnogénesis y de

etnificación puestos en marcha por la Colonia: creación de nuevas categorías de identificación u homogeneización de las identidades étnicas, respectivamente, de tal manera que el asiento de los grupos humanos casara con esa división de provincias-territorios emanada de la propia dinámica de conquista y colonización, y refrendada por la Administración. De este modo, el contingente indígena sufrió una serie de reajustes identitarios que implicaron al mismo tiempo su fijación a un territorio, aplicándose la Colonia a fondo en una composición de espacios y una reducción de gentes que permitiese ordenar los nuevos espacios en el sentido de someterlos a jurisdicción primero y a tributación después. De aquí que autores como G. Boccara (2003, 2008) o B. Schwartz y F. Salomon (1999) planteen como fundamental repensar los confines pensando desde ellos, acentuando 1) el dinamismo de las clasificaciones coloniales, 2) las formas de resistencia indígena y 3) la emergencia de mundos nuevos en el Nuevo Mundo.

Paisaje de paisajes, territorio de frontera, barrera infranqueable y permeable a la vez, escenario de encuentros y desencuentros a lo largo de su historia, confín en los límites de la civilización y frontera en los imperios inca y español, **el caso de Lipes que aquí presento resulta paradigmático en lo que a procesos de construcción regional y de etnogénesis se refiere, y además por este orden**. Primero los incas sentaron las bases de *Lipes* como una región geohistórica identitaria, y posteriormente los españoles, luego de aplicar sobre ellos una serie de identificaciones de tipo más tributario que étnico, y en virtud de esa tendencia a asociar biunívocamente topónimos y etnónimos, terminaron por insertar a sus habitantes dentro del sistema colonial bajo el rubro de *los lipes*. ¿Dónde? En Lípez, resultando del todo intencional la diferencia de grafía en el topónimo. *Lipes* como región geohistórica, paisaje de paisajes cuya construcción conjuga componentes reales e imaginarios que se fueron matizando a lo largo de la Colonia, en función fundamentalmente de intereses geopolíticos y económicos. *Lípez* como región geográfica física, el Altiplano de Lípez, y como demarcación

político-administrativa dentro de la Bolivia actual, la antigua provincia de López, posteriormente dividida en Nor y Sur L pez, más Enrique Valdivieso, en el extremo suroccidental del departamento de Potosí.

En términos meramente geográficos, el Altiplano de López constituye la parte más meridional del vasto altiplano boliviano, descrita habitualmente como la región más árida del país a consecuencia de su extrema sequedad y sus bajas temperaturas; de ahí que haya quien se refiera a ella como Puna de López e incluso como Desierto de López (Montes 1989: 153). Al norte, el Salar de Uyuni (3.360 m.s.n.m.), desde donde el altiplano, encajado entre las cordilleras Occidental de los Andes y de López, último ramal de la cordillera Oriental o Real, empieza a ascender paulatinamente dando lugar a un t pico paisaje geomorfológico de mesas por encima de 3.900 m.s.n.m., entre las cuales se extienden pampas y se elevan cerros aislados o pequeñas serranías con picos de más de 5.000 m.s.n.m. Hacia el sur, L pez se va perdiendo entre lagunas salobres y pequeñas salinas, fundiéndose por el oeste con el Desierto de Atacama al cambiar de vertiente y penetrar en Chile, y por el este con la Puna de Jujuy al alcanzar la frontera con Argentina, espacios junto a los cuales forma parte de esa macro-área geográfica y a la vez cultural que es la Puna Salada (también llamada Región Circumpune a), marcada por ecosistemas de altura, oasis y valles en las tres vertientes del alzamiento puneño, que se prolonga hacia el sur hasta la latitud de Catamarca en Argentina y Cha naral en el litoral chileno. Un Altiplano de López marcado por la diversidad medioambiental en el que se alternan a) la llanura aluvial, fría y árida, de terrazas medias y bajas, ricas en recursos animales y vegetales y propicias para la agricultura (Sector Norte), b) paisajes de desierto subalpino con alternancia de pampas rocosas y arenosas y de pajonales, superficies ligeramente pantanosas y lagunas salobres donde abundan los recursos cinegéticos (Sector Suroeste), y c) paisajes rocosos y arenosos donde un medioambiente desértico y un clima demasiado frío y seco han popularizado esa imagen de López como tierra inhóspita, gélida y desolada (Sector Sureste).

Precisamente un estereotipo de territorio inhóspito y en parte inhabitable que, al más puro estilo del determinismo ecológico-cultural, dio lugar a que tanto incas como españoles considerasen a sus habitantes como gentes hoscas, bárbaras cuando no salvajes, y a que el orden colonial los tildase de desacatados.

En este marco es donde se encuadra esta investigación, cuyo objetivo es **intentar desentrañar los mecanismos mentales por un lado, y territoriales, políticos y económicos por otro, que a lo largo de la Colonia motivaron la construcción regional de Lipes y la etnogénesis de los lipes como parte de un entramado geográfico relacional de Potosí con su *hinterland* minero.**

En 1545 el indio Diego Huallpa descubre para los españoles la riqueza argentífera del Cerro Rico de Potosí. Este acontecimiento, que desde la lógica mestiza se iría cargando de profundo simbolismo, sacudió al mundo indígena desde diferentes ángulos y provocó el vuelco no sólo de la economía colonial española sino de la economía mundial. A partir de este momento el altiplano centro-surandino empezó a experimentar una serie de profundas transformaciones en diferentes ámbitos sociales, políticos, económicos, territoriales, étnicos e incluso ideológicos, que pasaron a reestructurarse en torno a la construcción de nuevos espacios, aquellos nacidos al mismo tiempo de las propias dinámicas de conquista y colonización y de la explotación de las riquezas minerales potosinas. En este sentido, la Corona trataría de amoldarse a las divisiones indígenas preexistentes buscando superponer a ellas su propio planeamiento territorial. Fue como resultado de esta necesidad de ordenar el mundo indígena de acuerdo con los intereses coloniales como se alinearían las denominaciones indígenas, haciendo corresponder grupos humanos con identidades étnicas y con territorios; una lógica en la que los españoles primaron lo funcional sobre lo histórico, sin contemplar que aquel mosaico era el resultado de otro imperio reciente, el de los Incas, ni que aquella gente iba a tratar de aprovechar el nuevo orden para reacomodar sus posiciones ventajosamente.

Es por este motivo que G. Boccara (2002) llama la atención sobre el hecho de que hablar de fronteras en el mundo colonial implica un doble proceso creativo de sujetos coloniales colectivos e individuales. Los primeros, representando a las etnias arraigadas en territorios de adscripción determinados, tanto desde la Administración como en lo tocante a la geografía y el gobierno eclesiásticos. Los segundos, encarnados en las elites indígenas, consideradas desde su participación en el gobierno, la policía, la justicia y la tributación locales o regionales, aunque en esta categoría de “sujetos coloniales individuales” bien podrían incluirse también los nombrados por K. Spalding (1974) como “escaladores sociales”; esto es, personajes especialmente diestros en la manipulación de redes sociales y económicas que implican al mismo tiempo a indios, españoles y mestizos. Precisamente por este ejercicio de (re)creación y representación de categorías coloniales, se van a generar también tipos o clases marginales, colectivas e individuales, que no terminan de encajar en ese nuevo entramado de territorios e identidades, obligando entonces a la Administración colonial a generar nuevas fronteras y nuevas figuras de alteridad (Boccara 2003, 2008). He aquí el principio rector de buena parte de los procesos de construcción regional y de etnogénesis y etnificación acaecidos en la América colonial. Y ésta es la situación que precisamente se plantea en Lipes, por lo que mi interés en este trabajo será el de **analizar cómo la dinámica colonial construye una *región de Lipes* a partir de unos intereses económicos y geopolíticos imbricados en la representación geográfico-cultural de sus paisajes y su paisanaje.**

Resultado de las modas y de los cambios de paradigma en las maneras de hacer (etno)historia y antropología, este tipo de estudios de construcción regional y de etnogénesis y etnificación ha experimentado en los últimos tiempos un auge notable, del que participan también las investigaciones sobre clasificaciones coloniales y sobre dinámicas socioculturales en las fronteras de los distintos

imperios coloniales en América. Un auge que J. Hill (1996) interpreta tanto al amparo como al servicio de la reconstrucción de las culturas indígenas bajo la dominación colonial, la geopolitización de las identidades amerindias con relación al surgimiento de los estados americanos independientes, o la mitificación y ensalzamiento de las naciones indias. En cualquier caso, este tipo de estudios contribuye a que recuperen o adquieran protagonismo grupos indígenas olvidados o silenciados por la Historia y la Antropología, enfatizándose entonces su capacidad de adaptación a las transformaciones identitarias y locacionales, ya fueran voluntarias o forzosas. Ahora bien, tal y como se cuestiona G. Boccara (2001: [3]), si el *Otro* se (re)construye como grupo a partir de categorías provenientes de (etno)historiadores y antropólogos ajenos a *su* cultura, ¿hasta qué punto estas categorías son reales o tan sólo una más de las narrativas posibles? ¿Verdaderamente existe la posibilidad de devolver el protagonismo a estos *otros*? ¿Realmente les queda voz o están alienados por discursos etnocéntricos que les son ajenos? ¿En qué grado, en tanto que resultantes de un proceso de dominación colonial, las fuentes que hablan de ellos no están asimismo henchidas de sentidos que hoy somos incapaces de rastrear? Es por ello que, de acuerdo con este mismo autor, toda investigación sobre clasificaciones coloniales y/o sobre procesos de etnogénesis y etnificación debiera tratar de ser lo más puntillosa posible a la hora de encuadrar los contextos histórico-culturales propios del caso que estudien, y mucho más cuando se abordan regiones de frontera, donde los discursos, las ideologías y los actos materiales quedaron notablemente marcados al mismo tiempo por la anomia, la polisemia y la heteronomía (Boccara 2001: [19-20], 2008: 25-29, 33-38).

A esta exigencia, de tipo casi deontológico, se debe la caracterización que en esta investigación hago de **Lipes como región geohistórica identitaria**, tratando de reunir en un mismo concepto las implicancias de una dinámica de construcción regional fuertemente marcada por las representaciones de la

alteridad espacial y humana contenida en dicha región, y de la cual derivó un proceso de etnogénesis. Intentaré explicar este argumento.

Los estudios tanto arqueológicos como etnohistóricos constatan que Lipez constituyó un espacio multiétnico que sucesivamente incas y españoles fueron dotando de contenido geopolítico en función de sus propios esquemas mentales y sus intereses imperiales, y que además los españoles homogeneizaron mediante un proceso de etnificación. Un territorio que en ambos casos adquirió carácter de confín, una representación en buena medida derivada de sus condiciones medioambientales y del carácter de las gentes que lo poblaban. Un territorio yermo e inhóspito sobre el que los incas proyectaron una frontera civilizatoria a partir de la cual construyeron una región salvaje habitada por salvajes. Un territorio yermo e inhóspito habitado por indios desacatados, pero al mismo tiempo rico en recursos minerales, a partir del cual los españoles construyeron una región de naturaleza económica y geoestratégica integrada en el reordenamiento de los espacios económicos del *hinterland* potosino, y constituida en cierto modo como un tapón en la inestable frontera meridional de Charcas. Por todo ello cabe decir que la región de Lipes nació como una frontera en la frontera, condición que ha mantenido a lo largo de su historia.

En este sentido, por implicar la idea de *región* una entidad territorial construida cuya coherencia depende de la contigüidad del acontecer histórico-cultural, construir una región implica poner límites físicos a un espacio geográfico a partir del conocimiento y explotación de dicho territorio, que está asimismo habitado por gentes que le dan sentido identitario desde el punto de vista sociocultural. Es por esto que la región queda constituida a partir de sus paisajes y de su paisanaje. Así, los constructores de regiones son a la vez componedores de límites y creadores de imágenes espaciales y folclóricas, especialistas en geografía física, política y humana, que trazan las interrelaciones entre el medio físico, sus habitantes y las actividades de éstos en aquel, de tal

modo que homogeneizar los paisajes e identificar (incluso etnificar) a su paisanaje constituyen las piezas clave de todo proceso de construcción regional¹.

Por eso, al análisis de la construcción de Lipes como una región geohistórica identitaria es necesario añadir el estudio de las clasificaciones coloniales, porque en términos de etnogénesis Lipes no tendría razón de ser durante la Colonia sin los lipes. En consecuencia, y a tenor de los parámetros hasta aquí presentados, la construcción regional de Lipes en época colonial implica considerar tres axiomas: *ásperas punas* que hacen de Lipes un territorio periférico y marginal dentro del virreinato del Perú, *cerros de plata* exponentes de su potencial económico por explotar, e *indios desacatados* sin gobierno ni policía, de cuyo sometimiento y dominio efectivo dependían los intereses económicos y geopolíticos de la región construida. Un trinomio que constituye el marco de sentido desde el cual se articula la investigación que aquí presento, centrada en el **análisis de los mecanismos coloniales de (re)definición y (re)ordenamiento de los paisajes y el paisanaje de Lipes de cara a su integración en el orden general de la Colonia, y en virtud de lo cual se impuso la necesidad de fijar unos límites territoriales y clasificar a las gentes que los poblaban.**

Considerando así la construcción regional de Lipes como un proceso de representación espacial, reordenamiento territorial y clasificación étnica fruto de las dinámicas coloniales de dos imperios, inca y español, tres son las **líneas de conflicto** que guiarán esta investigación:

- los universos mentales proyectados por incas y españoles tanto sobre los espacios de Lipez como sobre los grupos humanos habitantes de ellos,

¹ Dado que no constituye el objeto de este trabajo, no me detendré en desarrollar una exposición más detallada del sentido de la “región” en geografía, sintetizando esta definición a partir de los trabajos de L. A. Grave (2000-01), P. Haggett (1976: 25-26, 312-356), R. Méndez y F. Molinero (2000:24-32), M. Molina (1986) y J. A. Sotelo (2001).

base ideológica de la construcción regional de Lipes y de la etnogénesis de los lipes.

- la inserción de Lipes en el entramado colonial de la geopolítica surandina a través de la definición de sus términos y la demarcación de su territorio.
- la incorporación de Lipes y los lipes al mercado potosino y a los espacios económicos de la minería surandina.

Desde esta perspectiva, los **objetivos generales de la investigación** quedan fijados en torno a estos cinco puntos:

1. **análisis de la percepción inca primero y española después de los patrones de ordenamiento político-territorial de las sociedades indígenas locales.**
2. **acotación de los términos en que cada una de las partes llegó a racionalizar (política, social, económica, étnica e ideológicamente) el espacio y la lógica organizativa del territorio del otro.**
3. **análisis de los mecanismos de percepción del espacio y de apropiación del territorio, así como de las estrategias de organización sociopolítica y de explotación del medio de cada una de las partes implicadas (indígenas en su conjunto y españoles) en la resolución del nuevo orden.**
4. **definición de los elementos que tomaron los unos de los otros, así como de aquellos que conservaron en sus respectivos acomodos a la nueva ordenación territorial y manejo del espacio.**
5. **interpretación del modo en que los significantes y significados participantes y resultantes de esta dinámica temporal de reordenamiento territorial, resultaron estructuralmente substanciales en la transformación de las sociedades indígenas durante la Colonia.**

En consecuencia, ya que planteo el análisis y la interpretación de aquellos aspectos políticos, económicos, sociales, identitarios e ideológicos que desde el

Tawantinsuyu y, fundamentalmente, durante la Colonia fueron puestos en juego para la construcción y semantización de diferentes órdenes de la geografía política y humana de un Altiplano de Lipez convertido en región de Lipes, estructuraré la investigación a partir de tres **períodos cronológicos** que en realidad podrían enunciarse como cuatro:

1. la fase previa a la incorporación del territorio de Lipez al Tawantinsuyu.
2. la etapa de dominio Inca.
3. el período colonial, distinguiendo aquí dos momentos:
 - a. los orígenes de la presencia española y una primera fase de explotación minera en el siglo XVI.
 - b. el profundo reordenamiento territorial derivado del despegue económico de la región como consecuencia del receso en la producción argentífera potosina a lo largo del siglo XVII.

Sin embargo, **no pretendo en este trabajo componer una detallada historia colonial de Lipes y los lip es, sino más bien desentrañar los mecanismos geopolíticos e ideológicos a partir de los cuales se representaron sus paisajes y su paisanaje y se delimitó su territorio, esto es, resolver cómo se construyó, geográfica, histórica y culturalmente, la *región de Lipes*.** No es entonces éste un ejercicio de historia regional al uso, ni tampoco pretendo utilizar el caso particular para teorizar desde lo local. Sostendré que Lipes y los lip es no hubieran existido de no ser porque la Colonia desplegó sobre un espacio geográfico y sus moradores una serie de intereses económicos y unas necesidades geoestratégicas que obligaron a delimitar su contorno, dominar su territorio y reducir efectivamente a sus habitantes; intereses y necesidades sobre los cuales pienso fijar especialmente mi atención. Esta premisa inicial quizás resulte una obviedad tratándose de un trabajo de etnohistoria o antropología histórica, pero resulta que la mayor parte de los, por cierto, escasos estudios sobre Lipes y los lip es se han quedado precisamente en ese detalle a escala local, en vez de intentar plantear un abanico lo más amplio posible de las variables interactuantes en ese

juego de clasificaciones coloniales y de dinámicas socioculturales fronterizas que, en suma, derivaron en la construcción regional de Lipes y la etnogénesis de los lipes. Y matizó la escasez de estudios sobre Lipes y los lipes durante la Colonia porque si geográfica e históricamente Lipez fue un espacio periférico, también en la historiografía ha sido siempre un espacio marginal.

Perfilando un **estado de la cuestión** en el que encuadrar esta investigación, en términos generales cabe decir que la prehistoria de Lipez quedó tradicionalmente diluida en investigaciones dedicadas al conjunto de la Puna Salada, y casi siempre en relación con Atacama y el Loa Superior, en el Norte de Chile, y, en menor medida, con la Puna de Jujuy y la Quebrada de Humahuaca, en el Noroeste Argentino. Con todo, a diferencia de estas otras regiones, Lipez despertó tardíamente el interés de la arqueología. Así, a las primeras noticias arqueológicas publicadas a principios del siglo XX por G. Courty (1907, 1910), tan sólo siguieron estudios más o menos puntuales de J. Vignale y D. Ibarra-Grasso (1944), también en Nor Lipez, y de L. Barfield (1961) y G. Le Paige (1964) en Sur Lipez, hasta que en 1973 Ibarra-Grasso se atrevió a definir una Cultura Lipez a partir de colecciones cerámicas dispersas por varios museos. Pero la verdadera incorporación de Lipez a la arqueología boliviana no llegó hasta el cambio de década entre 1970 y 1980, cuando los trabajos de J. Arellano y E. Berberían permitieron por vez primera trazar una secuencia histórico-cultural de este altiplano, siendo su contribución más destacada la identificación, por analogía con los señoríos ayamaras del eje acuático centro-surandino, del Señorío Mallku, que desde entonces se ha considerado como la manifestación cultural arquetípica de Lipez durante el Período Tardío (Arellano y Berberían 1981, Berberían y Arellano 1978, 1980). A partir de la década de 1990, y salvo algunas excepciones (v.gr. Arellano 2000), la arqueología del Altiplano de Lipez ha venido marcada por los trabajos de A. Nielsen (Nielsen 1997a, 1997b, 1998, 2001a, 2001c, 2002a, 2004, 2006; Nielsen y Berberían [en prensa]; Nielsen *et al.* 1999), completados con sus propios estudios etnoarqueológicos sobre pastoreo y

tráfico caravanero en Sur LÍpez (Nielsen 1996, 1997c, 1997-98, 2000, 2001b, 2002b).

Igual que en la arqueología, también en la investigación (etno)histórica ha predominado esa tendencia a insertar a Lipes y a los lipes como referencia más o menos tangencial dentro en estudios más amplios sobre la Puna Salada (v.gr. Krapovickas 1978, 1983), o como alusión escueta y desperdigada en monografías sobre el *hinterland* potosino y la reordenación de los espacios económicos surandinos. Sólo a partir de los trabajos de J. L. Martínez podría decirse que los lipes adquieren carta de naturaleza por méritos propios (Martínez 1995a, 1996, 2003), a pesar de que este autor, de acuerdo con la tónica general -aunque muchas veces dando una vuelta de tuerca más, no sólo en lo metodológico sino también en lo interpretativo- llega a los lipes, bien por su posición dentro del conjunto de la Puna Salada en general (Martínez 1992, 2000), bien por sus relaciones con Atacama en particular (Martínez 1986, 1990, 1998). Una relación estrecha entre Lipes y Atacama que también se ve reflejada, aunque en menor medida y fundamentalmente para el siglo XVIII, en la obra de J. Hidalgo (1978, 1984).

Junto a éstos, merece ser destacado un conjunto de trabajos que, sin tratar de Lipes y/o de los lipes directamente, sí aportan alguna información puntual al respecto, constituyendo al mismo tiempo un marco de referencia para el estudio (etno)histórico de esa interdigitación étnica propia de la Puna Salada, y una fuente de inspiración para la búsqueda de problemáticas similares al caso que nos ocupa y de planteamiento de soluciones aproximadas. Así por ejemplo, a los citados trabajos sobre Atacama, se unen otros sobre la Puna de Jujuy y la Quebrada de Humahuaca (Gentile 1991-92; Krapovickas 1983, 1994; Sánchez y Sica 1994; Zanolli 1995a) o sobre Tarapacá (Odone 1995), e incluso otros sobre Oruro (Río 1989, 2006) o la región valluna de Chuquisaca (Bolivia), geográficamente distante de la Puna Salada pero compartiendo con ésta unas

características de interdigitación étnica que permiten la comparación (Barragán 1994; Río y Presta 1984).

Esta carencia de estudios monográficos sobre Lipes y los lipes fue lo que alentó la presente investigación, si bien mi primer contacto con el Altiplano de Lipez tuvo más que ver con la arqueología: Tilcara (Jujuy, Argentina), agosto de 1999, una reunión entre amigos donde A. Nielsen nos ilustraba con diapositivas sus últimos trabajos arqueológicos en Nor Lipez. Sin que ahora pueda explicar bien por qué, la zona me cautivó, y a partir de entonces empecé a reunir bibliografía con la intención de empezar a componer un proyecto de Tesis Doctoral, donde los estudios sobre paisaje y tráfico caravanero iban a ser, originariamente, el eje temático, aspirando entonces a un análisis comparativo de los patrones de tránsito prehispánicos y coloniales. Pero esa recopilación bibliográfica y revisión historiográfica, lejos de aportar luz me mostraron una serie de carencias, por lo que me vi obligado a manejar obras de temática muy diversa, y en ocasiones aparentemente muy alejadas de mis intereses particulares, pero interesantes aunque fuera por su planteamiento epistemológico.

Fue así como llegué por primera vez a Lipez en agosto de 2001, llevando en mi equipaje el proyecto *Arqueología y pensamiento local en Lipez (Dpto. de Potosí, Bolivia)*, auspiciado y promocionado por la Dirección de Asuntos Culturales de la Embajada de Bolivia en España -vaya aquí mi especial reconocimeinto a la labor de D^a M^a Teresa Rivera de Stahlie, entonces Consejera Cultural- y supervisado por la Unidad Nacional de Arqueología (UNAR) de Bolivia; proyecto que contó con dos campañas de campo en agosto-septiembre de 2001 y 2002, en las cuales se encuentra el germen de una investigación etnográfica, actualmente abierta, sobre identidad, discurso mito-histórico y *mnemotopos*² en Nor Lipez.

² Tomo prestado el concepto de *mnemotopos* de la sociología de M. Halbwachs (1971), en el sentido de lugares cotidianos para una comunidad -ya se trate de paisajes, monumentos o

De aquel planteamiento de tesis inicial surgió el proyecto *Ordenación territorial y manejos del espacio en el Altiplano de Lipez (Dpto. de Potosí, Bolivia): de los Desarrollos Regionales post-Tiwanaku a los inicios de la Colonia (siglo XI-XVI)*, con el que resulté merecedor de una Beca Predoctoral de la Fundación Ramón Areces en Materia de Historia (2002-2005). Proyecto que a lo largo del tiempo, y en razón de circunstancias personales y académicas diversas, fue transformándose hasta convertirse en la Tesis Doctoral que aquí presento, inscrita con su actual título en el Registro de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid en marzo de 2005. Transformaciones en las que tuvieron que ver las dificultades implícitas y explícitas en el planteamiento de un proyecto independiente de investigación arqueológica en el Altiplano de Lipez, y de sus posibilidades reales de éxito en aquel momento. Pero fundamentalmente el cambio de orientación estuvo motivado por la falta de bibliografía relativa a Lipes y a los lipes durante la Colonia, quedando así anulado el segundo extremo de la comparación inicialmente planteada. Fue entonces cuando opté por no entrometerme en el trabajo de los profesionales de la arqueología en activo, y derivar mi investigación hacia los procesos de construcción regional de Lipes y de etnogénesis de los lipes durante la Colonia, algo hasta el momento por hacer, que sienta las bases para un debate (etno)histórico, y que tal vez en un futuro pueda servir de punto de partida a proyectos de investigación interdisciplinar.

Enlazando el estado de la cuestión con los **aspectos metodológicos de la investigación**, y dada la carencia de estudios (etno)históricos específicos para Lipes y los lipes durante la Colonia, este trabajo hubo de remitirse directamente a fuentes de época colonial, tanto obras publicadas como documentación de

elementos significativos dentro del entramado urbano-, cargados de capital simbólico (*sensu* Bourdieu), acumuladores de la memoria colectiva, y a partir de los cuales se actualiza el pasado y se ordena el discurso (mito)histórico.

archivo inédita, igualmente escasas o por lo menos caracterizadas por el poco o nulo volumen de datos sobre el objeto concreto de estudio. Fuentes detallistas y repetitivas en lo que a información geográfica se refiere, algo en lo que abundaron los autores de los siglos XVI al XVIII, especialmente a medida que Lipes fue adquiriendo relevancia como región minera, pero muy escuetas en lo tocante a los grupos indígenas, salvo quizás entre los autores de fines del siglo XVI, especialmente interesados en clasificar a los indios desde su patrón de asentamiento, sus actividades económicas y sus actitudes para con los españoles. Salvo estas últimas excepciones, en general priman los documentos centrados en materia específica de minas y en ésos que daré en llamar “asuntos de o entre españoles”, a saber: informaciones de méritos y servicios, o de oficio y parte, provisión de cargos y expedientes de confirmación de los mismos, transacciones económicas, pleitos sobre rentas y/o herencias, jurisdicción de minas o titularidad de indios de repartimientos, mención de disturbios y alborotos en los asientos de minas, etc.

En este sentido, el conjunto resultante de fuentes coloniales sobre Lipes y los lipes más ajustado a los propósitos de esta investigación podría ser tildado, a priori y empleando la terminología de A. Schaposchnik (1991), como un corpus insuficiente como para permitir, a primera vista, un cotejo mínimamente aceptable de las hipótesis de trabajo planteadas. Un tipo de corpus que, siguiendo a esta autora, obliga ante todo a aceptar los límites que impone la calidad y la cantidad de la información que puede obtenerse de la documentación con que se cuenta, y que ha de intentar integrarse en un conjunto de documentos lo más homogéneo posible.

A fin de reunir un corpus lo más amplio posible buceé en los fondos de aquellos archivos que me pareció que podían albergar información interesante para el desarrollo de esta investigación. En el Archivo General de Indias (Sevilla, España), en julio de 2002, entre marzo y mayo de 2004 y entre julio y agosto de

2005. El Archivo General de la Nación (Buenos Aires, Argentina), en agosto y octubre de 2002, y en octubre y diciembre de 2004. Dada la proximidad geográfica entre ambas instituciones, el Archivo Histórico de la Casa Nacional de la Moneda (Potosí, Bolivia) y el Archivo Nacional de Bolivia (Sucre, Bolivia), simultáneamente, en noviembre y diciembre de 2004. A estos trabajos sistemáticos se añadieron a lo largo de los años 2002 y 2003 incursiones infructuosas o de resultados escasamente relevantes en las colecciones de la Biblioteca Nacional de España, el Archivo del Servicio Histórico Militar, la Real Academia de la Historia y la Biblioteca del Palacio Real (instituciones todas en Madrid, España). Igualmente desalentadora resultó en octubre de 2002 la visita a la Biblioteca Nacional de la República Argentina (Buenos Aires, Argentina), pues la fea costumbre que algunos investigadores tienen de no citar correctamente sus fuentes hizo que aquellos documentos por mí buscados resultaran copia parcial mecanografiada de principios del siglo XX de fondos del Archivo General de Indias en Sevilla, prefiriendo por tanto recurrir a los originales. Por último, a primeros de noviembre de 2004 acudí al Archivo Histórico de La Paz (Bolivia) buscando sin éxito una relación de caciques de los lipes sabida en esta institución; en realidad el documento existe, pero en un estado de deterioro tal que lo hace prácticamente ilegible, y por tanto inútil.

Completada esta etapa de la investigación, esa recomendación de Schaposchnik (1991) sobre la necesidad de integrar la escasez de fuentes y las fuentes de escasos datos sobre Lipes y los lipes en un todo lo más homogéneo posible, se descubrió de compleja ejecución, llevándome así a buscar el marco de integración justamente opuesto: un conjunto de documentos lo más heterogéneo posible pero que hablara de unas cuestiones lo más afines posible. Y es que el corpus documental recopilado se manifestó, ante todo, ecléctico, especialmente al apartar del análisis aquella documentación centrada especialmente en “asuntos de o entre españoles” o en materia de minas en la que no aparecieran reflejados los indios. De ahí que el método de trabajo se volcara en una lectura entre líneas

de las fuentes, persiguiendo con ello definir el orden discursivo que subyace en las formalidades y en los estereotipos creados por los autores coloniales a partir de una mirada entre “perdida” (*sensu* Perera 1994) y “distante” (*sensu* Martínez 1995b, 1996, 2003). Perdida para unos autores coloniales que experimentaron a veces serios problemas de traducción de conceptos, y que se vieron por tanto abocados a construir representaciones acordes con su racionalidad cultural. Perdida para nosotros, investigadores actuales, que muchas veces somos incapaces de recomponer en su plenitud los contextos generadores de aquellas representaciones. Distante en tanto que las imágenes compuestas durante la Colonia estuvieron guiadas por visiones de la alteridad muchas veces herederas del pensamiento inca sobre *los otros*, concurriendo entonces en estas representaciones unos discursos civilizatorios, ideológicos, políticos, morales, económicos, geoestratégicos que necesariamente han de ser contextualizados cultural e históricamente. De ahí que J. Szeminski (2001: 163) apunte que el historiador y el antropólogo leen “palabras cuyos significados son discutibles, sus referentes poco claros, y su contexto en la mayoría de los casos, conocido sólo a través de otras palabras con las mismas propiedades”.

Al margen de este *handicap*, lo cierto es que tanto las coincidencias como las diferencias expresadas por las fuentes coloniales dejan constancia de que los procesos de construcción regional de Lipes y de etnogénesis de los lipes, analizados en detalle, resultan mucho más complejos de lo que a un primer golpe de vista parecieran. Es por ello que hacer frente a un proyecto de investigación como el que aquí presento exige, sin lugar a dudas, interdisciplinariedad; combinar cuando menos la arqueología, la (etno)historia, la antropología y la geografía, con algunos toques de economía y jurisprudencia. A fin de lograrlo confieso que he recurrido al eclecticismo teórico y metodológico, adoptando así un punto de vista definido por una transversalidad de perspectivas oblicuas en pos de un análisis diferencial, optando entonces por el contraste de datos y opiniones como vía para la consecución de los objetivos planteados. Una

transversalidad en tanto que esas tres líneas de conflicto antes señaladas se encuentran atravesadas por otras aparentemente desviadas de ellas, pero que contribuyen a dotarlas de sentido. Una perspectiva oblicua que facilita hallar las intersecciones entre todas esas líneas de conflicto de cara a cubrir los objetivos planteados. Un análisis diferencial que permite tanto la definición de los engranajes que operan en la construcción regional de Lipes y en la etnogénesis de los lipes, como la identificación de aquellas variables que hacen de conectores entre ellos.

En función de todo lo dicho hasta aquí, y en tanto que Lipes fue construyéndose como región geohistórica identitaria de límites imprecisos a partir de un complejo entramado geopolítico y económico, consideraré **la región de Lipes como una entelequia** en términos aristotélicos: un objetivo que lleva en sí mismo el principio de su acción, y que tiende por sí mismo a su propio fin. Estimo que sólo así es factible desplegar un análisis minucioso de cómo la evanescencia territorial de Lipes, así como su construcción regional inserta en el entramado colonial de una geografía relacional, derivaron de una serie de proyecciones sobre sus paisajes y su paisanaje basadas en conceptos propios del “pensamiento andino” para representar lo salvaje y al salvaje en el plano espacio-temporal. Si bien esto podría apelar a esa otra acepción más coloquial de la entelequia en tanto que algo irreal o imaginario, nada más lejos de la apuesta aquí defendida: Lipes llega a ser a través de un proceso de construcción regional y de etnogénesis que arranca de un topónimo, y que por efecto de clasificaciones y dinámicas socioculturales de orden colonial termina por construirse como una región a la que los españoles dotaron de entidad territorial y étnica propias, poniendo así en marcha paralelamente el proceso de etnogénesis de los lipes. Por este motivo, cuando hablo de Lipes como entelequia no pierdo de vista la definición de espacio enunciada por M. Augé, según la cual

“el espacio es para todos una realidad simbolizada pero para cada uno diferenciada, que los individuos recorren, trabajan y explotan. El

simbolismo del espacio se expresa por el uso que se hace de él, y este uso habla así mismo de las relaciones entre sistemas simbólicos” (Augé 1985: 1252, trad. propia).

* * *

Con este planteamiento del tema y desde los objetivos marcados, la investigación aquí presentada se organiza en nueve capítulos a partir de los cuales se va profundizando progresivamente en los procesos de construcción regional de Lipes y de etnogénesis de los lipes.

Retomando lo aquí apuntado respecto del estado de la cuestión y los antecedentes de la investigación, en el Capítulo I, *Cuando los datos escasean. Tratamiento de las fuentes y aspectos metodológicos de la investigación*, son presentadas las principales fuentes documentales de época colonial que hablan de Lipes y de los lipes, destacando tanto su escasez como su parquedad de datos, enfatizando la repetición de estereotipos paisajísticos y humanos, y sentando las bases teórico-metodológicas del tipo de análisis documental interlineado empleado en este trabajo.

El Capítulo II, *Ásperas punas, carneros de la tierra y cerros de plata. Naturaleza y localización de los espacios de Lipes*, parte de una descripción geográfica del Altiplano de Lipez para de ahí pasar a interpretar su aprehensión espacial por parte de los incas y, principalmente, los españoles, prestando así especial atención a las descripciones de los autores coloniales y a la discusión sobre el propio topónimo de *Lipes*.

Sin mayores pretensiones, el Capítulo III, *Fronteras compartidas y sociedades aproximadas. Suma arqueológica del Altiplano de Lipez en el Período Tardío*, pretende bosquejar una paleogeografía humana de Lipez durante

el Período Tardío desde la cual poder aislar aquellos elementos implicados en la representación del paisanaje de Lipes por parte de incas y españoles, prestando entonces especial atención a los patrones de asentamiento y movilidad y a los modelos económicos.

Desgajando del capítulo anterior la descripción arqueológica de Lípez durante el Período Inca para así establecer una discusión más fluida entre arqueología, etnohistoria y etnografía, el Capítulo IV, *Mitmaqunas y salvajes. Lipes en el Período Inca*, analiza el grado real de incorporación de Lípez al Tawantinsuyu y su representación desde la lógica del “pensamiento andino”, aspecto éste en el que, de forma puntual, incidiré a partir de mi propia investigación etnográfica de campo que sobre identidad, discurso mito-histórico y *mnemotopos* vengo realizando en Nor Lípez desde 2001.

Entrando ya de lleno en los procesos de construcción regional de Lipes y de etnogénesis de los lipes durante la Colonia, el Capítulo V, *Límite de conquista, borde de colonia. Geopolítica de Lipes en las dinámicas de reorganización territorial coloniales*, analiza los orígenes de la presencia española en la región y ahonda en su circunscripción territorial en términos de demarcación y de jurisdicción, prestando especial atención a la terminología empleada en las distintas fuentes coloniales para referirse a este territorio; así se perfila de modo más claro el devenir histórico de Lipes como región construida en términos geoestratégicos y económicos.

Delimitado el territorio, el Capítulo VI, *¿Quiénes, dónde, cuántos? Clasificaciones coloniales en el contexto de una frontera intercultural geoestratégica*, analiza las variables implicadas en la etnogénesis de los lipes, desde su número y asiento hasta las identidades, las adscripciones étnicas y las relaciones interétnicas, atendiendo asimismo -desde los estereotipos, la realidad geopolítica y los motivos económicos- a la condición tributaria de estos indios.

A fin de redondear este análisis de la etnogénesis de los lipes a partir de los estereotipos socioculturales y las categorías tributarias, el Capítulo VII, *Desacato y mentiras. Ahondando en los estereotipos a partir de las relaciones hispano-indígenas en Lipes*, aborda las relaciones hispano-indígenas examinando los principios de esa idea tan propia de los autores del siglo XVI acerca de que los lipes, en tanto que indios desacatados, se servían de la mentira y el engaño para subvertir el orden colonial y esquivar la doctrina, y que sólo reduciéndolos y sometiénolos de manera efectiva se podría tener acceso a las riquezas minerales de la región.

Sin perder de vista esta idea, en el Capítulo VIII, *De las punas a la Villa Imperial. Reordenamiento territorial y participación de los lipes en los mercados potosinos*, se analiza la inserción de los lipes en la economía potosina atendiendo a su concurrencia a la Villa Imperial y a su participación en la articulación económica de su *hinterland* a partir de las caravanas de llamas.

Considerando la minería como actividad económica esencial en la construcción regional de Lipes durante la Colonia, y tras una descripción mineralógica de Lipez, el Capítulo IX, *Cerros de plata, indios que los labren. La integración de Lipes en los espacios económicos de la minería surandina*, se centra en el trabajo de los indios en el mineral y en la interpretación de los asientos de minas como avanzada del dominio territorial sobre la región y pieza clave en su demarcación y jurisdicción. Cerrando esta investigación, se plantean las bases de la crisis de la economía minera de Lipes, principio de su ocaso como región.

Por último, en las *Consideraciones finales y logros de la investigación* quedan recopilados los resultados de la investigación aquí presentada, y recogidos sus principales frutos.

En un volumen aparte, acompaña a esta Tesis Doctoral un *Apéndice documental* que constituye una selección de las fuentes inéditas manejadas en esta investigación, seleccionados los documentos por su importancia, por contener información más allá de lo citado en el texto, o por contar con una edición paleográfica mal publicada. Para mayor fiabilidad, se reproduce el documento original y no su transcripción.

I

Cuando los datos escasean. Tratamiento de las fuentes y aspectos metodológicos de la investigación

En términos historiográficos, *prehistoria* e *historia* se distinguen entre sí en función de la presencia o no de fuentes escritas. A caballo entre ambos conceptos discriminatorios, la *protohistoria*, donde se ubican las culturas prehistóricas descritas por sus contemporáneos históricos, y la *etnohistoria*, un cajón de sastre multidisciplinar encargado de recomponer el pasado de aquellas culturas protohistóricas que la mirada etnocéntrica de la Historia deja fuera de sus límites disciplinares. Desde esta perspectiva, el Nuevo Mundo no asomará a la Historia Universal hasta 1492, y lo hará entonces desde el choque cultural y el enfrentamiento civilizatorio. Al mismo tiempo, como demostró J. H. Elliott [1970] en su ya clásico *El Viejo Mundo y el Nuevo (1492-1650)*, la conquista y colonización de América acarreó profundas consecuencias y transformaciones políticas, económicas y culturales para Europa, desatando al tiempo espinosos debates acerca de la historia y la naturaleza humanas. En realidad, contemplando esta doble vertiente, puede decirse que la irrupción de América en la Historia fue una entrada triunfal, haciendo que muchos principios teológicos y científicos de la escolástica medieval y el incipiente humanismo renacentista se tambaleasen,

provocando con ello que el Nuevo Mundo tuviera que ser literalmente inventado antes incluso de ser plenamente descubierto¹.

A pesar de la fecha impuesta de 1492, es evidente que el descubrimiento, conquista y colonización del continente americano se produjo de manera gradual y dilatada en el tiempo; lo mismo ocurrió con la entrada en la Historia de los distintos grupos humanos que lo habitaban. Por esta razón, la escritura de las geografías y las historias de América quedaría fuertemente marcada por dos aspectos primordiales. De un lado, el principio de analogía, que fundamentaba las descripciones en lo ya conocido, ora desde la experiencia americana acumulada, ora desde la antigüedad grecolatina y la tradición judeocristiana, y desde la irreconciliable división de los Viejos Mundos cristiano y musulmán, perfectamente ilustrada en la Península Ibérica por el devenir de la reconquista. Paralelamente, quizás aún más determinante, y precisamente al hilo de esta experiencia americana, el hecho advertido por F. Pease (1995: 65) a respecto de que “en manos de los propios españoles escritores de crónicas estallaba la velocidad de los acontecimientos que jalonaban su apropiación de un nuevo mundo”.

Sin entrar a discutir el curso de la historiografía indiana, lo cierto es que tan sólo una parte de las Crónicas de Indias, la correspondiente a los primeros tiempos y a las denominadas Historias Generales de Indias, se ajustan a este modelo descriptivo preocupado por la identificación de similitudes y diferencias entre el Viejo y el Nuevo Mundo, el origen del hombre americano y su diversidad cultural. Más bien, la propia dinámica de conquista y colonización dio origen a otro tipo de crónica: los relatos protagónicos de quienes narraron la

¹ Por cuestiones de espacio y de delimitación de intereses, resulta imposible profundizar aquí en esta cuestión, remitiendo al lector interesado a los trabajos de J. Bestard y J. Contreras (1987 especialmente caps. I-III), N. Manrique (1993), A. Pagden (1988), F. Pease (1995: 15-160), M. A. Perera (1994, 2000 especialmente caps. I-II) o T. Todorov (1999), donde encontrará un abanico de líneas de investigación y abundante bibliografía complementaria.

aventura americana, mayoritariamente con la intención de probar sus méritos y servicios en Indias. Se trata pues de historias de los hechos de los españoles en tierras americanas, pero de las cuales pueden ir extrayéndose, dependiendo de la prolijidad de cada autor, los datos necesarios para componer geografías, etnografías e historias regionales. Sin embargo nunca está de más recordar la cautela con la que hoy debemos aproximarnos a estos informes, pues cada quien tuvo unos intereses concretos a la hora de escribir. Así por ejemplo, y en términos generales, los funcionarios de la Corona, pensando en términos tributarios, se interesaron particularmente en los datos demográficos, los aspectos técnicos y las riquezas existentes en los territorios conquistados; los eclesiásticos estuvieron más preocupados por los asuntos relativos a la evangelización de los indios; mientras los particulares, movidos por la búsqueda de reconocimiento personal y concesión de mercedes, insistieron en las riquezas existentes en los territorios sometidos y en sus méritos y servicios en la conquista y colonización de los espacios y los indígenas americanos.

En cualquier caso, y a tenor de las gestas y de la distancia respecto de la metrópoli, es de destacar que los autores coloniales escribieron siempre de acuerdo a eso que F. Pease (1997: 118) denomina un “contexto verosímil”: aquel que otorgaba calidad y respetabilidad a sus relatos en tanto que los datos registrados eran difícilmente verificables. La “veracidad” de la crónica quedaba así fundamentada, como apunta M. A. Perera (1994: 34), en la “calidad” del cronista, derivada ésta de su bagaje intelectual, la experiencia americana acumulada, su participación directa en los acontecimientos descritos o la condición de sus informantes, su grado de implicación religiosa o político-militar, etc. Por otra parte, no hay que olvidar que pocos cronistas estuvieron realmente en el lugar y tiempo narrados, por lo que su relato se basó entonces en informes ajenos, filtros de información con todo lo que ello supone de pérdida de los detalles, tergiversación degenerativa de los hechos y manipulación intencional de los mismos en función de los intereses particulares de cada uno de

los agentes implicados. Con este panorama, tampoco era infrecuente que los estereotipos se trasladaran de un texto a otro, y que incluso los autores se copiaran entre sí. Por todo ello, frente a la acumulación de datos provenientes de diferentes autores, y cuando el corpus documental manejado lo permita, tal vez pareciera más prudente un rastreo de los orígenes y transformaciones de la información a través de la crítica de fuentes. Ocasiones habrá de constatar en páginas sucesivas estos matices en lo tocante a los paisajes y el paisanaje de Lipes.

Centrándonos aunque sea muy a grandes rasgos en la historiografía andina (*cfr.* Esteve 1992: 441-581; Pease 1995), y en función de lo comentado, es de reseñar que después de los sucesos de Cajamarca y la muerte del Inca Atahualpa (1532), y más aún en la coyuntura de la rebelión de Manco Inca (1536), las distintas facciones de españoles, apoyados por diferentes grupos o parcialidades indígenas, protagonizaron hasta 1554 las conocidas como Guerras Civiles del Perú; de ahí la escasez de fuentes hasta la década de 1540 y el claro partidismo de las mismas durante el decenio siguiente. Hasta los años de 1550 los protagonistas de la historia andina fueron los españoles y los Incas del Cuzco, pero es mediando el siglo cuando empiezan a aparecer las primeras informaciones del resto de grupos étnicos que integraban el Tawantinsuyu, destacando aquí el papel de los religiosos y la documentación que los propios indígenas empezaron a generar paralelamente a reclamos de tierras y privilegios previos a la conquista española, e incluso inca.

Este protagonismo de los religiosos en la producción de información sobre las sociedades andinas se mantendrá en la década de 1560, ligado a la extirpación de idolatrías, algo que ampliará los puntos de mira de las crónicas al campo de las creencias. Así mismo, en estos años se inaugurarán los escritos de los juristas y su particular perspectiva de la situación. Son momentos en los cuales, desde ambos lados del Atlántico, se replantea la legitimidad de la Conquista y la

Colonia, con argumentos que tratan de demostrar la tiranía de los Incas para legitimar la actuación de los españoles. En este sentido, el decenio de 1570, marcado por el gobierno del virrey Francisco de Toledo (1569-1581), vendrá caracterizado por el enfrentamiento entre autores a favor y en contra de la política indiana, aunque quizás la empresa documental de mayor envergadura sea la Tasa de la Visita General (1570-1575) encargada por el propio Virrey. Al mismo tiempo, es en estos años cuando aparecen las crónicas de los últimos testigos directos de la conquista, si bien sus informes llegan deformados por la distancia temporal, los intereses justificativos y las trampas de la memoria. De manera análoga, la década de 1580 estuvo protagonizada por las *Relaciones Geográficas de Indias*, respuestas al cuestionario que el gobierno de Felipe II había encomendado a sacerdotes, gobernadores y “demás personas de calidad” a fin de componer un conocimiento detallado de los territorios americanos, y que multiplicaron las obras de carácter local y regional.

Si bien los años finales del siglo XVI se caracterizan por una reducción notable en la producción documental, mantenida tan sólo por algunos oficiales de la Administración colonial y por los religiosos, el cambio de siglo vendrá marcado por la obra de autores indígenas y mestizos que reactivan aquel ejercicio intelectual de inserción de la historia andina en la Geografía y la Historia universales que caracterizó a las Historias Generales de Indias, siendo en el siglo XVII cuando aparezcan los últimos tratados de este tipo. Durante los siglos XVIII y XIX la burocracia colonial, los viajeros y las expediciones científicas tomarán el relevo en la producción de información, y aunque sus obras estaban motivadas ya por otro tipo de intereses, sus páginas no dejan de contener apuntes arqueológicos y etnográficos en absoluto desdeñables para la historia y la antropología de las sociedades andinas.

* * *

Hecho este apunte introductorio, me fijaré a continuación en el tratamiento de las fuentes y en los aspectos metodológicos a partir de los cuales se desarrolla esta investigación sobre Lipes desde la perspectiva de su construcción como región geohistórica y de las clasificaciones coloniales sobre ella proyectadas. A este respecto, y para empezar, destacaré que el rasgo que sin lugar a dudas marca este ejercicio es precisamente la escasez de documentos, algo directamente relacionado con ese carácter marginal de la puna salada donde se ubica el Altiplano de Lipez.

Es una constante en los estudios etnohistóricos centrados en espacios y grupos al sur de Charcas (suroeste boliviano, Gran Norte de Chile y Noroeste Argentino), comenzar citando con amargura la ausencia de fuentes escritas en época colonial, mayor cuanto más atrás quiera remontarse la investigación; o bien acusando a los textos de estar escasamente interesados en “lo indígena”, y tildándolos además de estereotipados. En realidad, el investigador está obligado a bucear entre documentos someros, vagas o inexactas identificaciones topográficas y étnicas, ausencia de tasas o visitas, censos y padrones fragmentarios e imprecisos, redundantes cédulas de nombramiento de cargos de la Administración colonial, formalizadas informaciones de servicios, pleitos entre particulares acerca de cuestiones de escasa trascendencia. Está obligado a chapotear en fuentes que, en opinión de A. Schaposchnik (1991), constituyen un corpus insuficiente como para permitir, a primera vista, un cotejo mínimamente aceptable de las hipótesis de trabajo planteadas. ¿Cómo trabajar entonces cuando los datos escasean? Para esta autora, que reflexiona sobre los escollos de su propia investigación en el valle de Catamarca (Noroeste Argentino) en el siglo XVII, dos son las pautas a seguir: ante todo, aceptar los límites que impone la calidad y la cantidad de la información que puede obtenerse de la documentación con que se cuenta; y ya después, confrontar los datos tratando de insertarlos en un conjunto de documentos lo más homogéneo posible, y que en su caso particular fueron las cédulas de encomienda.

El primero de los puntos sugeridos por Schaposchnik se me antoja obvio, y tratar de aplicar su segunda recomendación a la investigación aquí presentada no deja de parecerme algo complejo, pues como veremos enseguida, el corpus documental relativo a Lipes resulta, amén de reducido, ecléctico. Por este motivo, y siguiendo las propuestas de J. L. Martínez (1995a, 1996, 2003), optaré más bien por una lectura entrelíneas, en pos de alcanzar a delinear el orden discursivo que subyace a las formalidades y a los estereotipos proyectados a partir de lo que para este autor constituye una “mirada distante” sobre Lipes. Ahora bien:

- si los españoles trataron de encontrar un correlato en la esfera étnico-político-territorial con aquellas categorías que citaban como culturales,
- si una gran parte de estas descripciones culturales estuvieron guiadas por visiones de la alteridad muchas veces herederas del pensamiento inca sobre “los otros”,
- y si los etnohistoriadores han confiado (¿quizá en exceso?) en las Crónicas y en el mosaico étnico-territorial del altiplano que compusieron los españoles a su llegada,
- entonces, ¿cuáles son los ejes que estructuran el relato sobre cada grupo y cómo ha llegado a configurarse dicho relato?

Sobre esta disgresión, y ampliando las consideraciones de J. L. Martínez (1995a, 1995b, 2003: 331-481) con mis propias interpretaciones, volveré al analizar la consideración de los paisajes y el paisanaje de Lipes desde la perspectiva inca (cap. IV.B.) y desde la lógica clasificatoria que desde el “pensamiento andino” se proyecta hoy sobre tales espacios en la representación del pasado y sus habitantes (cap. IV.C). También retomaré este punto al considerar el modo en que ambos discursos se trasladan a las primeras clasificaciones coloniales españolas (cap. VI). Veremos entonces cómo en

realidad se trata de argumentos circulares alrededor de una misma idea que supera con creces el sentido literal de los relatos.

Desde estos parámetros, y volviendo sobre los objetivos fundamentales de esta Tesis Doctoral, la cuestión pareciera centrarse entonces en alcanzar a definir el panorama local a la llegada de los incas y posteriormente de los españoles, y cómo los planteamientos de estos dos imperios coloniales (el Tawantinsuyu y la Colonia propiamente dicha) influyeron en lo étnico-territorial de cara a la construcción de Lipes como región geohistórica. Pero para componer dicho juego de relaciones debieran resolverse primero los siguientes interrogantes:

1. ¿cuál es la estructura étnica y el tipo de relaciones interétnicas en cada uno de estos momentos de contacto?
2. ¿cómo se produce dicho contacto?
3. ¿qué intereses proyectan incas y españoles sobre la región?
4. ¿qué modelos coloniales se aplicaron sobre Lipes en relación con los tres puntos anteriores?

Ahora bien, si esto implica considerar un contexto de sentido fuertemente influenciado por clasificaciones coloniales que devienen en argumentos circulares, y si éstos no hacen sino explicar lo espacial por lo social y viceversa a partir básicamente de oposiciones binarias que pueden reducirse a la clásica disyuntiva entre Naturaleza y Cultura, ¿existe algún modo de poder cotejar dichos discursos? Evidentemente, la gran aliada en este punto será la arqueología. Podría así mismo recurrir a la etnografía, al estudio de la tradición oral por la cual las comunidades actuales conceptualizan los parajes de su entorno en una suerte de *mnemotopos*², interpretando el pasado y sus habitantes desde lecturas *emic* de las ruinas y los objetos arqueológicos. Sin embargo, tan sólo recurriré a esta *otra* perspectiva de análisis de manera muy puntual (cap.

² Para una definición del concepto de *mnemotopos*, *cfr.* Consideraciones preliminares y presentación, nota 2.

IV.C.), pues al igual que para el caso de los informes coloniales, me parece que todavía está por delinear el proceso de construcción de estos relatos y el orden discursivo que subyace a este corpus narrativo, aspecto en el que personalmente vengo tiempo trabajando (*v.gr.* Gil 2003a, 2004, 2005a, 2006a, 2006b, 2007a, 2007b), tal y como quedó apuntado en las Consideraciones preliminares.

I.A.- INVESTIGACIONES ARQUEOLÓGICAS EN EL ALTIPLANO DE LÍPEZ.

Por lo que respecta a la arqueología, y al igual que la etnohistoria, también la prehistoria de Lipez ha quedado tradicionalmente diluida en investigaciones dedicadas al conjunto de la puna salada, y muy especialmente en aquellas focalizadas en el desierto de Atacama (*v.gr.* Barfield 1961) y el río Loa, en el Norte de Chile, y en menor medida también en la Puna de Jujuy y la Quebrada de Humahuaca (*v.gr.* Fernández 1978; Krapovickas 1978, 1979, 1983, 1994), en el Noroeste Argentino. Así, podría decirse que los primeros estudios sistemáticos que de verdad se centraron en esta área considerada marginal fueron los de E. Berberián y J. Arellano, que en el cambio de década de 1970-1980 normalizaron el desarrollo de los grupos cazadores-recolectores del Período Formativo (Berberián y Arellano 1978). Con todo, su aporte fundamental resultó la definición en términos culturales del que, inspirándose en los señoríos aymaras del eje lacustre centro-surandino del Período Tardío, dieron en llamar Señorío Mallku (Arellano y Berberián 1981; Berberián y Arellano 1980; Nielsen y Berberián [en prensa]), aunque ya veremos que en realidad no puede hablarse de entidades sociopolíticas comparables (cap. III.A.2.).

Posterior a estos trabajos, habría que esperar hasta mediados de la década de 1990 para que la arqueología de Lipez volviera a estar en el candelero, fundamentalmente con las investigaciones de A. Nielsen, que están contribuyendo a ampliar notoriamente el registro de sitios en términos regionales.

Cruzando perspectivas arqueológicas y etnoarqueológicas, sus trabajos se vienen centrando, por un lado, en los patrones de asentamiento y en su cambio del Período de Desarrollos Regionales del Tardío al Período Inca (Nielsen 1997a, 1997b, 1998, 2001a, 2002a, 2006), y por otro, en las redes de tráfico caravanero y en su conexión con las rutas del Norte de Chile y el Noroeste Argentino (Nielsen 1996, 1997c, 1997-98, 2000, 2001b, 2002b). Así mismo, llevando su interés por el tráfico caravanero hacia el Período Formativo, a este autor debemos también un cada vez más detallado conocimiento arqueológico de la Reserva Nacional de Fauna Andina Eduardo Avaroa (Nielsen 2001c, 2004; Nielsen et al. 1999).

Completando esta visión regional, resta citar la única monografía que hasta la fecha se refiere específicamente a la arqueología de LÍpez, obra de J. Arellano (2000), y que a partir básicamente de tipologías líticas y cerámicas trata de componer una suma arqueológica para el Altiplano de LÍpez. Si bien ha de agradecerse a esta obra una puntillosa descripción de los artefactos diagnósticos que ilustran cada una de las tipologías presentadas, resultan significativos los desequilibrios en el conjunto de yacimientos manejado por Arellano; en términos cuantitativos, por su irregular abarcamiento geográfico sectorizado, y en lo cualitativo, y como consecuencia directa de lo anterior, por lo descompensado de las descripciones materiales. Igualmente llama la atención su aparente ignorancia de los trabajos de Nielsen, que sin duda habrían contribuido a cubrir algunas de las lagunas que se revelan en esta monografía.

Resumiendo: en este panorama general de la investigación arqueológica en LÍpez, cabría decirse que el interés de los arqueólogos se ha venido extrapolando entre los grupos de cazadores-recolectores más tempranos y las jefaturas complejas del Período Tardío. Siendo estas últimas las más próximas en el tiempo a la etapa objeto de esta Tesis Doctoral, y establecida dicha alianza interdisciplinar entre arqueología y etnohistoria, la pregunta a resolver será en

qué medida el registro arqueológico puede servir para apoyar, ampliar o contrarrestar las informaciones ofrecidas por los primeros autores coloniales que hablaron de Lipes. Por el momento, prefiero dejar este punto para más adelante, y abordarlo al analizar los patrones de asentamiento desde el análisis de las clasificaciones coloniales y la producción de diferencias operativas en términos de policía y tributo (caps. VI y VII).

I.B.- PAISAJES Y PAISANAJE DE LIPES EN LOS TEXTOS. UNA PRESENTACIÓN DE LAS FUENTES COLONIALES.

Ausencia de fuentes, documentos someros, limitado interés en “lo indígena”, textos estereotipados, en resumen, escasas fuentes y datos que escasean. Ésta sería la tarjeta de presentación del ecléctico corpus documental que ampara esta investigación sobre Lipes; por eso la idea de leer entre líneas para poder alcanzar a perfilar la que J. L. Martínez (especialmente 1995a, 1996) ha dado en llamar “mirada distante”.

Como ya he señalado en las Consideraciones preliminares, hablar de Lipes en términos de región geohistórica implica considerar tres axiomas: *ásperas punas*, *cerros de plata* e *indios desacatados*. En este trinomio se condensa el marco de sentido antes señalado, si bien el interés de las fuentes coloniales por cada uno de ellos va a ir cambiando a lo largo del tiempo en función de intereses geopolíticos y económicos, algo que marcará diferencias claras en el carácter de la documentación, aunque los indios se mantendrán siempre en la parte más escorada. Así, en términos generales, los autores del siglo XVI atendieron prolijamente a este trinomio, mientras que la documentación de los siglos XVII y XVIII se interesa mucho más, y casi en exclusiva, por los cerros de plata. Con todo, los intereses mineros en Lipes hicieron que la documentación colonial se centrara pronto en lo que daré en llamar “asuntos de o entre españoles”,

recuperándose tan sólo el interés por la corografía y la geología a fines del XVIII. Veámoslo con un poco más de detalle.

I.B.1.- *Lipes en la documentación del siglo XVI.*

Señalaba recién que la investigación arqueológica viene prestando especial atención a los patrones de movilidad interregional y a los patrones de asentamiento, y es precisamente en torno a estos dos puntos donde más conexiones pueden establecerse entre la arqueología y la etnohistoria. Si añadimos a estas dos variables la dimensión económica tendremos ya compuesto el trípode argumental de aquellas clasificaciones coloniales que los españoles del siglo XVI, inspirándose en modelos incas, proyectaron sobre los paisajes y el paisanaje de Lipes, formulando así un entramado de oposiciones muy laxas de carácter binario entre lo natural y lo cultural, entre lo salvaje y lo social.

Tres son las principales fuentes para los estudios de Lipes en época temprana, a saber:

- una carta dirigida por Juan Lozano Machuca ([1581] 1965), factor de Potosí, al Virrey del Perú, en la que describe el territorio de Lipes desde su valor geoestratégico y su potencial económico, prestando especial atención a la descripción cultural de sus habitantes y a sus vínculos interregionales.
- el epígrafe “Del asiento y minas de los Lipes” incluido en la *Relación general del asiento y la Villa Imperial de Potosí y de las cosas más importantes a su gobierno[...]* de Luis Capoche ([1585, fs. 43v-45v] 1959: 127-129), donde se abordan por igual de cuestiones de geografía física y geografía humana, poniendo el énfasis descriptivo en todo lo relacionado con los recursos naturales (y principalmente minerales) y sus condiciones de explotación.
- el capítulo XXI del *Memorial* de Bartolomé Álvarez a Felipe II, *De las costumbres y conversión de los indios del Perú*, que trata “De los Lipes y

Atacamas” ([1588, n^{os} 729-742 bis] 1998: 401-409), y donde las quejas del religioso se centran en comentar las relaciones entre indígenas y españoles, con especial atención a la policía y gobierno de los indios y a la negativa actitud de sus autoridades frente a la evangelización.

Juan Lozano Machuca es quizás entre estos tres autores el que aporta la información más completa de las gentes de Lipes en materia de patrón de asentamiento, modos de producción e identidades étnicas en el plano interregional.

A tenor de lo dicho anteriormente, su carta al Virrey se engloba en ese grupo documental generado por particulares movidos por la búsqueda de reconocimiento personal y concesión de mercedes, para lo cual insistían en las riquezas existentes en los territorios sometidos y en sus méritos y servicios en la conquista y colonización de los espacios y los indígenas americanos. Pero aún así, en este sentido la *Carta* de Lozano Machuca resulta un tanto peculiar. Para 1581 puede decirse que, méritos, ya tenía. En 1573 fue nombrado factor y veedor de Charcas. En 1575, Francis Drake y su armada corsaria de la Mar del Sur asolaba las costas de Chile, y el Rey dio facultades a Juan de Losada Quiroga, residente en Sevilla, para que nombrase persona de su confianza que comandase quinientos hombres en misión de socorro. El designado resultó ser Lozano Machuca, siendo nombrado capitán general para esta campaña de Chile tras la muerte de Losada; y dando cuenta de estos servicios presentó su relación de méritos en 1578 (AGI, Patronato 122, N. 2, R. 9/ 1578; AGI, Patronato 227, R. 17/ 1578; AGI, Patronato 266, R.6/ 1578). Un año más tarde pasó a ocupar el cargo de factor y veedor de la Real Hacienda de Potosí, hasta 1584, cuando fue puesto al frente de una expedición hacia tierras chiriguanas para poblar de españoles el territorio y hacer frente a las ofensivas de los indios.

Pero volviendo a su carta de 1581 y a los intereses perseguidos con ella, lo que llama poderosamente la atención es la siguiente contradicción: tras describir la riqueza mineral de Lipez, Lozano Machuca plantea al final de su misiva el poco interés que la Corona tendrá en el área *“por su ningún provecho de tasa ni de servicio de los indios, ni aún de los españoles ni criollos”*, para a renglón seguido ofrecerse, por su cuenta y riesgo, a *“entablar lo de los Lipes e ir a reducir todos aquellos indios conforme a lo que está dicho en esta relación y llevar la gente necesaria para ello”*, además de para *“entrar a socorrer a Chile con los indios [[lipes]] arriba dichos, o sin ellos, como mejor pareciere convenir”* ([1581] 1965: 63). Y lo más sospechoso resulta el hecho de que no solicita a cambio nada de Su Majestad, tan sólo su entendimiento a la hora de aceptar el servicio y ofrecimiento que le está proponiendo. Por más que pueda parecer mera especulación, resulta evidente que el Factor de Potosí aspiraba al beneficio de minas, o tal vez al gobierno de un corregimiento conjunto de Lipes y Atacama.

Así mismo, resulta significativo el hecho confesado por el propio Lozano Machuca ([1581] 1965: 60) de que sus referencias no son de primera mano, sino derivadas de los informes que le ha presentado Pedro (de) Sande tras una visita dirigida fundamentalmente a revisar el estado de las minas. Bien puede sobreentenderse la competencia de este agente en materia de minas en tanto que el propio Factor de Potosí glosa que fue *“la persona que dió orden en hacer las lagunas desta villa [[de Potosí]] con que muelen los ingenios de la ribera della muchos meses más de los que molieran, de que se sigue grandísima riqueza”* (Lozano Machuca [1581] 1965: 63). Sin embargo, su papel de intermediario debería considerarse como un filtro a la hora de encarar las clasificaciones coloniales formuladas posteriormente por el propio Factor; eso sin perder de vista que los indígenas ya habrían impreso su particular sesgo a las informaciones ofrecidas a Sande. Junto a estos dos filtros distorsionadores (Sande y los informantes indígenas), no habría que perder de vista que el propio Lozano

Machuca, en su presentación de un espacio de interés geoestratégico y rico en metales, y tratando de ganarse la merced real, exagerara los datos aportados por su agente, quizás previamente manipulados por él mismo en función de sus propios intereses en minas.

Por otra parte, aunque según su título la *Carta* va dirigida al Virrey del Perú, es de suponer que su destinatario último es el propio Rey, pues Lozano Machuca apunta que es Pedro (de) Sande quien había de acudir a la Península para entregar a Su Majestad en persona el escrito, aunque finalmente quedó en Indias para seguir un pleito de herencias que tenía abierto en la Audiencia de La Plata. Por ello el encargo pasó a Diego Enrique Franco (Lozano Machuca, [1581] 1965: 59), quien, según menciona el propio autor del documento, lo acompañaría de “*la pintura*” o mapa del territorio descrito. Desafortunadamente, este mapa no aparece junto al original manuscrito de la carta conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid (Ms. 3040)³.

Minero afincado en Potosí, Luis Capoché trata en su *Relación*, básicamente descriptiva y técnica, del descubrimiento del Cerro Rico de Potosí, del beneficio de sus metales y de la mita minera, del establecimiento de la Villa Imperial y de la vida social en ella, criticando en este punto su austeridad y falta de señorío, a pesar de que desde 1580, comienzo del esplendor de Potosí, los aires ya habían empezado a renovarse. Además, un pormenorizado informe de las minas de Porco, de las de la provincia de Charcas y de las de Chayanta, amén del capítulo dedicado a Lipes. Respecto de la parte que nos ocupa, Capoché plantea un análisis económico de los territorios de Lipes, fijándose sobre todo en las

³ A este respecto, quisiera dejar constancia aquí de mis intentos infructuosos de localización de este mapa en la cartoteca de la Biblioteca Nacional, en el Archivo Histórico Militar, en la Real Academia de la Historia y en la Biblioteca del Palacio Real, instituciones todas en Madrid, y en el Archivo General de Indias en Sevilla. Tampoco obtuve ningún resultado positivo en el Archivo General de la Nación Argentina en Buenos Aires, en el Archivo Histórico de la Casa Nacional de Moneda en Potosí, ni en el Archivo Nacional de Bolivia en Sucre, demás instituciones visitadas para la realización de esta Tesis.

minas y en la relación de los indios con la Villa Imperial, presentando así la riqueza de los espacios y el carácter dócil de sus habitantes como circunstancias favorables para la reducción de los indígenas y la imposición de tasas. Y es que ésta era la visión que Capoche mantenía de la Colonia; no en vano eleva a Hernando de Torres y Portugal, conde del Villar y virrey del Perú, destinatario de su *Relación* la siguiente valoración de las riquezas del *hinterland* potosino y de su gobierno:

“Tres negocios tiene Vuestra Excelencia en el gobierno de este reino, arduas y de gran calidad, y que conviene vayan en aumento las buenas medidas que Vuestra Excelencia dará para su conservación, que son: el de los metales de este cerro [de Potosí] y el de los indios que asisten en su labor y beneficio, y el del azogue de Huancavelica. Y en cualquiera de ellos estriba la estabilidad de este reino y buen gobierno de Vuestra Excelencia, por pender de estas tres cosas el aprovechamiento de la hacienda real. Y tanto más nombre tendrá el gobierno, cuanto fueren más levantadas las medidas que se tomaren para conseguir este efecto, con que Su Majestad será muy servido y la tierra tendrá prosperidad, que es lo que se ha de pretender, porque para la parte de la justicia, audiencias tiene puestas que descargarán su real conciencia y la de Vuestra Excelencia.” (Capoche [1585, f. 62r] 1959: 147).

Muy diferente es la perspectiva del cura Bartolomé Álvarez, quien cambió las cortes papales de Pío IV y Pío V por la doctrina en Indias, primero en la Villa Imperial y luego en Sabaya y Aullagas (ambos en el actual Dpto. Oruro, Bolivia). Redactó su *Memorial* en 1587-88, en unos momentos de profunda reorganización administrativa y eclesiástica del territorio andino, consecuencia por igual de los efectos del gobierno reformista del Virrey Toledo (1569-1581) y de las resoluciones emanadas del III Concilio de Lima (1582-83), dos coyunturas que influyeron grandemente en su pensamiento sobre el indio, la sociedad colonial y la empresa evangelizadora. En el plano eclesiástico, es de subrayar lo

extremadamente crítico que este III Concilio de Lima se mostró con la labor de los curas doctrineros, pues no sólo se les responsabilizó directamente de la lentitud en el proceso de evangelización, sino que resolvió que muchos de ellos eran un mal ejemplo para los indígenas. Así mismo, el Concilio discutió mucho sobre el nuevo papel que los jesuitas empezaban a representar en el territorio andino, criticando su posición en lo referido a la actitud con que los indígenas debían recibir los sacramentos. En contraposición, habría que destacar también la dura oposición a las resoluciones conciliares esgrimida por un amplio sector del obispado de Charcas liderado por el procurador Domingo de Almeida, que culpaba del lento avance de la evangelización a las Audiencias, los corregidores, e incluso a los visitantes eclesiásticos, acusados todos de desconocer la situación real a que se enfrentaban los curas doctrineros y de creer todo lo que los indígenas decían en su contra.

En este contexto, el *Memorial* de Álvarez supone en su conjunto una obra de denuncia ante el monarca; crítica que en lo tocante a Lipes da cuenta del desacato de los indios al Rey y a Dios y enfatiza la ausencia total de orden y policía entre aquellas gentes, situando en ello la causa de los escamoteos tributarios y los agravios acometidos contra los ministros de la Iglesia. Sus soluciones propuestas a este respecto no pueden ser más contundentes: endurecimiento del dominio territorial y efectividad en la reducción indígena. Como punto de partida de su discurso, que los indios hacen y harán lo imposible por mantener sus cultos idólatras, manifestando entonces abiertamente su descontento con el tratamiento banal del bautismo y de la prédica evangélica que, a su manera de ver, estaban practicando los religiosos en su conjunto. Así, y en perfecta sintonía con la postura defendida por el procurador Almeida, las páginas de Álvarez cargan las tintas contra las autoridades civiles y las órdenes religiosas, y muy especialmente contra la Compañía de Jesús.

Sin embargo, las transformaciones que le tocó vivir en la organización eclesiástica, su particular postura radicalizada, y las dificultades que por más de diez años hubo de pasar como cura doctrinero -intuidas desde el relato en primera persona de diversos encontronazos sufridos con indios, encomenderos y corregidores-, hicieron de Álvarez un etnógrafo poco avezado, que manifiesta carencias en la comprensión de patrones sociopolíticos y económicos, y que no deja de acercarse a las costumbres de los naturales desde los prejuicios de la moral católica de su tiempo. J. J. R. Villarías (1998: lxvi) sugiere que tal vez Álvarez no manejara datos de primera mano para Lipes, sino que hablase por boca del bachiller Agustín de Ávila Briceño, cura doctrinero a quien un grupo de indígenas con su curaca a la cabeza había impedido en cierta ocasión la celebración eucarística a punta de flecha (Álvarez [1588, nº 729] 1998: 401). Sin embargo, a diferencia de lo expresado por Lozano Machuca en relación con Pedro (de) Sande, en ningún momento menciona Álvarez que haya recibido noticias de este Agustín de Ávila, ni vuelve a citar a su persona en el resto del texto. Así pues, si utilizó o no en sus descripciones los informes de éste u otro cura doctrinero, si recibió o no detalles provenientes de otras voces, o si él en persona recorrió en algún momento los espacios de Lipes, de lo cual tampoco hace alusión alguna, es algo que se sitúa sencillamente en el plano de las conjeturas.

En cualquier caso, y cada uno desde sus propios intereses, puede decirse que son estos tres autores de fines del siglo XVI los que sientan las bases de la construcción de la *región de Lipes* y de su curso geohistórico. Con posterioridad otros autores irán añadiendo datos puntuales a aspectos concretos ya enunciados por éstos, lo que corrobora el planteamiento hecho en las Consideraciones preliminares respecto de que la representación y construcción de Lipes se encuadra en una dinámica de equilibrios espaciales dilatada en el tiempo, tal vez por constituir ésta una de esas regiones que analizadas en detalle resultan mucho más complejas de lo que a un primer golpe de vista parecieran.

De entre esta otra documentación, y para completar el corpus correspondiente al siglo XVI, destacan tres cartas escritas en los años 1584 y 1587 por Damián de La Bandera, quien fuera visitador de la provincia de Potosí durante la Visita General del virrey Toledo junto con Alonso de Carvajal, y que a la fecha era corregidor de la provincia de Paria y de las minas de San Pedro de las Salinas (en Aullagas, hoy en el Dpto. Oruro). En las dos primeras, de 14 y 30 de abril de 1584 (AGI, Charcas 43, Cartas de DdLB #1 y #2/ 1584), acerca del descubrimiento, medida y amojonamiento de minas, así como sobre la jurisdicción de las mismas y el repartimiento de indios para su labor, reprocha al Virrey su falta de atención personal, y se queja de la escasez de recursos con que cuenta. Como causas de sus males esgrime el alejamiento de Lipes del Camino Real de Potosí y que los indios no están bautizados, ni reducidos, ni asentados, y que ya se alquilan por su cuenta para servicio en otras minas. De mayor interés para la cuestión de las clasificaciones coloniales, su tercera carta, de 6 de marzo de 1587 (AGI, Charcas 43, Cartas de DdLB #3/ 6-3-1587), trata de las diferencias dentro del paisanaje de Lipes, y de cómo los indios manejan las máscaras de su identidad para negociar sus cargas tributarias, contribuyendo así a asentar, junto con Lozano Machuca y Capoche, el estereotipo de aymaras/urus sobre el que volveré detenidamente y combinando varios puntos de vista en el capítulo VI.

En relación con estas cuestiones de repartimiento y tributación, no podría cerrar este apartado de fuentes del siglo XVI sin hacer siquiera una mención de la documentación generada por los pleitos mantenidos por Hernán Núñez de Segura por la encomienda de los lipes, dilatada entre 1547 y 1569, y sobre de la que me ocuparé al tratar la conquista y los orígenes de la presencia española en Lipes (cap. V.A.1.). Y en relación con esta encomienda, la tasa del repartimiento de los lipes realizada por fray Gerónimo de Loaysa, Fernando de Santillán y fray Domingo de Santo Tomás en 1550 (CNM-AH, Cajas Reales 1, fs. 56r-57v/

1550), donde el detalle de las cargas me permitirá ahondar un poco más en esa cuestión del estereotipo aymaras/urus.

I.B.2.- *Lipes en la documentación del siglo XVII.*

Frente a esta riqueza de contenido de las fuentes del XVI, el siglo XVII viene marcado por un conjunto de documentos que gusto englobar en una categoría de “asuntos de o entre españoles”. Soy plenamente consciente de que discriminar *asuntos de indios* y *asuntos de españoles* es algo improcedente en un estudio regional como es éste. Por más que muchos se sigan empeñando en ello, la teoría de las dos repúblicas, de indios y de españoles, se ha demostrado inoperante, resultando mucho más cercana a la realidad de la América Colonial una separación entre el mundo de las elites (españolas, criollas, indias y mestizas) y el resto, siendo ésta una categoría que permite albergar múltiples posiciones sociales, políticas y económicas. Evidentemente, los espacios de Lipes estuvieron poblados tanto por grupos de indios como por españoles, de modo que al estudiar la región deberían contemplarse los asuntos de unos y de otros, ambos confluyentes en esa actividad minera que supone el motor de su geohistoria. Sin embargo, recordemos aquí lo que ya especifiqué en los objetivos de esta Tesis (Consideraciones preliminares): que no aspiro a componer en detalle una historia colonial de Lipes, sino más bien a desentrañar los mecanismos geopolíticos e ideológicos a partir de los cuales se representaron sus espacios y se delimitó su territorio, esto es, a partir de los cuales se construyó una *región de Lipes*. En consecuencia, y apelando a la ya mencionada naturaleza ecléctica y fragmentaria del corpus documental existente, englobo dentro de estos “asuntos de o entre españoles” las fuentes que recogen informaciones de méritos y servicios, o de oficio y parte, la provisión de cargos, los pleitos entre particulares sobre cuestiones de índole fundamentalmente económica, y en especial aquellos sobre la jurisdicción de minas o la titularidad de indios de repartimientos. Evidentemente, en honor a la seriedad de la investigación, y dada la escasez de fuentes, no puedo dejar todos estos documentos de lado, pero tan

sólo me ocuparé de ellos en tanto que refieran aspectos relacionados con las categorías de clasificación coloniales proyectadas sobre los paisajes y el paisanaje de Lipes o que aporten datos relevantes de orden territorial, y especialmente referidos a cuestiones de jurisdicción y demarcación, por lo que todos ellos aparecerán reseñados en el capítulo dedicado a estas cuestiones (cap. V.B.) Sin embargo, sí me gustaría reseñar aquí cinco fuentes que considero especialmente interesantes.

La primera de ellas, de 1602-03, es el padrón de los indios de Lipes realizado por Diego Márquez de Moscoso, corregidor de esta provincia (AGNA, Sala XIII, 18-6-5/ 1602), en el que a la información censal se añaden datos de geografía de los núcleos de población y de recursos y producción económica. Precedido por un informe del virrey Luis de Velasco II (1596-1604) y una Real Cédula de Felipe III, es el primer padrón con que contamos para los estudios demográficos de Lipes, y curiosamente su confección es coincidente con la querella que contra el corregidor de Lipes (nombrado en este documento como Pedro en vez de Diego), se está manteniendo sobre el depósito de indios y destino de éstos en las panaderías de Potosí (ANB, CACH 337/ 1602). Teniendo en cuenta que en el Padrón se insiste en que los lipes no puedan ser empleados por los panaderos de Potosí (AGNA, Sala XIII, 18-6-5, pp. 9, 19 / 1602), no es difícil suponer que a este respecto se estaban llevando a cabo irregularidades y conchavos de distinto calado, cuestión que retomaré puntualmente al tratar de la jurisdicción de Lipes (cap. V.B.2.) y sobre la participación de los lipes en los mercados potosinos (cap. VIII.A.).

Rematando el siglo, otro padrón, éste de 1684, de los indios originarios, yanaconas y forasteros que asisten al asiento minero de San Antonio del Nuevo Mundo, también llamado de los lipes o de Lipes. Sin embargo, y a diferencia del anterior, éste se ocupa únicamente de dicho asiento, fundado como pueblo de españoles en 1648, y que ya para estas fechas había adquirido la condición de

capital administrativa de la provincia de Lipes. Además, el carácter de la información recogida en este documento es meramente censal.

De especial importancia dentro de este siglo XVII resulta la obra de Álvaro Alonso Barba, *El arte de los metales, en que se enseña el verdadero beneficio de los de oro, y plata por el azogue. El modo de fundirlos todos, y cómo se han de refinar, y apartar unos de otros* ([1639] 1992), por su detallado estudio de las minas de Lipes, de su descubrimiento, su riqueza geológica y sus sistemas de explotación. Natural de Lepe (Huelva), escribe su tratado siendo cura de la parroquia de San Bernardo en la Villa Imperial de Potosí, si bien antes había ejercido su ministerio en Tiahuanaco y en Pacajes, y desde 1617 hasta los primeros años de 1630 lo hizo en Lipes, donde se destacó también por sus descubrimientos de nuevas minas. Teórico del arte de los metales, buen conocedor de las distintas naturalezas, propiedades y usos de los diferentes minerales, Barba experimentó con diversas técnicas de fundición y desazogue de las piñas de plata, innovaciones que aplicó a minas como las de Nuestra Señora de Begoña o la del Cerro de la Trinidad, en Lipes, las cuales reactivó, consiguiendo además la obtención de mayores beneficios.

Asimismo, destaca por su singularidad el pleito de Juan Chiri, curaca principal y gobernador de los lipes, contra Alonso Pigsa, sobre la preferencia a los títulos de cacique y gobernador (ANB, Expedientes Coloniales, 1649, N° 16/1649), pues es el único documento de todo el corpus reunido para esta investigación generado por indígenas, y que -en contraposición al bloque antes referido- trata específicamente un “asunto de indios”. Sobre él volveré a la hora de analizar el papel de las autoridades indígenas en el mantenimiento del orden colonial en Lipes (cap. VII.A.).

Por último, una fuente cartográfica de fin de siglo, la *Carta geográfica de las Prouincias de la Gouernacion del Rio de la Plata, Tucuman, y Paraguay*.

Con parte de las confinantes, Chile, Peru, Santa Cruz, y Brasil (AGI, Mapas, Buenos Aires 29/ 1683), delineada por Juan Ramón, doctor en teología, capellán de Su Majestad en la Real Capilla de Lima, catedrático de matemáticas en la Real Universidad, y cosmógrafo mayor del Perú. Esta carta, de 56 x 43 centímetros, en colores, fue remitida a la Península acompañando un informe del virrey Duque de la Palata, fechado en Lima a 13 de noviembre de 1683, y en su parte superior figuran los escudos de España y Portugal. Comprende el territorio situado entre 17° y 40° de latitud Sur, no indicándose la longitud en grados, aunque en sus extremos norte y sur aparece marcada la línea de costas. Tampoco se indica una escala, que se observa bastante variable en el detalle del curso de los ríos y en las distancias entre poblaciones. Su valor para esta investigación acerca de cómo se construye la *región de Lipes* pasa por ser quizás la primera representación cartográfica existente de Lipes, a excepción, claro está, del anteriormente citado y desaparecido mapa que acompañaría la *Carta* de Lozano Machuca.

I.B.3- *Lipes en la documentación del siglo XVIII.*

A diferencia de los dos siglos precedentes, el XVIII resulta ser el más parco en lo que a producción de información sobre Lipes se refiere, aunque sus espacios, y fundamentalmente su riqueza mineralógica, no dejaron nunca de estar presentes en las descripciones geográficas de la segunda mitad de siglo. Junto a la entrada “Lipes” incluida en el *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América* de Antonio de Alcedo y Herrera ([1786-89] 1967-II: 316), dos son los autores y obras que destacan para este período. El primero de ellos, Juan del Pino Manrique que dispone un apartado de su *Descripción de la villa de Potosí, y Partidos sujetos a su Intendencia, etc.* ([1787] 1971: 37-40) para Lipes. El segundo, Pedro Vicente Cañete, gobernador interino de Potosí, que le dedica el capítulo XII de su *Historia física y política de la provincia de Potosí* ([1797] 1952: 385-395).

Salta a la vista que estas obras rebasan los límites temporales impuestos a esta Tesis, y que se insertan en unos marcos político, administrativo, territorial y económico muy diferentes de aquellos de los siglos XVI y XVII, que son resultado, primero, de la crisis de la minería potosina a fines del XVII y la explotación intensiva de otros espacios económicos de su *hinterland*, y segundo, de las reformas borbónicas del XVIII. Sin embargo estimo que no por ello debe restarse valor a sus descripciones geológicas y en materia de minas. Pensemos que las riquezas minerales de Lipez fueron explotadas durante época prehispánica, y que desde los primeros tiempos de la Colonia vinieron siendo citadas por autores de distinto signo. En este sentido, y sin olvidar el paso de siglos de explotación más o menos intensiva, ¿no estaría implicando su reiteración a fines del XVIII un mantenimiento de las mismas? Si bien es cierto, como recoge Pino Manrique ([1787] 1971: 25, 38), que para estas fechas la minería de Lipes había entrado en notable retroceso, Cañete ([1797, cap. XII, Noticia 2ª] 1952: 392), se empeña por el contrario en llamar al partido de Lipes “uno de los más ricos del Perú⁴, cuando la divina providencia suspenda el entredicho de sus preciosos metales”. Dejando aparte esta contradicción, que retomaré a su debido momento, y aplicando una deducción de la riqueza original a partir de lo que con el correr del tiempo queda de ella, consideraré que los recursos geomíneros referidos por estos autores tardíos debieron ser análogos a aquellos que llamaron la atención de incas y españoles siglos atrás, aunque quizás entonces no fueron reconocidos o nombrados, o simplemente resultaron eclipsados por la fascinación que el metal argentífero ejercía sobre ellos. Por este motivo, recurriré a los datos ofrecidos por Pino Manrique y por Cañete a la hora de componer los paisajes de Lipes (cap. II.B.1.) y de analizar sus espacios económicos (cap. IX.A.).

⁴ Es de notar que desde la creación en 1777 del virreinato del Río de la Plata, la provincia (y desde 1783, intendencia) de Potosí quedó integrada dentro de su demarcación, por lo que esta proyección de Cañete resultaría anacrónica en términos geográfico-administrativos. Buscándole una excusa, pudiera entenderse su referencia al Perú como al Alto Perú, en cuyos límites quedaba englobado el territorio de la actual Bolivia; aún así, dado que el término no se popularizaría hasta las guerras de independencia, ya en el siglo XIX, el gazapo sigue ahí.

En el plano cartográfico, destacan para estos años finales del siglo XVIII otras fuentes. La primera de ellas, la *Demostración Geográfica de las Provincias que abraza cada Intendencia de las establecidas en la parte del Perú desde Salta, pertenecientes a el Virreynato del Río de la Plata*, formada por Joaquín Alós, con orden superior del Virrey y anuencia del Superintendente del Río de la Plata, para acompañar una carta del Virrey con fecha de 31 de diciembre de 1783 (AGI, Mapas, Buenos Aires 154/ 1783). En este mapa, de 44 x 41 cm, y escala de 40 leguas a los 7 cm., se representan a colores los partidos de la intendencia de Potosí, aunque su grado de detalle geográfico resulta prácticamente nulo, simplemente perfiladas las demarcaciones y mencionadas las capitales.

Más interesante resulta la *Carta geográfica, que contiene los seis partidos que comprende la Provincia de Potosí* (AGI, Mapas, Buenos Aires 160/ 1787), remitida a Pedro Vicente Cañete por Hilario Malaver, interino de la Real Casa de Moneda de Potosí, en julio de 1787, para acompañar al manuscrito de su *Descripción geográfica, histórica y política de la Villa Imperial y Cerro Rico de Potosí y de los Partidos de Porco, Chayanta, Chichas o Tarija, Lipez y Atacama* [1789], y que finalmente no vería luz hasta 1797 bajo el título antes citado de *Historia física y política de la provincia de Potosí*. Este mapa, de 46 x 35 cm. y escala de 20 leguas inglesas el grado, representa el espacio comprendido entre 17°15' y 26°15' de latitud Sur y 304° y 316° de longitud Oeste. Se identifica en él cada partido con diferente color, y es su detalle en las demarcaciones y en la localización de núcleos de población y asentos mineros lo que le confiere mayor utilidad para esta investigación pues, a pesar de su fecha tan tardía, permite ubicar de manera más precisa aquellos fundados en siglos anteriores y para los cuales no contábamos más que con posiciones basadas en criterios relacionales.

De cara a poder extrapolar un estudio de demografía histórica para los siglos XVII-XVIII que arrancase del padrón de los indios de Lipes de 1602-03

(AGNA, Sala XIII, 18-6-5/ 1602, *vid supra*), debería tenerse en consideración aquí la retasación del partido de Lipes de 1804-06 (AGNA, Sala XIII, 18-6-5/ 1804), cuyo grueso de información lo integran datos pertenecientes a las décadas de 1760 y 1790. De igual manera, si nos centrásemos en el asiento de San Antonio [entonces del Nuevo Mundo] deberíamos contrastar el padrón los indios originarios, forasteros y yanaconas que allí asistían en 1684 (AGNA, Sala XIII, 18-6-5/1684, *vid supra*) con la matrícula del pueblo de San Antonio [para esta fecha de Lipez] remitida en 1804 a Buenos Aires por Miguel Sáez, y cuya información contenida arranca de 1792 (AGNA, Sala IX, 30-4-9, Expediente 12/ 1804). Sin embargo, sí dejaré estas fuentes de comienzos del siglo XIX al margen de esta investigación dado su carácter puntual y su fecha tan tardía.

I.B.4.- *Lipes en la documentación del siglo XIX.*

Y si acabo de manifestar mi intención de no considerar en este trabajo la información demográfica del paso de los siglos XVIII a XIX dada su distancia temporal respecto del objeto de estudio de esta investigación, con mayor motivo haré lo propio con las revisitas para la contribución indígena en el siglo XIX (ANB, Revisitas para la contribución indígena, Dpto. Potosí, Provincia Lipes, del N° 492 hasta el N° 505 correlativamente), expedientes, padrones y matrículas que abarcan desde 1834 hasta 1877, aunque algunos de estos documentos incluso recogen datos a partir de 1773. Sin embargo, sí quisiera dejar constancia de la existencia de estas fuentes en tanto que es a partir de ellas como T. Platt (1987) compuso su trabajo sobre calendarios tributarios en Lipes y la articulación estacional de los ayllus en relación con su inserción en el mercado potosino; a pesar de recomponer una situación propia del siglo XIX, se trata de un estudio que ofrece algunas referencias interesantes para extrapolar la organización de la participación indígena en los mercados surandinos hacia los siglos anteriores, pues todavía para estos momentos, y a tenor de los datos presentados por Platt, las rutas caravaneras y los intercambios entre el norte y el sur de Lipes, y entre

Lipes y la Puna de Jujuy y hacia los valles orientales se mantenían prácticamente inalterados⁵.

I.C.- FRENTE A LOS ESTEROTIPOS, SOLUCIONES DOCUMENTALES INTERLINEADAS.

En términos generales, y tomando como referencia fundamental la aspereza de sus punas, la constante de los vientos, la escasez de agua y las limitaciones agropecuarias, los paisajes de Lipes aparecen citados en las fuentes coloniales como un territorio de dudosa ubicación, límites difusos y categorías administrativas cambiantes, ocupando un espacio marginal y mencionado muchas veces desde el agravio comparativo con otras regiones más cálidas y favorables al asiento de españoles. Sin embargo, hay un aspecto que desde el principio no pasó desapercibido en la geografía de Lipes, o más bien en su geología: la abundancia y variedad de recursos minerales, de donde muy posiblemente, como discutiré en su momento (caps. II.B.1 y IX.A.), deriva su topónimo. Bien es cierto que se inauguraron las descripciones mineralógicas en el siglo XVI con Lozano Machuca [1581] y Capoché [1585], pero qué duda cabe de que fue durante los siglos XVII y XVIII cuando autores como Álvaro Alonso Barba [1639], Juan del Pino Manrique [1787] o Pedro Vicente Cañete [1797] detallaron prolijamente la geología minera de la región. Con ello, las referencias a las ásperas punas y a los cerros de plata se constituyen en alusiones imprescindibles de toda descripción geográfica de Lipes desde entonces hasta la

⁵ En este punto, puede el lector interesado contrastar los datos ofrecidos por Platt para el siglo XIX con los resultados de los ya citados trabajos etnoarqueológicos y etnográficos de A. Nielsen (1996, 1997c, 1997-98, 2000, 2001b, 2002b) sobre el tráfico caravanero en Lipez, y P. Lecoq (1987) en la región intersalar al norte de Uyuni. Así mismo, me parece que a partir de los trabajos del propio Lecoq (1997b) y de M. C. Sanhueza (1992) sobre las caravanas de llamas en la articulación de los mercados surandinos del siglo XVI -y en especial en el temprano desarrollo de Potosí- pueden encontrarse los términos necesarios para esta insinuada proyección hacia el pasado colonial.

actualidad, y como dos pilares básicos de su construcción regional durante la Colonia.

Mucho más variopintas han sido las descripciones de su paisanaje. Para aquellos autores del siglo XVI la clave radicó básicamente en su clasificación cultural, dividiendo a la población indígena entre aymaras y urus, y proyectando sobre cada una de estas categorías una serie de estereotipos heredados de los incas y aún si cabe aumentados durante la Colonia temprana. Sin embargo, a consecuencia de un rápido proceso de etnogénesis derivado de la vinculación colonial entre topónimos y etnónimos, todos ellos pasaron a ser tratados como indios lipes, y así, junto a sus vecinos atacamas u omaguacas, englobados dentro del estereotipo de indios desacatados, el que más arriba señalé como tercer pilar fundamental en la construcción regional de Lipes. Una vez clasificados ya como aymaras y urus, ya como lipes, la cuestión esencial pasó a ser la tributación, a la cual siempre ha estado estrechamente ligada la demografía.

Perdidos en un mosaico de identidades interdigitadas, aplicados a cuestiones de clasificación cultural, y empeñados en buscar para los lipes un papel dentro de los engranajes geopolíticos, económicos y misioneros de la Colonia, puede decirse que los recuentos demográficos estimados por los autores de fines del siglo XVI resultan, cuando menos, sospechosos. *“Como por sus tierras no atraviesan españoles ni hay para qué, están como animales no domados [y] mal poblados. Los más perdidos no son conocidos ni se sabe cuántos son”*, señaló por ejemplo Bartolomé Álvarez ([1588, nº 730] 1998: 401). Ya habrá lugar de detenernos con detalle en este punto (cap. V.A.), pero como muestra, un botón: mientras que Álvarez y Luis Capoche coinciden en una estimación aproximada de 3.000 almas, Juan Lozano Machuca habla de más de 5.000. Por ende, también la información tributaria que de sus páginas se desprende va a resultar imprecisa y variopinta.

Otro punto de discusión es el relacionado con si los lipes fueron o no sujetos a visita y tasación, aspecto sobre el que ya planeé en otro lugar (Gil 2005b). En este sentido, como el virrey Toledo no les incluyó en la Tasa de su Visita General (1570-75) ni tampoco en la mita de Potosí, el estereotipo de tierra pobre y la imagen de indios desacatados no hicieron sino potenciarse. Sin embargo, para fines del siglo XVI Lipes era ya un territorio que había sido visitado en al menos dos ocasiones. Lozano Machuca ([1581] 1965: 59) hace alusión a una de ellas, realizada por Tomás de Ibarra, Alguacil de la Real Hacienda de Potosí, a fin de evaluar la naturaleza de los indios y regularizar el cobro de sus tasas, aunque de ella no se conserve testimonio. Con anterioridad, como ya he mencionado, fray Gerónimo de Loaysa, Fernando de Santillán y fray Domingo de Santo Tomás ya habían tasado en 1550 a los indios lipes que tuvieron en encomienda Hernán Núñez de Segura y Francisco de Tapia. En cualquier caso, la asociación entre tierra pobre y gente pobre fue una constante en los orígenes de la construcción regional de Lipes en el siglo XVI, traspasando las barreras de lo netamente económico y sirviendo de base para los estereotipos de índole cultural que se proyectaron sobre aquellos indios.

Efectivamente, los lipes no aparecerían incluidos en la Tasa de la Visita General [1582]. Sin embargo, es de destacar que a su original manuscrito, conservado en el Archivo General de Indias (AGI, Contaduría, Leg. 1786/ 1582), le faltan los seis primeros folios, comenzando directamente a describir el repartimiento de Aullagas y Uruquillas, vecino al de Lipes por el norte, aunque con el Salar de Uyuni entre medias. Pudiera pensarse que la suerte nos ha jugado una mala pasada, y que la información que estamos demandando quedaría en esos primeros folios desaparecidos, pero en realidad contamos con otras fuentes que resuelven por qué los lipes no fueron visitados por Toledo y quedaron fuera de la mita minera potosina. Lozano Machuca, apunta a este respecto:

“Parece que al tiempo que se hizo la visita general por el señor don Francisco de Toledo, no se visitaron ni redujeron estos indios lipes, por

tener fama de tierra pobre y cercanos a los de guerra, y porque dos caciques dellos se presentaron en esta villa [de Potosí] ante el señor don Francisco de Toledo, haciéndole presente de unas plumas de avestruces y unas camisetas de unos animalejos que llaman chinchillas y significándole ser gente muy pobre, que no alcanzaban sino aquello que le presentaban; y así el día de hoy traen por refrán que ‘dos indios engañaron a un visorrey’.” (Lozano Machuca [1581] 1965: 61).

Como anécdota puede resultar incluso cómico tratar de recrear mentalmente la escena, pero desde luego cuesta trabajo creer al Factor de Potosí en este punto. “*Por tener fama de tierra pobre*” es, como se ha señalado, una variable en la que inciden todos aquellos que describen los espacios de Lipes. “*Plumas de avestruces y unas camisetas de unos animalejos que llaman chinchillas*” son dos productos que, aún sin entrar a discutir por ahora su valor simbólico en el universo indígena, contrastan notoriamente con el detalle de los tributos recogido en la susodicha Tasa de Loaysa, Santillán y Santo Tomás (1550). Pero sobre todo, Lozano Machuca enuncia otra variable más, a la que parece restar importancia en este fragmento de su descripción, pero en la cual radica la clave de por qué estos indios no fueron incluidos en la tasación toledana: por estar cercanos a los “indios de guerra”. En lo tocante a este punto, el propio virrey Toledo comenta en una carta de 1573 por la que informa al Rey del curso y estado de su Visita General:

“las [[visitas]] de atacama frontera de chile hasta asentar estos yndios de guerra chiriguanas no se ha podido hazer porque con la visita no se me huyesen los yndios de paz con los chiriguanas y dexasen de pagar el tributo los lipes y de atacama que son de vuestra magestad” (Toledo [1573, nº 22] 1924: 240).

Lejos de engaños y subterfugios, pareciera más bien que las decisiones de no visitar el territorio de Lipes y tampoco imponer tributo a sus naturales

respondieron más a un criterio geopolítico y no tanto a una cuestión económica. Tendremos ocasión de regresar sobre este punto concreto (cap. VI.B.2.), traído aquí a colación como un ejemplo más de lo fragmentario y además contradictorio en las informaciones existentes sobre Lipes y los lipes durante la Colonia temprana; más bien una desinformación que obliga a ir hilvanando retales de diversa procedencia y, sobre todo, contrastando los datos aportados por unas fuentes no sólo escasas, sino además contradictorias entre sí.

Volvamos sobre la cuestión demográfica. Más allá de las ambiguas cifras vertidas por Álvarez, Capoché y Lozano Machuca, no será hasta el siglo XVII cuando podamos acceder a censos detallados de la población de Lipes, y ya vimos cómo tampoco fue ésta una cuestión sobre la que la Administración se mostrase especialmente interesada, pues desde el Padrón de 1602-03 ejecutado por Diego Márquez de Moscoso (AGNA, Sala XIII, 18-6-5/ 1602), y que nos quede constancia, no volvieron a recogerse datos poblacionales hasta la transición del siglo XVII al XVIII, y luego ya durante el XIX. El mismo problema presenté para los censos específicos del asiento de San Antonio [del Nuevo Mundo o de Lípez, según fechas], uno de 1684 (AGNA, Sala XIII, 18-6-5/ 1684) y otro de 1792-1804 (AGNA, Sala IX, 30-4-9, Expediente 12/ 1804). A la luz de estas fuentes, a simple vista se pueden apreciar las dificultades con que toparía quien quisiera adentrarse en la demografía histórica de Lipes. Quizás la única vía posible de hacerlo sea el estudio minucioso de los archivos parroquiales, que permiten, por un lado, los cálculos de población a partir de los registros (más o menos sesgados) de los libros de bautismos y defunciones, y por otro, el estudio de la movilidad regional y las relaciones interétnicas a partir de los libros de matrimonios. Sin duda, ésta última opción resulta una interesante vía de aproximación al análisis de la dimensión regional de Lipes, si bien la investigación que aquí presento no se adentrará en sus recovecos. Y no lo haré, primero, por la dedicación y el esfuerzo que exige rastrear esta documentación (por demás, muy dispersa y fragmentaria) a lo largo de varios siglos, y no sólo en

Lipes, sino obligatoriamente también en las regiones limítrofes que están cediendo y recibiendo población⁶. Pero además, y fundamentalmente, porque considero que adentrarme en la demografía histórica de Lipes no contribuye esencialmente a resolver los mecanismos de manejo espacial y ordenamiento territorial que sirvieron de base a su construcción como región. Alcanzando a ver el trasfondo de los registros parroquiales y buscando el porqué de los movimientos de población derivados del parentesco, tal vez pudiera llegarse a insinuar cómo la región era vivida por su paisanaje, pero en ningún caso me parece que sea posible establecer una relación entre ello y los criterios escogidos por un poder colonial (ya sea el inca o el español) para demarcar una región en términos geopolíticos y económicos, que es precisamente aquello que a través de los capítulos siguientes intentaré ir examinando. Reduciendo tal vez el enunciado de los objetivos de este trabajo, no me interesa tanto alcanzar a dar una cifra exacta de cuánta gente vivió en Lipes para un período determinado, sino saber 1) qué categorías clasificatorias de índole cultural fueron proyectadas sobre esa población, y 2) cómo ello se tradujo en un orden colonial concreto.

* * *

En conclusión, y retomando la pregunta planteada como punto de partida, ¿cómo trabajar con esta escasez de fuentes, cómo cotejar las hipótesis de trabajo planteadas? En realidad, en lo tocante a las clasificaciones coloniales de los grupos indígenas que poblaron los espacios de Lipes, podría decirse que las descripciones de fines del siglo XVI componen por sí solas un corpus lo suficientemente homogéneo como para permitir la confrontación de datos entre ellas; un cotejo de información complementado con la arqueología y la historia inca. El problema entonces resulta más bien cómo proceder en lo relativo al

⁶ En este sentido, resultan especialmente interesantes los trabajos de J. L. Martínez (1990, 1998) y J. Hidalgo (1978, 1984), que si bien se centran en la demografía de la vecina Atacama, contienen innumerables referencias cruzadas con la región de Lipes objeto de esta Tesis.

análisis de la construcción de esa región de Lipes, una dinámica desarrollada esencialmente durante el siglo XVII, y que quedó articulada en función de intereses geopolíticos y económicos

La solución documental a esta línea de investigación pasa, como quedó señalado, por un conjunto de textos que, poco interesados en “lo indígena”, tratan fundamentalmente lo que he dado en llamar “asuntos de o entre españoles”, pese a todo lo cual pueden a veces aportar una interesante contribución al análisis de estas dos variables, geopolítica y económica. Como entonces apunté, se trata de informes servicios o de oficio y parte, títulos de cargo, expedientes de confirmación del cargo, documentos generalmente largos, redundantes y plagados de fórmulas burocráticas estereotipadas, cuya única contribución al estudio aquí planteado suele ser la referencia a Lipes en términos de jurisdicción, con lo que permiten un análisis de las diferentes demarcaciones administrativas y territoriales proyectadas sobre los espacios de Lipes en momentos dispares. Junto a éstos, ordenanzas de repartimiento y asiento de indios, despachos alusivos a los servicios personales de los indios en la villa y minas de Potosí, aranceles de jornales, matrículas de tributo, que ayudan en la definición de la participación de los lipes en los mercados potosinos. También pleitos entre particulares, o entre los particulares y la Administración colonial, que aportan datos referentes tanto a la jurisdicción como al trabajo en las minas. Y un amplio grupo de documentos de diversa naturaleza referidos a la minería en Lipes, en esencia, títulos de minas y pleitos entre mineros, desde los cuales es posible perfilar distintos aspectos técnicos de la extracción y procesado de mineral, y también de lo que podríamos denominar entresijos del poder político y económico en Lipes. Sin embargo, dado que en este trabajo consideré la actividad minera no en su especificidad sino en tanto que variable fundamental en la dinámica de construcción de la región de Lipes, se trata de documentos que mayormente se han descartado como fuentes para el análisis, a excepción de aquellos en los que el marco territorial adquiere especial relevancia, como pueda ser pleito seguido en 1611-12 entre los

corregidores de Lipes y Chichas sobre la jurisdicción de unas minas recién descubiertas en el paraje de San Vicente y que ambos reclaman dentro de la demarcación de su corregimiento (ANB, Minas 52.4/ 1611-12), sobre el que volveré en su momento (caps. V.B.2. y IX.B.).

Tradicionalmente la historiografía ha dividido las sociedades amerindias según ocuparan áreas nucleares (fundamentalmente, Centro de México, Yucatán y Guatemala, y Andes Centrales, cuna de las llamadas altas culturas, azteca, maya e inca, respectivamente) o áreas más o menos marginales, e incluso se ha dicho de estas últimas que son áreas culturalmente invisibles, en el sentido de generalmente no consideradas dentro de los procesos de la Historia de América⁷. Sin embargo, esta invisibilidad no responde en absoluto a una ausencia de cultura, sino más bien a que dichas sociedades resultan anuladas por el agravio comparativo con sus vecinos “más desarrollados”, o diluidas en contextos donde la descripción de la alteridad indígena pronto quedó rebasada por los asuntos propios de la identidad española. En este sentido, no me cabe duda de la invisibilidad de Lipes dentro de la documentación colonial, y por ende para una buena parte de la investigación arqueológica y/o histórica. Según convino en cada momento, se habló de los lipes como salvajes o dominados, y siempre en función de dos variables básicas: lo geopolítico y lo económico. Y es precisamente desde el prisma económico como Lipes queda registrado en las monografías históricas, desde la valoración de sus minas dentro de un *hinterland*

⁷ Tomo esta idea de “culturas visibles” y “culturas invisibles” de R. Rosaldo (1993), para quien la percepción ideológica de las culturas americanas quedó y queda determinada por el nivel de visibilidad de sus manifestaciones a los ojos del observador foráneo, quien es, en suma, el encargado de componer las distintas formas de alteridad y ubicarlas dentro de sus órdenes culturales y civilizatorios. En este sentido, aztecas, mayas e incas, pese a su barbarie, habrían sido los pueblos más civilizados (= evolucionados) de la América prehispánica, mientras que el resto difícilmente superarían el grado de salvajes.

En términos de presencia visible de las culturas prehispánicas en la Historia, basta con ojear el índice de la gran mayoría de manuales y obras generales de Historia de América -por no hablar de los textos escolares- para comprobar la desproporción entre la atención prestada a las en muchos sentido *espectaculares* culturas desarrolladas en las “áreas nucleares”, frente a la descarada ausencia de aquellas otras que se desarrollaron en esas llamadas “áreas marginales”.

potosino llamado a resolver la crisis de productividad que a mediados del siglo XVII experimentó el Cerro Rico. Por ello, cabe decir que una vez que se encontró una posición adecuada para el paisanaje de Lipes dentro de la lógica clasificatoria colonial, una vez que aquellos indios se convirtieron en “los lipes” por suerte de esa asociación biunívoca entre topónimo y etnónimo, entre territorio e identidad, y especialmente una vez que fueron integrados en los circuitos económicos potosinos, Lipes y los lipes se volvieron invisibles para una documentación colonial más interesada en otros asuntos. De ahí la insistencia en el hecho de que cuando las fuentes escasean se hace necesario leer entre líneas y buscar en las miradas distantes unos contextos de sentido que guíen esa construcción regional de Lipes que aquí nos ocupa.

II

Ásperas punas, carneros de la tierra y cerros de plata.

Naturaleza y localización de los espacios de Lipes

Hablar de la idea de *espacio* en Ciencias Sociales supone negar su existencia como elemento independiente de la sociedad y la cultura, y calificarlo más bien como atributo de ambas. Partiendo de un escenario geográfico que nos viene dado y que culturalmente aprehendemos, lo que desde este precepto se alcanza hoy a definir es una referencia de orden construida, polisémica, cualitativa y heterogénea, a partir de cuyas representaciones cada individuo y cada grupo humano disponen su propio lugar-en-el-mundo y también el de sus vecinos.

Sólo en función de este planteamiento puede hablarse de *paisajes* y *paisanajes*, de territorios y fronteras, cuestiones sobre las cuales se puede verter una perspectiva *etic* o *emic*. Sin embargo, cuando (desde el punto de vista *etic*) las geografías física, política y humana son proyectadas sobre todos estos cristales para componer esa vidriera que llamamos *región*, la representación de los espacios y las gentes se multiplicará como efecto del nuevo crisol con que se miran. El componedor de regiones se fijará fundamentalmente en lo económico y en lo geopolítico, y a partir de estos criterios articulará las relaciones entre el

medio físico, sus habitantes y las actividades de éstos en aquel. Es por ello que en las Consideraciones preliminares señalé la homogeneidad de espacios y la identidad de gentes como piezas clave de la construcción regional.

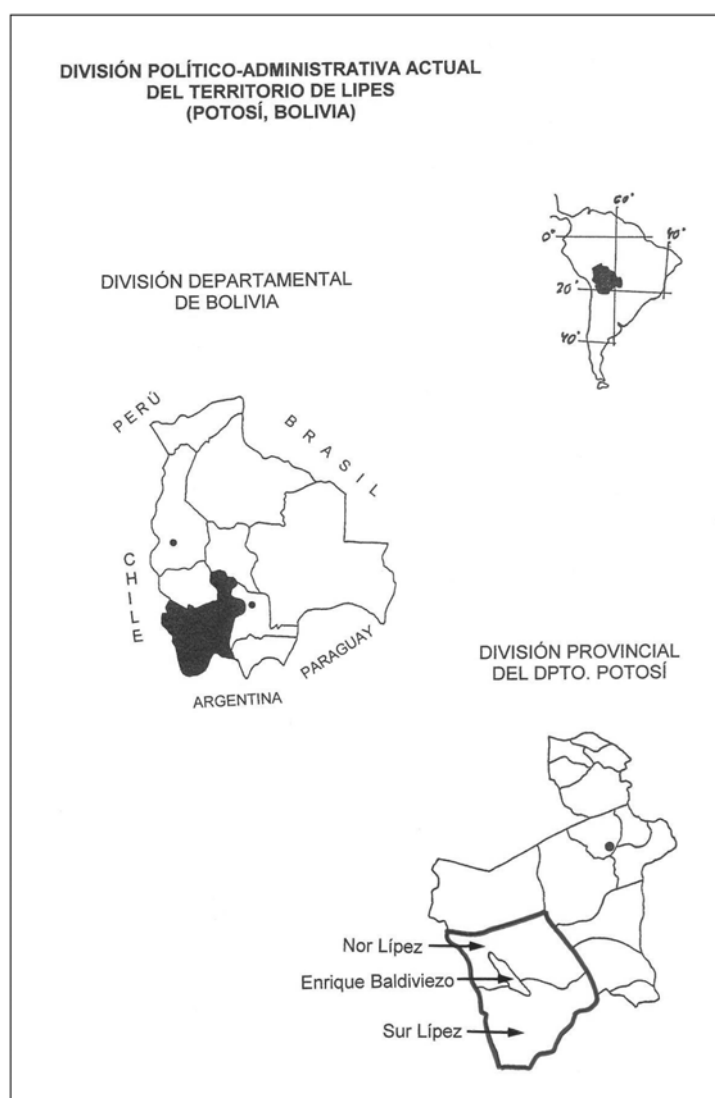
También los españoles se fijaron en estos criterios cuando construyeron *su* región de Lipes y la insertaron en el escenario surandino colonial. Lipes se abría ante ellos como una *terra incognita*, y empezaron por donde debe empezarse: por la exploración y representación del terreno, de sus recursos y de sus gentes. En este capítulo me centraré en la naturaleza y localización de los espacios de Lipes, y dejaré la representación y clasificación de sus pobladores para más adelante (caps. VI y VII).

II.A.- EL ESPACIO GEOGRÁFICO DEL ALTIPLANO DE LÍPEZ¹.

Quizás hablar en la actualidad de *Lípez* tenga un sentido geográfico más concreto del que se pudiera precisar cuando en tiempos pasados se hablaba de *Lipes*, aunque esa concreción encierra en sí misma una heterogeneidad geográfica tal que exige diversos matices. Localizada en el sector sur-occidental del actual Departamento de Potosí, la antigua provincia de Lípez, heredera de Lipes, fue dividida por Ley de 4 de diciembre de 1885 en dos partes, Nor Lípez y Sur Lípez. Un siglo más tarde, se desmembró de ellas el cantón de San Agustín, creándose por Ley de 6 de febrero de 1985 la provincia Enrique Baldivieso (Mapa II-1). En general todos se sienten lipenos, pero la superposición de mapas físicos, políticos y regionales hace que en la actualidad se repita una situación similar a la de ese pasado colonial que aquí nos ocupa: tierras y gentes

¹ Desarrollo este bosquejo de geografía física a partir de los trabajos de J. Arellano (1987, 2000: 29-34), F. Ashfeld (1973), R. González (1989), I. Montes (1989), J. Muñoz (1991) y A. Tapia (1992); en sus páginas se pueden encontrar descripciones detalladas y bibliografías específicas. Así mismo, para una visión general de los geosistemas de puna y suni, a los cuales pertenecen el Altiplano de Lípez, remito al lector a los estudios de O. Dollfus (1981: 38-46, 1991: 66-72).

encerradas en nuevas demarcaciones, viviendo en disyuntiva entre el pertenecer histórico y el ser político-administrativo impuesto, un punto que afecta a cuestiones tan dispares como la identidad y el arraigo. En consecuencia, al margen de estas tres provincias, y salvo puntualizaciones *ad hoc*, en lo sucesivo me referiré a Lípez en sentido extenso, tratando de esquivar así complicaciones derivadas de un ordenamiento territorial actual que poco y nada tiene que ver con los manejos del espacio desarrollados durante el Período Tardío prehispánico ni durante la Colonia temprana, objeto de este estudio.



Mapa II-1: División político-administrativa actual del territorio de Lípez (Potosí, Bolivia). (FMGG).

Por este motivo, homologaré el topónimo *Lípez* a Altiplano de Lípez, también llamado Puna de Lípez, la parte más meridional del amplio altiplano boliviano, por todos reseñada como la región más árida del país a consecuencia de su extrema sequedad y sus bajas temperaturas; de ahí que haya quien se refiera a este sector del altiplano sur como Desierto de Lípez (Montes 1989: 153). Al norte, el Salar de Uyuni, y dejando atrás su gran depresión (3.360 m.s.n.m.), el altiplano comienza a ascender nuevamente de manera paulatina a su paso aproximado por el paralelo 21°, dando lugar a un típico paisaje geomorfológico de mesas: elevadas mesetas por encima de 3.900 m.s.n.m. (constituidas por sucesivas coladas de lava y acumulaciones de cenizas), entre las cuales se extienden pampas de tipo arcilloso (antiguo lecho de los pleistocénicos lagos Michin y Tauca), arenoso (provenientes de la descomposición de rocas volcánicas) y pedregoso (de origen clástico) (Fig. II-1). Un paisaje sobre el cual se levantan cerros aislados o pequeñas serranías, situadas las cotas más elevadas del lado del cordón volcánico que la Cordillera Occidental forma en la frontera chileno-boliviana.



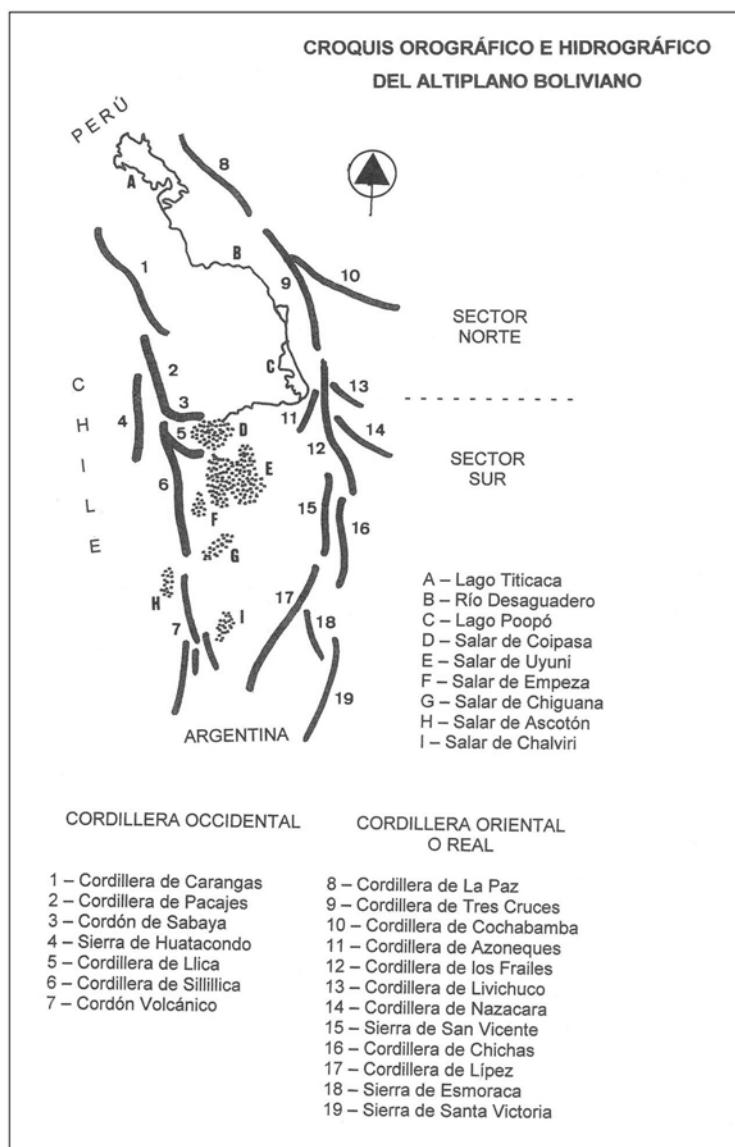
Figura II-1: Paisaje geomorfológico de mesas propio del Altiplano de Lípez desde el cerro Qaral (Santiago “K”, Nor Lípez), con el Salar de Uyuni al fondo. (FMGG, septiembre 2001).

El sector meridional del altiplano sur boliviano viene delimitado al norte por la línea Sajama-Oruro (límite actual entre los Dptos. La Paz y Oruro), mientras que por el sur su límite se pierde entre las salinas. Cruzando los valles serranos, al oeste limita con esos valles occidentales abiertos hacia el Pacífico, y al este con esa subárea valluna donde se entremezclan el bosque tropical y la puna (Mapa II-2). Por lo que al Altiplano de López se refiere, al cambiar de vertiente y penetrar en Chile, el Desierto Siloli se funde con el Desierto de Atacama, mientras que al alcanzar la frontera con Argentina da paso a la Puna de Jujuy, desde donde el altiplano empieza de nuevo a descender hacia los valles orientales a través de la Quebrada de Humahuaca. Esta macro-área conforma la Puna Salada, también llamada Región Circumpuneña, donde conviven ecosistemas de altura, oasis y valles en las tres vertientes del alzamiento puneño, que se prolonga hacia el sur hasta la latitud de Catamarca en Argentina, y Chañaral en el litoral chileno² (Mapa II-3).

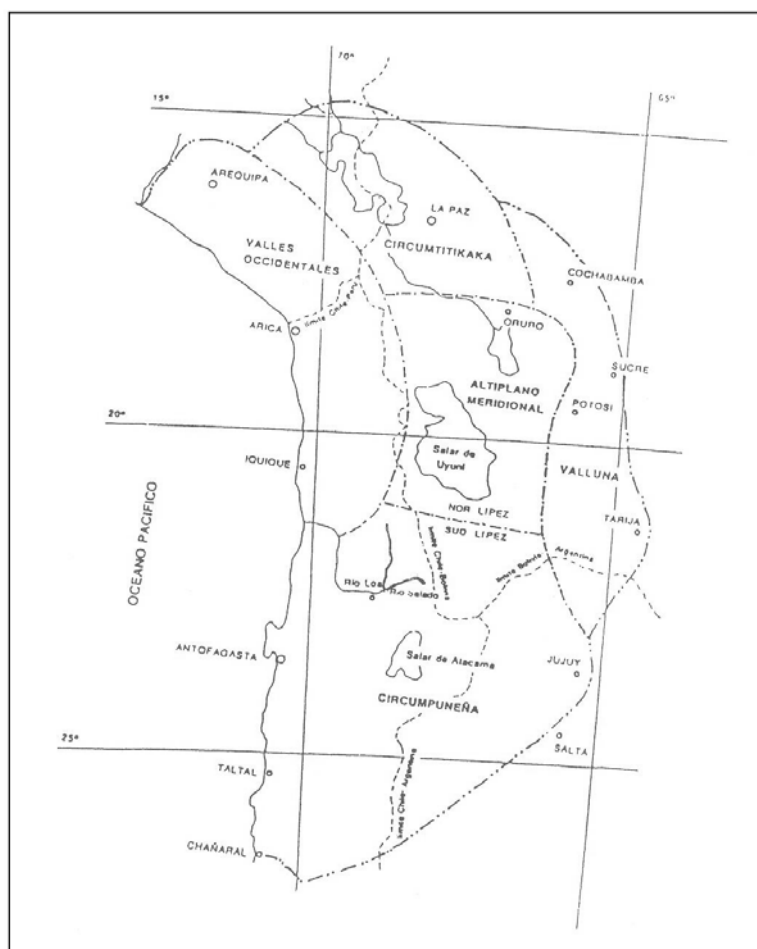
En términos orográficos, el Altiplano de López se haya flanqueado por la Cordillera Occidental y la Cordillera de López, último ramal de la Cordillera Central u Oriental, también llamada Cordillera Real. Apelando a sus características morfoestructurales, F. Ashfeld (1973) considera que se trata de un geosistema de puna con dos regiones morfológicas diferenciadas: al oriente, la Cordillera de López, y al occidente, los volcanes, todos ellos en estado solfatárico, ninguno en activo, y el conjunto de bolsones sin desagüe, salares y lagunas que referiré a continuación. De norte a sur, destacando en la línea de cumbres de la Cordillera de López, los cerros Uturuncu (6.008 m.s.n.m.), López

² Si bien es una terminología al uso, utilizo el topónimo de Desierto de Atacama y no Puna de Atacama en tanto que ésta última hace referencia a una región histórica en sí misma, que abarcó partes de López en Bolivia, de Atacama en Chile, y de Jujuy y Salta en Argentina. De territorio periférico dentro de la administración colonial de los últimos tiempos, declaradas las independencias republicanas fue escenario de múltiples conflictos bélicos, cambios de soberanía y reajustes político-administrativos hasta 1943, siempre presente en su devenir la idea de la frontera y lo fronterizo. Para una geohistoria de esta Puna de Atacama, remito al lector interesado al volumen compilado por A. Benedetti (2003), donde se reúnen diferentes análisis de sus procesos políticos, sociales y económicos.

(5.930), Santa Isabel (5.903), Soniquera (5.899), Bonete (5.630), Nuevo Mundo (6.020), Bravo (5.740) y Zapaleri (5.656); y en la Cordillera Occidental, los cerros Ascotán (5.480 m.s.n.m.), Sairecabur (5.970) y Licancabur (5.930), y los volcanes Ollagüe (5.830), San Pablo (5.810), Apagado (5.680), Linzor (5.660), Jorgencal (5.540), Putana (5.690) y Suriques (5.710).



Mapa II-2: Croquis orográfico e hidrográfico del altiplano boliviano. (FMGG).



Mapa II-3: Áreas geográfico-culturales del altiplano centro-surandino de acuerdo con la resolución del Coloquio nacional de Arqueología Andina (Antofagasta, 1979).

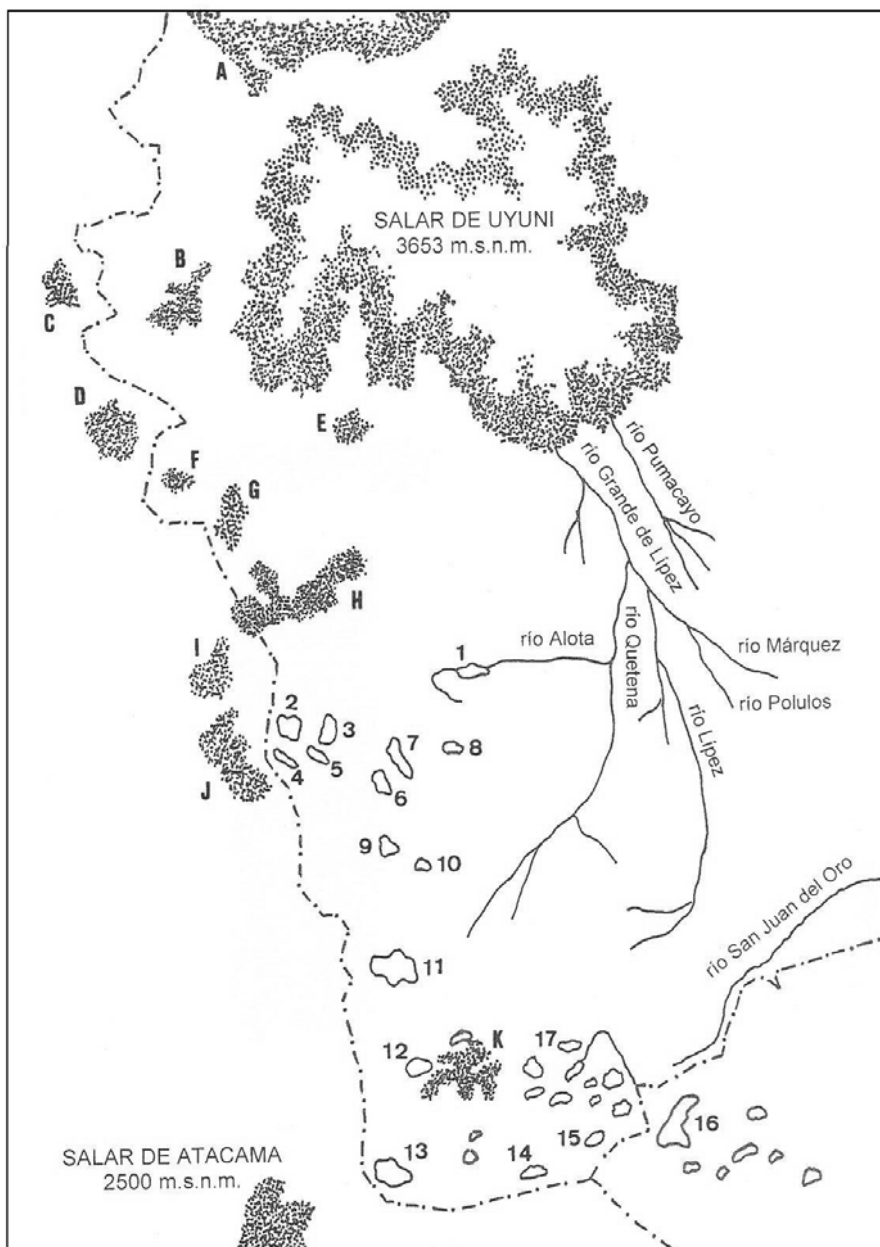
Con sus más de 70 picos por encima de 5.000 m.s.n.m., la Cordillera de Lipez constituye un macizo de origen paleozoico que corre al sur del río Grande de Lipez, en dirección NE-SW desde la Sierra de San Vicente hasta el cerro Zapaleri, casi en la frontera tripartita entre Bolivia, Argentina y Chile, quedando sus límites poco definidos en la vertiente sur. Como consecuencia de ello, la de Lipez se llega a confundir en su tramo final con las últimas estribaciones de la Cordillera Occidental, si bien esta cadena marca el límite del altiplano hacia el sur y su descenso hacia los geosistemas más templados de quechua y suni. Sus

ramificaciones hacia el S-SE comunican el Altiplano de LÍpez con la Puna de Jujuy a través de las sierras de Esmoraca y Santa Victoria.

Para J. Muñoz (1991), sin embargo, el sector occidental de LÍpez no constituye un ambiente de puna, sino más bien un altiplano intermontano, caracterizado por cuencas menores y bolsones fisiográficos de origen pleistocénico en los que se han formado salares y lagunas por encima de los 4.250 m.s.n.m.³. Ocupando las suaves ondulaciones al pie de los volcanes apagados, y pobladas por bandadas de flamencos, estas lagunas salobres resultan ricas en boro, bromo y otras sales provenientes del lavado pluvial de las faldas de los volcanes y las planicies con boratos de sodio (bórax y ulexita). Entre estas subcuencas lacustres destacan las lagunas Verde, Blanca, Busch, Salada, de Pastos Grandes y Colorada (Mapa II-4). Cerca de Laguna Colorada aparecen perforaciones geotérmicas, fuentes termales y géiseres, producto de una actividad reciente en tiempos geológicos. La salinidad de todo este sector sur-oriental, una extrema sequedad en el ambiente, en el que por otra parte son frecuentes las tormentas de arena, y una oscilación térmica de hasta 50°C entre el día y la noche, contribuyen a alentar esa imagen de LÍpez como tierra inhóspita, gélida y desolada.

³ Cabe señalar que el paisaje lacustre de Lipes no escapó a la observación de los autores coloniales. Así, entre las causas aportadas por Bernabé Cobo ([1653] 1964) para explicar el escaso poblamiento de América se destaca la inhabitabilidad de muchos espacios como consecuencia de la escasez de agua o de su demasía. Respecto del segundo caso señala el jesuita:

*“Repártense esta agua en lagunas, ríos, esteros, ciénagas y pantanos; ocupan grandes sitios las lagunas, porque, allende de las que por su extraña grandeza tienen fama, como las de Chucuito, Paria, **Lipes**, Maracaibo y otras que hay en la Nueva España, se hallan a cada paso otras innumerables de menos grandeza, que tienen a ocho, a quince y a veinte leguas de circuito; el suelo de todas las cuales, si no estuviera cubierto de agua, era suficiente para mantener grandes ciudades y provincias”* (Cobo [1653, Libro XI, cap. I] 1964-II: 8, énfasis mío).



Mapa II-4: Croquis hidrográfico del Altiplano de Lipez. SALARES: A) Salar de Coipasa.- B) S. de Huasca.- C) S. de Empexa.- D) S. de Coposa.- E) Sal de Patana.- F) S. de La Laguna.- G) S. de Lagunilla.- H) S. de Chiguana.- I) S. de San Martín.- J) S. de Ascotán.- K) S. de Chaviri. LAGUNAS: 1) Laguna de Alota.- 2) L. Hedionda.- 3) L. Cañapa.- 4) L. Ramaditas.- 5) L. Chircota.- 6) Cachi Laguna.- 7) L. Pastos Grandes.- 8) L. Yapi.- 9) L. Khara.- 10) L. Capina.- 11) L. Colorada.- 12) L. Salada.- 13) L. Verde.- 14) L. Zapaleri.- 15) L. Busch o Kalina.- 16) L. Vilama.- Pampa de las Lagunas. (FMGG).

Sin dejar la cuestión de los recursos hídricos de López, baña este altiplano en su mayor parte la cuenca fluvial de los ríos Quetena y Grande de López, desde su nacimiento en las cercanías de las lagunas Hedionda y Peñas Blancas hasta su desembocadura en el Salar de Uyuni. A este complejo drenan la mayor parte de los cauces permanentes, intermitentes y estacionales del área, nacidos en su inmensa mayoría en la Cordillera de López; entre ellos destacan los ríos Polulos y Márquez. Paralelo al Grande de López por su margen oriental, el río Pucamayo, al que drenan buen número de corrientes del sector nor-oriental de López. En el sector sur-oriental, prácticamente marcando el límite con la puna argentina, la cuenca del río San Juan del Oro, a la que drena la vertiente meridional de la Cordillera de López.

A partir de estas breves pinceladas morfológicas y fisiográficas, la imagen del Altiplano de López que se nos dibuja es la de un espacio geográfico marcado básicamente por las diferencias de altura, lo que hace que estén representados en él tres tipos de clima diferentes:

- Clima polar de alta montaña. Cotas superiores a 5.000 m.s.n.m.
- Clima de tundra. Asociado a ese corredor longitudinal paralelo al cordón volcánico, con alturas superiores a 4.000 m.s.n.m. La escasez de precipitaciones ($<150 \text{ mm}^3$ anuales) y la elevada salinidad en superficie conforman un combinado frigorífico que hace que el clima sea realmente inhóspito en este sector.
- Clima de estepa. Caracterizado por inviernos fríos y secos, afecta a la extensa planicie aluvial del complejo Quetena-Grande de López, donde la altura media se sitúa en torno a los 3.600-3.800 m.s.n.m.

Conjugando todos estos factores orográficos e hidrográficos es posible trazar dentro de López tres contornos ecológicos diferenciados de acuerdo a tres pisos medioambientales: puna alta, puna intermedia y puna baja.

1) *Puna alta*. Paralela a la sección meridional de la Cordillera Occidental, con cotas mínimas por encima de 4.500 m.s.n.m. La vegetación corresponde a tipos desérticos subalpinos, con predominio de pajonales (*Stipa ichu* y *Festuca orthophylla*) (Fig. II-2), y porcentajes menores de *queñua* (*Polylepis tarapacana*), tola (*Lepidophyllum quadrangulare*) y yareta (*Azorella compacta*), utilizadas como combustible.



Figura II-2: Paisaje de pajonales en las proximidades de Laguna Colorada, Sur LÍpez. (FMGG, noviembre 2004).

Como consecuencia de su origen volcánico pueden distinguirse dos microambientes bien diferenciados:

a) Asociado a los bolsones fisiográficos y relacionado con afloramientos de rocas volcánicas y terrazas lacustres, un paisaje definido ora por la presencia de manantiales que dan lugar a superficies ligeramente pantanosas, ora por las ya mencionadas lagunas salobres. En torno a las primeras, rodeadas de vegetación de pastos bajos, acuden a abreviar vicuñas (*Vicugna vicugna*), y aves como suris (*Rhea americanis*), wallatas (*Chloephaga melanoptera*) y pariguanas (*Phoenicopterus chilensis*). Entre estas lagunas, las de Pastos Grandes, Ramaditas, Colorada y Verde cuentan con aguas potables y recursos de flora y fauna permanentes, mientras que otras, como la Chulluncani. A aquellas lagunas salobres que

cuentan con orillas inundables, como la Hedionda y la Honda, queda asociada una vegetación de tola, y una fauna restringida a aves acuáticas migratorias (Fig. II-3). Un recurso ligado a estas depresiones fisiográficas interesante a destacar es la *kollpa*⁴, acumulada en las vegas y orillas de las lagunas, utilizada como jabón en los valles de ambos lados de los Andes, hacia donde tradicionalmente se ha transportado en caravanas de llamas.



Figura II-3: Flamencos en Laguna Hedionda, Sur Lipez. (FMGG, noviembre 2004).

b) Un desolado paisaje desértico de rocas modeladas por deflación, plataformas arenosas y relictos de conos volcánicos, donde no resulta extraño encontrar manadas de vicuñas (*Vicugna vicugna*) (Fig. II-4). En el límite con la puna intermedia son frecuentes los afloramientos volcánicos ignimbríticos denominados *carcañales*, que constituyen el refugio natural del gran roedor altiplánico, la vizcacha (*Lagidium viscacia*)⁵.

⁴ *Kollpa*: carbonato sódico (Na_2CO_3), también llamado natrón, barilla, soda Solvay o sosa (no confundir con la sosa cáustica). Sal blanca y traslúcida empleada para la fabricación de jabón, vidrio y tintes.

⁵ Si bien su hábitat natural se fija en estos parajes rocosos de transición entre la puna alta y la puna intermedia, la vizcacha está presente también en cotas inferiores, campando por las quebradas y los afloramientos rocosos del sector de transición entre la puna intermedia y la puna baja, aunque su población en esta área es actualmente muy escasa y difícil de avistar, mucho más reducida de lo que los comuneros recuerdan para treinta o cuarenta años atrás.



Figura II-4: Paisajes desérticos en Sur Lípez: Desierto Siloli (izquierda). Vicuñas en Pampa Siloli (derecha). (FMGG, noviembre 2004).

2) *Puna intermedia*. Serranías pertenecientes a la Cordillera de Lípez, con cotas entre 4.000-4.500 m.s.n.m., que corren en sentido SW-NE hasta encontrarse con la Cordillera Real a la altura del río Viluyo. Unos suelos rocosos y arenosos y un clima demasiado frío y seco anulan la posibilidad de que prospere otra vegetación que no sea la de tipo seco subalpino montano. En este ecosistema fija su hábitat la chinchilla (*Chinchilla chinchilla*), mucho más abundante en el pasado, prácticamente extinta en el paso de los siglos XIX al XX a consecuencia de su caza indiscriminada, y que actualmente mantiene una población reducida dentro de los límites protegidos de la Reserva Nacional de Fauna Andina Eduardo Avaroa (REA en lo sucesivo)⁶.

Tan sólo en torno a manantiales de alta montaña se abren valles estrechos que dan lugar a praderas y vegas cerradas donde crecen plantas subacuáticas de tipo umbelífero y pastos cortos apropiados para el pastoreo, que reciben el

⁶ La REA fue creada en 1973, delimitada al norte por el paralelo 22°. En 1991 se amplió con la declaración del Santuario Nacional de Vida Silvestre Laguna Colorada, alcanzando así una extensión de 817.455 ha. La reserva en su conjunto nació con los objetivos de proteger y conservar la flora y fauna altoandinas (y en especial, las especies autóctonas) y el patrimonio arqueológico, y promover el desarrollo sostenible de las poblaciones locales. En la actualidad su mayor amenaza es, sin duda alguna, ese sistema turístico que conecta los salares de Uyuni y Atacama a través del Altiplano de Lípez, y que anualmente mueve a más de 24.000 turistas (v.gr. Gil 2004, 2006a).

nombre de bofedales (Fig. II-5); en estas vertientes se localizan las cabeceras de los ríos Quetena, Grande de López, Polulos y Márquez.



Figura II-5: Paisajes de bofedal en Sur Lípez: Desaguadero de laguna Colorada, Sur Lípez (izquierda), Río Alota a su paso por Mallku-Villa Mar, Sur Lípez. (FMGG, noviembre 2004).

3) *Puna baja*. Porción inferior de la cuenca altiplánica, que abarca la margen meridional del Salar de Uyuni, el Salar de Chiguana, la vega del río Alota y el curso inferior de los ríos Quetena y Grande de López, dando lugar a una llanura aluvial, fría y árida, de terrazas medias y bajas. En sentido ascendente desde el Salar de Uyuni, entre 3.700-4.000 m.s.n.m., una extensa y árida llanura en la que empiezan a aparecer algunas lagunas (Hedionda y Pastos Grandes) separa este sector de la puna intermedia. Las áreas de inundación con estancamiento de aguas provenientes de las crecidas de los ríos dan lugar a vegas abiertas cubiertas de pastos bajos y plantas subacuáticas de tipo umbelífero. Entre estas vegas destaca la laguna-salina de Alota, donde se concentra una gran variedad de ánades silvestres y otras aves acuáticas; en sus arenales es también frecuente encontrar al quirquincho (armadillo, *Chaetophractus sp.*). En el resto de la zona predomina la vegetación de matorral desértico montano templado, con concentraciones de pajonales y tola (Fig. II-6), y arbustos resinosos como añahuaya (*Adesmia spinossisima*), pichana (*Faviana densa*), ullupuyuyo (*Atriplex cristata*) y lampaya (*Lampaya medicinalis*). En las serranías pedregosas habitan vizcachas y tujus (*Ctenomys boliviensis*).

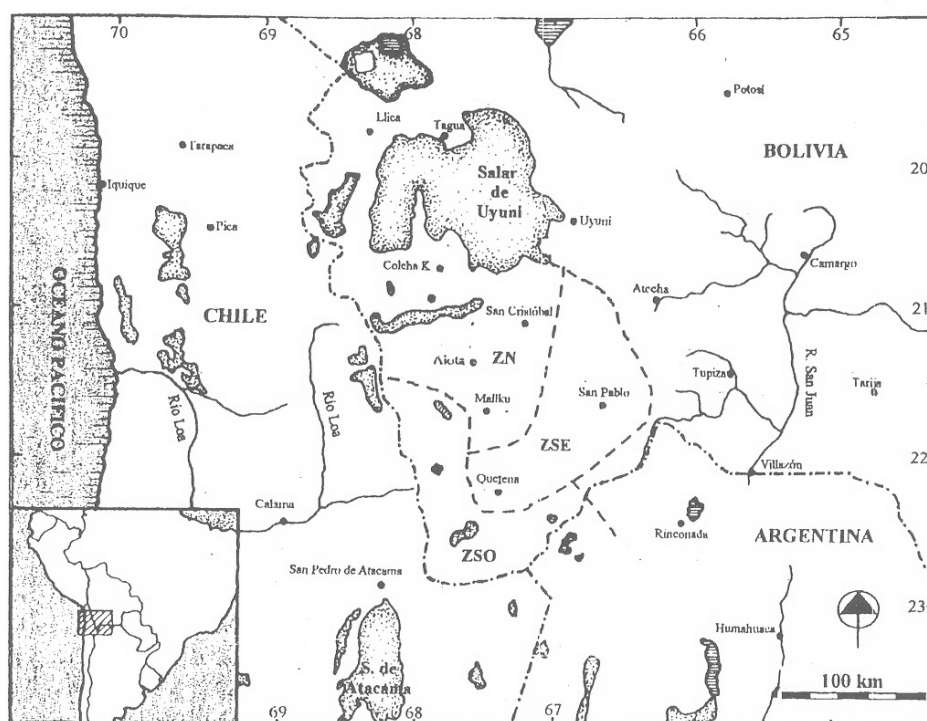


Figura II-6: Concentración de tolas en el piedemonte del cerro Qaral (Santiago “K”, Nor Lípez). (FMGG, septiembre 2002).

Por tratarse del sector más bajo, más húmedo y abrigado, esta puna baja se constituye como la más apropiada para la agricultura, que puede extenderse también al límite inferior de la puna intermedia. Como cultivo predominante, la quinua (*Chenopodium quinoa*) y sus variantes, destacando la cañihua (*Chenopodium pallidicaule*), y en menor proporción, cebada (*Hordeum vulgare*); a pequeña escala, para el consumo doméstico, productos de huerta como habas, cebollas o zanahorias. Las condiciones más benignas se dan en la sección comprendida entre los salares de Uyuni y Chiguana, la porción abarcada por la península de Colcha “K”, donde únicamente prospera hoy el cultivo de patatas en sus diferentes variedades (*Solanum sp.*).

Entre los animales domésticos, presentes en cualquiera de estos tres pisos ecológicos, la llama ocupa el lugar principal, jugando marcado protagonismo en ese tráfico caravanero que desde época prehispánica hasta la actualidad han venido realizando las gentes de Lípez. Entre los introducidos por la Colonia, ovinos y pollinos.

Siguiendo esta división medioambiental, A. Nielsen (especialmente 1998) fragmenta el Altiplano de LÍpez en *Zona Suroeste* (SW de la provincia Sur LÍpez), *Zona Sureste* (NE de Sur LÍpez y oriente de la provincia Nor LÍpez) y *Zona Norte* (centro-norte de Nor LÍpez y provincia Enrique Baldivieso), que corresponden aproximadamente con estas puna alta, intermedia y baja respectivamente (Mapa II-5). Desde la disciplina arqueológica, Nielsen dota a estas zonas de un sentido histórico-cultural que analizaré en capítulos siguientes (caps. III.B. y IV.A.).



Mapa II-5: División tripartita del Altiplano de LÍpez en áreas geoculturales según propuesta de A. Nielsen (2002: 289 fig. 1).

En cuanto al potencial mineralógico del Altiplano de LÍpez, y amén de la sal, por el momento tan sólo señalaré sus riquezas de plata y cobre, de magnetita, sus vetas de mármoles, basalto y obsidianas, y sus afloramientos de piedras (semi)preciosas como topacios, esmeraldas, ópalos, lapislázuli y jaspe. Sobre todo ello volveré enseguida al comentar diferentes aspectos de percepción y aprehensión de los espacios de LÍpez a partir de la toponimia, retomando además

la descripción de los recursos minerales al analizar la integración de Lipés en los espacios económicos de la minería surandina (cap. IX.A.).

II.B.- ESPACIOS OPERATIVOS, ES PACIOS PERCIBIDOS. EN TORNO A LA APREHENSIÓN COLONIAL DE LOS ESPACIOS DE LIPES.

De manera muy breve, baste señalar que los seres humanos nos encontramos inmersos en un entorno (que a priori nos supera y sobrecoge) que vamos modelando de acuerdo a nuestras necesidades sociales, económicas e ideológicas a fin de adquirir una identidad y un lugar-en-el-mundo. En este sentido, los actores sociales contemplan la Naturaleza a través de un filtro facetado de creencia, conocimiento, propósito y conveniencia; sus acciones se desarrollan más bien a partir de las imágenes culturales que este filtro les proporciona, y no tanto de acuerdo con la estructura real del entorno. Consecuentemente, la representación percibida del entorno distará más o menos de la estructura real de éste, en función de los sistemas de relación y los capitales que entren en juego a la hora de construir social y culturalmente *una realidad*⁷. A partir de aquí, ritos y mitos por un lado, y ciencia y tecnología por otro (tanto monta, monta tanto), hacen que cada sociedad aprehenda los espacios en que se mueve, y que domestique esa Naturaleza compleja y sutil en que habita. En este sentido, los seres humanos actuamos ante lo que nos resulta desconocido a través de las miradas distantes que proporciona la comparación con otras realidades ya conocidas, a través de metáforas y metonimias que nos permiten asimilar lo desconocido por lo conocido, la parte por el todo y viceversa, lo extraordinario por lo cotidiano, etc.

⁷ No voy a entrar aquí a escudriñar esta cuestión de la construcción de las realidades espaciales a partir de la racionalidad sociocultural particular de cada grupo humano. Para ello remito al lector a los trabajos de A. Hernando citados en la bibliografía (especialmente 2002), donde se analizan a profundidad los aspectos estructurales e históricos que ligán la coherencia de la relación material con la realidad y la percepción de dicha realidad para la supervivencia eficaz del grupo.

Desde una perspectiva antropológica-ecológica hablaríamos entonces de *modelos operativos* y *modelos percibidos* (*sensu* Rappaport 1980: 271-272). Los primeros resultan aquellos que contemplan una descripción de los espacios físicos (incluidos los asentamientos humanos) de acuerdo con las suposiciones y métodos de la ciencia ecológica, mientras que los segundos son los que se plantean las ideas que cada sociedad, cada grupo, tiene en relación con el medio ambiente que habita, y que mueven su interacción con el mismo. En este sentido, el *modelo operativo* se centra en aquellas actividades humanas que afectan al bienestar ecológico de los organismos, poblaciones y ecosistemas que se consideran para el análisis; mientras que el *modelo percibido* viene a contemplar aquellas variables abstractas que no pueden demostrarse empíricamente, pero cuya existencia putativa impulsa el comportamiento de los actores sociales. De este modo, R. Rappaport concluye que

“el modelo percibido puede contemplarse como parte de los medios distintivos de una población para mantenerse a sí misma dentro de un medio ambiente. Ya que éste es el caso, la cuestión pertinente no es el grado en que se identifica con lo que el analista supone de la realidad, sino el grado en el que produce una conducta adecuada para el bienestar biológico de los actores y los ecosistemas en los cuales ellos participan” (Rappaport 1980: 272).

No debiéramos perder de vista esta cuestión, pues a lo largo de este trabajo iré devanando cómo en la construcción (inca y española) de la región de Lipes hay mucho de interrelación entre estas dos perspectivas, que son, en definitiva, *etic* y *emic* respectivamente, la del observador y la del actor (percepción local de las cosas). Dicho de otro modo, manejar unos espacios y ordenar un territorio no puede llevarse a cabo sin la fusión de estos dos modelos; sólo así, manejando una perspectiva cruzada, se pueden hallar los valores que

desde fuera son proyectados sobre el entorno y sus gentes, o lo que es lo mismo, la manera en que se construyen los paisajes y el paisanaje.

Construida entonces *su realidad*, los grupos humanos se relacionarán con el entorno dependiendo de la manera en que la propia visión de sí mismos prefigura sus relaciones sociales (Hernando 1999a). Esto lleva a E. Cohen (1976: 50-51) a determinar acciones y perspectivas diferenciales que constituyen orientaciones medioambientales por las cuales se conforma y maneja (modifica) ese entorno. Siguiendo así la diferenciación de esferas funcionales de la teoría sociológica de T. Parsons (1968), Cohen distingue cuatro clases de orientaciones espaciales:

- instrumental (adaptación): el ambiente es asumido como medio para la obtención de fines individuales y colectivos (avituallamiento y abrigo), y no por su valor en sí mismo.
- territorial (consecución de logros): el ambiente es contemplado como una forma de dominación desde la óptica de su apropiación efectiva en términos de ejercicio de un control/poder sobre el mismo.
- afectiva (integración): la apropiación del espacio viene marcada por el sentimiento de pertenencia y arraigo.
- simbólica (mantenimiento de patrones): el ambiente pasa a contemplarse como un universo de significados estéticos, normativos e ideológico-creenciales.

En este sentido, el *espacio*, en tanto que mecanismo de ordenación de la realidad conforme a unas referencias de naturaleza física, será una cualidad de la experiencia, y no un hecho de ésta (Hernando 1999b). Visto así, el quid de la cuestión estará en distinguir tres conceptos que manejaré repetidamente a lo largo de esta investigación: *espacio*, *paisaje* y *territorio*. Tal como he señalado, por *espacio (físico)* se entiende el entorno natural, aunque el *espacio* a secas suele referir también esa abstracción culturalmente semantizada de ordenación de la

realidad. *Paisaje* y *territorio*, por su parte, son dos conceptos a veces confundidos en la bibliografía, pero que tienen para mí una diferencia de sentido clara. El *paisaje* constituye una construcción sociocultural de un espacio percibido y representado, mientras que el *territorio* responde a una apropiación politizada de un espacio definido desde distintas lecturas del principio de exclusividad, de lo cual se deriva indisolublemente la noción de *frontera*.

II.B.1.- *Lípez: paisajes para un topónimo.*

Tras distinguir entre modelos operativos y percibidos, y habiendo enunciado una cadena de sentido espacio-paisaje-territorio, insistiré aquí en esa proposición por la cual sin una mirada contemplativa nunca podrá existir; esto es, para mirar un paisaje primero hay que componerlo. Por ende, más allá de un mero ejercicio de ordenación de los elementos naturales de un espacio geográfico, es necesario definir un paisaje en términos de una construcción mental: en el decir de S. Daniels y D. Cosgrove (1981: 1), “una imagen cultural, una vía pictórica de representación, estructuración o simbolización del entorno” (trad. propia). Siendo así, todo paisaje resulta un producto de la percepción humana, sobre la cual pesan las ideologías y los sentimientos. Recurriendo a los polos del binomio Naturaleza-Cultura, remataré esta definición concluyendo que el paisaje encarna la culturización del espacio natural a partir de una malla de puntos de significado sociocultural en un tiempo concreto y dentro de una lógica particular.

Habida cuenta de lo anterior, en lo sucesivo acentuaré la diferencia entre Lípez y Lipez. Utilizaré *Lípez*, versión moderna del topónimo, para referirme (como hice en el epígrafe anterior) al Altiplano de Lípez y a las actuales unidades territoriales de corte político-administrativo: la antigua provincia de Lípez y su división en Nor y Sur Lípez y Enrique Baldivieso. Así marcaré la distancia respecto del locativo *Lípez*, concebido como una región geohistórica de límites imprecisos, construida en sí misma como un entramado de representaciones

paisajísticas y proyecciones territoriales. En este sentido, en tanto que paisaje de paisajes, hablaré de Lipes como una entelequia en términos aristotélicos: un objetivo que lleva en sí mismo el principio de su acción, y que tiende por sí mismo a su propio fin. Así, en páginas siguientes (y aún con más detalle en el cap. IV.C.) analizaré cómo la evanescencia territorial de Lipes deriva de la proyección sobre su paisaje y su paisanaje de conceptos propios del “pensamiento andino” para representar lo salvaje y al salvaje en el plano espacio-temporal. Si bien esto podría apelar a esa otra acepción más coloquial de la entelequia en tanto que algo irreal o imaginario, nada más lejos de la apuesta aquí defendida: como señalé en las Consideraciones preliminares, Lipes llega a ser a través de un proceso de etnogénesis que arranca de un topónimo y que por efecto de clasificaciones y dinámicas socioculturales de orden colonial termina por construir una región a la que los españoles dotaron de entidad territorial y étnica propias. Por este motivo, cuando hablo de Lipes como entelequia no pierdo de vista la definición de espacio enunciada por M. Augé, según la cual

“el espacio es para todos una realidad simbolizada pero para cada uno diferenciada, que los individuos recorren, trabajan y explotan. El simbolismo del espacio se expresa por el uso que se hace de él, y este uso habla así mismo de las relaciones entre sistemas simbólicos” (Augé 1985: 1252, trad. propia).

Única y exclusivamente de esta manera, transformando los espacios naturales en paisajes culturales, será como los grupos humanos aprehendan por entero el entorno que les rodea (conocido o no, habitado o no, real o imaginario). En el decir de T. Ingold (1992: 44), el *entorno* (*espacio físico*) resulta una “*realidad de*”, un mundo físico de objetos neutros, mientras que el *paisaje* constituye una “*realidad para*”, un mundo sociocultural construido desde la cognición humana y definido por la actividad de quienes lo habitan. Por medio del juego de palabras, Ingold (1993: 158-161) convierte el *landscape* (paisaje) en *taskscape* (“escenario de faenas/trabajos”), incorporando así las ideas de

movimiento en el tiempo social y de manipulación del entorno que dan lugar a los paisajes⁸. Con esta idea, se nos ofrece la opción de abandonar la eterna oposición entre Naturaleza y Cultura, en tanto que es sólo lo cultural lo que hace posible que lo natural cobre un sentido concreto.

Decía que para contemplar un paisaje primero hay que componerlo, planteamiento por el cual acabo de considerar Lipes como una entelequia. En los términos empleados hasta el momento, puede que tanto esta idea como la definición de Lipes en tanto que *paisaje de paisajes* no terminen de quedar claras al lector, que seguramente se hará una composición de lugar más aproximada una vez considerado el tono de las descripciones que durante la Colonia se realizaron de su geografía.

En 1551, al describir las campañas militares de Tupac Inca Yupanqui, Juan de Betanzos relata lo siguiente:

“vino a dar a una provincia que llaman Llipi en la cual provincia halló que la gente della era pobre en comidas y los mantenimientos della eran quinua tostada que es semilla blanca e muy menuda e algunas papas y los edificios eran cubiertos con unos palos fofos que son corazones de unas espinas de madera muy liviana y muy ruin y las casas pequeñas y bajas y gente muy ruin lo que estos tenían eran minas de muchos colores que nosotros tenemos y ansi mismo poseían algún tanto de ganado y ansi mismo en aquella tierra muchas avestruces y los naturales de los poblezuolos bebían de xagueyes y manantiales muy pequeños a estos

⁸ Sería tal vez conveniente matizar el campo semántico del término *landscape*, que en su traducción al castellano queda reducido a “paisaje”, pero que en inglés incluye entre sus acepciones no sólo el medio natural sino también las actividades agropecuarias e industriales en él desarrolladas, así como la implantación del hábitat, un concepto que desde la tradición geográfica norteamericana se acentúa aún más al incluir todos los aspectos relacionados con la percepción. Por su parte, la traducción del juego de palabras que incorpora el concepto de *taskscape* resulta mucho más compleja. Muy libremente lo he traducido como “escenario de faenas/trabajos”, pero estoy seguro de que ello disminuye el valor semántico de la idea original, por lo que he preferido mantener en el texto el vocablo en inglés.

mandó que le tributasen de aquellos colores y de aquellos ganados e ansi lo hicieron y partieron de allí por tierra muy estéril de aguas y comidas y por tierra rasa y sin monte y todo lo demás eran salitrales” (Betanzos [1551, cap. XXXVI] 1987: 164).

En 1585, en el capítulo acerca “Del asiento y minas de los Lipes” de su *Relación general del asiento y la Villa Imperial de Potosí*, Luis Capoché escribe:

“La provincia de los Lipes dista cincuenta leguas de esta villa [[de Potosí]] hacia el mediodía, inclinado al oriente; extendiéndose por su largo hacia el poniente desde los pueblos uruquillas a los [de los] chichas.

>> Tiene por términos y confines de su latitud los indios quillacas y atacamas, que son pueblos de paz y que sirven a esta villa, aunque son reservados. Tiene de circuito y contorno más de doscientas y cincuenta leguas. Es fría y seca, y siempre corren recios vientos. Llueve poco y es inhabitable, si no fuera por la bárbara nación de que está poblada, por ser gente sin ningún concierto ni policía. Tiene sierras altísimas de perpetua nieve y llanos que son unos salitrales sin ningún fruto ni hierba. En las faldas de sus sierras están las poblaciones de sus indios, que se mantienen de raíces y quinua y algunas papas, sin otro mantenimiento.

>> [[...]] Tiene esta gente mucho ganado de la tierra, y vicuñas y guanacos, de que se mantienen. Hay mucha caza de perdices y vizcachas y finos halcones. Tiene grandes ríos que bajan de las sierras y en llegando a los llanos se tornan las aguas saladas; y en invierno son los llanos unas marismas por cubrirse de agua, y algunas sierras con pueblos quedan hechas islas, cercadas de agua por estar asentadas en lo llano, aunque no está hondo. En el verano se enjugan estas aguas y se descubre la tierra, que queda hecha un salitral; y con los rayos del sol hace una reverberación en lo blanco muy perjudicial para los ojos. Vacas ni cabras se crían, ni caballos, y los que echan al campo se tornan locos de los

recios vientos que corren, y el que comúnmente persevera es de poniente. Hay grandes hielos y nieves, que comienzan a caer desde principio de marzo hasta fin de agosto, que es el verano y tiempo seco, porque no llueve en él, y es el más frío del año. Y cuando llueve hay templanza; entran las aguas en invierno por septiembre.

>> *Hay en esta provincia un cerro con minas [...]*” (Capoche [1585, fs. 43v-44v] 1959: 127-128).

Cuarenta y cinco años después, en 1630, Antonio Vázquez de Espinosa, en su *Compendio y descripción de la Indias Occidentales*, en el capítulo “De las provincias de los Lipes y Chichas”, indica de segunda mano que:

“La provincia de los Lipes dista de la ciudad de La Plata [[Chuquisaca, hoy Sucre]] 50 leguas al Oessudueste, la cual confina por el Poniente con la referida de Atacama [[cfr. 1630, Lib. V, cap. 32, n° 1748-1758]]. Esta provincia es de pocas comidas; los indios viven en valles pequeños, donde siembran Cañagua [[cañigua]], que es una semilla a modo de cañamones con que se sustentan, y de pequeños pescados, que pescan en una laguna, que está en el valle de Alota, que coge gran parte de él; esta provincia es riquísima en minas de plata, porque toda está lastrada de ella [...]; hay en esta provincia además de las minas de plata de que está lastrada toda ella minas de piedra Lipes, de donde toma nombre la provincia y de piedra imán.

>> *Toda esta provincia como tiene grandes despoblados está llena y cubierta de ganados silvestres como son guanacos, vicuñas, viscachas y otros animales de que también se sustentan los indios.”* (Vázquez de Espinosa [1630, Libro V, cap. 33, n°s 1759-1760] 1992-II: 878-879).

Ya en el siglo XVIII, en 1748, Jorge Juan y Antonio de Ulloa, al recoger noticias diversas acerca del territorio de la Audiencia de Charcas en su *[Relación histórica del] Viaje a la América meridional*, apuntan:

“A la misma parte que el antecedente [[corregimiento de Tarija/Chichas]] con alguna pequeña inclinación hacia el sudoeste, esté el corregimiento de Lipes, y su extensión es, asimismo, de otras 35 leguas. El temperamento que gozan sus tierras es sumamente frío; y assi no abundan en él simientes ni frutos pero sí ganados, y con particularidad los del país, como vicuñas, alpacas o tarugas⁹ y llamas, debiéndose entender que estos son regulares en todas las demás provincias de punas, esto es, en aquellas que tienen páramos o cerros altos, donde es continuo el temple frío. Hay allí minas [[de oro y plata]]” (Juan y Ulloa [1748, II, Libro I, cap. XIII, n° 345] 1990-II: 179).

En su *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América*, de 1786/89, en la entrada *Lipes*, Antonio de Alcedo y Herrera reseña lo siguiente:

“Provincia y corregimiento del Perú, [...] su temperamento en toda ella es frío y seco, y por tanto infructífera, a excepción de los territorios de Lica [[Llica]] y Taha donde se coge muy buena quinua, que es una semilla como el mijo, algunas papas y cebollas; hay abundancia de vicuñas, guanacos y vizcachas, perdices muy grandes y avestruces; los ríos que la bañan son pequeños, el de San Juan [[del Oro]] es algo considerable, y divide esta provincia en parte de la del Tucumán, en algunos de ellos se encuentra oro, y dos o tres, que son pequeños, después de haber corrido algunas leguas se pierden en la arena; hay llanuras grandes en que se coge mucha sal y salitre, del cual, y del buen azufre que se encuentra en los cerros que hay volcanes y son cuatro, fabrican los

⁹ Al asimilarla a la alpaca (*Lama glama pacos*), se refieren Juan y Ulloa (igual que Pedro Vicente Cañete [1797, cap. XII, Noticia 1ª] 1952: 387, *vid infra*) a la taruga o taruca (*Vicugna vicugna*) perteneciente a la familia de los camélidos sudamericanos, variedad de vicuña, menor y más ligera que la común, de pelaje rojo oscuro y orejas blandas y caídas, que vive en estado silvestre y sin formar manadas. Conviene hacer esta aclaración por existir un pequeño rumiante también llamado taruga o taruca, también llamado venado andino o huemul del norte (*Hippocamelus antisensis*), perteneciente a la familia de los cérvidos, que tal vez sea más conocido al nivel general.

indios mucha pólvora de la calidad que se les pide, no en molinos, sino en pellejos con piedras de mano; en el distrito del pueblo de San Antonio [[del Nuevo Mundo, hoy de Lipez]], anexo al curato de San Pablo, hay vetas de pedernales redondos como balas de a 24 que suelen reventar con estrépito, y en su parte cóncava se ven unas puntas brillantes como diamantes; hay minas de cobre rojo y blanco que toca en oro y plata, y también de hierro y de piedra imán, muchísimas de plata, y muy abundante en casi todos los cerros de esta provincia.” (Alcedo y Herrera [1786/89] 1967-II: 316).

Por estos mismos años, en 1787, Juan del Pino Manrique refirió en su *Descripción de la villa de Potosí, y Partidos sujetos a su Intendencia*:

“[[El partido de Lipes]] Linda por el sur con Chichas y parte de Atacama, por el norte con carangas y Paria de la Provincia de la Plata, por el este con los partidos de Chichas y Porco, y por el oeste con Atacama, y Tarapacá. Extiéndese de norte a sur 65 ó 70 leguas, 80 del este al oeste, y 150 poco más o menos de circunferencia. Tiene cuatro curatos, a saber: San Antonio de Lipes, que dista 91 leguas de esta villa [[de Potosí]]; Santa Isabel que está a 95; San Cristóbal que se halla a las 62; y lica y Tagua que dista 125: todos son de temperamento sumamente frío, y muy poco vecindario. Escasos de agua, y las que hay salitrosas. Sus campos son tolares, y en lo más muy pobres de pastos, lo que precisa a no tener otro ganado que los carneros de la tierra.” (Pino Manrique [1787] 1971: 36).

A finales del siglo XVIII, en 1797, la *Historia física y política de la provincia de Potosí* de Pedro Vicente Cañete y Domínguez anota:

“[[En las tierras de Lipes]] el temperamento es demasiadamente frío y no adecuado para la agricultura, ni produce más frutos que escasa cebada. Abundan sus tierras de vicuñas, alpacas (o tarucas) y llamas.

>> *Lipes fue país abundantísimo de minas en otros tiempos, así de plata como de oro. [...]*

>> *Asimismo se encuentra rico alumbre de roca junto a Colcha, cabeza de estos pueblos; caparrosa muy azul, que llaman piedra lipes, por nombre de su provincia; y azufre en mucha abundancia.*

>> *No sólo oro y plata hay en este partido, sino también piedras preciosas.”* (Cañete [1797, cap. XII, Noticia 1ª] 1952: 387, 388-389).

En estos términos se refirieron distintos autores a las tierras de Lipes. Se destacan en estas descripciones geográficas la aspereza de sus punas, los salitrales, la dificultad de sacar adelante cultivos, la abundancia de camélidos domesticados y silvestres, y la riqueza mineral, fijando a partir de estos paisajes las fronteras naturales de la región. A veces, como hace Capoche (*vid supra*), se juega incluso a relacionar el carácter de la tierra con el de sus pobladores. Hasta aquí, cualquiera diría que se trata de descripciones totalmente convencionales: un observador contempla un entorno y traza una imagen más o menos precisa de la orografía, la hidrografía, el clima, la flora y fauna y los recursos minerales. De hecho, lo son; en su contexto. No es lo mismo describir el paisaje estético de una pintura o una fotografía, estático, inerte, que describir los parajes contemplados desde la ventanilla de aquel tren en el que viajábamos a ninguna parte. En el primer caso somos meros espectadores de la composición de otro, una composición que en principio nos resulta completamente ajena; en el segundo caso, es nuestra mirada la que irá dibujando un paisaje efímero, una imagen que guardaremos en nuestra retina durante un tiempo indeterminado, y que se irá desvirtuando y recreando al antojo de nuestra memoria. El paisaje de la foto o el cuadro pueden despertarnos sentimientos, y sobre el paisaje desde la ventanilla proyectaremos nuestro estado de ánimo en ese momento, pero ambos casos difieren notablemente de la construcción de aquellos paisajes que habitamos, y que por ende se convierten en *paisajes vivenciados*. Recordemos la definición de espacio ofrecida por M. Augé (1985: 1252, *vid supra*): cada cual diferencia su

realidad espacial en función del uso que hace del espacio, a lo que yo añado que también en función del uso que planea hacer de dicho espacio.

Es posible que ninguno de los autores coloniales referidos con anterioridad transitara nunca las tierras de Lipes, proviniendo las noticias aquí recogidas de enviados especiales o incluso de los informes de terceras personas. Sin embargo, todos ellos realizaron un análisis geográfico claramente marcado por un punto de vista colonial: si la Corona y los particulares han de emplearse en llegar y asentarse en esos pagos ha de ser con la perspectiva de un beneficio, generalmente a corto o medio plazo, y fundamentalmente de tipo económico y/o geopolítico. Desde estos parámetros, ¿qué intereses podía proyectar la Colonia sobre Lipes? A juzgar por estas descripciones, el provecho que habría de derivarse de la explotación de sus recursos minerales parece más que obvio; además de los metales preciosos, Bartolomé Álvarez ([1588, n^{os} 733, 734] 1998: 403-404), Antonio de Alcedo y Herrera (*vid supra*) y Pedro Vicente Cañete (*vid supra*) reseñan la notoria riqueza en piedras semipreciosas, apuntando el primero de ellos la utilidad médica de muchas de éstas, entre las que incluye también la tan entonces famosa *piedra de bezoar*¹⁰. Dentro de ocupar una localización marginal dentro de los espacios surandinos, no olvidemos que Lipes quedaba ubicado en el *hinterland* potosino, lo cual cobra especial significado cuando mediado el siglo XVII empiecen a hacerse palpables una contracción de la riqueza argentífera del Cerro Rico y un descenso generalizado de la población. Así las cosas, hablar de Lipes implicaría entonces (y aún en la actualidad) referir ásperas punas y cerros de plata. La cuestión será entonces la manera en que se aprehenda ese entorno a la vez hostil y rico.

¹⁰ La denominada piedra de bezoar, bezaar o bezar no es sino un cálculo que suele encontrarse en las vías digestivas y urinarias de algunos rumiantes (venados, vicuñas y guanacos en el caso andino), considerada antídoto contra venenos y enfermedades malignas, y que en la medicina y la alquimia del Viejo Mundo cobró una importancia significativa a partir del medioevo.

Aprender es conocer algo, capturarlo como propio, tomarlo en la memoria. Y junto al hecho de aprender, el acto de nombrar, que nos permite reconocer y distinguir lo aprendido a partir de sus calidades, diferenciarlo del conjunto y apropiarnos de ello; sólo carece de nombre aquello que es vituperable, o lo que no quiere o no puede calificarse. En términos espaciales, ya apunté cómo aprendemos los espacios por la experiencia, convirtiéndolos en lo que O. F. Bolnow (1969: 23-25) denomina “espacios vivenciados”. Y si por la experiencia el espacio se convierte en paisaje, al nombrar esos espacios aprendidos y vividos los incluimos con entidad propia dentro de nuestra cartografía mental. De este modo, el *topónimo* (nombre propio de lugar)

“tiene una función dentro del sistema de referencias situacionales y forma parte de la competencia comunicativa del hablante. Se crea dentro de una lengua con los mismos recursos fónicos y significativos que cualquier elemento léxico y, después, fosilizado y convertido en elemento identificador, se mantiene como palabra de conocimiento obligado para determinado entorno social.” (Terrado 1999: 15).

En el topónimo convergen entonces dos planos, el propio nombre del lugar, que sirve para identificar un espacio geográfico, y el principio sobre el que se asienta su uso; suma de un significante y un significado, si bien en la mayor parte de los casos el círculo de información se presenta no de modo directo sino cifrado en una suerte de clave (Morala 1986: 50, *cit. in* Terrado 1999: 16 nota 1). En el caso de los núcleos urbanos, por ejemplo, habitualmente su nombre propio deriva de su historia fundacional, aunque a veces también se toman cualidades medioambientales del asentamiento como referente para el topónimo. En el caso de los parajes naturales cabría afirmarse que casi siempre se nombran aplicando esta última lógica. Los individuos, además de nuestro nombre propio, contamos con apellidos e incluso con posiciones institucionales que precisan nuestra diferenciación; apellidos que muchas veces devienen también de atributos que caracterizaron a nuestros ascendientes o a sus lugares de origen, y que han

quedado perdidos en la memoria heráldica. En el entorno natural, nombrar un accidente geográfico o geológico a partir de su condición genérica (pampa, monte, laguna, desfiladero, etc.) no parece que contribuya demasiado a su ubicación salvo en casos de extraordinaria relevancia en su entorno. Sin embargo, cuando a este *corónimo* (nombre común de lugar) se le añade una denominación referencial o relacional anclada en las cualidades geográficas del entorno (de origen natural o antrópico) la cosa cambia, dando lugar a la forma más común de toponimia en el paisaje: singularizado a partir de sus calidades y atributos, el corónimo se convierte en topónimo (Pampa Grande, Peña Prieta, Miralmar, Río Negro, Quebrada del Cementerio, Alto de la Cruz, o cualquier otro que al lector se le ocurra). Otra opción, frecuentísima en la singularización de esos accidentes geográficos significativos antes aludidos, resulta la imposición de nombres arbitrarios, múltiples por el antojo de particulares y como consecuencia de la diversidad lingüística que puede existir en un mismo espacio. A partir de la evocación de sus formas y/o de su valoración locacional por parte del ser humano, infinidad de topónimos quedan entonces contruidos a partir de la metáfora y la metonimia. Incluso es posible que la paisajística popular confiera a un accidente geográfico un nombre diferente a su topónimo oficial, denominación que puede con el tiempo llegar a reemplazar a la primera por criterios de funcionalidad cartográfica.

¿Mediante cuál de estas opciones podemos penetrar el sentido del topónimo *Lipes*? Considerando su raíz quechua o aymara, la opción del corónimo convertido en topónimo no parece ser la correcta; volvamos al tratamiento que la documentación colonial da al recurso como dato para tratar de obtener más pistas: Lipes... ásperas punas, cerros de plata, carneros de la tierra.

Recordemos que Vázquez de Espinosa ([1630] 1992, *vid supra*) y Cañete ([1797] 1952, *vid supra*) mencionaban al describir los recursos minerales de Lipes una “*piedra lipes*”, lo que podría llevarnos a pensar en primera instancia

que el topónimo Lipes venga derivado de la presencia en un entorno acotado de gran abundancia de este mineral. Por su parte, Bernabé Cobo especifica cuál es ésa que él cita como “copaquirá” o “piedra de los Lipes”:

“Copaquiri llaman los indios del Perú, en lengua aimará, al cardenillo, y por semejanza que con él tiene la piedra que aquí describo, le dan el mismo nombre, y los españoles, corrompiendo el vocablo, le llaman copaquirá o piedra de los Lipes, por hallarse solamente en la provincia de los Lipes, que es del arzobispado de Charcas. Es la copaquirá una piedra azul verdosa y transparente, la cual se saca de un mineral que hay en la dicha provincia de los Lipes, cuyas vetas no son más gruesas que un dedo, aunque suelen hallarse algunas bolsas sueltas de piedras medianas de a cuatro, a seis y más libras. Hállase en el mismo mineral piedra alumbre, y afirman los indios que sacan la copaquirá que, ahondando las vetas dos estados¹¹, hallan sal en piedra muy blanca y transparente.

>> Parece esta piedra en todas sus propiedades ser la verdadera caparrosa o vitriolo romano que el doctor Laguna¹² nos describe. Es tan estimada que no sólo se reparte por todas las Indias, sino que también se lleva en gran cantidad a Europa. Su temperamento es tan caliente, que llega al cuarto grado, y en sequedad al tercero, y sus efectos muy admirables; porque, echados sus polvos en cualquiera llaga cancerosa o pestilencial, aunque sean landres, consumen la malicia, corrigen los humores, desecan y mundifican la llaga de tal manera, que después, con cualquiera medicamento abstergente [sic], encarna y sana con facilidad.

¹¹ *Estado*: unidad de medida utilizada para la apreciación de alturas y profundidades, que solía regularse en 7 pies. Tomando como referencia el pie de Castilla (0,278635 m.), la medida de un estado equivaldría aproximadamente a 1,95 m.

¹² Andrés Laguna (¿1494/99?-1560), médico y escritor español, célebre tanto por sus descubrimientos para la ciencia médica de su tiempo como por sus traducciones de los autores clásicos. Entre ellas destaca una conocida traducción comentada e ilustrada de la obra de Pedanio Dioscórides Anazarbeo, médico y naturalista griego (ca. 40-90 d.C.) autor de *Peri hýles iatrikes* (*Acerca de la materia médica*), tratado de medicina, farmacia y botánica que sirvió hasta el siglo XVI para el aprendizaje de la botánica aplicada a la medicina. Su traducción, a la que está aludiendo Cobo en este pasaje, se imprimió por vez primera en Valencia en 1596, reproducida posteriormente en Barcelona en 1677.

Y si se quema esta piedra, sus polvos mundifican con blandura, y encarnan y aún cicatrizan con moderada desecación. Demás desto, los polvos desta piedra sin quemar, mezclados con sebo de macho y aplicados sobre la muela dolorosa quitan el dolor; y asimismo, aplicado este medicamento sobre cualquier tumor, lo resuelve. Finalmente, se hace destes polvos un caústico que come la carne superflua y mala sin mucho dolor.” (Cobo [1653, Libro III, cap. XXIV] 1964-I: 126-127).

A tenor de lo señalado por Cobo, aquella “piedra lipes” apuntada por Vázquez de Espinosa y por Cañete no estaría refiriendo una categoría mineralógica indígena que los españoles pudieran adoptar como tal, sino a un tipo de piedra concreta característica “*de [[la tierra de]] los Lipes*”. En el decir del jesuita, ésta se corresponde con la *copaquira* (< *copaquiri*), que los españoles asimilan al *cardenillo*, aunque ésta sea una manera inapropiada, junto con la de *verdete*, de referirse a esa mezcla venenosa de acetatos básicos de cobre, de color verdosa o azulada, que se forma en los objetos de cobre o sus aleaciones. Así mismo, su calidad de “*piedra azul verdosa y transparente*” sugiere más bien estar en presencia de una sal, algo que el propio Cobo aclara al equiparar esta piedra a la *caparrosa*, nombre que se da a los diferentes sulfatos hidratados (vitriolos) de cobre (caparrosa azul o *copaquira*), de cinc (caparrosa blanca) y de hierro (caparrosa verde, con variedades roja y amarilla ocre), si bien el término se aplica preferentemente a los productos artificiales derivados y no tanto al mineral en sí¹³.

¹³ De estos sulfatos hidratados, y por alusión a la caparrosa especificada en el texto de Cobo, destacan la melanterita y la bootita. La primera corresponde a un sulfato de hierro de fórmula $\text{SO}_4\text{Fe} \cdot 7\text{H}_2\text{O}$ (caparrosa verde, vitriolo verde, vitriolo de hierro), que en la naturaleza se presenta en masas fibrosas o capilares, concrecionadas, estalactíticas y aún pulverulentas por efecto de su fácil eflorescencia, de color verde que a la larga se transforma en amarillo y blanco y lustre vítreo en las superficies frescas. La bootita, por su parte, es un sulfato de cobre de fórmula $\text{SO}_4\text{Cu} \cdot 7\text{H}_2\text{O}$ (vitriolo de cobre, vitriolo azul), que se encuentra en masas cristalinas o fibrosas de color azul, y que en su combinación con magnesio (cupromagnetita) aparece depositado en masas cristalinas o fibrosas de color verdoso-azulado.

Queda claro que los indios no denominaban a cualquiera que fuera esta *piedra lipes* como tal. Sin embargo, es más que probable que el componente mineralógico jugara una baza importante en la formación del topónimo *Lipes*. Rastreando su etimología, llama la atención que cronistas tempranos como Juan de Betanzos ([1551, cap. XXXVI] 1987: 164) y Garcilaso de la Vega ([1609, Libro IV, cap. XX; Libro V, cap. XXIII] 1995: 240, 307 respectivamente) hablan de una provincia llamada *Llipi*, y no *Lipes*, que bien pudiera haber resultado de la corrupción y deformación del vocablo indígena. Es así, al remontarnos en la antigüedad del topónimo, como *Lipes* empieza a adquirir algún sentido; un sentido proveniente de su *significatum*¹⁴, que nombra el paraje a partir de la presencia en él de un tipo particular de materiales pétreos, aunque para ser más preciso debiera decir que lo nombra a partir de las cualidades de éstos: “*llipi*”, tanto en aymara como en quechua, alude al brillo y a lo que relumbra. Acudiré por tanto a los vocabularios de estas dos lenguas andinas para tratar de afinar esta idea.

Empezando por el aymara, el jesuita Ludovico Bertonio, recoge en su *Vocabulario de la lengua aymara* [1612], primer lexicón de esta lengua, una serie de entradas verbales y nominales vinculadas al efecto de brillar o a lo que tiene brillo:

**Lliphikhtatha, llikhutatha, Ppallchakhtatha: Relampaguear.*

**Lliphikh lliphikhtatha & c. Alcançarse vn relampago a otro, relampaguear a menudo.*

**Lliphititha, Ppallchacata: Reuerberar las cosas lisas, las armas acicaladas, el agua, las estrellas quando centellean & c.*

¹⁴ En tanto que elemento léxico codificado, todo topónimo consta de un *designatum* y un *significatum*. El primero corresponde al tipo de lugar que identifica el topónimo, proveniente de una codificación de acuerdo con la ciencia geográfica; el segundo representa el valor del elemento léxico utilizado para la creación del topónimo, respondiendo por ello a una codificación según la semántica (Terrado 1999: 68, 70-71). Pensemos, por ejemplo, en un topónimo como pueda ser “Pineda”: de acuerdo a lo señalado, su *designatum* podría ser el nombre de una población, mientras que su *significatum* alude en cualquier caso a una arboleda de pinos.

* *Lliphiricala, vel Quespicala: Piedra o gema preciosa.*

* *Lliphilliphi: Yesso espejuelo.*

* *Lliphilliphi isi; Chulluncaa isi: Ropa de seda, raso, o lana muy delgada, como la delos Caciques.*

* *Lliphiri isi: Idem.*

(Bertonio [1612, Segunda parte, p. 204] 1984).

Para el caso del quechua, son más las fuentes disponibles. Empezando por Domingo de Santo Tomás, autor de la primera gramática y el primer vocabulario de esta lengua [1560], la raíz *llipi* queda asociada a lo que brilla, asociándolo al cristal y las piedras preciosas:

* *Llipianni. gui. o yllarini. Gui.- luzir. o replandecer como cristal o piedra preciosa,*

* *Llipacçapa - cosa resplandeciente assi.*

(Santo Tomás [1560, Segunda parte, f. 146] 1951: 309).

Siguiendo un orden cronológico, también el autor anónimo del léxicón y la gramática quechuas de 1586 anota diferentes nombres y verbos relacionados con lo brillante o el efecto de brillar:

* *Llipi: lustre de cualquier cosa.*

* *Llipini: tener lustre asi, o relumbrar.*

* *Llipini, llipichini: dar lustre alguna cosa o acicalar.*

* *Llipian: resplandecer, o relampaguear.*

* *Llipiac: cosa resplandeciente, o relampago.*

* *Llipiani: resplandecer mucho, o relampaguear.*

* *Llipic pacha: ropa resplandeciente.*

* *Llipic: cualquier genero de seda, raso, terciopelo, etc.*

(Anónimo [1586] 1951: 55, *cit. in* Martínez 1995b: 48).

Comenzando el siglo XVII, el jesuita Diego González Holguín recopila también una serie de atributivos, nombres y verbos relacionados con esta cualidad, incluyendo, como Bertonio (*vid supra*), el brillo de los tejidos de calidad:

**Llippiyani llipipipini. Tener lustre o relumbrar estar como flamante y no ahajado ni maltratado.*

**Llipyak o llipipik, o llipikllipik. Cosa nueva o que tiene su lustre y flor y verdor de la fruta y vestido no ahajado y cosas de seda, oro y plata, o lo que está bien tratado, limpio aseado bien doblado y lo que agrada y parece bien.*

**Llippichini. Acicalar pauonar.*

**Llipipipini. Resplandecer o relucir cosas lisas como espejo espada.*

**Llipyian. Resplandecer relámpagos, o lo que echa luz assi.*

**Llipipin pacha. Estar el cielo raso sereno o descombrado.*

**Llipyak. Cosa que da replandor o relumbra assi o tiene lustre.*

**Llipipic ppacha. Ropa de sedas o de cumbi, o de lustre, o nueva no gastada ni ahajada.*

**Llipipik cama o llipiyakcama purik. La persona que anda vestido con sedas con oro o plata o de nuevo lustre o de galas.*

**Llipyakppulluppullu. Terciopelo.*

**Llipipinmi cay iglesia ccorichuanchollque huan llipipipic ppachaun. La iglesia esta muy galanamente adereçada muy luzida.*

**Llipyian o llipipimun ñuquiyacachac ccaripas huarmipas. Hombres y mujeres yuan roçagantes y con muy luzidos vestidos todos galanes.*

(González Holguín [1608] 1989: 213, 214).

El arte y vocabulario de quechua compuesto originalmente por el jesuita Gonzalo Torres Rubio [1619], ampliado poco después por el también jesuita Juan de Figueredo, y publicado nuevamente mediando el siglo XVIII con añadidos de

otros religiosos de la Compañía, recoge dos nombres y un verbo que vinculan la raíz *llipi* al brillo:

* *Llipipini* – *Resplandecer*.

* *Llipic* – *Cosa que resplandece*.

* *Llipian* – *Resplandecer, ò relampaguear*.

(Torres Rubio, Figueredo y Anónimo 1754: 88v, 220v).

También el quechua actual también mantiene en la raíz *llipi* este valor relacionado con el brillo y el titileo de los cuerpos, como recoge J. Lira en su *Diccionario kkechuwa-español*:

* *LLÍPIH*, m. *Parpadeo, movimiento instantáneo del párpado*.

* *LLÍPIHYAKK*, s. y adj. *Que parpadea o se mueve de forma instantánea*.
V. *Chipíyakk*.

* *LLÍPIHYAY*, v. n. *Parpadear, mover o hacer titilar los párpados. Titilar una luz*.

* *LLIPIÍPI*, f. *Titilación, acción de titilar*.

* *LLIPIPIÍCHIKK*, adj. *Que hace titilar. Que deja centellear*.

* *LLIPIPIÍCHIIY*, v. a. *Hacer titilar. Dejar centellear una luz*.

* *LLIPIPIÍCHIIY*, v. n. *Hacer centellear. Dejar titilar o bailar una luz*.

Íma sumákkta makikípi cháy umiñáta llipipipichínki: *Cuán hermosamente hace centellear en tu mano esa preciosa piedra*.

* *LLIPIPIÍPIKKK*, adj. *Titilante, tembloroso*. *Lipipípi k'ánchay: Luz titilante*.

* *LLIPIPIÍPIY*, s. y v. n. *Movimiento tembloroso o centelleante. Titilar, moverse con ligero temblor, centellear un cuerpo luminoso, relucir temblorosamente*.

* *LLIPIPIÍYAY* y mejor *LLIPIPIÍHYAY*, v. n. *Comenzar a centellear temblorosamente un cuerpo luminoso, moverse viva o rápidamente una cosa que alumbra*.

**LLIPIPIIYKACHAY*, v. n. *Mostrarse muy tembloroso un cuerpo que centellea.*

**LLIPIPIÍYKUY*, v. n. *Despedir vivos rayos de suma brillantez, titilar muy vivamente.*

(Lira 1944: 588).

En este sentido, derivar el topónimo Lipes de *llipi* supone la abstracción y síntesis de las notas características de un lugar, en este caso, geológicas, y la valoración de ese mismo lugar y/o sus cualidades por parte de quienes construyen el topónimo. Así, cabría pensar que el topónimo Lipes estaría sirviendo para identificar aquellos parajes donde la presencia de la piedra lipes y/u otros minerales en superficie centellean por efecto del sol. Contra lo que a primera vista pudiera pensarse, no devendría el nombre de Lipes de aquellos cerros de plata referidos por los cronistas, sino de las ásperas punas, cuya elevada riqueza mineral era descrita por Betanzos ([1551, cap. XXXVI] 1987: 164, *vid supra*) en términos “*de muchos colores*”. Esta relación metafórica entorno-topónimo constituye uno de los pilares, quizás de los más sólidos, de mi definición de Lipes como paisaje de paisajes. Volveré sobre ello al profundizar en a descripción de los recursos minerales del Altiplano de Lipez (cap. IX.A.).

Continuando con las metáforas y recordando la aspereza de las punas de Lipes, la raíz *llipi* ofrece además en quechua otras acepciones que tienen que ver con lo despojado, vacío o pelado. Así lo recoge el vocabulario de González Holguín:

**Llippini o llipicuni. Pelar la lana y dexar el cuero solo.*

**Llipicuni, o llipirccuni, o llipircarini. Estar vazío desocupado pelado de todo.*

**Llippichini, o llippichirccuni, o llippichicarini. Pelar, dexar mondo de todo.*

**Llipinmi cayllactamanta runa, o llipillan mirin. Todos los indios deste pueblo se han huydo y le dexan limpio de gente.*

**Chuncak maciy llippichircuhan. El que jugo conmigo me dexo mondo y limpio de todo.*

**Llippicukllacac. Lo vazio o desembaraçado.*

**Llipikpim tiyani o cani o llipk huacipi. Estoy pobrísimo despojado sin alhajas.*

**Micuytan llipichini. Ya he consumido las comidas y el sustento.*

**Llipichini auccacunacta. Asolar, acabar consumir los enemigos.*

**Llipichini. Despojar, saquear.*

**Llipiymanani o llipicllancani. Estar despojado, pelado mondo del todo.*

**Llippicun. Acabarse, consumir.*

(González Holguín [1608] 1989: 213, 214).

Ahora bien, la cuestión resulta entonces, tal y como se pregunta J. L. Martínez (1995b: 49), si el vacío es condición *sine qua non* para que determinados objetos brillen, o si más bien denota una manifestación de la pobreza de estas tierras y de sus habitantes, cuestión a la que trataré de dar respuesta al abordar la consideración de Lipes como un espacio-tiempo salvaje desde la perspectiva del “pensamiento andino” (cap. IV.C.3.).

Hasta aquí las metáforas, que nombran el paisaje a partir de las calidades y cualidades del entorno físico. Pero también podemos penetrar el *significatum* de Lipes desde la metonimia, apelando a esa “*realidad para*” con la que T. Ingold (1992: 44, *vid supra*) concreta la noción de paisaje: un producto de la cognición humana definido a partir de la actividad de quienes lo habitan. Así, atendiendo a la raíz aymara *lipi* -que por corrupción y deformación pudo igualmente haber derivado en Lipes- se introduce la posibilidad de, por seguir con la terminología de T. Ingold (*vid supra*, nota 8), considerar los paisajes de Lipes desde la óptica del *taskscape*, apelando a una técnica cinegética particular de capturar vicuñas.

No olvidemos esa tríada desde la que vengo caracterizando los espacios de Lipés: ásperas punas, cerros de plata y carneros de la tierra.

Por todos es sabido que de entre los auquénidos sudamericanos es la vicuña el que posee la mejor y más preciada lana. Dada su condición de animal silvestre y su escasez, tradicionalmente fueron capturadas, esquiladas y vueltas a soltar, lo que permite explotar el recurso de manera sostenible. Bernabé Cobo describe la técnica de captura de las vicuñas del siguiente modo:

*“Es animal tan tímido como se verá por el modo en que lo cazan los indios, que es éste: cuando van a caza de vicuñas, hacen un gran corral en parte por donde ellas suelen pasar, y luego espantándolas por todas partes, las van encerrando en él; y las paredes y cercas no es otra que con hilo o cuerda que ponen sobre estacas de dos pies de alto hincadas a trechos en la tierra; con el cual hilo así dispuesto cercan una gran llanada, dejándole abierta puerta por donde entren. Cuelgan deste hilo muchos flecos o vedijas de lana, que se andan meneando con el aire, de las cuales se espantan de tal manera las vicuñas después de encerradas en esta cerca, que no osan salir por ella, sino que andan alrededor del hilo dando muchas vueltas, buscando la puerta; en la cual les arman los indios lazos en que, al salir, caigan. Verdad es que si dentro de la cerca les echan un perro, en tal caso, venciendo el mayor temor al vano espanto que les causa el espantajo de las vedijas de lana, se huyen saltando por la débil cerca o rompiéndola. A este modo de cazar llaman **lipi** los indios”* (Cobo [1653, Libro X, cap. LVIII] 1964-I: 368, énfasis mío).

Juan del Pino Manrique describe esta misma técnica a fines del siglo XVIII, aunque le da el nombre de “libeo”, un término que no es quechua ni aymara. Sobre el ejercicio de captura y esquilado de las vicuñas señala:

“Ocúpanse en él cuatro o cinco días, mientras tienden las redes y lazos para aprenderlas, y las arrean para aquel paraje por los empinados

cerros en que comúnmente viven, y a cuya operación laman libeo: no sacan de este modo de cogerlas tanta utilidad, ni les es tan fácil su caza, como con los perros que crían para ella con sumo cuidado y aprecio, pues si en el cerco que forman para dicho libeo, entra por casualidad algún guanaco, que de ordinario andan juntos con las vicuñas, rompen los lazos y escapan de manos de los cazadores, después de un inútil y penoso trabajo” (Pino Manrique [1787] 1971: 39).

En consecuencia, podemos decir que el topónimo Lipes resultaría de una metonimia que lo relaciona con una técnica cinegética, aunque en realidad en ésta opera a su vez otra metonimia, pues hablando con propiedad, y según el lexicon de Bertonio, *lipi* es dicha sogá y no la técnica, aunque en el vocablo que hace referencia a ésta aparece la misma raíz:

**Lipi: Soga con que rodean el ganado, o las vicuñas para que no se huyan, por miedo de vnos flucos de lana q’ cuelgan dela sogá y se menean con el ayre.*

**Lipitha: Rodear con esta sogá.*

**Lipiquipatha: Idem mas propio.*

(Bertonio [1612, Segunda parte, p. 195] 1984).

Al considerar *Lipes* una derivación de la raíz *llipi* por efecto de la metáfora quedaba claro que del topónimo resulta el etnónimo: *los lipes* serían entonces los habitantes de las aquí presentadas como tierras yermas pero cuya riqueza mineral resplandece al recibir los rayos solares. Sin embargo, por efecto de la metonimia, la duda se introduce al contemplar un posible origen en la raíz *lipi*. Por un lado podría pensarse que *Lipes* son las tierras donde habitan *los lipes*, unos indios que cazan vicuñas por la técnica del *lipi*. En consecuencia, el topónimo se formaría a partir una acción humana sobre el entorno, algo que (como las acciones de la flora y la fauna sobre un lugar concreto) transforma el espacio y lo dota de territorialidad, que convierte el espacio definido por dicho

topónimo en pieza clave del ordenamiento territorial y los manejos espaciales en función de los modos de vida de sus habitantes. Pero también podría ser, por efecto de otra metonimia, que *Lipes* estuviera actuando, aún sin serlo realmente, como corónimo más que como topónimo: aquellos espacios que por idoneidad de su topografía resultan más propicios para instalar esas sogas o *lipi* para cazar vicuñas. En cualquier caso, esta segunda opción no resulta incompatible con el hecho de que aquellos indios que emplean la técnica del *lipi* puedan ser llamados *los lipes*, siendo *Lipes*, por ende, el conjunto de sus territorios de caza. Combinando ambas supuestas etimologías, atendiendo al medio natural y entregándome al retruécano, resulta que esas mismas vicuñas cazadas con sogas (*lipi*) fijan su hábitat en yermas punas resplandecientes (*llipi*). Al final elijo la cinta de Moebius como el mejor arrimo para cerrar mi idea de Lipes como paisaje de paisajes.

Sin perder de vista la metonimia que nos acerca al *taskscape*, J. L. Martínez (1995b: 48-49) plantea que la formación del topónimo Lipes a partir de la referida técnica cinegética sirvió desde la óptica inca para construir una oposición entre cazadores-recolectores y agricultores-pastores, con todos los valores simbólicos que cada modo de vida conlleva en términos civilizatorios. Él no lo apunta, pero me parece que el uso del etnónimo *lipes* implicaría en este sentido los mismos valores que la acepción de *uru* como salvaje/bárbaro. En consecuencia, los lipes no serían estrictamente los indios de Lipes, sino los salvajes de la puna que cazan vicuñas (animal silvestre) con sogas. Desde esta perspectiva, si la construcción espacial tiene que ver con la búsqueda de un lugar-en-el-mundo por parte de los actores sociales, no sería de extrañar que cada uno de los paisajes de Lípez hubiera tenido para sus habitantes un nombre propio, mientras que desde fuera se construía un paisaje de paisajes a partir de los rasgos considerados como más distintivos de aquel entorno y sus gentes: el brillo de las tierras y/o las técnicas de caza empleadas por los naturales. Por razones históricas, la versión que nos ha llegado a través de la Colonia ha sido la inca,

pero también sus vecinos más cercanos hubieran podido referirse a los paisajes y paisanajes de Lipes empleando términos propios, aunque esto es algo difícil de contrastar y que exigiría unos prolijos estudios de toponimia histórica que actualmente no estoy en disposición de llevar a cabo. Por ahora, planteadas estas tres opciones que vinculan el topónimo Lipes a la geografía física (punas desoladas, pero a la vez ricas en minerales), y a la geografía humana (arte cinegético), continuaré con la lógica de aprehensión de los espacios de Lipes por parte de los españoles dando una vuelta de tuerca más: la territorialización de sus paisajes.

II.B.2.- *Lipes: territorios evanescentes.*

Dije que el paso del *paisaje* al *territorio* se da cuando ese espacio culturalmente construido y representado que supone el primero resulta apropiado de acuerdo con unos principios de exclusividad que van a determinar las relaciones sociales subsiguientes. Convirtiéndolo en paisaje, el ser humano aprehende el espacio que le rodea; convirtiéndolo en territorio, lo politiza, pasa a ordenarlo y a manejarlo de acuerdo a necesidades adaptativas de supervivencia (biológicas, sociales, económicas, políticas, ideológicas). El foco de interés queda entonces fijado en la evaluación de esa capacidad adaptativa, algo que nos lleva de vuelta a la distinción entre espacios operativos y percibidos. En el decir de J. L. García (1983: 243-244, siguiendo a Hall 1973), el análisis territorial debiera aunar el modelo perceptivo de la sociedad estudiada con los efectos provocados en la conducta de los individuos. Dicho de otra manera, el análisis territorial ideal habría de examinar cómo los espacios percibidos se ven representados en el modelo operativo. Aunque en las capacidades adaptativas de un grupo también influyen la ideología y las creencias, en términos ecológicos la territorialidad descansa esencialmente sobre el trinomio espacio-población-trabajo: cuál es la distribución y densidad de recursos disponibles, cuántos individuos explotan el espacio (compiten por esos recursos), y cuánta cantidad de energía (expresada en calorías) han de consumir para mantenerse dentro de ese

espacio de acuerdo a la ecuación costes-beneficios¹⁵. De aquí derivan los principios de exclusividad positiva (control, dominio territorial), exclusividad negativa (exclusión territorial) y no-exclusividad (espacios compartidos o de paso); un concepto de exclusividad que remite al dominio y defensa de los espacios apropiados, y que requiere de la alteridad para autosustentarse. Por esta razón el territorio constituye en sí mismo un concepto de orden político, y así el análisis territorial requiere el previo reconocimiento de las formaciones sociales y políticas que lo conforman y ordenan. De todo esto me iré ocupando en capítulos sucesivos, pero por ahora trataré de no perder de vista la cuestión de la aprehensión colonial de los espacios de Lipes.

Es un hecho indiscutible que en la conquista y colonización de las tierras americanas se impuso una tiranía del tamaño y la distancia (Cunill 1999). Antes de la llegada europea, el medio geográfico americano nunca fue abordado por las sociedades indígenas como una unidad en sí mismo, ni siquiera en el marco de los imperios inca o azteca; muy al contrario, dibujó distintas expresiones de una nebulosa y compartimentada heterogeneidad espacial expresada en yuxtaposiciones de espacios insulares, a la vez físicos y culturales, conectados entre sí a través de un entramado más o menos complejo de alianzas y dependencias sociopolíticas y de redes de intercambio económico de productos concretos. Con la irrupción de los conquistadores el reto de los espacios americanos fue pronto superado, aunque una vez sometidos los territorios clave del engranaje indígena volvió poco a poco a imponerse la lejanía espacial y lo dilatado de las comunicaciones. Por encima de las fechas de manual de Historia, lo cierto es que la conquista y colonización de América fue lenta, marcada por

¹⁵ Cabría señalar aquí que estos costes y beneficios sólo resultan cuantificables dentro de modelos de análisis *etic*, puesto que en la realidad ambos parámetros van a estar condicionados por la escala de valores propia de cada cultura/sociedad, incluso de cada individuo a través de los procesos de “toma de decisión”. No considerar esta variable es quizás el desliz mayor de esa ecología cultural ofuscada en el análisis (calórico) de la capacidad adaptativa de los grupos humanos a su entorno, eso que el materialismo cultural neoevolucionista llamó “determinismo tecno-ambiental”.

avances y retrocesos, y dio como resultado un mosaico de espacios más o menos controlados políticamente que favoreció el mantenimiento de las especificidades. En palabras de O. Nogueira (1991: 156), esta situación originó un “archipiélago humano” de islas culturales que dan la imagen de una colonización a intervalos. La conformación de una de estas ínsulas, la de Lipes, es lo que aquí estoy tratando de desentrañar.

En el caso del mundo andino, la tiranía espacial ha contado siempre con una poderosa enemiga a vencer: la verticalidad (v.gr. Cunill 1999: 124-140). Respecto del altiplano, y enlazando directamente con aquellas otras descripciones de las ásperas punas de Lipes antes recogidas, Bernabé Cobo comenta:

“el aire ambiente es más seco y frío de lo que pide la complexión del hombre; por lo cual suele alertar y destemplan mucho los cuerpos; y partes hay adonde mata súbitamente a los que coge flacos y desabrigados, como pasa en los rigurosos páramos de la provincia de los Lipes, diócesis de Chuquisaca [= La Plata, hoy Sucre], y en otros páramos de igual destemplanza; donde los que así mueren helados quedan mostrando los dientes y con semblante de quien se está riendo” (Cobo [1653, Libro I, cap. X] 1964-I: 32).

Los españoles supieron pronto sobreponerse al altiplano y a la puna, por más que en la puna salada toparan con los mismos inconvenientes que ya encontrasen los incas de cara a la consolidación de un poblamiento altiplánico estable. En cualquier caso, el vencimiento de las máximas alturas y de los rigores ambientales pronto descubrió un poderoso motor: el mineral. En torno a este punto Cobo señala:

“Ya que la esterilidad de la puna es tan notable, que no produce ningún género de plantas y legumbres para sustento de los hombres, la recompensa el Divino repartidor de riquezas naturales con criar en ella

tan grande abundancia de plata y otros metales, que casi todos los cerros y lomas peladas de pedriscos y rocas de estos yermos páramos están lastradas de plata, de donde se ha sacado el inestimable tesoro deste metal que se ha llevado a España deste reino del Perú; y es tan grande el número de minas, que cada día se descubren en este primer grado y temple de Sierra, que se tiene por cierto que no faltarán jamás estos ricos metales en tanto que las Indias duraren. Sácase asimismo destos páramos estériles el azogue y cobre con que se beneficia la plata, y lo que destos metales y de estaño y plomo se gasta en este reino. Por donde, puesto caso que de suyo es todo este primer temple de Sierra inhabitable, como lo fue en tiempos de la gentilidad de sus naturales, sin que viviesen en ella más que los pastores que estaban en guarda de los ganados, ahora tiene alguna poblaciones de españoles en asientos de minas, como son los de Castrovirreina, los Lipes y otras; las cuales son tan proveídas de bastimentos y de todo género de regados que se traen de acarreto, como si estuvieran fundadas en los más fértiles valles deste reino, porque todo lo trae para sí la plata y dinero” (Cobo [1653, Lib. II, cap. X] 1964-I: 76).

A tenor de este pasaje, la riqueza mineral de Lipes vendría definida a título de compensación divina por ser puna yerma y estéril para la agricultura, equilibrando asimismo la plata de los cerros (metal precioso - arriba) con el cobre, estaño y plomo de los páramos (metales viles - abajo), un planteamiento arraigado en la filosofía aristotélica sobre la materia y los elementos. En términos semejantes interpreta el también jesuita José de Acosta la riqueza mineral del Perú en el Libro IV, “De la cualidad de la tierra donde se hallan metales; y que no se labran todos en Indias; y de cómo usaban los indios de los metales”, de su *Historia natural y moral de las Indias*:

“La causa de haber tanta riqueza de metales en Indias, especialmente en las occidentales del Pirú, es como está dicho, la voluntad del creador, que

repartió sus dones como le plugo. Pero llegándonos a la razón y filosofía, es gran verdad lo que escribió Filón¹⁶, hombre sabio, diciendo que el oro y la plata y metales naturalmente nacían en las tierras más estériles e infructuosas. Así vemos que tierras de buen témpero, y fértiles de yerba y frutos, raras veces o nunca son de minas¹⁷, contentándose la naturaleza con darlas vigor para producir frutos más necesarios al gobierno y vida de animales y hombres. Al contrario, en tierras muy ásperas y secas y estériles, en sierras muy altas, en peñas muy agras, en temples muy desabridos, allí se hallan minas de plata y azogue, y lavaderos de oro y toda cuanta riqueza ha venido a España; después que se descubrieran las Indias Occidentales ha sido sacada de semejantes lugares ásperos, trabajosos, desabridos, estériles; mas el gusto del dinero los hace suaves, y abundantes y muy poblados.” (Acosta [1590, Libro IV, cap. III] 1987: 221).

Mucho menos explícito que Cobo o Acosta, pero en consonancia con lo expresado por ellos, Álvaro Alonso Barba señala desde su *Arte de los metales*:

“La abundancia de todo genero de Minerales con que enriqueció Dios casi todas las Provincias de este nuevo Mundo, haciendolo por este medio mas apacible para otros fines mas altos de su Divina Providencia, ha sido tanta, y la fertilidad de sus vetas tan copiosa, que su misma grandiosidad pone en contingencia su credito.” (Barba [1639, Libro II, cap. I, p. 68] 1992).

¹⁶ Se refiere Acosta al filósofo judío helenizado Filón de Alejandría (ha. 20-50 a.C.), cuya obra teológica resultó de gran influencia en el primitivo pensamiento cristiano. Los escritos aludidos corresponden al Libro V de su *De genesi mundi*, tratado en el que interpreta el relato bíblico contenido en los capítulos 2 al 4 del Génesis como alegoría del desarrollo del alma humana.

¹⁷ Esta afirmación de Acosta se inspira directamente en capítulo V del Libro VIII de la *Praeparatio evangelica* del obispo Eusebio de Cesarea (275-339 d.C.), considerado por muchos el padre de la Historia de la Iglesia. Esta obra en particular trata de demostrar la excelencia del cristianismo sobre las religiones paganas, de manera que ejerciera sobre el pagano la influencia educativa necesaria para conducirlo hasta la Fe de Cristo.

Coinciden estos tres autores en que es voluntad divina que los metales preciosos abunden en tierras áridas y estériles, y que estén asociados a las alturas, una idea que remite a la ciencia alquímica imperante en época de estos dos autores. Pensamiento experimental y místico a la vez, fraguado en las cofradías de los fundidores de metales medievales, la alquimia estudia la pasión, matrimonio y muerte de las sustancias, y aspira a lograr la transmutación de la materia (la Piedra Filosofal) y de la vida humana (el Elixir de la Vida). No quiero con esto decir que José de Acosta, Álvaro Alonso Barba y Bernabé Cobo religiosos los tres, fueran alquimistas; simplemente que igual que la ciencia actual discurre por los paradigmas del racionalismo moderno (para algunos, hoy, postmoderno y agrietado), la alquimia constituyó el pensamiento conceptual de la ciencia medieval y renacentista, fundada sobre el estudio de las proporciones pitagóricas, el atomismo de Demócrito, las esferas de Platón, los esoterismos socráticos y la teoría de los elementos de Aristóteles (Aromatico 1997: 22-23), y revisitada desde las astronomías de Nicolás Copérnico (1473-1543) y Galileo Galilei (1564-1642). Así, como no pudiera ser de otro modo, Acosta, Barba y Cobo recurrieron a los paradigmas científicos y filosóficos propios de su tiempo para explicar la naturaleza y abundancia de los metales americanos¹⁸.

Ambos autores entienden que es Dios, materia prima del Universo, principio de la Creación, quien a su antojo reparte en el mundo las tierras yermas y las fértiles, dotándoles de climas áridos o templados y de frutos o metales respectivamente. ¿Pero qué tiene esto que ver con que la plata y el oro se encuentren en las alturas de los cerros y otros metales considerados viles en la planicie de los páramos? Ahí es donde el pensamiento alquímico entra en juego,

¹⁸ Remito al lector interesado en esta circulación de los saberes alquímicos en el virreinato del Perú del siglo XVII a los trabajos de C. Salazar-Soler (1997, 2001, 2005). Por mi parte, regresaré sobre este tema al retomar la descripción geominera del Altiplano de Lipez desde las fuentes coloniales (cap. IX.A.), punto en el que prestaré especial atención a la relación establecida por Barba entre la cantidad de azufre y azogue existente en las punas de Lipes y la calidad de la plata beneficiada de sus cerros, así como al protagonismo concedido por este autor a la piedra lipes en la transmutación de los metales.

desplegando las teorías de la filosofía perenne por un lado, y de la tradición hermética por otro.

De acuerdo con la *philosophia perennis* de tradición escolástica¹⁹ que sugiere que existe un conjunto universal de verdades y valores comunes a todos los pueblos y culturas, existe una estrecha relación entre Cielo y Tierra, de manera que “en todo lo que produce la Tierra está presente el Cielo como fuerza creadora, mientras que la Tierra, por su parte, da cuerpo a las leyes celestiales” (Burckhardt 1976: 66). Amparándose en esta teoría, la tradición hermética²⁰ expresa en la *Tabla Esmeraldina* o (*Tabla de Esmeralda*) que todo está creado por el Sol, y que lo de abajo es igual a lo de arriba y viceversa, ascendiendo los elementos terrestres al cielo y descendiendo nuevamente a la Tierra tras haberse fraguado una estrecha relación entre espíritu y materia. Tratando de entender este orden cósmico desde un punto de vista cristiano, las equivalencias entre el Sol y Dios surgen en tanto que si es en el Cielo donde reside el principio generador de todo, también Dios está en los cielos, y así como el Sol es fuente de luz y de vida, Dios es la Luz (una luz de luz, reza el *Credo*). De tal modo, como apunta A. Aromatico (1997: 30-31), el ser humano queda igualmente ligado y dependiente del Sol como de Dios, pues de ambos constituyen el punto fijo de donde todo

¹⁹ Fue la Escolástica una corriente en los estudios de teología que a través de la filosofía grecolatina clásica aspiraba a comprender la revelación del cristianismo, y que dominó en las escuelas catedrales y las universidades medievales en los siglos XI-XV. Prácticamente copada por dominicos y franciscanos, alcanzó su máximo apogeo durante el siglo XIII, siendo los jesuitas quienes la resucitaron a fines del siglo XVI, aunque desde puntos de vista ligeramente modificados. De esta última etapa cabe destacar al español Francisco Suárez (1548-1617), cuya obra *Disputas metafísicas* (1597) sirvió de fuente de inspiración para filósofos posteriores como Descartes (1596-1650) o Leibniz (1646-1716). En este sentido, considerando la influencia de los jesuitas en la tradición escolástica de los siglos XVI-XVII, no debiera pasar por alto el lector que tanto Bernabé Cobo como José de Acosta pertenecieron a la Compañía de Jesús.

²⁰ Dentro de la ciencia alquímica se denomina *tradición hermética* a la desarrollada por el Hermes Trimegisto, un grupo de Grandes Maestros en alquimia, magia, astrología y cábala, que representan los tres Grandes Colegios egipcio, hebreo y griego. Es este grupo “tres veces grande”, “tres veces Maestro”, aunando a la divinidad egipcia Dyehuty (Thot), protectora de las artes y dios de la generación, al Hermes griego, mensajero de los dioses, y a su trasunto romano Mercurio, que es además a la Estrella Vespertina y representa un principio de vida y muerte (v.gr. Aromatico 1997: 22; Burckhardt 1976: 63-84).

proviene y adonde todo, siguiendo una vía circular, debe regresar eternamente; por eso cada elemento está ligado al Todo, y materia y espíritu son una misma cosa, principio que permite la transmutación de los cuerpos²¹.

Volvamos a la explicación dada por Acosta [1590], Barba [1639] y Cobo [1653] a la riqueza mineral de las yermas punas andinas en general y de Lipes en particular. Considerando lo anteriormente esbozado, lo cierto es que sólo a partir de la tradición hermética y de la teoría de los elementos aristotélica puede entenderse por qué ambos autores sitúan los metales preciosos en la cumbre de los cerros y los metales viles en la planicie del páramo. Considerando las relaciones entre Cielo y Tierra, arriba y abajo, 1) los elementos más pesados dentro de la Naturaleza se sitúan en la Tierra, que por ser entonces pesada tiene tendencia descendente -de ahí que las minas se excaven hacia las entrañas de la tierra-, y 2) los elementos de mayor pureza tienden a situarse más arriba. Por otra parte, según la teoría de los elementos desarrollada por Aristóteles (*v.gr.* Burckhardt 1976: 103-109), al elemento Tierra corresponden las cualidades de lo frío y lo seco, y al elemento Aire las de calor y líquido. Así, cuanto más frío y seco sea un paraje, más rico será en minerales y metales. Al mismo tiempo cuanto mayor sea su altitud, más opciones habrá a que estos metales sean preciosos, ya que por estar más cerca del Sol, de Dios, serán elementos más puros. En esta línea apuntan las descripciones que ensalzan la pureza del mineral de Lipes, destacan la escasa profundidad a que se encuentra la plata más pura y la facilidad con que funde, recelan de la humedad de algunos metales y se lamentan por los problemas de inundación que afectan a las minas. De todo ello trataré en su momento (caps. IX.A., IX.B. y IX.D.); ahora, después de este paréntesis,

²¹ Obviamente, no voy a entrar aquí en las propiedades de cada elemento de la Naturaleza, ni en la transmutación de los metales, objeto de la alquimia exotérica, quizás la rama más conocida al nivel popular de esa Gran Obra que aspira a ser alquimia, ni tampoco en los trasuntos planetarios de los metales, materias de engañosa lógica sencilla y de complejísima puesta en práctica, cuestiones todas que exceden con creces los objetivos de esta investigación. Por ello, remito al lector interesado a los trabajos de A. Aromatico 1997: 32-35, 69-71 y T. Burckhardt 1976: 85-109.

volvamos a la cuestión de aprehensión de los espacios de Lipes por parte de los autores coloniales y a la idea de esa territorialidad evanescente que venía planteando.

Pensemos la dimensión espacial de la dinámica de conquista y colonización como una confrontación de lógicas diferentes en la apropiación y el manejo de los espacios, y no cabrá duda acerca de la necesidad de reflexionar sobre un concepto clave irremisiblemente ligado al territorio: las fronteras.

Recuerde el lector lo dicho respecto del *espacio* como escenario en el que se refleja la sociedad y, al mismo tiempo, como un elemento más de las estrategias sociales, y del *territorio* como la apropiación y manipulación (fundamentalmente política y económica) de aquel espacio construido y representado que era el *paisaje*. Sobre la base de estos conceptos había apuntado que la idea de *territorialidad* va estrechamente ligada a los conceptos de *identidad* y *distinción*, así como a los principios de *exclusividad*. Considerando todo ello, agitando estos elementos en una coctelera se obtendría un combinado perfecto de territorio, identidad y frontera.

Pensemos en cualquier sociedad humana en términos etológicos, y comprobaremos cómo sus actuaciones territoriales atraviesan una secuencia trifásica de ocupación (pacífica o militar), ordenamiento general y consolidación de los espacios apropiados. Por su parte, la ordenación territorial implica la delimitación de dichos espacios y la jerarquización e integración de los mismos dentro de un sistema amplio de manejos espaciales. A su vez, la consolidación territorial se presenta en dos planos: el formal de las construcciones y el del simbolismo contenido en ellas. De todas estas fases, quizás la delimitación constituya el ingrediente base del cóctel. Se delimita de acuerdo con la jurisdicción vigente y mediante el establecimiento de una red limitánea de *fronteras*, y sólo tras definir e imponer los límites se consigue apresar el espacio

en términos de territorialidad y racionalizarlo como tal. Una vez impuestas las fronteras, tanto aquello contenido en su interior como lo que ha quedado fuera de ellas empezará a experimentar cambios de sentido irreversibles. En consecuencia, cabe afirmar que las fronteras (en sentido general, incluidas las fronteras invisibles de la proxémica y las fronteras arquitectónicas de la sintaxis espacial) canalizan toda la vida social y contribuyen a la reproducción de las relaciones sociales en el espacio.

Fijada esta red limitánea, la red viaria sentará las bases para la transformación de ese territorio apropiado, integrando así a los diferentes espacios que lo componen. Ambas redes representan el lenguaje gráfico del territorio, mientras que la toponimia formaliza su lenguaje oral y/o escrito. Cruzando ambas redes y combinando ambos lenguajes se presenta aquello que quizás constituya la máxima expresión de esa apropiación de espacios, paisajes y territorios que vengo tratando: el mapa, ya sea un mapa mental o un mapa plasmado sobre soporte gráfico. Ahora bien, en tanto que representación analógica de una realidad geográfica más o menos conocida y explorada, cualquier mapa incurrirá en la deformación de distancias y superficies que el referente egocéntrico o topocéntrico puede provocar de manera más o menos intencional. En el caso de la conquista de América (como en el de cualquier otra *terra incognita*) los españoles buscaron, dentro de su lógica extranjera, una explicación a las tierras, las poblaciones y las sociedades encontradas, y ello implicó que el reconocimiento geográfico supusiera también la integración en la historia de los nuevos pueblos y visiones del mundo, algo que quedaba marcado por las mitológicas propias del conquistador (Perera 1994).

A tenor de lo hasta aquí expresado, ¿cómo se apropian los españoles de los espacios de Lipes y les confieren entidad territorial? Y por ende, ¿cómo ubican Lipes en el diseño territorial del mosaico surandino de la Colonia? Para

ello volveré a las redes limitáneas y viales, y también a la cuestión de las distancias.

Lo primero, una referencia fronteriza de tipo físico: el río San Juan del Oro, que para Antonio de Alcedo y Herrera ([1786-89] 1967-II: 316) separaba claramente Lipes de las provincias del Tucumán, constituyendo efectivamente hoy este cauce el borde sur-oriental de la actual provincia de Sur Lípez y el tránsito de la Puna de Lipes a la Puna de Jujuy, en Argentina. Sin embargo, no debiéramos olvidar que su *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América* pertenece a fines del siglo XVIII, para cuando la división político-territorial de la América colonial había sufrido ya numerosas reestructuraciones. Por contra, habría que pensar que en el momento en que la Colonia empezó a territorializar paisajes como los de Lipes, la construcción de los espacios americanos operaba según una lógica espacial basada en referencias locacionales articuladas de acuerdo con un sistema de representación corográfica²², por el cual la consolidación de un territorio resulta inseparable de la singularización de determinados puntos en el mismo. En un contexto de conquista y colonización, estos puntos vendrán a ser generalmente referencias topográficas ligadas a la propia dinámica expansiva (p.ej. puertos, puntos de paso, lugares de acampada y avituallamiento, campos de batalla) y más aún, referencias poblacionales que testimonian el avance humano y la apropiación del territorio por efecto del asentamiento más o menos estable en él.

Así, Luis Capoche ([1585, f. 43v] 1959: 127, *vid supra*) señala 50 leguas desde Potosí a Lipes, como 50 leguas son también las que marca Antonio

²² *Corografía*: viejo término geográfico proveniente del griego (*choóra*, país, y *grápho*, describir), caído en desuso a mediados del siglo XX, que hace referencia a la descripción de un país, provincia, región o comarca atendiendo a su descripción geográfica, a su representación como territorio. Como habrá oportunidad de comprobar desde y para el caso particular de Lipes en sucesivos capítulos (especialmente V., VIII., IX.A. y IX.B.), este tipo de descripción geográfica tiene mucho que ver con la idea de *región* y con los principios de la geografía regional.

Vázquez de Espinosa ([1630, Libro V, cap. 31, n° 1759] 1992-II: 878, *vid supra*) entre Lipes y La Plata (hoy Sucre), aunque el licenciado Cepeda ([1590, n° 16] 1918-22-III: 14) fija la distancia entre estos dos puntos en 70 leguas. Por su parte, Juan Lozano Machuca ([1581] 1965: 62) establece 30 leguas de Lipes a Tarapacá, 40 a Atacama, 40 a Carangas, 50 a Potosí, 35 a Talina, 40 a Tarija, 40 “a la tierra de guerra de los omaguacas” y 25 “a los indios cimarrones que están hacia Omaguaca”, en el Noroeste Argentino. Ahora bien, fijémonos que todos estos autores están midiendo en leguas²³ sobre un terreno a veces demasiado abrupto, y que cuenta además con una red viaria que puede llegar a estar nada, poco o escasamente definida -aquel que haya viajado por los Andes, y en especial por la puna, podrá dar fe de ello-. Además, para ubicar unos puntos fijos sobre un mapa se necesita obligatoriamente de dos variables: la distancia y el rumbo. En realidad, cualquiera participante en ejercicios de orientación podrá alegar que a estas dos variables habría que añadir una tercera igual de indispensable: las coordenadas precisas de los puntos que se están tomando como referencia. Así debiera ser, pero también es verdad que cuando un turista nos pregunta cómo llegar a punto concreto de nuestra ciudad nosotros no utilizamos el GPS (Geographical Position System), sino que, guiándonos por referencias estáticas del paisaje urbano, le ofrecemos unos rumbos y unas distancias a seguir (en tiempo o espacio, según cada cual y según el modelo de ciudad en el que nos encontremos). Al hilo de esta cuestión cabe entonces preguntarse cómo están referenciando los autores coloniales las distancias con relación a Lipes.

Potosí y La Plata son dos ciudades bien ubicadas en el entramado colonial surandino, lo cual las convertiría en puntos fiables desde donde calcular distancias, de no ser porque entre ambas urbes están separadas 164 Km. Por ello, pensar que las estimaciones hechas por los distintos autores que ubican Lipes tomando un punto único como referencia es algo que va en contra de las reglas

²³ *Legua*: unidad de medida itineraria que en Castilla es de 20.000 pies o 6.666 varas y dos tercias, equivalente a 5.572,70 metros.

de la trigonometría. Lo mismo ocurre cuando intentamos tomar como referencia la localización de Atacama, que Lozano Machuca ([1581] 1965: 61, 62) separa 40 leguas de Lipes, mientras que la distancia fijada por el Licenciado Cepeda ([1590, n° 16] 1918-22-III: 14) es de 30 leguas. La cuestión estriba entonces en resolver si cuando estos autores hablan de Atacama aluden a la población de San Pedro [de Atacama], la Puna de Atacama, el territorio de Atacama, el Salar de Atacama, o la provincia de Atacama, algo que ninguno especifica. Es más, en la *Carta* del Factor de Potosí se trazan distancias respecto tanto de Atacama en un sentido genérico, del “*valle de Atacama*” y de la “*ensenada de Atacama*”, algo que más que ayudar a resolver el problema sólo plantea nuevas ambigüedades de carácter cartográfico.

Pensemos entonces que se está hablando simplemente del territorio de Atacama, igual que se estaría hablando simplemente del territorio de Lipes. ¿Se expresan las distancias tomando como referente su línea de límites o quizás a partir de un núcleo poblacional concreto, lo que encajaría perfectamente con esta idea de territorios organizados en torno a un lugar central que estoy planteando según un modelo de geografía relacional? En este caso, recurriendo a la suma de una advocación religiosa y un patronímico como proceso de formación toponímica, podría tal vez pensarse en el asiento minero de San Antonio, que llegará a ser capital administrativa de la provincia de Lipes en el siglo XVIII, y que Pedro Vicente Cañete ([1787, cap. XII, Noticia 1] 1952: 387) sitúa a 82 leguas al sur de Potosí. Sin embargo esta población fue fundada como pueblo de españoles en 1648, con el nombre de San Antonio del Nuevo Mundo, transformándose mucho después en San Antonio de Lípez. Por una cuestión meramente cronológica, es indudable que ni Lozano Machuca [1581], ni Capoché [1585], ni tampoco Vázquez de Espinosa [1630], pudieron estar tomándolo como referencia. Además, San Antonio [de Lípez] queda al sur de la actual provincia de Sur Lípez, por lo que su lejanía invalida su posición como nexo referencial de las distancias expresadas por estos autores tempranos.

Pensemos entonces en Colcha (hoy Colcha “K” - Villa Marín), en el borde meridional del Salar de Uyuni, que suele citarse como antigua capital de los lipes, y que por ende resulta más razonable que fuera tomada como punto cero por esos primeros autores. Tal vez, por qué no. Sin embargo, lo cierto es que pienso más bien que cuando las descripciones coloniales hablan de Atacama, Lipes, Carangas, “*la tierra de guerra de los omaguacas*” o de “*los indios cimarrones que están hacia Omaguaca*”, están apelando a referencias difusas de orden territorial, y no tanto a enclaves concretos. Volveré sobre este punto al tratar de las diferentes demarcaciones administrativas coloniales de Lipes y contrastar entonces las concepciones territoriales españolas e indígenas (cap. V.B.1.).

Lo cierto es que ni los autores tempranos ni los más tardíos especifican en función de qué punto están expresando distancias respecto de Lipes, y cuando lo hacen no es sino ofreciendo otras marcas o distancias cuya precisión cartográfica resulta de semejante vaguedad. Ahora bien, ¿por qué tendrían que calcular en función de dos puntos precisos en un mapa? No olvidemos que hay distintas lógicas a la hora de medir distancias, como también diferentes mecanismos de aprehender la distancia. Por “distancia” entendemos el intervalo de tiempo o espacio que media entre dos puntos, si bien A. Bailly (1989: 180) distingue en este punto entre 1) una distancia estándar, de tipo euclidiano, geométrico (que define un espacio visual), 2) una distancia estructural, acorde con los sistemas de relación y los imaginarios propios de cada sociedad (espacio social), y 3) una distancia afectiva, que da valor al espacio de la experiencia desde el imaginario individual o colectivo (espacio vivenciado). En este sentido, las relaciones-en-el-espacio permiten considerar la imagen (mental o gráfica) de dicho espacio como el resultado del ensamblaje de distintos elementos físicos reales. Consecuentemente, ¿por qué no pensar sencillamente que las susodichas distancias entre Lipes y otros lugares o territorios corresponden a una lógica de representación geográfica distinta de la nuestra actual, la lógica propia de una

situación colonial temprana en la que todavía no se tiene el pleno control efectivo sobre el territorio?

Si tratar de ubicar el territorio de Lipes de acuerdo con distancias estándares dentro de una lógica espacial que nos es extraña resulta una tarea difícil, trataré a continuación de situarlo en función de otro parámetro: los límites geopolíticos y etnográficos trazados por los españoles sobre el complejo mosaico andino, pasando entonces a contemplar la medida de las distancias estructurales. Desde esta óptica, Vázquez de Espinosa señala:

“[[Lipes]] es la última provincia del Pirú por la sierra hacia Chile; confina por la costa, como está dicho, con la provincia de Atacama, y por el Oesnorueste con los valles de Pica y Tarapacá del Obispado de Arequipa, por el Oriente con la provincia de los Chichas y los pueblos de la Quiaca y Omaguaca del reino del Tucumán.” (Vázquez de Espinosa [1630, Libro V., cap. 33, n° 1760] 1992-II: 879).

Por su parte, Capoché apunta:

“La provincia de los Lipes dista cincuenta leguas de esta villa [[de Potosí]] hacia el mediodía, inclinado hacia el oriente; extendiéndose por su largo hacia el poniente desde los pueblos uruquillas a los [de los] [[sic]] chichas.

>> Tiene por términos y confines de su latitud los indios quillacas y atacamas, que son pueblos de paz y sirven en esta villa.” (Capoché [1585, f. 43v] 1959: 127).

Visto así, la ubicación de Lipes responde más a un modelo proveniente de la geografía humana que de la geografía política, y que a su vez exige conocer cuáles son los límites impuestos a esas otras provincias y pueblos que se toman como referente. De la misma manera, en este juego de posiciones intervienen también las distancias afectivas, aquellas de las que participa una valoración del

espacio a partir de la experiencia. Así, no sólo se está encajando un territorio de Lipes en un mosaico étnico de pueblos vecinos, sino que se está matizando el carácter de los mismos. Capoché apunta que quillacas y atacamas son “*pueblos de paz*”, mientras que Lozano Machuca ([1581] 1965: 62, *vid supra*) señala en sus cálculos que en las proximidades de Lipes se encuentran “*indios cimarrones*”, y más allá otros aún por pacificar, los omaguacas. Por ser indios “de paz”, los unos figurarán en los mapas con ubicaciones más precisas, mientras que los que son “de guerra” serán ubicados de manera más vagas y a la vez alertante²⁴. En cualquier caso, estos mecanismos de cartografiar el espacio colonial deberán ser interpretados más bien desde una geografía relacional que como el intento de establecer unas coordenadas cartográficas precisas. Dicho de otro modo, se sabe dónde queda un espacio en función de aquellos otros que lo rodean, aunque generalmente éstos sólo puedan ser localizados con una dificultad similar sobre el mapa. Así, tal como dije que conocer las márgenes de un territorio significa a su vez la posibilidad de poder representarlo espacialmente, tendría que apuntar ahora que contar con referentes paisajísticos concretos dentro de dichos límites contribuye a crear una sensación de control y dominio del mismo, por más que éste sea ilusorio.

Resulta entonces que los españoles construyeron los límites del territorio de Lipes a partir de otros territorios, de tal manera que puede decirse que al final su contorno quedaba dibujado como en esos pasatiempos infantiles en los que

²⁴ De acuerdo con J. L. Matínez (1995a: 256-272), clasificar a los distintos grupos indígenas como “indios de paz” o “de guerra” pareciera estar invocando atributos más allá de su actitud frente a la conquista y colonización españolas, y que para alguien de la época no sería necesario explicitar en su conjunto. Considerándolos como descriptores intertextuales, la cuestión resulta entonces en llegar a saber cómo funcionan dentro de un enunciado mayor, qué contribuyen a describir, qué es lo que realmente enuncian y cuáles son sus signos. Para este autor, es más que probable que exista una estrecha relación entre el carácter de los indios y la naturaleza de su territorio, tanto en términos reales como simbólicos, y que tiene que ver con la representación de una geografía fantástica de los confines y/o las fronteras. Por mi parte, ya rondé esta idea en las Consideraciones preliminares, y volveré sobre ella al abordar la lógica clasificatoria que incas y españoles proyectaron sobre los paisajes y el paisanaje de Lipes (caps. IV.B. y VI., respectivamente).

tras unir con un solo trazo una maraña de puntos siguiendo una secuencia numérica obtenemos el perímetro de una figura. Si las distancias antes señaladas no fueron expresadas en función de un punto concreto dentro del territorio de Lipes, tal vez sea porque están trazándose hasta y desde sus contornos y los de sus vecinos, de ahí la disparidad de longitudes calculadas entre un mismo conjunto de referencias. Visto así, diré que, desbordada por las distancias y por el desconocimiento de las sociedades indígenas, la corografía colonial perfiló territorios evanescentes a partir de referencias geográficas y/o humanas que resultaban conocidas: *terrae incognitae* que se fueron construyendo por adición de confines conocidos. Ahora bien, ¿acaso de este modo no se está confundiendo la referencia de orden con la realidad que se ordena, aplicando así valores que en verdad pertenecen a nuestra percepción de ella? Como señala A. Hernando (1999a: 28), esto no tendría mayor importancia si no fuera porque lo que hacemos al ordenar la realidad es seleccionar tan sólo aquella porción de la misma que podemos contemplar y racionalizar, ignorando (¿intencionalmente?) que distintas sociedades puedan tener o haber tenido una percepción diferente de la realidad.

Se define el territorio de Lipes con relación a los pueblos uruquillas y chichas, al territorio de Carangas, a la tierra de los omaguacas, etc., lo que nos sitúa sobre un problema de delimitación ontológica que atañe no sólo a Lipes sino al escenario andino en su conjunto: los españoles forzaron la asociación de territorios y grupos étnicos en términos gentilicios. Puede decirse que aquello que los españoles denominaron *provincia* al amparo de las demarcaciones indígenas (mejor, incas) coincidió más bien con la división administrativa de los corregimientos coloniales que con los antiguos señoríos prehispánicos, algo que aceleró el diseño territorial de reducciones instaurado por el virrey Toledo en la década de 1570. A este respecto, mientras que los funcionarios españoles entendieron las provincias como ámbitos únicamente territoriales, los padrones de población muestran que los indios procuraron rediseñarlas de acuerdo con sus

espacios étnicos amparados en vínculos de arraigo a la comunidad y al ayllu de origen y/o acogida. En consecuencia, aunque la administración colonial persiguió un ideal de asociación biunívoca entre topónimos y etnónimos, la realidad territorial del mundo indígena continuó siendo la de un mosaico de etnicidades interdigitadas. Volveré puntualmente sobre esta cuestión al tratar la ubicación de Lipes en la inestable frontera meridional de Charcas (cap. V.A.) y al relacionar el carácter de los grupos étnicos vecinos a los lipes desde una perspectiva geoestratégica (cap. VI.C.).

No tendríamos que olvidar que los mapas étnicos al uso para este momento han sido elaborados a partir de descripciones coloniales, que a su vez no estaban sino describiendo un panorama étnico previamente reorganizado por los incas. De esta manera, aquellas unidades político-territoriales que la arqueología y la etnohistoria han dado en llamar *señoríos aymaras* corresponderían más bien a una división provincial incaica implantada a partir de la “pacificación”²⁵ del Collao (Collasuyo), iniciada por el Inca Pachacuti en torno a 1471 y consolidada por su sucesor Tupac Inca Yupanqui. En este sentido, los procesos de desplazamiento de pueblos y de creación de nuevas identidades étnicas puestos en marcha por los incas y continuados después por los españoles vendrían a complicar aún más el modelo de “archipiélagos verticales” definido por J. Murra y tomado hasta hoy como paradigmático de las culturas andinas. Desde su perspectiva, el espacio andino quedaría salpicado de islas de población rodeadas por un mar multiétnico, resultando de ello 1) un modelo territorial discontinuo dentro del cual la base de pertenencia étnica no es definida por linderos impermeables, sino a partir del parentesco y la autoridad de los curacas,

²⁵ De acuerdo con su Historia oficial, los Incas construyeron el Tawantinsuyu a partir de sucesivas campañas de pacificación de unos pueblos andinos en estado de guerra endémica, con lo que la expansión militar del imperio quedaba amparada bajo el ideal civilizatorio. Es lo que se ha dado en llamar la *pax incaica*, en virtud de la cual quedaba prohibido cualquier enfrentamiento armado entre los grupos integrados en el Tawantinsuyu, convirtiendo la agresión interétnica en motivo más que suficiente para poner en marcha una nueva campaña de “pacificación” (Cerpa 2001: 181-201, 371-396).

2) la construcción de “identidades interdigitadas”, y 3) un patrón de “movilidad giratoria” que a partir de las caravanas de llamas garantizase el acceso a productos particulares de los diferentes nichos ecológicos andinos²⁶. Siguiendo estas pautas, la territorialidad andina responde a un principio de segmentariedad anclado en jurisdicciones que los españoles tardaron tiempo en entender. Ante la falta de un territorio agrupado y definido a partir de límites precisos, y ante las dificultades de la Administración colonial para adscribir territorialmente a los distintos señoríos andinos de acuerdo con los patrones españoles, se cayó en el error de considerar la inexistencia de límites en los Andes prehispánicos. Sin embargo, sí existían linderos en el mundo indígena, tan sólo que, a diferencia de los territorios político-administrativos conocidos, una linde podía ser toda una pampa, o un cerro, o tal vez un corral para el ganado, o una fuente de agua, porque la concepción andina de lindero no es tanto la de una línea fronteriza patente en el terreno como la de un espacio concreto, en función de lo cual los límites se constituyen en espacios de transición (Pease 1995: 124-126, 208-209).

Estrechamente ligado a esta diferencia de lógicas limitáneas, no debería olvidarse el hecho de que la división colonial española en provincias y corregimientos fue establecida al hilo de la conquista, a partir de los informes locales de otras jurisdicciones indígenas que a su vez eran resultado de otra conquista (la inca) relativamente reciente. Huelga entonces señalar que tales informes resultarían sesgados desde distintas perspectivas, aprovechando las poblaciones indígenas el nuevo orden colonial para transformar las jurisdicciones al uso, y al mismo tiempo ampliar y/o mejorar sus límites territoriales. He aquí el señalado por O. Harris (1997) como gran problema de los mapas etnohistóricos y de quienes intentan proyectarlos hacia época preincaica; a este respecto, como

²⁶ Para la aplicación de estos tres modelos a cuestiones de territorialidad e identidad en distintos sectores del altiplano andino, remito al lector a los trabajos de T. Bouysse-Cassagne (1987), J. Murra (1964, 1972, 1975), L. Núñez y T. Dillehay (1978), T. Saignes (1986) y F. Salomon (1985). Para su aplicación concreta a la Puna Salada véanse los estudios de J. Hidalgo (1984), P. Krapovickas (1978, 1983) y J. L. Martínez (1990, 1992, 1998, 2000).

bien señala F. Pease (1995: 134 nota 202), la etnohistoria y la antropología estarían aún necesitadas de microhistorias que congenien lo dicho en las crónicas con la experiencia sobre el terreno.

Volvamos al territorio de Lipes, y para ello recordemos la discusión planteada en el epígrafe anterior acerca de los orígenes del topónimo *Lipes*, que resolví apuntando que en origen designó más un paisaje (o conjunto de paisajes connotados desde las geografías física o humana) que un territorio político específico. Sin embargo, seguro que a estas alturas no ha pasado desapercibido el hecho de que las descripciones coloniales hablan de “*los lipes*”, refiriendo un territorio por alusión a sus habitantes. Como se ha dicho, por cuestiones de errónea delimitación ontológica, la Colonia tendió a conceder idéntico nombre propio a una provincia o territorio y a sus habitantes, entendiendo que todos ellos debían pertenecer a un mismo grupo étnico y poblarlo de manera singular, de lo que resultaron no pocos procesos de construcción regional y de etnogénesis, entre ellos el que aquí nos ocupa, el de Lipes y los lipes. Como consecuencia de ello, Garcilaso de la Vega comenta:

“[[Inca Yáhuar Huácac]], cobrando nuevo ánimo con el buen suceso de la jornada pasada [[de reducción del Cuntisuyu]], acordó hacer otra conquista a más honra y fama: que era reducir a su imperio unas grandes provincias que habían quedado por ganar en el Collasuyu, llamadas: Caranca, Ullaxa, Llipi, Chicha, Ampara, las cuales además de ser grandes estaban pobladas de mucha gente valiente y belicosa.” (Garcilaso de la Vega [1609, Libro IV, cap. XX] 1995: 240)

Entre tanto, y marcando esta diferencia, Bernabé Cobo señala:

“a los naturales de cada provincia, por corta y pequeña que fuese, tenían puestos [[los incas]] nombres propios que significaban a todos y solos los moradores della, por donde hallamos en el Perú tanta diversidad de nombres, que cada unos significa su nación distinta, como son Charcas,

Amparaes, Chichas, Carangas, Lipes, Quillacas, Pacages, Lupacas, Collas, Canas, Collaguas, Chumbivilcas, Cotabambas, Chocorbos y otros innumerables, cada uno de su provincia y nación.” (Cobo [1653, Libro XI, cap. II] 1964-II: 10).

En estos términos, y como vengo remarcando, definido el territorio de Lipes en relación con sus territorios vecinos, la única vía de puntualizar sus límites resultará de su superficie, su jurisdicción y su calificación administrativa. Sin embargo, estas tres variables irán sufriendo diversas modificaciones al hilo de la propia historia colonial (y republicana) de Lipes. Por este motivo, cortaré aquí esta discusión acerca de su evanescencia territorial, que retomaré más adelante (cap. V.B.2.), tras haber considerado una serie de elementos arqueológicos, antropológicos e históricos que ayudarán a entender mejor la construcción de la *región de Lipes*.

* * *

Partiendo de la geografía y el medioambiente del Altiplano de Lípez, he abordado en este capítulo II la aprehensión de sus espacios por parte de los españoles, desde lo cual he presentado la construcción regional de Lipes en términos de una *entelequia* de la que participan un paisaje de paisajes y unos territorios evanescentes.

Quedó puntualizado en las Consideraciones preliminares de esta investigación que construir una región implica interrelacionar los espacios naturales, la idiosincrasia de los grupos humanos que los habitan y sus actividades (fundamentalmente, económicas). Por este motivo, y dado que estos dos últimos aspectos constituyeron la base de las clasificaciones coloniales manejadas tanto por incas como por españoles, dedicaré los dos capítulos siguientes a los grupos humanos que habitaron en el Altiplano de Lípez durante

el Período Tardío y a la incorporación de los mismos al Tawantinsuyu. Partiendo de su registro arqueológico y las fuentes etnohistóricas, junto con algún aderezo proveniente de la tradición oral contemporánea, trataré de componer una paleogeografía humana, que posteriormente contrastaré con el punto clave de toda construcción regional: el establecimiento de una unidad geocultural que concentre formas de ordenamiento territorial y expresiones de identidad comunes. Resuelta esta cuestión estaré en disposición de discutir la lógica que, desde una oposición entre civilización y barbarie, guió tales clasificaciones coloniales.

III

Fronteras compartidas, sociedades aproximadas.

Suma arqueológica del Altiplano de López en el Período Tardío

Recordemos lo dicho en el capítulo anterior acerca de las semejanzas geográficas entre el Altiplano de López y la Puna de Atacama (*sensu stricto*), y de su localización como corredor natural entre el Altiplano Sur y la Puna de Jujuy y la Quebrada de Humahuaca, territorios todos ellos que quedan agrupados en el área geográfico-cultural de la Puna Salada. Sin embargo, a diferencia del conocimiento acumulado para los grupos humanos que habitaron en el Norte de Chile o en el Noroeste Argentino, y salvo referencias tangenciales generalmente relacionadas con el tráfico caravanero o el cambio cultural de las sociedades vecinas, lo cierto es que L pez despertó tardíamente el interés de la arqueología.

Las primeras noticias arqueológicas, relativas entonces a Nor L pez, fueron publicadas a principios del siglo XX por G. Courty (1907, 1910), miembro de la expedición francesa de Cr qui-Monfort y S n chal de la Grange al Altiplano Meridional en 1903-04, dejando constancia del descubrimiento de

torres chullpa¹ y del hallazgo de materiales líticos que fueron entonces considerados entre los más antiguos de Bolivia.

Casi mediando el siglo, J. Vignale y D. Ibarra-Grasso (1944) publicaron unos estudios preliminares sobre los dos yacimientos de Putus y Río Grande, también en Nor LÍpez, vinculados al Período Paleoindígena o Precerámico (10.000-8.000 a.C.). A esta misma etapa corresponderían los sitios registrados en las márgenes de las lagunas Colorada y Hedionda por L. Barfield (1961), miembro de la expedición de la Universidad de Cambridge a Atacama y al suroeste de Sur LÍpez en 1958; precisamente fue este autor quien, a partir de los fragmentos encontrados en cuatro de ellos, definió el tipo cerámico hoy conocido como Hedionda. En esta misma época G. Le Paige (1964) dio noticia de varios yacimientos explorados en Sur LÍpez, cuyos artefactos, igual que había hecho Barfield, relacionó con las culturas del Norte de Chile. Años más tarde, Ibarra-Grasso (1973: 130-135) intentó el reconocimiento de un nivel agroalfarero en LÍpez a partir de las pequeñas colecciones cerámicas albergadas en algunos museos, definiendo así la que llamó Cultura LÍpez Inciso.

Sin menoscabo de todos estos trabajos más o menos puntuales, lo cierto es que la plena incorporación de LÍpez a la arena de la arqueología boliviana se retrasó hasta 1977, cuando J. Arellano y E. Berberían realizaron un reconocimiento arqueológico sistemático del Altiplano de LÍpez que permitió trazar por primera vez una auténtica secuencia histórico-cultural para la región (Arellano y Berberían 1981; Berberían y Arellano 1980). Localizaron estos autores varios sitios acerámicos (Arellano 1984a, 1987; Berberían 1983; Berberían y Arellano 1978), y otros con cerámica similar a la Hedionda definida

¹ Sin redundar aquí en lo ya planteado en otros trabajos (Gil 2001a, 2002a), hablar de estructuras chullparias, torres chullpa o simplemente chullpas en arqueología hace referencia a monumentos funerarios de tipo torriorme, en piedra o adobe, erguidos sobre el altiplano centro-sur y surandino desde fines del período Tiwanaku (*ha.* 900/1000 d.C.), estrechamente ligados a los señoríos aymaras de los Desarrollos Regionales del Tardío, cuya construcción se mantuvo en época Inca y cuya reutilización sepulcral se dilató incluso hasta la Colonia temprana.

por Barfield (Berberían y Arellano 1980; Arellano 1998). Pero sin duda, su contribución más destacada fue la identificación de una unidad sociopolítica mayor que, por analogía con los señoríos aymaras del eje acuático surandino, denominaron Señorío Mallku (Arellano y Berberían 1981; Berberían y Arellano 1980; Nielsen y Berberían [en prensa]), y que viene siendo considerado como la manifestación cultural arquetípica del Período Tardío en Lípez².

Al hilo de la investigación arqueológica macro-regional y etnohistórica, en la arqueología de Lípez, y especialmente en lo tocante al Período Tardío, fue ganando progresivamente terreno la idea de considerar la región como frontera sociocultural y nodo de tráfico entre las vertientes oriental y occidental de los Andes Meridionales. En este sentido, al mismo tiempo que la división cultural entre Altiplano Centro-Sur, Altiplano Sur y Puna Salada cobraba cada vez más autonomía, Lípez iría adquiriendo progresivamente mayor relevancia en los análisis comparativos entre los grupos humanos de San Pedro de Atacama, Toconce y el río Loa en el Norte de Chile, y la Puna de Jujuy y la Quebrada de Humahuaca en el Noroeste Argentino. Éste sería el marco de referencia que tomasen como guía los trabajos de A. Nielsen desde la década de 1990, combinando el análisis arqueológico (Nielsen 1997a, 1997b, 1998, 2001a, 2001c, 2002a, 2004, 2006; Nielsen *et al.* 1999) y el estudio etnoarqueológico sobre pastoreo y tráfico caravanero en Sur Lípez (Nielsen 1996, 1997c, 1997-98, 2000, 2001b, 2002b). Aún a riesgo de esgrimir una afirmación tendenciosa, creo que sólo a través de los trabajos de este autor se ha empezado a vislumbrar un panorama general de la ocupación humana del Altiplano de Lípez durante el

² A fin de evitar confusiones con las cronologías establecidas para otras regiones del mundo andino, quisiera aclarar aquí que en lo sucesivo, adoptando la terminología al uso en los estudios arqueológicos sobre la Puna Salada, me referiré a Período Tardío considerando tanto los Desarrollos Regionales (en el altiplano aymara habitualmente adjetivados como post-Tiwanaku) como el Período Inca, abarcando así un lapso temporal comprendido entre *ca.* 900 d.C. y la aparición en la escena regional de los españoles, en el contexto de las conocidas como Guerras Civiles del Perú (1537-1554). En cualquier caso, particularizaré cada una de estas dos etapas cuando así lo requiera la explicación del registro arqueológico, dedicando además a las evidencias arqueológicas de la presencia inca en Lípez un epígrafe independiente dentro del capítulo IV.

Período Tardío. Complementariamente, y habida cuenta de su profundidad temporal y de la amplitud de su área de estudio, no puedo dejar de reconocer aquí la síntesis arqueológica realizada por J. Arellano (2000), compuesta fundamentalmente a partir de tipologías líticas y cerámicas y en la que, como mencioné con anterioridad (cap. I.A.), se advierten significativos desequilibrios cuantitativos en términos de volumen de yacimientos sectorizados por áreas, y cualitativos en lo tocante a las descripciones materiales presentadas.

Considerando este estado de la cuestión, mi intención en este capítulo no será tanto profundizar en la arqueología de la región de un modo detallado -para lo cual remito al lector interesado a los citados trabajos-, sino más bien intentar bosquejar una paleogeografía humana de Lípez para el Período Tardío. Si el interés general de esta investigación resulta el análisis de los mecanismos que llevaron a la creación de una región de Lipes y al proceso de etnogénesis de los lipes durante la etapa Inca y la Colonia de los siglos XVI-XVII, me parece lógico y necesario rastrear primeramente en el panorama cultural prehispánico aquellos elementos que van a estar marcando la visión del *otro* habitante de Lípez que se formaron sucesivamente incas y españoles. Para ello empezaré considerando el citado Señorío Mallku en el contexto de los señoríos aymaras (post-Tiwanaku) de los Desarrollos Regionales del Tardío, para ahondar seguidamente en las diferencias y similitudes entre las tres zonas ecológico-culturales discriminadas por A. Nielsen (especialmente 1998). Asimismo, a fin de poder establecer una discusión fluida entre arqueología, etnohistoria y etnografía, reservaré la descripción arqueológica de Lípez durante el Período Inca para el capítulo IV.

III.A.- ¿ECOS CENTRO-SURANDINOS EN LÍPEZ?

Como ya quedó apuntado, si existe una manifestación cultural arquetípica del Período Tardío en Lípez ésa es, sin lugar a dudas, el Señorío Mallku,

identificado por J. Arellano y E. Berberián (1981; Berberián y Arellano, 1980) a partir de la vinculación de alfarerías similares al tipo Hedionda de Barfield (1961) con manifestaciones de arte rupestre, inhumaciones en abrigos rocosos, torres chullpa, infraestructuras de cultivo y sitios fortificados. Considerando sus prácticas funerarias y su cerámica, estos autores lo definieron como un señorío post-Tiwanaku, hermanándolo así con los señoríos aymaras que florecieron en torno al eje acuático Titicaca-Desaguadero-Poopó durante el que para el Altiplano Centro-Sur se da en llamar Período de Desarrollos Regionales post-Tiwanaku (*ha.* 900/1000 d.C. - conquista inca). Sin embargo, recuerde el lector la caracterización hecha del Altiplano de Lípez como frontera sociocultural y a la vez como nodo de tráfico entre las vertientes oriental y occidental de los Andes Meridionales, teniendo presente asimismo la división cultural entre Altiplano Centro-Sur, Altiplano Sur y Puna Salada. En este sentido, el doble interrogante que necesariamente emana de la caracterización de Arellano y Berberián pasa por resolver 1) el nivel de relación entre el Señorío Mallku y los demás señoríos aymaras surandinos, y 2) el grado en que el escenario de Lípez se vio incluido en o afectado por esas que se han dado en llamar “migraciones aymaras” post-Tiwanaku.

Empezando por la segunda cuestión, los propios Berberián y Arellano (1980: 264) fueron los primeros en reconocer lo incorrecto de la definición de Mallku como un señorío post-Tiwanaku en sentido estricto, faltando en el registro arqueológico de Lípez elementos culturales diagnósticos que remitan indiscutiblemente a la cultura Tiwanaku, condición *sine qua non* para poder utilizar el prefijo post-. En cuanto a la relación de Mallku con los señoríos aymaras del eje acuático, volveré puntualmente sobre ello al considerar los tipos cerámicos característicos del señorío lipeño. Pero ahora, antes que nada, y a fin de poder entonces contextualizar dichos vínculos, trataré a continuación de organizar el rompecabezas étnico de la altiplanicie centro-surandina para el Período Tardío. En ningún momento será mi intención componer una suma

arqueológica ni etnohistórica de los distintos señoríos, ni determinar particularmente su lengua, sus características sociopolíticas, sus infraestructuras económicas, ni tampoco sus patrones de organización territorial, pues sobre ello ya existe ingente bibliografía especializada. Más bien, considerando procesos, pretendo componer un contexto macro-regional desde el cual poder atender a lo ocurrido en Lípez durante el Período Tardío.

III.A.1.- Señoríos aymaras. Organizando un rompecabezas étnico al sur del Titicaca.

La secuencia histórico-cultural de la América Andina prehispánica viene marcada por diferentes horizontes de integración panandina a los que suceden períodos intermedios de desarrollos locales o regionales. En el caso centro-surandino de los siglos VI a IX-X d.C., dicha integración estuvo organizada en torno a Tiwanaku, en el extremo sureste del Titicaca. Imperio político para algunos, emporio económico para otros, el caso es que “lo tiwanakota” se expandió por el Altiplano Sur boliviano, el Norte de Chile y el Noroeste Argentino a través de la ideología religiosa y el control político a pequeña escala, fundamentado especialmente en la difusión de elementos de estatus para las elites por vía del intercambio y la redistribución (Browman 1984: 241).

No entraré aquí en el estudio ni de la cultura Tiwanaku ni del proceso de macro-integración centro-surandina por ella liderado³; me fijaré más bien en aquellas unidades sociopolíticas que despuntaron tras su declive en torno al siglo X d.C., los conocidos en arqueología y etnohistoria como *señoríos* o *reinos*

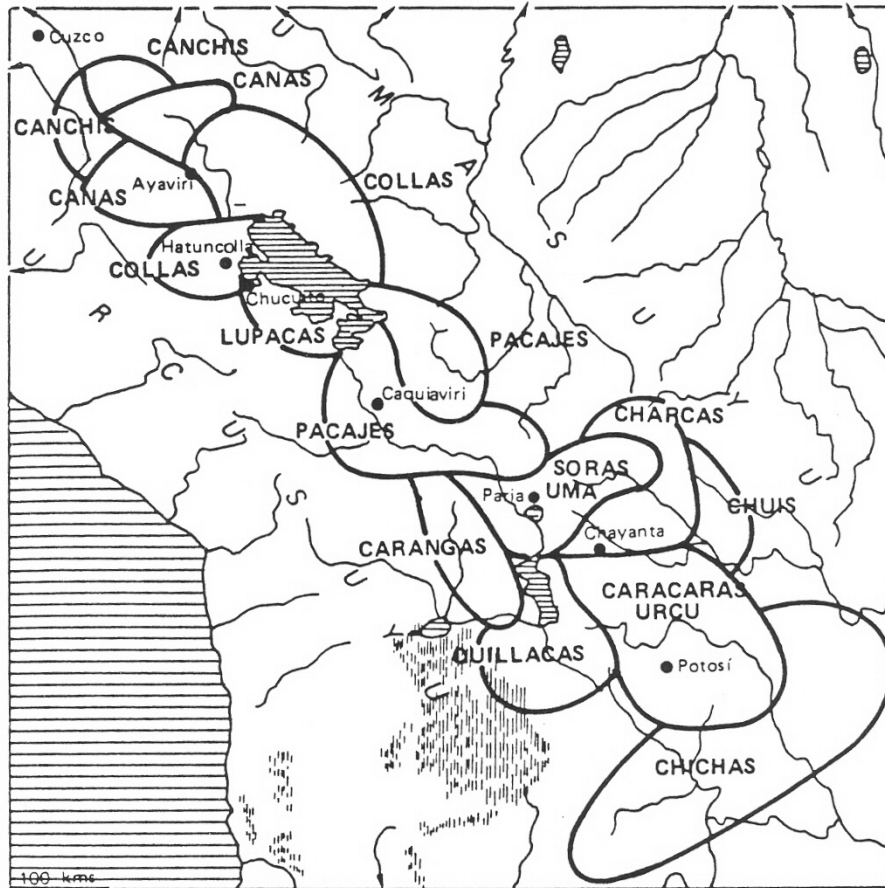
³ Después de haber atraído a Cronistas de Indias y viajeros románticos, las ruinas de Tiwanaku despertaron el interés de la arqueología desde primeros años del siglo XX. De entre la extensísima bibliografía existente, la ya clásica síntesis de C. Ponce (1972) constituye un interesante punto de partida para el lector interesado, que encontrará en los recientes trabajos de Ch. Stanish (2002, 2003: 165-203) una visión más actualizada. En la miscelánea compilada por A. Kolata (1996) se reúnen diversas contribuciones (etno)arqueológicas y paleoambientales que vuelcan los resultados de las últimas investigaciones en Tiwanaku y su *hinterland*. Por su parte, D. Browman (1980, 1981), E. Mújica (1996) y L. Núñez (1999: 322-330) profundizan sobre ese horizonte de integración macro-regional, prestando especial atención a las redes de intercambio y (re)distribución y al calado de lo tiwanakota en las sociedades locales.

aymaras (Mapa III-1). Remitiendo al lector interesado en su relación detallada a los numerosos trabajos monográficos publicados al respecto⁴, mi interés aquí se centrará más bien en los procesos culturales implicados en el origen de estas formaciones étnico-políticas, aquellos que, en última instancia, componen el telón de fondo de esa mencionada diferenciación entre Altiplano Centro-Sur, Altiplano Sur y Puna Salada. A este respecto, consideraré especialmente la arqueolingüística y los patrones de ordenamiento territorial.

Antes de proseguir, y como nota aclaratoria, haré hincapié en el hecho de que los mapas etnohistóricos al uso para este período han sido elaborados a partir de las descripciones coloniales, que a su vez no estaban sino anotando un panorama étnico previamente reorganizado durante el Período Inca. De esta manera, es más que probable que aquellas unidades político-territoriales que se vienen llamando “señoríos aymaras” se correspondieran más bien con provincias del Tawantinsuyu establecidas a partir de la penetración inca en el Collao (Collasuyo) -iniciada con Pachacutec Inca Yupanqui en torno a 1471, y consolidada por su sucesor Tupac Inca Yupanqui (1471-1493)-, y de la cual derivaron políticas de desplazamiento de pueblos y procesos de etnogénesis imperial⁵.

⁴ Una documentada visión de conjunto de los diferentes *señoríos* en los siglos XII-XVI se encuentra en los trabajos de J. Hidalgo (1982), L. G. Lumbreras (1974, 1999), J. Murra (1988, 1990) y H. Tschopik (1963). Así mismo, resultan claves para componer la secuencia arqueológica de la región lacustre en el Período Tardío los estudios de C. Ponce (1957) y M. Tschopik (1946), completados posteriormente por L. G. Lumbreras y H. Amat (1968) para la vertiente occidental del Titicaca. Una perspectiva general bastante completa de los procesos culturales desarrollados en los Andes Meridionales se encuentra en E. Berberián y R. Raffino (1991, cap. 6 para el período que nos ocupa). Por su parte, T. Bouysse-Cassange (1987) analiza la cuestión de la identidad aymara durante los primeros tiempos de la Colonia a partir del panorama cultural de las entidades étnico-políticas prehispánicas.

⁵ A este respecto me parece interesante apuntar el trabajo de O. Harris (1997) sobre los mapas etnohistóricos en los Andes bolivianos, en el que la autora reflexiona acerca del valor metodológico de la cartografía histórica para el estudio de los territorios multiétnicos andinos y su lógica espacial.



Mapa III-1: Señoríos aymaras en el altiplano centro-surandino. Reconstrucción aproximada de T. Bouysse-Cassagne (1987: 221) sobre la base de la lista de los mitayos dada por Luis Capoche en su *Relación de la Villa Imperial de Potosí* [1585].

Volviendo al tema que nos ocupa, el consenso parece establecer el origen de los distintos señoríos aymaras en la atomización derivada del declive de Tiwanaku en torno a 900-1000 d.C. Ahora bien, el problema que aquí se plantea no es otro que una vieja constante en la Historia Antigua Universal: ¿se trata de unidades sociopolíticas preexistentes que despuntan con el ocaso de un imperio/emporio, o son el resultado de la irrupción en escena de pueblos foráneos? En esta disyuntiva, el origen de los señoríos aymaras se ha visto tradicionalmente ligado a la hipótesis de migraciones de pueblos aymaras que habrían avanzado violentamente desde Copiapó, en Chile, hacia Potosí, y de ahí al lago Poopó para, cruzado el territorio de Carangas, alcanzar finalmente Chucuito, en el borde noroccidental del Titicaca (Bouysse-Cassagne, 1987;

Gisbert 1987)⁶. En contraposición a esta hipótesis, D. L. Browman (1984: 236) propuso que las gentes aymaras, o por lo menos la lengua aymara, ya fue introducida en el Altiplano Sur y la Costa del Norte de Chile durante la Fase Tiwanaku V (750-900 d.C.) a partir de los asentos de mitmaqunas⁷, situando en el tráfico caravanero el motor introductor de dialectos aymaras en el altiplano boliviano, Atacama y Noroeste Argentino. Desde esta perspectiva, su establecimiento habría favorecido las relaciones altiplano-costa y la integración económica centro-surandina durante el Horizonte Tiwanaku y en el Período Tardío.

Considerando todas las alterativas posibles, el propio Browman (1994) articula entonces un estudio arqueolingüístico de la cuenca del Titicaca durante el Período Tardío en función de cuatro hipótesis:

1. que el aymara fuera introducido en el Altiplano Centro-Sur por gentes provenientes del norte, seguramente de la cuenca del Montoro, en Perú central, en torno al año 1200 d.C.
2. que fuera introducido desde el sur a través del Norte de Chile.
3. que el aymara se hablase en el altiplano ya incluso antes del surgimiento de Tiwanaku.
4. que el Horizonte Tiwanaku respondiera a un modelo multilingüístico que usase el quechua para la burocracia y la administración, el aymara para las

⁶ Para estos momentos se registran también otros movimientos de pueblos en los Andes. En Perú, pastores y agricultores de altura se estarían desplazando hacia cotas más bajas como consecuencia de cambios climáticos (Cardich 1975; Duviols 1973), dando lugar a un período convulso en el que Pedro Cieza de León ([1553a, cap. C] 1984: 355-358, [¿1550-54?, cap. XLI] 1985: 130-132) sitúa el origen de la presencia aymara en el Collao. Una situación análoga se produciría en el Gran Norte chileno y en el Noroeste Argentino, donde se registra un incremento notable de las presiones foráneas, que para el caso argentino resultan procedentes de grupos de filiación Chicha (Hidalgo 1982: 223).

⁷ *Mitmaqunas* o *mitimaes* (del quechua *mitmaq*: esparcir): en el contexto de la *pax incaica* y de los reordenamientos demográfico-territoriales llevados a cabo por la Administración inca, comunidades enteras o grupos de familias extraídas de sus lugares de origen y trasladadas de pueblos leales a conquistados o viceversa, para cumplir funciones económicas, sociales, culturales y políticas.

transacciones económicas⁸, el puquina como lengua estatal y el uru como lengua de las clases sociales más bajas.

Por su parte, el panorama compuesto por el lingüista A. Torero (1970) arranca de la consideración de que en la cuenca del Titicaca se habló originariamente puquina, y que durante la segunda mitad del siglo IX se introdujeron el quechua desde la Costa Central de Perú y el aymara desde el área Wari, en el Altiplano Central peruano. De este modo, este autor divide el altiplano andino en tres áreas lingüísticas: aymara al norte, entre Cuzco y Wari, puquina al norte del Titicaca, asociado a la antigua cultura Pucara (300 a.C. - 200 d.C.), y uruquilla al sur, lengua que fue desplazada progresivamente, primero por el puquina (*ha.* 200 a.C.) y posteriormente por el aymara (*ha.* 1100-1200 d.C.) (Torero 1990, 1992). A pesar de esta sectorización, Torero (1984: 370) presenta el aymara como lengua de integración económica centro-surandina, afirmando M. Hardman (1985: 626) a este mismo respecto que a pesar de que Tiwanaku fuera puquina hablante, su expansión iría acompañada del aymara. Y por este posible empleo del aymara como lengua franca, ha sido por lo que la arqueología ha venido considerando Tiwanaku como una cultura aymara en sí misma, algo por lo que apuestan J. Albarracín-Jordán y J. Mathews (1990), quienes, tras el reconocimiento exhaustivo de más de un millar de sitios en el *hinterland* tiwanakota, han definido una secuencia cerámica ininterrumpida desde el Horizonte Tiwanaku hasta época Inca, con presencia de “lo aymara” durante todo el período. Precisamente esta evidencia motivó a T. Bouysse-Cassagne (1992) a abandonar la hipótesis de las migraciones, ya que si los estilos cerámicos resultan idénticos antes y después de la supuesta llegada de gentes foráneas, o bien es porque no se produjeron cambios en el elemento humano, o bien porque quienes

⁸ A este respecto me parece significativo el hecho de que, dentro del panorama de bilingüismo contextualizado español-quechua que impera actualmente en LÍpez, quienes hablan o entienden aymara con cierta fluidez son precisamente aquellos individuos de edad que se ocuparon en el tráfico caravanero, así como quienes trabajaron en las explotaciones mineras del Norte de Chile.

ya estaban allí y quienes llegaron pertenecían al mismo grupo étnico o al mismo tronco lingüístico.

No cabe duda de que la reconstrucción arqueolingüística del altiplano surandino resulta de una complejidad tal que rebasa los límites impuestos a este trabajo, por lo que no llevaré más allá de este punto la cuestión de la introducción del aymara en el contexto cultural del Horizonte Tiwanaku y el debate sobre las posibles migraciones aymaras como motor de cambio en los Andes Centro-Sur, remitiendo al lector interesado a la bibliografía citada. Irrupción de pueblos foráneos o dinámica de origen autóctono, sea como fuere, lo cierto es que durante el subsiguiente Período de Desarrollos Regionales del Tardío se observan notables transformaciones que apuntan a un cambio cultural. Desde el punto de vista económico y urbanístico, estas transformaciones quedan definidas por tres factores esenciales:

- consolidación de espacios territoriales y poblaciones urbanizadas sobre cerros y mesetas, que en algunos casos, y gracias a una explotación de recursos más que satisfactoria, albergarán la mayor densidad demográfica de toda el área andina para estos momentos.
- en materia agrícola, regadío artificial con aguas canalizadas de deshielo y de manantial, aterrazado de faldas y piedemontes, y aumento del número de tubérculos, leguminosas y cereales adaptados a diferentes condiciones ambientales.
- en la puna alta, ganadería de llama y alpaca, así como explotaciones agrícolas en los fondos de oasis fértiles, incentivándose la recogida de sal, elemento mineral muy requerido desde la época Tiwanaku.

Considerando estos factores, E. Berberian y R. Raffino (1991: 134-136) caracterizan este período histórico-cultural a partir de un “éxito reproductivo en la estrategia adaptativa”, que desde el registro arqueológico quedaría definido por los siguientes aspectos:

1. proliferación del número de sitios arqueológicos en relación al período anterior.
2. mayor tamaño y especialización urbana dentro de las áreas de instalación.
3. “colonización” y poblamiento de regiones que hasta el momento permanecían libres de ocupación.
4. captación de nuevos espacios para la arquitectura en piedra y adobe, erigida en sectores de montaña, práctica que requiere de un notable esfuerzo de trabajo comunal y de una mayor aplicación de tecnología.

Desde aquí, el (re)ordenamiento de las agrupaciones étnicas y los espacios económicos, propio de estos Desarrollos Regionales aymaras, habría conducido a la competencia entre los distintos señores por el control de los recursos y los espacios políticos, todo lo cual va a quedar reflejado en los registros arqueológico y documental. Así, el rasgo fundamental por el que fundamentalmente se reconoce a este período es por el incremento de la tensión bélica, que desde la óptica de los patrones de asentamiento resulta patente en la proliferación de núcleos habitacionales fortificados en lo alto de mesetas o colinas escarpadas: los *pukaras* (en quechua y aymara, fortaleza, castillo, plaza fuerte)⁹ (Fig. III-1). Guaman Poma de Ayala dio a todo este período el nombre de “*Auca Runa*”, la Edad de los soldados, de los hombres fuertes, de los

⁹ Con relación a los pukaras, habría tal vez que diferenciar entre lo que son fortalezas entendidas como emplazamientos con funciones estrictamente militares, correspondientes al Período Inca, de aquellos otros asentamientos residenciales con propiedades defensivas y protegidos por murallas, característicos de todo el Período Tardío. A pesar de esta distinción, lo habitual es utilizar el término indistintamente para ambos tipos, una ambigüedad a la que viene a sumarse la discusión existente acerca de su funcionalidad: ¿asentamientos permanentes fortificados, refugios eventuales fortificados, residencias de elite fortificadas o fortalezas puramente militares? Para una discusión detallada al respecto, remito al lector al trabajo de J. Topic y T. Topic (1997).

En cualquier caso, la ubicación de los pukaras responde unánimemente a un patrón de asientos ubicados en lugares elevados y con dominio visual del entorno, una ventaja natural reforzada arquitectónicamente con dificultades de acceso tales como murallas en zigzag provistas de “troneras”, plataformas y parapetos, ingresos restringidos y controlados, y trazados internos concebidos para facilitar la protección de sus habitantes en caso de que el enemigo lograra superar las defensas anteriores (v.gr. Nielsen 2002a para el caso concreto de Lípez).

enemigos, en la que imperaban la crueldad, la traición y la guerra (Poma de Ayala [1615a, f. 63 y ss] 1987: 58 y ss), presentándola en los siguientes términos:

“Se poblauan los yndios en serros y altos por ser ellos muy fuertes y brabos, que todo su trauajo era guerrear y uensearse unos con otros y quitarse todo quanto tienen en aquel tiempo.” (Poma de Ayala [1615a, f. 66] 1987: 62).

“Estos dichos indios [[los auca runas]] se sallieron y se despoblaron de los dichos buenos citios de temor de la guerra y alzamiento y contradición que tenían entre ellos.

>> De sus pueblos de tierra baja se fueron a poblarse en altos y serros y peñas y por defenderse y comensaron a hazer fortalezas que ellos llaman pucara. Edificaron las paredes y zerco y dentro de ellas casas y fortalezas y escondedixos y pozos para sacar agua da donde beuían.

>>Y comensaron a rreñir y batalla y mucha guerra y mortanza con su señor y rrey, brabos capitanes y ballentes y animosos hombres [...]]

>> Y se quitaban a sus mugeres y hijos y se quitauan sus semejantes y chacaras y asecyas de agua y pastos. Y fueron muy crueles que se rrobaron sus haziendas, rropa, plata, oro, cobre, hasta lleuaron las piedras de moler que ellos llaman maray, tonay, muchoca, callota, y belicosos yndios y traidores.” (Poma de Ayala [1615a, f. 64] 1987: 58-60).

Otros autores coloniales también compusieron esta misma imagen de un pasado preincaico en perpetuo pie de guerra. Así, Pedro Cieza de León escribió:

“Había antiguamente gran desorden en todas las provincias deste reino que nosotros llamamos Perú, y que los naturales eran de tan poca razón y entendimiento que es de no creer; porque nos dicen que eran muy bestiales [...]]. Sin esto, por los cerros y collados altos tenían sus castillos y fortalezas, desde donde, por causas muy livianas, salían a

darse guerra unos a otros, y se mataban y captivaban todos los más que podían.” (Cieza [1553a, cap. XXXVIII] 1984:181-182)¹⁰.

Un siglo más tarde, Bernabé Cobo ofreció una descripción muy similar al señalar:

“Hacíanse continúa guerra unos pueblos a otros por causas muy livianas, cautivándose y matándose con extraordinaria crueldad. Las ocasiones más frecuentes de sus contiendas eran quitarse unos a otros el agua y campo” (Cobo [1653, Libro XII, cap. I] 1964-II: 58).

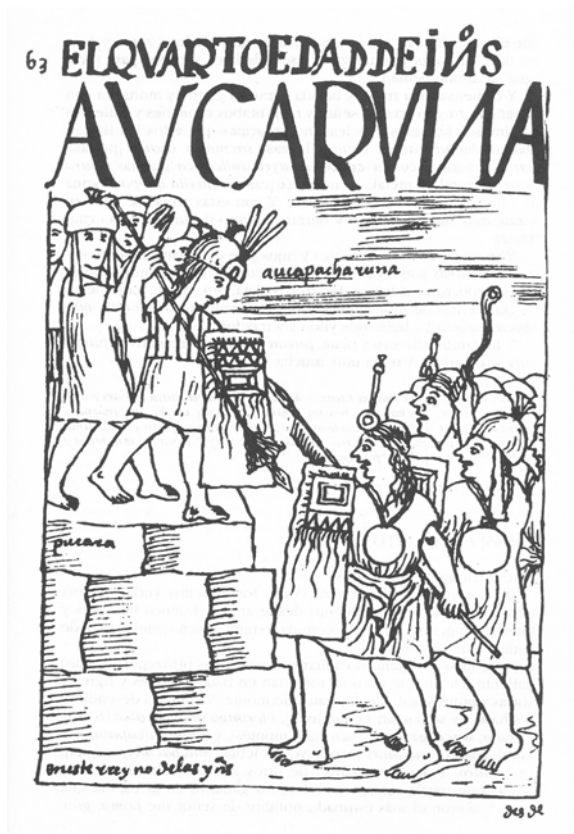


Fig. III-1: *Edad de Auca Runa*. Representación del asalto a un pukara según grabado de Guaman Poma ([1615, f. 63] 1987: 59).

¹⁰ Adviértase que Cieza, igual que a la mayoría de cronistas, está reproduciendo en este fragmento noticias que, por ser recibidas de sus informantes incas, debieran considerarse en tanto que el producto de un afán manipulador de la Historia por parte de un pueblo conquistador-dominante que se presenta así mismo como civilizador. Volveré sobre esta cuestión más adelante al analizar la salvajización de Lépiz por parte de los incas y sus repercusiones en la tradición oral (caps. IV.B. y IV.C.).

En resumidas cuentas, puede decirse que tanto el aumento demográfico (manifiesto en esa concentración de población) como el alto grado de intensificación económica (del que deriva un incremento substancial del área de captación de recursos de los asentamientos, fundamentalmente en zonas de producción diversificadas), condujeron a una situación de inestabilidad política intergrupala definida por un clima de “guerra total”¹¹. En este contexto, las murallas de los pukaras, más allá de su obvio servicio defensivo, e independientemente de la funcionalidad específica del asentamiento, estarían proyectando sobre el potencial enemigo un capital simbólico tendente a publicitar tanto el poderío político, económico y militar del emplazamiento como la capacidad de convocatoria de sus dirigentes, y a la vez a disuadir a los contrarios de sus intenciones de ataque (Keeley 1996: 55-58).

Desde esta óptica interpreta A. Torero (1987: 403-404) los pukaras del Altiplano Sur, como consecuencia directa de esas supuestas migraciones aymaras antes referidas. Para él, no serían obra de un pueblo extranjero invasor, como había apuntado J. Hyslop (1977a, 1977b), sino de las poblaciones locales en su intento por protegerse de éste y evitar su acceso a las rutas hacia los valles y la costa; de ahí su ubicación en los pasos de caravanas y/o en los enclaves especialmente ricos en recursos. Si para el período anterior la ausencia de fortalezas podrían entonces entenderse en el marco de una *pax tiwanakota* que articulaba las redes de intercambio económico y cultural con epicentro en el Collao, su proliferación a partir de la descomposición de Tiwanaku respondería a la necesidad de reorganizar ese flujo multidireccional de productos.

¹¹ Siguiendo el criterio de L. Keeley (1996) y de J. Guilaine y J. Zammit (2002), consideraré aquí la *guerra* en el sentido amplio de “guerra total”. Así, quedan incluidas bajo un mismo signo manifestaciones de violencia tan diversas como son las razzias, el pillaje, el choque de dos ejércitos en un campo de batalla, las guerras de conquista/expansión territorial, los duelos entre paladines, el rapto de mujeres, la imposición de tributos por la fuerza, las incursiones en busca de cautivos, las venganzas de honor, las represalias. Por otra parte, ni que decir tiene que todos estos conflictos pueden ser a la vez intra e interétnicos, y que su valoración moral y justificación ética varía enormemente de una sociedad/cultura a otra.

Con todo ello, los procesos de transformación sociopolítica operantes durante estos Desarrollos Regionales del Tardío llevarían aparejados cambios en la explotación de los paisajes económicos y la construcción de los paisajes sociales, en y desde los cuales se proyectan las relaciones (de poder) interétnicas. En términos económico-territoriales, a la descomposición de Tiwanaku sobrevendría el momento de restaurar los circuitos de tráfico caravanero y de (re)organizar o (re)establecer las colonias distantes establecidas para el aprovechamiento integral de recursos naturales, a lo cual se añadiría el mencionado aumento demográfico y la consecuente necesidad de multiplicar espacios. A este respecto se han venido formulando diferentes modelos de territorialidad sobre la base de la integración económica y étnica, tanto de corte vertical como horizontal.

Sin detenerme a comentar en detalle cada uno de ellos, apuntaré que el más popularizado ha sido, sin duda alguna, el de los “archipiélagos verticales” de J. Murra (1964, 1972, 1975), según el cual los distintos señoríos, para un aprovechamiento directo del mayor abanico posible de recursos, establecerían colonias de población (permanentes o estacionales) en diferentes pisos o nichos ecológicos ubicados teóricamente dentro de los territorios de otros señoríos, de tal manera que el espacio andino quedaría estructurado a partir de islas de población rodeadas por un mar multiétnico de fronteras permeables. Consecuencia de ello resultaría una organización sociopolítica segmentaria y una territorialidad discontinua, quedando definida la pertenencia por la filiación étnica y el parentesco (Harris 1978).

Paralelamente a este modelo vertical, L. Núñez y T. Dillehay (1978: 94-129) definen para el Altiplano Sur y la Puna Salada un modelo horizontal denominado de “movilidad giratoria”, y que se fundamenta sobre la base del tráfico caravanero (Núñez 1996). Según estos autores, la integración económica de los diferentes grupos humanos vendría definida a través de rutas de

intercambio (económico y cultural) que irían completando circuitos gracias a los cuales se cubrirían los distintos pisos o nichos ecológicos, con lo cual quedaría también reforzada la armonía sociopolítica. En esta misma línea se situarían el modelo de “bloques geo-étnicos” desarrollado por T. Saignes (1986) para los Andes bolivianos, y el de “interdigitación étnica” planteado por F. Salomon (1985) para Ecuador y por J. Hidalgo (1984) y J. L. Martínez para la Puna Salada (1990, 1992, 1998, 2000).

En cualquier caso, ni los archipiélagos verticales restan importancia a las caravanas de llamas (v.gr. para el caso lupaca, Flores 1973; Murra 1968; Pease 1973), ni la movilidad giratoria ignora la complementariedad vertical, concediendo ambos modelos especial importancia a la potencialidad demográfica y a las relaciones de parentesco (especialmente parentesco por afinidad), pieza clave de la interdigitación étnica. En este sentido, se podría hablar de señoríos aymaras tratando de mantener una suerte de *statu quo* que 1) favoreciera la reciprocidad y la redistribución, y 2) permitiera estrechar lazos de solidaridad entre comunidades alejadas de su centro de origen y necesitadas de recursos y/o protección. Sin embargo, son de suponer ciertas dificultades en el mantenimiento de un orden (supra)regional dentro de este marco de integración posterior a la descomposición de la superestructura sociopolítica y económica que significara Tiwanaku. En consecuencia, el binomio de interdigitación étnica más complementariedad ecológica quedaría forzosamente enmarcado en un clima de hostilidad latente y enfrentamientos recurrentes como los descritos anteriormente por los autores coloniales. Ahora bien, ¿es realmente posible sostener un estado de guerra total y a la vez llevar a la práctica cualquiera de los dos modelos económicos planteados? Evidentemente, parece que, sin unas estrategias político-territoriales basadas en la alianza, no; so pena de que ese clima de guerra total descrito por los cronistas resultara una exageración proveniente de una mala lectura (sesgada ideológicamente) del concepto de violencia en el mundo andino.

Qué duda cabe de que el papel de la *guerra* como vía de escape a las tensiones interétnicas de naturaleza política y/o económica resulta innegable en este contexto de profundos cambios generales que caracteriza al Período Tardío¹². Sin embargo, no olvidemos que en la guerra tan importante es el ejercicio de la violencia como una predisposición a empuñar las armas sobradamente conocida por todos los implicados, y a partir de la cual se tiende a garantizar el orden; “*si vis pacem, para bellum*”, que dijeran ya los clásicos (v.gr. la Guerra Fría, que marcó las relaciones internacionales de la segunda mitad del siglo XX). Desde esta perspectiva, el modelo de relaciones de poder supra-regional resultante quedará sustentado sobre los conceptos de “dominación simbólica” y “violencia simbólica”, basado en un conocimiento y reconocimiento del *enemigo*, y caracterizado por un clima de constante “lucha simbólica” en términos bourdieanos, esto es, 1) manipulación de las representaciones propias y, especialmente, de la posición de los agentes sociales, y 2) actuación por reordenar las categorías de percepción dentro del espacio social (Bourdieu 1996: 131, 138, 1999: 108, 169 y ss, 197). En este sentido, y sin perder de vista la segmentación de los modelos de integración sociopolítica y económico-territorial pluriétnicos, cabe resolver que la guerra jugó un papel predominante en la (re)organización del Altiplano Sur post-Tiwanaku.

Ya mencioné anteriormente la violencia simbólica que se proyecta desde la arquitectura de los pukaras, expresión a su vez del poder de concentración de *capitales* (*sensu* Bourdieu) y de recursos de unas elites que en estos momentos han de luchar por mantener y extender su poder, constituyéndose así en claro marcador para el análisis de los manejos del espacio y los modelos de

¹² A pesar de la relevancia que la guerra alcanzó durante el Período Tardío, no deja de resultar significativa la ausencia de trabajos monográficos al respecto. Una discusión sobre la guerra en el mundo andino a partir del concepto polisémico de *tinku* puede encontrarse en el trabajo de J. Topic y T. Topic (1997), mientras que B. R. Cerpa (2001) aborda la expansión incaica desde la óptica de la estrategia militar de la guerra de conquista. Personalmente, he dedicado otras páginas al análisis de la tensión interétnica del Período Tardío en el Altiplano de Lípez y a su conquista por parte de los incas desde una perspectiva cruzada entre el registro arqueológico y la tradición oral de las actuales comunidades (Gil 2005a).

territorialidad andinos a partir de los estudios del paisaje. Pero a mi entender hay otra manifestación arquitectónica, igual de definitoria de este Período de Desarrollos Regionales, que juega también un papel destacado en la apropiación de espacios y en esas estrategias de dominación simbólica y lucha simbólica: los monumentos funerarios, y más especialmente, las estructuras chullparias.

Como en el caso de cualquier otra expresión de monumento funerario antiguo ligado a contextos de cambio generalizado (Gil 2003b), la interpretación del fenómeno chullpario obliga a considerar dimensiones de análisis que conectan los campos de lo ideológico, lo político y lo espacial (Gil 2001b, 2002a). Así, durante años -y fundamentalmente a partir de las monumentales chullpas emplazadas a orillas del Titicaca- el paradigma dominante consideró estas torres funerarias como enterramientos de elite. A partir de aquí, diferentes autores se centraron en la composición de tipologías de base geográfica y/o cronológica que permitieran una variable de análisis al estudio de las relaciones entre los señoríos aymaras y el Tawantinsuyu. Sin embargo, desde otras perspectivas se han considerado las chullpas como expresión del *ethos* de la comunidad a partir de la ideología del culto a los antepasados. Y también se han diseñado análisis regionales para relacionarlas con su entorno paisajístico, y en especial con las grandes cumbres andinas. Enfrentando las dos primeras propuestas, atendiendo a las diferentes tipologías y discutiendo en profundidad las orientaciones del análisis chullpario, personalmente creo que sólo las torres chullpas más tardías, de grandes dimensiones y aisladas en el paisaje, deberían enfocarse desde el culto a los monumentos en tanto que “tumbas reales”. Entretanto, la mucho más frecuente concentración de chullpas en torno a asentamientos, campos de cultivo o corrales para el ganado sirve más bien, desde la idea de los “ayllus de sepulcros abiertos” de W. H. Isbell (1997), al culto a los antepasados, en tanto que en estos monumentos se concentraría el *ethos* comunitario (Gil 2001b). Combinando entonces culto a los antepasados (Gil

2002b) y *ethos* comunitario he definido en otro lugar los acontecimientos y regularidades implicados en la construcción de paisajes chullparios (Gil 2002a).

Resumiendo esta descripción somera de los procesos globales que marcan el Período de Desarrollos Regionales (post-Tiwanaku), podrían caracterizarse los señoríos aymaras a partir de tres rasgos culturales compartidos: la cerámica bicolor de diseños oscuros sobre fondo más claro, los pukaras y las estructuras chullparias. A continuación trataré de rastrear la presencia de estos tres rasgos culturales compartidos en la descripción cultural del Señorío Mallku.

III.A.2.- El Señorío Mallku¹³.

Como indiqué anteriormente, aún siendo conscientes de que la denominación pudiera resultar incorrecta en comparación con los señoríos aymaras del eje acuático, J. Arellano y E. Berberían (1981: 53) acuñaron la nomenclatura de *Señorío Mallku* 1) en base a que éste resultó ser el yacimiento que más datos aportó a su investigación, 2) para singularizar así dentro del Altiplano de Lípez una unidad sociocultural concreta que, a pesar de que su dispersión territorial total resultaba todavía imprecisa, en ningún caso abarcaba todo el área geográfica de éste, y 3) para no confundirlo con la “Cultura Lípez Inciso” con la que D. Ibarra-Grasso (1973: 130-135) se había referido a un nivel agroalfarero del que sólo definió algunas características cerámicas.

De acuerdo con esa división ecológico-cultural del Altiplano de Lípez en puna alta, intermedia y baja redelineadas por A. Nielsen (especialmente 1998) en tres zonas Norte, Sureste y Suroeste (cap. II.A., Mapa II-5), el Señorío Mallku se asienta en la banda oeste de la Zona Norte, en el área cordillerana por encima de 4.500 m.s.n.m. J. Arellano y E. Berberían (1981; Berberían y Arellano, 1980)

¹³ Compongo esta síntesis del Señorío Mallku a partir de los trabajos de J. Arellano (2000: 167-220), J. Arellano y E. Berberían (1981), E. Berberían y J. Arellano (1980), E. Berberían y R. Raffino (1991: 141-146) y A. Nielsen y E. Berberían ([en prensa]), citando de manera específica únicamente aquellos aspectos que me parecen de mayor relevancia.

fijaron su área nuclear entre los 22° de latitud S y los 67° de longitud W, definiéndola a partir de los sitios de Mallku, Mallku Abajo, Quebrada Mulatos, Quetena, Puka Pukara y Zoniquera (o Soniquera). Años más tarde, y básicamente sobre la base del registro cerámico y la presencia de abrigos con pinturas rupestres, J. Arellano (2000) ampliaría los límites de esta área nuclear siguiendo la Serranía de San Cristóbal y las cuencas de los ríos Quetena y Grande de Lípez, abarcando también los valles subsidiarios de la cabecera del río Alota, y sugiriendo su introducción en el Noroeste Argentino.

En función de una analogía entre los patrones de poblamiento arqueológicos y actuales, Berberían y Arellano (1980: 265; Arellano y Berberían 1981: 52) resolvieron que, para cuando el Señorío Mallku hubiera alcanzado su pleno desarrollo, las condiciones medioambientales de Lípez ya habrían experimentado un cambio desfavorable respecto de períodos anteriores, mientras que éstas apenas han variado desde entonces al presente. Mientras que los sitios de cazadores-recolectores del Período Formativo¹⁴ se localizan en terrazas antiguas hoy muy erosionadas -indicando así un retroceso de los niveles de agua de ríos y lagunas-, existe una estrecha asociación entre los asentamientos mallku, los actuales cursos de agua y las poblaciones contemporáneas; en función de esta correspondencia, los citados autores fijan la actividad agrícola como base de la economía mallku, algo que atestiguan los numerosos cuadros de cultivo (chacras y chacras con estructuras de habitación) delimitadas por pircas de piedra rectangulares (Mallku) o ligeramente ovaladas (Mallku Abajo y ladera baja de Puka Pukara).

Estos cuadros de cultivo, que aprovechan los microclimas de pequeños valles relativamente apartados al resguardo del viento y protegidos por los cerros,

¹⁴ En contraste con las cronologías habituales para otras áreas del altiplano andino, el Período Formativo comprende para el caso particular del Altiplano de Lípez -y en general para toda la Puna Salada- un lapso temporal de casi dos milenios, comprendidos aproximadamente entre los años 1000a.C. y 900 d.C.

constituyen en muchas ocasiones la base del patrón de asentamiento, ya sea vinculados a conjuntos de tres o cuatro estructuras de habitación, uno a continuación del otro, o albergando estructuras aisladas en alguna de sus esquinas. En cualquier caso, estas unidades suponen construcciones simples, con techos de falsa bóveda con grandes lajas de piedra, y una altura media de 2 m., con ventanas rectangulares resultantes de la unión de cuatro lajas que conforman el marco, sin que se haya detectado norma alguna de orientación. Ocasionalmente aparecen enterramientos asociados a estas estructuras, aunque lo común es la existencia de necrópolis de tipo chullpario, alguna de ellas fortificada, como es el caso del sitio Mallku Corrales, convertida eventualmente en poblado, y donde aparecieron acumulaciones de proyectiles de honda presumiblemente preparados para la defensa del sitio.

Para el cultivo se utilizaron palas de piedra a modo de layas, tipo de apero que hoy en día continúa en uso, y que entre los campesinos actuales recibe el nombre de *chila* o *chela*, aunque hoy preferentemente fabricadas en metal. En función de esta tecnología agrícola, se infiere que los mallku debieron estar aprovechando los suelos arenoso-limosos propios de la puna intermedia para el cultivo de quinua (*Chenopodium quinoa*) y papas (*Solanum sp.*). Para el traslado y almacenamiento de estos productos es muy probable que se utilizaran costales, como el exhumado en una tumba colectiva de Mallku Abajo a la que me referiré más adelante; tanto éste como los demás tejidos encontrados en los trabajos arqueológicos atestiguan que la ganadería de llamas jugó un papel significativo dentro de las actividades económicas del Señorío Mallku.

Junto a las labores agropecuarias, pareciera que la actividad cinegética gozó de especial relevancia como recurso complementario, algo que ya atestiguó Antonio Vázquez de Espinosa en 1630¹⁵, y que la arqueología parece corroborar.

¹⁵ A este respecto de la actividad cinegética desarrollada por los mallku, Vázquez de Espinosa apunta:

J. Arellano y E. Berberían (1981: 56) mencionan el hallazgo en la mencionada tumba de Mallku Abajo de un carcaj de cuero de vicuña (52 x 9 cm.) con quince astiles decorados con motivos geométricos lineales y puntiformes en rojo, negro, celeste, amarillo, verde y anaranjado (Fig. III-2); en el extremo de uno de ellos todavía se conservaban plumas rojas de pariguana (*Phanicopterus ignipalliatu*s) y huallata (*Berenice melanoptera*), ambas, especies locales. Las puntas, isósceles pedunculadas, están realizadas en basalto, trabajadas por presión y con filo irregular, con medidas máximas de 22 mm. de largo, 3-10 mm. de ancho y 2-4 mm. de espesor. En asociación con la actividad cinegética, estos mismos autores también registraron puntas de flecha similares y cuchillos y finas raederas dentadas en recolecciones superficiales en los sitios Mallku y Río Quetena 2.

Por su parte, J. Arellano (2000: 190-191, 209-210) da cuenta para el sitio Soniquera ST-065 de un astil completo de 43,7 cm. de longitud total, y de otros 19 fragmentados, manufacturados todos ellos en bambú delgado. Su decoración, en bandas alternas rojo y negro, recuerda a los encontrados por S. Ryden (1944: 95, *cit. in* Arellano) en Chiu-Chiu, algo que este autor entiende como una evidencia de los contactos entre grupos de Lípez y del Norte de Chile, y de su acceso a materias primas propias de las tierras bajas orientales. Así mismo, del conjunto destaca un fragmento distal en el que apareció engarzada una afilada punta de madera de sección circular en reemplazo de las puntas de flecha líticas, tecnología que Arellano interpreta en función de su efectividad de penetración, su facilidad de elaboración, o como una pérdida parcial de la talla lítica durante la transición al Período Inca.

“Toda esta provincia [[de los Lipes]] como tiene grandes despoblados está llena y cubierta de ganados silvestres como son guanacos, vicuñas, viscachas y otros animales de que también se sustentan los indios.” (Vázquez de Espinosa [1630, Libro V, cap. 33, n° 1760] 1992-II: 879).

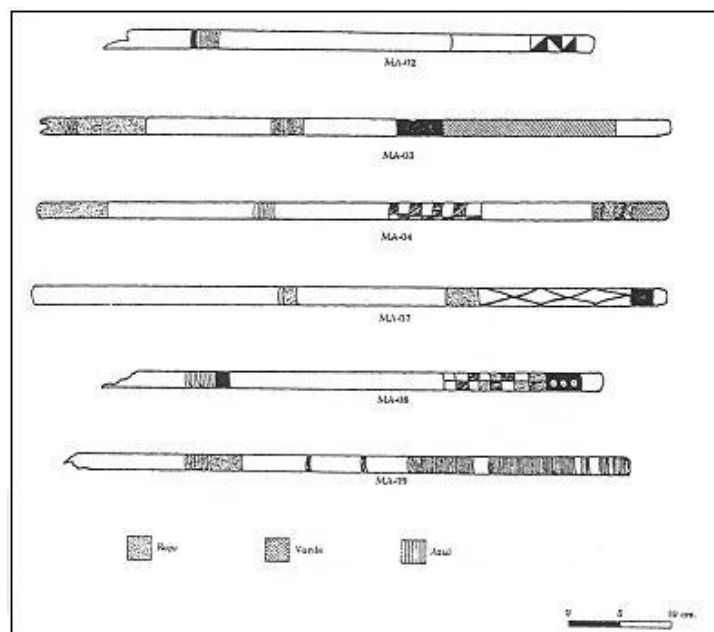


Figura III-2: Astiles decorados procedentes de una tumba del sitio Mallku Abajo. (Arellano 2000: 190 fig. 41).

Tanto por su longitud como por el material ligero en que están facturados, así como por su asociación al carcaj, resulta evidente que estas flechas fueron diseñadas para ser disparadas con arco. A falta de sentados análisis arqueofaunísticos para la región, remito al lector a la descripción hecha en el capítulo II.A. sobre los recursos cinegéticos susceptibles de ser considerados caza mayor. En todo caso, y más allá de su funcionalidad específica, el motivo por el cual el registro de estos astiles me parece especialmente significativo tiene que ver con un aspecto que iré desgranando en capítulos siguientes: la “visión del otro” y la representación de los habitantes de Lipes por parte de incas y españoles como “indios de arco y flecha”¹⁶, es decir, salvajes. Como digo, retomaré esta cuestión a su debido tiempo (caps. IV.B., IV.C., VI. y VII.B.).

¹⁶ Tomo prestada esta clasificación de “indios de arco y flecha” del título de un trabajo de R. Barragán (1994) dedicado a la historia y la arqueología de las poblaciones al norte de Chuquisaca durante los siglos XV-XVI.

Volviendo sobre el patrón de poblamiento, junto a los ya mencionados núcleos simples dispersos asociados a cuadros de cultivos, residencia de una o pocas familias, se detectan también otros asentamientos de mayor concentración demográfica, entre los que destacan distintos sitios fortificados y el yacimiento de Mallku (actual población de Mallku - Villa Mar) que presta su nombre al señorío. De todos ellos, quizás sea ésta la población con mayor concentración habitacional, congregando un centenar de recintos con paredes de piedra sencillas o dobles, además de un abrigo rocoso utilizado con fines habitacionales en el que también aparecen pinturas rupestres.

Representantes de ese patrón fortificado que diversos autores han señalado como propio de los señoríos aymaras post-Tiwanaku (*v.gr.* Lumbreras y Amat 1968; Núñez, Núñez y Salter 1975; Tschopik 1946), destacan en el Señorío Mallku los sitios de Santa María, Punta y Puka Pukara. Mientras que los dos primeros controlan el acceso a pequeños valles y vegas protegidas, garantizando así el abastecimiento de productos agrícolas, Puka Pukara se emplaza en una lomada desde la cual se controla una vasta extensión de territorio, a 11 Km. del cruce sobre el río Quetena de la ruta que conduce hacia Zoniquera. Su nombre proviene de la arenisca roja del cerro sobre el que se asienta, y del que se extrajo la materia prima para el asentamiento. Está la parte alta de Puka Pukara bordeada por una muralla ovoide de piedra sin trabajar unida con mortero, 79 m. de diámetro mayor y 65 m. de diámetro menor, con altura de 1,5 m. y espesor de 0,8-1 m. En su interior hay 12 recintos circulares de 3,5 m. de diámetro que circundan otros dos de planta rectangular y dimensiones mayores. Otro recinto rectangular de 11 x 9 m., de paredes muy toscas, se sitúa en la parte baja del sitio; en su interior apareció una notable cantidad de fragmentos cerámicos y de piezas líticas. En la porción adyacente más baja, en la vega fluvial, y con vistas hacia el pukara, se emplazan los campos de cultivo y unos canchones que hoy son utilizados por los lugareños como corrales para el ganado. En todo este

sector bajo, muy removido por la acción animal, apareció gran cantidad de material arqueológico.

Ligado a estos patrones de asentamiento aparecen las estructuras chullparias, un rasgo arquitectónico que tanto J. Arellano y E. Berberían (1981; Berberían y Arellano 1980) como A. Nielsen y E. Berberían ([en prensa]) han considerado como definitorio del Señorío Mallku, aunque en realidad, como ya apunté, son propias del conjunto de Desarrollos Regionales del Período Tardío. Sin embargo, antes de ocuparme de las chullpas mallku, mencionaré otro tipo de práctica funeraria frecuente: las inhumaciones en abrigos rocosos (Huayllitas, Mallku Corrales, Zoniquera) y su variante en pequeñas cuevas (Mallku Abajo) o abrigos tan profundos que permiten la construcción de falsas chullpas adosadas a la pared (Quebrada Mulatos). De entre éstas últimas, y por la riqueza del ajuar funerario, la citada cueva de Mallku Abajo resulta sin duda la más destacable (Arellano y Berberían 1981: 62-68). Con unas dimensiones de 1,5 m. de ancho, 3 m. de profundidad y 1 m. de altura máxima, la cueva se localiza en la parte media de un cerro, por encima de unos cuadros de cultivo. En su interior recibieron sepultura dos adultos, uno de ellos cubierto con tejidos a modo de fardo funerario, y un párvulo dentro de una mortaja, los tres momificados naturalmente. Junto a ellos, un voluminoso ajuar formado por elementos de madera, piedra, cuero, metal, cestería, calabaza, textil y cerámica, que probablemente responderían a los atributos propios de cada sexo; entre ellos se encontraron el carcaj y los astiles anteriormente descritos.

La distribución de chullpas se extiende desde la Serranía de San Cristóbal hasta el río Quetena, usualmente erigidas en farallones y colinas (Mallku Corrales, Quebrada Mulatos, San Cristóbal, Zoniquera). Por su técnica constructiva y sus dimensiones, J. Arellano y E. Berberían (1981: 68; Berberían y Arellano 1980: 271) clasifican las chullpas de Lípez dentro del “Tipo III” que M. Tschopik (1946: 15-16) definió para la región de Puno, caracterizado por paredes

de piedra tosca, cámara subterránea, redondas o rectangulares con predominio de las primeras, carencia de puertas, cornisa sobresaliente cerca del techo, generalmente construido con la técnica de falsa bóveda, con una o más hileras de piedras planas. De acuerdo con esta autora, se trata de un tipo chullpario sin influencias incaicas, ni en la arquitectura ni en la cerámica asociada a los enterramientos, situado por tanto al comienzo del Período Tardío, antes de que los Incas empezaran a extender sus influencias desde el norte (Tschopik 1946: 53). En sus trabajos en el S-SE del Titicaca, S. Ryden (1947: 439-440) asocia este “Tipo III” de Tschopik a los “Columnar grave” (“sepulcros columnares”) de E. Nordenskiöld (1906: 27-28, *cit. in* Ryden 1947: 404-405), casas-tumba torriiformes de piedra, con varias cámaras, una sobre otra, ocasionalmente la primera por debajo de tierra. Sin embargo, como señalé en otra parte (Gil 2001b: 181-185), a pesar de que las chullpas descritas por Nordenskiöld constituyen el referente común de los tipos definidos por Tschopik y Ryden, éstos no coinciden entre sí, no señalando el segundo la posibilidad de distintas cámaras funerarias superpuestas.

Esta diferenciación entre inhumaciones y monumentos funerarios de piedra fue tomada como muestra de que la sociedad mallku respondía a un modelo jerarquizado, resultando la escasez de estructuras chullparias localizadas por J. Arellano y E. Berberián en sus primeros exploraciones un exponente de que sólo algunos personajes de rango habrían gozado de privilegios en el enterramiento (Arellano 2000: 209; Arellano y Berberián 1981: 62; Berberián y Arellano 1980: 267; Berberián y Raffino 1991: 145); hoy sin embargo, el mucho mayor número de estructuras chullparias registradas en la Zona Norte de Lípez y sus distintos tipos hacen pensar que a pesar de que algunas torres contienen efectivamente restos humanos, otras muchas bien pudieron ser utilizadas como depósitos, altares o hitos territoriales (Arellano 2000: 234; Nielsen 2002a: 199, 2006: 84-85; Nielsen y Berberián [en prensa]: 11-12). Personalmente, y más allá de las tipologías recién descritas, y sin descartar las opciones de altares o

marcadores en/del paisaje, insistiré en mi inclinación a interpretar las chullpas como una proyección del *ethos* del grupo a partir del culto a los antepasados del ayllu, aunque ésta es una discusión cuyo foro considero al margen de la investigación que ahora nos ocupa.

Como quedó señalado, junto a las chullpas, la alfarería supone el otro elemento cultural definitorio del Señorío Mallku, a partir del cual se han venido trazando su área de expansión y sus vínculos con los señoríos aymaras del Altiplano Centro-Sur. En su conjunto, las cerámicas Mallku-Hedionda o Mallku Compacto constituyen un conjunto homogéneo manufacturado a partir de rodets superpuestos o por modelado desde la base por aplicación de pellas de arcilla. Las formas más representativas corresponden a escudillas o pucos semiesféricos, de base plana y paredes un tanto inflexionadas, y a cántaros globulares con borde expandido y un par de asas. Los colores de la pasta oscilan entre los rojizos derivados de cocciones muy oxidantes, y los grises resultantes de cocciones reductoras, sobre los que se aplican engobes y decoraciones en negro, rojo, gris y crema, resultando muy inferiores los porcentajes de cerámicas pulida y alisada. Combinando distintas opciones cromáticas, quedan definidos cinco estilos de alfarería mallku: marrón sobre crema, marrón sobre rojo, marrón sobre gris, marrón sobre el fondo rojizo de la pasta y negro sobre rojo, siendo los dos primeros los que al parecer gozaron de mayor popularidad. A estos cinco estilos corresponden diseños idénticos, pudiendo aparecer en un mismo fragmento combinaciones distintas. Los motivos decorativos consisten en líneas onduladas y/o quebradas unidas a una recta horizontal, o entre dos bandas rectas horizontales, dispuestos generalmente sobre los bordes, tanto en la cara interior como en la exterior (Fig. III-3)¹⁷.

¹⁷ Para un análisis mucho más detallado e ilustrado de la cerámica mallku remito a los trabajos de J. Arellano (1998, 2000: 168-185), J. Arellano y E. Berberían (1981: 71-76) y Nielsen y Berberían ([en prensa]: 12-15).

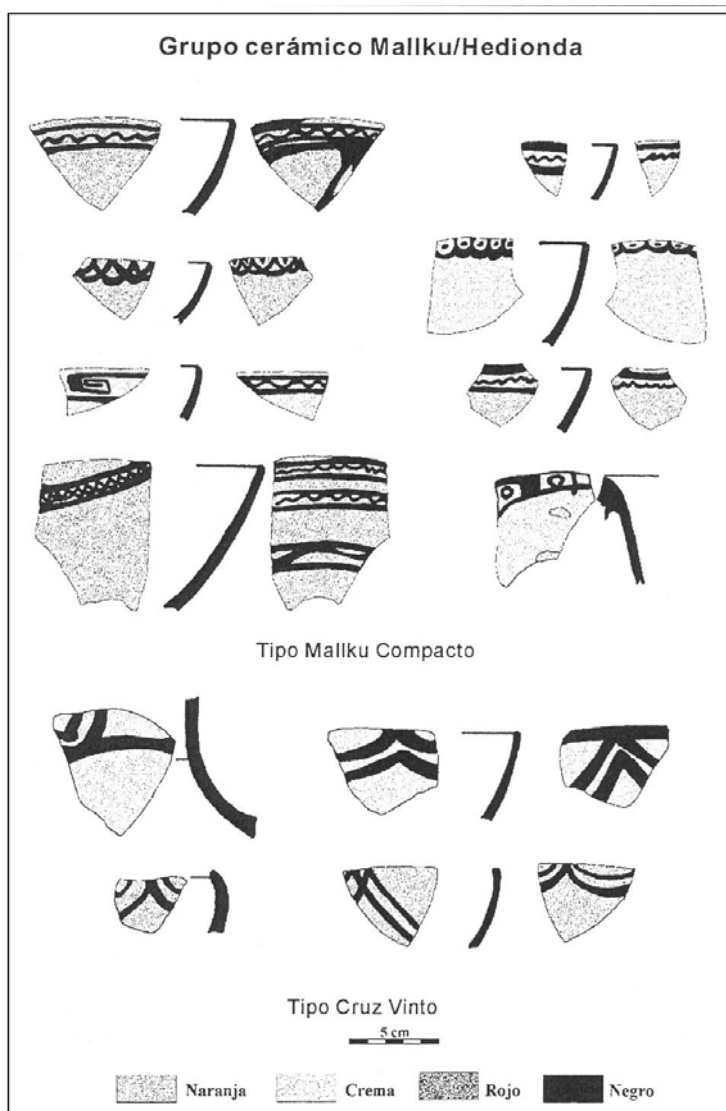


Figura III-3: Estilos cerámicos del grupo Mallku/Hedionda. (Nielsen y Berberían [en prensa]: fig. 7).

A partir de sus trabajos en las lagunas Colorada y Hedionda, L. Barfield (1961: 99-100) fue el primero en dar a conocer esta cerámica, que entonces denominó “Hedionda”, registrando fragmentos de estilo marrón sobre crema que remitían a recipientes chicos de borde evertido y generalmente decorado con una línea ondulada dentro de dos paralelas horizontales. Considerando el panorama general del Altiplano Centro-Sur, Barfield relacionó esta alfarería con la “Cerámica Chullpa” definida por S. Ryden (1944, 1947) para el norte de Bolivia, ligándola así a una tradición post-Tiwanaku decadente de origen Colla, y con

tipos de la región del Río Loa correspondientes a la Cultura Atacameña del Norte de Chile, adscribiendo algunos fragmentos a la cerámica “Llamita” o Inca Pacajes.

Por su parte, Arellano y Berberían (1981: 75; Berberían y Arellano 1980: 271) relacionan directamente su estilo marrón sobre crema con la cerámica “Sillustani marrón sobre crema” de M. Tschopik (1946), estrechamente ligado a sus chullpas de “Tipo III”, y con el “Estilo Kekerena” de L. G. Lumbreras y H. Amat (1968: 89), que incluiría parte del tipo de Tschopik. De esta manera, a través de la arquitectura chullparia y las tipologías cerámicas, Arellano y Berberían perfilaron las relaciones entre el Señorío Mallku y los señoríos aymaras del eje acuático, cuyos contactos tal vez pudieran haberse materializado a través del corredor natural que supone la Serranía Intersalar que marca el límite entre los salares de Coipasa y Uyuni (*cfr.* Lecoq 1985, 1997a, 1999). Por su parte, Arellano (2000: 217-219) relaciona la cerámica “Hedionda” de Barfield con los estilos “Huruquilla” y “Dupont” del complejo Toconce, en el Loa superior, y establece estrechos vínculos entre el Señorío Mallku y esta región del Norte de Chile, a partir de lo cual confirma la integración del altiplano con los valles interandinos de la costa (*cfr.* Aldunate y Castro 1981; Castro, Berenguer y Aldunate 1979). Desde esta perspectiva, V. Castro, C. Aldunate y J. Berenguer (1984) hablaron de un Señorío Mallku-Toconce, a partir del cual se podrían resolver los engranajes interétnicos entre la costa, los valles transversales y el altiplano, y en función de lo cual tal vez se pudieran plantear nuevas hipótesis acerca del origen y desplazamiento de la cerámica aymara bicolor.

Por encima de las analogías cerámicas con el eje acuático, lo que resulta evidente a partir del registro arqueológico es una integración del Señorío Mallku en la Puna Salada; patrones de asentamiento, chullpas, cestos en forma de puco, recipientes de madera y cuero, calabazas pirograbadas cuyos diseños se repiten sobre los tejidos, los propios textiles, o astiles y puntas de flecha líticas hablan de

estrechos contactos entre LÍpez, el área chicha de Potosí y Tarija, el Norte de Chile y el Noroeste Argentino¹⁸. Por otro lado, R. Raffino, A. Nielsen y R. Alvís (1991) detectaron cerámica mallku en los señoríos quillaca y asanaque de Oruro, 200 Km. al norte de su área nuclear, dentro de plantas urbanas incaicas y asociada a materiales cuzqueños, lo cual interpretaron dentro del contexto de los traslados poblacionales del Tawantinsuyu.

Igualmente relacionado con el Norte de Chile estaría el arte rupestre del Señorío Mallku, plasmado sobre las paredes de abrigos y cuevas poco profundas formadas por la erosión de tobas volcánicas¹⁹. La representación más repetida es la de antropomorfos con tocado, aislados o encadenados en grupo, en una actitud como de danza; siguen a este motivo los zoomorfos, con especial protagonismo de felinos y escasez de camélidos, y los diseños geométricos curvilíneos, que recuerdan a las decoraciones sobre cerámica y que parecen articular diferentes escenas dentro de los paneles (Fig. III-4). El rojo púrpura se presenta como color principal, aunque algunas figuras aparecen pintadas en verde y ocre. A este respecto, cabe singularizarse dentro del ajuar que acompañaba el citado enterramiento de Mallku Abajo (*vid supra*) una *chuspa* (pequeño bolsito para colgar al cuello) con fragmentos de ocre rojo y amarillento, aunque por el momento no se hayan detectado pinturas rupestres en este último color.

¹⁸ Volveré sobre este contexto supra-regional en el cap. VI.C., al contrastar con el registro arqueológico aquellos informes coloniales que hablan de las relaciones interétnicas mantenidas entre los lipes y sus vecinos de Atacama y el Noroeste Argentino.

¹⁹ Para un análisis detallado e ilustrado de diferentes paneles rupestres remito al lector interesado a los trabajos de J. Arellano (2000: 195-205) y J. Arellano y E. Berberían (1981: 76-82).

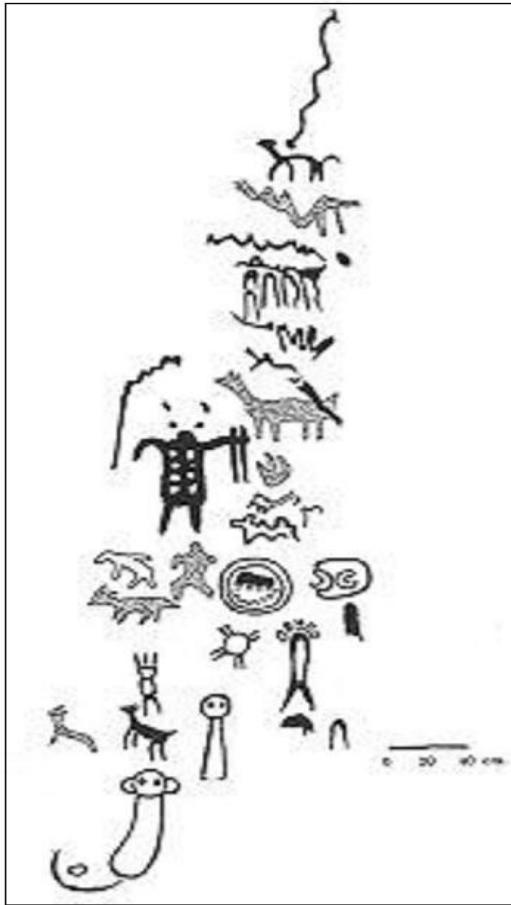


Fig. III-4: Motivos rupestres antropomorfos, zoomorfos y geométricos representativos del señorío Mallku. Sitio Chaquilla, Panel 1. (Arellano 2000: 204 fig. 48).

Considerando la asociación de algunos paneles con inhumaciones y chullpas (Mallku Abajo), tal vez este arte rupestre estuviera hablando del universo de creencias de los mallku. Sin embargo, y en función de sus semejanzas con los petroglifos del Norte de Chile, quizás estas pictografías estuvieran participando de algún código ligado a la construcción de paisajes relacionados con las rutas de tránsito local, regional o supra-regional. En cualquier caso, sobre el arte rupestre de Lípez cabe decir que tanto las cronologías como las filiaciones culturales con áreas vecinas resultan todavía bastante confusas. En este sentido, llama la atención el hallazgo registrado por J. Arellano (2000: 205) en las proximidades de Chaquilla, en el curso alto del río Quetena, de una pared de roca fragmentada y desprendida de un farallón en la cual aparece representada una cruz en color rojo, que este autor presenta como

“la primera posible representación de una pintura colonial”; una pintura rupestre colonial de factura hispano-indígena, se entiende. Dejándose guiar por la relación de *“los mezones y tanbos rreales y tanbillos de todo este reyno”* dada por Guaman Poma de Ayala ([1615a, fs. 1082 (1092) - 1093 (1103)] 1987: 1164-1174), considera Arellano que dicho signo estaría indicando la presencia de un tambillo o tambo pequeño²⁰. Bien es cierto que en dicha relación el cronista utiliza los signos “globo”, “casa”, “círculo” y “cruz” para identificar las categorías de tambos de una manera análoga a nuestra clasificación de los hoteles por número de estrellas, pero me parece que éste es un código inventado por Poma de Ayala, y que ni durante la Colonia ni tampoco en época prehispánica existió clave alguna de este tipo para referir las diferentes postas, que serían más bien diferenciadas en función de su tamaño y del tipo de infraestructuras con que contarán²¹. De acuerdo con el manuscrito de la crónica de Guaman Poma de Ayala ([1615b] 2004), esta “cruz” utilizada para identificar al tambo pequeño es una Cruz de Malta sobre un podio de dos estrados²². Sin embargo, resulta imposible comparar este motivo con la susodicha cruz de color rojo referida por Arellano, puesto que de ella no ha publicado ni fotos ni dibujos; personalmente tampoco he tenido oportunidad de ver esta supuesta pintura de Chaquilla. Por todo ello, la discusión al respecto deberá posponerse hasta contar con más datos más fiables. Ello no quiere decir que descarte la viabilidad de que las pictografías mallku antes enunciadas hubieran operado dentro de mecanismos de

²⁰ En dicha relación de postas, Guamán Poma señala:

“Y los tanbillos que no se halla pulpiría ni rrecaudo, cino un galpón ni ay gente tiene por señal una cruz desta manera [(figura de una) cruz] en todo el rreyno. Y ancí a de lleuar rrecaudo para pasar el dicho tanbillo” (Poma de Ayala [1615a, f. 1084 (1094)] 1987: 1166).

²¹ Aunque también J. Hyslop (1984: 275-293) se fía de esta relación de Guaman Poma a la hora de ordenar las diferentes categorías de tambos dentro del sistema vial incaico, en realidad éstas quedan designadas a través del registro arqueológico de las variables de tamaño e infraestructuras. Remito al lector interesado a su detallada descripción.

²² Remito al lector al *Facsimil del manuscrito autógrafo, transcripción anotada, documentos y otros recursos digitales* que el Centro Digital de Investigación de la Biblioteca Real de Dinamarca tiene colgado en Internet como *El sitio de Guaman Poma / The Guaman Poma Website* (<http://www.kb.dk/elib/mss/poma>). Así mismo, también pueden consultarse una reproducción de los símbolos originales en la edición de la obra de Guaman Poma de Ayala a cargo de F. Pease (Poma de Ayala [1615c] 1980-II: 420-428).

construcción del paisaje en función de rutas de tránsito en los términos propuestos por este autor, simplemente, como digo, que aún queda mucho por hacer en materia de arte rupestre en Lípez.

Con estos apuntes quedaría ilustrada de modo aproximado la mencionada caracterización de Lípez como nodo del tráfico entre las vertientes oriental y occidental de los Andes Meridionales (*vid supra*), un contexto dentro del cual J. Arellano (2000: 208) llama la atención sobre el sitio Mesada Pata, en el curso alto del río Alota, que considera un tambo preincaico en la ruta hacia la costa, en dirección a la Quebrada Ramaditas y al Abra del Inca. Conformado por ocho estructuras semicirculares adosadas a un abrigo rocoso, el tipo de construcción es en piedra sin trabajar unida por una clase de argamasa conocida localmente como “*pokera*”, y que hoy aún se elabora a partir de carbonatos de calcio derivados de la sedimentación de los lagos pleistocénicos Michin y Tauca. De interiores amplios, sus techumbres pueden ser directamente el techo del abrigo, o estar realizadas por la técnica de falsa bóveda con lajas de piedra. Dos de ellas están limitadas por sendos muros en forma de corral. El resto más bien parecieran depósitos, con una ventana que cuenta con una tapa cuadrangular para cerrar; en el interior de éstos se encontraron mazorcas de maíz y fragmentos de cerámica utilitaria. Según este autor, el sitio habría estado siendo utilizado incidentalmente por arrieros hasta principios del Período Republicano.

Ya por último, no podría terminar esta síntesis del Señorío Mallku sin hacer referencia a la actividad minera, más cuando sobre ella sustento buena parte de mi construcción regional de Lipes durante la Colonia. A fines del siglo XVI, Juan Lozano Machuca comenta:

“Asimismo, en todo el distrito de los Lipes, en las casas y rancherías de los indios hay hornillas de fundir y afinar plata y muchas guairas en los cerros, y todo en general se ocupan en beneficiar y sacar plata, y no se sabe de las vetas de donde se saca” (Lozano Machuca [1581] 1965: 61).

Más allá de que el Factor de Potosí pudiera estar exagerando, resulta imposible resolver a partir de este fragmento si esta actividad minera contaba con una tradición en el tiempo, o si por el contrario tenía que ver con exigencias de la dominación inca sobre Lípez. En este sentido, además de una aguja con ojo - parte del mencionado ajuar de la cueva de Mallku Abajo- y algunas plaquitas de cobre y malaquita, el único artefacto metálico representante del Señorío Mallku es una cuchara de bronce, de 8,5 cm. de longitud, encontrada en el sitio Mallku Abajo; su delicada manufactura y su fina decoración llevaron a J. Arellano y E. Berberían (1981: 71) a afirmar que, de no ser un elemento procedente de intercambio con otros grupos “de cultura más avanzada”, los mallku debieron dominar con maestría las técnicas de aleación y fundición. En función de este hallazgo y de las numerosas descripciones coloniales que ensalzan la riqueza mineral de Lípez, estos autores alentaron la esperanza de “considerar que este sector del altiplano boliviano fuera el centro -aún no localizado- del área andina meridional donde se especializó la actividad metalúrgica” (Arellano y Berberían 1981: 70; Berberían y Arellano 1980: 266). Hasta donde me consta, la arqueología todavía no ha ratificado esta expectativa (v.gr. Núñez 1987).

De acuerdo con lo hasta aquí presentado, quisiera insistir una vez más en el hecho de que si bien es cierto que la cerámica bicolor, los pukaras y las chullpas acercan al Señorío Mallku a los señoríos aymaras que durante la misma cronología florecieron en el Altiplano Centro-Sur, J. Arellano y E. Berberían (1981: 53) utilizaron el término a sabiendas de que la comparación no era del todo exacta, y de que probablemente los mallku tuvieran poco que ver con los grupos aymaras del eje Titicaca-Desaguadero-Poopó, y mucho más con sus vecinos de la Puna Salada. Por este motivo, y para cerrar esta síntesis me gustaría retomar muy a vuelapluma la cuestión lingüística de cara a redondear las relaciones interétnicas entre Lípez y sus vecinos de la Puna Salada, tratando para ello de verter alguna luz respecto de la lengua que hablarían los lipes.

En términos generales, contamos con algunos apuntes o referencias aisladas que permitan determinar el idioma de estas gentes del Señorío Mallku y del resto de gentes que pudieran estar poblando el Altiplano de Lipez. Así por ejemplo, en la *Copia de los curatos y doctrinas* del Obispado de La Plata ([1604] in Espinoza 1980: 171-175), en la que se indican “*en qué lenguas han de ser instruidos los doctrinantes para mejor predicar el Euangelio de Jesucristo y su doctrina cristiana*”, se cita en el puesto número 22 de la lista que las lenguas más indicada para la doctrina en Lipes eran el “*Aymara-Vroquilla*”. Sobre ambas lenguas pone también el acento T. Bouysse-Cassagne (1975: 319) a partir del cotejo de diversa documentación relacionada con las encomiendas y doctrinas existentes en Charcas en el último cuarto del siglo XVI. Por su parte, A. Torero (1987: 343, 1992: 188) considera que en Lipes sería un área de predominancia sólo uruquilla, que habría llegado en tiempos relativamente recientes desde algún otro punto del altiplano, dando lugar a una forma tan divergente del tronco original que acabaría por extinguirse o mezclarse en grado sumo con otras lenguas hasta el punto de dar lugar a una nueva (Torero 1987: 354-355). En contra de esta idea W. Espinosa (in Torero 1987: 374) alega que en Lipes y Atacama es fácil rastrear la presencia de un uruquilla digamos “puro” en la toponimia.

Ahora bien, sobre la idea de que en Lipes se hablara una lengua propia, deformada quizás a partir del uruquilla, ¿de qué lengua se trataría? A este respecto, D. Ibarra-Grasso (1960: 17) afirma que se trataría de una lengua propia en coexistencia con el quechua, y no con el aymara, como refiere la *Copia de Curatos y doctrinas*. Sobre esta lengua, el mismo autor señala :

“Hace casi 20 años recogimos informaciones de que esta lengua [atacameño o cunza/kunza] se hablaba todavía en Colcha [= Colcha “K” - Villa Martín], la capital de Nor-Lipez, Potosí, pero no hemos podido ir más allá para hacer investigaciones. Aquí surge también un problema

importante, ése es el territorio de los antiguos Lípés u Olipes, ¿eran estos Lípés verdaderos Atacameños o no? Algunos autores los juntan, otros los separan. Los informes recogidos por nosotros no son claros, pueden referir al Atacameño o a otra lengua, acaso una lengua Lípez de la que no hay otras noticias. Lo más probable es que se trate de un dialecto local del Atacameño. Lengua común actual de esa región es el Quichua.” (Ibarra-Grasso 1964: 48).

Inciendiando sobre estas dos ideas, la de que se trata de una lengua emparentada con el cunza o atacameño y la de que coexiste con el quechua), el mismo Ibarra-Grasso apunta en otro lugar:

“De la cultura de los Chullpas de Lípez no conocemos sino unos fragmentos. Las provincias de Lípez fueron habitadas históricamente por los indígenas Lípez u Olipes, que se supone una tribu del conjunto Atacameño o Cunza; estos Atacameños se extendían fundamentalmente por la región de Atacama, entrando un poco en la Puna argentina; tenían una lengua propia que se usó hasta fines del siglo [XIX] en San Pedro de Atacama; hace años recogimos informes, sin poderlos comprobar, respecto de que los indígenas de Nor-Lípez hablan otra lengua distinta junto con el quichua; si eso es cierto puede tratarse de un dialecto del Atacameño (incluso de otra lengua desconocida), que sería muy importante estudiar.” (Ibarra-Grasso 1965: 259).

A pesar de esta recomendación, en realidad, y salvo algunos avances en toponimia que comentaré a su debido tiempo (caps. V.B.1., VI.A. y VI.B.1.), estas investigaciones en lingüística (pre)histórica en Lipes todavía están por hacer. Efectivamente, en la actualidad la lengua indígena predominante es el quechua, y en ella se fundamentan los programas de enseñanza bilingüe que con tímidos pasos tratan de implantarse desde el gobierno de Potosí. Como ya he apuntado anteriormente (*vid* nota 8), por lo que personalmente he podido

registrar en distintas localidades de Nor L pez, sólo aquellos varones de edad que en su juventud se trasladaron a Chile para trabajar en las minas, o quienes se dedicaron en el pasado al tráfico caravanero, manejan un aymara elemental o medio, un dato que podría encajar con la idea de D. Browman (1994) de que durante el Período de Desarrollos Regionales (post-Tiwanaku) el aymara funcionó como lengua franca para las transacciones económicas interregionales (*vid supra*). En cualquier caso, y a pesar de que aún quede mucho camino por recorrer en esta materia, no deja de ser interesante la conexión lingüística que establece D. Ibarra-Grasso entre los grupos humanos que poblaron López y sus vecinos de Atacama y la Puna de Jujuy, otra más que añadir a los astiles de flecha decorados o los tipos cerámicos comentados en esta presentación del Señorío Mallku, y que vendría a reforzar la idea de unas identidades interdigitadas en la Puna Salada; una vinculación Lipes-Atacama sobre la que ir  regresando puntualmente, tanto desde la arqueología y la etnohistoria como a partir de la geopolítica colonial.

III.B.-  TRES ZONAS Y CUÁNTAS CULTURAS? EN TORNO AL MANEJO DE LOS ESPACIOS DE LÓPEZ.

Al tratar de la geografía de López (cap. II.A.) ya mencion  los usos económicos del espacio por parte de las poblaciones actuales. Llevando esta cuestión al pasado, mi objetivo en este epígrafe será el de planear sobre los grupos humanos que poblaron L pez durante el Período Tardío; con ello buscar  resolver si diferentes registros arqueológicos en distintas áreas responden a distintos modelos sociopolíticos dentro de un escenario pluriétnico, o si más bien tienen que ver con estrategias diversificadas en el manejo de esos espacios económicos por parte de un mismo grupo. Pare ello tomar  como referente la división que A. Nielsen (especialmente 1998) hace del Altiplano de López en tres zonas ecológico-culturales: *Zona Suroeste* (SW de Sur L pez), *Zona Sureste* (NE

de Sur López y oriente de Nor López) y *Zona Norte* (centro-norte de Nor López y Pcia. Enrique Baldivieso), que coinciden respectivamente con las áreas medioambientales de puna alta, puna intermedia y puna baja (*vid* Mapa II-5). Como ya apunt  en el capítulo de geografía, el clima y la biota propios de cada una de estas zonas ofrece un aprovechamiento de recursos diferenciado, algo estrechamente relacionado con los patrones de asentamiento. Desde esta perspectiva, no acometer  aquí un estudio arqueológico detallado del Altiplano de López, sino que buscar  sintetizar más bien patrones generales, incidiendo si acaso sobre aquellos elementos arquitectónicos y cerámicos que puedan fundamentar la discusión planteada en capítulos siguientes acerca de las clasificaciones que incas y españoles proyectaron sobre el territorio y sobre las poblaciones locales²³.

Zona Norte:

Desde un punto de vista morfo-funcional, A. Nielsen (2001a, 2002a) agrupa los asentamientos de la Zona Norte en cuatro grupos contemporáneos de acuerdo con componentes diferenciados de un sistema de asentamiento complejo:

1. asentamientos residenciales o poblados, con estructuras de habitación circulares o cuadradas.
2. complejos de recintos aislados, formados por estructuras domésticas con o sin chullpas asociadas.
3. complejos de chullpas, a cielo abierto o en abrigos rocosos, aparentemente vinculados al almacenaje, aunque algunas de ellas pudieran servir también como estructuras funerarias (*vid supra*).

²³ Compongo esta suma arqueológica a partir de los trabajos de A. Nielsen (1997a, 1998, 2001a, 2002a, 2006; Nielsen y Berberián [en prensa]; Nielsen *et al.*, 1999), en los cuales el lector interesado podrá encontrar descripciones detalladas del material arqueológico, abundantes tablas comparativas, planimetrías de yacimientos y una seleccionada bibliografía específica. Por quedar fuera de los límites cronológicos que encuadran esta investigación, no prestar  atención a desarrollos culturales anteriores al Período Tardío, remitiendo para ello a los trabajos de J. Arellano (2000), E. Berberián (1983), E. Berberián y J. Arellano (1978, 1980) y del propio Nielsen (2001c; Nielsen *et al.* 1999).

4. pukaras o fortalezas, con estructuras de habitación elípticas o rectangulares.

Salvo en el caso de las “chullpas”, todos estos sitios vienen caracterizados por la arquitectura en piedra sin argamasa. El tamaño de los poblados varía entre la docena de viviendas (Ranchopata) y los varios cientos de estructuras, que a veces quedan organizadas en torno a una serie de plazas (Laqaya); estas diferencias de tamaño, así como la presencia diferenciada de espacios públicos, sugeriría la existencia de relaciones jerárquicas entre asentamientos (Fig. III-5).

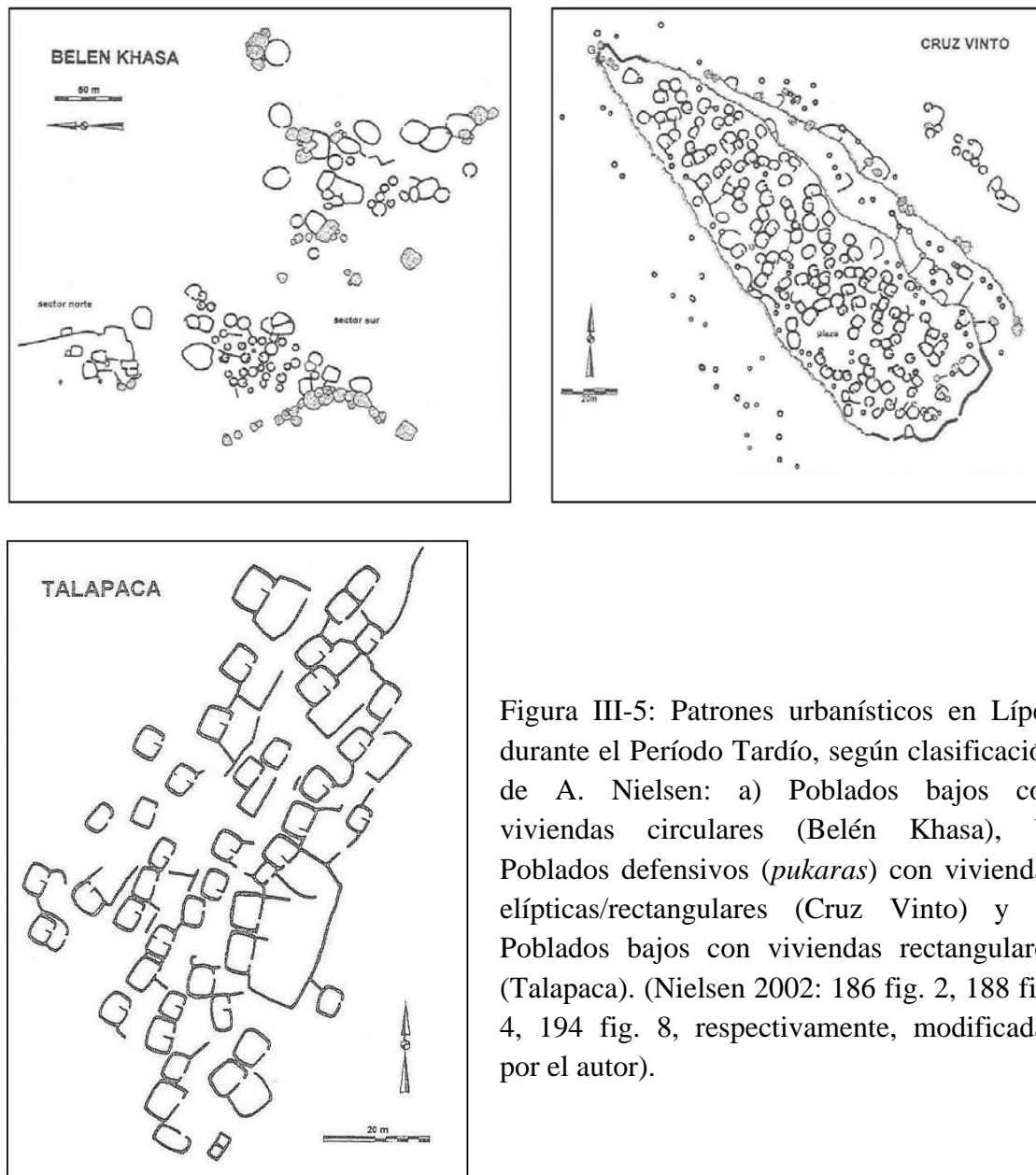


Figura III-5: Patrones urbanísticos en Lipez durante el Período Tardío, según clasificación de A. Nielsen: a) Poblados bajos con viviendas circulares (Belén Khasa), b) Poblados defensivos (*pukaras*) con viviendas elípticas/rectangulares (Cruz Vinto) y c) Poblados bajos con viviendas rectangulares (Talapaca). (Nielsen 2002: 186 fig. 2, 188 fig. 4, 194 fig. 8, respectivamente, modificadas por el autor).

A pesar de que el diseño de las unidades de habitación es regular en todo el período, se observan algunas transformaciones que parecen estar relacionadas con la transición al Período Inca (Nielsen 2002a). Así, corresponden a un primer estadio poblados bajos con viviendas de planta circular, con un único acceso, generalmente orientado al este, y un deflector o murete que a veces llega a subdividir la estancia formando una especie de antecámara y que la protege del azote del viento (Fig. III-6). Alrededor del núcleo habitacional se disponen los corrales, de planta subcircular o irregular, que dan cuenta de la importancia del pastoreo en la economía de estos grupos.

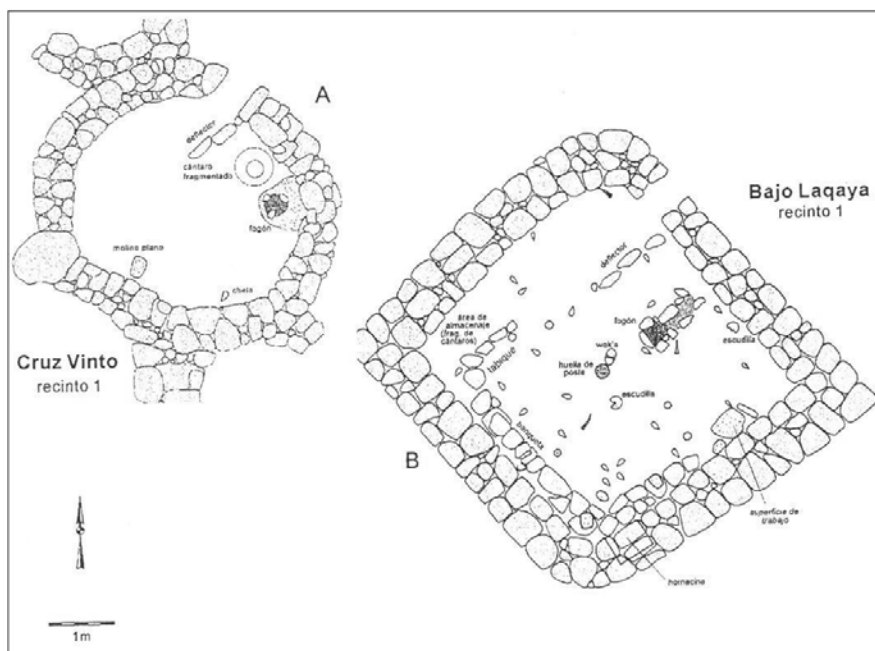


Figura III-6: Plantas redonda y cuadrada de dos viviendas de Nor López. a) Cruz Vinto, recinto 1.- b) Laqaya, recinto 1. (Nielsen y Berberían [en prensa]: fig. 5).

A partir del siglo XIII estas unidades tienden a asumir una forma elíptica o rectangular con esquinas muy redondeadas, un cambio relacionado con modificaciones en las techumbres, tal y como sugiere la aparición de hastiales. Del asentamiento bajo se pasa en este momento a patrones defensivos de tipo pukara aprovechando ventajas estratégicas naturales del terreno (Cruz Vinto, Agua de Castilla, Alto Laqaya). Asociadas a todos estos pukaras, estructuras chullparias de piedra en número variable, entre la docena y los varios centenares,

la mayoría de planta circular o ligeramente elíptica. Lo más frecuente es que estas chullpas se ubiquen alrededor del asentamiento, en la periferia del núcleo de viviendas, aunque su presencia también resulta generalizada en el lado oriental de las plazas públicas.

Con la transición al Período Inca los poblados vuelven a ocupar posiciones llanas y abiertas, de fácil acceso. Sobre ellos se asientan algunas poblaciones actuales (Colcha “K”, Santiago “K”), como quizás sucedió también en época colonial; otros han sido reutilizados hasta fechas recientes para la horticultura, aprovechando su proximidad a las fuentes de agua y convirtiendo la arquitectura antigua en bancales y parapetos contra el viento (Rancho, Rancho Cucho, Pelcoya, Rancho Moqo, Kakancha). A pesar de que se advierte cierta continuidad con las viviendas de los pukaras, a lo largo del siglo XIV culmina este desarrollo urbanístico y se popularizan las unidades rectangulares de lados ligeramente curvos y esquinas redondeadas, con hastiales laterales para apoyar un techo a dos aguas. Para este momento se observa ya con total claridad que el murete deflector subdivide el recinto en dos espacios desiguales. Por su parte, los nichos u hornacinas son comunes a lo largo de todo el Período Tardío. El conjunto se completa con un patio cerrado de planta irregular o con un espacio despejado frente al acceso de la vivienda (*vid* Fig. III-6). A los poblados de mayor tamaño queda asociado un número elevado de estructuras chullparias, generalmente ubicadas a un costado del núcleo de viviendas, ladera arriba (Rancho Cuchu, Malil, Khaysur, Kakancha), aunque en ocasiones puedan aparecer dispersas por todo el asentamiento (Bajo Laqaya); en el caso de los asentamientos menores (Talapaca, Juchijsa, Sia, Patana, Pelcoya, Chea, Illipica), suelen quedar concentradas en las proximidades o dispersas alrededor del poblado, en puntos bien visibles, como marcando su territorio o anunciando su presencia.

En la mayoría de los casos, no es común observar restos de entierro en el interior de ninguna de estas chullpas, a pesar de que algunas de ellas se encuentran

en excelente estado de conservación. Sin descartar actividades de saqueo a lo largo del tiempo, lo que tanto J. Arellano, E. Berberían y A. Nielsen han sugerido en distintos trabajos es la posibilidad de que muchas de ellas hayan servido para el almacenaje, como sucede con las *pirhuas* actuales, planteando incluso que las mismas chullpas pudieran haber cumplido varias funciones en diferentes momentos de su vida útil (*vid supra*). A pesar de que la autoridad de estos autores en la arqueología de Lípez es mucho mayor a la mía, particularmente me cuesta creer que una misma estructura chullparia pudiera servir primero como sepulcro y más tarde como depósito de almacenaje, si acaso fuera esto lo que sugiere la idea de “torres polivalentes” a lo largo del tiempo; como me cuesta creer la posibilidad de que un mismo conjunto chullpario esté albergando sincrónicamente los restos mortuorios de los antepasados y el fruto de las cosechas, puesto que en el mundo andino prehispánico y actual, a pesar de que los muertos sean reverenciados, y en ocasiones incluso tratados como si siguieran vivos, los cementerios constituyen espacios temidos. Como ya he dicho, no niego de plano que la arquitectura chullparia pudiera adaptarse a depósitos de almacenaje, aunque sin duda esta función no podría aplicarse, por ejemplo, a las chullpas incaicas del Titicaca, cuyo corte de sección muestra un espacio interior muy reducido. En cualquier caso, no habría de olvidarse que detrás de los diferentes modelos que interpretan el fenómeno chullpario se encuentran distintas tipologías, y que no será sino mirando más allá de ellas como únicamente podremos llegar a penetrar su complejidad; entre tanto, tan sólo los minuciosos análisis del interior de las estructuras y de su perímetro, así como la más sólida reconstrucción de sus contextos locacionales podrán ayudarnos a despejar las dudas²⁴.

²⁴ A este respecto destacan los estudios llevados a cabo por A. Nielsen (2006: 78-80, 81) plaza central del Sector Bajo del sitio de Lacaya, incluyendo la excavación de tres torres chullpa, a los cuales remito al lector interesado en este punto.

Por lo que a las prácticas funerarias se refiere, el patrón de enterramiento viene marcado por tres tipos de inhumación: en cistas al pie de chullpas dentro del poblado (Bajo Laqaya), en simples oquedades naturales expeditivamente pircadas y concentradas en sectores discretos cerca del asentamientos (Chea, Talapaca), o en chullpas (Illipica, San Juan).

Volviendo a la tipología de asentamientos de A. Nielsen (especialmente 2002a) los complejos de recintos aislados consisten en un número reducido de estructuras agrupadas, a veces bajo la protección de abrigos rocosos, y a menudo asociadas a chullpas. En el caso de los conjuntos a cielo abierto, es claramente reconocible el referido modelo de estructura rectangular con techo a dos aguas (Alto Kamash), que a veces se aparece identificando la reocupación de poblados más antiguos (Belén Khasa Norte). Al ocupar cuevas, por el contrario, el patrón arquitectónico responde a estructuras con vanos similares a chullpas, pero adosadas a las paredes del abrigo o semisubterráneas, adoptando generalmente una planta irregular (Chorko). Funcionalmente, estos conjuntos responderían a grupos domésticos localizados permanentemente fuera del poblado, o a puestos ocupados temporalmente análogos a las estancias actuales.

Por lo que se refiere a los complejos de chullpas -tanto a cielo abierto (Chankos Suni) como en cueva (Aya Wakuna, Chillchi Wayco)- sin asociación aparente con estructuras de vivienda, A. Nielsen (1997a: 108; 1998: 86) tiende a considerarlos como estructuras de almacenaje vinculadas directamente a campos de cultivo ligados a sitios habitacionales próximos (Chillchi Wayko, Rancho Moqo). Planteando unas tendencias de larga duración, esta hipótesis viene amparada por la ubicación de chullpas en lo que hoy constituyen los sectores de mayor explotación agrícola, tanto en ladera como en llano.

Finalmente, y más allá de numerosos sitios fortificados, tan sólo dos pukaras pueden considerarse como emplazamientos estrictamente militares, Puka

Pukara y Mallku Arrilba (*vid supra*). Ambos poseen conjuntos reducidos de estructuras en su interior, pero cuentan con murallas perimetrales con rasgos destinados a potenciar su valor defensivo (accesos restringidos, banquetas, “troneras”²⁵, etc.). Es de destacar que ambas quedan emplazadas en el límite entre las zonas Norte y Sureste, lo que haría suponer que además de una frontera ecológica también operó aquí una frontera política; en este sentido, un reconocimiento sistemático de las cuencas de los ríos Quetena y Grande de Lípez aportaría sin duda otros casos similares.

En términos económicos, la importancia de la agricultura queda demostrada en el registro arqueológico a partir de 1) elevado número de palas de piedra, 2) frecuentes implementos de molienda, 3) presencia en poblados y campos de cultivo de pequeños rectángulos pavimentados con piedra análogos a las *kayanas* que actualmente se utilizan para “trillar” la quinua, 4) predominio en el paisaje de infraestructuras de tipo agrícola (muros de contención, terrazas, cuadros de cultivo, canales, etc.), y 5) abundancia de estructuras de almacenaje de tipo chullpario.

En el plano de la explotación de los recursos animales, atestiguarían actividades de pastoreo los recintos de gran tamaño en la periferia de los poblados, que podrían ser considerados como corrales. Además, puntas de flecha pedunculadas de limbo triangular, con o sin aletas, podrían ilustrar a una

²⁵ Utilizo aquí el término “troneras” de acuerdo con la tipología de asentamientos que para el Altiplano de Lípez ofrece A. Nielsen (2002a: 187): “vanos semejantes a ‘troneras’, desde donde los ocupantes del sitio podrían avistar al enemigo sin necesidad de exponerse y disparar con arcos y flechas”. Sin embargo, no ocultaré mis discrepancias al respecto, en tanto que el éxito funcional de una tronera *sensu stricto* tan sólo viene dado para el disparo de ballestas o armas de fuego, no sirviendo para el tiro con arco -a cuyo efecto responde la abertura en el muro de saeteras, morfológicamente distintas-, ni tampoco para lanzar con honda, a pesar de que en el sitio de Cruz Vinto se hayan encontrado acumulaciones de proyectiles a los pies de estos vanos en la muralla. Hecha esta aclaración, y a falta de una alternativa mejor con carácter multifuncional, mantendré la terminología de Nielsen, considerando más bien estos vanos como simples avistaderos desde los que un defensor parapetado detrás de las murallas -que, recordémoslo, en la actualidad rondan alturas en torno al metro y medio- podría controlar el avance del enemigo en espera del momento oportuno para lanzar su ataque.

actividad cinegética. En cualquier caso, y a falta de completar análisis arqueofaunísticos que permitan evaluar la importancia relativa del pastoreo y la caza, A. Nielsen (1997a: 108, 1998: 87) llama la atención sobre la escasez relativa de material óseo obtenido de las excavaciones realizadas en esta Zona en comparación con los sondeos efectuados en sitios de la Zona Sureste, algo que discutiré más adelante.

A diferencia de lo registrado por J. Arellano y E. Berberían para el Señorío Mallku (*vid supra*), los trabajos sistemáticos de A. Nielsen vienen registrando una notoria presencia de artefactos metálicos y minerales ricos en cobre, “a veces en gran abundancia y formando concentraciones discretas dentro de los asentamientos” (Nielsen 1997a: 109, 1998: 87).

Paralelamente a la evolución de las estructuras de vivienda antes referida, y siempre de acuerdo con los resultados de la investigación desarrollada por Nielsen, la alfarería también experimenta cambios a lo largo de todo el período. A los sitios tempranos de viviendas circulares corresponde una cerámica ordinaria, alisada, sin tratamientos de superficie especiales ni decoración. Sin embargo, durante los siglos XIII-XIV empieza a destacar la cerámica del grupo Mallku-Hedionda, que coexiste con otras alfarerías altiplánicas emparentadas formalmente con la Hedionda, como Yura, Colla (Ibarra-Grasso y Querejazu 1986; Lecoq 1999) o Chillpe (Lecoq 1999; Schiappacasse, Castro y Niemeyer 1989: 200).

Zona Sureste:

En marcado contraste con la zona anterior, no se detecta en este sector vestigio alguno de arquitectura en piedra, ni siquiera chullpas, lo que hace pensar que los habitantes de esta Zona Sureste debieron construir estructuras de material perecedero, tal vez de *quincha*, técnica que aún se observa en viviendas antiguas y que según los lugareños estuvo muy extendida antes de que el adobe se

consolidase como material de construcción predominante. Los sitios arqueológicos se presentan como concentraciones de artefactos de variable tamaño (hasta 2 ha. en Omalaca) y densidad, pudiendo llegar incluso a presentar contornos difuminados en los que la densidad de artefactos va disminuyendo gradualmente hasta desaparecer. La mayoría de estos sitios, o al menos los de mayor tamaño, se ubican en las márgenes de los cursos de agua permanente (ríos Alizo, Polulos o Márquez) o en las vegas (Jatún Ciénego, Chaqui Ciénego).

En consonancia con lo anterior, llama la atención la escasa potencia arqueológica de estos yacimientos, algo que podría relacionarse por igual con la erosión y/o con los procesos de formación del sitio arqueológico. En este sentido, parece factible que las concentraciones de mayor tamaño y densidad no respondieran a grandes asentamientos, sino a una ocupación reiterada de puntos especialmente favorables en el entorno por parte de grupos relativamente pequeños (una o dos unidades domésticas). A. Nielsen (1997-98) asocia este tipo de registro a un modo de vida pastoril caracterizado por una elevada movilidad residencial, uso de estructuras perecederas y ocupación del espacio escasamente redundante. A este modo de vida corresponderían igualmente las escasísimas inhumaciones detectadas en esta zona, en abrigos u oquedades naturales, en posición genuflexa y carentes de ajuar o con tan sólo un par de vasijas.

Salvo algunos implementos de molienda y alguna que otra pala, elementos relacionados con prácticas agrícolas, los sitios de esta zona contienen gran cantidad de material óseo, desechos de talla de materia prima diversa (sílice, basalto, obsidiana, cuarcita, ópalo, calcedonia), puntas de proyectil (formalmente similares a las referidas en la Zona Norte) y artefactos líticos varios (cuchillos, raspadores, etc.). Precisamente esta abundancia de puntas de flecha y artefactos líticos relacionados con el despiece, unido a su concurrencia en vegas y lagunas, pareciera apuntar a una intensa explotación de los recursos cinegéticos silvestres tan abundantes en el sector (*vid* cap. I.A.).

En cuanto a la alfarería, predomina una cerámica carente de todo tratamiento especial de superficies, destacando la presencia de algunos fragmentos que presentan impresiones de tejidos de trama fina en el exterior de unas paredes que apuntan a formas cerradas. A pesar de su escaso porcentaje de representación, la cerámica decorada cuenta con una gran diversidad, uniéndose a la representación de los grupos comunes en la Zona Norte (Mallku-Hedionda, Chillpe, Colla) fragmentos de cerámica Yura (Ibarra-Grasso y Querejazu 1986; Lecoq 1999), Puquí, Tarija Inciso (Arellano 1984b), Pozuelos con cuarzo y, muy significativamente, Yavi-Chicha (Fernández 1978; Krapovickas 1975, 1977; Raffino *et al.* 1986).

Zona Suroeste:

Dentro de ésta, la más árida del Altiplano de Lipez, son muy pocos los sitios correspondientes al Período Tardío, quedando divididos en dos tipos: parapetos y/o concentraciones de artefactos, y complejos de recintos aislados.

Las concentraciones de artefactos que definen al primer tipo suelen ser de reducida pero variable densidad, quedando asociadas a vegas u ojos de agua. En su mayoría se trata de sitios formados por parapetos, refugios y/o corrales de piedra, que ofrecen amparo a los arrieros y facilitan el manejo de las tropas de llamas, reutilizados desde el Período Formativo (*vid* nota 14) hasta la actualidad como puestos de pastores y/o paraderos de caravanas (jaras o jaranas), algo que dificulta su datación. En aquellos en que no se aprecian evidencias de reocupación (Vega de Pampa Jara 2, Rincón de Pampa Jara) se observan estructuras de piedra escasas y muy simples, similares a las detectadas en otros lugares (Río Loa, Atacama, sector norte de la Quebrada de Humahuaca y Puna de Jujuy) y a las que todavía utilizan hoy los arrieros para acondicionar los enclaves de campamento habitual (*v.gr.* Berenguer 1994; Kunzar 1995; Nielsen 1997c, 1997-98, 2000, 2001a, 2003; Nielsen, Avalos y Menacho 1997; Sinclair 1994).

A diferencia de éstos, aunque también pequeños y asociados a fuentes de agua permanente, el tipo de recintos aislados que caracteriza a los sitios del segundo tipo cuenta con estructuras algo más elaboradas, correspondiendo así con posibles estancias de ocupación estacional. Su número oscila entre un par de recintos contruidos ex profeso en abrigos (Peñitas Blancas) y decenas de estructuras entre viviendas precarias y corrales (Lagunita, Polques). En cualquier caso, A. Nielsen (1997a: 112, 1998: 91) presupone a estos complejos el valor de puestos de pastoreo estival, sin detrimento de que hayan podido funcionar igualmente como paraderos de tropas de llamas, o incluso como puestos de caza (v.gr. Bradfield 1961; Nielsen *et al.* 1999).

Ninguno de estos dos tipos presenta vestigio alguno que pueda relacionarse con la agricultura ni con la presencia permanente de grupos humanos. Sin embargo, junto al pastoreo y la caza, la explotación de los recursos minerales bien pudo haber jugado un papel significativo dentro de la ocupación temporal de esta zona, una actividad que queda constatada en Laguna Blanca, cuyas fuentes de obsidiana (márgenes sur y oeste) presentan claras evidencias de cantería asociadas a parapetos semicirculares de pirca seca, gran cantidad de desechos de talla y presencia de cerámica ordinaria (Laguna Blanca 1, Pampa de Torringo). Remontando el arroyo de Guayaques Grande, principal tributario de la laguna, el sitio de Guayaques -campamento de arrieros hasta fechas recientes- presenta importantes cantidades de desechos de obsidiana; fragmentos de cerámica Dupont, Yavi-Chicha e Inka testimoniarían el aprovechamiento de la esta fuente lítica al menos durante el Período Tardío, quedando abierta la posibilidad de su explotación en períodos anteriores (Nielsen *et al.* 1999: 117).

Así mismo, la notable presencia de mineral de cobre y cuentas de collar de malaquita e ignimbrita registrada en los complejos anteriormente descritos podría igualmente relacionarlos con la actividad minera en la zona y/o con el tráfico

caravanero interregional de metales y bienes relacionados (*cfr.* Núñez 1987). Por otra parte, no habría que olvidar la importancia medioambiental del sistema lacustre en esta zona, que podría convertirla así en nodo de interacción de los distintos grupos de la Puna Salada, y favorecer con ello la celebración de prácticas rituales ligadas a las caravanas (*cfr.* Nielsen 1997-98, 2000, 2001a). Desde esta óptica debiera leerse quizás el contexto de algunos sitios que presentan concentraciones de mineral y cuentas de collar en pasos montañosos.

Resultan también ubicuos a ambos tipos los desechos de material lítico y los instrumentos como puntas de proyectil, raspadores o cuchillos. En cuanto a la alfarería, podría establecerse una división en dos mitades con Laguna Colorada como eje diferencial: al norte (Corrales de Huayllajara, Silala 2 y 3, Laguna Hedionda), práctica exclusividad de la cerámica Mallku-Hedionda; más al sur, mayor frecuencia de tipos Dupont, Rojo Violáceo (Berenguer *et al.* 1986; Schiappacasse, Castro y Niemeyer 1989: 213), Yura, Colla, y principalmente Yavi-Chicha.

* * *

Hasta aquí esta suma arqueológica de Lípez, a partir de la cual, y por contraste con los patrones de asentamiento y el uso de los espacios económicos actuales, A. Nielsen (1998) propone un modelo de ocupación humana del Altiplano de Lípez fundamentado en tendencias de *longue durée*, planteamiento que se vería corroborado por la presunción de que las condiciones medioambientales del Período Tardío y del presente no han cambiado en exceso. Desde el punto de vista de un determinismo geográfico o una ecología cultural a ultranza, este contraste entre condiciones medioambientales, patrones poblacionales y espacios económicos no haría sino demostrar que la diversidad en el registro arqueológico de cada una de las zonas ecológicas responde a una especificidad cultural e incluso étnica. A resultados similares podría llegarse

desde análisis del paisaje amparados en desarrollos fenomenológicos, poniendo para ello en interrelación los ya comentados modelos operativo y percibido de aprehensión del espacio geográfico (cap. II.B.). Y sin embargo, desde la aplicación de estos mismos modelos se podría igualmente desmontar tal conclusión, utilizando para ello la proyección de clasificaciones *emic* sobre paisajes y paisanaje. A pesar de todo ello, no entraré aquí en un debate teórico al respecto. Más bien, mi siguiente propósito será el de discutir la medida en que resulta posible instalar estas diferencias ecológico-culturales entre zonas en la base de esas clasificaciones que incas y españoles proyectaron sobre Lipes, y sobre las que me centraré en capítulos siguientes (caps. IV. Y VI.).

Simplemente desde la evidencia medioambiental, es un hecho que las poblaciones de la Zona Norte vienen gozando de un abanico de recursos más amplio y de mayor productividad que sus vecinas de las otras dos zonas, pudiendo así diversificar las actividades económicas combinando agricultura, pastoreo y aprovechamiento de los recursos minerales (sal, cobre) y silvestres (caza, raíces, leña, madera de cactus para la construcción). A esta suma de condiciones favorables, A. Nielsen (1998: 92) añade su posición central en la ruta ideal de comunicación entre las dos vertientes de los Andes, la misma que parecen haber venido usando los incas, el tráfico colonial entre Potosí y el Pacífico (v.gr. Lecoq 1997b; Martínez 1985; Sanhueza 1992), el ferrocarril en el siglo XIX y el turismo en la actualidad.

Sin embargo, a pesar de que sus recursos cubren la mayor parte de las necesidades de los grupos agropastoriles, esta Zona Norte resulta deficiente en cultivos mesotérmicos y tropicales como maíz, calabazas, legumbres, ají y coca, cuyas fuentes de abastecimiento más próximas se localizan en los oasis y quebradas del Norte de Chile o en la Quebrada de Humahuaca en el Noroeste Argentino. A este respecto pudieron haberse desplegado múltiples mecanismos sociopolíticos que ya tendremos ocasión de considerar en capítulos siguientes, y

entre los cuales se sitúan el tráfico caravanero, la trashumancia, las redes de parentesco, el establecimiento de colonias de mitmaqunas o, ya en épocas colonial y republicana, la migración temporaria, el comercio y el contrabando.

En este contexto de intercambios económicos, culturales y demográficos interregionales, las poblaciones de la Zona Sureste parecen haber estrechado históricamente sus vínculos con los agricultores de los valles y quebradas orientales que se extienden más allá del río Grande de San Juan, la Serranía Chicha, la Puna de Jujuy y la Quebrada de Humahuaca. A pesar de las distancias y las barreras orográficas, las caravanas y el modelo de movilidad giratoria horizontal definido por L. Núñez y T. Dillehay (1978) parecen evidenciarse como estrategia económica mucho más efectiva que los intentos de control directo de territorios segmentados de acuerdo a ese otro modelo de verticalidad insular de J. Murra (*vid supra*). En este sentido, no habría que olvidar la asimetría que marca la articulación de espacios económicos entre el altiplano y los valles, tanto por la necesidad que las gentes de la puna tienen de abastecerse de recursos propios de tierras templadas, como por el papel activo que el disponer de animales de carga les confiere en tales relaciones. Es por ello que A. Nielsen (1998: 93, también 2002b) llama la atención sobre una tendencia dominante en sentido descendente que hace a “los alteños” conocer con cierto detalle esos valles y quebradas orientales, mientras que entre “los vallistas” se impone el escaso conocimiento de Lípez; tan sólo el atractivo de las minas, alguna feria o el abastecimiento de carne de llama revierten coyunturalmente esta tendencia²⁶.

Junto a ello, el aprovechamiento de los recursos silvestres y la caza constituyen actividades que, si hoy tienden a desaparecer como consecuencia de las alternativas económicas, la prohibición cinegética y la sobreexplotación, en el

²⁶ A este respecto, resultan muy interesantes los datos de tipo censal relativos al siglo XIX aportados por T. Platt (1987: 506) a colación de las ferias en Colcha “K” y el trasiego de gentes provenientes de distintas alturas.

pasado habrían constituido una práctica predominante en el sureste de LÍpez. Precisamente fueron estas dos actividades las utilizadas por algunos indios para empobrecerse de cara a las autoridades coloniales y esquivar así la Tasa de la Visita General del virrey Toledo y quedar exonerados de la mita minera potosina, algo sobre lo que volveré a su debido tiempo (cap. VI.B.).

Por su parte, la Zona Suroeste responde a una dinámica distinta. Dadas sus condiciones ambientales, en estos parajes sólo se habrían alojado grupos estacionales dedicados al aprovechamiento de los recursos minerales y/o silvestres, los mismos que hoy se continúan explotando y que constituyen a su vez un reclamo para el turismo. En términos estrictamente ecológicos, los recursos disponibles en torno a las lagunas salobres de este sector también están presentes en las zonas Norte y Sureste, lo cual le restaría interés para las gentes de LÍpez; empero, resultan de gran valor para las poblaciones atacameñas, que además los encuentran relativamente cerca para su explotación a partir de desplazamientos trashumantes o expediciones logísticas. En este sentido, y hasta el establecimiento de las modernas fronteras internacionales, la Zona Suroeste pareciera haber estado estrechamente vinculada a las poblaciones precordilleranas occidentales, sin olvidar a este respecto que desde de las guerras de independencia, y hasta fines del siglo XIX, parte de Sur LÍpez (sección San Pablo de LÍpez, cantón Quetena) formó una misma unidad político-administrativa con Atacama.

En términos demográficos, y como consecuencia de su potencial agrícola, tan sólo en la Zona Norte se dieron concentraciones permanentes más o menos nucleadas, mientras que en la Zona Sureste el patrón poblacional respondió a modelos dispersos de baja densidad hasta que la Colonia impulsó la explotación permanente de sus recursos minerales en el siglo XVII; con todo, el poblamiento español sobre este sector mantuvo la dispersión, aumentando tan sólo la densidad

demográfica en torno a los asentos de minas, como presentaré en su momento (caps. IX.B. y IX.C.).

Atendiendo a estos dos componentes económico y demográfico (y siempre de acuerdo con la división tripartita de Nielsen), la Zona Norte resulta definida por los contrastes entre los paisajes económicos intensivos agrícola-residenciales y los paisajes extensivos que se derivan de la actividad pecuaria; en cualquier caso, los poblados con arquitectura en piedra continuarían siendo la unidad básica en la articulación de espacios. Contrariamente, en la Zona Sureste el ordenamiento territorial parece responder a un modelo más homogéneo y extensivo derivado del modo de vida pastoril, cuya movilidad espacial favorecería un patrón de asentamiento disperso, concretado en la ocupación recurrente e intensiva de vegas y cursos de agua permanente así como también cuevas y abrigos. Para la Zona Suroeste esta congruencia espacial quedaría marcada a partir de la relación directa entre el grado de explotación de los recursos y la magnitud de las estructuras arquitectónicas, de tal manera que a puestos pastoriles estacionales corresponden construcciones en piedra (viviendas y corrales), mientras que las jaranas quedan definidas por estructuras precarias.

Dejando de lado el caso de la Zona Suroeste, nodo de tráfico interregional todavía pendiente de un análisis arqueológico monográfico²⁷ como los desarrollados para otros sectores de características ecológico-culturales análogas, como los oasis de San Pedro de Atacama (v.gr. Berenguer 2004; Llagostera 1996; Núñez 1991, 1994, 1996), ¿qué relaciones cabría esperar entre las zonas Norte y Sureste?

²⁷ En esta línea destacan los trabajos realizados por A. Nielsen (2001c, 2004; Nielsen *et al.* 1999) en la Reserva Nacional de Fauna Andina Eduardo Avaroa, eje central de su investigación más reciente sobre las rutas de tránsito entre el área nuclear del Señorío Mallku, los oasis de San Pedro de Atacama y el Loa Superior, que sin duda contribuirá a ampliar el conocimiento de los manejos del espacio en Lipez y de la interdigitación étnica en la región (comunicación personal del propio Nielsen en diciembre de 2004).

Fundamentándose en la comparación etnográfica, A. Nielsen (1998: 95, también 2002b) apunta que los habitantes de la Zona Norte no parecieran depender de los recursos que de la Zona Sureste, alegando el hecho de que actualmente la gente del Norte sólo frecuenta el Sureste en sus desplazamientos hacia las ciudades o valles orientales, o para visitar a parientes o en respuesta a los patrones de residencia post-conyugal, estando mucho más familiarizados con el Norte de Chile y la Puna de Jujuy. Por mi parte, preparando un trabajo sobre tradición oral acerca del pasado minero de Lípez, pude incluso detectar signos de evidente desprecio por parte de las gentes del Norte hacia sus vecinos del Sureste, a los que consideran culturalmente más atrasados (Gil 2006b: 3).

De modo análogo, considerando la alfarería como aproximación a los patrones de tráfico e interacción, y tal como quedó planteado más arriba, la única relación entre ambas zonas pareciera estar marcada por la presencia en la Zona Sureste de cerámica Mallku-Hedionda, aparentemente originaria de la Zona Norte. A partir de este dato, sin embargo, se plantea una asimetría de conjuntos según la cual en el Norte están presentes tipos procedentes de Tarapacá y Arica, el entorno del lago Titicaca y el Altiplano Sur (cerámicas Chillpe, Colla, Taltape - Dauelsberg 1984), mientras que el Sureste predominan las alfarerías Yavi-Chicha y Tarija Inciso, ausentes en el registro arqueológico de la Zona Norte (Nielsen 1997a: 117-118, 1998: 87, 88, 95).

El análisis espacial hasta aquí presentado bien podría inducir a pensar que 1) las zonas Norte y Sureste habrían albergado componentes funcionales diferenciados de un sistema de asentamiento complejo, o 2) que gentes de un mismo grupo se habrían movido por ambas en función de una explotación diversificada de recursos (p.ej. sobre una base estacional). Sin embargo, A. Nielsen (1997a: 115 nota 1, 1998: 96) desestima ambas opciones. Por un lado, aduce este autor que la vasta planicie central que separa ambas zonas representa una importante barrera, temida incluso por los llameros actuales de Sur Lípez,

que hasta fecha reciente sólo la cruzaban dos veces al año para cargar sal en Nor Lítez; por otro, llama la atención sobre el hecho de que el control de los espacios del Sureste no ofrecería a las poblaciones del Norte recursos muy diferentes a los existentes en su propio territorio o en la Zona Suroeste, hacia donde sí parece que se desplazaran en el pasado, en convivencia con sus vecinos atacameños. En términos tecnológicos, Nielsen señala además la extremada diversidad de los conjuntos de artefactos procedentes de la Zona Sureste, mayor incluso que los del Norte, algo que apuntaría a ocupaciones más o menos permanentes y no a meras estancias periódicas derivadas de esa supuesta explotación de recursos estacionales. Finalmente, resuelve que esta hipótesis de complementariedad funcional no cuadra con la presencia de fortalezas en el límite entre ambas zonas, que por el contrario estarían sugiriendo unas relaciones de marcada tensión intergrupar.

En suma, y habida cuenta de la diversidad que revela esta suma arqueológica, pareciera que las zonas Norte y Sureste habrían albergado desarrollos culturales distintos, a veces incluso con marcados contrastes entre sí, mientras que el registro multicomponente de la Zona Suroeste reforzaría su caracterización como nodo de tránsito. En conclusión, enfrentando así los registros arqueológicos de estas tres zonas aquí presentados, y comparando el resultado con la información etnohistórica procedente de Juan Lozano Machuca ([1581] 1965) y Luis Capoché ([1585] 1959), A. Nielsen (1997a: 114 y ss) resuelve que las diferencias culturales entre las zonas Norte y Sureste se encuentran directamente relacionadas con la distinción que los autores coloniales establecieron entre indios “aimaraes” y “uros”, y cuyas bases constituyen la esencia del capítulo VI.

IV

Mitmaqunas y salvajes.

Lípez en el Período Inca

Incidí en el capítulo anterior sobre la distancia geográfica, y en cierto modo cultural, que separa al Altiplano de Lípez del área nuclear del eje acuático del Altiplano Centro-Sur en el que florecieron los señoríos aymaras post-Tiwanaku. Pero al mismo tiempo señalé que la arqueología, siguiendo en ello a J. Arellano y E. Berberían (1981; Berberían y Arellano 1980), tiende a considerar el Señorío Mallku como una entidad sociopolítica análoga a estos señoríos altiplánicos propios de los Desarrollos Regionales del Tardío. Tal y como veremos, según la versión de Juan de Betanzos ([1551] 1987), habría sido Tupac Inca Yupanqui (1471-1493) quien incorporase Lípez al Tawantinsuyu cuando desde Atacama acudía a sofocar una rebelión en la provincia de los chichas. Sin embargo, y a la vista de los resultados vertidos por su campaña de excavación de 1977, estos autores apuntaron:

“la ausencia total, hasta ahora, de elementos incaicos en la región nos induce a pensar que por tratarse de una zona sujeta a condiciones de vida rigurosas, siendo además marginal del área principal ocupada por los incas -toda la región de la costa- los Mallkus debieron permanecer en un aislamiento protector y conservar muchas pautas culturales propias,

cuando en el siglo XVI Pedro Valdivia y sus soldados atravesaron LÍpez en su camino de conquista a Chile.” (Arellano y Berberián 1981: 55; Berberián y Arellano 1980: 271).

Los avances en el conocimiento arqueológico de los grupos que poblaron LÍpez en época prehispánica contradice la visión de estos autores, pues se ha registrado una marcada presencia inca en la Zona Norte en función de su potencial económico y su valor geoestratégico en el control de las rutas de tránsito hacia el Norte Chileno (Arellano 2000: 221-248, 255-257; Nielsen 1997b, 2002a).

Saltando del pasado al presente y mirando las ruinas arqueológicas desde su perspectiva *emic*, las comunidades actuales guardan en su memoria una contradictoria idea del paso de los incas por LÍpez, que son considerados al mismo tiempo como héroes civilizadores que establecen la paz y perfeccionan la agricultura y el tejido, y como los causantes de la extinción de “los chullpas”, nombre genérico que desde el “pensamiento andino” se da a “los antiguos” del pasado preincaico. En la mayor parte de los Andes la memoria histórica y la *tradición inventada* (*sensu* Hobsbawn 1984) reivindican a los Incas como héroes culturales y nexo de unión con un pasado prehispánico que se representa glorioso¹; sin embargo, en mi trabajo de campo etnográfico en Nor LÍpez he constatado reiteradamente el desarraigo identitario de las actuales comunidades respecto de los incas, a los cuales apenas se concede relevancia aparente en la secuencia mito-histórica que ordena *su* Pasado (Gil 2005a, 2007a, 2007b).

¹ Desde esta perspectiva habría que considerar tanto los movimientos de corte mesiánico que durante la Colonia se hicieron patentes en el Taki Onqoy o la rebelión de Tupac Amaru, como los movimientos nativistas que desde el siglo XIX viene promoviendo un indigenismo amparado en una supuesta pervivencia inalterada de la tradición inca a lo largo de los siglos, y que hoy como entonces persiguen un cambio de orden que entronque con los universos simbólicos del Tawantinsuyu. Para un debate en profundidad sobre este tema remito al lector interesado a los ya clásicos trabajos de M. Burga (1988) y A. Flores (1987).

Considerando estos puntos de vista enfrentados, dedicaré este capítulo a tratar de resolver estas paradojas. Así, en primer lugar abordaré el Período Inca en Lípez desde la arqueología, prestando especial atención a los consecuentes cambios producidos en los patrones de asentamiento y a su incidencia en el control de las rutas de tránsito. A continuación, incidiré en la incorporación de Lípez al Tawantinsuyu desde las crónicas Juan de Betanzos ([1551] 1987) y del Inca Garcilaso de la Vega ([1609] 1995), los dos únicos autores coloniales que relatan estos hechos, intentando así conectar los resultados arqueológicos con los relatos etnohistóricos. Finalmente, intentaré rastrear en la anacronía del “pensamiento andino” las bases de la construcción regional de Lipes a partir de su representación como un paisaje agreste poblado por un paisanaje salvaje, categorías clasificatorias de origen inca que se continuaron durante la Colonia.

IV.A.- RASTREANDO UNA ORGANIZACIÓN IMPERIAL. EVIDENCIAS ARQUEOLÓGICAS DE LA PRESENCIA INCA EN LÍPEZ.

El último tercio del siglo XV asistió a la expansión del Tawantinsuyu por el altiplano surandino, alcanzando hasta buena parte del Noroeste Argentino y la mitad norte de Chile. Sin embargo, el conocimiento de la instalación inca en toda esta área más meridional resulta regionalmente sesgado, registrándose sobre todo mayor volumen de información arqueológica y etnohistórica para los Valles Calchaquies, el sector medio de la Quebrada de Humahuaca, los valles preandinos de Cuyo y los valles transversales al oeste de Atacama. Considerando estas deficiencias, y pretendiendo sistematizar arqueológicamente el contacto entre los incas y las sociedades locales del Altiplano Sur y el extremo boreal de Argentina, así como la posición de estas áreas y estos grupos étnicos en los engranajes del Tawantinsuyu, R. Raffino *et al.* (1986: 65-66) diseñaron una plantilla de análisis fundamentada en los siguientes puntos principales:

- a) notación del grado de intensidad en que se registra la presencia inca.
- b) reconocimiento de los territorios más presionados por el (re)ordenamiento político-económico inca.
- c) en función de los dos puntos precedentes, examen de las similitudes/diferencias entre la presencia inca en el páramo puneño y los valles fértiles.
- d) discriminación de la procedencia de los artefactos hallados en cada yacimiento, diferenciando entre tradiciones locales, provinciales o cuzqueñas.
- e) respecto de la cultura material, y según la discriminación anterior, 1) registro del grado de frecuencia que ostentan los estilos alfareros receptores en relación con los incas, y 2) cotejo entre el grado de regionalización de los estilos incas de acuerdo a tipos preexistentes y/o su persistencia rígidamente estandarizada.
- f) análisis del patrón de asentamiento, distinguiendo entre el establecimiento de enclaves incaicos aislados y la reagrupación de sitios preexistentes sobre los que se impone una instalación incaica.
- g) considerando las opciones anteriores, examen de diferencias morfoestructurales entre establecimientos, para lo cual se inferirán diversificaciones locales en la explotación, administración y movilidad generadas por el Incario.
- h) en función de todo ello, interpretación de la situación de contacto existente entre el Estado y las jefaturas locales.

Con respecto al punto f), estos autores diferenciaron cinco tipos de asentamientos:

1. los orientados hacia actividades agrícolas, más o menos intensivas, y con evidencias de almacenaje.
2. los orientados hacia actividades mineras, en algunos casos con estructuras construidas ex profeso para el lavado de mineral.

3. los utilizados como tambos y postas de enlace.
4. los orientados hacia actividades político-administrativas relevantes.
5. los fragmentos de red vial, integrados en todos los tipos anteriores.

En añadidura a estos tipos fundamentales, habría que apuntar los enclaves ceremoniales de altura, talleres artesanales alojados en poblados preexistentes y los bastiones defensivos. Además, y en términos generales, advierten estos autores que la funcionalidad específica de los tipos 1) y 2) no es excluyente de su integración como enclaves de tipo 3) dentro de la red vial inca, aunque sí señalan una mayor complejidad y jerarquización de los emplazamientos agrícolas y mineros con respecto de los tambos, existiendo en cualquier caso una estrechez de vínculos entre éstos y cualquiera de los dos anteriores (Raffino *et al.* 1986: 87-88).

Trasladando esta plantilla a Lípez, la presencia inca quedaría reducida a los tres primeros tipos de enclaves, que A. Nielsen (1997b) clasifica en dos grandes grupos:

- instalaciones incaicas “puras”, construidas en este período para desempeñar funciones relacionadas con la organización imperial en la región, y
- sitios locales en donde lo incaico se manifiesta a partir de la arquitectura y/o la cultura material, casi siempre representada por alfarería con formas incaicas (aríbalos, platos de asa ornitomorfa, *puchuelas*) o diseños de estilo “Llamita” o Inca Pacajes y, más raramente, Cuzco Polícromo.

Para este autor, tan sólo corresponden a la categoría de *sitios incaicos* “*puros*” tres tambos situados en la Zona Suroeste. El mayor de ellos se emplaza al pie del cerro Licancabur, en una hoyada a 4.600 m.s.n.m., entre los volcanes Juriques y Licancabur, y constituye una instalación de interés significativo a la hora de resolver el papel de las poblaciones locales en el contexto de la

celebración de las ceremonias estatales (Nielsen 1997b: 283). Se organiza el sitio en cuatro sectores en torno a una gran plaza cuadrangular (1), delimitada por edificios asociados, en cuyo centro se advierte un hoyo cubierto parcialmente por una roca, que tal vez cumpliera las funciones de *usnu* en el ceremonial. De su acceso oeste, flanqueado por dos estructuras torriformes arruinadas (¿chullpas?), parte la senda hacia el volcán. Al oeste de la plaza, varios conjuntos de estructuras de cuidada construcción (2), en los que se concentra gran cantidad de material cerámico que, según Nielsen, remitiría casi exclusivamente a formas cerradas, insinuando a partir de ello la posibilidad de un sector de almacenaje. Sobre la ladera de una explanada elevada al suroeste de la plaza principal, más de cincuenta estructuras (3), en su mayoría recintos simples de construcción expeditiva, que este autor interpreta como albergue para quienes acudieran al lugar en tiempo de ceremonias. Separado del complejo unos 100 metros al noroeste, un grupo de estructuras encerradas dentro de un muro perimetral de acceso restringido (4), de excelente factura, que recuerdan a las del sector oeste; alrededor, algunos recintos similares a los del sector suroeste.

Los otros dos tambos, distantes entre sí una jornada (12 Km. en línea recta), constituirían postas de enlace en el camino que desde Chichas corre por la vertiente andina oriental remontando el río San Juan de Oro a partir de su paso por Calahoyo, en la frontera con Argentina, y que une el interior de Lípez con San Pedro de Atacama. El mayor de ellos, Campamento del Inka, localizado junto a la vega de un arroyuelo que se pierde en el páramo, consta de cuatro recintos aparentemente intercomunicados, que pudieran haber funcionado como corrales, y otros cuatro que hubieron podido servir de albergue; completan el conjunto un par de estructuras circulares. En el registro superficial del sitio se encontró gran cantidad de material cultural: mineral de cobre, cuentas de collar de malaquita e ignimbrita, desechos de talla de obsidiana y sílex, puntas de proyectil de diferente factura, y abundante cerámica, incluyendo fragmentos Colla, Yura y Yavi-Chicha, pero no Inca, tónica generalizada en muchos de los

sitios tardíos de esta área. En opinión de A. Nielsen (1997b: 284; Nielsen *et al.* 1999: 118, 120), esta acumulación de materiales con ausencia de artefactos de origen Inca sugeriría la posibilidad de que sistemáticamente se ocuparan emplazamientos ya existentes, tal vez campamentos de caravanas utilizados a lo largo del tiempo, algo lógico dada la circunscripción de los recursos favorables para la ocupación humana de esta zona. Las características de la segunda posta, Inka de Catalcito, algo más pequeña aunque de planta y arquitectura muy similar a la anterior, con escasas muestras de ocupación, parecieran corroborar la hipótesis anterior.

Respecto de los *sitios locales que cuentan con vestigios incaicos asociados*, lo que primero llama la atención son sus notables diferencias formales y el grado de intensidad de la presencia incaica. En función de ello, y de cara a una mejor consideración de la posición de Lípez en los engranajes territoriales del Incario, recurriré nuevamente a la sectorización de zonas ecológico-culturales definida por A. Nielsen (especialmente 1998, *vid caps. II.A. y III.B., Mapas II-5 y III-3*).

En la Zona Suroeste, predominan los sitios pequeños localizados en vegas y asociados a las principales rutas de tránsito que cruzan el sector, y que debieron servir como campamentos de caravanas, al menos durante el Período Tardío. Su distribución sugiere que estarían formando parte de la misma ruta que los comentados tambos Camino del Inka e Inka de Catalcito, lo que resolvería que el Tawantinsuyu aprovechó rutas y postas preexistentes antes de desarrollar una infraestructura propia, como sugiere la diferencia entre las postas con clara evidencia de reutilización y aquellas otras que parece como si apenas hubieran sido utilizadas (Nielsen 1997b: 284). A medio camino entre estos enclaves pequeños y los tambos anteriormente descritos, el sitio de Lagunita, asociado a una pequeña laguna y vega, formado por numerosos recintos dispersos cuya

factura apunta más hacia un asentamiento pastoril estacional que a un simple paradero de arrieros.

En todos ellos, hay materiales de filiación incaica más elaborados y con presencia de estilos imperiales (p.ej. fragmentos Cuzco Polícromo y hasta una maza estrellada de piedra), aparentemente de circulación restringida dentro del sistema de (re)distribución estatal, y que, según Nielsen (1997b: 284-285), se habrían “filtrado” hasta estos puntos a través de las caravanas. En este contexto habría que considerar los fragmentos de cerámica “Llamita” o Inca Pacajes hallados por Barfield (1961: 99-100) en Laguna Hedionda.

También ligados a rutas de tránsito destacan el sitio Santa Rosa SR-1 y el Tambo de Ramaditas (Arellano 2000: 221-230). El primero de ellos está conformado por dos estructuras cuadradas de factura cuidada -que en la actualidad han sido reconvertidas en cocinas de una posta en las rutas que cruzan el Salar de Uyuni con dirección a San Pedro de Atacama-, y otras dos circulares, una de ellas de mayor tamaño y semiderruida; a cierta distancia, se une al conjunto una chullpa circular de arquitectura tosca. Por su parte, el Tambo de Ramaditas, al sureste de la Laguna de Ramaditas, se divide en dos complejos entre los cuales habrían quedado dispuestas diferentes pircas de protección, aunque es de advertir el notable estado de deterioro en que se encuentra el sitio como consecuencia de la depredación derivada del turismo. De la misma manera que en el resto de sitios mencionados, los materiales cerámicos de ambos hablan de asentamientos multicomponentes ocupados por diferentes grupos que habrían parado en estas postas en su camino hacia la costa. Quizás en relación con este tránsito habrían de entenderse buena parte de los materiales cerámicos hallados en el cercano Abrigo de Ramaditas -con evidencias de una ocupación prolongada a lo largo de diferentes períodos-, más cercanos a tipos atacameños que a la alfarería mallku predominante en Lípez (Arellano 2000: 138-154).

De acuerdo con las expectativas de A. Nielsen (1997b: 286; Nielsen *et al.* 1999: 120), lo que restaría aún por resolver es el destino del tráfico caravanero local dentro de los engranajes del Tawantinsuyu, así como su inserción de las redes estatales de intercambio y (re)distribución. Si, como todo parece indicar, los incas se apropiaron de jaranas² preexistentes al tiempo que reajustaban las rutas de tránsito y/o trazaban otras nuevas, ¿pasaron éstas a ser utilizadas en régimen de exclusividad por el Incario? ¿Se mantuvo el tráfico caravanero local en forma relativamente independiente bajo el dominio incaico? En caso de que el Estado respetase y pusiera bajo su fiscalidad las redes de tráfico ya establecidas, ¿delegó su responsabilidad en algún grupo concreto, y de ser así, de acuerdo a qué criterios? En cierta medida estos mismos interrogantes se trasladan al tráfico caravanero durante la Colonia -igualmente inserto en un contexto de dominación imperial-, por lo que volveré sobre ellos más adelante en un intento por esclarecer el papel jugado por los lipes en la articulación económica del Altiplano Sur (cap. VIII.B.).

La Zona Sureste, aquella por la que Tupac Inca Yupanqui tal vez habría cruzado hacia la provincia de los chichas en su regreso al Collao desde Atacama, carece de evidencias de presencia incaica, algo razonable teniendo en cuenta lo frío e inhóspito del piedemonte de la Cordillera de Lípez, habitado exclusivamente por reducidos grupos dispersos de pastores difíciles de controlar. Así, no ofrecería esta zona atractivos ni peligros para el Tawantinsuyu, aunque,

² *Jarana*: paradero “donde a la llama le gusta quedarse”. Lugar donde la caravana *se jara*, se detiene al final de una etapa, generalmente ubicado en enclaves altos y abiertos, apartados de las poblaciones y las quebradas, quizás próximos a puntos de paso en las rutas. Suele estar constituido por simples parapetos, fogones y muretes pircados semicirculares que protegen un fogón central. En ocasiones, especialmente en los lugares más fríos, la jarana cuenta con corrales o cercos de muros pircados y parapetos compactos y bien mantenidos, e incluso con basureros resultado de reiteradas limpiezas, lo que hablaría de una “jarana de ocupación prolongada”. A veces, la jarana puede contar con muros de pirca no muy altos y espacios cuadrados o rectangulares delimitados por lajas de piedra hincadas en el suelo; son lo conocidos en la literatura arqueológica como “sitios de muros y cajas”. Para una descripción más detallada de la naturaleza de las jaranas y de su papel dentro del tráfico caravanero en Lipis remito al lector interesado a los trabajos de A. Nielsen (1997c, 1997-98, 2001b).

como apunta A. Nielsen (1997b: 287), sería interesante explorar si tal vez los incas explotaron de manera directa sus importantes recursos metalíferos.

Pero sin lugar a dudas, el área de mayor importancia para la economía y la geoestrategia del Incario se encontraría en la Zona Norte, de condiciones ambientales favorables para la agricultura, próxima a las fuentes de aprovisionamiento de sal y en el centro de los circuitos de intercambio que comunican la costa del Pacífico, el Loa Superior y Atacama en el Norte Chileno, los valles potosinos y el Noroeste Argentino. Es en esta zona, y en especial en la Península de Colcha “K”, donde se detecta la presencia inca de mayor intensidad, ya sea a través de lo que aparentemente constituyen colonias de mitmaqunas (“desplazados”, *vid* cap. III. nota 7), o a partir de sitios multicomponentes donde lo incaico convive con lo local.

El sitio de mayor significación en esta zona es Laqaya, con una extensión aproximada de 7 ha., al borde de una península rocosa desde la cual se controla una fértil llanura agrícola actualmente destinada a cultivos de quinua. Cerrado por un alto acantilado en su parte occidental, el yacimiento está dividido en dos sectores claramente diferenciados, Alto y Bajo Laqaya, entre los cuales se extiende un cinturón de torres chullpas (Fig. IV-1). Las fechas de Carbono 14 sitúan su ocupación arqueológica entre fines del siglo XIII y la primera mitad del XV, abarcando el pukara de Alto Laqaya todo el período, y correspondiendo el poblado de Bajo Laqaya, organizado según un patrón en torno a una gran plaza central con plazas subsidiarias, a la ocupación incaica (Nielsen 1997b: 285-286, 2002: 185, 2006: 78-83, 86).

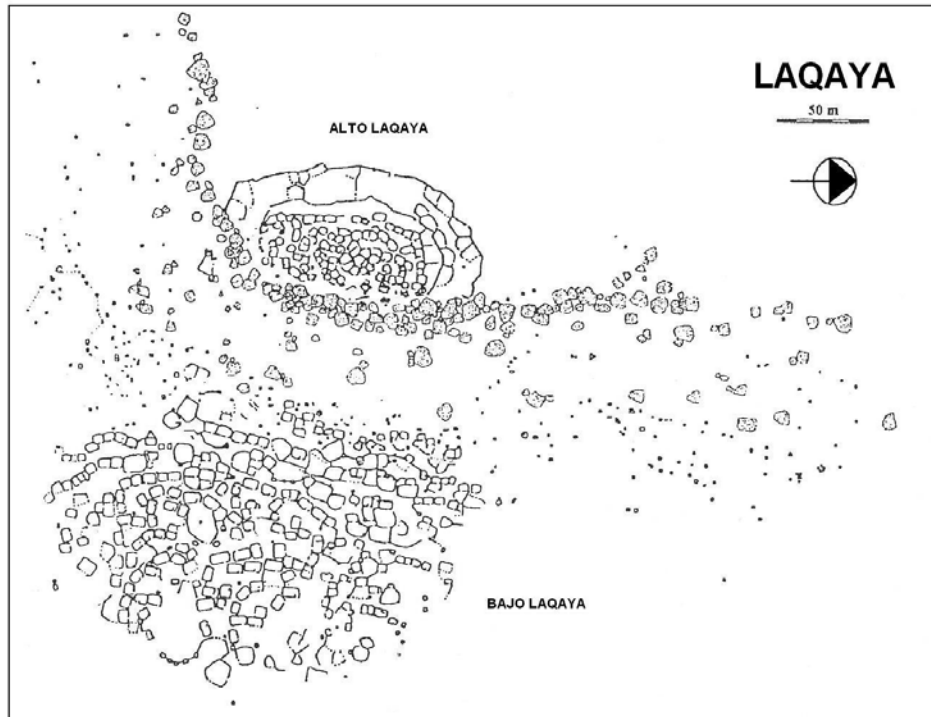


Figura IV-1: Planimetría del sitio arqueológico de Laqaya (Nor Lípez).
(Nielsen 1998: 85 fig. 3, modificada por el autor).

Para la tradición oral, como presentaré más adelante (cap. IV.C.1.), Laqaya habría sido la capital de los lipes en “el tiempo de los chullpas”, de “los antiguos”; en su pukara residirían los más importantes capitanes de los *auca runas*, contra sus muros se habrían dirigido gran número de ataques y, por este carácter capitalino, los incas lo convertirían en objetivo prioritario de conquista (Gil 2005a). Sin embargo, y por comparación con sitios similares del sector norte de la Quebrada de Humahuaca, en el Noroeste Argentino, A. Nielsen (1997b: 285, 286; 2006) propone la opción de que pueda tratarse de una comunidad tributaria establecida bajo imperativo del Inca, dedicada a la extracción de sal y/o metales o, más probablemente, al laboreo de campos del Estado, como sugieren el cinturón intermedio de estructuras chullparias que este autor interpreta como *collcas* o trojes, y los implementos de molienda y palas líticas hallados en ambos sectores del yacimiento. A esta hipótesis contribuyen también los cálculos demográficos proyectados por Nielsen sobre el sitio: 90-95 estructuras dentro del perímetro de muralla, que por su factura y dimensiones pudieron estar

funcionando como unidades domésticas, cifra próxima al centenar que define una *pachaca* dentro del sistema de organización decimal incaico (Pärssinen 1992: 381 y ss; Rowe 1982: 110).

De acuerdo con esta misma consideración de la Zona Norte como área primordialmente dedicada a la producción agrícola y al almacenamiento durante el Período Inca, J. Arellano (2000: 244, 247-248) apunta un modelo de dominio pleno de lo incaico a través del establecimiento de colonias de mitmaqunas y de la consolidación de las rutas de tránsito. Guiándose por las colecciones cerámicas, este autor sostiene que grupos pacajes del Altiplano Centro-Sur habrían sido trasladados por los incas a la península de Colcha “K” para encargarse directamente de estos asentamientos dedicados a la producción agrícola y/o al almacenamiento; entre tanto, el componente mallku local constituiría una población flotante transeúnte en torno a lo que Arellano considera como “centros comerciales transitorios” (Rancho Cuchu, Apacheta Pata, Cruz Vinto, Chaupi Loma), algo que encajaría con los patrones administrativos y de almacenamiento incaico propios de la sierra central peruana.

A tenor de las evidencias arqueológicas, quizás sea algo aventurado establecer filiaciones étnicas. Sin embargo, lo que sí parece quedar patente es la constitución de un patrón multicomponente articulado a partir de la caracterización de Lípez como nodo de tránsito entre los oasis de Atacama y la vertiente oriental andina. Este factor, junto con el potencial agrícola de la Zona Norte, explicaría las variantes zonales en los patrones de asentamiento, con un grado de presencia incaica inversamente proporcional al grado de densidad y complejidad organizativa de las poblaciones locales. Expresados así los puntos sobre los que la arqueología está trabajando de cara a resolver el contexto de las relaciones interculturales y el papel de las poblaciones locales dentro de los engranajes del Tawantinsuyu, pasaré a continuación a contrastar estos modelos

con la documentación (etno)histórica, aunque tampoco ésta ofrece un testimonio mucho más revelador que permita responder a estos dos puntos clave.

IV.B.- GENTE RUIN, MINAS DE COLORES. LA INCORPORACIÓN DE LÍPEZ AL TAWANTINSUYU DESDE LA VISIÓN INCA DEL *OTRO*.

Quizás por ocupar un área marginal, la incorporación de Lípez al Tawantinsuyu constituye un hecho impreciso. Garcilaso de la Vega relata cómo el séptimo Inca, Yahuar Huacac (antes Titu Cusi Huallpa), hijo del Inca Sinchi Roca, nombró capitán a su hermano Inca Maita (Apu Maita desde entonces) y lo envió al sur con cuatro Incas elegidos maestros de campo, hacia el Contisuyu, que según el cronista conquistaron satisfactoriamente:

“hicieron su conquista con brevedad y buena dicha y redujeron al imperio de los Incas todo lo que hay desde Arequepa hasta Atacama (que llaman Cuntisuyu, que es el fin y término por la costa de lo que hoy llaman Perú. La cual tierra es larga y angosta y mal poblada. Y así se detuvieron y gastaron más tiempo los Incas en caminar por ella que en reducirla a su señorío).

*>> Acabada esta conquista se volvieron al Cozco y dieron cuenta al Inca Yáhuar Huácac de lo que habían hecho. El cual, cobrando nuevo ánimo con el buen suceso de la jornada pasada, acordó hacer otra conquista con más honra y fama: que era reducir a su imperio unas grandes provincias que habían quedado por ganar en el distrito del Collasusyu, llamadas: Caranca, Ullaca, **Llipi**, Chicha, Ampara, las cuales además de ser grandes estaban pobladas de mucha gente valiente y belicosa. Por lo cuales inconvenientes los Incas pasados no habían hecho aquella conquista por fuerza de armas, por no destruir aquellas naciones bárbaras e indómitas sino que de suyo se fuesen domesticando y cultivando poco a poco y aficionándose al imperio y señorío de los Incas,*

viéndolo en sus comarcas tan suave, tan piadoso, tan en provecho de los vasallos como lo experimentaban todos ellos” (Vega [1609, Libro IV, cap. XX] 1995: 240, énfasis mío).

Sin embargo, añade el cronista, ésta segunda expedición nunca llegó a realizarse, pues el Inca andaba inmerso en los preparativos cuando se desató la sublevación de los *cuntis*, su ataque sobre el Cuzco y el asesinato del Inca³. Así, el territorio de Lípez se mantuvo fuera del dominio inca hasta el gobierno del Inca Wiracocha, quien sucedió a su padre Yahuar Huacac a la cabeza del Tawantinsuyu. De su conquista, que Garcilaso de la Vega atribuye a éste por desmerecer las campañas de Tupac Yupamqui, undécimo Inca, señala:

“Como el Inca Huiracocha quedase absoluto señor de todo su imperio, tan amado y acatado de los suyos (como se ha dicho) y adorado por dios, procuró al principio de su reinado establecer su reino y atender al sosiego y quietud de él y al buen gobierno y beneficio de sus vasallos.

[[...]]

>> Visitó sus reinos para que se favoreciesen con verle, que por las maravillas que de él se contaban era deseado por todos ellos. Y habiendo gastado algunos años en la visita se volvió al Cozco donde, con el parecer de los de su Consejo, determinó conquistar aquellas grandes provincias que se llaman Caranca, Ullaca, Llipi, Chicha (las cuales su padre dejó de conquistar por acudir al remedio de la mala condición del hijo, como en su lugar dijimos), para lo cual mandó el Inca Huiracocha que en

³ Molestos con los turnos de trabajo que el Inca les imponía de cara a la producción de excedentes con los que mantener a la nobleza del Cuzco, los *cuntis* (gentes del Cuntisuyu), se sublevaron de manera impetuosa, cayendo sobre la capital del Tawantinsuyu y obligando a Yahuar Huacac a refugiarse en el Inticancha o Templo del Sol, donde, violando la sacralidad del recinto, fue apresado y ejecutado junto con varios de sus hijos. Según queda recogido en los anales, en aquel momento se desató una terrible tempestad, que los *cuntis* tomaron como presagio providencial, retirándose y no causando mayores daños.

Superado el desconcierto y la calamidad, la panaca del Inca pudo reagruparse y se designó a Jatun Topac como sucesor en el trono, adoptando entonces el octavo Inca el nombre de Wiracocha.

Collasuyu y Cuntisuyu se apercibiesen 30 mil hombres de guerra para el verano siguiente.

>> Eligió por capitán general a uno de sus hermanos, llamado Páhuac Maita Inca [...]]. Eligió cuatro Incas por consejeros del hermano y maeses de campo. Salieron del Cozco y recogieron de camino la gente levantada. Fueron a las provincias dichas.

[...]

>> Tuvieron algunos reencuentros y batallas, aunque de poco momento, porque más fue querer los enemigos, como belicosos, tentar sus fuerzas que hacer guerra descubierta a los Incas, cuya potencia era ya tanta (y más con la nueva reputación de las hazañas del Inca Huiracocha) que los enemigos no se hallaban poderosos para resistirlos.

>> Por estas causas se redujeron aquellas grandes provincias al imperio de los Incas con más facilidad y menos peligros y muertes de las que al principio se habían temido (porque son belicosas y pobladas de mucha gente), aunque todavía se gastaron en ellas más de tres años en la reducción y conquista de ellas” (Vega [1609, Libro V, cap. XXIII] 1995: 307).

Hasta aquí los datos aportados por Garcilaso de la Vega, meras referencias a campañas militares que, leídas entre líneas, aportan interesante información acerca de la visión inca del *otro*, en este caso, de los grupos humanos del Altiplano Sur:

- tierra “*mal poblada*”, apreciación que debería entenderse no en contradicción con la siguiente sino desde la perspectiva de un poblamiento desordenado.
- provincias “*belicosas y pobladas de mucha gente*”.
- “*gente valiente y belicosa*”.
- “*naciones bárbaras e indómitas*”.

- salvajes, en tanto que se apunta la necesidad de que “*de suyo se fuesen domesticando y cultivando poco a poco*”.
- “*enemigos belicosos*”, conquistados de facto pero a cuya dominación efectiva opusieron resistencia.

Volveré sobre estas categorías más adelante.

Como pueblo vencedor y también vencido, y considerando los profundos reajustes estructurales derivados de la Conquista española, no es de extrañar que al preguntar a los incas acerca de la historia del Tawantinsuyu los españoles obtuvieran relatos contradictorios, pues cada personaje, grupo de parentesco (*panaca*, en el caso de los Incas), ayllu, grupo étnico o grupo de poder encuestado proporcionaría la versión de los hechos que mejor satisficiera sus propios intereses. Es por ello que la versión de la conquista de Lípez presentada por Garcilaso de la Vega -descendiente de una rama de la nobleza Inca, cuyas tierras y derechos reclama a la Corona-, no concuerda con la ofrecida por Juan de Betanzos -casado con una noble Inca perteneciente a otra *panaca*-, porque seguramente cada uno, fuertemente influenciado por unos intereses de linaje distintos, estaría rememorando una tradición diferente⁴. Así, mientras que para Garcilaso el territorio de Lípez fue ganado para el Tawantinsuyu gracias a las campañas militares del octavo Inca, Wiracocha, la versión de Betanzos retrasa su conquista hasta las campañas del Tupac Inca Yupanqui, décimo Inca, entre 1471-1493.

Según Juan de Betanzos, después de conquistar el norte de Charcas, pacificar el Antisuyu, reforzar el Chinchaysuyu y desplazar tropas desde el Antisuyu al Contisuyu, Tupac Inca Yupanqui emprendió la reconquista del Collao, para lo cual envió mensajeros al Cuzco con parte del botín acumulado

⁴ De cara a una crítica de fuentes que permita ahondar en los entornos de Juan de Betanzos y Garcilaso de la Vega y en el trasfondo de sus obras, remito al lector interesado a los trabajos de F. Estebe (1992: 514-516, 532-537, respectivamente) y F. Pease (1995: 227-243, 367-396, respectivamente).

hasta el momento, y condujo a sus ejércitos hacia el este. Después de cruzar el territorio de los chiriguano, en los valles orientales, descendió hasta la actual Santiago de Chile bordeando el Noroeste Argentino, desde donde ascendió nuevamente hasta Atacama. Alcanzado este punto reorganizó las tropas y las dividió en cuatro cuerpos de ejército. Uno de ellos regresó al Cuzco por el camino de los llanos y la costa, subiendo hacia Arequipa y Hatum Colla. Otro fue enviado a través del altiplano, hacia Carangas y Aullagas, al norte del Salar de Uyuni. El tercer cuerpo partió hacia el este, seguramente atravesando el actual Paso de Jama, hasta alcanzar Casabindo, en la Puna de Jujuy, desde donde debía llegar a la provincia de los chichas para después reunirse con los de Hatum Colla en su regreso al Cuzco. Él mismo comandó al cuarto ejército en su salida de Atacama hacia Lipez, desde donde continuaría hacia Chuquisaca (hoy Sucre), en el corazón de Charcas, derrotando por segunda vez a unos grupos locales que lo esperaban en pie de guerra; en este periplo ocupó las minas de Porco, construyó el tambo de Paria y explotó la riqueza aurífera de los alrededores de Chuquibabo (hoy La Paz).

Betanzos relata la llegada de Tupac Inca Yupanqui a Lipez en los siguientes términos:

“vino a dar [[Tupac Inca Yupanqui]] a una provincia que llaman Llipi en la cual provincia halló que la gente della era pobre en comidas y los mantenimientos della eran quinua tostada que es una semilla blanca e muy menuda e algunas papas y los edificios eran cubiertos con unos palos fofos que son corazones de unas espinas de madera muy liviana y muy ruin y las casas pequeñas y bajas y gente muy ruin lo que estos tenían eran minas de muchos colores muy finas para pintar y de todos aquellos colores que nosotros tenemos y ansi mismo poseían algún tanto de ganado y ansi mismo [[hay]] en aquella tierra muchas avestruces y los naturales de los poblezueros bebían de xagueyes y manantiales muy pequeños a estos mandó que le tributasen de aquellos colores y de aquellos ganados e

ansi lo hicieron y partieron de allí por tierra muy estéril de aguas y comidas y tierra rasa y sin monte y todo lo demás della salitrales y como saliese desta mala tierra vino a dar en una provincia que llaman Chuquisaca” (Betanzos [1551, cap. XXXVI] 1987: 164).

En esta descripción Betanzos apunta datos ambientales y económicos en concordancia con la geografía presentada en el capítulo II.A., pero lo interesante de este fragmento es la caracterización que hace del paisaje y el paisanaje de Lipes:

- “*mala tierra*”, especificando que se trata de “*tierra estéril de agua y comidas*”, tierra “*pobre en comidas*”, “*tierra rasa y sin montes*”.
- salitrales.
- riqueza de “*minas de muchos colores*”.
- abundancia de “*avestruces*” (en realidad, suris o ñandúes - *Rhea americanis*).
- “*gente muy ruin*”.
- casas construidas con materiales pobres y ruines.
- jagüeyes y pozos pequeños.

Combinando las informaciones dadas por el Inca Garcilaso y Betanzos, resulta una descripción de Lipes en total consonancia con ésa que J. L. Martínez (1995) define como “mirada étnica” (de los incas) sobre la Puna Salada en su conjunto, habitada por gentes de guerra, ruines, pobres, vestidos con plumas de avestruz⁵. En suma, como habitantes de la puna, los lipes, a ojos de los incas, pasarían de bárbaros a salvajes; bárbaros mientras estuvieron más allá de las márgenes del Tawantinsuyu, y salvajes en tanto que, pese a estar integrados a éste, siguieron sin civilizar del todo. A este respecto, plantea J. Szeminski (2003:

⁵ Solicito al lector que retenga este dato de gentes vestidas con plumas de avestruz por lo que de interesante va a tener a la hora de considerar por qué el virrey Toledo no incluyó el territorio de Lipes en la Tasa de su Visita General (1570-1575) ni a sus habitantes en las prestaciones de la mita minera potosina, sobre lo que volveré en otro lugar (cap. VI.B.2.).

548) que estos salvajes internos compartieron con los bárbaros externos del Incario algunos rasgos que los caracterizarían como relictos de una humanidad desordenada anterior: los bárbaros, porque nunca alcanzaron la salvación civilizatoria que encarnaban los Incas, y los salvajes, porque se resistieron a ella. Por este motivo, cuando Garcilaso de la Vega describe las campañas militares de del Inca Yahuar Huacac menciona la necesidad de que estos pueblos “*se fuesen domesticando y cultivando poco a poco y aficionándose al imperio y señorío de los Incas, viéndolo en sus comarcas tan suave, tan piadoso, tan en provecho de los vasallos como lo experimentaban todos ellos*” (Vega [1609, Libro IV, cap. XX] 1995: 240). Y es que, considerándolo desde otro punto de vista, aceptar al Inca (el sometimiento y el tributo) supondría aceptar al Sol, de tal manera que aceptar al Inca-Sol resultaría el equivalente de abrazar la civilización, aunque ésta es una argumentación que prefiero abordar a profundidad más adelante, al analizar la conquista de Lipes por los incas desde la lógica mito-histórica propia del “pensamiento andino” (caps. IV.C.2. y IV.C.3.).

Continuando ahora con el relato de Juan de Betanzos, llama la atención el hecho de que en la *Memoria de las provincias* ([1569-71] 1985) que acompaña a la probanza de méritos elevada a la Corona española por los Incas nietos de Tupac Inca Yupanqui, donde se describen las provincias conquistadas por éste, las fortalezas construidas y los señores locales sometidos, no aparezca referencia alguna a Lipes. Buscando una conexión con lo descrito por Betanzos (*vid supra*), lo único que podría sugerir el paso del Inca por Lipez es la mención a una “gente pobre” que aparece en el reporte de sus victorias en la provincia de los chichas, el territorio de los chiriguanos y el reino de Tucumán:

“*y luego auanxaron haçia la mar y llegaron a la prouinçia de chile y dieron la buelta haçia tarapaca y como uieron que toda la gente era pobre la dejaron de conquistar.*” (*Memoria...* [1569-71, f. 6v, Collasuyo, § 6] 1985: 226, también p. 215 n° 19).

En páginas anteriores (cap. II.B.2.) ya abordé el hecho de que, perdidos en un mosaico étnico y un territorio desconocidos, los conquistadores españoles procedieron a asociar indisolublemente etnónimos y topónimos, una cuestión sobre la que regresaré más tarde (cap. V.B.). Según J. Szemisnki (2003: 535, 547-548), los incas operarían con una lógica muy similar en lo que a los pueblos bárbaros se refiere, recurriendo generalmente a términos relacionados con “lo salvaje” y “la no-gente”. Consideraré entonces esta idea teniendo en cuenta que “belicosidad”, “pobreza” y “ruindad” constituyen la base de las descripciones de Juan de Betanzos, Garcilaso de la Vega y la *Memoria de las provincias*. Así, recordemos que según el juego de metáforas utilizado para tratar de dar sentido al topónimo “Lipes” (cap. II.B.1.), en quechua aparecen distintos términos y locuciones con la raíz *llipi-* que tienen que ver o pueden entenderse precisamente con lo despojado, lo vacío o lo pobre:

* *Llipicuni, o llipirccuni, o llipircarini. Estar vazío desocupado pelado de todo.* [= estar pobre]

* *Llippichini, o llippichirccuni, o llippichicarini. Pelar, dexar mondo de todo.* [= vaciar]

* *Llipinmi cayllactamanta runa, o llipillan mirin. Todos los indios deste pueblo se han huydo y le dexan limpio de gente.* [= vaciar]

* *Chuncak maciy llippichircuhan. El que jugo conmigo me dexo mondo y limpio de todo.* [= pobre, sin recursos]

* *Llippicukllacak. Lo vazío o desembaraçado.*

* *Llipikpim tiyani o cani o llipk huacipi. Estoy pobrísimo despojado sin alhajas.*

* *Micuytan llipichini. Ya he consumido las comidas y el sustento.* [= quedar pobre, sin recursos]

* *Llipichini auccacunacta. Asolar, acabar consumir los enemigos.*

* *Llipichini. Despojar, saquear.*

* *Llipiymamani o llipicllancani. Estar despojado, pelado mondo del todo.* [= estar pobre, sin recursos]

**Llippicun. Acabarse, consumir.* [= vaciar]

(González Holguín [1608] 1989: 213).

Sin embargo, y en clara contradicción, recordemos también que Betanzos hace especial hincapié en la riqueza mineral de Lipes, y mientras la *Memoria de las provincias* (*vid supra*) indica que el inca dejó de conquistar por ser gente pobre, el autor de la *Suma y narración de los Incas* señala que a pesar de la pobreza de la tierra y la ruindad de sus gentes el Inca les impuso un tributo en “colores”:

“lo que estos tenían eran minas de muchos colores muy finas para pintar y de todos aquellos colores que nosotros tenemos [...] a estos [[indios]] mandó [[Tupac Inca Yupanqui]] que le tributasen de aquellos colores”
(Betanzos [1551, cap. XXXVI] 1987: 164, *vid supra*).

A partir de este fragmento, y amparándose en su calidad de “*muy finas para pintar*”, M. E. Gentile (1991-92: 100-101) interpreta “minas de colores” como “tierras de colores”, esto es, barros o arcillas para la alfarería. Dado que según Betanzos los incas fijaron el tributo a los lipes sobre este producto, y considerando que la gran mayoría de estilos cerámicos regionales durante el Período Inca sólo manejaron los colores negro, rojo y blanco -sin hacer entonces gala de esta abundancia de “colores” presentada por el cronista-, esta autora se plantea si fue acaso que los incas monopolizaron la aplicación de policromía a la alfarería; en función de ello, y por así decirlo, la elite cuzqueña se apropiaba de estos barros multicolores y encasillaba a los grupos locales en el llamado “Horizonte Tricolor”, tan característico de la cerámica de la Puna Salada y la frontera meridional del Tawantinsuyu⁶.

⁶ Para una visión panorámica de la alfarería en la imposición de tributos y/o el establecimiento de colonias de mitmaqunas en el Tawantinsuyu meridional, remito al lector interesado al trabajo de A. M^a Lorandi (1983), que pese a estar centrado específicamente en el Noroeste Argentino, y aún cuando parece necesario actualizar algunos datos en función de los hallazgos arqueológicos

Sin embargo, particularmente disiento de esta hipótesis. Por un lado, porque ni la arqueología, ni los informes etnohistóricos, ni tampoco la etnografía aportan los datos necesarios como para pensar en Lipes como una región de consolidada tradición alfarera, sino más bien todo lo contrario. Pero fundamentalmente porque en el listado de posibles etimologías del topónimo Lipes que presenté con anterioridad (cap. II.B.1.) no encuentro relación metafórica ni metonímica alguna que permita su identificación con tierras (barros, arcillas) de colores, mientras que la mayoría de ellas remiten al lustre, el brillo o los destellos, cualidades de significación metafórica a partir de los cuales pensar en paisajes donde los minerales en superficie centellean por efecto del sol. De este modo, como ya interpreté páginas atrás, el topónimo Lipes no tendría que ver tanto con ásperas punas de muchos colores (especialmente presentes en el desierto y pampas de Siloli o en Valle de las Rocas, en Sur Lípez), como con esos cerros de plata que alabaron los autores coloniales, y cuya explotación minera, con altibajos de diverso calado, ha sido el motor económico regional desde fines del siglo XVI hasta la actualidad, por más que hoy en día sean muy pocas las minas en activo. Además, por otra parte, esta idea pareciera estar más en consonancia con las hipótesis del establecimiento de colonias de mitmaqunas en la Zona Norte de Lípez dedicadas a la extracción de sal o de metales (Arellano 2000: 244, 247-248; Nielsen: 1997b: 285-287). O también, por qué no, considerando que Betanzos destaca la calidad de las “*minas de muchos colores muy finas para pintar*”, con minerales a partir de los cuales obtener pigmentos.

En cualquier caso, vemos cómo las fuentes etnohistóricas no permiten ahondar en la historia de Lipes durante el Período Inca, pues los datos aportados consisten simplemente en comentarios marginales relacionados con campañas militares de conquista del Altiplano Sur. Considerando los datos aquí presentados

más recientes, estimo que plantea un modelo teórico-metodológico y una hipótesis interpretativa aún válidos y extrapolables a otras regiones.

desde la óptica de la crítica de fuentes, no habría de olvidarse que el gran problema de cualquier historiador o antropólogo reside, como apunta J. Szeminski (2001: 163), en que “lee palabras cuyos significados son discutibles, sus referentes poco claros, y su contexto en la mayoría de los casos, conocido sólo a través de otras palabras con las mismas propiedades”. Como señala F. Pease (1995: 76, 95-105, 1997: 125), se creyó durante mucho tiempo que las crónicas que hablaban de los incas recogían distintas versiones orales de una misma Historia, cuando realmente el relato andino no era ni es histórico sino mítico, componiendo entonces los cronistas alegorías por las cuales el Mito se convertía en Historia. Los autores del siglo XVI no se plantearon si los pueblos andinos tenían Historia o no; simplemente tomaron la tradición oral -ignorando todo contexto de racionalidad sociocultural, evidentemente- como fiel relatora de los acontecimientos pretéritos, lo que dio lugar a que a través de interpretaciones erróneas muchas realidades americanas fueran reconocidas antes de conocerse. Por otra parte, es de advertir que las fuentes históricas españolas que narran la historia del Tawantinsuyu se refieren en verdad al presente de los Incas del Cuzco y a su historia oficial, narrada en términos mito-históricos a través de las genealogías y los ciclos rituales; ésta es la razón que lleva a Szeminski (2001: 163) a sentenciar que, en sentido estricto, la única Historia Andina posible será la de las sociedades indígenas a partir de su conquista⁷. Sin perder de vista esta transformación de la Historia andina en mito-historia, volvamos a las referencias dadas por Juan de Betanzos y Garcilaso de la Vega.

⁷ No es mi intención entablar aquí en la discusión acerca de la validez o no de la tradición oral y el punto de vista *emic* como fuentes para el conocimiento general de las sociedades indígenas andinas (v.gr. Pease 1994, 1997; Salomon 1994, 1999, 2002; Szeminski 2001; Zuidema 1982). Sin embargo, y en comparación con otras áreas culturales, no deja de llamar la atención la escasez de obras entregadas al análisis de los mecanismos de espaciación de la Memoria, la construcción del discurso histórico y/o las lógicas narrativas en la representación del Pasado y sus habitantes en el mundo andino (v.gr. Abercrombie 1998; Salomón 1999, 2002; Wachtel 2001). Para el caso concreto de Lípez, remito a mis trabajos sobre la construcción narrativa del discurso mito-histórico a partir de elementos señeros del paisaje (Gil, 2003a, 2005a, 2007a, 2007b).

Leyendo entre líneas y fijando la atención en los calificativos empleados por estos dos cronistas para referir los paisajes y el paisanaje de Lipes encontrados al paso de los ejércitos del Inca, es posible rastrear la visión inca del *otro* bárbaro o salvaje; a todas luces en ellas se encuentran las bases de la construcción regional de Lipes y de las clasificaciones coloniales utilizadas por los españoles para su gobierno. Así, como había anunciado, profundizaré a continuación en la conquista de Lipes por los incas desde la lógica mito-histórica propia del “pensamiento andino”, manejando para ello la clásica oposición binaria de Civilización-Barbarie.

IV.C.- OSCURIDAD SALVAJE. LIPES DESDE LA ÓPTICA DEL “PENSAMIENTO ANDINO”.

Apunta M. Bloch (1978: 45) que para interpretar el pasado hay que observar desde el presente, o por lo menos mirar hacia un pasado muy próximo al presente; de este modo los habitantes del pasado no constituirán “un vano fantasma, sin relación alguna con los seres de carne y hueso, que son los verdaderos clientes de la historia”. Para ello perfiló un “*método regresivo*” sobre la base de no conformarse con tratar de captar instantáneas idénticas durante distintos cortes temporales, sino cogiendo el último fotograma y esforzándose en rebobinar lentamente la película, con la resignación de que se va a encontrar más de un corte en la secuencia aunque con la firme decisión de respetar esa movilidad que define el cambio (Bloch 1978: 44-45, 1998: 157-158). Desde este planteamiento la Historia no debiera empezar de atrás para adelante sino al revés, buscando causas posibles para consecuencias conocidas, algo que me resulta extremadamente sugerente, especialmente a la hora de considerar dinámicas de

etnogénesis y de construcción regional como las que constituyen el objeto de esta investigación sobre Lipes⁸.

Por este motivo, si en el capítulo III y en la primera parte de éste he tratado de componer una suma arqueológica de Lípez durante los períodos de Desarrollos Regionales del Tardío e Inca, a continuación me permitiré la licencia de apostar por el método regresivo de cara a profundizar en la (re)construcción de ese pasado prehispánico. Así, combinando etnografía, etnohistoria y un poco de arqueología, intentaré acceder desde estas páginas a puntos de vista *emic* recogidos en la tradición oral; a través de esta lectura indígena del pasado estoy convencido de poder esclarecer los mecanismos culturales que dieron lugar a esa primera construcción colonial de Lipes y los lipes, la inca, y de la que luego bebieron los españoles.

Asumo que la idea puede chirriar en la manera en que algunos historiadores y antropólogos sienten la Historia y la Antropología, dos ciencias que se pretenden incompatibles. Igualmente, soy consciente de que para muchos historiadores las fuentes etnográficas no constituyen en realidad una fuente válida. Del mismo modo, también habrá quien pueda pensar que este ir y venir en el tiempo burlando las cronologías y los contextos no sirve a la investigación histórica, y que además condena a este enfoque regresivo a la tautología. Sin embargo, el propio M. Bloch (1978: 44) ya previno contra ello al apuntar que para practicarlo correctamente se exige una gran sensibilidad en la captación de las diferencias. Qué duda cabe que en el caso que aquí nos ocupa tales diferencias vienen marcadas por distintos modos de pensar, el de las sociedades locales actuales, los incas y la Colonia española, por no hablar de la distancia que separa aquel tiempo de nuestros días. Así pues, no intentaré establecer correlaciones entre el tiempo histórico y esas otras lógicas que articulan el

⁸ A este respecto resulta muy evocador el trabajo de N. Wachtel (2001) sobre los urus de Bolivia del siglo XX al XVI, considerado por su propio autor precisamente como un “ensayo de historia regresiva”.

pensamiento local, sino más bien considerar distintas visiones del *Otro* en el Tiempo y el Espacio, dos referencias básicas que empleamos los humanos para representar nuestra realidad, aquella que controlamos (o creemos controlar) y en la cual aseguramos nuestro ser-en-el-mundo (Hernando 2002).

Como en todas las maneras de pensar mito-históricas, la concepción andina del tiempo histórico queda articulada dentro de un esquema cíclico, por más que pueda ofrecer también una sucesión lineal de los acontecimientos basada en el método genealógico. Desde este presupuesto, el llamado “proceso de civilización” no constituirá una secuencia histórica calificable en términos de evolución cultural, ni cuantificable a partir de una cronología universalista desde el salvaje hasta el civilizado, sino más bien un conjunto de “mitos” que sirve de soporte a la identidad y del cual parte la idea misma del contraste entre la identidad y la alteridad. A partir de aquí, designaré al *primitivo* como la alteridad en el tiempo, y al *bárbaro* como la alteridad en el espacio, y aunque ambos están presentes entre nuestros vecinos más o menos distantes, tanto uno como otro deben ser inventados antes de ser descubiertos. Éste es el quid del cual nace la figura del *salvaje*, cuya representación no constituye más que una construcción imaginaria sobre la cual se proyecta la alteridad máxima. Por este motivo, en el salvaje van a ser celosamente guardados los secretos de la identidad de los civilizados, pasando su figura a encargarse de marcar y vigilar las fronteras de la Civilización. Es por este motivo que hablar del salvaje supone en realidad hablar de la cultura/sociedad de quien lo representa (Bartra 1996, 1997).

Desde este planteamiento, las páginas siguientes habrán de leerse como una especie de paréntesis necesario para entender por qué Lipes siempre fue entendido como un paisaje yermo, un territorio evanescente poblado de indios ruines, mentirosos, hostiles, desacatados, un límite de conquista, un borde de colonia, un espacio que, de no haber sido por su ubicación geoestratégica para el control de la frontera sur de Charcas y por su riqueza mineral seguramente habría

interesado muy poco a los españoles. Tratando de componer un marco de sentido cultural que permita dotar de contenido a estos epítetos, atenderé primeramente a la (re)construcción que el *pensamiento local* hace del “tiempo de los antiguos” y de su final una vez que Lípez/Lipes quedara incorporado al Tawantinsuyu. Seguidamente me centraré en el “*pensamiento andino*” para tratar de desentrañar la lógica operante en esta construcción cultural. Desde aquí, y partiendo de la idea de que los incas proyectaron sobre todos los pueblos de la Puna Salada una misma categoría de *salvajes* (Martínez 1995; Szeminski 2003), consideraré por último la representación *emic* de los paisajes y el paisanaje de Lipes para tratar de encajar este relato con los datos aportados desde la historiografía inca por Juan de Betanzos y Garcilaso de la Vega.

IV.C.1.- *El tiempo de los chullpas. La representación etnográfica del pasado prehispánico en Lípez.*

Recordemos aquella caracterización del Período de Desarrollos Regionales del Tardío hecha por Guaman Poma de Ayala, Cieza de León o Bernabé Cobo en términos de un tiempo anárquico y marcado por la guerra, un tiempo caracterizado desde los criterios que definen a la barbarie (*vid* III.A.1.). En tanto que fruto de una tradición oral puesta por escrito en un contexto de conquista y colonización recientes, cabría pensar que la descripción del pasado hecha por estos cronistas respondería a un afán manipulador de la Historia proveniente del pueblo conquistador-dominante que les sirvió como informante: los Incas, unos vencedores vencidos por los españoles que van a presentarse a sí mismos como pacificadores y civilizadores de los Andes. Como contrapartida, la arqueología ha venido a desmentir en parte esta idea de la *pax incaica*; y también se ha discutido mucho acerca de la “*Edades*” de Guaman Poma y su intencionalidad de presentar a los incas como el estadio más perfecto en una evolución cultural y civilizadora dentro del mundo andino (*v.gr.* Duviols 1980; Ossio 1973, 1976-77, 1977). Reservando la discusión sobre este punto para el epígrafe siguiente, presentaré a continuación la (re)creación que el *pensamiento*

local hace de ese pasado preincaico marcado por la guerra y de la conquista inca de LÍpez. Para ello recurriré a mi trabajo de campo etnográfico con la comunidad de Santiago “K” (Cantón Santiago, Nor LÍpez, Dpto. Potosí, Bolivia)⁹ acerca del “tiempo de los antiguos” o “tiempo de los chullpas”. Bajo ningún concepto aspiro aquí a desarrollar una verdadera etnografía del espacio-tiempo de los chullpas a partir de la lectura *emic* que las gentes de esta comunidad hacen de las ruinas arqueológicas que les rodean, pues ésa es una línea de investigación a la que vengo dedicado desde hace tiempo (Gil 2003a, 2005a), y un tema sobre el que actualmente preparo dos monografías distintas. Más bien, tras haber atendido a este período desde la arqueología y la etnohistoria en páginas anteriores (caps. III y IV.A.), con este análisis de la tradición oral pretendo abrir puerta a esa *otra* lógica clasificatoria de la alteridad espacio-temporal que sustenta la dialéctica entre Civilización y Barbarie.

Desde el punto de vista metodológico, compondré esta representación del pasado y sus habitantes a partir de un género de oralidad que gusto denominar como *historias de ruinas*: cualquier relato relacionado con las ruinas arqueológicas y “los antiguos”, ya refiera episodios en tiempo pasado, presente o con proyección de futuro. En este sentido, desde las analogías, las creencias y las opiniones de aquellas poblaciones que desde su cotidianidad conviven con las ruinas arqueológicas de un pasado considerado más o menos ajeno, el corpus narrativo de las historias de ruinas resultará de una reflexión profunda acerca del tiempo mismo en que éstas fueron construidas, su naturaleza y función, sus constructores y/o moradores, las causas de su declive, etc. En función de ello, y

⁹ Pudiera pensar algún lector que, siguiendo una práctica frecuente en algunas etnografías clásicas, estoy enmascarando aquí el nombre de la comunidad de Santiago “K”, cuando en realidad se trata de éste: la letra “K” responde a una antigua demarcación cantonal hoy en desuso, aunque mantenida todavía en algunos topónimos de Nor LÍpez como parte incorporada a los mismos (p.ej. Colcha “K”, localidad y península citada ya varias veces en la suma arqueológica de la Zona Norte de LÍpez). Sin embargo, los santiagueños sólo utilizan el nombre completo a efectos oficiales, y ocasionalmente para diferenciar a su comunidad de la vecina Santiago Chuvica, de manera que, siguiendo los usos de la toponimia local, y a efectos prácticos de escritura y lectura, en lo sucesivo me emplearé el nombre corto de comunidad de Santiago.

en tanto que resultado de un ejercicio intelectual de ordenación del tiempo, considero que es en estas historias de ruinas donde quedan plasmados los mitos, metáforas, miedos y anhelos que cada cultura/sociedad guarda respecto de su Pasado. En consecuencia, considero este género de oralidad como un discurso preferente a través del cual acceder a la identidad de un grupo, a su ideal de Cultura y de Civilización, a su sistema ético y moral, a su concepto de la Historia... a su concepto de Humanidad (o de distintas formas de humanidad, sucesivas o coetáneas), a su universo de entidades tutelares... a los mecanismos de definición, organización y manejo de los bordes espacio-temporales de la comunidad, a la construcción de los paisajes culturales que delimitan su entorno, al ser-en-el-mundo de los comuneros, a los códigos que rigen su comportamiento social.

De acuerdo con la secuencia histórico-cultural desde la cual las actuales gentes de Lípez ordenan el Pasado (Gil 2007a, 2007b), la antigüedad preincaica corresponde a *los chullpas*, a *los antiguos*, habitantes de una Edad dominada por el caos y caracterizada por la oscuridad y la guerra. Deslizándose sobre la delgada línea que separa la Historia del Mito, la representación del “tiempo de los chullpas” se estructura a partir de la lógica mestiza que rige los conceptos de Tiempo y Espacio en el mundo quechua y aymara. En este sentido, componer una etnografía de los chullpas supone a la vez producir una antropología de las ideas de la cultura/sociedad que los (re)crea, aunque no voy a perderme aquí por estos derroteros¹⁰. Más bien, mi intención en estas páginas es la de trazar una serie de líneas transversales que permitan 1) relacionar la representación etnográfica del pasado preincaico y su reconstrucción a partir de la arqueología, y 2) sentar las bases para una discusión posterior acerca de la representación que

¹⁰ A este respecto, por ejemplo, he dedicado otras páginas a analizar cómo las imágenes que del pasado y sus habitantes se han formado los comuneros de Santiago en relación con su propia identidad y su herencia histórica, marcan profundamente su concepto de Patrimonio y sus ideales de progreso ligados a su gestión y explotación para el turismo (Gil 2004, 2006a, [en prensa]). Estos trabajos se alejan muy notablemente de los intereses de la presente investigación, pero a ellos remito a quien pudieran interesar.

los incas construyeron de los espacios y las gentes de LÍpez de acuerdo a la idea del *salvaje* y *lo salvaje*, algo que ampliaré en los dos epígrafes siguientes. Vayamos por partes, pero antes que nada, un obligado apunte de tipo aclaratorio: ¿qué o quiénes son *chullpas*?

Como fue apuntado en páginas anteriores (*vid* cap. III.A.1.), en arqueología andina se habla preferentemente de *chullpas* para considerar esas torres funerarias erguidas en el Altiplano Centro-Sur desde fines del Horizonte Tiwanaku y cuya construcción o reutilización se mantiene hasta los primeros tiempos de la Colonia. Sin embargo, también se entiende por *chullpa* el propio bulto funerario depositado en el interior de estas torres, aunque, hablando con propiedad, *chullpa* sería más bien el envoltorio de éste. En este sentido, y desde la ambigüedad de las relaciones metonímicas, se incluyen en la categoría de *chullpa* diferentes tipos de enterramientos y sepulcros; y a partir de paralelos formales, el término resulta extendido al tipo arquitectónico torriforme -redondo o cuadrado, de piedra o adobe- propio de dicho intervalo temporal, cuya funcionalidad resultaría eminentemente funeraria, por más que algunos autores llamen *chullpas* a lo que más probablemente fueron *collicas* (Gil 2001a).

Por si esto fuera poco, también en etnografía el término es confuso. En sentido estricto, *chullpa* constituye una unidad de clasificación que se aplica a “*los antiguos presolares*”, aunque en realidad constituye una categoría abierta que sirve para identificar a todos “*los antiguos*” (preincaicos) en general, equiparándoles así con aquellos que los españoles denominaron “*gentiles*”. Además, también son *chullpas* algunas de las entidades tutelares pertenecientes al inframundo, aquellas que habitan en los *chullperíos* o ruinas arqueológicas, y que causan enfermedad a quienes no guardan el debido respeto por “*los antiguos*”. En función de todo ello, resolví en otra ocasión (Gil 2003a) que los *chullpas* constituyen una expresión de alteridad oscura y salvaje, que relaciona el Pasado

con la muerte y lo funerario y que se ubica fuera del tiempo y anclada en el espacio, el espacio de las ruinas.

De esos “*antiguos*” se dice que eran algo así como enanos taumaturgos, que tenían poder sobre las piedras, que no estaban bautizados, que comían sin sal. Respecto del tiempo en que habitaron, se comenta que por aquel entonces no existía el Sol, y que los chullpas se extinguieron abrasados por sus primeros rayos, tal y como revelan los cuerpos desecados asociados a las ruinas arqueológicas. Concentrando esa señalada ambigüedad del concepto “*chullpa*”, se diría entonces que si sabemos de los chullpas (*antiguos*) es a partir de sus chullpas (“momias”), que aparecen adentro de las chullpas (torres funerarias) concentradas en chullperíos (ruinas). Dejando de lado los juegos de palabras, lo cierto es que “los antiguos” van a existir en el imaginario popular a través de su asociación a un registro arqueológico en torno al cual se (re)construyen su persona, su tiempo y sus espacios, y en función de lo cual se representan el pasado y sus habitantes¹¹.

En función de las ruinas, se dice que los chullpas cultivaban la tierra y criaban ganados. Así, pircados y canchones antiguos son considerados como las chacras de los chullpas; allí donde hoy no se saca más que piedra, “los antiguos” habrían sembrado quinua y papas, algo que asienta la creencia de que la Tierra producía en aquel tiempo de manera distinta que en la actualidad, o mejor dicho, que en aquel tiempo se sabía hacer producir a la Tierra mejor que ahora¹².

¹¹ Considero que no es éste ni el momento ni el lugar apropiados para profundizar desde un punto de vista teórico en cómo a cada racionalidad cultural corresponde una representación particular del pasado y sus habitantes, invitando al lector interesado a hacerlo a partir de los trabajos de J. Fabian (1983, 1991) y A. Hernando (1997, 1999a, 2001, 2002).

¹² Considerando la mencionada asociación de “los antiguos” con la muerte, lo funerario y los ancestros, quisiera llamar aquí la atención sobre el vínculo que O. Harris y T. Bouysse-Cassagne (1988: 248-249, 254) establecen entre los chullpas y la fertilidad de la tierra. A su juicio -y me adhiero a ello-, esto explicaría la presencia de estructuras chullparias en el interior o en las proximidades de los terrenos de cultivo actuales, como protegiéndolos.

Si en realidad a los comuneros no les preocupan demasiado los modos de producción de los chullpas, y simplemente proyectan sobre los habitantes del pasado sus propias formas de economía tradicional, algo muy diferente ocurre cuando se contemplan los vestigios de recintos amurallados y pukaras. Entonces las ruinas hablan alto y claro acerca de ese comentado clima de tensiones intergrupales y hostilidad bélica, de tal manera que el pensamiento local caracteriza el “tiempo de los chullpas” como un período marcado por la guerra. Y en este punto la tradición oral coincide con los autores coloniales en situar la competencia por los recursos como causa primera de esa tensión intergrupala (*vid* cap. III.A.1.). Entre los comuneros de Santiago se comenta que los chullpas se peleaban por tierras, por problemas de límites, por aguas y comidas, por el botín, por mujeres, por el simple gusto por la guerra; contra pueblos vecinos, pero también contra enemigos llegados de lejos (Gil 2005a: 201-211).

Hasta aquí, Mito e Historia parecen coincidir en la lectura de los patrones de asentamiento, las actividades económicas y el clima de tensión bélica característicos del pasado preincaico de Lípez, aunque entre ambos modos de pensar tracen interpretaciones distintas a partir de los mismos rasgos culturales, como el hecho de atribuir a los chullpas poderes sobrenaturales sobre los elementos como explicación a los antiguos pircados y al actual estado yermo de viejos campos de cultivo. Fijándose en la arquitectura y el trazado urbanístico de

Así mismo, en trabajos anteriores ya abordé la relación entre los muertos, los *apus* y las estructuras chullparias en la construcción de paisajes sociales dentro del Altiplano Centro-Sur de los períodos de Desarrollos Regionales post-Tiwanaku e Inca, llamando entonces la atención acerca de cómo las torres chullpa eran emplazadas en puntos que dominaran el campo visual de chacras y corrales. Resolví entonces que, en tanto que monumentos funerarios, su presencia en esos lugares actuaba de legitimadora de la organización espacio-territorial a través de los muertos. A su vez, considerando que el *ayllu* (“comunidad de los vivos” + “comunidad de los muertos”) es en definitiva el propietario de los recursos, hice notar cómo esa ubicación quedaría estrechamente relacionada con el culto a los antepasados en términos de reciprocidad (porque aquellos fueron, nosotros somos, gracias a ellos) (Gil 2001b, 2002a, 2002b). En este sentido, la vinculación actual de los campos de cultivo con las ruinas de los chullpas parece responder también a esta lógica de pensamiento, la misma que residiría en la celebración de *costumbres* (ofrendas, pagos) a los chullpas antes de comenzar determinadas faenas agrícolas.

los pukaras, la tradición oral recrea cruentas batallas y asaltos. Interpretando la momificación natural de los cadáveres depositados al interior de las torres funerarias, sumerge a aquel tiempo en la oscuridad lunar rota por la aparición en el firmamento de un sol abrasador. En realidad, todo ello estaría formando parte de la serie de mecanismos de construcción de la alteridad pretérita a partir de esas representaciones del *salvaje* y *lo salvaje* que todo pueblo, toda cultura, necesita proyectar más allá de sus fronteras espacio-temporales para auto-afirmarse como auténticos seres humanos civilizados (Bartra 1996, 1997). Atendiendo por tanto a que en la recreación de la violencia se mide también la representación del *otro*, será más fácil entender la lógica operante detrás de la filosofía que rige una apología del imperialismo tan repetida a lo largo de la historia: la civilización de los pueblos bárbaros. Así, que los pueblos habitantes de los límites del Tawantinsuyu fueran unos salvajes en continuo estado de guerra es lo que legitimaría esa llamada *pax incaica* que, por medio de la guerra de conquista, pretendía integrarlos a la civilización (Cerpa 2001: 181-201, 371-396). Una *pax incaica* de la que, a juzgar por la tradición oral, no escaparían los chullpas.

IV.C.2.- Civilizadores genocidas. La llegada de los Incas y la batalla contra el Otro.

Desde que Hobbes afirmara en su *Leviatán* [1651] que la guerra de todos contra todos constituye la condición natural de los seres humanos, muchas páginas se han escrito discutiendo acerca de si la violencia es un comportamiento natural o social, reflexionando acerca de una llamada “guerra primitiva”. No voy a entrar aquí en este debate tan propio de la antropología filosófica, ni tampoco en aquel que discute si el progreso de la barbarie a la civilización ha de discurrir inexorablemente por el camino de la guerra (v.gr. Clastres 1974, 2001; Haas 1990; Keeley 1996). Por el contrario, sí tomaré en cuenta la máxima de que “violencia engendra violencia” como telón de fondo sobre el que proyectar esa idea tan cacareada de la *pax incaica*. ¿Constituye la guerra el fundamento de la evolución hacia un Estado que garantice la paz, o más bien se deriva de la

resistencia contra un Estado que viene a corromper el mundo del “buen salvaje”? En cualquier caso, las pacificaciones por la fuerza suelen lograr un efecto contrario al deseado, en tanto que generalmente devienen en trabajos forzados, pérdidas territoriales, explotación económica, subordinación socio-política, esclavitud. Para el caso concreto que nos ocupa, lo cierto es que el pensamiento local está bebiendo de ambas corrientes para explicar lo que ocurrió con los chullpas habitantes de Lipes a la llegada de los incas.

En epígrafes anteriores ya he presentado las evidencias arqueológicas de la presencia inca en el Altiplano de Lipez y el papel destacado que la Zona Norte jugó en la economía y la geopolítica del Incario (cap. IV.A.); también la representación de los paisajes y el paisanaje de Lipes que según los cronistas se formaron los Incas al incorporar el territorio de Lipez al Tawantinsuyu. Por ello, lo que me gustaría presentar a continuación es la lectura que el pensamiento local hace precisamente de ese contacto entre los chullpas y los incas.

En términos generales, los comuneros de Santiago expresan una versión positiva de los hechos que se centra en que la llegada de los incas a Lipes llevó aparejada el fin de la violencia entre los diferentes pueblos chullpas, a partir de lo cual todos vivieron en paz y se beneficiaron de distintos adelantos tecnológicos que los incas llevaban consigo. Efectivamente la *pax incaica* prohibía cualquier enfrentamiento armado entre los grupos integrados dentro del Tawantinsuyu, convirtiendo la agresión interétnica en motivo más que suficiente para poner en marcha una campaña de “pacificación” estatal. Y con la pacificación, la “civilización”, acompañada de un cambio en los patrones de asentamiento -de los pukaras a los poblados en llano articulados en torno a plazas jerarquizadas- y de una introducción o mejora de/en la agricultura y el tejido. Se plantea así a partir del cese de la guerra de todos contra todos una valoración de los incas en tanto que civilizadores de los Andes, medida su actitud hacia las poblaciones nativas que van conquistando por la contribución que hacen a su progreso (civilización),

y que para el caso de los chullpas de Lipes implicaría el vestido, o por lo menos un tipo de tejidos nuevos, la introducción de algunos cultivos y los cambios técnicos necesarios para labrar los campos con mayor capacidad (Gil 2005a: 211-213).

De acuerdo con este beneficioso avance de la civilización parejo a la expansión del Tawantinsuyu, y considerando una perspectiva evolutiva, el desenlace podría presentarse en términos de un pueblo retrasado al que otro de cultura superior pacífica y regala los beneficios de la civilización, pasando así a un período idílico en el que ambos grupos conviven en buena armonía. Sin embargo, la lectura que los comuneros de Santiago hacen de esta convivencia entre chullpas e incas no puede resultar más negativa. Como en otros tantos contenciosos históricos en los que la civilización de la barbarie deviene en genocidio y etnocidio, la civilización de los chullpas pasa por su extinción: una vez pacificados los chullpas, los incas pondrían en marcha su política de reordenamiento político-económico de gentes y espacios, dicen que obligando a los chullpas a trabajar en duras jornadas y a pagar elevados tributos, sometiendo a un régimen de casi esclavitud, a consecuencia de lo cual muchos huyeron para esconderse en los cerros -donde desaparecen para la Memoria-, y otros tanto murieron¹³.

Ahora bien, ¿acaso no habían muerto los chullpas, habitantes de una oscuridad lunar, al salir el sol?, ¿cómo pudieron entonces los incas exterminar a quienes ya estaban extintos?, ¿irrumplieron los incas en Lipes antes de la aparición del sol primigenio? Sin embargo, y contra lo que pudiera pensarse, en

¹³ Llama la atención esta idea de que los incas sometieron a los chullpas imponiéndoles elevados tributos y obligándoles a trabajar duramente para ellos, pues evoca no sólo la posibilidad de que algunos asentamientos de la Zona Norte hubieran funcionado como colonias de mitmaqunas dedicados al laboreo en los campos del Estado o a la extracción de metales y/o sal (*vid supra*), sino a la leyenda negra de la mita colonial. Sobre esta “huida” de unos chullpas transmutados en indios volveré en su momento a la hora de tratar el trabajo indígena en el mineral de Lipes (caps. IX.B. y IX.C.).

este anacronismo no opera principio alguno de contradicción, sino todo lo contrario: a mi modo de ver (Gil 2003a, 2005a), en esta paradoja reside la clave a partir de la cual se puede rastrear la lógica clasificatoria que los incas aplicaron en su consideración de los paisajes y el paisanaje de Lipes.

IV.C.3.- *Lipes, ¿un espacio-tiempo salvaje en los albores de la civilización?*

Tomemos como punto de partida el axioma que liga a la idea de Civilización los pares de opuestos “interno-externo” y “propio-ajeno”, muy especialmente a la hora de generar autorrepresentaciones e identidades. Desde un paradigma eminentemente evolucionista, el pueblo que tiene (auto)conciencia de *civilizado* será el que dicte los parámetros a partir de los cuales se pueda considerar el grado de Civilización o Barbarie de los demás, de manera que la progresión hacia aquellos logros de los que éste se sienta más orgulloso marcará el nivel de desarrollo de los *otros*. A consecuencia de ello, el ideal civilizatorio siempre ha desbordado fronteras y regido empresas de conquista y colonización sobre esos otros *pueblos primitivos*, mientras que la Historia y la Antropología (siempre etnocéntricas) deciden dónde se encuentra el origen de cada civilización y cuáles son los *pueblos civilizados* por antonomasia. Sólo considerando este planteamiento se puede comprender que la alteridad sea independiente del conocimiento real del otro, precisamente porque, en definitiva, y como ya he señalado, hablar del *salvaje* constituye un ejercicio de autorreflexión sobre la propia Cultura-Civilización de aquellos que lo representan.

Visto así, y sin perder de vista los marcos ideológicos de la expansión del Tawantinsuyu y la pacificación-civilización de los Andes, ¿hay acaso mejor manera de destacar la alteridad pretérita que dibujando un mundo salvaje, anárquico y violento? Qué duda cabe de que en la guerra influyen la imagen que un grupo construye de sí mismo y la que proyecta sobre sus enemigos, tanto o más que aquello que dicho grupo necesite o ambicione. En este sentido, me parece que la descripción que desde la tradición oral se hace del tiempo de los

chullpas como un pasado en estado de guerra total va más allá de la simple interpretación de las ruinas arqueológicas de los pukaras, y que remite directamente a la concepción andina del Tiempo y el Espacio.

A grandes rasgos, el pasado andino quedaría dividido en tres períodos, que Garcilaso de la Vega ([1609] 1995) hace corresponder con 1) una etapa de barbarie sobre la cual proyecta la imagen del salvaje habitando el caos original, 2) la obra civilizadora de los incas, y 3) la conquista de los indios por los españoles y su consecuente evangelización. De manera análoga, Guaman Poma de Ayala ([1615] 1987) utiliza también tres grandes períodos para agrupar un total de diez Edades en que subdivide la historia andina: *Pacarimoc Runa*, *Inca Pacha* y *Cristiano Pacha*. En ambos casos, una división tripartita de la historia andina sobre la que se proyecta una pesada carga de moralidad, y que en opinión de P. Duviols (1980: 17-18) constituye más bien una filosofía de la historia, con claros intereses políticos y marcada por el humanismo hispano, el joaquinismo franciscano y los debates del momento acerca de la naturaleza del indígena americano y la legalidad de la Conquista del Nuevo Mundo. Considerando estas divisiones genéricas, el tiempo de los chullpas se insertaría en esa primera etapa de *Pacarimoc Runa*, pero ¿cuál es en realidad *el tiempo de los chullpas*?

De acuerdo con la división de Guaman Poma de Ayala, *Pacarimoc Runa* abarca cuatro Edades de Indios: *Uari Uiracocha Runa*, *Uari Runa*, *Purun Runa* y *Auca Runa*, concebidas por el autor con carácter estático y ancladas en una concepción eterna y a la vez discontinua del tiempo. En ellas sitúa el pasado remoto, y lo organiza de acuerdo a ciclos cosmológicos independientes, pero que simultáneamente siguen cierta línea de continuidad en términos evolucionistas; todo ello en su empeño por 1) defender al mundo indígena de la opresión colonial, y 2) hacer al indígena colonial descendiente de estos antepasados para él legítimos, y no de unos Incas a los que está considerando ilegítimos y tiranos. En este doble propósito se halla la justificación al hecho de pasar por encima del

Inca Pacha en su conexión entre el pasado remoto y el presente colonial, y también los anacronismos entre Edades, siempre sin perder de vista que su discurso histórico no es en realidad una secuencia de acontecimientos constatables, sino una percepción simbólica del tiempo (Ossio 1973, 1976-77, 1977).

Sin embargo, junto a este tiempo cíclico, el “pensamiento andino” también considera un tiempo lineal sobre la base de las genealogías, aunque desde una óptica milenarista y mesiánica. Así, antes de encasillar a los chullpas en alguna de estas Edades de Indios, empezaré por tratar de situarlos en ese otro esquema cronológico más amplio que Guaman Poma de Ayala organiza a partir del relato bíblico, y que va a venir marcado por el Diluvio.

De acuerdo con el libro bíblico del *Génesis*, el cronista mestizo indica que Dios creó el Mundo y colocó en él a Adán y Eva, a los cuales expulsó del Paraíso, etc., etc., hasta enviar el Diluvio como castigo por los desmanes de la Humanidad, tras el cual los supervivientes del Arca de Noé habrían repoblado la Tierra. Sobre este punto concreto señala:

“Quedó Noé con sus seys hijos cazados. Cómo multiplicó éstos y uno éstos enbió Dios a las Yndias, al Mundo Nuevo desde rreyno, fue uira cocha español.

>> *Y acá al primero indio le llamaron Uari Uira Cocha Runa.*” (Poma de Ayala [1615, f. 911 (925)] 1987: 998).

Sin embargo, en otro pasaje de su obra siembra una duda a la que luego no dedica mayor atención:

“Mandó Dios salir desta tierra, derramar y multiplicar por todo el mundo. De los hijos de Noé, destos dichos hijos de Noé, uno de ellos trajo Dios a las Yndias; otros dicen que salió del mismo Adán.” (Poma de Ayala [1615, f. 25] 1987: 22).

Quedaríamos así en la incertidumbre de clarificar si el origen del hombre americano debe buscarse en Adán o en Noé. Los arduos debates que en el contexto de la Conquista discutían sobre la legalidad de ésta y sobre la naturaleza de los indios, resolvieron que éstos llegaron a los Andes como descendientes de las generaciones bíblicas postdiluvianas dispersas por el Mundo tras el episodio de la Torre de Babel. Por su parte, Pedro Cieza de León ([¿1550-54?, cap. III] 1985: 31-32) resuelve que sí hubo un diluvio que asoló el mundo andino, pero que no habría sido el Diluvio Universal de la *Biblia*, sino otro acaecido posteriormente, cuando ya América había sido poblada por los descendientes de Noé. Esta idea que encaja con la tradición oral de Santiago respecto de un diluvio que arrasó un tiempo anterior al de los chullpas, sobre el que apenas “se sabe” nada, y que simplemente queda constatado por la presencia de algunos enterramientos en cueva en el piedemonte de la meseta llamada de Uchumiles, en las estribaciones meridionales del Salar de Uyuni; enterramientos correspondientes en realidad al Período Tardío, pero que los lugareños, por estar por debajo del nivel de las aguas del pleistocénico lago Michín, hacen corresponder con una humanidad anterior a los chullpas que murió ahogada por las aguas diluvianas (Gil 2007a). Según cuentan, algunas de estas gentes se habrían refugiado en cuevas, de donde se supone habrían nacido luego los chullpas, una idea de repoblación-tras-el-cataclismo que ya anotó Cieza de León ([¿1550-54?, cap. III] 1985: 31) al referir que cuando los Andes fueron inundados por ese segundo diluvio, algunos hombres y mujeres consiguieron refugiarse en cuevas, “*de las cuales se tornaron a henchir de gentes estas tierras, porque fue mucho lo que multiplicaron*”. En este sentido, las diferentes Edades del pasado resultan reconocibles en el presente a partir del registro arqueológico y determinados los elementos en el paisaje, quedando así tiempo y espacio estrechamente vinculados en el concepto de *Pacha*.

Desde su propia ambigüedad terminológica, Pacha suele traducirse como Tiempo, aunque también abarca nociones de Espacio. Por incluir las ideas de abundancia y totalidad es frecuente equipararla a Universo, aunque en verdad no significa la integridad espacial (resultante de la suma de dos mitades y subdividida en cuatro partes), ni tampoco la eternidad, sino que constituye más bien una unidad de tiempo-espacio delimitada y de duración precisa (Harris y Bouysse-Cassagne 1988: 225-226). De esta manera, es el concepto de Pacha aquel que rige esa división temporal de la mito-historia andina en Edades estáticas presentada por Guaman Poma de Ayala o Garcilaso de la Vega. Considerando en particular el “tiempo de los antiguos”, donde la tradición quechua presentada anteriormente habla de cuatro edades llamadas *Wari Wiracocha*, *Wari Runa*, *Purun Runa* y *Auca Runa* (*vid supra*), la tradición aymara distingue sólo tres períodos nombrados *Taypi Pacha*, *Puruma Pacha* y *Awqa Pacha* o *Pacha Kuti* (Harris y Bouysse-Cassagne 1988: 226-246).

Muy a grandes rasgos, el *Taypi* está asociado a la Isla del Sol, en el Titicaca, o a Tiwanaku, consideradas como “la piedra central”, desde donde se produce una difusión de las pacarinas y huacas; una Edad de origen, de creación, un microcosmos roto del cual se originan los grupos humanos.

En contraposición, la Edad del *Puruma*, está representada por la oscuridad y la penumbra, las tierras en barbecho o baldías, los animales sin domesticar, la naturaleza virgen y las gentes de condición salvaje o asilvestrada (*v.gr.* Bertonio [1612, Segunda Parte, p. 278] 1984; González Holguín [1608] 1989: 297; Lira 1944: 774). Sus habitantes constituyen un pueblo indómito, carente de gobierno y policía, sin Ley ni Rey, que se sustentan de la caza-pesca-recolección, no conocen la agricultura ni el tejido y viven en casas “como hornos” (pucullos – chullpas = sepulcros antiguos) (Fig. IV-2). Son los salvajes que el dios Tunupa, tutelar del *Taypi*, va desterrando a las alturas en el periplo que constituye su ciclo mítico, donde se convertirán en guardianes al culto de las huacas y desarrollarán

poderes sobrenaturales. Éste es, según la mitología aymara, el “tiempo de los chullpas”, el *Puruma Pacha* o *Chullpa Pacha*, caracterizado por la liminalidad, ubicado en los bordes del espacio socializado, en el dominio de los muertos, que muestra algunos aspectos comunes con la Edad de *Wari Runa* descrita por Guaman Poma de Ayala ([1615a, fs. 54-56] 1987: 50-53), y que presenta coincidencias más que notables con la imagen que Juan de Betanzos y Garcilaso de la Vega atribuyen a Lipes y los lipes al tiempo de ser conquistados por el Inca (cap. IV.B), así como con la tradición oral por mí recogida en la comunidad Santiago (*vid supra*).

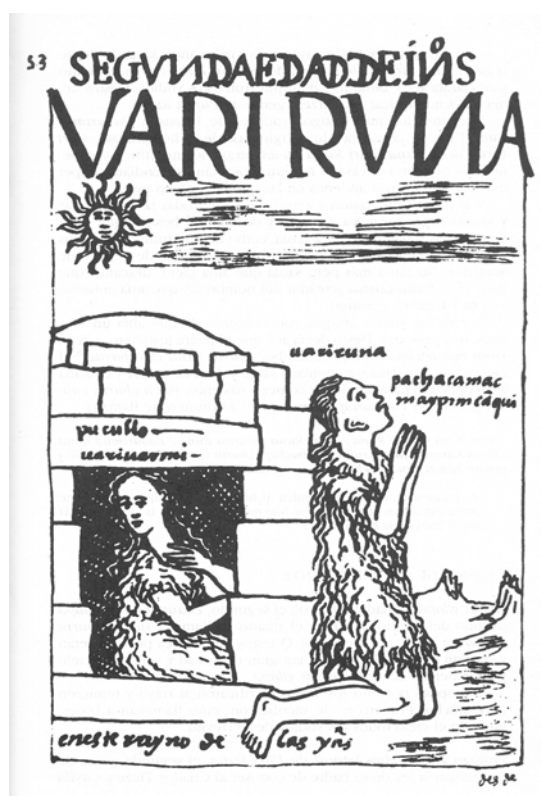


Figura IV-2: *Edad de Uari Runa* según grabado de Guaman Poma ([1615, f. 53] 1987: 51).

El Sol, la agricultura, el tejido y el Estado, que los Incas llevaron a estos salvajes habitantes de edades primitivas en tanto que héroes culturales y pueblo civilizador de los Andes, aparecerán a partir de la siguiente Edad, el *Awqa* (*Auca Runa* en la tradición quechua), un tiempo de guerras feroces, cuya máxima expresión es el *Pacha Kuti*, la inversión del tiempo y el espacio, un volverse la Tierra sobre sí misma (*vid Fig. III-1*).

Volviendo sobre el diluvio (*vid supra*), este cataclismo estaría marcando el final de *Taypi*, dando lugar a un nuevo tiempo y un nuevo espacio, repoblados por esas gentes que sobreviven a las aguas escondidas en cuevas. Así, en el relato encontraremos una primera humanidad -cuyo origen no viene aquí al caso-, un cataclismo, un lugar mítico de origen (*pacarina*) por excelencia: las cuevas, una diáspora de gentes, y una nueva Edad, el *Puruma*, tiempo de oscuridad, tiempo de los chullpas. En términos análogos, y de acuerdo con la tradición oral de Santiago, la salida del Sol, supondría la extinción de los chullpas y un nuevo cambio de Edad, del *Puruma* al *Awqa Pacha* según la tradición aymara presentada por O. Harris y T. Bouysse-Cassagne (*vid supra*). Sin embargo, además de la oscuridad veíamos cómo la guerra era presentada por la tradición oral como el segundo rasgo determinante del tiempo de los chullpas, aunque ésta sea, en principio, definitoria del *Awqa Pacha/Auca Runa*. En consecuencia, y considerando el cambio de Edad, la guerra debería ser registrada aquí como un anacronismo. Sobre las causas de la tensión bélica, el arte de la guerra de los chullpas y la guerra entre los chullpas y contra los incas ya se han trazado algunas líneas generales más arriba (*cfr.* Gil 2005a para un análisis detallado), por lo que me centraré entonces aquí en tratar de aclarar esta ambigüedad del discurso temporal que reúne en un mismo plano, adjudicado a los chullpas, la oscuridad del *Puruma* y la guerra del *Awqa*, sin que entremedias se produzca ruptura alguna ni cambio de ciclo. La cuestión quedaría así planteada en los siguientes términos:

- A. si la salida del Sol pone fin al *Puruma Pacha* y a la humanidad de los chullpas,
- B. si el tiempo de guerra es lo que caracteriza al *Awqa Pacha*, y
- C. si esta Edad es la de los incas y no la de los chullpas,
- D. ¿cómo pueden combatir chullpas e incas entre sí, tal como recoge la tradición oral?

Desde nuestra cultura occidental moderna y su concepto de Tiempo, esta proposición escapa a toda lógica. Sin embargo, para otro modo de pensar, el andino, que organiza la temporalidad de su mito-historia a partir de períodos estáticos e independientes, y que considera que acontecimientos y personajes pueden estar desdoblados en distintos planos espacio-temporales, este razonamiento no constituirá ningún problema. En consecuencia, cambiando el punto de mira dejan de existir la ambigüedad y el anacronismo, aunque ello exige lecturas entre líneas, ya que el Inca es en realidad el Sol, asociación que convierte la imposible doble extinción de los chullpas en un problema de traducción de metáforas, y la reduce a una sola. Por eso el *Puruma* y el *Awqa* coexisten en el tiempo de los chullpas, que viven sumidos en la oscuridad y la guerra en tanto que representantes de una humanidad primitiva que habita un entorno salvaje, y por eso la salida del Sol y la conquista del Inca constituyen un mismo y único *pachacuti* final de Era, un volverse todo sobre sí mismo como consecuencia del triunfo de la Civilización.

De acuerdo con J. Ossio (1977: 51-52), el hecho de que *Purun Runa* y *Auca Runa* (Tercera y Cuarta Edad de Indios de acuerdo con la tradición quechua presentada por Guaman Poma de Ayala ([1615a, fs. 57-62, 63-78] 1987: 54-58, 58-72 respectivamente) se nombren con sinónimos que refieren a una situación de caos y desorden, resulta indicativo del énfasis cosmológico en el cual se ubica el principio ordenador que rige la Quinta Edad de *Yncap Runa*, el tiempo de los Incas. Describe el cronista mestizo que en *Purun Runa* los indios comienzan a vivir en gobierno y policía, empiezan a confeccionar ropa tejida y a levantar casas de paredes de piedra y techos de paja, que tuvieron sus reyes y capitanes, y respetaron los Diez Mandamientos que Dios entregó a Moisés aún sin haberles sido revelados directamente a ellos, que convirtieron pedregales en sementeras, cavaron acequias, labraron los campos y criaron ganados, y que proliferaron los ejércitos. En principio, nada que ver con la situación que antes veíamos descrita para el *Puruma Pacha* aymara; nada de oscuridad, ni de salvajismo, ni de

cazadores-pescadores-recolectores de altura, característico todo ello del *Wari Runa*, sino más bien agricultores sedentarios y pastores que pueblan valles y quebradas y que viven de acuerdo a leyes y reyes. Sin embargo, esta bonanza también se vería cortada por el desastre; apunta Guaman Poma de Ayala:

“Mira qué tanta zuma de yndios podía auer en el rreyno: Dizen que una ues con una pistelencia se murieron muy mucha gente y says meses comieron los cóndores, buytris a esta gente y no lo pudían acauar todo los buytris deste rreyno. Que acá lo cuenta.

>> Que en todo este rreyno salieron de muchas maneras de castas y lenguages de yndios; es por la causa de la tierra porque está tan doblado y quebradas, torcieron las palabras y ancí ay muchos trages y ayllo.”

(Poma de Ayala [1615, f. 61] 1987: 57).

Éste sería el punto de inflexión que hace pasar de una Edad de prosperidad a la situación que caracteriza al *Puruma* como un tiempo de tinieblas y un espacio deshabitado, baldío, agreste, salvaje. Tal vez esa imagen de tierra deshabitada y desolada resulta implícita en el final de esta Edad de *Purun Runa*: una epidemia que diezma la población y deja a su paso un paisaje de cadáveres sobre el que carroñean las alimañas. Lo llamativo, es que en torno a esta idea y partiendo de la raíz *purum-*, Diego González Holguín ([1608] 1989: 297) recoge los términos quechuas de *purum llacta*: “pueblo arruynado despoblado” y *purumyachini*: “despoblar pueblos arruinarlos, desampararlos”, igual que J. Lira (1944: 774) apunta el término *purumáchi*: “despoblar, convertir en desierto”. En este punto, recuerde el lector los conceptos asociados a Lipes y los lipes por Juan de Betanzos y por la *Memoria de Provincias* que acompaña a la probanza de los incas nietos de conquistadores (*vid supra*), así como los significados metafóricos que pueden darse al topónimo *Lipes* considerando etimológicamente aquellos vocablos quechuas compuestos a partir de la raíz *llipi-* y que tienen que ver con la idea de vaciar, quedar pobre y sin recursos,

despojar, pelar (González Holguín [1608] 1989: 213, *vid supra*, también cap. I.B.1.).

Por otra parte, en ningún momento explicita Guaman Poma de Ayala si durante la Tercera Edad de Indios lucía o no el Sol, lo que deja abierto un cincuenta por ciento de posibilidades a que el *Purun Runa* estuviera también dominado por la misma oscuridad tenebrosa del tiempo de los chullpas. De la misma manera, tampoco asevera que tal epidemia causara la extinción de estas gentes, sino todo lo contrario: que como consecuencia de ella se produjo una escisión de grupos que adquirieron identidades diferenciadas. ¿Acaso no es la misma situación observada antes para el paso del *Taypi* al *Puruma*: unidad-cataclismo-dispersión? Lejos de suponer una solución al caos contenido en el concepto *purun/puruma*, cabría afirmar que es este infortunio lo que está dando origen a una nueva fase dentro del caos, el *Awqa Pacha* o *Auca Runa*, caracterizado por la guerra.

Así, durante *Auca Runa* esas nuevas naciones de indios salidos del desastre van a dejar los valles para refugiarse en las alturas, en los *pukaras*, y en un contexto de reorganización de territorios y recursos van a comenzar a guerrear entre sí. Trasladando esta secuencia al plano histórico, y sin olvidar que la tradición sitúa el *Taypi* en Tiwanaku, la bonanza del *Purun Runa* podría quedar asociada al período de integración tiwanakota, mientras el *Auca Runa* correspondería al clima de reorganización político-territorial que impera en los Desarrollos Regionales del Período Tardío. En cualquier caso, soy plenamente consciente de que Mito e Historia no tienen por qué discurrir por los mismos derroteros. Sea como fuere, el *Auca Runa* queda representado como un tiempo de vicios, de crueldad entre semejantes, de abandono de la vida en sociedad, de atomización política; es lo que, utilizando el vocabulario aymara de Bertonio ([1612, Segunda Parte, p. 27] 1984), podría traducirse como la Edad de “los enemigos”. Precisamente, conjugando los dos conceptos de *purun* y *auca*,

González Holguín ([1608] 1989: 297) apunta el término *purum auca* para referirse a “los no conquistados enemigos”, algo que sin duda tiene que ver con esa visión inca del *otro* bárbaro, y que nuevamente nos lleva de vuelta a la discusión etimológica del topónimo Lipes desarrolla en el capítulo II.B.1. De hecho, la siguiente Era será ya la de los Incas, quienes pondrán fin a esta situación de caos total, y quienes Guaman Poma de Ayala describe, en todo su esplendor cultural, como héroes civilizadores y restauradores del orden por antonomasia; tal como marcan los esquemas cronológicos tanto de este autor como de Garcilaso de la Vega, con ellos va a dar comienzo no sólo una nueva Edad, sino también una nueva Era en la Historia andina. Dice de ellos una tradición utópica que data de aquellos cronistas que pretendieron su ensalzamiento, que los Incas pusieron paz donde antes había guerra, y que llevaron a los pueblos “pacificados” la agricultura y el tejido, aunque a partir del testimonio de cronistas y comuneros, así como desde la investigación arqueológica, sabemos que los chullpas ya practicaban estas artes antes de que les fueran “reveladas” por el Pueblo del Sol.

Considerando esta reflexión, creo poder determinar que no sólo la distinción que establecen O. Harris y T. Bouysse-Cassagne (1988) entre las edades de tradición aymara del *Puruma* y del *Awqa* estaría forzada, y que en realidad oscuridad y guerra constituyen dos lecturas complementarias de un mismo caos. Es más, autores como J. Ossio (1973, 1977) y N. Wachtel (1975) afirman que fue Guamán Poma de Ayala, en su afán por hacer encajar las genealogías bíblicas y las Edades de Indios, quien verdaderamente cayó en el anacronismo, y no el pensamiento local. *Purun Runa* y *Auca Runa* guardan entre sí esa lógica del “pensamiento andino” entre *Taypi* y *Puruma*, aunque la recreación del *Purun Runa* quechua no tenga nada que ver con lo que representa el *Puruma Pacha* aymara, que por otro lado resulta análogo al *Auca Runa* quechua.

Por lo que a los chullpas se refiere, y a su representación en tanto que salvajes, recuerde el lector lo anotado anteriormente acerca de su capacidad para hacer producir la Tierra más y mejor de lo que hoy en día alcanzan los comuneros (*vid supra*, cap. IV.C.1). ¿Acaso no es ésta una calidad de vida parecida al *Purun Runa*, pero relacionada sin embargo con las gentes del *Puruma Pacha*? Cabría elucubrar -y sería simplemente una elucubración- que si semejante situación de bonanza y prosperidad se vio truncada por una “*pestilencia*”, tal vez lo que Guaman Poma de Ayala esté indicando sea una sequía. De ser así, el *pachacuti* que habría puesto fin a esta Edad habría sido un cataclismo de fuego, igual que la salida del Sol, si hacemos uso de otras metáforas. Y después de ello, el caos y la guerra del *Auca/Awqa*. De este modo, tal suposición nos situaría de vuelta sobre el pretendido anacronismo:

- a) si el Sol extingue por completo a los chullpas (mundo lunar), pero éstos aparecen sincrónicamente batallando contra los incas (mundo solar), se produce un anacronismo que ignora una situación de ruptura súbita en virtud de esa capacidad de desdoblamiento de situaciones y personajes en dos planos espacio-temporales que caracteriza al concepto de *Pacha*.
- b) si ese supuesto *pachacuti* de fuego provoca una diáspora, derivada de la cual sobrevienen unas guerras intestinas a las que pondrán fin los Incas, se da paso más bien a la dialéctica de un esquema temporal de base que sigue una secuencia cronológica lineal (bonanza-cataclismo-caos-cataclismo-restauración del orden).

Tratar de superar la contingencia de estos dos razonamientos es el motivo que me lleva a considerar un tiempo único de los chullpas que sea *Purun-Auca* bajo el signo del *Puruma*. En función de ello es como reúno las dos muertes de los chullpas bajo un único *pachacuti* de dos lecturas posibles: una metonímica y de carácter mítico, la salida del Sol, y otra metafórica y de carácter histórico, su conquista por los Incas. Desde esta posición quedaría entonces planteado el siguiente argumento:

- A. si los salvajes que Tunupa va desterrando a las alturas en su periplo (chullpas) se convirtieron en guardianes del culto ancestral a las huacas (*vid supra*),
- B. si el Sol ocupa el lugar preferencial dentro del panteón inca, los incas se consideran el Pueblo del Sol, y el Inca se proclama como Hijo del Sol,
- C. si los chullpas desaparecen bajo la opresión inca,
- D. ¿no será que cuando se dice que la salida del Sol causó la extinción de los chullpas y el final de su tiempo se está utilizando una metáfora para representar el advenimiento de una nueva Edad en la que rigen otros dioses?

Visto así, a la guerra que los chullpas habrían librado contra los Incas correspondería en otro plano dimensional a una batalla (quizás física, y con toda seguridad ideológica) entre las huacas locales y el Sol (huaca de los Incas). Por consiguiente, si los chullpas mueren dos veces es tan sólo porque acaban su tiempo no sólo subyugados por los Incas, sino también, y quizás más importante, despojados de sus huacas. Así, “Chullpas-Luna-noche-oscuridad-caos” e “Incas-Sol-día-luz-orden” constituyen unos contrarios que se enfrentan (*tinku*), y de cuyo encuentro resulta la alternancia (*kuti*), el *Pacha Kuti*, ese volverse el Mundo sobre sí mismo en Tiempo y Espacio. Se cierra entonces un ciclo cosmológico, concluye una Edad, el tiempo de los chullpas toca su fin; el *Chullpa Pacha* es derrotado por la salida del Sol, metáfora de la conquista política e ideológica de los Incas (Pueblo del Sol) sobre el resto de pueblos que se fueron incorporando al Tawantinsuyu. Por su parte, no me cabe duda alguna respecto de que la muerte de los chullpas abrasados por la salida del Sol se construye a partir de la metonimia de los cuerpos desecados encontrados al interior de las chullpas; de manera análoga, la idea de la traslación (¿huida?) de sus huacas se ve apoyada por todo un corpus mitológico que tanto desde las crónicas coloniales como desde las tradiciones orales actuales relaciona a los Incas con un reordenamiento (simbólico) del paisaje, y al que para el caso de Nor Lítez personalmente he

prestado atención en otro lugar (Gil 2008). En consecuencia, si la muerte ideológica de los chullpas remite a su Tiempo, su muerte física va a estar remitiendo a su Espacio.

En la actualidad, los chullpas están asociados con la enfermedad y muerte, con las ruinas arqueológicas en general y con los muertos del pasado, quedando así insertos en los bordes espacio-temporales del *Manqha Pacha* (Gil 2003a), lo que está por debajo (*mancca*), lo que está en las profundidades o en el interior (*manque*) (Bertonio [1612, Segunda Parte, pp. 213, 215] 1984), que los misioneros españoles tradujeron por el concepto cristiano de Infierno pero que según estas acepciones más bien se correspondería con la idea de un inframundo, un mundo clandestino, secreto y, otra vez más, ligado a la oscuridad.

* * *

Combinando, quizás de un modo un tanto heterodoxo, arqueología, etnohistoria y etnografía, mi intención en este capítulo ha sido la de alcanzar a componer una visión lo más amplia posible de la incorporación de Lipes al Tawantinsuy y de la *visión del otro* que los incas proyectaron sobre sus paisajes y su paisanaje.

Por un lado, desde la arqueología se puede comprobar que los incas no pasaron de largo sobre el territorio de Lipez como señalan Garcilaso de la Vega ([1609] 1995) o la *Memoria de las provincias* ([1569-71] 1985), o simplemente impusieron un tributo y luego siguieron su camino, como anota Juan de Betanzos ([1551] 1987). Por el contrario, lo incas dejaron en Lipez una impronta que si bien no es muy destacada desde el plano arquitectónico, sí se reconoce desde los análisis de cultura material, que desvelan además que por las punas de Lipez circulaban elementos de cierto prestigio (cerámica fundamentalmente), algo que A. Nielsen (1997b: 284-285) interpreta en función del tráfico caravanero;

precisamente, es a partir de tambos de origen inca vinculados a rutas preexistentes de tránsito como mejor puede rastrearse la presencia inca en Lipez.

Para tratar de explicar esta contradicción que entre registro arqueológico y fuentes coloniales se establece respecto de la incorporación de Lipez al Tawantinsuyu, he recurrido a la etnografía. Así, a partir de 1) mi trabajo de campo sobre construcción del discurso mito-histórico de una comunidad de Nor Lipez y 2) la interpretación del “pensamiento andino” en materia de conceptos espacio-temporales, tanto quechuas como aymaras, he resuelto la transformación de Lipez en Lipes en función de juegos metafóricos desde los cuales dotar de sentido ideológico aquellos valores que desde las tres fuentes coloniales citadas se proyectaban sobre dicho territorio y sus pobladores: tierra estéril, mal poblada, gente pobre, gente ruin, naciones bárbaras e indómitas, enemigos belicosos, espacios por domesticar, tierras de muchos colores... exactamente los mismos que posteriormente pasarán a las clasificaciones coloniales proyectadas por los españoles sobre idénticos paisajes y paisanaje. A este respecto, no me cabe duda acerca de que la consideración inca de Lipes (la que nos llega a través de Juan de Betanzos, Garcilaso de la Vega y la *Memoria de las provincias*) se amparó muy mucho en unas categorías similares a las analizadas en el último epígrafe para esa que he resuelto en llamar Edad *Purun-Auca* bajo el signo del *Puruma*. Con todo ello, he pretendido dotar de sentido ideológico a parte de la discusión etimológica que sobre el topónimo Lipes planteé en el capítulo I.B.1. observando a través de lo que J. L. Martínez (1995) considera una mirada cuzqueña sobre los pueblos de la Puna Salada que plantea J. L. Martínez (1995), y que retomaré en el capítulo V al abordar las lógicas imperantes en la construcción regional de Lipes y la etnogénesis de los lipes durante la Colonia dentro del contexto de una frontera intercultural geoestratégica como fue la del sur de Charcas.

V

Límite de conquista, borde de colonia.

Geopolítica de Lipes en las dinámicas de reorganización territorial coloniales

Como planteé en su momento (cap. II.B.), la aprehensión colonial de los espacios americanos quedó definida a partir de la construcción de territorios evanescentes que poco a poco fueron dotados de contenido natural y humano. La geografía política del imperio español en Indias se articuló a partir de grandes demarcaciones de *terra incógnita* que se fueron concretando a medida que avanzaba la empresa de conquista y colonización del Nuevo Mundo. A efectos de administración esta concreción territorial resultó en el trazado de unidades de distinto tamaño y proyección, subordinadas entre sí. Para su gobierno se exportaron a América instituciones peninsulares, siempre teniendo presente la teoría de los dos poderes, terreno y celestial, que para el caso americano se concentraban en uno solo, pues si los Reyes Católicos consiguieron que la Santa Sede les nombrase señores de las tierras descubiertas y por descubrir en Indias fue a cambio de garantizar la evangelización de los naturales; unos naturales que estuvieron en el centro de arduos debates acerca de su origen y condición humana, y sobre la legalidad de la Conquista.

Al margen de discusiones que hoy pueden parecernos bizantinas pero que entonces tenían suma importancia política, teológica e ideológica, la realidad americana discurría por otros derroteros, marcada por los avatares de la conquista y la personalidad de los conquistadores, lo que propició una rápida expansión de la Colonia. Sin embargo, junto a las carreras por llegar “más allá” para hacer así valer méritos y servicios que hicieran a uno merecedor de títulos, mercedes y posesiones, la consolidación de las fronteras americanas se tornó un problema de primer orden. En términos de relaciones internacionales europeas, fronteras frente al resto de potencias coloniales. En términos imperiales, dos fronteras que llamaremos bárbaras (*sensu* Giudicelli 2005 y Vitar 1995), una al norte del virreinato de la Nueva España, en Nueva Vizcaya, y otra al sur del virreinato del Perú, en el oriente y centro del Tucumán, la una habitada por los bárbaros chichimecas y la otra por los feroces chiriguano y calchaquíes, todos ellos *salvajes*. En los bordes de estas *fronteras bárbaras*, en términos regionales, fronteras de dominio ilusorio, donde fueron pocos los españoles asentados y desacatados unos indios por someter, reducir y doctrinar de facto. Y Lipes fue una de estas regiones; un territorio apartado y olvidado hasta que en la aspereza de sus punas se encontró algo merecedor de interés: cerros de plata, con una riqueza que algunos autores hicieron equiparable a la del Cerro Rico de Potosí, y acapararon una mayor atención precisamente cuando la minería potosina empezara a sumirse en crisis a mediados del siglo XVII.

Desde esta óptica, consideraré en las páginas siguientes una idea de Lipes como límite de conquista y borde de colonia, abordando su posición geopolítica en el marco de la frontera meridional de Charcas. Para ello, me fijaré en la primera presencia de españoles en este territorio, producto de las luchas de poder por los espacios charqueños en el contexto de las conocidas como Guerras Civiles del Perú (1537-1554). A continuación, trataré de la circunscripción territorial de Lipes en términos de demarcación y de jurisdicción, materia que me llevará a plantear nuevamente aspectos estrechamente ligados a la geografía

relacional y la naturaleza de las fronteras andinas, contraponiendo principios de territorialidad indígenas y coloniales al hilo de las políticas de reducción de indios y de congregación de pueblos. Por último, y siguiendo un orden cronológico desde mediados del siglo XVI hasta las reformas borbónicas del siglo XVIII, ahondaré en esta cuestión de los límites y la jurisdicción de Lipes a partir del análisis de contenido de la terminología empleada en las distintas fuentes coloniales para referirse a este territorio; por más que esta acotación temporal sobrepase los límites impuestos a esta investigación, me parece que contribuye a perfilar de modo más claro el devenir histórico de Lipes como región construida en términos geoestratégicos y económicos.

V.A.- LA GEOPOLÍTICA DEL TAPÓN. LIPES Y LA FRONTERA MERIDIONAL DE CHARCAS.

Para muchos, el gobierno de los Incas concluye en 1532, tras la entrevista de Pizarro con Atahualpa en Cajamarca, su captura, rescate y ejecución en Cuzco. Se olvida sin embargo que fue el propio conquistador español quien nombró un nuevo gobernante aparentemente favorable a sus intereses, Manco Inca Yupanqui, al que sucedieron otros tres más que junto con éste fueron conocidos como los Incas de Vilcabamba, Incas rebeldes que en este enclave de la sierra sur del Perú mantuvieron los ecos del viejo incanato hasta 1572. A su vez, en el transcurso de estos años las distintas facciones de españoles, apoyadas por diferentes grupos o parcialidades indígenas, se enzarzaron en las conocidas como Guerras Civiles del Perú (1537-1554) derivadas del choque de intereses y la lucha de poderes en la exploración, conquista, gobierno y explotación de los territorios andinos.

Conquistado el Perú, Hernando Pizarro regresó de España en 1535 con un título de marqués para su hermano Francisco en recompensa a los servicios

prestados a la Corona en la conquista de las Indias; era a la vez portador de dos noticias que marcarían el curso de los acontecimientos venideros:

1. el emperador Carlos V había concedido a Diego de Almagro los títulos de adelantado y gobernador de Nueva Toledo, una amplia demarcación de 200 leguas al sur del marquesado de Francisco Pizarro, aproximadamente la franja comprendida entre los paralelos 14° y 25° de latitud sur. Esta demarcación, que entonces, claro está, simplemente constituía otra *terra incognita* más en el temprano reparto colonial de la Indias, englobaba todo el territorio de lo que pronto se conocería como Charcas.
2. recién fundada Buenos Aires, se había encomendado a Pedro de Mendoza la empresa de remontar el Río de La Plata para comprobar si era posible alcanzar las riquezas peruanas desde el sur.

En este clima, a fin de afirmarse en sus nuevos dominios y también para evitar la confrontación con Pizarro, Almagro obtiene ese mismo año 1535 una capitulación para la exploración y conquista de las tierras situadas al sur del Titicaca, emprendiendo una expedición hacia Chile que iba a significar la penetración de los españoles en el territorio de Charcas. Pero antes de seguir, y dado que a partir de aquí las referencias geográficas, políticas y económicas a esta demarcación serán constantes, aclararé sucintamente lo que las fuentes coloniales entendieron por Charcas.

De acuerdo con J. Barnadas (1989: 35-57), los distintos autores utilizaron el topónimo Charcas para referirse a:

- todo el territorio al sur del Titicaca, ocupado entonces por la confederación Qaraqara-Charka¹.

¹ Para una historia antropológica de la confederación Qaraqara-Charka en los siglos XV-XVII remito al lector a la obra monumental de T. Platt, T. Bouysse-Cassagne y O. Harris (2006), en la que además encontrará un completo corpus documental relacionado con la construcción colonial de Charcas. A otro nivel, M^a M. del Río (1989) ofrece una detallada información acerca de los

- la villa de La Plata (1538, antigua Chuquisaca, y hoy Sucre) y su corregimiento.
- el obispado (1552) y posteriormente arzobispado (1609) de La Plata.
- la Real Audiencia de Charcas (1559-1787) y su distrito, a saber:
“El Audiencia de los Charcas debe tener por destrito la ciudad de La Plata, adonde reside, y sus términos; la ciudad de La Paz y sus términos; tiene al presente Chucuito y El Cuzco, mas esto quédese para la que ha de haber en El Cuzco; el puerto de Arica, adonde se ha de hacer un pueblo; la provincia del Tucumán, Juries y Diaguitas; los llanos de Manso y Chaves; los Mojos, y el Río de la Plata.” (Matienzo [1567, Parte II, cap. IV, título XV] 1967: 244-245).
- ya en el siglo XVIII, el Alto Perú, esto es, las intendencias de La Paz, Santa Cruz, Potosí y La Plata y las gobernaciones de Moxos y Chiquitos, el germen de la futura Bolivia.

En suma, Barnadas (1989: 56-57) concluye que Charcas “fue entendido, durante todo el período colonial, ante todo como un territorio étnico, como la ciudad colonial situada en él, como las instituciones civiles y eclesiásticas que tenían su sede en ella”, recalando que, en conjunto, Charcas representó un marco territorial, social e institucional cuya demarcación siempre estuvo mal definida, y su identidad, hacia dentro y hacia fuera, poco compacta y diferenciada. Volvamos a los hechos,

La expedición de Diego de Almagro (1535-1537) fue un completo desastre, no sólo por lo frío, árido e inhóspito del territorio, sino también por la hostilidad de los indígenas, las desavenencias entre sus capitanes -parte de los cuales se mostraban partidarios de regresar a Cuzco y afianzar sus posiciones-, la traición de indios supuestamente aliados y el clima de tensión generado por los

procesos de desarticulación colonial de la étnica Qaraqara a partir del análisis de los repartimientos y las encomiendas de la segunda mitad del siglo XVI.

preparativos de la rebelión general de Manco Inca. Desde Cuzco, bordeando el Titicaca, Almagro se adentró en el Collao, recorriendo el sur de la actual Bolivia y cruzando Jujuy, los valles calchaquíes y el valle del Aconcagua, en Argentina, desde donde traspasó la cordillera y penetró en Chile, bajando hasta el río Maule, punto desde el cual inició la ruta de vuelta por la línea costera, atravesando el desierto de Atacama y los despoblados de Antofagasta y Tarapacá, alcanzando finalmente el Cuzco desde Arequipa. A su regreso había perdido decenas de caballos y gran número de esclavos negros y sirvientes indios, aunque las bajas entre la hueste resultaron escasas, en un periplo, recuerde el lector, muy similar que había trazado Tupac Inca Yupanqui en sus conquistas (1471-1493), eludiendo en todo momento penetrar en el Altiplano de Lípez (cap. IV.B.).

A su regreso al Cuzco en 1537, Almagro se encontró no sólo con una rebelión indígena, sino también con un Pizarro que había conseguido por Real Decreto extender los límites de su marquesado, invadiendo así parte de los territorios de Nueva Toledo que a él correspondían por las capitulaciones de 1535. Esta cuestión territorial, añadida a la victoria de los “almagristas” en el Cuzco, hizo que Pizarro y Almagro chocaran frontalmente, obligando a los españoles a tomar partido por uno u otro, siendo el bando de los “pizarristas” el que más partidarios consiguiera reunir, quizás porque mientras Almagro estaba ocupado en su expedición Pizarro ya había empezado a repartir encomiendas en Charcas entre sus más leales seguidores. Sin entrar en detalles que nos despistarían de los objetivos de esta investigación², la cuestión es que durante las guerras civiles Charcas se convirtió en el blanco de las ambiciones económicas de todo un elenco de actores secundarios que encontraron allí su oportunidad en

² Por motivos evidentes, no puedo aquí detenerme en un análisis detallado de los que fueron los hechos de los españoles en los Andes ni en los pormenores de las Guerras Civiles del Perú y el quién es quién de sus protagonistas, remitiendo al lector interesado en este tema a los trabajos de J. Lockhart (1968, 1972).

Asimismo, una lograda síntesis de la historia del establecimiento español en Charcas, su importancia geopolítica en el curso de las Guerras Civiles del Perú y su trascendencia geohistórica en la conquista y colonización del altiplano surandino y Tucumán puede encontrarse en J. Barnadas (1973: 33-56, 75-126, 458-472, respectivamente).

la carrera de Indias, pero también de figuras destacadas en la historia de la conquista y colonización de los Andes, como Pedro Alonso Hernández de Hinojosa (en lo sucesivo, Pedro de Hinojosa, pues es así como aparece citado tanto en las fuentes como en la historiografía), primero capitán de la guardia de Francisco Pizarro, del que era primo hermano, y luego teniente del presidente de audiencia Pedro de La Gasca (1546-51), el conocido como protector o pacificador del Perú; Diego de Rojas, vecino fundador de La Plata, capitán de Pedro de Valdivia, muerto en 1544 mientras exploraba el Tucumán; Gonzalo Pizarro, artífice de la conocida como Rebelión de los Encomenderos (1544-1548) en contra de las disposiciones de las Leyes Nuevas (1542) que suprimían las encomiendas hereditarias; Diego Centeno, leal a la Corona en contra de los encomenderos rebelados. Todos estos personajes volverán a aparecer en páginas sucesivas.

En este contexto, las campañas militares y las exploraciones de descubrimiento y conquista de la década de 1540 demostraron la necesidad de poblar el territorio de Charcas y fortalecer en él la presencia española, pues no tardó en hacerse evidente su naturaleza de paso obligado entre Lima y Potosí pasando por La Paz (1548), y entre Potosí y Buenos Aires a través del Tucumán. Es por este motivo que la historia política, social y económica de Charcas fluctuó permanentemente entre el Pacífico y el Atlántico, entre Lima y Buenos Aires, entre Perú y Río de La Plata, virreinato éste último al que se incorporaría a partir de 1776. Como consecuencia de esta doble vertiente, apunta J. Barnadas (1973: 524) que más bien habría que hablar de dos Charcas bien diferenciadas, la de La Plata y La Paz, y la de Chile, Tucumán y Arequipa, división marcada incluso por el reparto de votos dentro de la Audiencia. Así, una Charcas del norte, estable y próspera, estrechamente vinculada a los ciclos productivos de la minería de Porco y Potosí, y otra Charcas del sur, escenario de una colonización fronteriza, inestable y amenazada por todos sus flancos: al sureste por los chiriguano, el peligro de mayor entidad, una amenaza constante para La Plata, Tarija y

Tucumán, al sur por el foco calchaquí, desestabilizador del Tucumán y un peligro virtual para Tarija y Chichas, y al suroeste, por los araucanos de Chile. Y en medio de esta frontera inestable, Lipes, un territorio apartado, inhóspito, en gran parte inexplorado y carente de todo interés para los españoles hasta que en la década de 1570 se empezaron a descubrir las primeras minas de plata. Lipes, un territorio que, como enseguida presentaré, bien puede considerarse desde la geopolítica del tapón. Ahora bien, ¿fue la de Charcas una colonización fronteriza?

Inspirándose en las ideas de F. J. Turner (1960a) sobre la frontera del Oeste en la historia de los Estados Unidos de América, J. Barnadas (1973: 468-472) habla de “condiciones fronterizas” según momentos concretos de la historia de Charcas, y de “situación fronteriza” en función de que se trate de una frontera frente al indio o de que en esa frontera ya haya españoles asentados, lo que le permite establecer esa distinción entre área nuclear y periferias. A pesar de su convencimiento de que la mayoría de las poblaciones españolas en Indias estaban marcadas por lo que él denomina una “psicología fronteriza”, Barnadas (1973: 468) estima que “Charcas acuñó en la conciencia de sus primeras generaciones fronterizas un temple más fronterizo que, p.ej., el territorio de la Audiencia de Lima o el del Reino de Quito, aunque probablemente menor que el de los chilenos”. A este respecto bebe Barnadas directamente de las opiniones de Juan de Matienzo [1567], que repetidamente consideró en su obra que Charcas se encontraba “en frontera de enemigos”. Precisamente por analogía con las audiencias de Lima y Quito, este autor reclama para Charcas un elevado número de “*Lanzas y Arcabuces*”, “*por haber en esta Audiencia más necesidad de gente por estar en frontera de tantos enemigos*” (Matienzo [1567, Parte I, cap. XXXI] 1967: 105). Ahora bien, es de destacar que, planteando las que a su criterio fueron razones fundamentales para la creación de la Audiencia de Charcas, Matienzo considera entre estos “enemigos” tanto a españoles como a indígenas.

Así, reconsiderando lo que significó el período de guerras civiles para el gobierno del Perú, en su Razón § 5 argumenta:

“porque no estando aquí la Audiencia, entrando en esta provincia un tirano, era imposible echalle de ella, aunque Su Majestad gastase en un ejército más que vale el Perú, por tener tantas acoxidas adonde se pudiese retirar.” (Matienzo [1567, Parte II, cap. IV] 1967: 218).

Entretanto, en su Razón § 4 había señalado:

“porque esta tierra está en frontera de cheriguanaes, indios enemigos de los de este Reino, que los matan y comen, y hay muchos españoles en entradas comarcanas a esta ciudad [[de La Plata]], que tienen gran deseo -si los dexasen- de volverse al Perú, y si los capitanes marrasen, podrían venir de guerra y hacer gran daño en la tierra. [...] está aquí la Audiencia para resisitir estos enemigos y para que estando aquí no se atrevan a lo hacer.

[[...]]

Si la Audiencia no estuviera aquí, perderíase sin duda Potosí, porque los indios alzados vinieran a dar en él, y se huyeran todos los que no prendieran y cautivaran o mataran, y quedara destruido el asiento y trato, y por consiguiente, todo el Reino.” (Matienzo [1567, Parte II, cap. IV] 1967: 217, 218).

Los chiriguanos, una amenaza tanto para los asientos de españoles como para las poblaciones de indios ya asimiladas al orden colonial. En realidad, este pueblo guerrero mantendría en jaque a los españoles durante toda la Colonia, suponiendo una amenaza constante no sólo para La Plata y Tarija, sino también para la frontera ganadera y misionera del oriente tucumano con el Chaco³. Por

³ Acerca de la guerra contra los chaqueños en la frontera oriental del Tucumán y el río Salazo durante los siglos XVII-XVIII, remito al lector a la síntesis hecha por B. Vitar (1995: 38-41, 51-66).

este motivo el virrey Francisco de Toledo (1569-81) se vio obligado a medir mucho sus pasos en sur de Charcas a la hora de diseñar su Visita General e imponer su Tasa, buscando no forzar la carga tributaria de los indios de paz no fuera que, instigados por sus vecinos calchaquíes y chiriguanos, también se sublevaran. Informando al Rey de los progresos de su Visita General Toledo apunta:

“las [[visitas]] de atacama frontera de chile hasta asentar estos yndios de guerra chiriguanas no se ha podido hazer porque con la visita no se me huyesen los yndios de paz con los chiriguanas y dexasen de pagar el tributo los lipas y de atacama que son de vuestra majestad” (Toledo [1573, nº 22] 1924: 240).

En este sentido considero que Lipas funcionó geopolíticamente como un tapón entre Charcas y los *indios de guerra* asentados en su frontera meridional, un territorio al que, como explicaré en su momento, se prefirió no forzar en materia de tributos a fin de mantener a los lipas como *indios de paz* (cap. VI.B.2.), y que fundamentalmente durante el siglo XVII se procuró consolidar a partir del establecimiento de asientos mineros (cap. IX.B.).

A tenor de este proceder del virrey Toledo, resuelve J. Barnadas (1973: 470-471) que la presencia española en la frontera meridional de Charcas estuvo marcada no tanto por “ir” a combatir a los indios alzados, sino por “estar” entre ellos, intentando asentar el dominio y listos para plantarles cara cuando éstos se alzasen, siendo desde esta perspectiva que su idea de la “psicología fronteriza” (*vid supra*) cobra especial caríz, por más que ese “estar entre ellos” plantee contradicción con la recomendación de Juan de Matienzo ([1567, Parte I, cap. XXXIII] 1967: 113) acerca de que no es recomendable que los encomenderos vivan entre sus indios, *“mayormente en esta provincia [[de Charcas]], que está en frontera de enemigos”*.

Por mi parte, frente a los conceptos de “condiciones fronterizas” y “situación fronteriza” desde los cuales J. Barnadas (1973: 468-472, *vid supra*) caracteriza la frontera meridional de Charcas, prefiero recurrir a la imagen de esas que B. Vitar (1995) denomina “fronteras bárbaras”, y al proceso de “ensalvajamiento de la frontera” definido por C. Giudicelli (2005) en relación con la construcción discursiva de la frontera en los confines del imperio español de los siglos XVI-XVII. En realidad, estos tres autores coinciden en que la frontera resultará distinta en función de que esté habitada exclusivamente por grupos indígenas (“de paz” o “de guerra”) o de que haya también españoles asentados en ella. No obstante, para Barnadas la frontera ya está ahí, sin atender a su dinámica estructural, una influencia de F. J. Turner (1960a) y sus ideas sobre la frontera del Oeste norteamericano. Sin embargo, no creo que la realidad fronteriza del Oeste norteamericano a fines del siglo XVIII y sobre todo durante el XIX sea parangonable con la de Charcas durante los siglos XVI-XVII, fundamentalmente porque la primera responde a un proceso (expansionista) de construcción estado-nacional (Turner 1960b, 1960c) mientras que la segunda se inserta en un proyecto de conquista y colonización. Además, mientras que el Oeste norteamericano constituyó una vasta extensión de tierras libres que cualquiera podía reclamar, un paraíso de oportunidades abierto a los flujos migratorios, las Indias pertenecían a la Corona, que controlaba el trasiego de pasajeros y que -directamente o a través de sus representantes allá- repartía (encomendaba) sus territorios a particulares en premio a sus méritos y servicios, por más que antes haya señalado que en el contexto de las guerras civiles del Perú muchos actores secundarios pusieron todas sus expectativas en Charcas (*vid supra*). En último término, Turner (1960a: 21; 1960b: 170) considera que el Oeste norteamericano, en el fondo, fue más una forma de sociedad que una simple área geográfica, donde la naturaleza y los salvajes fueron civilizados por los influjos emanados de las formas de vida-en-la-frontera, planteamiento sociohistórico asumido por J. Barnadas (1973). Desde esta perspectiva Turner (1960a: 23) caracteriza la frontera como “la línea de americanización [=

civilización] más rápida y efectiva”, una idea que dudo que sea aplicable a la frontera meridional de Charcas o a ninguna otra de esas fronteras bárbaras del imperio español en Indias, donde eran pocos los españoles, hostiles los indios, escasos los caminos y lentas las comunicaciones.

A pesar de estas críticas a la proyección del modelo turneriano de frontera sobre el territorio de Charcas, no me queda sino reconocer el valor de dos de sus premisas: que *el lugar* y *el tiempo* constituyen dos factores determinantes en la historia de la frontera, y que los territorios resultantes de cada nuevo avance fronterizo se constituyen automáticamente en áreas de influencia en la economía y la política generales (Turner 1960a: 27, 28). Desde este doble planteamiento, Turner (1960a: 30-31) resuelve que las poblaciones indígenas jugaron un papel predominante en la vida-en-la-frontera, haciéndoles responsables directos de la paz o la guerra, del establecimiento de nuevos colonos, del funcionamiento de los intercambios comerciales. De buscarlo, aquí podría encontrarse un vínculo con las tesis de C. Giudicelli (2005), B. Vitar (1995) y D. Weber (1998, 2007), que consideran -cada cual a su estilo- que la construcción de las fronteras actúa como un programa de incorporación política de los espacios de la conquista, algo que deja la puerta abierta a que se pueden considerar las “naciones indígenas” como el producto de una lógica clasificatoria colonial, e incluso, a través de procesos de etnogénesis, como una construcción colonial. Ya planteé estas cuestiones en las Consideraciones preliminares al hablar de fronteras y etnogénesis coloniales, y en cierto modo consideré este tema al tratar de la incorporación de Lipes al Tawantinsuyu según la visión inca del Otro y al analizar sus paisajes y paisanaje desde la perspectiva de un espacio-tiempo salvaje en los albores de la civilización (caps. IV.B. y IV.C.). Asimismo, volveré sobre ello al abordar las relaciones hispano-indígenas en Lipes (cap. VII.B.) y el poblamiento español a partir de los asentos de minas (cap. VIII.C.), dos aspectos que me permitirán ilustrar ese “*frontier way of life*” (“estilo de vida de frontera”) que J. Barnadas (1973: 471) convierte en intrínseco a la colonización de Charcas aunque sin

ahondar en sus características. Ahora sin embargo, en las páginas que siguen me gustaría considerar la conformación colonial del territorio de Lipes al hilo de distintos procesos (fundamentalmente militares, políticos y económicos) implicados en la construcción de la frontera meridional de Charcas. Para ello, y sin perder de vista el marco de las guerras civiles del Perú, me fijaré a continuación en la primera expresión de dominio español sobre Lipes: el repartimiento y encomienda de indios lipes en Hernán Núñez de Segura y Francisco de Tapia. Posteriormente atenderé a la definición de términos y a la jurisdicción y demarcación de los espacios de Lipes durante los siglos XVI-XVII.

V.A.1.- Los lipes: un repartimiento disputado en el marco de las Guerras Civiles del Perú.

Justifiqué en su momento (cap. I.B.) por qué tiendo a dejar fuera de esta investigación los considerados como “asuntos de o entre españoles” en Lipes, amparándome en que mi interés aquí no es tanto el de componer una detallada historia regional durante la Colonia como el de desentrañar los mecanismos geopolíticos e ideológicos a partir de los cuales se construyó la región de Lipes durante el período colonial de los siglos XVI-XVII. Apunté entonces además que la mayor parte de los documentos que tratan estos asuntos para este período se centran específicamente en informaciones de méritos y servicios en las que las referencias a Lipes son simplemente nominales, o en temas económicos y pleitos por la jurisdicción sobre tales o cuales indios o sobre este o aquel asiento de minas. Sin embargo, para intentar perfilar los orígenes de su construcción como región geohistórica, no me queda en este epígrafe más remedio que prestar atención puntualizada a los hechos de los primeros españoles en Lipes.

En suma, son escasas las fuentes que tratan del repartimiento y encomienda de indios lipes en Hernán Núñez de Segura y Francisco de Tapia, “fuentes de escasos datos” (*sensu* Schaposchnik 1991), y también de muchas

lagunas y algunas disonancias, en ninguna de las cuales se abordan cuestiones como los límites de la encomienda, el número de indios repartidos o su naturaleza o condición, aspectos sobre los que estoy centrando este trabajo. Más bien se trata de fuentes indirectas, que atienden simplemente a la titularidad del repartimiento y/o de la encomienda, a la renta de la encomienda o a la tasa impuesta a los indios. Pero antes de entrar en pormenores, ofreceré algunas notas biográficas de ambos personajes a fin de mejor entender el devenir del repartimiento y la encomienda de Lipes.

Hernán Núñez de Segura fue vecino y regidor de La Plata. Según su información de meritos y servicios (AGI, Patronato 95B, R. 6/ 1552), hecha en Lima en 1552 en atención a una petición de escudo de armas, fue uno de los primeros conquistadores del Perú, aunque su nombre no es recogido por J. Lockhart (1968, 1972) en ninguno de sus estudios socio-biográficos dedicados a éstos. Con rango de sargento luchó contra Diego Almagro el Mozo en la Guerra de Chupas (1541-1542), siendo al término de ésta cuando Cristóbal Vaca de Castro⁴ le hizo merced de un repartimiento de indios lipes y condes (AGI, Patronato 95B, R. 6, fs. 9v, 10r/ 1552). Durante la Rebelión de los Encomenderos (1544-1548) luchó del lado de Gonzalo Pizarro hasta 1545, año en que se unió a la causa de Diego Centeno contra aquel, luchando con rango de sargento mayor y destacando en algunas acciones militares, incluida una en salvaguardia del estandarte realista (AGI, Justicia 655, N.2, R.2, f. 5r/ 1564-69; AGI, Patronato 95B, R. 6, fs. 10v, 11v, 12r, 13r, 42/ 1552). Por sus méritos en esta contienda el presidente Pedro de La Gasca (1546-51) le confirmó el repartimiento de los lipes, aunque a partes iguales con su compañero de armas Francisco de Tapia (AGI,

⁴ Cristóbal Vaca de Castro fue enviado por la el Consejo Real al Perú en 1541 para tratar de contener y frenar los poderes de Francisco Pizarro. Sin embargo, a su llegada en abril del año siguiente se encontró con que éste había sido asesinado, y que Diego de Almagro el Mozo se había rebelado proclamándose gobernador del Perú y rechazando la soberanía de Carlos V. Por este motivo Vaca de Castro contó con el apoyo de los pizarristas, no tanto por lealtad a la Corona como por espíritu de venganza. Fue También el encargado de oragnizar inspecciones de los pueblos indígenas, y de la división del Perú en obispados.

Justicia 655, N.2, R.2, f. 5r/ 1564-69). En 1548 La Gasca le ascendió a capitán, y ese mismo año Núñez de Segura viajó a España con una partida de oro que se supone correspondía a parte de los tributos recaudados en su repartimiento, pero por la que años después María Montilla le disputó un pleito al considerarlos bienes de su difunto esposo Francisco de Tapia, su antiguo compañero de armas y de encomienda (AGI, Justicia 758, N.2/ 1552-53).

De Francisco de Tapia sabemos por J. Barnadas (1973: 85, 566-570) que como regidor de La Plata firmó la carta de poder que el concejo, justicia y regimiento de la villa otorgó el 16 de junio de 1545 a Diego Centeno -entonces alcalde ordinario de ella, y en virtud de ésta convertido en capitán general y justicia mayor de La Plata y su provincia (Charcas)- para reclutar gente fiel al Rey contra la rebelión de Gonzalo Pizarro. Asimismo, en 1549 ejerció como visitador en el sur de Charcas para la Administración del virrey La Gasca (Río 1989: 54, 55) al tiempo en que éste repartía el territorio entre Pedro de Hinojosa, Alonso de Montemayor y Pablo Meneses. En 1550 fue alcalde ordinario de La Plata (Barnadas 1973: 609). En 1557 renunció a la encomienda de indios lipes que compartía con Núñez de Segura (AGI, Patronato 188, R. 37 1557).

De aquel repartimiento primero de lipes y condes concedido por Cristóbal Vaca de Castro a Hernán Núñez de Segura, Pedro de Hinojosa anota en su *Memoria de los repartimientos que hai en los términos de la Villa de [[La]] Plata que tienen dueños i están vacos*:

“Item Hernan Nuñez de Segura tiene en la provincia de Lipe quatrocientos i noventa i seis Indios con el cacique principal Tocari tiene mas cerca de la villa docientos Moioioios [[= moromoros⁵]] pobres

⁵ Indios *moioioios*, moyo-moyos o, más correctamente, moromoros, una parcialidad de la confederación Qaraqara-Charka, repartidos entre las provincias de Chichas y La Plata, y que en las fuentes suelen aparecer ligados a los chichas y/o los yamparaez. En la *Memoria de provincias* que acompaña a la probanza de los nietos de Tupac Inca Yopanqui, p. ej., aparece registrada una “*prouinçia de los chichas y moyomoyos y amparais y aquitas copoyapo*

para servicio de su casa, asimesmo tiene ochenta orejones junto a la Villa [[de La Plata]] con el cacique dellos que se dice Gualparoca, estos orejones solian ser de Diego de Rojas, i dioselos al dicho Segura Luis de Ribera, siendo teniente en la villa por virtud de una cedula de Vaca de Castro que el dicho Hernan Nuñez de Segura mostrará, havia señoria i sobre estos orejones trahen agora pleito entre el i el capitan Pablo de Meneses, los Indios de Lipe no tienen maiz i están en tierra mui esteril i de poca comida, tienen ganado aunque no en cantidad, los ochenta orejones son Indios de maiz i tienen cient cestos de coca de mita, no tienen ganado, podran darlos unos i otros de aprovechamiento cada un año dando los de lipe Indios para el beneficio de las minas i grangeandolo demas que dieren durante la grosedad de las minas cinco mil pesos, tienenlos por cedula de Vaca de Castro.” (Hinojosa [s/f]a, cit. in Loredó 1940: 56-57).

Sobre estos indios lipes repartidos a Hernán Núñez de Segura, Hinojosa cita también en su *Memoria de los repartimientos que hai en la provincia de los Charcas que estan en cabeza de vecinos i vacos*:

“Tiene Hernan Nuñez de Segura en Lipe seiscientos i tantos Indios de visitación, tienen ganado i no maiz i mas docientos Moiomaios.” (Hinojosa [s/f]b, cit. in Loredó 1940: 61).

Coincide la descripción que Hinojosa hace de Lipes como “*tierra mui esteril i de poca comida*” en la que los indios crían ganados (*vid supra*) con la impresión que causó en Tupac Inca Yupanqui al atravesarla de vuelta al Collasuyo desde Atacama (cap. IV.B.), y con la estampa que compusieron de ella

churumatas y caracos” (Memoria [1604, f. 6v, Collasuyo, § 5] 1985: 226), sobre la que J. Rowe (1985: 215 n°18) dice no encontrar textos paralelos salvo referencias individualizadas en documentación relativa a Chichas o La Plata. Sobre estos moromoros puede el lector interesado encontrar información detallada en los trabajos de M^a M. del Río (1989) y M^a M. del Río y A. M^a Presta (1984).

todos los autores coloniales (cap. II.B.1.). Asimismo, llama la atención que en según qué memorial el número de lipas repartidos a Hernán Núñez de Segura es de 496 o superior a 600.

Así mismo, matiza Hinojosa ([s/f]b, *cit. in* Loredó 1940: 62) que en esta última *Memoria* no fueron considerados los indios yamparaez del cacique Gualparoca que constituían un repartimiento al suroeste de La Plata, que otrora fue de Diego de Rojas y que en ese momento se disputaban Núñez de Segura y Pablo Meneses. Señala de ellos que son indios de coca, maíz y algún ganado, y que estaban diezmados por la enfermedad y dispersados por las guerras, y hace bailar su número entre 800 y 900 (Hinojosa [s/f]b, *cit. in* Loredó 1940: 60; Hinojosa [s/f]a, *cit. in* Loredó 1940: 53, respectivamente).

Por lo que a Francisco de Tapia se refiere, Pedro de Hinojosa señala en esta misma documentación:

“Item tiene Francisco de Tapia en la provincia de Atacama cierta cantidad de Indios con los caciques principales, tiene mas cerca de la Villa [[de La Plata]] docientos Moiomaios para servicio de casa, estos de Atacama no le sirven por estar tan lexos, tienelos por cedula de Vaca de Castro.” (Hinojosa [s/f]a, *cit. in* Loredó 1940: 58).

“Tiene Francisco de Tapia la provincia de Atacama con cierta cantidad de Indios, no le sirven, tiene mas ciento i cinquenta moiomaios” (Hinojosa [s/f]b, *cit. in* Loredó 1940: 61).

R. Loredó (1940: 51), editor de estos dos memoriales de Hinojosa, afirma que los datos en ellos incluidos corresponde a los “repartimientos que existían en el Perú al finalizar la rebelión de Gonzalo Pizarro”, y señala que estos documentos fueron encontrados en la recámara de éste el 9 de abril de 1548, un día antes de su ajusticiamiento. Sin embargo, me parece que esta datación

debiera matizarse. Sin fecha, ambos memoriales deben ser anteriores a 1546, año en que Pedro de Hinojosa abandona a Pizarro y se pasa al bando realista. El único dato a utilizar en defensa de una fecha posterior vendría dado porque al citar los repartimientos pertenecientes a Gonzalo Pizarro se utiliza un tiempo verbal pasado, aunque creo que esto pudiera deberse a que los documentos reproducidos por Loredó “están sacados de una copia hecha u ordenada por el oidor don Benito de la Mata Linares” (Loredó 1940: 52), y que por tanto bien podrían haberse corregido y actualizado en función de la derrota de Pizarro. En verdad, se indica “*el repartimiento que era de Gonzalo Pizarro*” (Hinojosa [s/f]a, *cit. in* Loredó 1940: 52) y “*Tenía Gonzalo Pizarro*” (Hinojosa [s/f]b, *cit. in* Loredó 1940: 59), pero en ningún caso se añade “que ahora son” de Pedro de Hinojosa, como así fue, quien simplemente menciona el repartimiento que al tiempo de redactar los memoriales disfrutaba en Aullagas. Es por esto que en principio no llevaría la fecha de ambos documentos más allá de 1546, convencido de que el uso de un tiempo pasado al referir los repartimientos de Gonzalo Pizarro bien pudo ser una licencia del copista; más aún, lo cierto es que quizás habría que retrasar esta fecha incluso a antes del otoño de 1545, momento en que Núñez de Segura y Tapia abandonaron a Gonzalo Pizarro para unirse a Diego Centeno.

Los chuquisaqueños habían recibido encomiendas y repartimientos de Francisco Pizarro, y por eso se habían mostrado hostiles contra Diego Almagro el Mozo durante la Guerra de Chupas (1541-1542). Sin embargo, sabiendo que en la Rebelión de los Encomenderos (1544-1548) Gonzalo Pizarro llevaba las de perder, y alentados además por la redención y las encomiendas prometidas por La Gasca, la mayoría fue pasando al bando realista. Al comienzo de la rebelión Pizarro dio oportunidad de abandonarle a quienes no quisieran seguir adelante, aunque a cambio de cederle sus repartimientos, cuyas rentas aplicaría para los gastos de la guerra (Barnadas 1973: 92). Es de suponer que éste sería el precio a pagar por Núñez de Segura en Lipes, como corrobora una cédula de 27 de

octubre de 1547 por la cual el propio Gonzalo Pizarro despoja a Núñez de Segura de su repartimiento de indios lipas para entregárselo al sargento Ioan de Lastres, “*por sus méritos de conquista con armas y caballos*” (AGI, Charcas 40, N. 19/27-10-1547). Si lo dispuesto en esta cédula se llevó efectivamente a cumplimiento es un punto que a tenor de la documentación consultada no queda del todo claro, aunque algo de ello debió de haber cuando Hernán Núñez de Segura acudió a Potosí en 1549 para confirmar la cédula de encomienda que sobre los lipas disfrutaba por merced de Vaca de Castro. Como quedó apuntado más arriba, en esta ocasión, y según dictamen de La Gasca, Francisco de Tapia ya aparece como co-beneficiario de la misma.

Según el traslado de la cédula de encomienda inserto en la información de méritos y servicios de Núñez de Segura (AGI, Patronato 95B, R. 6, fs. 4-7/1552), éste solicitó al licenciado Polo de Ondegardo, justicia mayor de Potosí, “*le ponga en posesyon de los yndios y señores principales y naturales pueblos y estanças y chacarras en la çedula contenidas por si y en nombre de fran[cis]^{co} de tapia vezino y rregidor dela d[ic]ha villa [de La Plata] su compañero conforme la d[ic]ha çedula*” (f. 6r). Al acto, celebrado el 7 de agosto de 1549, Núñez de Segura llevó como testigos a dos indios principales, uno de los condes y otro de los lipas, que sirvieron de parte representativa de todos los demás pueblos y estancias y chacras contenidos en la cédula original, dejando constancia de que tanto él como Tapia se estaban ocupando de que los indios recibieran doctrina (f. 6v).

Si en lo tocante a la demarcación de esta encomienda de Lipas la documentación disponible nos deja en suspenso -no se menciona ni en las informaciones de Pedro de Hinojosa, ni en la cédula de Gonzalo Pizarro, ni en el oficio de Polo de Ondegardo, *vid supra*-, no sucede lo mismo en materia tributaria, conocido el detalle gracias a la tasa realizada por fray Gerónimo de Loaysa, Fernando de Santillán y fray Domingo de Santo Tomás en 1550 (CNM-

AH, Cajas Reales 1, fs. 56-57/ 1550), cuyo análisis, por una cuestión de orden interno en este trabajo, prefiero reservar para cuando me ocupe de los lipes desde un punto de vista tributario al considerar la cuestión de las clasificaciones coloniales (cap. VI.B.2.). Sin embargo, sí quisiera recalcar aquí que por más que Tapia hubiese quedado guardando los intereses de ambos en Lipos mientras Núñez de Segura acudía a Potosí a confirmar la encomienda, ambos encomenderos nunca residirían en sus dominios, sino en la villa de La Plata, siendo ahí adonde los indios debían acudir a efectuar el pago de sus tasas. En este sentido, nuestros dos personajes, como tantos otros, contravenían la normativa vigente relativa a la obligación de los encomenderos a residir dentro de los límites de su encomienda para así mejor velar por el cuidado y doctrina de sus indios⁶. Como digo, volveré sobre el detalle de esta Tasa a su debido momento.

No quisiera cerrar este epígrafe sin destacar un par de asuntos más en relación con el repartimiento de los lipos, el primero de ellos relacionado con un cambio en el tipo y calidad de tributo impuesto a los indios, y el segundo directamente vinculado al proceso de transformación de las encomiendas individuales en encomiendas de la Corona.

Fijando la Tasa de 1550 un tributo parte en dinero y mayoritariamente en especie, y habiendo Francisco de Tapia renunciado a su parte de la encomienda sobre los lipos en 1557 (*vid supra*), Hernán Núñez de Segura disputó en 1559 un pleito con Alonso Palomares por dos mil pesos de oro de renta anual de la que al parecer fue hecha merced al tal Palomares entre los indios lipos y condes (AGI, Justicia 1128, N.1, R.2/ 1559). No se resuelve en este auto entre partes en favor de quién se dictó sentencia, aunque por otra documentación posterior que enseguida presentaré sabemos que el pleito se saldó en beneficio de Núñez de

⁶ Contraviniendo igualmente esta normativa, recuerde el lector que Juan de Matienzo ([1567, Parte I, cap. XXXIII] 1967: 113) apunta la inconveniencia de que los encomenderos residan entre sus indios por estar la provincia de Charcas “*en frontera de enemigos*” (*vid supra*, cap. VI.A.).

Segura. Justo un año después, en 1560, Antonio de Hozmayo, corregidor de justicia mayor de La Plata, efectuó una provisión sobre el repartimiento de Lipes por la cual se fijaba un pago de dos mil pesos anuales como único tributo al que desde entonces quedaban obligados los indios, eliminando cualquier pago en especie y también librándoles de prestar servicio personal (CNM-AH, Cajas Reales 1, f. 59r/ 1560).

Respecto del segundo asunto, ya mencioné más arriba que desde las *Leyes Nuevas* de 1542 se trató de suprimir, aunque finalmente sin éxito, la encomienda a perpetuidad, de tal manera que al morir el beneficiario de tal merced los indios del repartimiento quedasen asignados a la Corona⁷. En ese contexto ha de considerarse el pelito mantenido por Hernán Núñez de Segura con el fiscal licenciado Gamboa entre 1564 y 1569 sobre los frutos de los indios lipes y condes que el primero tenía repartidos (AGI, Justicia 655, N.2, R.2/ 1564-69). Fue 1564 precisamente un año en el que fueron muchos los repartimientos reincorporados a la Corona, muchas las encomiendas que se inmovilizaron, y muchos los encomenderos que iniciaron pleitos para no perder sus tributos o para mantener sus repartimientos de manera que éstos no fuesen declarados vacos y pasasen así a la Corona, una materia en la que venían mostrándose implacables los virreyes Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete (1556-61), y Diego López de Zúñiga y Velasco, Conde de Nieva (1561-64) (Barnadas 1973: 247-249).

De acuerdo con las informaciones contenidas en este auto, lo que Núñez de Segura reclama no es el repartimiento en sí, que ya había cedido a la Corona en 1562, sino el fruto de unas rentas atrasadas que éste no pudo cobrar en su momento por encontrarse en España resolviendo asuntos particulares. El pleito se

⁷ Sin perder de vista las guerras del Perú, en la corte española cundió la alarma ante esta medida, Carlos V fue convencido de que eliminar la encomienda significaría arruinar económicamente a la Colonia, y finalmente el 20 de octubre de 1545 se suprimió el capítulo 30 de las *Leyes Nuevas* donde se prohibía la encomienda hereditaria.

inicia en Madrid en 1564, actuando en nombre de Núñez de Segura el procurador real Gaspar de Zárate, y se resuelve 1567 cuando el Rey ordena a los oficiales de Real Hacienda de la provincia de Charcas que paguen a Núñez de Segura lo que se le debiera por los cinco años que habían transcurrido desde su renuncia a los indios lipes y condes en favor de la Corona (1562), con mención expresa a que el monto no excedería los 5.000 pesos anuales (AGI, Justicia 655, N.2, R.2, fs. 4-5/ 1564-69). A pesar de esta resolución, hasta primeros de febrero de 1569 no se dio Real Provisión al Consejo de Indias para el nombramiento de los jueces que deberían sancionar el dictamen Real (AGI, Patronato 292, N.3, R.2/ 05-02-1569), que sería ratificado a día 16 (AGI, Justicia 655, N.2, R.2, fs. 114r, 115/ 1564-69). A petición de Núñez de Segura, el día 24 de ese mismo mes se remitió la Real Provisión ejecutoria de autos al presidente y oidores de la Audiencia de Charcas (AGI, Patronato 292, N.3, R.30/ 24-02-1569), quedando así zanjado el asunto, saldadas las cuentas reclamadas por Hernán Núñez de Segura, y traspasado definitivo del repartimiento de Lipes a la Corona.

V.B.- DEFINICIÓN DE TÉRMINOS, CIRCUNSCRIPCIÓN DE TERRITORIOS. JURISDICCIÓN Y DEMARCACIÓN DE LOS ESPACIOS DE LIPES.

Como planteé en su momento (cap. II.B.), *espacio*, *paisaje* y *territorio* vienen a definir tres órdenes de pensamiento distintos a la hora de entender el manejo del Espacio. Por un lado, el *espacio* en tanto espacio físico que, a pesar de la existencia de fronteras ecológicas, se corresponde con una perspectiva abierta carente de centro de definición. Más allá, el *paisaje*, que cierra la perspectiva espacial en torno a un sujeto perceptor que construye su propia visión de la realidad a partir de representaciones. Y ofreciendo la concepción más cerrada de las relaciones espaciales, el *principio de territorialidad*, que nos obliga a pensar en lo político, en relaciones de poder desde, en y por el espacio.

En consecuencia, el concepto de *territorio*, que hundiría sus raíces etimológicas en el Derecho Romano⁸ con el sentido de “ordenación de la tierra”, queda vinculado a una apropiación del espacio, que pasa así a estar delimitado por el establecimiento de *fronteras* (naturales, artificiales, fantásticas, culturales), a partir de las cuales se remarca lo propio y lo ajeno, la identidad y la alteridad. Así mismo, desde el punto de vista geopolítico, las bases de los conceptos de territorio y frontera quedan definidas a partir de 1) el uso más o menos exclusivo del espacio delimitado en términos de explotación de recursos, y 2) la idea de un espacio para la defensa (y al mismo tiempo defendible). Consecuentemente, el principio de territorialidad condensa unas exigencias adaptativas al entorno para las unidades sociales que lo habitan, y a la vez, una organización de ese entorno como respuesta de adaptación por parte de los grupos humanos. Como comenté entonces, esto plantea una oposición entre lo estructural y lo funcional que durante mucho tiempo se ha resuelto a partir de criterios funcionales y adaptativos en términos ecológicos.

Desde esta perspectiva, los enfoques ecológico-funcionales han tendido a identificar el territorio con el asentamiento y su radio de captación de recursos, aún cuando esto no sea más que una pequeña porción (quizás la más llamativa) del total de oportunidades que permite el análisis territorial. Considerando la importancia que estos enfoques confieren a esta entidad territorial, su idea del *territorio* remite nuevamente a un concepto propio del Derecho Romano, pues en la antigua Roma se entendía el *territorium* como el espacio o ámbito sujeto en un principio a la jurisdicción de una *civitas* (la *polis* griega), y más tarde, ante la crisis de ésta y su pérdida de control sobre el mismo, como un distrito con propia

⁸ Evidentemente, el concepto de territorio y la territorialidad no son invención de la Roma clásica, constituyendo más bien principios básicos de la etiología animal presentes en el ser humano desde sus orígenes, y que éste modela desde lo social y lo cultural de acuerdo a sus necesidades concretas (reales, adquiridas o imaginadas). Sin embargo, si remito aquí al Derecho Romano es en tanto que éste constituyó la base legal a partir de la cual se articularon los reinos medievales y el Estado moderno en Occidente, y que pasó a Indias por efecto de la empresa colonial.

entidad administrativa o como el conjunto de tierras de la ciudad. En esta línea, Sebastián de Covarrubias recoge en su *Tesoro de la lengua castellana o española* [1610] una definición del territorio según “el espacio de tierra que toma algún pago o jurisdicción”, y Raimundo de Miguel y el Marqués de Morantes, en el *Nuevo diccionario latino-español etimológico* (2000), hacen equivalente el significado de *territorium* al de “distrito”, si bien por tal solemos entender la subdivisión del territorio en pos de su ordenamiento político-administrativo. En cualquier caso, si a este enfoque le aplicamos un punto de vista economicista, el principio de territorialidad quedará indisolublemente vinculado a la relación recursos-población-trabajo, de tal modo que la ocupación del espacio pasa a depender del principio de mínimo esfuerzo, planteándose las formas de apropiación del territorio como el punto clave en la defensa económica del entorno en función de la relación costes-beneficios, así como sobre las redes de intercambio y comercio (*cfr.* aquí los modelos del *Site Catchment Analysis* y la Teoría de Alcance Medio, tan utilizados por la arqueología procesual y la ecología cultural). Sin embargo, y sin perder de vista la calificación ideológica del comportamiento espacial, no habríamos de olvidar que las referencias sociales que inciden en el análisis territorial son múltiples, ligadas al componente relacional y a la heterogeneidad del comportamiento territorial humano, la articulación de las unidades sociopolíticas, y la definición fronteriza de las unidades territoriales resultantes. De este modo, los principios de exclusividad y defensa quedan relegados a un análisis contextual del territorio en tanto que ejercicio político de ordenamiento espacial *a partir de* unas condiciones ecológicas y *desde* unas estructuras sociales dadas.

Desde nuestro punto de vista occidental, todo encaja. Los problemas aparecerán al considerar que la relación entre la representación del medio físico (*paisaje*) y su apropiación (*territorio*) viene marcada por criterios de percepción, lo que abre la posibilidad al choque de racionalidades culturales sobre un mismo espacio geográfico. Y esto es lo que, históricamente, ha ocurrido en cualquier

contexto (neo)colonial, quedando así plenamente demostrado que territorio y fronteras son dos conceptos geopolíticos y geoestratégicos imbuidos de la noción de poder.

V.B.1.- Composición de espacios, reducción de gentes. En torno a los territorios indígenas y las demarcaciones coloniales.

Proyectemos la discusión anterior sobre el escenario andino, tomando como telón de fondo la configuración política del altiplano meridional en términos de mosaico étnico, los modelos económico-territoriales basados en los principios de insularidad vertical, movilidad giratoria e interdigitación, y las implicaciones sociales derivadas de todo ello; tres aspectos que si no invalidan el *Site Catchment Analysis* de los enfoques ecológico-funcionales, sí lo complican un poco. En función de estos parámetros, recordemos también lo referido en páginas anteriores (cap. III.A.) acerca de que la organización territorial propia de las sociedades andinas quedaría articulada según un principio de segmentariedad estructurado a partir del parentesco y la autoridad, lo que nos lleva a situar el principio de “territorialidad andina” no tanto sobre la apropiación del espacio físico sino sobre el factor demográfico (Pease 1995: 208-209) y la jurisdicción (Harris 1997: 357), esto es: los grupos humanos junto con sus respectivas autoridades y el término en el que éstas ejercen su poder. Desde esta perspectiva, ante la falta de un territorio agrupado y definido a partir de límites precisos, y considerando las dificultades de la Administración colonial a la hora de adscribir territorialmente a los distintos señoríos andinos de acuerdo con los patrones europeos, no sería difícil caer en el error de considerar la inexistencia de límites en los Andes prehispánicos. Sin embargo, quisiera insistir aquí en el hecho de que sí existían y existen linderos en el mundo indígena, tan sólo que, a diferencia del territorio político-administrativo europeo, éstos pueden ser toda una pampa, o un cerro, o tal vez un corral, porque la concepción andina de lindero no es tanto

la de un límite fijado como la de un paisaje⁹, idea que más adelante reconsideraré desde las diferencias entre los conceptos de *territorio* y *término*.

A pesar de ello, bien es cierto que las Crónicas de Indias también reflejaron la presencia de mojones en el Tawantinsuyu, estableciendo límites entre terrenos, grupos humanos o unidades administrativas del incario (Fig. V-1). En este sentido, el hecho de amojonar el territorio estaría implicando “una forma de mapear en el mismo paisaje, estableciendo hitos tanto a nivel de Estado, como a nivel local” (Harris 1997: 365). Sin embargo, trasladar esta realidad inca a momentos anteriores nos conduciría probablemente a errores conceptuales, ya que con la expansión del incario se alteraron notablemente las estructuras de propiedad y posesión de la tierra. En cualquier caso, amojonar el territorio constituiría una estrategia a partir de la cual construir una ficción legal que permitiera a los incas manipular por igual tierras y fuerza de trabajo, y al tiempo, apelando a la *pax incaica*, resolver litigios históricos sobre pastos, pozos o cicales¹⁰. Retomemos entonces lo apuntado respecto de los paisajes como límites o los paisaje-límite.

⁹ Teniendo en cuenta que la pertenencia del individuo al grupo social queda establecida por su filiación con los antepasados -*cfr.* que el auténtico poseedor de tierras y rebaños es el ayllu-, llama la atención el hecho de que sea precisamente en estos paisajes liminares donde se ubiquen un porcentaje elevado de esas torres chullpa presentadas en el capítulo III. En función de ello, además de lo discutido en aquellas páginas, ya dediqué otros trabajos a argumentar la relación entre el culto a los antepasados, los monumentos funerarios y el ordenamiento territorial en el mundo andino (Gil 2002b), así como a destacar el protagonismo de las chullpas en el manejo simbólico del espacio y la territorialización de paisajes-límite, que pasan así a convertirse en hitos fronterizos que a través del monumento funerario ratifican determinados derechos exclusivos de explotación de recursos agropecuarios (Gil 2002a, también 2003b). No insistiré por tanto aquí en ello.

¹⁰ A este respecto, llama la atención cómo en la segunda mitad del siglo XVI y principios del XVII la tradición oral todavía recordaba a quién habían pertenecido éstas o aquellas tierras antes del establecimiento del Tawantinsuyu en la región (*v.gr.* Castro y Ortega [1558]1974: 102-103; Falcón [1567] 1918: 148-149; Vega [1609, Libro III, cap. XI] 1995: 166; Murúa, [1613, Libro III, cap. XXVIII] 1987: 559-560; Santillán [1563, n° 4] 1968: 104).



Figura V-1: *Amojonadores incas* (izquierda) y *Caminos Reales mojonados* (derecha) según grabados de Guaman Poma ([1615, ff. 352(354), 354(356)] 1987: 357, 359, respectivamente).

Si en la idea de frontera quedan implícitos los bordes que relacionan y separan a dos o más etnias y/o comunidades y les confieren unidad y coherencia, para el mundo andino prehispánico habrá de resolverse un concepto de frontera en términos de “espacios de transición”, donde no queda definido el dominio efectivo de ninguna de las partes implicadas. De este modo, si las entidades políticas no contienen en sí mismas un territorio sino que lo construyen a partir de su poder (militar y/o simbólico) para consolidar, expandir y defender sus fronteras, estos espacios de transición serán generados desde la interacción política, la confluencia de intereses económicos o las luchas simbólicas. Sin embargo, es de remarcar que este concepto no contiene unívocamente la idea de frontera en el sentido que habitualmente la concebimos, sino que nos sitúa más bien sobre la noción de *lo que no es*, espacios definidos por la no-explotación o el uso no-excluyente (Castro y González 1989: 9-11). Así, considerando “lo que no es” en analogía al concepto de “los no lugares” propuesto por M. Augé (1993), entenderé las fronteras andinas desde la posición de dos realidades

complementarias pero a la vez distintas: por un lado, los espacios constituidos con relación a ciertos fines, y por otro, las relaciones que los individuos mantienen con dichos espacios. En consecuencia, si el *lugar* genera un *espacio social*, el *no-lugar* estará generando cierta *contractualidad social*, de manera que, de acuerdo con T. Ingold (1993: 156), tan sólo se podrá percibir la existencia de fronteras o de indicadores de ellas en relación con la práctica y la acción social desarrolladas por los agentes en dicho espacio social.

Diré por consiguiente que son esas pampas, pastos o despoblados a los que antes aludía los que desde la lógica espacial fronteriza andina adquieren el sentido de no-lugares, y en los que queda concentrada una idea reversible de tierra de nadie y tierra de todos. Sin perder de vista el referente ideal del asunto, dentro de ese escenario político segmentado, multiétnico e interdigitado que caracteriza al altiplano surandino, cada grupo humano y su territorio inmediato se encontrarían así separados de sus vecinos por un espacio neutral, cuyos recursos pueden ser o compartidos o no explotados económicamente por ninguna de las partes implicadas. En este sentido, cada comunidad construirá y semantizará sus fronteras a partir de un principio de liminalidad espacial tendente a permitir la coexistencia pacífica con los vecinos¹¹.

En consecuencia, y de acuerdo con P. V. Castro y P. González (1989: 8), las fronteras se constituirían como el producto más elaborado de la construcción del paisaje social en su acepción territorial. Partiendo de esta premisa, diré que la construcción del paisaje contiene la idea de frontera, aunque no toda frontera supone la referencia a un lugar concreto que lo identifique como parte integral de ese paisaje construido. En términos de choque de racionalidades culturales en el

¹¹ Como digo, al menos en términos ideales. En contraparte, baste recordar aquellos testimonios de Guamán Poma de Ayala, Pedro Cieza de León o Bernabé Cobo que caracterizaban las relaciones intergrupales durante el Período de Desarrollos Regionales del Tardío (*ha.* Siglo X - conquista inca) desde la perspectiva de la Guerra Total, así como la tradición oral acerca de la guerra en *el tiempo de los chullpas* (cap. IV.C.2.).

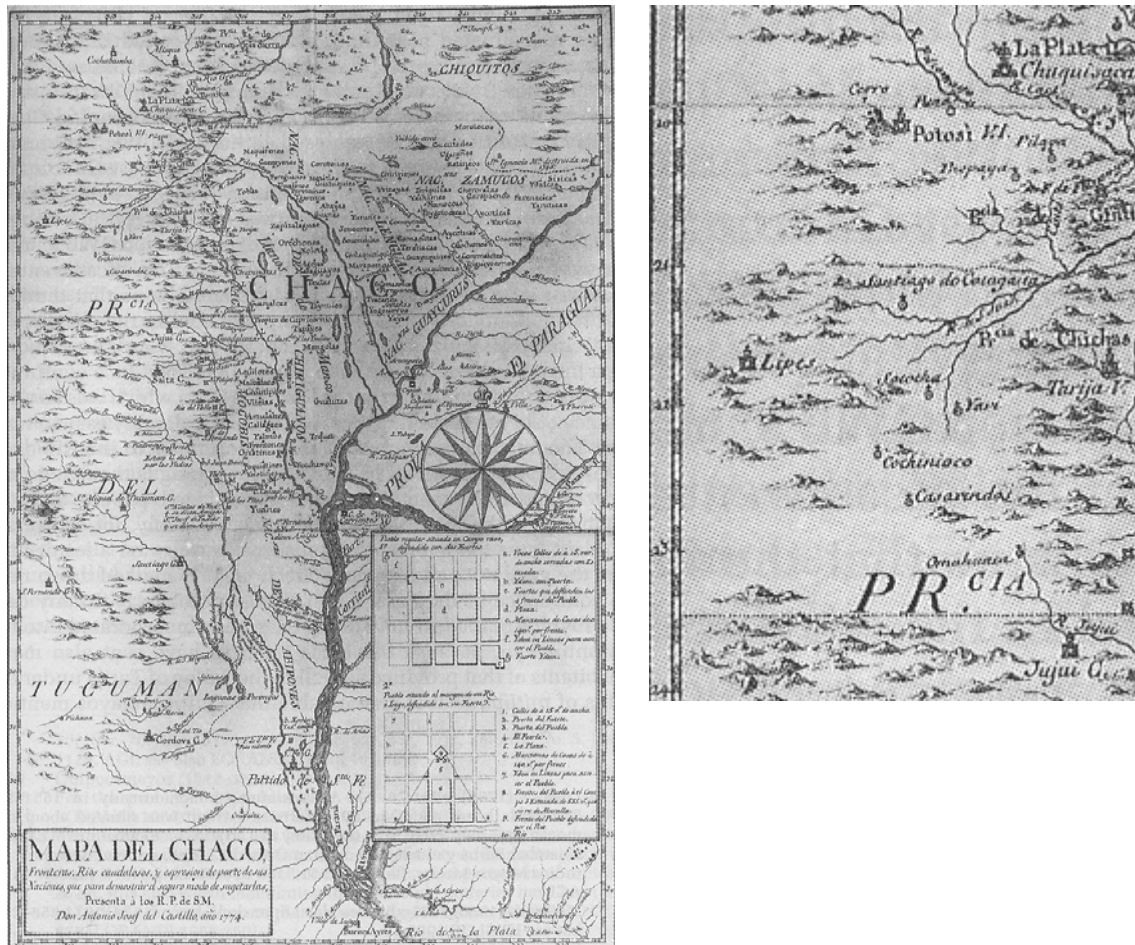
espacio geográfico, la primera proposición de esta sentencia se acercaría a la realidad indígena del mundo andino, mientras que la segunda nos sitúa sobre los modelos de organización territorial en la conquista y colonización de los espacios americanos, donde, más que desde los paisajes, las fronteras se fijaron a partir de los paisanajes.

Recordemos entonces aquí lo ya comentado acerca de cómo los mecanismos empleados para cartografiar el espacio colonial se correspondieron más bien con una geografía relacional que con el intento de establecer unas coordenadas cartográficas precisas. Como desarrollé en su momento (cap. II.B.2), se sabe dónde queda un espacio en función de aquellos que lo rodean, aunque a veces éstos sean localizados con idéntica dificultad sobre el mapa. Sin duda alguna, conocer las márgenes de un territorio significa a su vez la posibilidad de poder representarlo espacialmente, lo mismo que contar con referentes concretos en su interior contribuye a crear una sensación de dominio y control del mismo. Claro ejemplo de ello puede resultar la *Carta geográfica de las Prouincias de la Gouernacion del Rio de la Plata, Tucuman, y Paraguay. Con parte de las confinantes, Chile, Peru, Santa Cruz, y Brasil*, remitida a Su Majestad por el virrey Duque de la Palata con carta fecha en Lima a 13 de noviembre de 1683 (AGI, Mapas, Buenos Aires 29/1683) (Mapa V-1). Quedan recogidos en este mapa el curso de los ríos, algunas poblaciones, y el nombre de los territorios incluidos entre los 17° y 40° de latitud sur, entre los cuales, ubicado de manera absolutamente imprecisa, aparece el topónimo *Lipes*, próximo al cual se indica la existencia de una iglesia. Eso es todo, y con seguridad, sería más que suficiente para que quien consultase esta carta pudiera hacerse una idea de la extensión de dichos territorios y de los dominios de la Corona. Idéntica representación simbólica de una iglesia asociada al topónimo *Lipes* sigue apareciendo, casi un siglo después, en el *Mapa del Chaco. Fronteras, ríos caudalosos y expresión de parte de sus naciones* que “para demostrar el seguro

modo de sujetarlas” confecciona Antonio Josef del Castillo en 1774 (AGI, Mapas, Buenos Aires 110/ 1774) (Mapa V-2).



Mapa V-1: *Carta geográfica de las provincias de la gobernación del Río de La Plata, Tucumán y Paraguay. Con parte de las confinantes Chile, Perú, Santa Cruz, y Brasil. 1683. (AGI, Mapas, Buenos Aires 29/ 1683).*-Detalle del territorio de Lipés.



Mapa IV-2: *Mapa del Chaco. Fronteras, ríos caudalosos y expresión de parte de sus naciones [...]. 1774. (AGI, Mapas, Buenos Aires 110/ 1774).- Detalle del territorio de Lipés.*

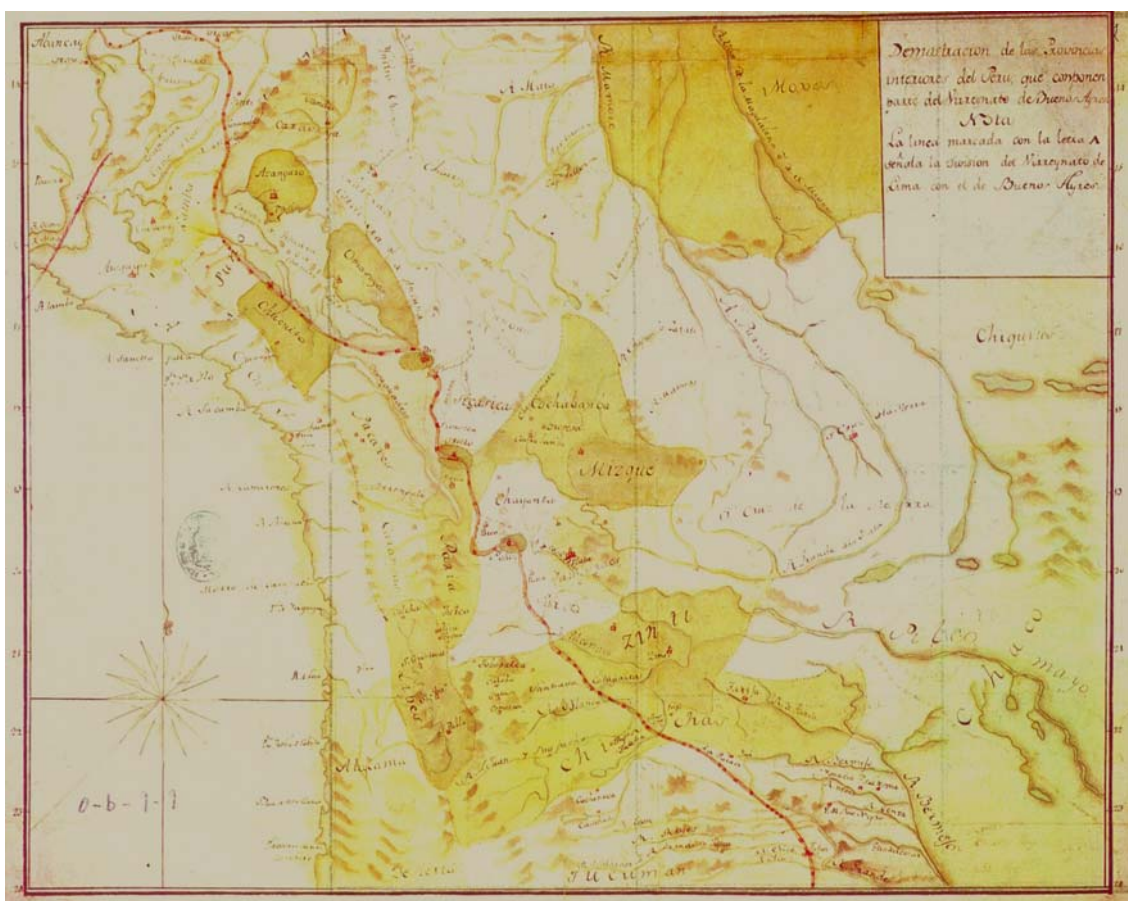
En este sentido, fue a través del término como los españoles construyeron su propia ficción territorial americana, aquella que les permitía considerar bajo control un espacio tan vasto como desconocido, o al menos creerlo así, ya que su presencia real en según qué territorios fue las más de las veces escasa o meramente simbólica. Pensando en estas cartas de 1683 y 1774, ¿qué podría significar esa asociación establecida entre el topónimo *Lipés* y la representación de una iglesia? ¿Cuál era en ambos momentos el grado real de presencia española en la zona, y cuál el grado de dominio efectivo de aquel territorio? Tiempo habrá de discutir estas cuestiones al tratar de las demarcaciones de Lipés impuestas por los españoles a lo largo de la Colonia, volviendo sobre ello al considerar la

vertiente paisajística y territorial de los asentos de minas en el contexto geopolítico de la Colonia (cap. IX.B.).

Otro ejemplo. La *Demostración de las Provincias interiores del Perú, que componen parte del Virreinato de Buenos Aires*, mapa que carece de data pero que podemos suponer posterior a 1776, fecha de creación del Virreinato del Río de la Plata, aquí referido como Virreinato de Buenos Aires (ASHM, Ref. N° 6.160/ Ob. 9-9, s/f [posterior a 1776], *cit. in* Aguilera y Moreno 1973: 175) (Mapa V-3). A pesar de esta fecha relativa avanzada, destaca el hecho de que se sigue apelando a la geografía física para ubicar el territorio de Lipes de manera aproximada: al este de la Cordillera Occidental, cruzado por los ríos Quetena y Grande de Lipes. Precisamente es a lo largo de los cursos fluviales donde quedan registrados esos indicadores de la presencia española que representan el pueblo de Colcha (hoy Colcha K - Villa Marín) y los asentos mineros de San Cristóbal [de Achocalla], San Antonio [del Nuevo Mundo] y San Pablo [de Lipes]; en el borde nororiental de los límites territoriales estimados para Lipes se destacan las poblaciones de Llica y [Santiago de] Tagua. Desde esta perspectiva, y como minuciosamente analiza A. García-Gallo (1987a), territorio y término constituyen dos niveles de ordenación espacial y jurisdiccional diferentes, pese a que desde el medioevo sus acepciones precisas se confundan entre sí. Concretada la idea de territorio a partir de su etimología latina (*vid supra*, nota 7), trataré de definir qué se entiende por *término*, y por qué afirmo que los españoles construyeron una ficción territorial a partir de términos.

Del latín *terminus*, la voz “término” define originalmente y hasta la actualidad el hito o mojón que marca los *fines* o límites de un espacio, ya sea público o privado. Sin embargo, como apunta García-Gallo (1987a: 1027-1029), durante la Edad Media pasó a llamarse *término* el espacio delimitado por tales términos, puesto que desde el siglo X venía siendo frecuente la concesión de tierras feudales y a la vez de actuación jurisdiccional sobre las mismas en

régimen de mayor o menor autonomía. Así, en la Castilla de los siglos XI-XIII “territorio” en sentido estricto cayó en desuso, y se generalizó el empleo de “término” para referir el ámbito espacial, a la vez patrimonial y jurisdiccional, de señoríos y ciudades. Cuando a mediados del siglo XIV se implantan los corregimientos, a éstos corresponderá un territorio y su jurisdicción, quedando el término local restringido a los concejos, una diferenciación que pasaría más tarde a Indias, adonde se trasladó esta misma confusión entre ambos conceptos en su vertiente jurisdiccional.



Mapa V-3: *Demostración de las Provincias interiores del Perú, que componen parte del Virreinato de Buenos Aires*. Posterior a 1776. (Archivo del Servicio Histórico Militar, Ref. N° 6.160/ Ob. 9-9, s/f [posterior a 1776], cit. in Aguilera y Moreno 1973: 175).

Ahora bien, volviendo sobre el sentido original del *terminus* como hito, y de acuerdo a lo que aquí vengo expresando, vale la pena detenerse un instante en

algunas de las acepciones que el *Diccionario de la Lengua Española* editado por la Real Academia Española recoge para el vocablo “término”:

“Último punto hasta donde llega algo. [...]||3. Límite o extremo de algo inmaterial. ||4. **mojón** (|| señal permanente que fija los linderos). ||5. Línea divisoria de los Estados, provincias, distritos, etc. [...]||24. desus[o] Paraje señalado para algún fin. [...]

2. Arbitrio proporcionado que se toma o sigue para salir de alguna duda, o para componer alguna discordia.”

En este sentido, la simple mención de Lipes en los citados mapas de 1683 y 1774 (*vid* mapas V-2 y V-3) bien podría servir, dentro de los parámetros de esa arbitrariedad compositiva, para ubicar geográficamente una divisoria provincial imprecisa, pero también para ubicar un paraje en el sentido de la acepción vigésimo cuarta del *Diccionario*, algo que recordará al lector aquella discusión ya planteada sobre el topónimo *lipes* (cap. II.B.1.), y en la que barajé distintas hipótesis en función de la naturaleza mineral de unos espacios, la construcción de unos paisajes y la clasificación de su paisanaje. Al mismo tiempo, la Cordillera Occidental y los cursos fluviales estarían sirviendo de hitos y a la vez de arbitrios para la composición geográfica, tanto en las cartas de 1683 y 1774 como en la también ya referida *Demostración de las Provincias...* del último cuarto del siglo XVIII (*vid* Mapa V-3) . Además, en este último caso, consideraré doblemente la representación de los pueblos de españoles como “términos” de acuerdo con las acepciones antes recogidas. Por un lado, como puntos límite o extremos de la presencia española efectiva en Lipes. Así mismo, y de acuerdo con la naturaleza económica y dominical de término, como alfoz de cada una de estas poblaciones (alquerías, pastos, heredades, explotaciones mineras pertenecientes a ellas), es decir, como el territorio sujeto a la jurisdicción de sus autoridades (alcaldes y corregidores), algo sobre lo que volveré más adelante. En consecuencia, cabe decir que un *territorio (sensu extenso)* constituye un espacio construido por adición de *términos*, de tal manera que el territorio de Lipes resulta así de la

composición de los términos de los distintos pueblos de españoles y de los espacios (indígenas y/o “vacíos”) entre ellos.

Retomaré esta acepción de “término” como extremo de la presencia efectiva de los españoles en Lipes al hilo de la actividad minera (cap. IX.B.), de la misma manera que enseguida me ocuparé del territorio de Lipes desde la perspectiva de su jurisprudencia. Sin embargo, quisiera continuar ahora esta discusión insistiendo en un aspecto que resulta crucial en esta cuestión del ordenamiento territorial: la recomposición de los territorios indígenas como demarcaciones coloniales. Para ello, no olvidemos que todo el territorio de las Indias, descubierto y por descubrir, pertenece a la Corona española por donación de la Santa Sede desde 1493¹², establecido a partir del Tratado de Tordesillas de 1494 el límite entre los imperios español y portugués. En términos geopolíticos, para su administración y gobierno se dividió el territorio americano en provincias, que fueron agrupadas dentro de entidades mayores, virreinos, audiencias y gobernaciones, y que a su vez se subdividieron en corregimientos y alcaldías mayores. En este sentido, la cuestión inicial será definir qué se entiende por *provincia*.

Apelando nuevamente a la antigua Roma, habría de entenderse “provincia” como cualquier territorio conquistado fuera de la Península Itálica, sujeto a las leyes romanas y administrado por un gobernador. Ésta es la definición recogida por Sebastián de Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana o española* [1610], lexicón más cercano a las fechas americanas en que nos estamos moviendo. En términos etimológicos, tanto Covarrubias (“*latine provincia, quasi procul victa*”) como Raimundo de Miguel y el Marqués de

¹² En 1493, Alejandro VI donó las Indias a los reyes de Castilla y Aragón a través de cinco bulas, reiterativas en su contenido, y de las que destacan las tres primeras: las dos “*Inter caetera*” y “*Eximiae devotionis*”, por las cuales se concedían a la Corona *las tierras descubiertas y por descubrir*, al tiempo que se encarece y urge a la propagación de la Fe católica y la implantación de la Iglesia, contraparte que debían cumplir los Reyes Católicos.

Morante en su *Nuevo diccionario latino-español etimológico* (2000), hacen derivar el término de *pro* y *vinco* amparándose en textos de Cicerón y Julio César. Sin embargo, mientras que la primera fuente considera que “provincia” equivale a “país de conquista”, la segunda apela a la locución “*in provinciam redijere*” (“reducir a provincia”) en su acepción de quitar a la nación vencida sus fueros haciéndola tributaria. Por su parte, Joan Corominas y José A. Pascual [1954] afirman que “no parece que el lat[inismo] *provincia* sea derivado del *vincere* ‘vencer’ como creían los antiguos”. Para estos autores, siguiendo el sentido dado por Gonzalo de Berceo (1197-1264, primero en usar el término en castellano) y por *Gramática sobre la lengua castellana* de Antonio de Nebrija (1492), “provincia” entroncaría con *regio*, *-onis*, ‘dirección’, ‘región’.

Por herencia latina, sería la etimología de “territorio conquistado” la que prevalecería durante la Conquista y la Colonia: el territorio conquistado incorporado al imperio español en Indias, aunque con distintas acepciones. En un principio, las provincias de Indias tienen su origen en la conquista y población de los espacios americanos a partir de capitulaciones, ajustándose así sus límites a lo fijado para cada caso concreto, o reajustados de acuerdo al devenir de la propia empresa conquistadora. Sin embargo, estas primitivas provincias serían paulatinamente incluidas dentro de circunscripciones mayores que también recibieron el nombre genérico de provincias, quedando así impreso al vocablo una carga de ambigüedad, ya que pasa a referir por igual a los distritos judiciales de las audiencias (provincias mayores), a las demarcaciones de carácter administrativo (provincias menores o gobernaciones), e incluso al término jurisdiccional de una ciudad. En este sentido, como apunta A. García-Gallo (1987b: 860), el rasgo común de estos distritos sería el de construir un territorio y dotarlo de funciones de gobierno.

Pero por otra parte, y volviendo al punto de la recomposición de los territorios indígenas como demarcaciones coloniales, el hecho de que los

cronistas se refirieran a los distintos señoríos étnicos indistintamente como “provincia” o “reino” nos obliga a considerar la etimología del “término” desde su vinculación a la “región” y desde la locución “reducir a provincia”(vid supra), algo que obliga a insistir en dos aspectos que la etnohistoria ha resuelto como fundamentales. Primero, que la división territorial en provincias y corregimientos coloniales fue muchas veces establecida sobre la base de jurisdicciones indígenas redelimitadas al hilo de la conquista; huelga entonces señalar que tales informes resultarían sesgados desde la posición de los distintos agentes implicados, aprovechando las poblaciones indígenas el nuevo orden colonial para transformar viejas jurisdicciones y ampliar y/o mejorar sus territorios, casi con seguridad, previamente redistribuidos al hilo de la conquista inca. Segundo, que la documentación colonial tendió a asociar de manera biunívoca etnónimos con territorios, tal como ejemplarmente cita Bernabé Cobo:

*“a los naturales de cada **provincia**, por corta y pequeña que fuese, tenían puestos nombres propios que significaban a todos y solos los moradores della, por donde hallamos en el Perú tanta diversidad de nombres, que cada uno significa su **nación** distinta, como son Charcas, Amparaes, Chichas, Carangas, Lipes, Quillacas, Pacages, Lupacas, Collas, Canas, Collaguas, Chumbivilcas, Cotabambas, Chocorbos y otros innumerables, cada uno de su **provincia y nación**.”* (Cobo [1653, Libro XI, cap. II] 1964-II: 10, énfasis mío).

Evidentemente, sin llegar a entender la lógica espacial indígena, los españoles establecieron una división de provincias-territorios de acuerdo con patrones repetidamente señalados en este trabajo, originando con ello diferentes procesos de etnogénesis y de construcción de regiones a partir de los cuales componer ese rompecabezas étnico y territorial al que literalmente se enfrentaban. Pero tratemos de contextualizar esta “falta de entendimiento” de acuerdo con los dos conceptos manejados por Bernabé Cobo: “provincia” y “nación”. Según el lexicón de Covarrubias [1610], “del nombre latino *natio, is*,

vale reyno o provincia estendida, como la nación española”, una definición de corte territorial que no hace sino devolvernos a la discusión acerca de las acepciones de “provincia” que acabo de plantear más arriba. Considerando la etimología latina, Raimundo de Miguel y el Marqués de Morante (2000) remiten a los términos latinos de *natio*, *gens* y *populus*, algo que permite ir desvelando la raíz de dicha asociación biunívoca entre etnónimos y territorios. *Natio*: nación, pueblo, raza. *Gens*: siguiendo a Cicerón, pueblos y naciones. *Populus*: nación, y además, siguiendo a Tito Livio, región o país, lo mismo que Covarrubias [1610] considera “el lugar y la gente dél”. Así, un doble componente territorial y humano en la esencia de la nación, como queda recogido en el *Diccionario ideológico de la lengua española* de Julio Casares [1959]: “Conjunto de los habitantes de un país regido por un mismo gobierno.|| Territorio de ese país”.

Atendiendo entonces a las variables de gobierno y territorio, el gran caballo de batalla que tuvieron que enfrentar los españoles en su (re)ordenamiento del rompecabezas étnico y territorial andino no fue otro que el de las jurisdicciones. Según Covarrubias [1610], por jurisdicción se entiende “La potestad de juzgar, *iuriscendi potestas*; también se toma por el territorio y término hasta donde se estiende el poder de tal potestad o justicia”. Análogamente, para Casares [1959] supone un “Poder para gobernar y poner en ejecución las leyes.|| Término de un lugar o provincia”. Por todo ello, y como consecuencia de esa fijación operativa por asimilar etnónimos con topónimos, y así paisanajes con territorios, la Colonia se empleó a fondo en componer espacios y reducir gentes, a fin de poder ordenar el territorio en el sentido de someterlo a jurisdicción primero, y a tributación después. En consecuencia, he aquí las bases de uno de los pilares fundamentales para el gobierno de la República de Indios: el sistema de reducciones.

En tanto que súbditos de la Corona, desde los primeros tiempos se pretendió la congregación de los indios en núcleos de población regular

dedicados al cultivo de la tierra o a otras industrias. Para ello se instituyó el *repartimiento* como sistema de reorganización social y vía de integración del indio en la vida económica de la Colonia a partir del tributo. De procedencia peninsular, los orígenes de esta institución datan de las campañas de repoblación llevadas a cabo en Andalucía, Aragón, Mallorca y Levante después de su reconquista cristiana en la Baja Edad Media, cuando casas y heredades eran distribuidas entre quienes habían tomado parte en la recuperación del territorio. Como quedó visto más arriba (*vid* cap. V.A.1.) al tratar del repartimiento de Lipes en el marco de las guerras civiles del Perú, con el traslado de la institución a Indias, lo repartido por merced entre aquellos particulares especialmente destacados en la empresa de conquista serían los indios, instituyéndose así un régimen de *encomienda* por el cual el encomendero disfrutaba de la mano de obra y/o del tributo indígena a cambio de su cuidado y su instrucción cristiana. A este respecto, y en función de los compromisos adquiridos por la Corona con la Santa Sede para la titularidad y gobierno de las Indias, por pocos que fueran los indios congregados y por pequeño que fuera el pueblo resultante, siempre habría de contar con una iglesia con puerta y llave y con un religioso encargado de su evangelización. Amén de ello, la reducción de los indios a pueblos permitía censarlos y someterlos a tasa y mitas, cuestión en la que de hecho se aplicaron con mayor empeño las autoridades coloniales, sirviendo la mayoría de veces policía y doctrina como “pretexto” para una reducción con fines económicos; pretexto, por otra parte, que en virtud de dichos compromisos resultaba de lo más eficaz.

Así por ejemplo, en la década de 1580 Damián de La Bandera, corregidor de la provincia de Paria y de las minas de San Pedro de Las Salinas, en el repartimiento de Aullagas, entre los salares de Uyuni y Coipasa, arregló con Francisco de Carvajal, corregidor de Lipes, su esposa Isabel de Contreras y el sacerdote encargado de la doctrina de los lipes que el cacique Alonso Yacasa se trasladase a Las Salinas con cien indios a cargo, que La Bandera repartiría entre

sus ingenios (AGI, Charcas 43, Cartas de DdLB #1, p. 2/ 14-4-1584; AGI, Charcas 43, Cartas de DdLB #2, p. 2/ 30-4-1584). Sobre esta cuestión, y ya que de “pretextos” hablamos, La Bandera promete que *“procurare asegurarlos Pa[ra] tratar de Reduzirlos a pueblos Pa[ra] que se les ponga doctri[n]a”*, apuntando líneas más abajo que *“por negligencia y culpa del corregidor [Carvajal] estan [los lipes] por Reduzir y por bautizar los mas dellos”* (AGI, Charcas 43, Cartas de DdLB #1, p. 2/ 14-4-1584).

De igual manera, el informe del virrey Luis de Velasco II (1596-1604) y la Real Cédula de Felipe III que acompañan al Padrón de los indios de Lipes confeccionado en 1602-03 por Diego Márquez de Moscoso (AGNA, Sala XIII: 18-6-5/ 1602) insisten en la necesidad de reducir a pueblos a los indios lipes por estar éstos dispersos y no recibir doctrina (pp. 8, 20), punto éste sobre el que ya habían llamado la atención autores del fin de siglo anterior (Álvarez [1588, n^{os} 730, 736] 1998: 401, 405; Capoché [1585, fs. 43v, 44r] 1959: 127; Lozano Machuca [1581] 1965: 60). Siguiendo este criterio se establece en el Padrón que los lipes que en ese tiempo servían en el asiento y villa de Las Salinas sean reducidos en los pueblos de Santiago de Tagua y Tuca, siendo su totalidad más los indios de Cabanillas congregados en Santiago de Tagua (pp. 7, 29). Asimismo, se establece que todos los indios dispersos por la provincia de Lipes sean reducidos en sus tres pueblos más poblados: La Asunción de Colcha (hoy Colcha K - Villa Marín), Santiago de Chuquilla (hoy Santiago K) y San Juan de Cheucha (pp. 16-17, 28-29). Así, explicando su proceder a la hora de visitar y censar a los indios, Márquez de Moscoso señala:

“los yndios ba[n] nombrados por sus nombres y edades con sus mugeres e hijos los cuales dichos yndios [Diego Márquez de Moscoso] a sacado de diferentes partes con trauajos eçesiuous y buenos tratamientos y halagos que con los yndios a tenido y otros questan ffuera de la provinçia que no abido tiempo de Juntallos los an nombrado sus curacas nombrabdo las partes y lugares dondestan El qua^l dicho Juez de Reduçioⁿ no a Enviado

por Ellos por aber otras cosas ymportantes a Esta Reduçon y para poblar los tres pueblos que por El señor presidente lesta ma[n]dado por un decreto que sobre Esta Reduçon pronuncçio que fueron los pueblos de la asunpçion de colcha y santiago de chuquilla y san Juan de Cheucha a los quales dichos tres pueblos se Reducen todos los yndios desta prouinçia sacados los de tuca y tagua y cauanilla que se an de Reducir En el pueblo de tagua Jurisdiccion ques desta prouinçia” (AGNA – Sala XIII, 18-6-5, pp. 28-29/ 1602).

A tenor de este patrón de reducción, el conjunto de pueblos congregados quedaría como sigue:

En La Asunción de Colcha:

“los del pueblo de catula y cañiça y chaca y curaguari y el de tap y bicaya y el de ahincha y mañica acudiesen y se poblasen En este pueblo de la asuncion de colcha los cuales dichos pueblos estan distintos y apartados a diez y veinte leguas desde dicho pueblo de colcha y ansi a traido setenta y ocho indios varones con sus mugeres e hijos y biejos abiendolos hallado en partes remotas y apartados de sus pueblos por la poca orden y mal gouierno que an tenido [...] se pueblen En este pueblo de colcha adonde tengan dotrina y biban En pulicia y buen gouierno abiendoles Repartido solares y chacaras para que tengan aprovechamientos de [que] sustentarse yr En aumento y pagar sus tasas” (pp. 29-31).

En Santiago de Chuquilla:

“al pueblo de santiago de chuquilla tiene proueydo y mandado y manda que la parcialidad de los yndios quemes pueblen En el pueblo de chuquilla questauan En los pueblos siguientes hahen · queme · y onga · hicala · pocto · amiacha · coaysa, y siendo como son naturales destos pueblos susodichos En ellos no abia gente ninguna porque lo mas del año

se mantienen de caça y Rayces andando todos diuididos y deRamados por aber Estado sin quien los mandase y Recojiese y gouernase lo qual a sido mucha falta de los corregidores pasados” (pp. 31-32).

En San Juan de Cheucha:

“que En el pueblo de san Juan de Cheucha se Recojan y pueblen los pueblos siguientes patana · pilcoya · chea · chuyca · halota · yepica · lauancha” (p. 32).

Mantenga presente el lector esta información relativa a la toponimia indígena y al patrón de asentamiento, pues éste constituye una de las bases a partir de las cuales Juan Lozano Machuca [1581] y Luis Capoche [1585] dividieron a los indios de Lipes en “aymaras” y “urus”, unidades de clasificación colonial que, como veremos, tienen un sentido y una función más tributaria que étnica (caps. VI.A.). Pero volvamos ahora a los asuntos de reducción y doctrina.

En el informe del Virrey y en la Real Cédula que acompañan a este Padrón de 1602-03 se insiste en que antes de su reducción los indios *“como forajidos y derramados que andauan estan pobrissimos y sin cassas chacaras y cuadal alguno”* (p. 19), considerando que en su nuevo asentamiento, por decirlo de algún modo, tendrían que empezar de cero en lo que a cobijo y sustento se refiere. Por este motivo, ambos se hacen eco de la petición de Márquez de Moscoso de no cobrarles tributo durante algún tiempo, y fijan que en cinco o seis años la única obligación de estos indios sea acudir a la iglesia y contribuir a la compra de sus ornamentos, sin que a ellos se pueda exigir tributo alguno, ni en dinero ni en servicios (pp. 8, 9, 10, 15, 19, 20). Como detallaré al tratar de las relaciones hispano-indígenas (cap. VII.B.), ni siquiera esta supresión temporal de los tributos a cambio de una mayor implicación de los indios en materia de Fe hizo posible que efectivamente los lipes entrasen en la moral cristiana, sino más bien, todo lo contrario.

Para rematar este epígrafe, fijémonos de nuevo en la *Carta geografica de las Prouincias de la Gouernacion del Rio de la Plata, Tucuman, y Paraguay. Con parte de las confinantes, Chile, Peru, Santa Cruz, y Brasil* de 1683 (vid Mapa V-1), conjugando en esta ocasión lo hasta aquí comentado sobre la presencia de religiosos entre los indios como indicador de su incorporación al orden colonial, la obligación de todos los pueblos de reducción de contar con iglesia con puerta y llave, y esta carga tributaria tan *sui generis* que sólo obligaría a los indios lipes congregados y reducidos (*sensu* dominados y sometidos) a asistir a la iglesia. ¿Acaso la asociación iconográfica del topónimo *Lipes* con la representación de una iglesia no actúa como expresión concluyente de que se trata de un territorio ganado para la Corona y sujeto a su dominio? Como ya dije en su momento, me parece que sí, máxime después de la cesión del repartimiento de los lipes en favor de la Corona hecha por Hernán Núñez de Segura 1562 (vid *supra*, cap. V.A.1.). Por lo mismo, y a pesar de casi el siglo de diferencia transcurrido entre ambas cartas, en el *Mapa del Chaco. Fronteras, ríos caudalosos y expresión de parte de sus naciones* de 1774 (vid Mapa V-2) operaría idéntica lógica.

Introducida la cuestión de las demarcaciones coloniales a partir de la composición de espacios y la reducción de gentes, seguidamente me ocuparé de la jurisdicción y demarcación de Lipes a lo largo de la Colonia, lo cual me permitirá jugar con el ordenamiento territorial desde esas dos acepciones geográfica y jurisdiccional que vengo comentando en relación con esta confusión entre los conceptos de “territorio” y “término”.

V.B.2.- *Tratando de ubicar un territorio evanescente. Contornos y jurisdicción del territorio de Lipes.*

De igual manera que ya denuncié vaguedad en lo tocante a su ubicación geográfica a partir de un sistema referencial de localización geográfica (cap.

II.B.2), y tal y como entonces apunté, ahondaré a continuación ante la falta de consenso en dos aspectos que juzgo sustanciales a la hora de construir la región de Lipes: su demarcación y su jurisdicción. En este punto, siempre tuve muy clara la necesidad de combinar un doble criterio jurídico y geográfico que permitiera abordar la cuestión del modo más amplio posible. No sólo pesa en esta decisión el hecho de que en la construcción regional de Lipes estuvieran chocando diferentes modelos (indígenas y español) de manejo del espacio y ordenamiento del territorio, sino porque toda empresa colonial, en su imposición de límites y trazado de fronteras, siempre ha reordenado espacios y gentes atendiendo no tanto a realidades geográficas como a intereses de economía y geopolítica. Sin embargo, a la hora de presentar esta investigación me surgió la duda respecto de cómo ordenar las referencias recopiladas de la documentación colonial. Así, en un primer momento pensé en agruparlas de acuerdo con la categoría utilizada por cada autor, pensando en descubrir tal vez un patrón de tipo cronológico que marcara la evolución territorial y jurisdiccional de Lipes. Todo lo contrario, esta opción pronto se reveló inoperante: no aparecía patrón alguno, distintas categorías eran manejadas indiscriminadamente, y además un mismo documento podía referirse a Lipes utilizando, aparentemente de manera arbitraria, dos y hasta tres categorías diferentes, cada una de contenido geográfico y jurisdiccional particular. Por este motivo, me decidí a aplicar un orden cronológico al conjunto de referencias, opción que me parece contribuye a resaltar claramente las contradicciones del ordenamiento territorial, y que destaca esa idea de evanescencia que marca la geografía histórica de la Colonia, y que desde distintos epígrafes de este trabajo estoy tratando de destacar.

Recordando rápidamente lo dicho páginas atrás (*vid* cap. V.A.1.), *repartimiento* es el concepto incluido en la cédula de encomienda que Cristóbal Vaca de Castro utiliza al conceder a Hernán Núñez de Segura una encomienda en Lipes como pago a sus servicios en la derrota de Diego de Almagro el Mozo (1542). Gonzalo Pizarro se refiere a *encomienda* cuando en 1547 despoja de ésta

a Núñez de Segura, y *encomienda* es el término citado por Polo de Ondegardo al confirmar en 1549 el *repartimiento* de indios lipes a éste y a su compañero de armas Francisco de Tapia, siguiendo el dictamen del presidente de audiencia Pedro de La Gasca de 1548 en función del cual ambos conquistadores compartirían esta encomienda y su repartimiento. Por los frutos del *repartimiento* pleitea Núñez de Segura en 1559 y entre 1564-67. A *repartimiento* se habían referido también en 1550 fray Gerónimo de Loaysa, Fernando de Santilán y fray Domingo de Santo Tomás al establecer la tasa de los indios que Núñez de Segura y Tapia “tuvieron en encomienda” en Lipes. Y a un *repartimiento de Lipes* remite toda la información tributaria de Cajas Reales de Potosí para la segunda mitad del siglo XVI.

En el último cuarto del siglo XVI Juan Lozano Machuca ([1581] 1965: 60) sigue hablando de Lipes como *repartimiento*, aportando además una demarcación, por más que ésta padece de absoluta vaguedad:

“El repartimiento de los Lipes está en la Corona de S[[u]] M[ajestad]]; terná de box el contorno y término de lo que intitulan los Lipes, trescientas leguas”.

El problema radica en saber a qué territorio concretamente se está refiriendo con su acotación “*de lo que intitulan los Lipes*”, y que tan sólo podría bosquejarse a partir de distancias que Lozano Machuca ([1581] 1965: 62) fija respecto de poblaciones, territorios o grupos humanos que se suponen conocidos: 30 leguas a Tarapacá, 40 a Atacama, 40 a Carangas, 50 a Potosí, 35 a Talina, 40 a Tarija, 40 “*a la tierra de guerra de los omaguacas*” y 25 “*a los indios cimarrones que están hacia Omaguaca*”, en el Noroeste Argentino. De gran ayuda sería en este punto contar con “*la pintura*” o mapa del territorio descrito que en el decir del propio Lozano Machuca ([1581] 1965: 59) habría acompañado a su *Carta*, pero que, como señalé en su momento, está desaparecida (cap. I.B.1. nota 3). En su ausencia, y sin conocer el término

tomado por el autor como marcador de las referencias y distancias indicadas, estaríamos nuevamente a merced de esa geografía relacional que sirvió a los españoles para ordenar los espacios americanos a partir de territorios evanescentes (cap. II.B.2.).

Pasemos ahora de la misión evangelizadora y la imposición tributaria - bases de la encomienda y el repartimiento- al gobierno y la ejecución de las leyes, que, como quedó señalado (*vid supra* cap. V.B.1.), constituyen los poderes que determinan la jurisdicción. La *Razón de los corregimientos que había en el Perú en 1582* articula el territorio del virreinato del Perú en catorce provincias¹³, cada una de las cuales subdivide en corregimientos. Dentro de la provincia de Charcas esta minuta cita diez corregimientos¹⁴, incluido un *corregimiento* conjunto de Lipes y Atacama, para el que indica:

“*Los lipes y atacama con iU500 [= 1.500] p[eso]s de salario proueito en 8 de nouy[embr]e de [15]81 en joan velazquez de altamirano*” (AGI, Patronato 190, R. 44, f. 1v/ 1584).

Tres son los aspectos territoriales a resaltar de este apunte. En primer lugar, incidir en lo ya dicho acerca de la ambigüedad polisémica del concepto de provincia y respecto de la existencia de provincias-territorio que son incluidas en circunscripciones administrativas y de gobierno mayores que también reciben el nombre de provincias (p. ej. las citadas como *provincias* de Paria y Carangas dentro de la *provincia* de Charcas, *vid* nota 13), y que se subdividen en corregimientos y alcaldías mayores. Por otra parte, el hecho de que Lipes y

¹³ Las catorce provincias del virreinato del Perú de acuerdo con la minuta de corregimientos de 1582 son: Charcas (10 corregimientos), La Paz (9), Cuzco (12), Arequipa (12), Ciudad de Los Reyes (hoy Lima) (9), Guanuco (4), Trujillo (5), Payta (1), Guayaquil (1), Chachapoyas (4), Jaén (1), Loja y Zamora (1), Cuenca (1) y Quito (5). Haciendo suma de todas ellas, resulta un total de 75 corregimientos.

¹⁴ Según la citada minuta, los corregimientos de la provincia de Charcas son: Provincia de Paria, Provincia de Carangas, La villa de Cochabamba, Chayanta y su distrito, Los Yamparaes yanaconas de los Charcas, Villa de Tomina, La villa de Jauja y los Chichas, El valle de Misque y Pocona, Lipes y Atacama.

Atacama formen conjuntamente un mismo corregimiento. Finalmente, que el cargo de corregidor se provea en la persona de Juan Velázquez de Altamirano, encomendero en el valle de Atacama y responsable de una empresa de apaciguamiento que en 1557 había unido el territorio de los chichas con el de los atacamas a través de la Quebrada de Humahuaca y la Puna de Jujuy¹⁵.

El *corregimiento* supone una demarcación de justicia y tributación, que solía englobar varias encomiendas, aunque pudiera darse el caso de una encomienda tan grande que requiriese de un corregimiento para ella sola. Así, junto al “empleo u oficio del corregidor” definido por Covarrubias [1610], el corregimiento implica el territorio de su jurisdicción, siendo el corregidor aquel magistrado que en un territorio ejercía la jurisdicción real con mero y mixto imperio¹⁶, que conocía de las causas contenciosas y gubernativas, y que imponía el castigo a los delitos; en resumen, un oficial de gobierno, hacienda y justicia al servicio de la Corona. Por este motivo, y a fin de evitar que un mismo sujeto pudiera encontrarse en la situación de ser juez y parte en un contencioso, quedaba inhibida la posibilidad de ser corregidor de un territorio y a la vez gozar de encomienda en él. Amén de las competencias señaladas para el corregidor, era éste quien velaba por que el encomendero recibiera su cuota de tributos, mientras que éste podía actuar como fiscal o censor de los corregidores, teniendo además atribuciones para personarse directamente en representación de sus indios ante el corregidor para expresar sus quejas¹⁷. De ahí que la coincidencia en Juan

¹⁵ Para una relación puntual de esta “caravana pacificadora” compuesta por Velázquez Altamirano y algunos españoles más y a caciques y principales de los chichas y los atacamas, que recorrió los territorios entre Chichas y Atacama pasando por la Puna de Jujuy, apaciguando a distintos pueblos a través de rituales-en-el-espacio y establecimiento de alianzas con los españoles, remito al lector al trabajo de J. L. Martínez (1992: 36-38), donde además se reseña la documentación colonial al respecto.

¹⁶ Se entiende por *mero imperio* la potestad que reside en el soberano y, por su disposición, en ciertos magistrados, para imponer penas a los delincuentes con conocimiento de causa. A su vez, *mixto imperio* supone la facultad que compete a los jueces para decidir las causas civiles y llevar a efecto sus sentencias.

¹⁷ Para una visión general de las relaciones entre encomenderos y corregidores remito al lector al ya clásico trabajo de G. Lohmann (1957: especialmente 331-334) sobre los corregidores del Perú en tiempo de los Austrias.

Velázquez Altamirano de los títulos de encomendero en el valle de Atacama y de corregidor de Lipes y Atacama resulte no sólo chocante, sino contraria a la ley. Tratando de encontrar posibles explicaciones a esta situación, habría que tener en cuenta que nos estamos moviendo en fechas tempranas de la conquista y colonización del área surandina, que América está muy lejos como para asegurar el cumplimiento de todas las ordenanzas emitidas desde la metrópoli, que Lipes se engloba dentro de un área marginal, con todavía muy escasa presencia de españoles, y que además, por regla general, se cometieron muchas irregularidades en la puesta en marcha del buen gobierno de las Indias. Junto a estas razones, y por si fueran pocas, hay que tener también en cuenta que para estas fechas todavía estaba muy reciente la implantación de la política de corregimientos, lo que favorecería aún más las irregularidades¹⁸.

De Juan Velázquez Altamirano y de su encomienda en Atacama, Lozano Machuca apunta lo siguiente:

“El valle de Atacama está de los Lipes 40 leguas; son indios encomendados a Juan Velázquez Altamirano, vecino de La Plata, y si V[[uesa]] E[[xcelencia]] acomodase en otra cosa al Juan Velázquez, de lo cual él holgaría de buena gana, porque no le dan de provecho más que mill pesos mal pagados cada año, se podrían poner estos indios atacamas en la Corona real y reducirse en uno o dos pueblos, que serán hasta mill indios; demás del tributo que darían a S[[u]] M[[ajestad]], se podrían labrar muchas minas de cobre que hay en aquella comarca, en especial en el mismo puerto de Atacama, a la lengua del agua y partes donde con sinceles se podrá cortar el cobre fino” (Lozano Machuca [1581] 1965: 61).

¹⁸ En este sentido, cabe tener en consideración que la indispensabilidad de autoridades especiales, propias y privativas para los indios flotaba en el ambiente desde que el gobernador Lope García de Castro tomara posesión de su cargo el 25 de octubre de 1564, y que la política de corregimientos se puso en marcha en abril de 1565, aunque en realidad no fue hasta la época del virrey Toledo (1569-81) cuando se produjo una confirmación definitiva de la misma y se llevó a cabo un proceso serio de regularización de los corregimientos.

Combinando las informaciones ofrecidas por la minuta de corregimientos de 1582 y por Lozano Machuca, Velázquez Altamirano sería a la vez encomendero de mil indios atacamas, de los que recibía “*mill pesos mal pagados cada año*”, y corregidor de Lipes y Atacama, cargo por lo que percibía un salario de mil quinientos pesos anuales. Siendo la irregularidad patente, de buena fe podría pensarse que al sugerir que se prive a Velázquez Altamirano de su merced obraba el Factor de Potosí en defensa de la legalidad. Sin embargo, si cotejamos la fecha de provisión del corregimiento de Lipes y Atacama en la persona de Velázquez Altamirano y de la *Carta* de Lozano Machuca, veremos que coinciden en 8 de noviembre de 1581, por lo que al momento de escribir el de Potosí dicha irregularidad era todavía inexistente. Por ello, a tenor de los intereses particulares de Lozano Machuca (cap. I.B.1.), y siguiendo aquella máxima de “piensa mal y acertarás”, es más que probable que la solicitud del Factor de Potosí fuese tan sólo una manera de allanarse el terreno en su aspiración de ser él mismo el encargado de resolver la reducción de los indios de Lipes y Atacama y la explotación de la riqueza minera de ambos territorios.

Continuemos con la cuestión de los salarios, y volviendo al repartimiento, que es como se refiere a Lipes el Virrey Toledo en la Tasa de su Visita General. Ya comenté la ausencia de los lipes en dicha tasación y el porqué no fueron visitados al tratar de las fuentes documentales que sustentan este trabajo (cap. I.B.1.), y pormenorizaré sobre ello más adelante (cap. VI.B.2.), sin embargo, recordemos que en la relación de la tasa impuesta al repartimiento de Aullagas y Uruquillas, sí aparece mencionado -por más que de pasada- un *repartimiento* de Lipes, de cuyos tributos ha de salir el salario del cura doctrinero del pueblo de Las Salinas de Tunupa (posteriormente San Pedro de Las Salinas), aunque entre éste y Lipes medie el Salar de Uyuni.

Según las informaciones del visitador Pedro Zárate, había en Aullagas y Uruquillas un total de 1.371 indios tributarios, reducidos en los pueblos de Villa Real de Aullagas, Las Salinas y Santiago de Guari, y que pagaban “*seis mil novecientos noventa y cuatro pesos de plata enyesada [[sic, ensayada]] y marcada de valor de cada uno de cuatrocientos cincuenta maravedies*” (*Tasa* [1582, f. 6d] 1972: 5). Al abordar la forma y manera en que había de repartirse esta gabela, la *Tasa* del virrey Toledo indica:

“Al sacerdote que ha de residir en la doctrina del pueblo de Las Salinas de Tunopa se le han de dar quinientos pesos de la dicha plata porque lo demas a cumplimiento de setecientos pesos de la dicha plata que es el salario que se señala a cada sacerdote se le ha de pagar y cumplir de los tributos del repartimiento de los Lipes que están en la Corona Real porque ha de doctrinar otro pueblo de ellos que se ha mandado reducir a poco mas de legua y media del dicho pueblo de Tunopa que terna mas de cien indios que por estar en distancia de mas de catorce leguas del dicho pueblo de Villa Real de Aullagas y no haber en comarca otros indios que se pudiesen reducir y doctrinar juntos es forzoso que lo susodicho sea una sola doctrina y se le de salario entero.” (*Tasa* [1582, fs. 7b-7c] 1975: 5-6).

Según la minuta de corregimientos de 1582, Lipes y Atacama compondrían un único corregimiento (*vid supra*). Ahora, según esta otra fuente, y para el mismo año, vemos cómo una parte de Lipes se añade al curato de Aullagas y Uruquillas para formar una sola doctrina, que según informa Bernabé Cobo ([1652, Libro I, cap. X] 1964-I: 32) estaría integrada dentro de la diócesis de Chuquisaca (La Plata, hoy Sucre). Por la falta de datos concretos para Lipes, resulta complicado perfilar la geografía eclesiástica de toda esta área¹⁹, lo mismo

¹⁹ Acerca de los curatos existentes en Lipes, Juan del Pino Manrique señala:

“Tiene [[Lipes]] cuatro curatos, a saber: San Antonio de Lipes, que dista 91 leguas de esta villa [[de Potosí]]; Santa Isabel que está a 95; San Cristóbal que se halla a las 62; y Lica

que lo relativo a la doctrina de los indios, pues eran pocos los ministros de la Iglesia entre los lipes y, como trataré más adelante, espinosa su labor evangelizadora (cap. VII.B.). Sin embargo, ya comenté cómo en muchas ocasiones la doctrina de los indios fue utilizada como pretexto para la reducción o el traslado de indios por parte de particulares españoles en favor de sus propios intereses económicos (*vid supra*, cap. V.B.1.). En este sentido, recuérdese lo mencionado entonces con relación al traslado en 1584 de indios lipes al asiento de Las Salinas por parte de Damián de La Bandera, quien a cuenta de hacerse cargo de su doctrina -que al parecer en el *corregimiento* de Lipes no estaban recibiendo como correspondiera- pensaba repartirlos entre diferentes ingenios (AGI, Charcas 43, Cartas de DdLB #1y #2/ 1584). Volveré sobre este punto al tratar de las autoridades indígenas de los lipes (cap. VII.A.), considerando simplemente por ahora este dato añadido respecto de la unión, al menos a efectos de doctrina, de los corregimientos de Lipes y de Aullagas y Uruquillas. Al margen de ello, lo que la Tasa Toledana permite constatar es la existencia de jurisdicciones de diferente naturaleza dentro de un mismo territorio, jurisdicciones eclesiásticas y civiles, y dentro de éstas, como ha quedado señalado, de justicia y de tributación.

Volviendo al problema fundamental, la demarcación del territorio de Lipes, Luis Capoché aporta algunas coordenadas, que vuelven a situarlo dentro de la categoría de *provincia*:

“La provincia de los Lipes dista cincuenta leguas de esta villa [[de Potosí]] hacia el mediodía, inclinado al oriente; extendiéndose por su largo hacia el poniente desde los pueblos uruquillas a los [de los] chichas.

[[sic por Llica]] y Tagua que dista 125: todos son de temperamento sumamente frío, y muy poco vecindario.” (Pino Manrique [1787] 1971: 37).

Por la fecha tan tardía de este testimonio, considero que esta relación de curatos no pueda ser aplicable a los siglos XVI-XVII; por más que en ella pudiera encontrarse algún rastro aquella, la geografía eclesiástica de Lipes en los siglos anteriores es una cuestión todavía pendiente de un estudio detallado.

>> *Tiene por términos y confines de su latitud los indios quillacas y atacamas, que son pueblos de paz y que sirven a esta villa, aunque son reservados. Tiene de circuito y contorno más de doscientas y cincuenta leguas.*” (Capoche [1585, f. 43v.] 1959: 127).

Traigamos nuevamente a colación aquello de que los españoles aplicaron una relación biunívoca entre etnónimos y topónimos (cap. II.B.2.), y entenderemos entonces por qué Capoche señala los confines de esta “*provincia de los Lipes*” en función de los territorios de los indios uruquillas, chichas, quillacas y atacamas: por el manejo de esa unidad de clasificación que es la de una *provincia-territorio* caracterizada desde su evanescencia. Así, no insistiré más en este tema, recordando tan sólo lo entonces comentado acerca de los problemas de geometría derivados del cruce de distancias que diversos autores coloniales establecieron entre poblaciones concretas en sus intentos por perfilar el área de Lipes, un “*circuito y contorno*” que Capoche (*vid supra*) estima en más de 250 leguas, y que Lozano Machuca ([1581] 1965: 60, *vid supra*), usando la expresión de “*contorno y término*”, fija en 300 leguas.

Por tanto, dada que la lógica etno-territorial aplicada por los españoles, no es de extrañar que los diferentes autores coloniales manejaran indiscriminadamente las nomenclaturas de “provincia de los lipes”, “Lipes” o “los lipes”, con mayúscula o con minúscula sin que parezca primar criterio alguno, en referencia no tanto a los indios como al territorio en que éstos habitaban. Así por ejemplo, Capoche se refiere a la “*provincia de los Lipes*”. El Licenciado Cepeda ([1590, nº 16] 1918-22-III: 14) habla de “*los lipes*”. Por su parte, en sus ordenanzas de 1594 para el repartimiento y gobierno del asiento de Porco, Juan Díaz Lopidana ([1594] 1978: 193), oidor de la Audiencia de Charcas y visitador de las minas e ingenios de dicho asiento, lista “*cada provincia y lugar*” cuyos indios han de dar mita ordinaria, citando simplemente “*Lipes*”. También el memorial de Alonso Mesía Venegas sobre las cédulas del servicio

personal de los indios ([¿1601-07?, f. 47] 1979: 15) cita la “*provincia de los Lipes*”. Pero sin duda, el ejemplo más claro de esta asociación etnónimo-topónimo se encuentra en una carta que Pedro Córdova de Mejía, corregidor de Potosí, envía en 1602 a la Audiencia con los informes sobre la querrela de Cristóbal de Vera contra el corregidor de Lipes, Diego Márquez de Moscoso, sobre el depósito de indios y el destino de éstos en las panaderías de Potosí (ANB, CACH 337/ 1602): en tan sólo dos folios utiliza indistintamente y de manera reiterada las nomenclaturas de “*los lipes*”, “*los indios de lipes*” y “*los indios lipes*”²⁰.

Como quedó señalado en su momento (cap. V.B.1.), en 1602-03 se ejecuta el primero de los dos padrones con los que contamos para los estudios coloniales de Lipes en el siglo XVII (AGNA, Sala XIII, 18-6-5/ 1602). En el informe del virrey Luis de Velasco II que acompaña a este padrón, con fecha de 1602, se habla de Lipes en términos de *corregimiento*. El padrón va acompañado también de una Real Cédula de 1603, donde se dice *provincia de Lipes*. Esta misma denominación de provincia es la que emplea Diego Márquez de Moscoso, en la confección del padrón. Sin embargo, en lo tocante a la jurisdicción, este padrón se refiere a Lipes en términos de *corregimiento*.

Ya trate sobre asuntos de ubicación geográfica, jurisdicción o doctrina, la ya mencionada correspondencia de 1584-87 de Damián de La Bandera respecto del traslado de cien indios lipes con su cacique al asiento minero de Las Salinas, en Aullagas, se refiere a Lipes en términos de *provincia* (AGI, Charcas 43, Cartas de DdLB / 1584-87).

²⁰ Sobre este asunto del depósito de indios lipes y su destino en las panaderías de Potosí volveré puntualmente al tratar de la inserción de éstos en los mercados de la Villa Imperial, poniendo en relación este documento con el Padrón de Lipes de 1602-03 (cap. VIII.A.).

En 1611-12, un pleito entre el capitán Luis Esquivel, corregidor de la provincia de Chichas, contra el capitán Juan de Avendaño, corregidor de la provincia de los Lipes sobre la jurisdicción de unas minas recién descubiertas en el límite entre ambas demarcaciones (ANB, Minas 52.4/ 1611-12) aporta un dato interesante en materia de apropiación, manejo y jurisdicción del territorio en una región minera como fue Lipes. En términos generales se alude a Lipes como una *provincia* gobernada por un corregidor, pero lo interesante está en los conceptos barajados en la discusión sobre la jurisdicción de dichas minas. Se dice que las minas han sido descubiertas en el paraje de San Vicente, contiguo al asiento de Chocaya, en la provincia de Chichas, pero contra lo que se pudiera pensar, en el pleito no se discute si este paraje cae dentro de una u otra demarcación, ni si pertenece o no al término de Chocaya. Más bien se esgrime que el “*asiento y cerros*” de San Vicente pertenecería a Chichas porque a pesar de que allí no hay gente ni de Lipes ni de Chichas, son mayores las posibilidades de alistar chichas para el trabajo minero (f. 36r). En principio, la opción de alistar indios de aquí o de allá como argumento clave resulta bastante relativa, primeramente por la movilidad de los grupos y por la interdigitación étnica imperante en la Puna Salada. En segundo lugar, porque es bien sabido que, amén de la tan estudiada mita minera potosina, cualquier explotación de minas durante la colonia conllevó importantes movimientos demográficos; también en el caso de Lipes, como trataré al considerar la inserción de los lipes en los espacios económicos de la minería surandina (cap. IX.C.).

Pero en cualquier caso, el principal aspecto a reseñar de este pleito entre Luis Esquivel y Juan de Avendaño resulta el hecho de ver cómo la jurisdicción se está aplicando no en términos territoriales, ni en términos de gobierno, sino en términos de población, un orden ya apuntado como prioritario desde la típica correspondencia colonial entre etnónimos y topónimos.

De esta disputa de límites entre Lipes y Chichas, la década de 1620 estará marcada nuevamente por la opción de unir bajo un solo corregimiento Lipes y Atacama, tal y como figuraba en la minuta de corregimientos de 1582 (*vid supra*).

Como señalé en su momento, aunque estaba terminantemente prohibido por la legislación positiva, desde fines del siglo XVI fue frecuente la unión de dos corregimientos en el cargo de un único titular. A fin de que ello no entrañara la fusión material de ambas circunscripciones, y sin perder de vista que lo vasto de los distritos asignados a los corregidores frustraba en muchos casos su gobierno eficaz en lugares remotos, la Administración accedió a que se llevaran a cabo ciertas uniones, aunque siempre con carácter accidental; en ellas, un teniente de corregidor se haría cargo de una de los dos jurisdicciones, aunque nunca investido de la misma autoridad ni facultades que el titular en pleno derecho²¹. El primero en reintroducir tales uniones fue el virrey Velasco (1596-1604), que agregó al corregidor de La Paz, Nuño de la Cueva, el término de Pacajes. Posteriormente, durante el interregno de Núñez de Avendaño (1607), la Audiencia de Lima continuó con tales uniones. Debido a su ilegalidad, la única norma existente para la regulación de tales adscripciones resultaba el capricho y la arbitrariedad de los gobernantes, constituyendo así un marco idóneo para los favoritismos. Así por ejemplo, una vez que el Rey nombró a Nuño de la Cueva gobernador de Santa Cruz de la Sierra, no tardó en obtener cédulas especiales en virtud de las cuales, y a cuenta de sus méritos y por haberse reducido el sueldo asignado a tal cargo, se le recomendaba al Virrey para que le fuera agregado el distrito de Mizque (como finalmente ocurrió), o en su defecto, el de Lipes (Lohmann 1957: 158-159). Sin embargo, si bien la unión de jurisdicciones y la fijación de límites entre ellas constituía una prerrogativa de los virreyes, existía

²¹ Para un análisis detallado de esta situación y del cargo de teniente de corregidor, remito al lector a al trabajo de G. Lohmann (1957: especialmente 385-393) sobre los corregidores de indios en época de los Austrias.

una limitación impuesta por la Corona: que la creación, supresión o alteración del contorno de las provincias no se realizara arbitrariamente, pues éste era frecuentemente el pretexto para encubrir la percepción de más de un sueldo o la designación ficticia de plazas creadas artificialmente. En consecuencia, a partir de la encuesta formulada en Real Despacho de 3 de octubre de 1614 al Virrey del Perú, se produjeron una serie de fusiones y extinciones de distintas circunscripciones; los corregimientos de Lipes y Atacama se vieron directamente afectados por esta política administrativa.

Según informe del virrey Diego Fernández de Córdoba, Marqués de Guadalcázar (1622-29) (AGI, Lima 41, N.4/ 1628), para mediados de la década de 1620, los indios que integraban el corregimiento de Atacama tributaban 3.525 pesos de a ocho reales, de los que 1.600 se destinaban al abono del sínodo de los doctrineros, y el resto quedaba íntegro para Pedro de Ysasiga y Lope de Ynestrossa, los dos encomenderos, no quedando entonces nada para atender el salario del corregidor, que se giraba desde la Caja Real de Potosí (f. 171). Así, en 1626 la Corona se replantearía la posibilidad de suprimir definitivamente este corregimiento y anexarlo al de Lipes, desde donde se destacaría un teniente de corregidor. El proyecto venía diseñado por el contador fiscal Alonso Martínez de Pastrana, y seguía la política anexionista desarrollada sesenta años antes por Lope García de Castro, ejecutor de la división en corregimientos del Virreinato del Perú en 1565 (*vid supra*, nota 18). Preguntado al respecto en Virrey, su informe de 1628 aconsejó sin embargo mantener Lipes y Atacama como corregimientos independientes, aunque a ambas demarcaciones se refiere indistintamente como *corregimientos* o como *provincias* (f. 172).

En realidad, la unión de los corregimientos de Lipes y Atacama ejecutada por Lope García de Castro había sido revertida por el virrey Toledo, aduciendo la necesidad de que Atacama se mantuviera independiente para poder así ejercer un mejor control tributario y la administración de justicia. Además, a tenor de la

distancia de más de 60 leguas fijada entre Lipes y Atacama, y desconfiando de la eficacia de un teniente de corregidor para tamaña tarea, Toledo encomendaba al corregidor la tarea de vigilar la costa y mantener avisado al corregidor de Arica de las posibles incursiones corsarias, por lo que su disgregación de Lipes debió de realizarse después de que en el verano de 1579 Francis Drake bombardeara el puerto de El Callao (Lima). Concerniente a la decisión de Toledo, señala el Marqués de Guadalalcázar:

“rrespe[c]to de que la dicha prouincia de atacama distaua de la de Los Lipes mas de sesenta leguas las diuidio el dicho Virrey [Toledo] en dos corregimientos señalando al de los lipes quinientos pessos ensayados en la tassa del rrepartimiento que alli ay y que es de V[uestra] M[agesta]^d y al de atacama le dejo los mil que quedan dichos porque juzgo por conueniente conseruar este oficio para que huuiesse quien administrasse justicia en el y cobrasse Las tassas y tanuien porque la gente que sirue a V[uestra] M[agesta]^d en el rreyno de chile no se aussentase por aquella parte y que assimismo tuuiesse cuidado de dar auiso al corregidor de arica y demas lugares de la costa quando entrasen enemigos en esta mar del sur a lo qual no podria acudir el de Los Lipes con la presteça que conuiene estando tan lejos como queda dicho ni era bien fiar de Vn teniente cosas de tanto cuidado que fueron el motiuo principal que el d[ic]ho Virrey tuuo para la dicha diuision en Lo qual no conuiene por agora hazer nouedad por las rrazones rreferidas” (AGI, Lima 41, N.4, fs. 13v-14r/ 1628).

Como deja patente en su informe (f. 14v), tampoco se mostraba el virrey Marqués de Guadalalcázar conforme a que las encomiendas que fueran quedando vacas pasasen a la Corona pues consideraba que, siendo para entonces pocas y pobres, resultaría inconveniente ir cortando el premio a quienes sirven en la empresa de defensa frente a los corsarios, planteando más bien que el salario de mil pesos para el corregidor se tomase del tributo pagado por los indios. Y así

quedó zanjado el asunto, mantenida la división entre las jurisdicciones de Lipes y Atacama, tal y como queda glosado en el documento con fecha de 22 de abril de 1629²².

En el cambio de década, Antonio Vázquez de Espinosa, en su *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*, en el capítulo “De las provincias de los Lipes y Chichas”, indica (aunque de segunda mano) que:

“La provincia de los Lipes dista de la ciudad de La Plata 50 leguas al Oessudueste, la cual confina por el Poniente con la referida de [[provincia de]] Atacama.” (Vázquez de Espinosa, [1630, Libro V, cap. 33, n° 1759] 1992-II: 878).

No insistiré otra vez más en el uso de una geografía relacional para fijar la demarcación de los territorios evanescentes. Simplemente quisiera añadir con esta cita una nueva referencia a Lipes en términos de *provincia*.

Siguiendo con la cuestión jurisdiccional, el título de corregidor de la “*provincia de los lipes*” dado a Alonso/Cristóbal Gutiérrez de Abendaño en 1636 (CNM-AH, Cajas Reales 264/ 1637)²³ agrega un nuevo término a estas maneras de referirse a Lipes que vengo comentando. En virtud del título otorgado, el documento habla indistintamente del “*corregimiento de los lipes*” o del cargo de corregidor y justicia mayor “*de la provincia de los lipes*”, aludiendo además en

²² En el margen izquierdo, debajo del encabezamiento, el Consejo de Indias ratificó: “*que se aga Como el Virrey lo dize*”, acompañando instrucciones precisas para su cumplimiento por parte de su sucesor en el virreinato, Luis Jerónimo Hernández de Cabrera, cuarto Conde de Chinchón (1629-39).

Sobre este punto, quisiera advertir que esta resolución no aparece en la transcripción ni se contempla en los comentarios que de este documento hizo E. Téllez (1986) a partir de la copia que del original -entonces en Simancas- realizase Carlos Morla Vicuña a mediados del siglo XIX para engrosar los fondos del Archivo Nacional de Chile, y que, por otra parte, incurre en algunos errores paleográficos, tal y como he podido comprobar al contrastar ésta con el documento original, hoy en el Archivo de Indias de Sevilla.

²³ Hago notar aquí que en el título de este documento se consigna el nombre de Alonso Gutiérrez de Abendaño, mientras que en contenido del mismo se nombra a este personaje como Cristóbal. Asimismo, en la referencia del archivo potosino se le asigna fecha de 1637, cuando en realidad éste es el año en que se juró el cargo, habiéndose emitido el título el año anterior, tal como queda fechado en el propio documento.

una ocasión a “*el dicho partido [de los lipos]*” (f. 106r). Pero, ¿qué debemos entender por esta denominación de “partido”? Según G. Lohmann (1957: 189), la fragmentación de los corregimientos en partidos resultó derivada de la extinción de las encomiendas de particulares y su transferencia a la Corona, concibiéndose éstos como “unidades configuradas en orden a la comodidad que cada una ofrecía para la rápida exención de los tributos erogados por la masa indígena”. Ahora bien, atendiendo al consejo elevado por el Marqués de Guadalcázar respecto de mantener separados los corregimientos de Lipes y Atacama (*vid supra*), es de suponer que “*el dicho partido*” mencionado en este título de corregidor en Gutiérrez de Abendaño no tendría que ver con una fragmentación del corregimiento de Lipes en unidades menores. Dado el carácter extraordinario del empleo de esta demarcación en el documento, más bien me inclino a pensar que se trata de un desliz de la terminología al uso en el momento de su redacción, más cuando el territorio de Lipes (siempre atendiendo a la documentación consultada) no vuelve a ser considerado *partido* hasta 1674-76, y de ahí hasta fines del siglo XVIII y durante el XIX, aunque para estos momentos dicha demarcación tendrá ya otro sentido en el marco de las intendencias implantadas por la Administración borbónica.

Por mencionar tan sólo el dato, ya que este autor no trata en su obra cuestiones de demarcación ni jurisdicción relativas a Lipes, Álvaro Alonso Barba en su *Arte de los metales* ([1639] 1992) se refiere indistintamente a una “*provincia de los Lipes*” o simplemente a “*los Lipes*”, nuevo ejemplo claro de esa asociación biunívoca entre topónimo y etnónimo tantas veces referida en este trabajo.

Si el título de Alonso/Cristóbal de Abendaño de 1636 (*vid supra*) aludía a un “corregimiento de los lipos” y a un “corregidor de la provincia de los lipos”, el expediente de confirmación de oficio de provincial de la Santa Hermandad a Francisco López de Villademoros, de 1640 (AGI, Charcas 69, N. 41/ 1640), se

refiere a “*provincia y corregimiento de los Lipes*”, uniendo así ambos conceptos y fusionando lo demarcativo con lo jurisdiccional. Del corpus documental manejado para esta investigación, éste será el último documento donde se emplee el término *corregimiento* para circunscribir la jurisdicción de Lipes, imponiéndose desde mediados del siglo XVII los términos de *asiento* y/o *provincia*, ligados en un altísimo porcentaje a informaciones relacionadas con la explotación de minas. A pesar de ello, las descripciones geográficas más tardías de este territorio, de Jorge Juan y Antonio de Ulloa ([1748] 1990) y de Antonio Alcedo y Herrera ([1786-89] 1967), retomarán los términos de “corregimiento” y “provincia y corregimiento”.

El término *asiento*, como vimos a partir del pleito seguido en 1611-12 entre los corregidores de Lipes y Chichas por la jurisdicción de unas minas recién descubiertas en el paraje de San Vicente (*vid supra*), guarda relación con el territorio y la población de minas, alcanzando así los valores de nodo fundamental en la composición de esa geografía relacional que vengo planteando en este trabajo. Aunque volveré en detalle sobre los asientos de minas al analizarlos como avanzada del dominio territorial en el contexto de los paisajes de frontera (cap. IX.B.), no quisiera dejar de insistir aquí en el despliegue de una red poligonal que permite ubicar los sitios de minas como puntos concretos en un territorio abstracto que se pretende conceptualizar y dotar de corporalidad cartográfica; de ahí su necesidad en la organización y manejo colonial del territorio. En este sentido, apuntada la riqueza mineral de Lipes y su importancia en la economía minera de Charcas en el siglo XVII, una vez decaídas las explotaciones de Potosí, serán frecuentes las referencias al “asiento de los lipes” o al “asiento de Lipes”, algo que pudiera inducirnos a errores de composición geográfica. Como mencioné más arriba y discutí al tratar precisamente de ese ordenamiento territorial desde el juego de distancias en relación con núcleos de población estable bien conocidos (cap. II.B.2.), es frecuente que en la documentación se empleen ambos términos para citar el asiento minero de San

Antonio de los lipés o *de Lipes*, aunque el nombre completo que se le dio al refundarlo como pueblo de españoles en 1648 fuera el de San Antonio del Nuevo Mundo, no oficializándose el topónimo de San Antonio de Lipes hasta el siglo XIX. Dada su condición de principal centro minero en el sector sur de Lipez, pronto se convirtió en el asiento de minas por excelencia, más aún cuando a fines del XVII pasara a albergar la capital administrativa de la provincia de Lipes, y ya en el XVIII la del partido de Lipes.

Quizás el ejemplo más notable de estas transformaciones en el uso de la toponimia se aprecie en el volumen de documentación generada a partir de los sucesos acaecidos en San Antonio durante las celebraciones del Corpus Christi de 1647, cuando el capitán Ignacio de Azurza y sus correligionarios irrumpieron en la iglesia, y con grande alboroto asesinaron a varios de los allí presentes. Pudiera ser que tales disturbios fueran además un acto de venganza derivado de algunos pleitos que por la titularidad de varias minas había mantenido tiempo atrás el capitán Azurza, aunque oficialmente tuvieron que ver con las conjuras armadas en contra de su nombramiento como teniente de corregidor. Diversas cartas y expedientes comprendidos entre 1647 y 1654 (ANB, Minas 56.4 a 56.9 y Minas 57.1 a 57.21) en las que se trata directamente de los sucesos y de su resolución judicial y castigo impuesto a los implicados se refieren al asiento minero de San Antonio o San Antonio del Nuevo Mundo, y a la *provincia de Lipes* donde se ubica. Lo mismo ocurre en el dilatado juicio de concurso de acreedores a los bienes del capitán Ignacio de Azurza (ANB, Minas 57.27/ 1655-68). Sin embargo, Francisco de Nestares Marín, presidente de la Audiencia de Charcas en este momento, en dos borradores de sendas cartas que habría de enviar al Virrey para informar de dichos sucesos, utiliza simplemente la referencia de “*los Lipes*” (ANB, CACH 1664a/ 1650; ANB,- Minas 144.8/ 1651). Así mismo, los autos seguidos a los acreedores contra los bienes del Capitán, mencionan que éste “*murió en el asiento llamado de los Lipes*” en 1667 (AGI,- Escribanía 849B, Legajo 7 de los Pleitos de La Plata, N° 12/ 1667). Es de

destacar que no fueron éstos los únicos alborotos que mediando el siglo XVII tuvieron lugar en San Antonio del Nuevo Mundo como consecuencia del despotismo de las autoridades y su implicación en negocios de minas (*cfr.* Arduz 1986). Considerando la documentación generada a partir de los hechos protagonizados por Ignacio de Azurza dentro de la categoría de “asuntos de o entre españoles” en los términos ya explicitados al principio de este trabajo (cap. I.B.), habiendo citado los datos relacionados con la jurisdicción de Lipes contenidos en ellos, me reservaré para un futuro estudio puntual el análisis de los disturbios en sí.

Sin perder de vista el contexto minero y los pleitos entre particulares, y a diferencia de lo ocurrido en el pleito mantenido en 1611-12 entre los corregidores de las provincias de Lipes y Chichas por la jurisdicción del paraje de San Vicente (*vid supra*), y donde al parecer no quedaba clara la demarcación entre dichas provincias, sí se muestra unánime al respecto, seguramente por cuestión de intereses, la totalidad de los testigos que en 1647 participaron en las informaciones de oficio y parte de Pablo Espinosa Ludeña (también citado Lodueña y Ludueña), descubridor de minas de oro y plata en Lipes y en Chichas, y dueño de un ingenio y varias minas en esta última provincia (AGI, Charcas 93, N. 4.1/ 1647). A priori sospechosa, la cuestión no resulta extraña si tenemos en cuenta que todos sus testimonios fueron tomados en el asiento de Nueva Chocaya (provincia de Chichas) a personajes igualmente implicados en el beneficio del mineral existente en los cerros que lo rodeaban. Sin embargo, las demarcaciones no parecen estar tan claras en el pleito mantenido, ese mismo año, por este mismo Espinosa Ludeña con el fiscal Pablo de Ovando, vecino de la ciudad de Jujuy, y su cabildo y regimiento sobre la confirmación de treinta indios de repartimiento para el trabajo en dichas minas de Lipes y Chichas (AGI, Escribanía 849A, Legajo 7 de Pleitos de La Plata, N. 6/ 1647). En este pleito, a medida que el litigio se va extendiendo a otros ingenios sitios en Atacama y en Cochino, Casabindo, Sococha, Omaguaca (hoy Humahuaca) y Tilcara (todos

ellos en la Puna de Jujuy y la Quebrada de Humahuaca, en el Noroeste Argentino), se citan indiscriminadamente una *provincia conjunta de Lipes y Chichas*, una *provincia conjunta de Lipes y Atacama*, o tres *provincias independientes de Lipes, Chichas y Atacama*. Confusión semejante aparecerá también en la provisión dada por el Consejo de Indias a favor de Pablo de Ovando en 1665 (*cit. in* Zavala 1979: 223-224), donde después de citar una “*Provincia de los Chichas y Lipaes*” se detallan a continuación las minas donde cumplen servicio los treinta indios objeto del pleito, pertenecientes a “*las provincias de Lipes y Atacama y pueblos de Cochinoca, Casabindos, Sococha, Omaguacas y Tilcara de la jurisdicción de Tucumán*”²⁴. Todo ello nos habla de una pervivencia, todavía a mediados del siglo XVII, de dificultades locacionales derivadas de esa geografía referencial al uso, así como de los tejemanejes que sobre las mitas de los indios mantenían mineros y oficiales de gobierno de las Audiencias. Volveré sobre ambos pleitos al tratar del trabajo de los indios en el mineral de Lipes (cap. IX.C.)

Por lo general, las fuentes hasta aquí consideradas simplemente abordan la jurisdicción de Lipes en términos de demarcación o de gobierno, sin prestar atención a los sujetos. Resulta evidente que los intereses coloniales radicaban básicamente en alcanzar a definir los límites de cada territorio y en fijar sus términos, y que poco se interesaban los españoles por el contenido del interior de las demarcaciones establecidas, salvo a efectos 1) de localización de recursos naturales explotables y 2) de tributación. Éstos son los puntos básicos registrados en lo que podríamos considerar descripciones generales (más o menos extensas) de los paisajes y el paisanaje de Lipes. Por el contrario, mayor detalle se aprecia en los ya mencionados pleitos entre particulares por la titularidad de minas o por el repartimiento de indios mitayos (*vid supra*), como también en la

²⁴ En realidad, y en sentido estricto, estos cinco pueblos estarían bajo la jurisdicción de la ciudad de Jujuy, englobada a su vez dentro de otra jurisdicción mayor correspondiente a la gobernación de Tucumán.

documentación generada por los propios indígenas. En este sentido, y aunque volveré sobre ello al tratar de los caciques de los lipos (cap. VII.A.), no puedo dejar de mencionar aquí el pleito mantenido en 1649 por Juan Chiri, cacique principal y gobernador, contra Alonso Pigsa, quien pretendía arrebatarle sus títulos (ANB, Expedientes Coloniales, 1649, N° 16/ 1649). Por la parte de las autoridades españolas se cita, por orden cronológico, a Bernardino de Espinosa y Albear, Lorenzo de Alvarado, Gaspar Verdugo y Alonso de Carrión Cabeza de Vaca, todos ellos corregidores de la nombrada como “*provincia de los lipos*”. Del tercero de ellos, Gaspar Verdugo, se dice además que fue justicia mayor y alcalde mayor de minas “*de dicha Prouy[nci]^a y su juri[s]dic[c]ion*” (f. 5r). En cuanto a Juan Chiri, éste se presenta como “*Gouernador y Cacique Principal de los seys pueblos de la Prouinçia de los lipos*” (f. 1r), o sencillamente como “*cacique principal y gouernador de dicha Prouyncia [de los lipos]*” (f. 5r). Los seis pueblos citados bajo la autoridad de Juan Chiri son: “*Colcha, Santiago de Chuquilla, San Joan de Cheucha, San Pedro de los Quemes, y San Agustín de Chuyca, Alota*”; todos ellos ya incluidos en el Padrón de 1602-03 (*vid supra*), sin aportar en este documento más dato que simplemente su nombre.

La concepción de los lipos como *nación* aportada por el Bernabé Cobo ([1653, Libro XI, cap. II] 1964-II: 10, *vid supra*) ya ha sido comentada en este trabajo en más de una ocasión al hilo de la asociación biunívoca que los españoles establecieron entre topónimos y etnónimos, por lo que no voy a repetirla otra vez aquí. Simplemente, por respetar el orden cronológico de las fuentes escogido para este análisis de la jurisdicción y demarcación del territorio de Lipes, téngala en cuenta el lector en este momento de mediados del siglo XVII.

Sin perder de vista esa relación entre el territorio y sus habitantes, el expediente de confirmación del oficio de alguacil mayor a Diego Moro Vigil de

Quiñónez, de 1654 (AGI, Charcas 71, N. 2/ 1654), se reseña indistintamente una “*provincia de Los Lipes*” y una “*provincia de Lipes*”.

La unión de Lipes y Atacama es algo que ya ha quedado discutido en términos de corregimiento, y que con el informe del Marqués de Guadalcázar [1628] (*vid supra*) había quedado zanjada. Sin embargo, llama la atención cómo en documentos de la segunda mitad del siglo XVII relativos a minas se observa una tendencia a asociar las provincias de Lipes y Chichas, aún cuando nunca estuvieron unidas. Y llama más aún la atención que esta unión se establezca siempre vinculada a pleitos por la definición de la jurisdicción de asientos mineros localizados en la frontera entre ambas demarcaciones como los ya referidos anteriormente (*vid supra*). Precisamente en la frontera entre ambas provincias es donde se ubica la mayor riqueza mineral de Lipes, y por este motivo, no puedo sino interpretar estas uniones ocasionales en virtud de intentos de unos y otros personajes implicados por correr los límites para que sus minas e ingenios quedasen concentrados en una u otra provincia, buscando seguramente con ello beneficios de repartimiento de indios y/o de tributación, todo ello sin perder de vista las relaciones de poder y los círculos de confianza.

En este contexto, las informaciones de oficio y parte de Gonzalo Gutiérrez Guerrero, de 1655 (AGI, Charcas 95, N. 13/ 1655), refieren una única *provincia de Lipes y Chichas*, y tanto en éstas como en el parecer de la Audiencia que las acompaña se remarca su buen hacer como teniente general de corregidor para la quietud del asiento de Chocaya y el “*asiento de los Lipes*”, así como su buena gestión en cuanto a quintos se refiere. A tenor de lo señalado anteriormente, teniendo en consideración que para esta fecha aún coleaban aquellos disturbios del Corpus Christi de 1647 protagonizados por el capitán Ignacio de Azurza (*vid supra*), y en tanto que se insiste en la calma social mantenida por Gutiérrez Guerrero durante su cargo, entiendo que el mencionado “asiento de los Lipes” se

corresponde, como por otra parte solía ser habitual, con el asiento de San Antonio del Nuevo Mundo.

Las informaciones de oficio y parte de Francisco de Bóveda y Sarabia están compuestas por dos documentos de 1674 y otro de 1676 (AGI, Charcas 98, N. 8, 1-3/ 1674-76). Los tres documentos insisten en esa localización de “*asiento de los Lipes*” identificado como San Antonio del Nuevo Mundo, ya en estas fechas capital administrativa de la provincia de Lipes. Sin embargo, el documento fechado en 1676 es mucho más rico en terminología, y presenta además una curiosidad paleográfica: la escritura por tres veces de *Lipez*, terminado en “z”, grafía que, como ya señalé al discriminar el topónimo histórico del geográfico (cap. II.B.1), no fue la habitual durante toda la Colonia, y para cuya presencia aquí no encuentro otra explicación que la arbitrariedad ortográfica propia de la época. Así, este tercer documento recoge las expresiones de “*asiento de los Lipez y todo su distrito*” (f. 2v), “*partido y provincia de los lipetz*” (f. 5v), “*en términos y distrito de la jurisdicción de la Prouincia de los lipes*” (f. 9r), y “*la provincia de los Lípez y su jurisdicción*” (f. 9v). Cuáles son los términos de cada una de estas demarcaciones o cuáles las diferencias que pudieran existir entre ellas y que obligaban a su precisión es algo que no se especifica en el documento. A tenor de lo visto hasta aquí, considero que esta casuística simplemente responde a distintas maneras de conceptualizar un territorio idéntico aplicando distintas fórmulas del lenguaje jurídico-administrativo del momento, y que en general podría calificarse al tiempo de impreciso y reiterativo.

También en las informaciones de oficio y parte de Juan Galea de Mercado, de 1692, y en el parecer de la Audiencia que las acompaña (AGI, Charcas 100, N. 9, 1-2/ 1692) se aplica la terminación en “z” cada vez que se refiere la *provincia de Lipez*, algo que contrasta con la terminación en “s” utilizada al citar el *asiento de San Cristóbal de los Lipes*, donde Galea de Mercado ejerció de maestro, vicario, juez eclesiástico y subdelegado de la Santa Cruzada. En

cualquier caso, entiendo que a este documento se debe presuponer la misma arbitrariedad ortográfica comentada para el caso anterior.

Sin perder de vista lo dicho acerca de San Antonio del Nuevo Mundo como asiento minero por antonomasia, el expediente de confirmación del oficio de alguacil mayor a Francisco Antonio Lezama, de 1695 (AGI, Charcas 77, N. 33/ 1695), introduce la derivación de “*villa de los Lipes*”, única ocasión en la que he encontrado recogido este término, pues siempre aparece citado como asiento o como pueblo.

A pesar de que el siglo XVIII quede fuera de los límites cronológicos impuestos a esta investigación, recojo a continuación de manera somera los términos utilizados por distintos autores de este período, no sólo a fin de redondear esta cuestión de la jurisdicción y la demarcación de Lipes durante la Colonia, sino también por mostrar cómo en pleno Siglo de las Luces y despuntando las primeras expediciones científicas todavía estaba más que vigente esa geografía relacional tan propia de épocas anteriores.

Rozando la mitad del siglo, Jorge Juan y Antonio de Ulloa recuperan el término de *corregimiento* en su [*Relación histórica del*] *Viaje a la América meridional* ([1748] 1990), que en el corpus documental aquí presentado no aparecía desde el expediente de confirmación de oficio de provincial de la Santa Hermandad a Francisco López de Villademoros, de 1640 (*vid supra*). Así, para introducir su escueta descripción del territorio de Lipes, apunta:

“A la misma parte que el antecedente [*corregimiento de Tarija/Chichas*] con alguna pequeña inclinación hacia el sudoeste, esté el *corregimiento de Lipes*, y su extensión es, asimismo, de otras 35 leguas” (Juan y Ulloa [1748, II, Libro I, cap. XIII, nº 345] 1990-II: 179).

Si bien anoté anteriormente las dificultades existentes al intentar insertar a Lipes en la geografía eclesiástica de la Colonia temprana, a mediados del siglo XVIII resulta más que evidente su pertenencia a la demarcación y la jurisdicción eclesiástica del arzobispado de Chuquisaca; en el cuadro del censo de las provincias que lo integran, que por orden del virrey José Antonio Manso de Velasco, Conde de Superunda (1745-61), compuso el contador de retasas José de Orellana ([1754, f. 106] 1980: 176), Lipes aparece recogido como “*provincia*”.

El mismo término se emplea en una Real Cédula de 9 de febrero de 1777, en la que se apunta el decaimiento de las minas y la pobreza que asola a los naturales de la de “*provincia de los Lipes*” (ANB, Cédulas Reales, N° 710/ El Pardo, 9-II-1777; ANB, Minas 6.8/ El Pardo, 9-II-1777).

Recuperando una asociación citada como frecuente en el siglo XVII, Antonio de Alcedo y Herrera habla de Lipes en su *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América* ([1786-89] 1967-II: 316) como “*provincia y corregimiento del Perú*”, indicando que “*tiene de largo 60 leguas NO.SE. y 20 de ancho por donde más*”, y fijando el río San Juan del Oro como límite entre Lipes y la gobernación de Tucumán. Sin embargo, es de destacar que cuando Alcedo y Herrera procede a citar las riquezas minerales de esta “provincia y corregimiento” emplea únicamente el término de *provincia*.

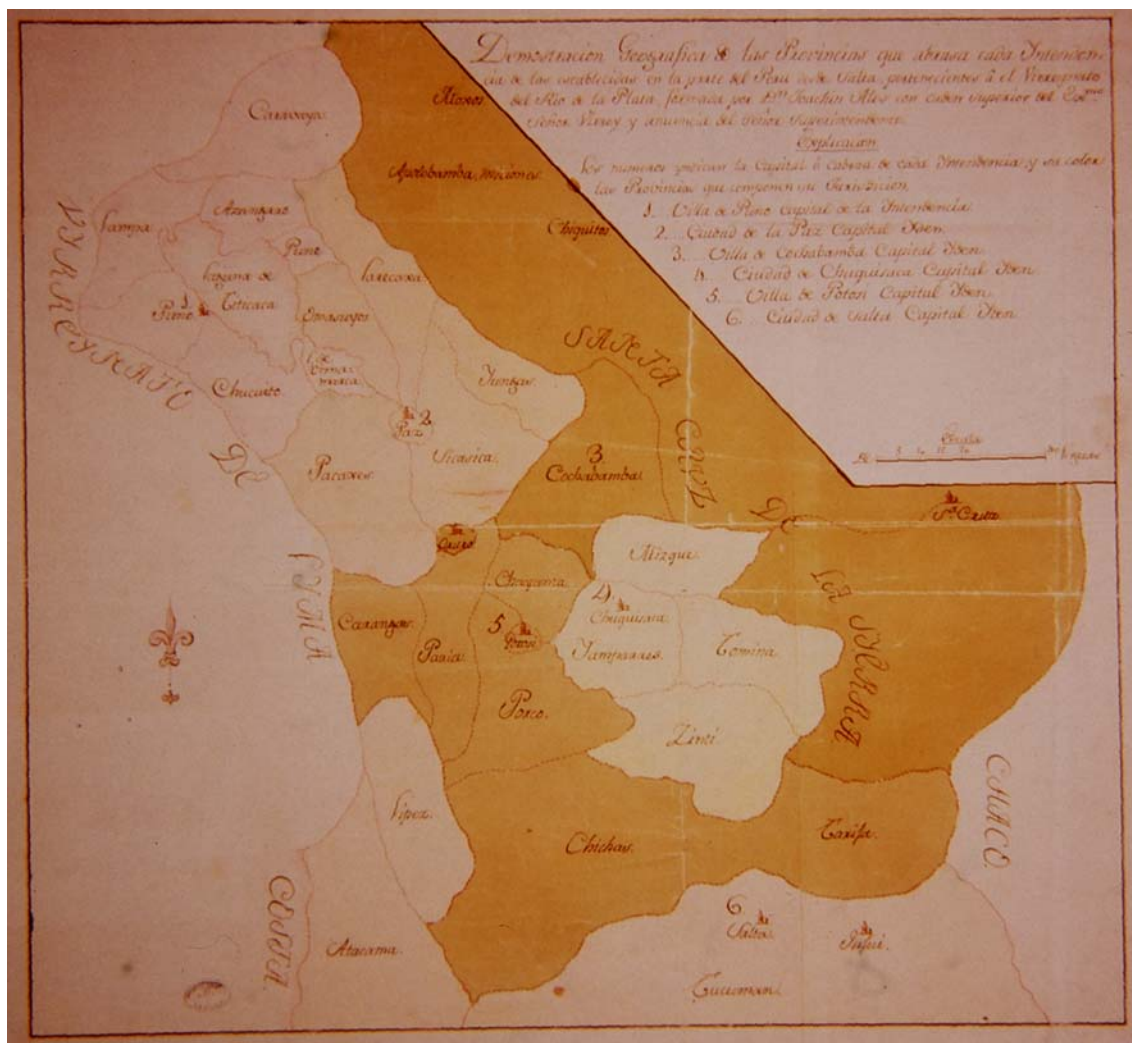
Para fines del siglo XVIII, y como consecuencia de las reformas borbónicas, en el ordenamiento territorial americano se implanta una nueva demarcación operativa en los tres planos de gobierno, hacienda y ejército: las *intendencias*, la primera de las cuales fue proyectada en Cuba en 1764. A partir de este momento, los antiguos distritos pasan a denominarse genéricamente como *provincias*, mientras que las provincias se convierten en *partidos*, entendidos éstos como el territorio de una jurisdicción o administración que tiene por cabeza un pueblo principal. Así, allí donde las antiguas provincias tenían una

demarcación razonable, las nuevas intendencias se ajustaron a sus demarcaciones geográficas, aunque fueron frecuentes las modificaciones a fin de facilitar las comunicaciones entre los pueblos y las capitales o cabeceras. Por otra parte, las antiguas provincias que contaban con una extensión desmesurada se subdividieron en intendencias que trataron de ajustarse a las demarcaciones de los obispados, superponiéndose así la geografía administrativa a la eclesiástica²⁵.

Por lo que a Lipes se refiere, pasó a convertirse en uno de los *partidos* de la intendencia de Potosí, y como partido queda incluido en la *Demostración Geográfica de las Provincias que abraza cada Intendencia de las establecidas en la parte del Perú desde Salta, pertenecientes a el Virreinato del Río de la Plata*, formada por Joaquín Alós y que originalmente acompañaba a una carta del virrey Agustín de Jáuregui y Aldecoa (1780-84) fechada a 31 de diciembre de 1783 (AGI, Mapas, Buenos Aires 154/ 1783) (Mapa V-4). Sin embargo, Juan del Pino Manrique, en su *Descripción de la villa de Potosí, y Partidos sujetos a su Intendencia, etc.* ([1787] 1971), no fija la fecha de creación de la intendencia de Potosí hasta 1784, y respecto de su composición interna y sus cinco partidos señala:

“A la jurisdicción de la Villa, antes muy limitada, se añadieron los cinco partidos de Porco, Chayanta, Chichas, Lipes y Atacama, y en suma se dejó ver un sistema ceñido y arreglado, que aunque, a mi parecer, necesita enmienda en muchas cosas, no por eso deja de ser grande y conveniente” (Pino Manrique [1787] 1971: 22).

²⁵ Para una visión general de las transformaciones territoriales derivadas de las reformas borbónicas operadas entre 1750 y 1810 remito al lector al trabajo de A. García-Gallo (1987: 872-883).



Mapa V-4: Demostración geográfica de las provincias que abraza cada intendencia de las establecidas en la parte del Perú desde Salta, pertenecientes al Virreinato del Río de La Plata. 1783. (AGI, Mapas, Buenos Aires 154/ 1783).

De Lipes en concreto, de su demarcación y de su división interna, Del Pino Manrique apunta:

“Es Lipes de los partidos de esta jurisdicción el cuarto. Linda al sur con Chichas y parte de Atacama, por el norte con Carangas y Paria de la Provincia de la Plata, por el este con los partidos de Chichas y Porco, y por el oeste con Atacama, y Tarapacá. Extiéndese de norte a sur 65 ó 70 leguas, 80 del este oeste, y 150 poco más de circunferencia. Tiene cuatro curatos, a saber: San Antonio de Lipes, que dista 91 leguas de esta villa

[[de Potosí]]; Santa Isabel que está a 95; San Cristóbal que se halla a las 62; y Lica y Tagua que dista 125.” (Pino Manrique [1787] 1971: 37).

Después de todo, para finales del siglo XVIII asistimos a una recuperación fugaz de aquella tradición de las descripciones geográficas y culturales de Lipes tan propia de fines del siglo XVI (*cfr.* Lozano Machuca [1581], Capoche [1585], Álvarez [1588]). La primera de ellas, ésta de Pino Manrique [1787]. La segunda y última, la *Descripción geográfica, histórica y política de la Villa Imperial y Cerro Rico de Potosí y de los Partidos de Porco, Chayanta, Chichas o Tarija, Lipez y Atacama*, escrita por Pedro Vicente Cañete en 1789, aunque no publicada hasta 1797 bajo el título de *Historia física y política de la provincia de Potosí*. Respecto de Lipes indica Cañete:

“El tercer partido de esta provincia [[de Potosí]] es Lipes, de no menor importancia por sus riquezas. Su extensión es de 75 leguas por lo ancho y 82 por lo largo. Su capital es San Antonio [[de los Lipes]], distante de Potosí 82 leguas, y se compone de cuatro cantones.” (Cañete [1797, cap. XII, Noticia 1ª] 1952: 387).

Es de destacar cómo en tan sólo dos años de diferencia respecto de la obra de Pino Manrique, Cañete recoge una división de Potosí en seis partidos y no en cinco, a saber: Porco, Chichas, Chayanta, Lipez, Tarija y Atacama, tal y como queda plasmado en la *Carta geográfica, que contiene los seis partidos que comprende la Provincia de Potosí* de Hilario Malaver, interino de la Real Casa de la Moneda de Potosí, que acompañaba al manuscrito de Cañete de 1789 (AGI, Mapas, Buenos Aires 160/ 1787) (Mapa V-5). Pero lo curioso de esta discrepancia radica en el hecho de que este mapa está fechado en 1787, mismo año de publicación de la *Descripción...* de Pino Manrique, y sin embargo los partidos citados por cada autor difieren en uno, el de Tarija.



Mapa V-5: Carta geográfica que contiene los seis partidos que comprende la Provincia de Potosí. 1787. (AGI, Mapas, Buenos Aires 160/ 1787). [Adviértase que el Norte está orientado hacia abajo]

* * *

Vemos entonces cómo los términos geográficos, administrativos y jurisdiccionales empleados para nombrar el territorio de Lipes van cambiando de un siglo a otro y según autores, hablándose de “repartimiento” (encomienda), “provincia”, “corregimiento”, “asiento”, “partido” o combinaciones de varios de estos términos. La cuestión no es sólo que las políticas administrativas de la Colonia sufrieron transformaciones con el tiempo, sino que también las demarcaciones aplicadas a Lipes pudieron estar variando, al igual que los límites de su jurisdicción. Así pues, y salvo para el caso de la cartografía más tardía, resulta prácticamente imposible llegar a concretar qué espacio geográfico está incluyendo cada autor dentro de sus divisiones, dado además el hecho de que en

varios casos Lipes aparece unido a otros términos formando parte de un único corregimiento o provincia. Por todo ello, cabe insistir aquí en lo comentado en las Consideraciones preliminares acerca de que la *región* constituye una entidad territorial construida viva, cuya coherencia depende de la contigüidad del acontecer histórico.

En este sentido, no olvidemos lo apuntado anteriormente acerca de que las fronteras y los territorios coloniales, al menos durante los primeros tiempos, fueron definidos no tanto por sus paisajes como por sus paisanajes, y que de la conjunción de ambos factores resultaría la construcción de unas *regiones* que, por mantener la vaguedad geográfica y etnográfica del término colonial, resultarían equivalentes a las “*provincias*”. Así pues, si planteaba entonces que una región no puede ser entendida al margen de sus habitantes, pasaré en el capítulo VI a ocuparme de la representación de los lipes, abordando cuestiones de demografía y de ordenamiento indígena del espacio que me permitirán regresar sobre los paisajes de Lipes desde un punto de vista económico y, al mismo tiempo, discutir desde la antropología esa interdigitación étnica que ya presenté anteriormente desde la arqueología (cap. III) desde la arqueología. Al mismo tiempo, a través del análisis del uso y abuso de los estereotipos continuaré con el estudio de las clasificaciones coloniales y las dinámicas socio-culturales de frontera.

VI

¿Quiénes, dónde, cuántos?

Clasificaciones coloniales en el contexto de una frontera intercultural geoestratégica

Varias veces se ha destacado en este trabajo la ambigüedad imperante en la delimitación de jurisdicciones y demarcaciones territoriales, la imprecisión de ese sistema relacional de localización geográfica manejado durante la Colonia, o lo forzado de la correspondencia directa que entre topónimos y etnónimos impusieron la Administración y la Hacienda indianas. Retomando este último aspecto, en este capítulo abordaré la cuestión de la etnicidad, la identidad y las identificaciones de los indios de Lipes. Para ello, consideraré la *etnicidad* (*sensu* Barth 1976) en el sentido de los grupos étnicos y sus fronteras, aplicando así el concepto como una unidad de clasificación más española que indígena, estrechamente vinculada a la producción de diferencias culturales entre distintos grupos en pos del funcionamiento del nuevo orden colonial. Entenderé entonces la etnicidad como una suerte de identidad-en-el-territorio dentro del contexto de reordenamiento de paisajes y paisanajes derivados de la conquista y colonización de los espacios andinos. Bien es cierto que no es ésta la manera más común de entender la etnicidad, un término generalmente utilizado como sinónimo de

identidad (identidad étnica). Sin embargo, frente a esta idea monolítica, en adelante me referiré a la *identidad* no tanto en el sentido del *ethos* de un pueblo (tradición cultural esencial, *sensu* Geertz 1997), sino más bien como un agregado de identidades fragmentadas en continua reformulación al hilo de unas relaciones socioculturales dentro de las cuales, en última instancia, las expresiones de identidad pasan por la negociación de la identidad misma. En consecuencia, entenderé que el juego de etnicidades e identidades propio del mundo colonial -y más aún en este escenario de la Puna Salada en el que nos movemos- quedaría más bien articulado a partir de estrategias de *identificación*, esto es, de la autoafirmación de un “pedazo de identidad” (*sensu* Grinberg y Grinberg 1993) (propia o apropiada) en el seno de dicho proceso de negociación identitaria; son precisamente estas estrategias de identificación las que hacen posible la construcción, la invención, la exaltación de una identidad concreta.

Como en otros muchos rincones del imperio español en Indias, en Lipes, el patrón de asentamiento y el aprovechamiento compartido de recursos económicos representaron en cierta medida un obstáculo a la hora de establecer los primeros recuentos demográficos. Pero además, y mucho más interesante a efectos de su construcción regional, supuso un reto a la hora de determinar la adscripción étnica de sus habitantes. ¿Y si los indios lipes no fueran más que una categoría étnica construida por la Colonia paralelamente a una construcción regional? ¿Y si su construcción como categoría étnica no fuera sino el resultado de esa insistencia española por hacer coincidir etnónimos con topónimos de cara a un ordenamiento geopolítico del complejo mosaico étnico-territorial andino más acorde con la lógica colonial? A efectos de intentar resolver esta cuestión, en las páginas siguientes acometeré un análisis pormenorizado de la paleogeografía humana descrita en las fuentes coloniales, prestando especial atención a esa diferenciación entre *aymaras* y *urus* que los autores de fines del siglo XVI proyectaron sobre el mundo indígena; dos categorías que en buena medida nos situarán de vuelta sobre el modelo de manejo prehispánico de los espacios de

Lípez de acuerdo con esa división en tres zonas eco-culturales planteada por A. Nielsen (especialmente 1998; *vid* cap. III.B.). Ahora bien, ¿realmente aymaras y urus cohabitaban en Lipes como dos grupos étnicos diferenciados, o más bien se trata identidades étnicas impuestas desde fuera, de estereotipos de origen inca mantenidos durante la Colonia de cara al gobierno de los indios? Y de ser así, ¿en función de qué dinámicas de frontera se mantuvieron estos estereotipos? Más aún, ¿en qué momento y en virtud de qué circunstancias estos aymaras y urus pasaron a convertirse en *indios lipes*? Vayamos por partes.

VI.A.- RETOMANDO ESTEREOTIPOS. AYMARAS Y URUS, HABITANTES DE LIPES.

Si Lipes constituye una región construida en el espacio-tiempo de dos coyunturas coloniales sucesivas (inca y española), hablar de *indios lipes* implica asumir una adscripción étnica que se fue construyendo progresivamente en función, primero, de la visión del Otro, y segundo, de intereses geopolíticos y económicos. De ahí que la lógica clasificatoria aplicada por los primeros autores coloniales para referirse a los indios que habitaban los espacios de Lípez tardase en asumir esa relación de forzada correspondencia entre el etnónimo y el topónimo. Así, cuando la documentación temprana habla de *los lipes* pareciera más bien que el gentilicio sirviese para tratar de concretar la evanescencia del territorio y lo liminal de la frontera en los términos planteados en el capítulo V, de tal manera que al decir *los lipes* se entendiera *la gente de Lipes*, y no tanto un grupo étnico específico. Por consiguiente, el uso de las categorías *aymara* y *uru*, como también la de *cimarrón*, aplicada a los indios en la frontera de esta frontera, respondería más bien a la necesidad de fijar criterios para la clasificación de una indiada sobre la cual, partiendo del común denominador de la barbarie, los españoles más bien proyectaban identificaciones, y no tanto identidades propiamente dichas. En esta tesitura, mi siguiente propósito será el de

dotar de sentido a estas unidades clasificatorias, para lo cual incidiré en sus diferencias a partir de cuatro variables de análisis: volumen demográfico, patrón de asentamiento, modelos económicos y actitud hacia los españoles, aspecto éste que reservaré para un capítulo independiente (cap. VII.B.). Para ello tomaré como base de análisis las descripciones de Juan Lozano Machuca ([1581] 1965) y Luis Capoché ([1585] 1959), quizás los dos autores coloniales más prolijos en la caracterización cultural del paisanaje de Lipes.

Comenzaré por el número y asiento de los habitantes de Lipes. A este respecto Lozano Machuca señala:

“habrá como cuatro mill indios aimaraes, antes más que menos, y éstos están por reducir, divididos en muchas partes y pueblos muy distintos y apartados unos de otros en las poblaciones siguientes: Colcha, que es el pueblo donde reside el sacerdote, y el pueblo de Chuquilla y Queme, Cheucha, Becaya, Ojas, Tuca, Palas, Pantana, Abana, los cuales son pueblos principales de dicho distrito, y sin éstos habrá otros cien pueblezuelos de a 10, 20, 30, 50 indios. Y en este repartimiento y tierra de los Lipes, con ser tan grande, hay sólo un sacerdote, que es el P. Joan Mondragón, y no tiene suficiente doctrina, por estar divididos y apartados, que hay pueblos que están unos de otros 15, 20, 30, 40, 50, 80 leguas y más, y esto es causa de que los indios vivan sin orden ni pulicía de ley natural ni evangélica.

>> Demás de estos cuatro mill indios, junto al cerro de Escala [...] hay cuatro pueblos de indios uros, que se llaman Pololo, Notuma, Horomita, Sochusa, questán a cuatro, y cinco, y siete leguas, y diez leguas del dicho cerro de Escala, y todos estos son de S[[u]] M[[ajestad]] y no dan casi nada de tributo porque jamás han sido visitados y por tener fama aquella tierra de inhabitable y los indios de pobres; por lo cual, y por no estar reducidos, se pierden y han perdido muchas almas, por carecer de doctrina evangélica según está dicho.

>> *Demás de los cuatro mill indios referidos, había en este repartimiento otros mill indios uros, gente pobre que no siembran ni cogen y se sustentan de caza de guanacos y vicuñas, y de pescado y de raíces que hay en ciénagas, que llaman coroma; y con estos se hacen los pobres los cuatro mill aimaraes, porque siendo gente rica de ganados de la tierra y que cogen y siembran, y tienen contrataciones y rescates en esta villa de Potosí, Tarapacá y Atacama, y que funden muchos metales que sacan de las minas, se excusan de pagar tributo a S[[u]] M[[ajestad]] a título de pobres, como los mill uros, que lo son verdaderamente.” (Lozano Machuca [1581] 1965: 60).*

De acuerdo con las estimaciones de Capoche:

“El número de indios será tres mil; la mitad [son] uros, que viven bárbaramente sin tener más ley que nacer y morir; no tienen asiento ni lugar conocido, múdanse de una parte a otra; casi toda es gente infiel, y los que son bautizados, ninguna costumbre tienen de cristianos, ni rastro de fe, ni de virtud. Los otros mil y quinientos, [[son]] aimaraes; tienen algún mayor conocimiento y muestras de buenos deseos, y están poblados en trescientas leguas de tierra¹ en pueblos pequeños. Por causa de tener agua aquel sitio [[¿?]] se han ayuntado en tan poca distancia, porque toda la comarca es seca y [[llena de]] salitrales, y sus aguas saladas.” (Capoche [1585, f. 43v] 1959: 127).

Empecemos a desgranar estas informaciones. En cuanto a la población de Lipes, resulta notable no sólo que entre ambos autores haya un margen de 2.000 indios de diferencia, sino que incluso el cálculo de aymaras de Lozano Machuca (4.000) supere al cómputo total de 3.000 indios fijado por Capoche. Por otra

¹ Nótese que, en otro pasaje de su descripción, este mismo autor había calculado en más de 250 leguas el “circuito y contorno” de lo que él intitulaba “*provincia de Lipes*” (Capoche [1585, f. 43v] 1959: 127; *vid caps. II.B.1., V.B.2.*), cifra que aquí cambia por la de 300 leguas.

parte, llama la atención la ecuanimidad de éste último, para quien los indios de Lipes se reparten al cincuenta por ciento entre ambas categorías, aymaras y urus. Tratando de contrastar estos datos con otras fuentes de la misma época, Bartolomé Álvarez ([1588, n^{os} 729, 736] 1998: 401, 405) coincide con Capoché en el número de 3.000 indios, sin discriminar categorías, aunque de acuerdo con este autor la cuenta pudiera incrementarse en tanto que, refiriendo su carácter y asiento, añade:

“[[los lipes]] viven en parte desviada de la comunicación común deste reino y, como por sus tierras no atraviesan españoles ni hay para qué, están como animales no domados [y] mal poblados. Los más perdidos no son bien conocidos ni se acaba de saber cuántos son” (Álvarez [1588, n^o 730] 1998: 401).

Recordando los intereses particulares de cada uno de estos tres autores a la hora de redactar sus obras (cap. I.B.1.), ¿acaso las cifras de Lozano Machuca estarían infladas de cara a conseguir una merced real sobre la reducción de los indios y la explotación de las minas de Lipes? Sea como fuere, no habría que olvidar lo temprano de estas descripciones, realizadas en unos momentos en los que apenas se dominaba el territorio y menos aún se controlaba a sus habitantes. Considerando sin embargo la dinámica de frontera, más importante que las estimaciones demográficas en sí mismas resulta el hecho de distinguir a la población de acuerdo a estas dos categorías de aymaras y urus, de hondo calado sociocultural y mayor relevancia tributaria, dimensión ésta sobre la que regresaré más adelante (cap. VI.B.2.). ¿Qué define entonces a cada una de estas unidades de clasificación colonial?

Comencemos por esos llamados “*indios aimaraes*”. De ellos apunta Capoché que mantenían un patrón de asentamiento concentrado en torno a las fuentes acuíferas y definido por la presencia de pequeños núcleos urbanos. Sin embargo, Lozano Machuca describe un patrón de asentamiento disperso en el

que distingue núcleos de diferente categoría, y así enumera diez centros principales a los que añade otros núcleos menores a más o menos distancia. En esta dispersión encuentra este autor la razón de que estos indios, que Capoché juzga más dóciles y mejor dispuestos en las relaciones hispano-indígenas (*vid supra*), “vivan sin orden ni pulicía de ley natural ni evangélica”; y lo mismo estima Álvarez, viendo en su dispersión la razón de su difícil gobierno. Como ya mencioné muy de pasada al plantear el desconocimiento existente respecto de la lengua que habrían hablado las gentes del Señorío Mallku (cap. III.A.2.), y con mayor detalle al considerar la información del *Padrón de los indios de Lipes* de 1602-03 (AGNA, Sala XIII, 18-6-5/ 1602) (cap. V.B.1.), a fecha de hoy queda aún pendiente una investigación sistemática de la toponimia histórica de Lipez. Considerando nuevamente que Lozano Machuca escribe al tiempo que empiezan a asentarse más españoles en el territorio de Lipes para la explotación de su mineral, es muy probable que en su relación de asentamientos todavía se recogiese la toponimia indígena, que evidentemente se fue luego transformando por efecto de las políticas de reducción y de doctrina. De acuerdo con tanteos arqueológicos y etnohistóricos centrados en el norte de Lipez o referentes a la realidad indígena de Lipes (*v.gr.* Martínez 1998, 2000; Nielsen 1997a, 2002a; Odone 1995), algunos de estos topónimos mencionados por Lozano Machuca podrían quedar vinculados con poblaciones actuales tal y como sigue. *Colcha* se corresponde con la actual Colcha “K” - Villa Martín, capital del municipio homónimo en la actual provincia de Nor Lipez. Capoché ([1585, f. 44r] 1959: 128) considera este asentamiento como el pueblo principal de los lipes, condición de cabecera que en tiempos coloniales quedaría reforzada al convertirse, como apuntan Lozano Machuca ([1581] 1965: 60) y Damián de La Bandera (AGI, Charcas 43, Cartas de DdLB, #1 y #2/ 1584), en residencia del corregidor y del sacerdote; sin embargo, de acuerdo con la tradición oral considerada páginas atrás (cap. IV.C.1.), la capital de los lipes en *el tiempo de los chullpas* habría estado fijada en el sitio arqueológico de Laqaya, identificado como el pueblo de *Chuquilla* citado por Lozano Machuca, renombrado posteriormente como

Santiago de Chuquilla y actual Santiago “K”. *Quemes* pasaría a ser San Pedro de Quemes, aunque amparándose en archivos parroquiales J. L. Martínez (1998: 178, 2000: 96) lo vincula a San Cristóbal de Lipes. Por su parte, *Cheucha* se sitúa en el origen del actual San Juan de Cheucha. *Pantana* simplemente alude hoy a un paraje y al sitio arqueológico en él ubicado. De acuerdo con estas identificaciones, y aunque en algunos casos pudiera construirse un nuevo pueblo colonial, quizás tomando el asentamiento indígena como cantera de materias primas, parece que en Lipes se siguió la tónica general de la expansión colonial consistente en añadir al nombre indígena la advocación del santo patrón vinculado a la (re)fundación colonial de la comunidad indígena.

Junto a estos “*pueblos principales*”, Lozano Machuca ([1581] 1965: 60) da también cuenta de la existencia de otros “*pueblozuelos de a 10, 20, 30, 50 indios*” distantes entre sí incluso ochenta leguas, dibujando así un patrón de asentamiento de cabeceras y núcleos dispersos de menor envergadura en perfecta sintonía con esos manejos económicos del espacio de Lípez ya discutidos desde la arqueología (cap. III.B.). Por otra parte, este mismo autor caracteriza a los indios aymaras de Lipes como una “*gente rica de ganados de la tierra y que cogen y siembran*” (Lozano Machuca [1581] 1965: 60); la misma riqueza ganadera de la que da cuenta Capoche ([1585, f. 44r] 1959: 128), y que aparece registrada en todas las descripciones coloniales que tratan del paisaje y el paisanaje de la región (cap. II.B.1.). Combinando así asentamiento y economía, podrían interpretarse estos “*pueblozuelos*” como estancias o rancherías, o como conjuntos de ocupación temporal para el aprovechamiento de recursos silvestres o cinegéticos, permanentes o estacionales, o quizás para la explotación minera; un patrón de asentamiento todavía hoy mantenido en algunas zonas.

En notable contraste con los “aimaraes”, los “*indios uros*”, nómadas, dedicados a la caza, pesca y recolección, “*gente pobre*” en el decir de Lozano Machuca (*vid supra*), y “*que viven bárbaramente sin tener más ley que nacer y*

morir” según apunta Capoché (*vid supra*). Sin duda refiriéndose a ellos, Antonio Vázquez de Espinosa señala:

“Esta provincia [[de los Lipes]] es de pocas comidas; los indios viven en valles pequeños, donde siembran Cañagua², que es una semilla a modo de cañamones con que se sustentan, y de pequeños pescados, que pescan en una laguna, que está en el valle de Alota, que coge gran parte de él” (Vázquez de Espinosa [1630, Lib. V, cap. 33, nº 1760] 1992-II: 879).

Como Lozano Machuca ([1581] 1956: 60, *vid supra*), Vázquez de Espinosa vincula a estos grupos con un entorno lacustre -asociación predominante para los urus en general dentro de mundo andino-, situándolos dispersos en torno al valle de Alota, surcado por el río homónimo, afluente del Grande de Lípez, al norte. Aunando las citadas descripciones de Lozano Machuca, Capoché y Vázquez de Espinosa, serían estos urus de Lípez gente pobre que 1) vive bárbaramente, 2) se sustenta de la caza de animales salvajes, de la pesca de pequeños pescados que viven en ciénagas y de la recolección de raíces y semillas silvestres, 3) habitan en valles y parajes marginales, y 4) presentan un alto grado de movilidad. Desde la visión inca del Otro, estos indios no pueden ser sino aquella “*gente muy ruin*” con la que, según Juan de Betanzos ([1551, cap. XXXVI] 1987: 164, *vid cap. IV.B.*), se topó Tupac Inca Yupanqui al cruzar la “*provincia que llaman Llipi*”, encajando además perfectamente con el estereotipo del salvaje habitante de la Puna Salada ya analizado con anterioridad (caps. IV.B., IV.C.).

En función de lo visto hasta aquí, aymaras y urus cohabitarían en los espacios de Lípez de acuerdo a modelos culturales antagónicos; dos tipos de *indios lipes* con estrategias económicas y patrones de asentamiento distintos, una estampa que recuerda a las diferencias constatadas desde la arqueología entre las

² Entiendo aquí que Vázquez de Espinosa llama *cañagua* a lo que en realidad es cañigua (*Chenopodium pallidicuale*), un cereal similar a la quinua (*Chenopodium quinoa*).

zonas Norte y Sureste del Altiplano de López (cap. III.B.). A tenor de esta relación, ¿cabe fijar de manera excluyente a los “*indios aimaraes*” de los autores coloniales en la Zona Norte y a los “*indios uros*” en la Zona Sureste? Para A. Nielsen (1997a: 115-119, especialmente 116), el uso general del espacio en ambos sectores y el registro arqueológico de cada uno de ellos ratifican la existencia de grupos con modos de vida distintos. Sin embargo, Nielsen se adhiere a esa teoría general -de la cual personalmente también me hago eco- según la cual el énfasis de algunos autores coloniales en adscribir con carácter excluyente actividades económicas a aymaras o urus respondería más a la intencionalidad de sus discursos particulares que a la realidad étnica del Altiplano de López.

Por otra parte, regresando a los estereotipos, no olvidemos que Lozano Machuca ([1581] 1965: 60, *vid supra*) también engloba dentro de la categoría de los urus a los habitantes de cuatro pueblos (Pololo, Notuma, Horomita y Sochusa) en torno al cerro Escala, próximo a Usloque, en el límite entre las actuales provincias de Nor y Sur López, y prácticamente en la divisoria entre las referidas zonas eco-culturales Norte y Sureste, mencionando que sus habitantes explotan ricas vetas argentíferas. Dado que el Factor de Potosí destaca el nombre de estos asentamientos como algo especial, tal vez pudiera pensarse en indios urus apartados de su estereotipo y desligados del medio acuático, hipótesis esta última que quedaría anulada al considerar que el topónimo Pololo da nombre en la actualidad no sólo a un cantón de la provincia de Sur López, sino también a uno de los ríos más destacados del Altiplano de López. ¿Por qué entonces esta distinción entre gentes que son incluidas dentro de la misma unidad clasificatoria “*uro*”? ¿Por qué esa discriminación positiva de los asentados en torno al cerro Escala frente al resto? ¿Cabe la posibilidad de pensar en urus sedentarios dedicados a actividades mineras en contraposición a urus nómadas dedicados a la caza-pesca-recolección? Y si son urus, y por tanto indios pobres de acuerdo con el estereotipo, ¿cómo es que se dedican a la minería de la plata? Qué duda cabe

de que, manejando las descripciones coloniales aquí citadas, resulta complicado responder a estas cuestiones de una sola tacada. Por todo ello, tomando como referente la representación altiplánica de los urus como indios salvajes, trataré a continuación de profundizar en los estereotipos de aymaras y urus en relación con la escena económica regional que permite reconstruir la información tributaria, para así dar un paso más en el análisis de la lógica colonial utilizada para clasificar a los indios de Lipes.

VI.B.- FORZANDO LAS DIFERENCIAS. POLICÍA, TRIBUTO Y EL PROBLEMA DE LAS IDENTIDADES EN LIPES.

Sin perder de vista la estereotipada asociación uru=salvaje, cuyo origen hay que buscar sin duda en esa visión inca del Otro tantas veces mencionada, los urus han sido siempre contemplados desde lo que N. Wachtel (2001: 336) considera “víctimas de un lugar común, de un mito etnográfico”: el mito de los bárbaros lacustres del altiplano andino; mito que la Colonia se encargó de mantener e incluso de readaptar a sus propios intereses. Por lo que respecta a las páginas que siguen, no es mi intención profundizar en la etnohistoria ni en la etnografía de los urus, protagonistas de un largo y antiguo debate historiográfico³, sino que a partir de las claves de éste intentaré buscar un encuadre para continuar mi discusión acerca de las clasificaciones coloniales en Lipes.

A pesar de que para Wachtel (1986: 283, 2001: 336-342) llegaron a representar históricamente un cuarto de la población total de la América andina, y de que se encontraran repartidos a lo largo del vasto eje acuático Titicaca-

³ Básicamente remito al lector interesado en este tema a los trabajos de N. Wachtel (1986, 1997, 2001), historiador y antropólogo que ha centrado buena parte de sus investigaciones en los uru-chipaya, a partir de los cuales podrá ponerse al día en dicha discusión étnica e identitaria, y rastrear una bibliografía específica.

Desaguadero-Poopó-Coipasa-Uyuni y de una franja costera discontinua entre Arica y Cobija (Chile), la imagen más extendida y popular de los urus no ha dejado de ser todavía hoy en día la del pescador sobre una balsa de totora a orillas del lago Titicaca. Durante la Colonia pasaron desapercibidos, aymarizados o sumergidos en su mundo lacustre, salvo cuando las circunstancias les obligaron a rebelarse (*ha.* 1610-1680; *v.gr.* Wachtel 1986: 302-305, 2001: 361-370), aunque tales rebeliones no alcanzaron ni de lejos la magnitud de las protagonizadas, por ejemplo, por araucanos, calchaquís o chiriguanos, en las fronteras meridionales de la Audiencia de Charcas durante ese mismo período. Así, hoy como ayer los urus son caracterizados como “los hombres del agua”, en contraposición con esos otros “hombres secos” que representarían al resto de grupos del altiplano (Vellard 1954), encontrando en esta oposición mojado-seco un correlato de la ya clásica entre el civilizado y el bárbaro o salvaje.

José de Acosta ([1590, Libro II, cap. 6] 1986: 135-136) habla de ellos como si de una categoría más del reino animal se tratase, destacando su rusticidad y su movilidad en el asiento⁴. En su *Vocabulario de lengua aymara*, Ludovico Bertonio ([1612, segunda parte, p. 380] 1984) los define como “vna nación de indios despreciados entre todos, que de ordinario son pescadores, y de menos entendimiento”, aunque también señala que con este término “dizen a vno que anda sucio, andrajoso, o çafio, Sayagues, rustico”. Si bien ambas

⁴ “[En el Titicaca se]] Cría gran copia de un género de junco que llaman los indios totora [[Typha domingensis, o también T. angustifolia]], de la cual se sirven para mil cosas, porque es comida para puercos, y para caballos y para los mismos hombres, y de ella hacen casa y fuego, y barco y cuanto es menester; tanto hallan los uros en su totora. Son estos uros tan brutales, que ellos mismos no se tienen por hombres. **Cuéntase de ellos que preguntados qué gente eran, respondieron ellos que no eran hombres sino uros, como si fuera otro género de animales.** Halláronse pueblos enteros de uros, que moraban en la laguna en sus balsas de totora, trabadas entre sí y atadas a algún peñasco; y acaecíales levarse de allí y mudarse todo un pueblo a otro sitio, y así buscando hoy no hay adónde estaban ayer, no hallarse rastro de ellos ni de su pueblo” (Acosta [1590, Libro II, cap. 6] 1986: 135-136, énfasis mío).

Respecto de esta animalización de los urus, resulta notoria la polisemia recogida por Diego González Holguín ([1608] 1989: 357) en su vocabulario de lengua quechua, donde al vocablo “Vru” atribuye dos significados completamente distintos: “Todo genero de gusano” y “Vna nacion del collao los vrus”.

acepciones actúan como complementarias más que como contradictorias, el caso es que también aluden a esferas diferentes: por un lado, un etnónimo, una especialización económica y una connotación cultural, por otro, una caracterización negativa a partir de la presencia y el medio de vida. En cualquier caso, el vocablo “uru” encierra un doble sentido insultante en lengua aymara, peyorativo y segregativo a la vez. Pero al mismo tiempo, bien es cierto que los urus se distinguen de sus vecinos por sus rasgos físicos (dolicocéfalos, y más oscuros de piel que el resto de grupos altiplánicos), su lengua (el puquina o uruquilla), su vestimenta y su modo de vida, algo por lo cual la tradición oral los convierte incluso en restos de una humanidad anterior, en “sombra de los chullpas” (*cfr.* Wachtel 2001).

El consenso está en considerarlos como un pueblo pre-aymara, que por efecto de dinámicas diversas fue quedando relegado a ecozonas menos deseables, aunque todavía restaría por clarificar cuándo y bajo qué circunstancias se produjo este proceso para cada uno de sus grupos. Cuando por efecto de la conquista española se convirtieron en vencidos de los vencidos, los urus pasaron desapercibidos para la Colonia, protagonistas de una documentación fragmentada que se hace eco de ese estereotipo del salvaje cazador-pescador-recolector acuñado por los incas. Sin embargo, N. Wachtel (1986, 2001: 335-498) ha presentado en estudios detallados un universo uru heterogéneo, en el que estas gentes lacustres pueden humedecerse (asilvestrarse) aún más, pero también secarse (civilizarse) (*sensu* Vellard 1954), así como también pueden padecer mayor denigración por hacer de los campos de totora su hábitat y su medio de vida, o medrar a través de estrategias de aymarización. Suponiendo que se trata de un proceso de aculturación ya existente a la llegada de los españoles y que la Colonia contribuyó a acelerar por cuestiones de posición socioeconómica, la cuestión fundamental a resolver sería el cuándo, dónde, cómo y por qué se producen estos desplazamientos hacia los extremos. Dejando su respuesta a los especialistas en este grupo étnico, el caso es que a lo largo del siglo XVII los

urus empiezan a “extinguirse”: o se mueren o son absorbidos por sus vecinos aymaras; una extinción de la que dan buena cuenta los censos demográficos y las tasaciones tributarias (Wachtel 1986: 299 y ss., 2001: 354, 361 y ss.).

En función de lo dicho, serían dos las pautas básicas que guían el juego de representaciones en torno a la identidad de los urus: por un lado, su asimilación con el estereotipo del bárbaro/salvaje, y por otro, su aymarización como un mecanismo para conseguir prestigio social y alcanzar plenos derechos dentro de las comunidades. Sin embargo, a ambas fórmulas pueden plantearse objeciones. Así por ejemplo, para empezar, no todos los urus fueron ni son pescadores. De acuerdo al testimonio de García Calçomaquera, cacique lupaca de mediados del siglo XVII, en su jurisdicción había urus que o bien cultivaban papas y quinua por cuenta propia o bien se alquilaban a sus vecinos aymaras para el laboreo en las chacras⁵. También, invalidando tanto el modelo económico como el patrón de asentamiento que constituyen la base del estereotipo del uru=salvaje, recordemos aquellos urus de Lipes citados por Lozano Machuca ([1581] 1965: 60, *vid supra*), que asentados en cuatro pueblos en las faldas del cerro Escala se dedicaban a la explotación minera del mismo. Por otra parte, N. Wachtel (1986: 295-296) señala la existencia de urus más ricos que sus vecinos aymaras. Incluso desde el plano de las autoridades indígenas presentaré en su momento a un supuesto *uru* al frente del supuesto cacicazgo *aymara* en Lipes (cap. VII.B.), una prueba de que hay urus de diferente alcurnia y de que efectivamente su aymarización era un proceso en marcha. Sin embargo, ¿qué ocurre cuando los urus se convierten en aymaras? ¿Dejan de ser urus para pasar a ser, por ejemplo, lupacas, pacajes o quillacas? Y si así fuera, ¿tan fácil es desprenderse de la marginalidad que lleva implícita el estereotipo? Según las interpretaciones de J. Murra (1975: 230-231) para el Período Inca, es posible que, *uru* pudiera ser una categoría similar a la de

⁵ “*Todos los aymaras y algunos entre los urus cultivan campos de patatas, de quinua, y de otras cosechas de estas tierras, y aquellos indios urus que no plantan para ellos mismos trabajan para otros para vestirse, desde que son pobres*” (AGI, Charcas 270, “Libro y relación sumaria” - 1684, fs. 4v-5r, *cit. in* Wachtel 1986: 292, traducción mía).

yana: indios asignados a servir al Inca o a los señores locales, de manera que el término sirviera para identificar sendas categorías socioeconómica y étnica; como presentaré a continuación, algo similar parece que habría sucedido en Lipes durante los primeros tiempos de la Colonia, empleándose la categoría de “*uro*” para designar a un tipo de tributario.

VI.B.1.- *Los que pasan por bárbaros. Proyectando el “problema uru” sobre el paisanaje de Lipes.*

De acuerdo con lo presentado, y atendiendo a la etnografía, la lingüística, la realidad heterogénea descrita en las fuentes coloniales y a los estereotipos, la identidad de los urus, más que como un mito etnográfico, debería considerarse como un problema: “el problema uru”, así designado por N. Wachtel (1986) en un trabajo ya clásico, y que seguidamente trasladaré a mi análisis acerca de cómo los autores coloniales más tempranos clasificaron el paisanaje de Lipes.

Al analizar la visión inca de los paisajes y el paisanaje de Lipes ya me detuve en el trasfondo de su representación como espacio salvaje y hostil habitado por gentes bárbaras en los albores de la civilización (caps. IV.B. y IV.C.). Recordemos aquí cómo, en su narración de las campañas militares de Tupac Inca Yupanqui (1471-93), Juan de Betanzos refiere a los habitantes de Lipes en términos de gente pobre y ruin:

“Vino a dar a una provincia que llaman Llipi en la cual provincia halló que la gente della era pobre en comidas y los mantenimientos della eran quinua tostada que es semilla blanca e muy menuda e algunas papas y los edificios eran cubiertos con unos palos fofos que son corazones de unas espinas de madera muy liviana y muy ruin y las casas pequeñas y bajas y gente muy ruin lo que estos tenían eran minas de muchos colores que nosotros tenemos y ansi mismo poseían algún tanto de ganado y ansi mismo en aquella tierra muchas avestruces y los naturales de los poblezuolos bebían de xagueyes y manantiales muy pequeños a estos

mandó que le tributasen de aquellos colores y de aquellos ganados e ansi lo hicieron y partieron de allí por tierra muy estéril de aguas y comidas y por tierra rasa y sin monte y todo lo demás eran salitrales” (Betanzos [1551, cap. XXXVI] 1987: 164).

También apelando a su pobreza material, cultural y, aún si cabe, moral, describieron Luis Capoche ([1585, f. 43v] 1959: 127), Juan Lozano Machuca ([1581] 1965: 60) o Antonio Vázquez de Espinosa ([1630, Libro V., cap. 33, nº 1760] 1992-II: 879) a los urus de Lipes. Sin embargo, mientras que Betanzos aplica estos parámetros a todos los indios que pueblan los espacios de Lipez recorridos por el Inca, Capoche y Lozano Machuca establecen una clara oposición entre estos urus y sus vecinos aymaras, distinguiéndolos, como he presentado, por sus modos de vida y su patrón de asentamiento. Ahora bien, ¿todos los indios de Lipes eran igual de pobres y ruines, o acaso los referidos por Betanzos pudieran estar coincidiendo con los urus descritos por los otros tres autores mencionados? En este sentido, recordar el periplo de Tupac Inca Yupanqui y el sector del Altiplano de Lipez atravesado en su regreso a marchas forzadas al Collao, ayudará a responder a este interrogante.

Como señalé en su momento (cap. IV.B.) tratar de ajustar el periplo del Inca a partir de las fuentes disponibles resulta un empeño difícil. Tupac Yupanqui, después de conquistar el norte de Charcas, pacificar el Antisuyu, reforzar el Chinchaysuyu y desplazar tropas desde el Antisuyu al Contisuyu, emprendió la reconquista del Collao, para lo cual condujo a sus ejércitos hacia el este. En su viaje de ida, después de cruzar el territorio de los chiriguanos, en los valles orientales, y bordear el Noroeste Argentino, descendió hasta un punto próximo a la actual ciudad de Santiago de Chile, desde donde ascendió nuevamente hacia Atacama; un periplo que guarda estrecha similitud con la ruta que años más tarde seguiría Diego de Almagro en su penetración en Chile (1535-1537) (*vid* cap. V.A.1.). Geográficamente esta vía constituye el paso más

cómodo desde los valles orientales hacia Atacama, atravesando las actuales provincias argentinas de Salta, Jujuy y Tucumán. Por otra parte, esta ruta resulta la más acertada en términos estratégicos, pues permite no sólo asegurarse agua y alimentos, sino también sorprender a los grupos atacameños desde el sur, quedando dificultada su retirada por la Cordillera Occidental y el desierto de Atacama y los salares. De acuerdo con este itinerario, las tropas del Inca no habrían penetrado en ningún momento en el Altiplano de Lipez camino de Atacama. Sin embargo recordemos también que en este punto de sus campañas militares la rebelión de algunos pueblos al sur del Titicaca obligó a Tupac Yupanqui a reorganizar sus fuerzas, dividir sus ejércitos y regresar al Collao, siendo entonces cuando debió de verse forzado a atravesar Lipez y a cruzar la Cordillera de Chichas con el fin de ganar tiempo en su marcha. Dice Betanzos que el Inca salió de Lipes “*por tierra muy estéril de aguas y comidas y tierra rasa y sin monte y todo lo demás della salitrales y como saliese desta mala tierra vino a dar en una provincia que llaman Chuquisaca*” (Betanzos [1551, cap. XXXVI] 1987: 164), una descripción que sin lugar a dudas corresponde a paisajes de las zonas Suroeste y Sureste del Altiplano de Lipez. De ahí que Betanzos, Lozano Machuca, Capoché y Vázquez de Espinosa (*vid supra*) coincidan en sus descripciones etnográficas, pues los cuatro se estarían refiriendo a los mismos supuestos indios urus, de los cuales reseñan un modelo de asiento y subsistencia que concuerda además con el registro arqueológico de dicha Zona Sureste (*vid cap. III.B.*).

Ahora bien, en contraposición con esta estampa de pobreza y ruindad, no olvidemos que Lozano Machuca llama “*uros*” a unos indios que efectivamente encajan en el estereotipo del bárbaro/salvaje, pero también a esos otros asentados en pueblos en torno al cerro Escala, del que explotan su riqueza argentífera, un modo de vida que desde luego no coincide con la imagen tradicional de los urus del eje acuático del altiplano centro-surandino. ¿Qué tienen que ver entonces

estos urus de Lipes con aquellos otros que N. Wachtel (1986) llamó “hombres del agua”?

Para este autor, y en función del uso del etnónimo en la documentación colonial, existirían en el siglo XVI dos grandes familias de urus, diferentes entre sí, repartidas por la costa del Pacífico y por el altiplano centro-surandino. Dentro de la segunda, Wachtel (1986: 286 fig. 15.1) distingue entre los urus del eje acuático centro-surandino, los supuestos urus de Lipes y los asentados en las inmediaciones de Cochabamba, suponiéndoles un grado de parentesco entre sí, pero desistiendo entonces de profundizar en ello. De la misma manera, tampoco es éste un problema que por mi parte aspire a resolver en esta investigación; más bien lo voy a disolver en mi objetivo concreto de ir descomponiendo los puntos de vista que durante la Colonia temprana interactuaron en la construcción regional de Lipes, en su demarcación territorial y en la caracterización de su paisanaje. Desde este ángulo, y atendiendo a la acepción de uru como sinónimo de bárbaro/salvaje, considero más interesante profundizar en otras cuestiones. ¿Dentro de esta unidad clasificatoria heterogénea había grados de barbarie? ¿Aquellos que eran nombrados por los autores coloniales como “*indios uros*” asumían su (supuesta) condición? ¿Los propios indios (supuestamente) urus utilizaban el término despectivamente para referirse a otros indios de su entorno? Si la tónica general es la aymarización de los urus (*vid supra*), ¿cómo explicar que en Lipes, según apunta Lozano Machuca ([1581] 1965: 60), los aymaras quieran pasar por urus? ¿Cuánto de despectivo o insultante había en ser “*indio uro*” en Lipes? Vayamos por partes.

De cara a desvelar la existencia de grados de barbarie dentro de la unidad clasificatoria colonial de los “*indios uros*”, me parece que nada mejor como repasar el contenido de las descripciones que de éstos hicieron distintos autores coloniales, y que ya fueron presentadas más arriba. Para Luis Capoché y Bartolomé Álvarez los urus de Lipes encajarían mejor en el estereotipo del

salvaje que en el del bárbaro. Según el primero de ellos, se trata de indios que viven “*sin tener más ley que nacer y morir*”, infieles o paganos, y nómadas (Capoche [1585, f. 43v] 1959: 127). El segundo, en tanto que religioso, dice de lipes, uros y atacamas que se trata de indios que “*no sirven ni a Dios ni al Rey ni al mundo*”, considerándolos unos idólatras a los que es necesario “domar” (Álvarez [1588, n° 741] 1998: 408). La cuestión estaría en saber a qué indios considera este último autor dentro de la categoría “uro” y en qué territorio los sitúa, para así poder resolver si entiende que los lipes eran como los uros o si en realidad los lipes eran uros. Por su parte, también Juan Lozano Machuca ([1581] 1965: 61, 62) da cuenta de unos indios urus que “*no son bautizados ni reducidos ni sirven a nadie*”, “*gente muy bruta*” que sólo se sustenta de pescado, aunque a éstos los ubica en la ensenada de Atacama y en Tarapacá, considerándoles asimismo como posible mano de obra para la explotación del mineral de Lipés.

Dejando de lado cualquier valoración moral, Antonio Vázquez de Espinosa ([1630, Libro V, cap. 31, n° 1759] 1992-II: 878) adscribe al mencionado modo de vida pescador a unos indios que habitan en el valle de Alota. Sin llamarlos directamente urus, destaca la pobreza de aquella tierra y de sus gentes, por lo que bien podrían encajar en el estereotipo de éstos. Y esta misma variable de la pobreza es la que utiliza Lozano Machuca ([1581] 1965: 60) al referir a los mil “*indios uros*” de Lipés, que “*no siembran ni cogen y se sustentan de caza de guanacos y vicuñas, y de pescado y de raíces que hay en ciénagas*”.

Hasta aquí, todas las descripciones insisten en marcas correspondientes a ese estereotipo del uru como salvaje ya comentado. La nota discordante, sin embargo, son esos cuatro pueblos de urus referidos por Lozano Machuca ([1581] 1965: 60) que viven de explotar la riqueza argentífera del cerro Escala, en cuya falda se asientan. Paradójicamente, el Factor de Potosí dice de éstos que se trata de indios por reducir y evangelizar, y que nunca han sido visitados “*por tener*

fama aquella tierra de inhabitable y los indios de pobres”. Así las cosas, y sin perder de vista que Lozano Machuca aspiraba a mercedes reales en el gobierno de Lipes y la explotación de sus riquezas minerales (*vid* cap. I.B.1.), esta aparente contradicción podría resolverse a partir de dos hipótesis relacionadas entre sí. Por un lado, que estos indios no fueran realmente pobres, sino que sólo tuvieran fama de ello, resultando éste un *descubrimiento* que en cierta manera Lozano Machuca alega como argumento a favor de lograr sus aspiraciones. Por otro, y sin perder de vista su avidez de concesiones mineras, que Lozano Machuca, por decirlo de algún modo, subiera de categoría a esos indios (en principio pobres) asentados en torno a uno de los cerros más ricos de Lipes, de modo que resultaran susceptibles de recibir una imposición tributaria mayor, que era lo que realmente podía estar interesando a la Corona. En cualquier caso, estoy totalmente de acuerdo con A. Nielsen (1997a: 116) en que difícilmente el Factor de Potosí pudiera haber convencido a nadie de sus planes manteniendo el énfasis en la pobreza y barbarie de los habitantes de la Zona Sureste de Lipez.

Pero además, estos urus del cerro Escala adquieren mayor relevancia si contemplamos su clasificación desde la geopolítica regional. Al tratar de situar el espacio de Lipes en el altiplano surandino a partir de un sistema relacional de rumbos y distancias como el discutido en capítulos anteriores (caps. II.B.2. y V.B.), el propio Lozano Machuca apunta:

“Hay desde los Lipes a la tierra de guerra de los omaguacas 40 leguas.- Hay de los Lipes a los indios cimarrones que están hacia Omaguaca, 25 leguas” (Lozano Machuca [1581] 1965: 62).

Volveré sobre estos indios y sobre la cuestión de las identidades interdigitadas más adelante dentro de este mismo capítulo. Sin embargo, y a fin de poder presentar un nuevo punto de vista en esta diferenciación entre aymaras y uros, permítame el lector introducir aquí la descripción que el Factor de Potosí hace de estos *“indios cimarrones”*:

“Y ansimismo dice [[Pedro de Sande]] que hay otros indios que confinan con los indios de guerra de Omaguacas y Casavindo, y tienen trato y comercio con estos lipes, los cuales están neutrales, que no son ni de paz ni de guerra, y entran en Potosí con nombre de indios lipes y atacamas con ganados y otras cosas de venta y rescate, y se podrían con facilidad allanar y reducir a nuestra Santa Fe Católica, y serían de mucho provecho por estar cerca del cerro de Escala, y pagarían tasa a S[[u]] M[[ajestad]], que será de mucho interés.” (Lozano Machuca [1581] 1965: 61).

Sintetizando, se trata de unos indios muy próximos a los supuestos urus del cerro de Escala, que se hacen pasar por lipes y atacamas para entrar en Potosí conduciendo caravanas de llamas, y a los que convendría mucho someter para así imponer un tributo en trabajo para la explotación minera de dicho cerro, aunque esto último no lo explicita Lozano Machuca. Ya volveré a su debido tiempo sobre la cuestión de la flexibilidad identitaria en la Puna Salada en general y en Lipes en particular (cap. VI.C.), sobre la condición de la Villa Imperial de Potosí como epicentro reestructurador de espacios económicos en el sur andino (cap. VIII.A.) y sobre la posibilidad de que los lipes adquirieran un papel protagonista en la articulación económica del *hinterland* potosino a través del tráfico caravanero (cap. VIII.B.). Por el momento, detengámonos en la descripción que hace Lozano Machuca de estos indios cimarrones, en la que hay tres aspectos interesantes a destacar en este punto de la discusión: 1) la presencia en un mismo territorio pobre e inhóspito habitado por indios pobres y bárbaros, de unos “indios cimarrones” “*con ganados y otras cosas de venta y rescate*” y unos “indios uros” que no encajan en el estereotipo de indios pobres que en principio les correspondería, y 2) que ambos tipos son presentados como categorías al margen de la diferenciación taxativa entre aymaras-ricos-civilizados y urus-pobres-salvajes que predomina en las tempranas descripciones coloniales de Lipes. Ahora bien, sin perder de vista esa lógica clasificatoria -de tradición inca y

asumida por los españoles, no se olvide- articulada a partir del enfrentamiento de las asociaciones conceptuales

aymaras

urus

riqueza

pobreza

agricultura – ganadería – minería

caza – pesca – recolección

civilización

salvajismo / barbarie

¿por qué construir una nueva unidad clasificatoria de indios *cimarrones* cuando en realidad, y a tenor de lo descrito por Lozano Machuca, éstos podrían sin problema ajustarse a la categoría ya existente de *aymaras*?

Tengamos en cuenta que el término “cimarrón” se utiliza en las fuentes para caracterizar al salvaje, al montaraz, al huido, al no sometido, al no reducido a pueblos, al indio que no es “de guerra” pero tampoco “de paz” sino que ocupa una posición liminal y ambigua dentro de la lógica clasificatoria colonial, en suma, a un tipo de indio al margen del sistema colonial⁶. Ésta sería posiblemente la única diferencia entre los considerados como aymaras de Lipes y sus convecinos llamados cimarrones, que los primeros presentaban un patrón de asiento estable y jerarquizado que facilitaba su reducción y tasa, mientras que los segundos parecieran campar libremente por una frontera aún por consolidar, escabullidos de tributo y sospechosos y potencialmente peligrosos en términos de geopolítica. Por lo demás, ambos serían gentes ricas en rebaños que pastoreaban y con los que acudían a efectuar transacciones económicas incluso a larga distancia.

Sin embargo, paradojas en este paisanaje de Lipes que rompe los estereotipos, al tiempo que Lozano Machuca ([1581] 1965: 60, *vid supra*) destaca la bonanza de esa facción de indios supuestamente *urus* asentados en el cerro

⁶ Esta misma condición de huido a la espesura del bosque es la que se aplicó también al esclavo negro prófugo, rebelde a veces, que en busca de su libertad se refugiaba en espacios alejados y de difícil acceso conocidos como palenques: los “negros cimarrones”.

Escala, él mismo y también Bartolomé Álvarez llaman la atención sobre la pobreza de los indios aymaras, o más concretamente sobre sus intentos por aparentar una condición de pobres que no les corresponde, algo que permite ahondar en la dimensión tributaria de esta dicotomía clasificatoria entre aymaras y urus propia del temprano orden colonial en los Andes.

Sobre esta supuesta pobreza de los indios, Álvarez apunta:

“Tienen estos indios Lipes mucho ganado escondido entre sierra, donde los españoles no lo pueden saber. [...] y no habían de saber [=creer] las Audiencias que [los Lipes] son pobres, pues no lo son” (Álvarez [1588, n° 738] 1988: 406).

Y respecto del mismo engaño, el Factor de Potosí señala en su *Carta*:

“había en este repartimiento [[de Lipes]] otros mill indios uros, gente pobre que no siembran ni cogen y se sustentan de caza de guanacos y vicuñas, y de pescado y de raíces que hay en ciénagas que llaman coroma; y con éstos se hacen los pobres los cuatro mill indios aymaraes, porque siendo gente rica de ganados de la tierra y que cojen y siembran, y tienen contrataciones y rescates en esta villa de Potosí, Tarapacá y Atacama, y que funden muchos metales que sacan de las minas se excusan de pagar tributo a S[[u]] M[[ajestad]] a título de indios pobres, como los mill uros, que lo son verdaderamente, y podrían pagar muy descansadamente a S[[u]] M[[ajestad]] cada año doce mill pesos ensayados de tasa” (Lozano Machuca [1581] 1965: 60, énfasis mío).

Sin embargo, este testimonio de Lozano Machuca va más allá de la mera denuncia de lo que hoy consideraríamos evasión de capitales y de impuestos, permitiendo situar en Lipes un proceso radicalmente opuesto al que otros autores destacan en otras partes del altiplano surandino. Así, frente a esos procesos de aymarización de los urus comentados más arriba, en Lipes estaríamos asistiendo

a un proceso que bien podríamos nombrar como “urización” de los aymaras, y que, más allá de las asociaciones conceptuales, afectaría al orden colonial desde un plano meramente económico: la tributación.

VI.B.2.- Tanto tienes, tanto debes. Considerando las clasificaciones coloniales desde el tributo indígena.

Hasta aquí he tratado de cómo las fuentes coloniales de fines del siglo XVI clasifican el paisanaje de Lipes en *aymaras* y *urus* aplicando a estas categorías unas connotaciones morales que en buena parte se derivaban de su correspondiente patrón de asentamiento, sus modos de producción, su disposición tributaria y, como abordaré posteriormente (cap. VII.B.), su actitud para con los españoles. Atendiendo a las diferencias culturales destacadas entre los representantes de ambas denominaciones, cabría llegar a pensar que aymaras y urus eran en realidad dos grupos étnicos distintos que compartían, aunque de manera aparentemente excluyente, los espacios de Lipes; idea, por otra parte, que vengo matizando en este trabajo con el aporte de datos de diversa naturaleza (arqueológica, lingüística, etnográfica, semiótica). Sin embargo, en relación con estas clasificaciones coloniales, no habría que olvidar que buena parte de los cronistas, faltos de precisión etnográfica, se refirieron a los indios manejando unos términos que hoy cuesta trabajo aislar como etnónimos, entidades político-territoriales, categorías tributarias, clasificaciones lingüísticas o estratificaciones socioculturales. Sobre este punto incide C. Julien (1987) al señalar que aymara y uru fueron adscripciones empleadas de manera contextual para identificar tanto un grupo étnico como una categoría tributaria, llamando la atención respecto de la influencia negativa que el reordenamiento de los grupos étnicos del altiplano derivado de la mita potosina impuesta por el virrey Toledo ha ejercido sobre los intentos etnohistóricos de reconstruir fronteras y jurisdicciones indígenas (Julien 1987: 54, 55; *cfr.* también Harris 1997). En este sentido, y después de confirmar una notable falta de correlación entre los espacios ocupados por esas gentes que las fuentes etnohistóricas de la segunda mitad del siglo XVI denominan “*uros*”,

las actuales comunidades de indios urus (o uru-chipaya), y el área de dispersión (histórica y actual) de la lengua uruquilla, la autora apuesta por la consideración de “aymaras” y “urus” como clasificaciones coloniales de orden tributario, que anteriormente a la Tasa Toledana ya habían sido utilizadas en la Tasa del virrey Marqués de Cañete (1556) y en la Visita de la provincia de Chucuito efectuada por Garci Díez de San Miguel (1567), en la primera con un carácter general, y en la segunda, de manera semejante a lo ocurrido en Lipes, para diferenciar tipos de indios dentro del grupo lupaca (Julien 1987: 55, 57, 62). Hechas estas observaciones, Julien propone considerar la Tasa Toledana no tanto para intentar recomponer el mosaico étnico del altiplano andino, sino como un indicador de riqueza en términos regionales, que a su vez permite interpretar cómo la concepción de los indios por parte de los españoles fue variando en función de su adaptación a los espacios andinos. Así, esta autora resuelve que la diferenciación entre aymaras y urus resultó operativa mientras los españoles necesitaron ser abastecidos por los indios de productos de primera necesidad -entre los que destaca los provenientes de la agricultura-pesca-ganadería y los tejidos-, cayendo en desuso a medida que el trabajo en las minas fue ganando terreno en el marco de la tributación, dando a entender que de ello terminaría derivando que el indio fuese simplemente eso, *indio* (Julien 1987: 81-84).

Por mi parte, y por lo que a Lipes se refiere, podría estar de acuerdo con esta argumentación si no fuera por tres objeciones que considero fundamentales, las dos primeras de índole étnico-identitaria y la tercera de carácter económico por no decir de mero sentido común:

1. Asumiendo la herencia inca, y aún a pesar de la reformulación de identidades que el nuevo orden colonial pudiera ocasionar, allí donde los españoles fueron capaces de identificar entidades étnico-territoriales de peso, la tendencia fue utilizar el etnónimo como referente de la indiada, ignorando la interdigitación étnica e incluso metiendo dentro de la denominación predominante a quienes, perteneciendo a otro grupo,

también estuvieran asentados en dicho territorio. A partir de la mita toledana, esta (re)identificación étnica sería la clave para la imposición de tributos, en función del número de gentes y los recursos a que tuvieran acceso.

2. Quizás influenciados por eso que J. L. Martínez (1995b) denomina “miradas cuzqueñas” sobre las fronteras bárbaras del Tawantinsuyu, los españoles habrían convertido identificaciones étnicas (según lo visto hasta aquí, *aymaras* y *urus*) en identidades étnicas, si bien es cierto que, como consecuencia directa de la asociación biunívoca topónimo-etnónimo, poco a poco pondrían en marcha diferentes procesos de construcción regional y de etnogénesis. El caso de Lipes y los lipes resulta claro exponente de ello.
3. Efectivamente, los españoles habrían necesitado ser abastecidos de productos de primera necesidad por los indios, no sólo durante las primeras décadas como apunta C. Julien (*vid supra*), sino también después. Pero aunque así fuera, basta fijarse en el detalle de la mayoría de las tasaciones tributarias para entender que no todas las especies tributadas sirvieron para cubrir las necesidades de abrigo y comida de los españoles. De una parte, no olvidemos que por cuestión de gusto y acomodo, los españoles no se adaptaron en igual medida a todos los aspectos de la vida en los Andes, y que en materia de alimentación y, sobre todo, de vestido hubo elementos que nunca adoptaron. De otra, porque generalmente la cantidad de productos de la tierra y tejidos reseñada en las matrículas supera las necesidades de los españoles directamente abastecidos por *sus indios* tributarios, dando ello pie a pensar que los encomenderos derivarían los pagos recibidos en especie hacia otros circuitos económicos a través del intercambio o del comercio.

Como ya presenté al considerar los orígenes de la presencia española en Lipes (cap. V.A.1.), a fines de la década de 1540 Hernán Núñez de Segura y

Francisco de Tapia ya disfrutaban de una encomienda sobre los indios lipés. *Indios lipés*, como identificación étnica, sin que en ninguna de las fuentes consultadas para este trabajo sobre dicha encomienda⁷ se utilice esa distinción entre *aymaras* y *urus* que, cuarenta años más tarde, sí aplicaron Bartolomé Álvarez [1588], Luis Capoche [1585] o Juan Lozano Machuca [1581] al tratar sobre los *indios de Lipés*.

Sobre la tributación de los lipés encomendados a Hernán Núñez de Segura y Francisco de Tapia, la Tasa ejecutada por fray Gerónimo de Loaysa, Fernando de Santillán y fray Domingo de Santo Tomás en 1550 (CNM-AH, Cajas Reales 1, f.56/ 1550) ofrece la siguiente relación:

- “los caciques⁸ y quienes quisieren y pudieren”, 3.000 pesos de a 450 maravedíes en oro o en plata, “1.000 pesos cada cuatro meses en casa de los encomenderos”⁹.
- cada 6 meses, 20 vestidos de abasca¹⁰, mitad de hombre y mitad de mujer, especificándose que la vestimenta femenina irá compuesta de vestido,

⁷ Me refiero a la *Información de méritos y servicios de Núñez de Segura* (AGI, Patronato 95B, R.6/ 1552), a la cédula de Gonzalo Pizarro solicitando que se retire la encomienda a éste (AGI, Charcas 40, N.19/ 1547), y a distintos pleitos sobre la posesión de los indios encomendados (AGI, Justicia 1128, N. 1, R. 2/ 1559) o sobre la titularidad de la encomienda misma (AGI, Justicia 655, N.2, R.2/ 1564; AGI, Patronato 292, N.3, R.2/ 05-02-1569; AGI, Patronato 292, N.3, R.30/ 24-02-1569). A este corpus ha de sumarse la documentación fiscal relativa a esta encomienda o a al pago de tributos por parte de los lipés contenida en los libros de Cajas Reales de Potosí, sobre la que volveré enseguida.

⁸ Entre el conjunto de caciques y principales de los lipés, esta Tasa (f. 56r) identifica a dos: Tocari y don Pedro Coaquiry, sobre quienes esta investigación, a la luz de la documentación manejada, no puede aportar mayor información. En el capítulo VII.A. volveré sobre las autoridades indígenas de los lipés.

⁹ Adviértase cómo esta fórmula implicaba que el transporte y los riesgos corrían por cuenta de los tributarios, un punto de constante discusión durante la Colonia, y que frecuentemente dio lugar a continuas renegociaciones del tributo impuesto. Para este caso concreto, recuerde además el lector que Hernán Núñez de Segura y Francisco de Tapia eran vecinos de La Plata (hoy Sucre), lo cual implicaría organizar un viaje largo y costoso, no exento de riesgos por el camino.

Por otra parte, si son los caciques y principales aquellos encargados de efectuar el pago del tributo, resulta más que evidente que éstos ya se encargarían, independientemente del modelo de recaudación aplicado, de cobrárselo a la comunidad, incluidas, seguramente, sus correspondientes comisiones.

manta, camiseta¹¹, anaco¹² y “*lyquyda*”¹³. Asimismo se incide en que la mitad del vestido del indio y el anaco de la india habrían de ser de dos varas¹⁴ de ancho y otras dos de largo; la camiseta, “*de vara y ochaba*” de largo y “*de dos varas menos ochaba*” de ancho del ruedo¹⁵; la “*lyquyda*”, “*de vara y tercia*” el largo y una vara de ancho. Todo ello, “*en casa de los encomenderos*”.

- cada 6 meses, 2 frazadas (mantas) “*del tamaño que las soleis dar*”¹⁶ y 3 mantas para caballos, 3 mandiles y 15 costales con sus sogas, todo de lana. Asimismo, 2 arrobas¹⁷ de lana. “*En casa de los encomenderos*”.
- cada 6 meses, 25 ovejas¹⁸, “*y dando machos no se os pedirán hembras por que puedan criar*”. Y en cada una de las tres Pascuas del año

¹⁰ *Tejido de abasca*: tejido de baja calidad, tosco, barato, en contraposición al *cumpi*, tejido de gran calidad, generalmente reservado a las elites.

¹¹ *Camiseta*: Camisa corta, de forma trapezoidal, con las mangas cortas y anchas, tanto para hombre como para mujer, a diferencia del *uncu*, camisa larga hasta las rodillas, cuadrada, sin mangas, reservada al hombre.

¹² *Anaco*: Vestido rectangular hasta los tobillos, ceñido a la cintura con una faja.

¹³ Desconozco a qué tipo de prenda puedan estar refiriéndose los autores de esta Tasa con el término “*lyquyda*”. Dado que resulta asociada el vestuario femenino, ¿podría ser quizás la *lliclla*, mantilla que las mujeres utilizaban sobre los hombros y sujeta con un alfiler o *tupu* de plata?

¹⁴ *Vara*: medida de longitud variable según regiones, entre 76,8-91,2 cm., fijado el estándar más habitual en 83 cm.

¹⁵ *Ruedo*: refuerzo o forro con que se guarnecen interiormente por la parte inferior los vestidos talaros (los que llegan a los talones).

¹⁶ El uso de esta fórmula “*del tamaño que las soleis dar*”, aquí ligada a mantas, y más adelante a bolsas de *llimpi*, podría llevar a pensar que los indios ya estaban entregando estos productos a los españoles con anterioridad a esta Tasa de 1550, pues no olvidemos que la encomienda de los lipes a Hernán Núñez de Segura y Francisco de Tapia data de mediados de la década anterior. Sin embargo, también podríamos considerar que se está haciendo alusión a un tipo de tributo en especie mantenido desde época prehispánica, opción por la que personalmente me inclino, ya fuera entregado por los indios a sus caciques y principales o por los lipes a los incas.

¹⁷ *Arroba*: medida de peso equivalente a 11,502 Kg.

¹⁸ Estas *ovejas*, ¿son ovejas propiamente dichas o son llamas? Lo evidente, y más por la fecha tan temprana, es que se trate de camélidos -aunque con el tiempo se pudiera llegar a constituir una cabaña ovina en la región-, siendo frecuente en la documentación de los primeros tiempos nombrar a la llama (*Lama glama*) como “carnero de la tierra” u “oveja de la tierra”, según fuera macho o hembra, aunque en realidad su uso resultara más bien arbitrario. En función de esta arbitrariedad se suaviza la posible contradicción en que la Tasa estaría incurriendo al referirse a “ovejas” (llamas hembra), por especificar que “*no se os pedirán hembras para que puedan criar*”.

(Navidad, Resurrección, Pentecostés), 1 oveja. “*En casa de los encomenderos*”.

- cada 6 meses, 2 arrobas de sebo y 4 cantarillos de manteca de oveja¹⁹. “*En casa de los encomenderos*”.
- cada 6 meses, 30 bolsillas de limpi²⁰, “*del tamaño que las soleis dar*”. “*En la Villa de La Plata*²¹ o en Potosí”.
- cada 6 meses, 10 cargas de sal. “*En vuestras tierras*”.

En su conjunto, prescribe esta Tasa una serie de tributos en especie eminentemente agropecuarios y textiles, además de sal, a través de algunos de los cuales es posible intuir el grado de aculturación de los lipes en este momento. Sin embargo, llama la atención el requerimiento de “*bolsillas de limpi*”, esto es, “colores”. En su vocabulario de quechua, Diego González Holguín ([1608] 1989: 213) asocia el término *llimpi* o *llimppi* a los lacres utilizados en pintura, especialmente a los empleados en la decoración de vasos kero, y al color bermellón, alusiones que bien podrían vincularse con la descripción que Juan de

¹⁹ Advierta aquí el lector el grado de aculturación impuesto ya a los lipes. En tanto que el *sebo* es la grasa sólida y dura de los herbívoros, con la que, previamente derretida, se fabrican velas, jabones y otros productos, no habría por qué dudar a priori de que se tratase de sebo de llama (*untu*); un producto indígena, sin embargo, y como ocurre con la lana (*vid supra*), al que se aplica una unidad de medida española, la arroba. Diferente es el caso de la *manteca de oveja*, que quizás contribuya a resolver la duda planteada en la nota 18 acerca de si las ovejas a tributar son “de la tierra” (= llamas) o “de Castilla”.

Tal como recogen tanto el *Tesoro de la lengua castellana o española* de Covarrubias [1610] como los diccionarios actuales, por manteca se entiende, amén de la grasa del cerdo - quizás su acepción más habitual-, el producto obtenido por el batido, amasado y posterior maduración de la crema de leche, también llamada mantequilla o mantecada. En este sentido, sabiendo que la leche de llama no es aprovechable por el consumo humano, queda claro que los lipes tenían “ovejas de Castilla” (*Ovis aries*), aunque ello no sería óbice para que tributasen asimismo ganado de la tierra, tal y como he resuelto con anterioridad.

Además de las aplicaciones industriales del *sebo* y de los usos culinarios de la *manteca*, cabe destacar que ambos productos fueron empleados tradicionalmente como engrasantes, impermeabilizantes y anticorrosivos, usos importantes pensando, por ejemplo, en el mantenimiento de distintos aparejos. Por otra parte, tampoco habría que olvidarse de la concepción popular de la grasa (también llamada *unto*), lo mismo en el mundo peninsular que en América, y sus aplicaciones en medicina y farmacopea, como también en hechicería.

²⁰ *Limpi*: del quechua *llimpi*, color, y más específicamente, color bermellón.

²¹ Recuerdese que es en la Villa de La Plata (hoy Sucre) donde están avecindados los encomenderos, Hernán Núñez de Segura y Francisco de Tapia.

Betanzos ([1551, cap. XXXVI] 1987: 164) hace del territorio de Lipes y del tributo impuesto por Tupac Inca Yupanqui a los indios que lo poblaban. En relación con los colores, apunta el cronista español que los indios tenían “*minas de muchos colores muy finas para pintar*”, y que el Inca ordenó que le tributasen de ellos. Al tratar del territorio de Lipes durante el Período Inca (cap. IV.B.), ya comenté cómo M. E. Gentile (1991-92: 100-101) interpreta estas “minas de colores” como “tierras de colores” que, en tanto que “*muy finas para pintar*”, estarían especialmente indicadas para la alfarería. Por mi parte, ya manifesté entonces mi desacuerdo con esta idea, amparándome en que las etimologías posibles para el topónimo Lipes (cap. II.A.1.) no hacen alusión a tierras (barros, arcillas) de colores -por más que algunos paisajes desérticos de Sur Lípez sí presenten una extremada riqueza cromática-, y mi inclinación a considerar los “colores” reseñados por Betanzos como minerales que pudieran destinarse a la obtención de pigmentos. Por otra parte, y aún ignorando su tamaño específico, parece más lógico interpretar las “*bolsillas de limpi*” entregadas por los lipes a sus encomenderos como unidades de medida de pigmentos (¿en polvo o en mineral en bruto?) y no tanto de arcillas para la alfarería. En este sentido, no cabe duda alguna de que el tributo impuesto por los españoles mantuvo estándares prehispánicos.

Por otra parte, no habría que perder de vista la mención que hace J. V. Murra (1980: 110) del *llimpi* como *ychima*, un tinte rojo subproducto del beneficio del azogue. Teniendo en cuenta la importancia del azogue en el beneficio del mineral de plata, y el hecho de que hasta descubrirse las minas de Huancavelica (1564) los españoles se veían obligados a importarlo de la metrópoli, resultaría francamente interesante la opción de que los lipes estuvieran tributando “azogue”. Sin embargo, tampoco me atrevo a considerarlo del todo factible 1) porque para estas fechas todavía no han empezado a explotarse las minas de plata de Lipes, y 2) porque aún pensando en términos macro-regionales, y suponiendo que este “azogue” acabase en Potosí, no alcanzo a vislumbrar la

repercusión económica de un producto tributado a pequeña escala. En cualquier caso, sobre estos “colores” y sobre el azogue volveré al tratar de la riqueza geominera de Lipes (cap. IX.A.).

Volviendo a la Tasa de 1550 (f. 56v), en lo relativo al servicio personal de los indios, se señala:

- en caso de que el encomendero fuera a las tierras de los indios, le darían todo el tiempo 8 indios e indias de servicio ordinario (¿8 indios y 8 indias, u 8 en total?) y 6 indios para ayuda de la guarda de los ganados de los encomenderos.
- en caso de que los encomenderos, “*con su ganado*”, quisieran conducir “*comida*” a Potosí o a Porco, “*los d[ic]ho^s cacique e indios*”, darían, 2 veces al año, 20 indios “*para que ayuden a cargar y descargar e guardar al d[ic]ho ganado*”. Asimismo la Tasa especifica qué indios se extraerían “*de los tambos de Cotagayta o delos chichas encomendado a fernando pizarro o desde Puna*”, y recuerda a los encomenderos que no podrán ocuparlos en cualquier otra actividad y que tendrán que proveerles de la comida para los caminos de ida y de vuelta.

Resulta especialmente significativo en este punto el hecho de que estos lipes encomendados a Hernán Núñez de Segura y a Francisco de Tapia estén obligados a proveer a sus encomenderos de indios de servicio provenientes de los tambos de Cotagaita, el territorio de Chichas o Puna, pues en realidad estos enclaves estarían más allá del territorio de Lipes. Así por ejemplo, el tambo de Cotagaita serviría de germen para la fundación en 1570 del pueblo de Santiago de Cotagaita, actualmente en la provincia de Nor Chichas (Potosí), al oriente de Lipes, traspasando la Cordillera de Chichas. Bien es cierto que en materia de minas, durante el siglo XVII, las demarcaciones de Lipes y Chichas estuvieron

estrechamente relacionadas²², pero lo llamativo del caso es que, a juzgar por esta Tasa de 1550, hubiera lipes vinculados a unos tambos encomendados a Fernando Pizarro pero obligados a asistir a los encomenderos Hernán Núñez de Segura y Francisco de Tapia. Por otro lado, caso de tratarse del mismo topónimo, mucho más lejos aún quedaría el tambo de Puna, población ubicada hoy en la provincia José M^a Linares (Potosí), bien al noreste de Lipes, en la confluencia de las cordilleras de Los Frailes y de Chichas. ¿Quiere esto decir que ya para esta fecha tan temprana los españoles están reconociendo indios lipes asentados fuera de Lipes, y a los que además están imponiendo tributo conjuntamente con sus comunidades? Francamente me parece demasiado pronto para que los españoles hubiesen alcanzado semejante conocimiento de los mecanismos de interdigitación étnica, aunque volveré sobre este aspecto más adelante al hablar de “los otros indios de Lipes”.

Considerando entonces los tributos impuestos en esta Tasa de 1550 sobre los indios lipes que tuvieron en encomienda Hernán Núñez de Segura y Francisco de Tapia, cuesta trabajo aceptar la teoría de C. Julien (1984, *vid supra*) respecto de que el tributo indígena durante el siglo XVI sirviese exclusivamente para cubrir las necesidades de comida y abrigo de los españoles. Ciertamente, ése podría ser el caso en lo tocante al sustento del cura o fraile doctrinero, pero ¿para qué iban a querer los encomenderos, que además, recordémoslo, viven en una villa de españoles fuera del término de su encomienda, semejante cantidad de productos agropecuarios y textiles?

En época prehispánica, el tributo en tejidos era en realidad otra manera de tributar “en trabajo”, ya que los señores entregaban la lana y los tributarios

²² Recuerde el lector que en el capítulo V.B.2. presenté documentación diversa del siglo XVII relativa a asuntos de minas en la que se pone de manifiesto cómo ciertos particulares trataron de redefinir las demarcaciones de Lipes y Chichas en su propio beneficio, o incluso de presentar unidas ambas provincias cuando en realidad nunca lo estuvieron. Sobre ello volveré al considerar el trabajo de los lipes en el mineral surandino (cap. IX.C.).

ponían su trabajo²³. De dónde proviniese la materia prima entregada a los campesinos, ya es otro problema, aunque no habría que perder de vista que los Incas trataron de formular una ideología según la cual todo el ganado lanar era propiedad del Estado y todo intercambio una función estatal (Murra 1980: 114). Después, esos mismos tejidos tributados (o parte de ellos) acabarían siendo “devueltos” a los indios por medio de los canales habituales de redistribución y recompensa de acuerdo con el orden sociopolítico establecido. Empero durante la Colonia los indios van a tener que poner de su parte la materia prima y el trabajo, porque los españoles exigen tejidos, no transformar lana en tejido como se hacía antes. Con este procedimiento, los indios van a disponer de menos materia prima para su uso propio, y por ende de menos textiles, situación que será arreglada por los encomenderos, que *generosamente* les proveerán tanto de lana como de tejidos. De acuerdo con el estudio del tributo en Charcas durante la época del virrey Toledo (1569-81) hecho por T. Bouysse-Cassagne (1976: 101), las ropas tejidas por los indios con lana de sus propios rebaños estaría valorada a dos pesos y medio la pieza, mientras que la confeccionada con lana entregada por los encomenderos tendría un valor estimado en la mitad que la otra; así, resuelve esta autora, trabajo y materia prima tendrían el mismo valor monetario. Asimismo esta apreciación demuestra dos realidades en clara oposición con lo planteado por C. Julien (1984, *vid supra*):

1. que los encomenderos emplearían el tributo en especie recibido no tanto para cubrir sus necesidades de abrigo y alimentación, sino para acceder a unos circuitos económicos de redistribución e intercambio ahora reinterpretados desde el nuevo sistema monetario.
2. que con ello, el tributo colonial mantuvo vigentes prácticas del tributo prehispánico, reservándose los encomenderos el papel de intermediarios que antes ocupaban los curacas, o compartiéndolo con éstos.

²³ Para un análisis de la dimensión económica de los textiles en época inca, remito al lector al trabajo de J. V. Murra (1980: 107-130), donde encontrará una explicación pormenorizada de este tipo de tributo en trabajo, del acopio de textiles por parte del Estado y de los mecanismos de su posterior redistribución.

Al mismo tiempo, fijémonos en que los indios también tributan mantas, costales, sogas, tejidos todos ellos relacionados con el transporte, de manera que los españoles, a través de estos tributos están entrando en relación con las caravanas de llamas, accediendo así no sólo a los circuitos de intercambio indígena sino también al abastecimiento de los mercados potosinos. No perdamos de vista sobre este particular del dato señalado en la Tasa de 1550 respecto de que si los encomenderos quisieran transportar mercadería (“*comida*”) a Potosí o a Porco “*con sus ganados*”, los lipes estarían obligados a asistirles con un número establecido de indios de servicio, dos veces al año (*vid supra*), indicativo claro de que, efectivamente, Hernán Núñez de Segura y Francisco de Tapia participaban, directa o indirectamente, en y del tráfico caravanero.

Dejando atrás este detalle acerca del tributo pagado por los lipes encomendados a Hernán Núñez de Segura y Francisco de Tapia, y para regresar sobre la idea fundamental de este capítulo acerca de las clasificaciones coloniales, lo que sí quisiera resaltar es la paradoja existente en la documentación colonial de la segunda mitad del siglo XVI respecto de considerar a los habitantes de Lipes primero como *indios lipes*, de manera homogénea, para discriminarlos posteriormente en *aymaras* y *urus*. Bien podría pensarse que dado que la Tasa de Loaysa, Santillán y Santo Tomás (1550) corresponde a fecha tan temprana, los españoles están aplicando a rajatabla esa asociación biunívoca topónimo-etnónimo tantas veces comentada en este trabajo. Así, a medida que aumentara el control sobre el territorio de Lipes y se fuera precisando el conocimiento de sus habitantes, iría matizándose su consideración desde el punto de vista tributario, razón por la cual los autores de la década de 1580 puntualizan que los lipes, o los indios de Lipes, son tantos *aymaras* y tantos *urus*, considerando estas denominaciones como categorías tributarias (*sensu* Bouysse-Cassagne 1975, 1976; Julien 1984). Sin embargo, de ser así lo lógico sería esperar encontrar esta distinción en los libros de registro de la Real Hacienda en

Potosí correspondientes al final de siglo, cuando en realidad para todo el período simplemente aparece recogida en éstos la entrada “Lipes” como un todo tributario étnico-territorial. Del mismo modo, también es cierto que en estos registros sólo se anota el tributo en dinero, sin que a partir de tales referencias podamos saber de qué manera se ha juntado dicha cantidad. Un tributo en dinero, por otra parte, que según la Provisión hecha en 1560 sobre el repartimiento de Lipes por Antonio de Hozmayo, corregidor de justicia mayor de La Plata, sería el único a cobrar a los indios a partir de ese momento:

“Primeramente dareis cada un año que corre y se cuenta desde [el] p[ri]m[er]o día del mes de henero principio deste año de sesenta dos mill p[es]°s ensayados pagados por los tercios del [año]; y no dareis otra cosa ni s[er]uy[ci]° personal” (CNM-AH, Cajas Reales 1, f. 59r/ 1560).

Dos mil pesos de renta anuales, recordémoslo (*vid* cap. V.A.1.), que son por los que Hernán Núñez de Segura y Alonso Palomares pleiteaban en 1559 (AGI, Justicia 1128, N. 1, R. 2/1559).

Con veinticinco años de diferencia, Luis Capoche sigue señalando esta cantidad como tasa a pagar por unos lipes que ya está discriminando en aymaras y urus, y de los que apunta que *“nunca han sido visitados ni reducidos”*:

“ Son estos pueblos de la corona real y pagan tasa, y creo que son dos mil pesos ensayados, sin estar empadronados ni saber qué indios hay de tasa ni la que pueden pagar” (Capoche [1585, f. 44r] 1959: 127).

No menciona nada más Capoche acerca del tributo de los lipes, a diferencia de sus coetáneos, Juan Lozano Machuca [1581] y Bartolomé Álvarez [1588], que consideran que, precisamente por no haber sido visitados, no estar tasados, y no haber un censo fiable de ellos, la Corona está, por así decirlo, perdiendo dinero en Lipes. A esta observación, añaden además estos dos autores una percepción muy negativa del carácter de los indios, a los que consideran

mentirosos y tramposos. Así, citando los informes de Tomás de Ibarra, Lozano Machuca ([1581] 1965: 59) señala que *“habiendo ido allá, entendió que los indios eran muy ricos y que podían pagar a S[[u]] M[[ajestad]] mucha más tasa”*. Pero además, en su descripción de los indios aymaras de Lipes, el Factor de Potosí denuncia cómo éstos se hacen los pobres tratando de pasar por uros para esquivar el tributo:

“y con éstos [[uros]] se hacen los pobres los cuatro mill indios aymaraes, porque siendo gente rica de ganados de la tierra y que cogen y siembran, y contrataciones y rescates en esta villa de Potosí, Tarapacá y Atacama, y que funden muchos metales que sacan de las minas, se excusan de pagar tributo a S[[u]] M[[ajestad]] a título de pobres, como los mill indios uros, que lo son verdaderamente, y podrían pagar muy descansadamente a S[[u]] M[[ajestad]] cada un año doce mill pesos ensayados de tasa.” (Lozano Machuca [1581] 1965: 60).

Tal y como refleja una carta del virrey Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete (1556-61), a los oficiales de Real Hacienda de la provincia de Charcas fechada en Lima a 4 de julio de 1559 y copiada en los libros de registro de la Real Hacienda de Potosí a 1 de septiembre de ese mismo año, esta artimaña de hacerse pasar por urus para evadir el pago de tributos ya había sido utilizada por los lipes con anterioridad. Así, haciendo mención de una información hecha en Potosí a 17 de noviembre de 1558 ante Hernán Pérez Hidalgo, teniente de justicia mayor, el virrey Marqués de Cañete expone:

“parece ser que los d[ic]hos yndios lipis se agrauian diciendo que a causa de ser ellos vros y no tener en su tierra mas que quinoa y sal y algunas papas que vale poca cosa – y estar cinquenta y tres leguas del asiento de potosi – por lo qual en ninguna manera avian podido cumplir con los tributos que hasta agora han estado tasados – y deben mucha cantidad dellos – y por ellos han estado y estan p[r]°sos en la carcel pu[bli]°ca los caciques y principales padeciendo muchas necesidades y

trauajos y algunos dellos se an muerto. y me fue pedido y suplicado que atento lo Susod[ic]ho les hiziese m[e]r[ce]d de Remitir los d[ic]hos tributos Reçagados que ansi deven hasta agora e que en ningun tiempo les fuesen pedidos ni cobrados dellos ni de sus subçesores pues si se pusiesen en cobrallos dellos seria cavsa que ellos se desnaturisen de sus tierras y se fuesen perdidos a otras partes” (CNM-AH, Cajas Reales 1, f. 58r/ 1559).

Fuese verdad o no lo aducido en este caso por los indios, lo cierto es que los tributos rezagados sumaban en este momento casi once mil pesos de “*plata ensayada y marcada*” y una elevada cantidad de productos agropecuarios y textiles²⁴, razón por la que tal vez en 1560 Antonio de Hozmayo revisó la tasa de los lipes y se eliminó el tributo en especie (*vid supra*).

Llevado por su espíritu hipercrítico y por el mal concepto que de los indios en general adquirió durante su etapa de cura doctrinero, también Bartolomé Álvarez llama la atención acerca de que los lipes están haciéndose pasar por pobres para no pagar sus tasas:

“Tienen estos indios Lipes mucho ganado escondido entre sierras, donde los españoles no lo pueden saber. [...] y, como en nada se hace justicia, quien lo sabe no lo habla porque es [=sería] hablar en balde. Por lo que conviene a henchir a la Casa Real²⁵, se había de saber esto; y no lo

²⁴ De acuerdo con el registro de la Real Hacienda de Potosí, los lipes deberían, a fecha de 15 de marzo de 1559, los siguientes tributos: 10.946 pesos y 5 tomines en plata ensayada y marcada; 116 piezas de ropa de abasca de hombre y mujer; 8 frazadas y 23 mantas para caballos; 33 mandiles y 112 costales de lana con sus sogas; 205 cabezas de ganado; 24 arrobas de lana; 24 arrobas de sebo; 48 cantarillos de manteca; 250 bolsillas de *limpi*; 74 cargas de sal (CNM-AH, Cajas Reales 1, f. 58r/ 1559).

²⁵ Leen los editores de Álvarez “Casa Real” y matizan en nota al pie “Por el interés de la Hacienda del Rey” (*in* Álvarez [1588] 1988: 406 nota 804), cuando quizás lo más correcto fuese “Caja Real”, quizás incluso escrito como *caxa* en el original. En cualquier caso, la alusión remite a la Hacienda Real, que el autor -a causa de lo que en todo su Memorial denuncia como mala gestión por parte de la Administración colonial- está considerando aquí desinformada del alcance real de las riquezas de Lipes y del potencial tributario de los indios que allí habitan.

habían de saber [=creer] las Audiencias que [los Lipes] son pobres, pues no lo son: que -si quisiesen descubrir sus minas y laborarlas- podían tener [a] todos los españoles por sus esclavos, si su sangre lo pudiere llevar.” (Álvarez [1588, nº 738] 1998: 406).

No quisiera adelantarme en el análisis de las relaciones hispano-indígenas en Lipes a partir de la consideración que distintos autores coloniales expresaron acerca de la naturaleza de los indios (cap. VII.B.), más bien, consideraré estos testimonios como una muestra de ese “proceso de urización” experimentado en Lipes durante la segunda mitad del siglo XVI, y que ya planteé páginas atrás (cap. VI.B.1.). En este sentido, insistiré en ello una vez más, las categorías “aymara” y “uru”, por más que pudieran tener una dimensión tributaria, proyectan claramente una visión del otro cargada de contenido ético. Así, indios *aimaraes* que practican la agricultura y la ganadería, la fundición de metales y el tráfico de mercaderías, se hacen pasar por *uros*, que malviven de la caza-pesca-recolección; *aymaraes* “ricos” se hacen pasar por *uros* “pobres”; *aymaraes* “civilizados” se hacen pasar por *uros* “salvajes”; y como resultado de este proceso encadenado de “urización”, los lipes en su conjunto son vistos por los españoles como mentirosos, tramposos y estafadores, en suma, como indios desacatados. Pero todo a su debido tiempo.

Quizás el caso más destacable de esta “urización” de los lipes sea el que Juan Lozano Machuca presenta como causa de que los lipes fueran excluidos de la Visita General del virrey Toledo (1570-1575) y su consecuente Tasa, y por ende, de la mita minera potosina. Según el Factor de Potosí,

“Parece que al tiempo que se hizo la visita general por el señor don Francisco de Toledo, no se visitaron ni redujeron estos indios lipes, por tener fama de tierra pobre y cercanos a los de guerra, y porque dos caciques dellos se presentaron en esta villa [[de Potosí]] ante el señor don Francisco de Toledo, haciéndole presente de unas plumas de

avestruces y unas camisetas de unos animalejos terrestres que llaman chinchillas y significándole ser gente tan pobre, que no alcanzaban sino aquello que le presentaban; y así el día de hoy traen por refrán los dichos indios, que ‘dos indios engañaron a un visorrey’.” (Lozano Machuca [1581] 1965: 61).

En realidad, Lozano Machuca conocía la verdadera razón de que los lipes no fueran visitados ni incluidos en la tasación toledana; la menciona de pasada en su *Carta*, pero de cara a sus intereses particulares, este supuesto episodio anecdótico tiene más interés, pues presenta a los indios como unos tramposos que se hacen pasar por pobres engañando incluso al Virrey, que están defraudando a la Real Hacienda y que por ello necesitan ser, por así decirlo, metidos en cintura. Vayamos por partes.

A partir de la Visita General del virrey Toledo serían sometidas a tasación 16 provincias y 119 pueblos: las provincias de Porco, Chayanta, Cochabamaba, Paria, Chicas y Tarija, Carangas, Sicasica, Pacajes, Omasuyos, Paucarcolla, Chucuito, Cabana y Cabanillas, Asángaro y Asillo, Canas y Canchi, Quipiscanchis. Así mismo, quedaron exoneradas de contribuir a la mita con elemento humano la Villa Imperial de Potosí, las ciudades de San Felipe de Austria de Oruro, Cuzco, La Paz, Santa Cruz de la Sierra y La Plata (hoy Sucre), los altos de Arica, las provincias de Paucartambo, Carabaya, Arequipa, Lipes, Atacama, Pilaya y Pasapaya, Yamparáes, Tomina, Mizque, los yungas de Larecaja, Mojos y Chiquitos, Paria. Como señala A. Crespo (1955: 5), resulta difícil adivinar el criterio que primó para segregar a provincias tan próximas a Potosí como pueda ser Lipes, y sí incluir por el contrario provincias lejanas al norte del lago Titicaca²⁶. Sin embargo, para el caso que nos ocupa es el propio

²⁶ En ningún caso es mi intención acometer aquí un análisis detallado de los pormenores de la Visita General toledana ni del funcionamiento de la mita minera potosina, para lo cual remito al lector interesado a la extensa bibliografía existente (v.gr. Abecia 1988; Backwell 1989; Bouysse-Cassagne 1976; Cook 1975; Colajanni 2004; Crespo 1955; González 2000).

virrey Toledo quien aporta la explicación: una cuestión geopolítica, pues en un informe al Rey acerca del curso y estado de su Visita General, comenta:

“las [[visitas]] de atacama frontera de chile hasta asentar estos yndios de guerra chiriguanas no se ha podido hazer porque con la visita no se me huyesen los yndios de paz con los chiriguanas y dexasen de pagar el tributo los lipes y de atacama que son de vuestra majestad.” (Toledo [1573, nº 22] 1924: 240).

En realidad esta resolución era conocida por Lozano Machuca, que en su *Carta*, aunque de pasada, menciona:

“se decía que [[los lipes]] eran indios belicosos y que estaban cerca de los de guerra y no se sufría apretallos, porque no se alzasen”,

para a renglón seguido apuntar:

“Tomás de Ibarra²⁷ se ofresció a ir [...]]; y habiendo ido allá, entendió que los indios eran muy ricos y que podían pagar a S[[u]] M[[ajestad]] mucha más tasa, y que no eran belicosos como se decía, sino muy al contrario.” (Lozano Machuca ([1581] 1965: 59).

Fijémonos que en ningún momento Francisco de Toledo había dicho que los lipes fuesen “*indios belicosos*”, sino todo lo contrario, pero que dado que su territorio quedaba ubicado en la conflictiva frontera meridional de Charcas, mejor sería no apretar el tributo a los de Lipos y Atacama no fuera a ser que, mal influenciados por sus vecinos, se sumaran al clima de hostilidad imperante en la región. Sin embargo, Lozano Machuca tergiversa las recomendaciones del virrey Toledo “demostrando” que en absoluto son los lipos unos *indios de guerra*, aunque sí reconoce su proximidad a otros que efectivamente lo son, omaguacas y casabindos, así como que entre los lipos y éstos existen unos *indios cimarrones*,

²⁷ Según informa el propio Lozano Machuca, Tomás de Ibarra es alguacil de la Real Hacienda en Potosí, siendo a partir de los noticias de éste que el Factor de Potosí envió a recabar más información sobre el territorio y los indios de Lipos a Pedro de Sande, como quedó dicho en su momento (*vid* cap. I.B.1.).

de los cuales dice que “*están neutrales, que no son ni de paz ni de guerra*” (Lozano Machuca [1581] 1965: 61). Por consiguiente, insiste el Factor de Potosí en que los lipes son *indios de paz*, y por tanto susceptibles de ser reducidos y tasados convenientemente, que a fin de cuentas es para lo que él mismo se estaba ofreciendo a la Corona. Y es por ello que Lozano Machuca necesita presentarlos ante el nuevo Virrey, Martín Henríquez de Almansa (1581-83), como tramposos, para lo cual refiere ese supuesto engaño de los caciques al virrey Toledo; un engaño en cuyo relato destacan el papel de los caciques y el tipo de “presentes” que éstos entregan para hacer constar la pobreza de los lipes. Pasemos a examinar cada uno de los puntos.

Como ampliaré en su momento (cap. VII.A.), en la convergencia entre la Administración española y los señoríos indígenas de cara a la reorganización del altiplano, los curacas, amparados por la legislación colonial, jugaron un papel destacado, impulsado éste por la Junta Magna de 1568²⁸. Así por ejemplo, era común que el número de mitayos a entregar por cada comunidad lo resolvieran entre el virrey Toledo y las autoridades locales (González 2000: 38-39; Ramos 1986: 29; Saignes 1987: 142-143), por lo que podría plantearse la mita toledana como una suerte de pacto entre la Corona y los señoríos indígenas; un pacto en el que los poderosos dirimían asuntos de poder sociopolítico, económico y territorial. Por tanto, resulta normal en esta tesitura que sean dos caciques los encargados de despachar con el virrey Toledo las cuestiones relativas a la tasación de los lipes. Su concurrencia en pareja podría vincularse con ese principio de organización dual tan propio de la cultura andina, pero teniendo en cuenta la discriminación que entre los lipes establecen los autores coloniales de fines del siglo XVI al referirse a ellos como *aymaras* y *urus*, por qué no pensar que se trata de un curaca en representación de cada parcialidad. Así, si los unos

²⁸ Acerca del papel de los curacas en el mundo indígena colonial, *cfr.* los trabajos de C. S. Assadourian (1987), S. Rivera (1978), T. Saignes (1987a) o K. Spalding (1974). Para este dato del impulso dado por la Junta Magna de 1568 a las autoridades indígenas remito al estudio de D. Ramos (1986: 29 y ss) sobre esta junta en relación con la crisis indiana.

se hacen pasar por los otros para esquivar el pago de tributos (*vid supra*), la presencia de dos curacas conchabados entre sí estaría reforzando esa pretendida imagen total de los lipes como indios pobres y a la vez mentirosos y tramposos. Ahora bien, la pobreza de los indios, ¿es material o moral? Y si fuera moral, ¿no implicaría ello que unos indios mezquinos han de ser en consecuencia pobres?

Según lo relatado por Lozano Machuca ([1581] 1965: 61, *vid supra*), son plumas de suri (*Rhea americanis*, avestruz sudamericana) y prendas de vestir de chinchilla lo que estos dos personajes presentan ante el virrey Toledo como muestra de los productos propios de su tierra. Para unos españoles ávidos de metales preciosos y riquezas es de suponer que ambos productos no representarían una muestra especialmente tentadora, pero ¿qué valor tendrían para los indios?

De acuerdo con T. Bouysse-Cassagne (1997), pensemos en las plumas como un bien de prestigio y un signo de poder, ornato fundamental para las elites, parte fundamental de ciertos ritos, regalos especiales para militares destacados en campaña, etc. Pero al mismo tiempo, son plumas lo que visten los salvajes que habitan en las fronteras amazónicas del Tawantinsuyu y los bárbaros de la Puna Salada, aspecto que el pensamiento aymara/cuzqueño vincula con gente pobre y belicosa (Martínez 1995b). Desde esta misma óptica, al habitar las punas salvajes, el suri sería igualmente un animal salvaje, y sus plumas, indicativo de salvajismo/barbarie. En esta línea habría de entenderse la referencia de Juan de Betanzos ([1551, cap. XXXVI] 1987: 164) acerca de que en tiempos de Tupac Inca Yupanqui era Lipes una tierra de “*muchas avestruces*”, como un indicativo más de la condición de “*gente muy ruin*” que se proyecta sobre sus habitantes.

En cuanto a las “*camisetas hechas de unos animalejos que llaman chinchillas*” citadas como segundo presente entregado al Virrey, la interpretación

simbólica resulta más compleja. Si para los incas los salvajes vestían con plumas, dentro de las representaciones de alteridad propias de los españoles, los salvajes vestían con pieles de animales (*cfr.* Bartra 1996, 1997). Lozano Machuca marca la bajeza de estas prendas de vestir indicando que su materia prima proviene de “*animalejos*”, de sabandijas, y uno se imagina que estas camisetas tal vez estuvieran hechas con pieles cosidas. Sin embargo, si en vez de pensar que tales camisetas estaban hechas con la piel pensáramos que estaban confeccionadas con pelo tejido, el valor de la prenda de vestir variaría notablemente, no sólo por su dificultad técnica, sino quizás también por su dimensión simbólica. En términos de atributos de las elites, ¿acaso podrían equipararse estas “camisetas de chinchilla” a las confeccionadas con pelo de vicuña, o a las tejidas para el Inca con pelo de murciélago? Sea como fuere, lo más probable es que los españoles no supieran apreciar su valor, víctimas de eso que J. Szeminski (1997) considera una incompreensión de los códigos culturales de significación económica.

Sabemos por el propio Francisco de Toledo que la exclusión de los lipes de su Tasa y su exoneración de la mita minera potosina obedeció realmente a otros motivos. Desconocemos si el supuesto encuentro entre los dos caciques y el Virrey llegó a producirse, lo cual pudo ser factible, aunque lo significativo es que Juan Lozano Machuca lo utiliza con la intención de redondear su presentación de los lipes como indios desacatados y tramposos. Ahora bien, en el supuesto de que hubiera sucedido tal y como lo presenta el Factor de Potosí, que los indios hubiesen obrado con premeditación y alevosía en el engaño, ¿acaso todas las comunidades no intentaban artimañas similares tratando de esquivar el pago de tributos y buscando sacar partido de los reajustes derivados del cambio de orden colonial? ¿Tanto diferiría esto de lo que seguramente harían durante la dominación inca? Y si de visiones del otro y clasificaciones coloniales venimos hablando, ¿por qué no iban los lipes a intentar sacar partido de esa condición de bárbaros, pobres y ruines que les otorgaron los incas y que los españoles parecían mantenerles? Evidentemente son éstas preguntas retóricas.

VI.C.- LOS OTROS INDIOS DE LIPES. EN TORNO A LAS IDENTIDADES INTERDIGITADAS.

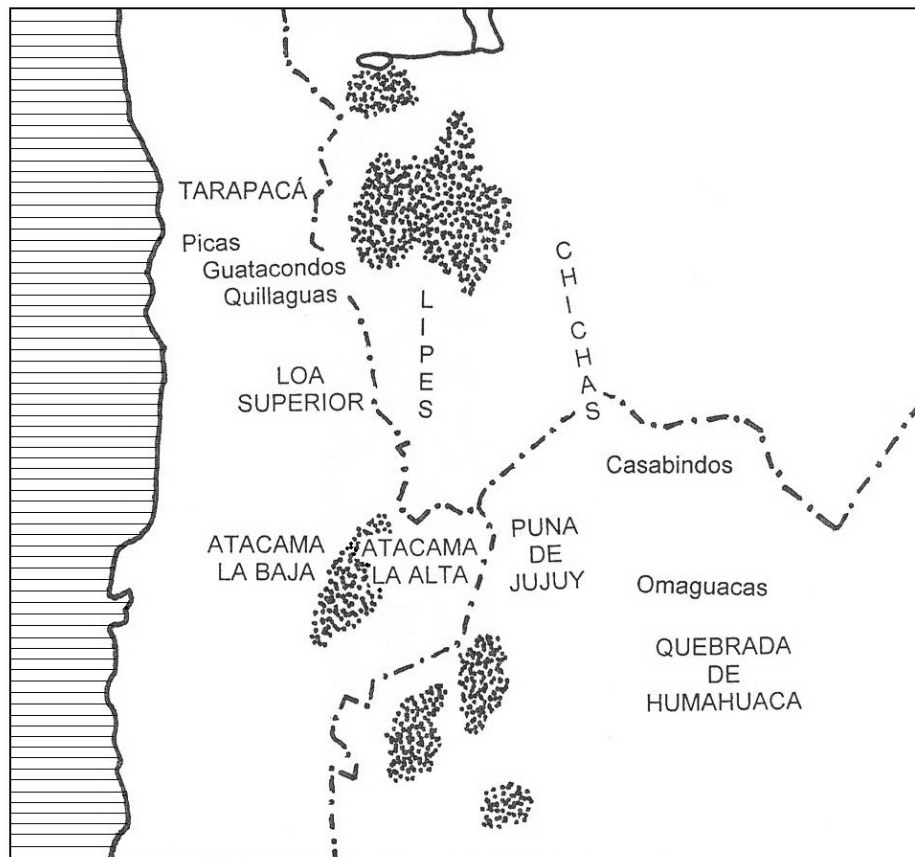
Recordará el lector cómo al ubicar el territorio de Lipes de acuerdo con los principios de la geografía relacional (cap. II.B.2.) anoté las referencias dadas por Juan Lozano Machuca ([1581] 1965: 61) respecto de su distancia de 40 leguas a “*la tierra de guerra de los omaguacas*” y de 25 leguas a “*los indios cimarrones que están hacia Omaguaca*”, comentando al presentar el paisanaje de Lipes (*vid supra*, cap. VI.B.1.), estos conceptos de “tierra/indios de guerra” e “indios cimarrones”. Como ya he señalado, la categoría de “cimarrón” no se ajustaría tanto a un criterio tributario -como las de “aymaras” y “uros”-, sino a un principio de dominio: eran indios aún por someter, reducir, censar y tasar, lo más probable como consecuencia de su condición de huidos o retirados y de sus niveles de movilidad. De hecho, de ellos dice Lozano Machuca ([1581] 1965: 61) que “*están neutrales, que no son ni de paz ni de guerra*”, y que su “*allanamiento y reducción*” revertiría gran beneficio a la Corona pues en este caso concreto podrían ser empleados en el mineral del cerro Escala, en el sector sureste de Lipez. Pero en realidad, el problema que estos cimarrones suponían a la Colonia era precisamente ése, que no era ni “de paz” ni “de guerra”, es decir, que estaban completamente descontrolados, desclasificados, y por ende al margen del sistema colonial, resultando así indios sospechosos y potencialmente peligrosos, más cuanto más cercanos estuvieran a los “de guerra”. En virtud de esta amenaza el virrey Toledo dejó fuera de su Tasa y de la mita minera potosina a los lipes, no supusiera lo contrario su alzamiento y huida con los chiriguano -indios “de guerra” por antonomasia en el contexto de la inestable frontera meridional de Charcas- (Toledo [1573, nº 22] 1924: 240); por esto y porque “*se decía que [[los lipes]] eran indios belicosos y que estaban cerca de los de guerra*” y “*por tener [[Lipes]] fama de tierra pobre y [[estar sus indios]] cercanos a los de guerra*”

(Lozano Machuca [1581] 1965: 59, 61) (*vid supra*, cap. VI.B.2.). Sin embargo, llegado este punto en el análisis de las clasificaciones coloniales sobre el paisanaje de Lipes, me parece de obligado planteamiento el tratar de resolver si estos “indios cimarrones cercanos a los de guerra” eran indios lipes o no, y en caso negativo, determinar quiénes eran estos *otros indios* de Lipes.

Si en términos generales las fuentes coloniales que tratan de Lipes o de los lipes resultan escasas y obligan a realizar lecturas interlineadas que permitan ir más allá de los estereotipos (cap. I.C.), en lo tocante a estos otros indios de Lipes que no fueron clasificados ni como aymaras ni como urus la información disponible es aún menor. Por esta razón empezaré recordando algunos aspectos señalados al componer la suma arqueológica del Altiplano de Lipez (cap. III.) a fin de intentar sentar unas bases que me permitan después considerar la condición de estos cimarrones presentes en las estribaciones de Lipes bien desde el mimetismo, bien desde la suplantación de identidades.

Al tratar de los manejos prehispánicos de los espacios de Lipez durante el Período Tardío (*ha.* 1000 d.C. - conquista española) señalé la estrecha relación trabada entre los grupos humanos de Lipez, la Puna de Jujuy y la Quebrada de Humahuaca en el Noroeste Argentino, y Tarapacá, Atacama, Toconce y Loa Superior en el Norte Chileno, todos ellos incluidos en el área geográfico-cultural de la Puna Salada o sus zonas limítrofes (Mapa VI-1), y todos ellos compartiendo rasgos comunes. Así, presenté entonces un contexto de integración suprarregional definido a partir de los patrones de asentamiento, las estructuras chullparias, la cerámica, los cestos en forma de puco, los recipientes de madera y cuero, las calabazas pirograbadas cuyos diseños se repiten sobre los tejidos, y los propios textiles. Junto a estos elementos de cultura material se encontrarían también aquellos mencionados astiles de flecha decorados con bandas y plumas de colores, así como los vínculos lingüísticos apuntados por D. Ibarra-Grasso (1964: 48, 1965: 259), dos puntos que estrechan a su vez las relaciones entre

Lípez y el Norte de Chile; unas relaciones fijadas especialmente sobre la hipótesis de un aprovechamiento compartido los recursos naturales de la Zona Suroeste de Lípez, fundamentalmente a través de la actividad cinegética en torno a las lagunas salobres, hogar estacional de aves acuáticas y en general abrevadero de otras especies susceptibles de caza mayor (*vid.* cap. II.A.). Precisamente, será esta hipótesis del aprovechamiento compartido de recursos la que me sirva de trampolín para abordar la cuestión de las identidades interdigitadas en Lípez, para lo cual volveré primeramente sobre la idea de *frontera* en el mundo andino.



Mapa VI-1: Lípez, territorios adyacentes y grupos indígenas vecinos (con indicación de las actuales fronteras entre Argentina, Bolivia y Chile). (FMGG).

Apunta F. Pease (1995: 124-126, 208-209) que el concepto indígena de frontera no se corresponde tanto con la idea al uso de un término confinado de acuerdo con principios de exclusividad que los españoles trataron de proyectar

sobre el escenario andino, como con la idea de un espacio de transición, que bien podría ser toda una pampa, o un cerro, o un corral para el ganado, o una fuente de agua. Pero al mismo tiempo, no olvidemos que una frontera marca siempre los límites que relacionan y separan a dos o más grupos humanos, confiriéndoles así unidad y coherencia. Sin embargo, si las fronteras andinas se constituyen como “espacios de transición”, y si grupos del Norte Chileno (fundamentalmente de Atacama) y de LÍpez confluyen en una misma área geográfica para el aprovechamiento conjunto de recursos, ¿quiere esto decir que no había fronteras entre ambos, o más bien que la frontera se situaba precisamente en esa área de lagunas salobres?

De acuerdo con P. V. Castro y P. González (1989: 9-11), la dimensión fronteriza de un “espacio de transición” pasa por la definición de espacios de no-explotación y uso no-excluyente, sobre los que resulta entonces útil para el análisis proyectar la idea de “los no-lugares” definidos por Marc Augé (1993) como espacios donde las identidades se diluyen. En este sentido, si la Zona Suroeste de LÍpez no habría albergado un poblamiento estable, sino que habría servido de escenario a ocupaciones más o menos temporales ligadas al aprovechamiento estacional de recursos ecológicos, al tráfico caravanero y a la explotación de determinados minerales, sería factible pensar que en realidad ese espacio no formaba parte de Lipes en sentido estricto, sino que efectivamente constituía una frontera entre Lipes y Atacama; más aún, un “paisaje fronterizo” (*sensu* Ingold 1986: 130-164, 1993: 154-156) en el que la referencia limitánea viene marcada por la práctica y la acción social desarrollada por los agentes en dichos espacios, lo cual permite considerar estos paisajes lacustres desde el concepto de *taskscape* acuñado por T. Ingold (1993: 158-161), esto es, como un “escenario de faenas/trabajos” (*vid* cap. II.B.1. nota 8). Dejaré aquí la teoría para entrar seguidamente en materia.

Desde esta perspectiva, pensar en las lagunas salobres del suroeste de LÍpez como un paisaje fronterizo definido a partir del aprovechamiento compartido de recursos obliga a pensar que existirían unas reglas de juego que permitieran a cada grupo hacer uso de esta tierra de nadie sin causar daño al resto y sin que la competencia derivase en conflictos armados. De la misma manera, no resultaría descabellado suponer que la coincidencia de grupos en estos lugares serviría a su vez para el intercambio de bienes y de información, sirviendo incluso estos paisajes fronterizos -precisamente por su condición de tales- para el establecimiento de alianzas políticas a partir de rituales-en-el-espacio, aunque desgraciadamente hoy no podamos alcanzar a captar el sentido de tales prácticas sociales.

Así como la arqueología ha logrado definir este contexto de integración suprarregional de la Puna Salada con un nivel de detalle *in crescendo*, el sesgo geográfico y cronológico planea sobre los estudios etnohistóricos. Frente al planteamiento de los principios básicos de este devenir compartido esbozado por P. Krapovickas (1978, 1983) y consolidado bajo el término de “interdigitación” por J. L. Martínez (1990, 1992, 1998, 2000, 2003)²⁹, lo cierto es que a nivel regional el estudio de los pueblos de la Puna Salada durante la Colonia se inclina del lado de Atacama (*v.gr.* Hidalgo 1984; Martínez 1990, 1998). Como apunta el propio Krapovickas (1983: 8), lo habitual en los estudios sobre las poblaciones indígenas históricas de la Puna Salada es tratar de hacer encajar las etnias identificadas en los documentos coloniales con las entidades culturales definidas por la arqueología y con los territorios que tanto unas como otras pudieron haber

²⁹ Utiliza J. L. Martínez por primera vez los conceptos de “poblaciones entretejidas” y territorialidad “interdigitada” para referirse a la Puna Salada en su trabajo “Acerca de las etnicidades en la puna árida en el siglo XVI”, confesando tomarlo prestado de J. Murra (1975: 79), “tanto por su valor gráfico, como porque nos parece más preciso que otros que se han compuesto anteriormente, tales como ‘territorialidad salpicada’ o ‘dispersa’” (Martínez 1992: 41).

ocupado, sin tener en cuenta -añado yo- que el establecimiento del sistema colonial alteró seriamente su etnicidad y su territorialidad³⁰.

Considerando la interdigitación étnica en términos de un “aparato de complementariedad” (Martínez 2000) válido para el conjunto de la Puna Salada, J. L. Martínez encuentra en el parentesco, y más concretamente en el parentesco por afinidad, la regla de juego fundamental a la hora de poder profundizar en las estrategias de interdigitación, pues a través de las relaciones sociales, económicas y territoriales estrechadas entre parientes se asegura el acceso a recursos más o menos distantes, y también a un abanico más amplio de redes de reciprocidad (*ayni*), redistribución (*minga*) e intercambio. En este sentido apunta este autor:

“El papel jugado por las unidades domésticas, ya sea desplazándose en conjunto, o permitiendo que alguno de los suyos contraiga matrimonio con integrantes de otros grupos étnicos, pareciera constituir la base real del funcionamiento de las distintas estrategias de complementariedad durante el siglo XVII.” (Martínez 1990: 21).

A este respecto, me atrevería a puntualizar que no sólo durante el siglo XVII, sino también antes, incluso desde época prehispánica, y también después hasta la actualidad, dando lugar a poblaciones multiétnicas.

Sin embargo, como bien apunta J. L. Martínez (1998: 59-60), los autores coloniales siempre miraron hacia Lipes desde la distancia, aguzando el ojo básicamente sobre cuestiones de jurisdicción, demarcación, tributo y doctrina, sin atender a la gente en sí, reduciendo esta multiétnicidad a monoétnicidad en virtud

³⁰ Valga señalar como excepciones a esta regla los trabajos de M. E. Gentile (1988) sobre la presencia de atacameños en la Puna de Jujuy y la Quebrada de Humahuaca en relación con el sistema de encomiendas; de J. L. Martínez (1996, 2003) sobre Lipes en el siglo XVI desde las prácticas coloniales de identidad; de C. Odone (1995) sobre las estrategias de distribución y circulación espacial en Tarapacá durante la segunda mitad del siglo XVII; de S. Sánchez y G. Sica (1994) sobre las alianzas políticas, las representaciones del poder y los liderazgos multiétnicos en la Quebrada de Humahuaca, a partir de la figura del cacique Viltipoco, líder de la resistencia antiespañola en esta región y que en realidad era oriundo de Atcama; o de C. Zanolli (1995a, 1995b) sobre la problemática étnica de la Quebrada de Humahuaca en el siglo XVI.

de esa asociación biunívoca etnónimo-topónimo tantas veces mencionada a lo largo de este trabajo. Con esta manera de ver, los españoles no captaron en forma alguna las estrategias de interdigitación entre los pueblos de la Puna Salada, y cuando lo hicieron fue sólo para acusar a los indios de desacato, sedición o suplantación de las identidades, como trataré enseguida. Sólo a partir de estudios locales y del análisis minucioso de censos y libros de registro parroquial puede penetrarse esta ligazón estrecha entre el parentesco y la interdigitación étnica, aunque como ya señalé (caps. I.B.2. y V.B.1.), este tipo de fuentes censales resultan exiguas para el caso de Lipes, reducidas tan sólo al *Padrón de los indios de Lipes* de 1602-03 confeccionado por el corregidor Diego Márquez de Moscoso (AGNA, Sala XIII, 18-6-5/ 1602) y al padrón de los indios originarios, yanaconas y forasteros que concurrían en 1684 al asiento minero de San Antonio del Nuevo Mundo(o de [los] Lipes) (AGNA, Sala XIII, 18-6-5/ 1684). Al margen de estas dos excepciones, considerando un patrón de asentamiento como el que Juan Lozano Machuca ([1581] 1965: 60) describe para Lipes, caracterizado por poblaciones pequeñas y dispersas, más o menos distantes entre sí, y aparentemente jerarquizadas (*vid supra*, cap. VI.A.), los autores de fines del siglo XVI y del XVII se fijaron fundamentalmente en las comunidades indígenas como marca territorial a partir de las cuales poder componer demarcaciones y jurisdicciones, haciendo caso omiso a lo que en realidad supondría *hacer comunidad*, esto es, identificando a todos bien como “aymaras” bien como “urus” a efectos tributarios, sin prestar atención ni a las identidades ni a las etnicidades³¹, o todo lo más denunciando un fenómeno de “forasterismo” sobre el que volveré en su momento desde la perspectiva del trabajo de los indios en el mineral de Lipes (cap. IX.C.).

³¹ A este respecto cabe destacar que la mayor parte de la microinformación que actualmente disponemos para los lipes en el siglo XVII proviene de los estudios realizados por J. L. Martínez (1990, 1998) sobre los atacamas, a partir de los cuales podemos rastrear este aparato de complementariedad y las estrategias de interdigitación entre atacamas, lipes, picas y guatacondos en los espacios de Atacama, Lipes y Tarapacá desde la perspectiva de los asentamientos distantes y las redes de parentesco.

En cualquier caso, ya expresé desde las primeras páginas de esta investigación que no era mi intención llevar a cabo un estudio microhistórico de Lipes, por lo que tampoco seré yo quien se enfangue en intentar resolver el tema. Más bien, interesado en las clasificaciones coloniales puestas al servicio de la construcción regional de Lipes, prestaré seguidamente atención a esos “indios cimarrones” destacados por Lozano Machuca (*vid supra*), tratando así de ir un poco más allá en esta cuestión de la flexibilidad identitaria en Lipes.

VI.C.1.- Entre el mimetismo y la impostura. Indios cimarrones y flexibilidad identitaria en Lipes.

Refiriéndose al paisanaje de Lipes, después de tratar de los indios “aimarares” y “uros”, y haber denunciado que los primeros tratan de hacerse pasar por los segundos para evadir sus obligaciones tributarias (*vid supra*, caps. VI.A. y VI.B.1.), señala Juan Lozano Machuca la presencia de *otros indios* que no encajan dentro de estas dos categorías, y a los que considera “cimarrones” en los términos antes planteados de gentes aún por someter, reducir, censar y tasar, y por ende sospechosos y potencialmente peligrosos dada su cercanía con los “de guerra”. Hablando por boca de Pedro (de) Sande, a quien había enviado a reconocer el territorio de Lipes, y que había tenido noticia de ellos, señala el Factor de Potosí:

“Y ansimismo dice hay otros indios que confinan con los indios de guerra de Omaguacas y Casavindo, y tienen trato y comercio con estos lipes, los cuales están neutrales, que no son ni de paz ni de guerra, y entran en Potosí con nombre de indios lipes y atacamas con ganados y otras cosas de venta y rescate, y se podrían reducir y allanar con facilidad, por estar cerca del cerro de Escala, y pagarían tasa a S[[u]] M[[ajestad]], que será de mucho interés.” (Lozano Machuca [1581] 1965: 61).

Vayamos por partes. En primer lugar, y en el contexto de ese ensalvajamiento de las fronteras bárbaras del sur de Charcas (*sensu* Giudicelli

2005 y Vitar 1995) presentado al tratar de la geopolítica de Lipes en las dinámicas de reorganización territorial durante la Colonia (cap. V.A.), lo que más interesa destacar a Lozano Machuca acerca de estos indios es que pese a estar cerca de los “*de guerra de Omaguaca y Casavindos*”, en la Puna de Jujuy y el sector septentrional de la Quebrada de Humahuaca, ellos son neutrales. Sin embargo, señala también que “*se podrían reducir y allanar con facilidad*”, algo que contrasta con el detalle de que son gentes que al parecer mutan de identidad a su antojo a fin de moverse con libertad en el mercado de Potosí. Y por último, que como consecuencia de su participación en los circuitos económicos potosinos, se trata de indios ricos “*con ganados y otras cosas de venta y rescate*”, lo que les aproximaría a ese trinomio “riqueza-ganadería-civilización” que caracteriza a los indios aymaras dentro de las clasificaciones coloniales al uso (*vid supra*); en función de esta actividad económica estima Lozano Machuca que podrían pagar una tasa considerable. Habiendo tratado estas cuestiones en capítulos anteriores, repararé aquí la interpretación de ese dato según el cual estos cimarrones estarían asumiendo otras identidades.

Considerando que Lozano Machuca se esfuerza por desenmascarar a esos indios que aún siendo ricos se hacen pasar por pobres para no pagar sus tasas, me parece que al indicar que estos cimarrones asumen la identidad de lipes o atacamas lo hace simplemente como un dato más añadido al estereotipo del indio desacatado, mentiroso y tramposo que los autores de fines del siglo XVI proyectaron sobre los lipes, algo que ya he abordado en este mismo capítulo al tratar del problema de las identidades en relación con el tributo, y sobre el que profundizaré más adelante (cap. VII.B.). Sin embargo, y considerando el cuidado puesto por la Administración colonial en materia de identificaciones étnicas, ¿cómo es posible que alguien pase por miembro de un grupo étnico que no es el suyo, más aún para acceder al mercado de Potosí? Por un lado estaría el problema de la lengua, asunto resuelto si suplantado y suplantador hablasen la misma lengua, o si la venta y rescate en Potosí se manejase mediante el uso de

una lengua franca, quechua o aymara. Por otro lado estaría también la cuestión de la indumentaria, signo de identidad por excelencia dentro del mundo indígena, y que permitiría al ojo avezado descubrir a quien intentase pasar por otro sin prestar cuidado a su atuendo.

Tomando en cuenta la acepción de “cimarrón” como aquel esclavo huido que se refugia en el monte y se vuelve montaraz, C. Zanolli (1995: 41-42) considera que estos cimarrones citados por el Factor de Potosí, por quedar cerca de Omaguaca, podrían ser descendientes de antiguos mitmaqunas desplazados por el Inca al sector más alto de la Quebrada de Humahuaca, o indios huidos de las encomiendas o los tambos de Omaguaca, o incluso de la mita potosina. Sin embargo, personalmente prefiero pensar que se trata de indios lipés no identificados como tales, ya fuera por desconocimiento o por interés, pues no olvidemos que éstos citados por Lozano Machuca son “indios ricos” próximos al cerro Escala, emplazado en un sector “pobre” de Lipés habitado por indios uros, pero en cuyas faldas el propio Factor de Potosí sitúa cuatro pueblos de “uros ricos”, una contradicción interpretada más arriba (*vid supra*, caps. VI.A. y VI.B.1.) y que afectaría igualmente a estos indios que sin ser aparentemente “aymaras” ni “urus” están asentados en zona pobre pero son ricos en ganados y negocios con Potosí.

Precisamente a este respecto, recordemos que J. L. Martínez (1990: 11) entiende a los parientes como pieza clave de la interdigitación étnica entre los pueblos de la Puna Salada, afirmando que el parentesco “habría posibilitado el manejo de tácticas oportunistas de inserción en los mercados coloniales”. Así, las suspicacias albergadas por Lozano Machuca hacia estos cimarrones se disipan fácilmente pensando que tal vez aquellos con los que el supuesto suplantador tiene que tratar en Potosí son parientes o por lo menos conocidos, más si tenemos en cuenta que este mismo autor dice de los lipés clasificados como “aymaras” que por ser gente rica en ganados y cultivos “*tienen contrataciones y rescates en*

esta villa de Potosí, Tarapacá y Atacama” (Lozano Machuca [1581] 1965: 60), y que Luis Capoche ([1585, f. 45v] 1959: 129) señala la presencia estable de lipes en la Villa Imperial que acuden al mercado “*a vender un género de ropa que allá hacen, y harina de quinua, y colores y plumería de muchos avestruces que se crían en su tierra*”. Volveré en su momento sobre la presencia de los lipes en el mercado de Potosí (cap. VIII.A.), pero lo que con este apunte quisiera enfatizar aquí es el hecho de que estos cimarrones pudieran ser en realidad igualmente lipes que, por la naturaleza itinerante del tráfico caravanero, pasaran desapercibidos como tales para los agentes coloniales en según qué contextos; además, Lozano Machuca identifica a estos cimarrones a partir del informe de Pedro (de) Sande, quien tampoco entabló un contacto directo con ellos, lo cual estaría favoreciendo que no se les identifique como lipes en territorio ajeno, sino como cimarrones, por el mero hecho de desarrollar una actividad económica itinerante que les hacía habitar espacios próximos a indios “de guerra”.

Por otro lado, si efectivamente estos cimarrones estuvieran adoptando identidades ajenas, siempre queda la posibilidad de pensar que no estuvieran suplantando a lipes ni a atacamas con propósito malintencionado de burlar los controles del mercado de Potosí, sino mimetizándose con sus compradores o intermediarios en la Villa Imperial, que igualmente podían ser parientes. Si Lozano Machuca ([1581] 1965: 61, *vid supra*) dice de ellos que “*tienen trato y comercio con estos lipes*” y al mismo tiempo que “*entran en Potosí con el nombre de indios lipes*”, tal vez sea porque las relaciones de parentesco les permiten establecer tratos comerciales con los lipes allí asentados. En este sentido considera J. L. Martínez (1992: 52) que los lazos de parentesco permiten una “flexibilidad del nombrar” a partir del empleo de lo que él define como “denominaciones dinámicas”. Así, si las gentes de la Puna Salada podían beneficiarse de esta flexibilidad identitaria en virtud de su origen, su lugar de asiento o sus parientes; estas denominaciones dinámicas serían posibles gracias a ese juego de identificaciones por el que cada quien exhibe aquella faceta de su

identidad que mejor le conviene en cada caso, algo muy cómodo si pensamos en grupos en permanente contacto que comparten ciertos rasgos interdigitados. Desde esta perspectiva, el cimarrón que se identifica como lipes o como atacama en un contexto particular, bien podría hacerlo como pica o guatacondo si tuviera que cruzar el territorio de Tarapacá para en el ejercicio de su actividad económica, o que el lipes casado con atacama esgrimiera una identidad lipes o atacama según la de su interlocutor; unas estrategias *otras* que tampoco difieren tanto de las *nuestras* si analizamos el abanico de identificaciones e identidades que cualquiera de nosotros despliega cotidianamente en su ser-en-sociedad.

* * *

En este capítulo VI he abordado el análisis del paisanaje de Lipes a partir de una serie de clasificaciones coloniales que lo dividían básicamente en *aymaras* y *urus*, pero también en *cimarrones* cercanos a *indios “de guerra”*, identificaciones cargadas de una significación en función de la cual los autores coloniales más tempranos conformaron una serie de estereotipos sobre los lipes. Así, he considerado estas clasificaciones de “aymaras” y “urus” desde la perspectiva tributaria, jugando con los estereotipos para tratar de resolver la exoneración de los lipes de la mita minera potosina impuesta por el virrey Toledo sobre la mayor parte de grupos del altiplano. Por otra parte, he dedicado la última parte del mismo a considerar a estos “cimarrones” bajo el supuesto de que en realidad se tratara de *indios lipes* o parientes de éstos asentados en las fronteras de Lipes, lo cual, por constituir éstas a su vez frontera del espacio colonial, los convertía en susceptibles de ser peligrosos; sobre este particular he barajado distintas opciones de mimetismo étnico y suplantación identitaria de cara a entender los mecanismos de interdigitación que les permitieran traspasar territorios aparentemente ajenos sin supuesto control por parte de la Colonia. A continuación, sin perder de vista los estereotipos, profundizaré en esa caracterización que de los lipes hicieron los autores de fines del siglo XVI en

¿Quiénes, dónde, cuántos?

tanto que indios desacatados, mentirosos y tramposos, para lo cual prestaré atención al papel de los curacas por un lado, y a la naturaleza de las relaciones hispano-indígenas por otro.

VII

Desacato y mentiras.

Ahondando en los estereotipos a partir de las relaciones hispano-indígenas en Lipes

Como quedó señalado al presentar las fuentes de las que se nutre este trabajo, no existe documentación suficiente para llevar a cabo una investigación pormenorizada del cacicazgo de Lipes -o al menos yo no he sido capaz de dar con ella-, insistiendo las disponibles en esa imagen de las autoridades indígenas como tiranos que perjudican a las comunidades y que en nada ayudan al buen gobierno sobre las mismas. De otra parte, también son escasos los textos que permiten un análisis del tono de las relaciones hispano-indígenas. En cuanto a la temática de la aculturación, y dejando aparte lo señalado acerca de cómo los indios se hacen pasar por pobres para evadir el pago de sus tasas (cap. VI.B.), destacan distintas informaciones referidas a la actitud con que los indios acogen la Fe y tratan a los religiosos encargados de su doctrina, siendo el Memorial de Bartolomé Álvarez ([1588] 1998) la fuente más prolija en estos pormenores. En cualquier caso, el análisis del desacato de los indios al orden colonial impuesto por la Corona y la Iglesia, y de la falsedad con la que, desde diversas ópticas, se relacionaron con los españoles, constituye parte fundamental de esta investigación, centrada en la construcción regional de Lipes y en las

clasificaciones coloniales proyectadas sobre sus paisajes y su paisanaje. Por eso la información disponible a este respecto de las relaciones hispano-indígenas, aún cuando escasa, resulta de gran valor, pues permite redondear el estudio planteado en el Capítulo VI sobre los estereotipos que sirven de base a dichas clasificaciones. A continuación abordaré esta cuestión considerando 1) la visión que los españoles tienen de los curacas como tiranos y tramposos, y 2) las relaciones hispano-indígenas, que los autores del último cuarto del siglo XVI ven contaminadas por el desacato de unos indios que se sirven de la mentira y el engaño para subvertir el orden colonial y esquivar la doctrina.

VII.A.- SEGÚN EL ESTEROTIPO, ASÍ EL CACIQUE. EN TORNO A LAS AUTORIDADES INDÍGENAS DE LOS LIPES.

Habíamos visto en su momento (cap. VI.B.2.) que según Juan Lozano Machuca ([1581] 1965: 61) fueron dos los curacas de los lipos que acudieron a Potosí para engañar al virrey Toledo, haciéndose pasar por pobres y entregando a éste presentes de aparente baja categoría a fin de obtener una imposición tributaria muy rebajada. Entonces sugerí que tal vez este número par pudiera ajustarse a esa división en mitades tan propia de la articulación andina, pero que también pudiera responder a que uno de ellos representara a los lipos identificados en las fuentes más tempranas como *aymaras* y el otro a los identificados como *urus*. En cuanto a la primera opción, no encuentro en la documentación de los siglos XVI y XVII datos que la sustenten. Tampoco las fuentes permiten confirmar la segunda hipótesis. Así por ejemplo, en la Tasa de los lipos encomendados a Hernán Núñez de Segura y Francisco de Tapia (1550) se hace mención a dos caciques, Tocary y don Pedro Coaquiry¹, sin aportar

¹ Tocary y don Pedro Coaquiry, así presentados en el documento; el primero de ellos por única mención de su nombre indígena, mientras que del segundo se especifica un nombre español y un apellido indígena, antecedido del tratamiento respetuoso de “don”.

mayor información sobre ellos (CNM-AH, Cajas Reales 1, f. 56r/1550) (*vid* cap. VI, nota 8). Por su parte, Luis Capoche también dice que los lipes estaban gobernados por dos curacas, que no identifica étnicamente aunque atribuye a cada uno un carácter bien distinto:

“Todos estos indios [[lipes]] están divididos en diez ayillos, que son como linajes y familias, y cada ayillo tiene su principal, y están sujetos a dos caciques superiores; el uno dicen ser indio de razón y aficionado a cristianos, y el otro, bárbaro y nuestro enemigo” (Capoche [1585, fs. 43v-44r] 1959: 127).

Sin duda, la estampa de un curaca bueno y otro malo guarda estrecha relación con la distinción cultural estereotipada que se establece entre *aymaras*-civilizados y *urus*-salvajes. Así, recuerde el lector que el propio Capoche ([1585, f. 43v] 1959: 127) señala cómo de los tres mil indios lipes por él contabilizados, la mitad eran urus que vivían “*bárbaramente sin tener más ley que nacer y morir*”, y la otra mitad eran aymaras con “*algún mayor conocimiento y muestras de buenos deseos*”.

En realidad, no hay demasiada información sobre los curacas de los lipes en las fuentes, salvo referencias a personajes y/o a hechos puntuales. Sin embargo, con esta escasez de datos sí pueden ilustrarse dos estereotipos: 1) el de las autoridades indígenas “tiranas”, y 2) el de los lipes como indios desacatados a los que es necesario someter a orden, policía y tributo con cierta urgencia.

En sus diversas jerarquías, desde las comunidades a los señoríos, los curacas encarnaron desde época prehispánica el gobierno local, teniendo como una de sus funciones la previsora acumulación de parte del excedente de la producción del ayllu, dentro de una economía tributaria marcada por la redistribución. Con la incorporación de los señoríos al Tawantinsuyu, las autoridades locales mantuvieron sus funciones, pero convirtiéndose en sujetos de

los señores cuzqueños; y lo mismo ocurrió a la llegada de los españoles. Por este motivo apunta N. Sánchez-Albornoz (1978: 100) que la posición del curaca dentro del sistema colonial resultó “de lo más delicada e ingrata”, siendo depositario natural de las expectativas de los indios en lo tocante a la preservación de la tradición y el liderazgo, y al mismo tiempo agente de percepción fiscal e instrumento de la Administración para presionar sobre la masa indígena con propósito diverso. Así, en época colonial los curacas quedaron convertidos en personajes a caballo entre dos mundos que, según las circunstancias, tenían que actuar, por una parte, como portavoces de los indios y defensores de sus intereses, y por otra, de salvaguardias de los afanes de los españoles y responsables de la aplicación de sus disposiciones en las comunidades. Con todo y con ello, en realidad las elites indígenas no dejaron de comportarse como tales, elites al fin y al cabo, convirtiéndose para ello en habilidosos “escaladores sociales” (*sensu* Spalding 1974). Por este motivo, corregidores y eclesiásticos consideraron siempre a los curacas como el peor enemigo de los indios, tiranos a los que imputaron abusos de diverso orden, aunque a este respecto, y pese a todo, T. Saignes (1987a: 149) considera que este doble juego de las autoridades indígenas contribuyó en cierta medida a poner freno a las exacciones que los españoles imponían a las comunidades.

Sin embargo, matices aparte, de lo que siempre se acusó a los curacas fue de hacer su propio negocio a costa de los indios de sus comunidades y en menoscabo de los intereses de encomenderos y corregidores. Así por ejemplo, Juan Lozano Machuca señala:

“[[Pedro de Sande]] me ha advertido que los caciques lipas, como gente de más razón y entendimiento que los demás indios, se sirven, se aprovechan de los indios y los ocultan y aun venden unos a otros y cobran dellos la tasa, y se aprovechan della, y no la meten en la Caja real, y los propios indios se quejan desto.” (Lozano Machuca [1581] 1965: 60-61).

En esta misma línea se queja Damián de La Bandera, corregidor de la provincia de Paria y de las minas de San Pedro de Las Salinas, en el repartimiento de Aullagas, entre los salares de Uyuni y Coipasa, a las que asisten indios lipes². En dos cartas de 1584 y otra de 1587, da cuenta a la Real Audiencia de La Plata de su hastío y cansancio en el ejercicio de sus funciones, denunciando que, a pesar de sus esfuerzos, los indios siguen sin reducirse, ajenos al orden y la doctrina, muchos aún sin bautizar, y que no acuden a las minas ni cumplen con la mita de Potosí; manifiesta también que se siente ignorado por el Virrey, que sistemáticamente desatiende sus peticiones de recursos. Respecto de los lipes, en carta de 14 de abril de 1584, La Bandera apunta:

“Esta semana espero al cap[itán] y Caçique princip^al de los lipes don aL[ons]^o yacasa. q[ue] sale de paz con cien yndios por cartas q[ue] le he escripto a el y al sacerdote³ y teniente de aquella proui[nci]^a. los quales Repartire a los yngenios y beneficios de metales, y procurare asegurarlos Pa[ra] tratar de Reduzirlos a pueblos [y] Pa[ra] que se les ponga doctri[n]^a.” (AGI, Charcas 43, Cartas de DdLB #1, p. 2/ 14-4-1584).

“Capitán y cacique principal”, ése es el título desde el cual La Bandera se refiere a Alonso Yacasa, a quien en el Padrón de 1602-03 se cita como “*Capitan e gouernador de la prouincia De Los lipes Y de los demás caciq[u]^{es} de la*

² Recuerde el lector que al tratar de la demarcación y jurisdicción de Lipes (cap. V.B.2.) ya comenté lo estipulado por el virrey Toledo (*Tasa* [1582, fs. 7b-7c] 1972: 5-6) acerca de que parte del salario del cura doctrinero de este asiento de San Pedro de Las Salinas se extrajera del repartimiento de Lipes, porque junto con el de Aullagas y Uruquillas constituía una misma doctrina y porque cien indios lipes servían en él.

Asimismo, téngase en cuenta que aunque en la Tasa Toledana se llame al lugar Las Salinas de Tunupa, que el cargo de Damián de La Bandera sea el de corregidor de las minas de San Pedro de Las Salinas, y que éste firme sus cartas desde San Pedro del Villar, en realidad se trata del mismo emplazamiento, comúnmente nombrado como Las Salinas, pero que terminó por llamarse Salinas de Garci-Mendoza, un asiento minero fundado en 1580 y que con el tiempo llegó a reunir una población de cien españoles.

³ Según carta de 30 de abril de 1584 (AGI, Charcas 43, Cartas de DdLB #2, p. 2/ 30-4-1584), este sacerdote sería Julio Fernández, quien, junto con Isabel de Contreras, mujer del corregidor Francisco de Carvajal, habría servido de intermediario entre Damián de La Bandera y el cacique de los lipes. Pudiera incluso ser que acompañara a Alonso Yacasa y a sus cien indios desde Lipes a Las Salinas, aunque sobre este punto La Bandera se expresa con cierta ambigüedad.

d[ic]h[a] Prouincia” (AGNA, Sala XIII, 18-6-5, p. 14/ 1602). Capitán entendido como “capitán de mita” o “capitán general de mita”, autoridad indígena, junto con los caciques, coadyuvante en el reclutamiento de mano de obra para el cumplimiento de los turnos de mita, y encargada por tanto de reclutar a los mitayos, acompañarlos a su destino, supervisar la organización de su trabajo velando por el cumplimiento de las disposiciones acordadas y, en suma, comandarlos mientras durase el turno. Figura de origen prehispánico ligada a los turnos de trabajo y servicio personal durante el incario, los españoles se vieron en la necesidad de recurrir a estos Capitanes indígenas para la puesta en marcha de las distintas formas de mita colonial. Es por ello que, como capitán (general) de mita, Alonso Yacasa parte del corregimiento de los lipes acompañando a esos cien indios que La Bandera, en virtud de unos tratos alcanzados con el corregidor de Lipes, Francisco de Carvajal, espera para repartir entre los ingenios de Las Salinas. Sin embargo, el tratamiento dado a este personaje no es sólo el de capitán, sino también el de cacique principal, dos cargos que para Luis Capoché ([1585, f.] 1959: 138) corren parejos: cacique y principal de tal lugar, y capitán (superior) de tal nación indígena concurrente, considerando este último título de mayor rango, equiparable a un cacique de caciques. Así, Alonso Yacasa sería cacique principal de Colcha, de donde esos cien indios mitayos parten con destino a Las Salinas, capitán (general) de mita de dicho contingente, y, considerando la terminología de Capoché, capitán (superior) de la nación de los lipes, un rango que encaja perfectamente con su intitulación en el Padrón de 1602-03 (capitán sobre los demás caciques de Lipes, *vid supra*) y con su consideración por parte de Bartolomé Álvarez ([1588, n° 731] 1998: 402). Volveré enseguida sobre este último punto, pero antes quisiera comentar un aspecto que ilustra la autoridad del capitán de mita sobre los indios a él asignados.

En relación con lo anterior, el día 30 de abril de 1584, Damián de La Bandera vuelve a escribir otra carta en la que informa haber suspendido el

repartimiento de los indios a consecuencia de un conflicto con Cristóbal Pérez Quintero, teniente de corregidor de la provincia de Lipes, por el descubrimiento, medida y amojonamiento de unas nuevas minas que este último reclama dentro de su jurisdicción. En consecuencia, parece ser que cuando Alonso Yacasa y sus cien indios llegaron a Las Salinas, y ante la negativa de La Bandera a repartirlos, el cacique decidió que “ellos se alquilasen de su voluntad con quien se lo pagase” (AGI, Charcas 43, Cartas de DdLB #2, p. 2/ 30-4-1584). La Bandera denuncia en esta carta -y también en la escrita en 1587 (AGI, Charcas 43, Cartas de DdLB #3/ 6-3-1587)- el hecho de que los indios se alquilen por su cuenta, y cuatro años después Bartolomé Álvarez utilizará precisamente este caso como ejemplo para criticar dicha práctica, opinando que volvía codiciosos a los indios y les movía a perjudicar los intereses económicos de los españoles (Álvarez [1588, n^{os} 739-740] 1998: 406-407). Concretamente dice el sacerdote:

“Estos Lipes están comarcanos al asiento de minas que llaman ‘de Las Salinas’ -o ‘de San Pedro del Villar’, que los españoles han nombrado [así] por respeto del virrey don Pedro de Torres y Portugal [[sic]]⁴, entendiendo que le movieran con eso a que les hiciera merced de darles indios para la labor de las minas-, que ahora [ha] poco más de cuatro años que se descubrieron, y siempre en ellas han trabajado y trabajan españoles que han hecho gruesas haciendas de ingenios. Con las cuales, si hubiera indios, hubieren ido muy adelante; y, por no haberlos, los que están ahí ganan de comer como pueden con algunos indios que se van [a

⁴ Yerra aquí el cronista -y no se dan cuenta de ello sus editores- en el nombre del Virrey y en los orígenes del topónimo. Entiendo que Álvarez, citando al virrey Pedro de Torres y Portugal, quiere referirse realmente al virrey Fernando de Torres y Portugal, conde del Villar de Don Pardo, por lo que el asiento de minas no pudo ser renombrado en su honor y para moverle a que hiciera mercedes de indios a los españoles allí asentados. Además, aún haciendo caso omiso de este equívoco, tampoco podría ser como dice este autor, ya que el Virrey accedió al cargo en 1585 (hasta 1589), esto es, un año más tarde de que Damián de La Bandera ya esté firmando su correspondencia desde dicho asiento de San Pedro de Las Salinas, que, por otra parte y como quedó dicho, fue fundado en 1580 (*vid* nota 1 de este capítulo). Así, llamando la atención sobre el error de uno y el despiste de otros, y aún a falta de un estudio específico, sugiero buscar el origen del topónimo en la tendencia tan propia de los españoles a añadir a un nombre indígena una advocación del santoral católico.

las minas a] alquilar. De donde se ve que, [así] como se alquilan pocos, podrían darse muchos” (Álvarez [1588, nº 739] 1998: 406).

Al analizar el supuesto engaño al que dos caciques de los lipes habrían sometido al virrey Toledo de acuerdo con la noticia dada por Juan Lozano Machuca ([1581] 1965: 61) (cap. VI.B.2.), ya mencioné cómo los curacas jugaron un papel protagonista en la negociación de asuntos sociopolíticos, económicos y territoriales entre la Administración colonial y las comunidades indígenas. Señalé entonces que fue práctica común que el número de mitayos se resolviera como una negociación entre partes desiguales, por un lado las autoridades españolas y por otro las indígenas. Para el caso de los lipes así lo corroboran, por ejemplo, las referidas dos cartas de Damián de La Bandera con fecha de 30 de abril de 1584 y de 6 de marzo de 1587 (*vid supra*). Habrá ocasión de volver sobre este asunto al tratar de la presencia de los lipes en el mercado de Potosí (cap. VIII.A.), pues Luis Capoché ([1585, f. 45v] 1959: 129) apunta que los lipes acudían a la Villa Imperial con un “capitán” para allí alquilarse. Y es que igual de común que la práctica de los indios a alquilarse (mingarse) “por su voluntad” a fin de conseguir la plata necesaria para pagar sus tasas -o para aquello que fuera menester-, lo fue también que los caciques se hicieran con el control de dichos alquileres, a fin de velar para que no se perjudicase a sus comunidades, pero también para llenar sus propios bolsillos. Por este motivo, Bartolomé Álvarez ([1588, nºs 731-733] 1998: 402-403) insiste en la necesidad de erradicar los cacicazgos indígenas para atajar las malas artes de los curacas en el gobierno de los indios y en el mantenimiento de su policía, para combatir la idolatría y, en el caso concreto de Lipes, como plantearé enseguida (cap. VII.B.), para mejorar el tránsito de españoles por el territorio indígena y favorecer la explotación de sus riquezas.

En su capítulo “De los Lipes y los Atacamas”, ejemplifica Bartolomé Álvarez su mala opinión de las autoridades indígenas a partir de la figura de un

tal cacique don Alonso, que por la concordancia de nombre y la cercanía de fechas consideraré como el Alonso Yacasa citado en la correspondencia de Damián de La Bandera y en la Real Cédula de Felipe III que acompaña al Padrón de 1602-03 (*vid supra*), presente también en otra documentación que presentaré más adelante. De él señala Álvarez:

“Gobiérnalos [[a los lipes]] un indio llamado don Alonso, que es de la nación deste pueblo donde yo estoy, que se llaman de Uruquillas. No es de nación Lipe: usurpóse el señorío con sus propias mañas sin tener allí vasallos, no por más de por ser soberbio [y] mañoso persuasor de aquellas cosas que en ellos les dan gusto, que es estar siempre tratando y pensando cómo se habrán contra los cristianos.

[[...]]

>> Este don Alonso no se sabe si es cristiano, y por otros muchos Lipes asimismo no se sabe si lo son. La razón que hallo para decir esto es que aquel don Alonso es hijo de Uruquilla, de la nación deste pueblo: que, cuando los españoles entraron en esta tierra, se huyeron algunos desta nación entre aquellos y se quedaron allá. Y en todos los tiempos fueron tomando nombres de cristianos y con ellos [=los Lipes] se han quedado todos los más, como estos de este pueblo y otros de pueblos muy sujetos y tratables. Y todo esto lo hacen los curacas.

>> El don Alonso es de más de cuarenta años y no se sabe que sea bautizado; y, si lo es, es peor porque en nada es cristiano, y él tiene aquellos Lipes peor puestos [de lo] que de su propia inclinación podían estar” (Álvarez [1588, n^{os} 731, 732, 733] 1998: 402-403).

Pagano, usurpador, patrañero, tirano y dador de malos ejemplos a su pueblo, así sería el cacique don Alonso según Álvarez. Sin embargo, llama la atención el hecho de que, según el sacerdote, este curaca de los lipes no sólo sería un usurpador del cacicazgo sino un advenedizo perteneciente a otro grupo étnico,

los uruquillas, que se posicionó en el cargo aprovechando los desórdenes derivados de la conquista española. Ahora bien, ¿qué quiere decir este autor al citar una “*nación*” Lipes y otra Uruquilla al hilo de esta usurpación del *señorío*? Por un lado, no olvidemos que los españoles tendieron a interpretar los modelos de organización política indígena desde su propio sistema jurídico de herencia, sucesión, señorío y mayorazgo, resultando aquí un ejemplo paradigmático la intervención de Francisco Pizarro en favor del bando de Huascar y contra Atahualpa en la conquista del Tawantinsuyu, considerando al primero como sucesor legítimo y al segundo como un tirano además de un fraticida. Por otra, tampoco perdamos de vista que, en sus intentos por racionalizar la evanescencia territorial y los mosaicos étnicos a los que se enfrentaban, los españoles practicaron el establecimiento -a veces incluso muy forzado- de relaciones biunívocas entre topónimos y etnónimos (cap. II.B.). Así, cuando Álvarez refiere en términos homónimos la nación y el señorío de los lipes por una parte, y el de los uruquillas por otra, más bien estaría refiriéndose a las provincias de Lipes y Uruquillas, donde según el modelo español sólo habrían de morar o lipes o uruquillas⁵. Una resolución que, habida cuenta la complejidad semántica de los conceptos de “provincia” y “nación” (cap. V.B.1.) y la interdigitación étnica propia de los modelos sociopolíticos y económico-territoriales de los pueblos andinos en general y de los de la Puna Salada en particular (cap. VI.C.), no pareciera contribuir a resolver hasta qué punto el cacique don Alonso era realmente un usurpador.

De usurpadores de cacicazgos está la documentación colonial llena, y enseguida comentaré un caso de los lipes que entronca precisamente con el ya

⁵ Valga a colación en este punto recordar respecto de tales relaciones biunívocas entre topónimos y etnónimos, el criterio de Bernabé Cobo al señalar:

“a los naturales de cada provincia, por corta y pequeña que fuese, tenían puestos nombres propios que significaban a todos y solos los moradores della, por donde hallamos en el Perú tanta diversidad de nombres, que cada uno significa su nación distinta, como son Charcas, Amparaes, Chichas, Carangas, Lipes, Quillacas, Pacages, Lupacas, Collas, Canas, Collaguas, Chumbivilcas, Cotabambas, Chocorbos y otros innumerables, cada uno de su provincia y nación.” (Cobo [1653, Libro XI, cap. II] 1964-II: 10, énfasis mío).

mencionado curaca Alonso Yacasa. Sin embargo, que alguien perteneciente a una adscripción étnica pueda ocupar el curacato de otro grupo resulta algo bastante inverosímil, de no ser precisamente por esas identidades interdigitadas que el propio Álvarez apunta en su *Memorial* y sobre las que ya traté *in extenso* en el capítulo VI. Como apunta este autor, parece que en un momento dado uruquillas y lipes se mezclaron, convirtiéndose los unos en los otros desde el punto de vista identitario, por lo cual es fácil suponer que todos fueran posteriormente identificados como lipes por parte de los españoles. Así, la referida usurpación de don Alonso bien pudiera estar ligada a los hechos de la conquista y colonización de la región, pues a efectos de orden local, los españoles nunca se preocuparon demasiado de que los señores naturales fueran legítimos, advenedizos o usurpadores; simplemente designaron o confirmaron en el cargo a quienes mejor contribuyesen en ese momento a sus intereses. Por otra parte, Álvarez señala que “*don Alonso es hijo de Uruquilla*”, pero no especifica si tanto su padre como su madre eran uruquillas. En este sentido, si resultase fruto de una unión mixta, es probable que algún derecho tuviera al cacicazgo, por más que otras facciones de poder dentro de la comunidad o del grupo étnico se lo disputasen. Pero en cualquier caso, si Álvarez presenta a don Alonso como un usurpador, lo hace fundamentalmente como parte de sus argumentos generales en contra del cacicazgo indígena, quejándose de que al no ser los curacas indios originarios ni detentar el cargo por derecho, no tendrían amor por las comunidades a su cargo ni miramientos a la hora de abusar en los tributos o cometer otras injusticias. En esta misma línea de pensamiento, Guaman Poma de Ayala señala:

“Cómo los dichos falsos cacique principales se hazen de yndios bajos. No tiene buena obra, aunque sea español o negro, porque en la conquista destos rreynos se perdieron señores principales de casta y sangre. Y por ellos se elixieron de yndios muy bajos. Estos dichos dañan la tierra y se pierde los dichos pobres. Y ancí de tantos y males y daños no les faborese

ni lo puede a los dichos yndios” (Poma de Ayala [1615a, f. 762 (776)] 1987: 818).

Precisamente de usurpaciones, “indios bajos”, competencia entre facciones rivales dentro de la elite indígena e intromisión de los españoles en materia de cacicazgo trata el pleito mantenido en 1649 entre Juan Chiri y Alonso Pigsa sobre la preferencia del título de cacique y gobernador de los lipes (ANB, Expedientes Coloniales, 1649, N° 16/ 1649). Sintetizaré los pormenores del litigio:

- a fecha de 27 de mayo de 1641, Bernardino de Espinosa y Albear, corregidor de la provincia de Lipes, entregó el título de cacique y gobernador a Juan Chiri en calidad de sucesor por derecho de Juan Chillaca, su hermano, que lo era de los pueblos de Colcha, Santiago de Chuquilla, San Juan de Cheucha, San Pedro de los Quemes, San Agustín de Chuyca y Alota⁶.
- sin embargo, en 1649, el entonces corregidor Alonso de Carrión Cabeza de Vaca, entrega los títulos a Alonso Pigsa.
- Juan Chiri denuncia que ha sido desposeído de sus títulos legítimos “*por odio y enemiga que [Alonso de Carrión] conmigo tiene nacida de que defiando a mis yndios y que gane desta Real Aud[ienci]ª [de La Plata] vna prouission Real para que no les hiciese agravios y que se la quise hacer notificar lo cual no consintió de hecho y contra derecho sin oyrme*” (fs. 1r-1v).

⁶ Recordando lo mantenido en el capítulo VI.A. acerca de la toponimia indígena en Lipes, observe el lector que Colcha, Santiago de Chuquilla, San Juan de Cheucha y San Pedro de los Quemes están entre los referidos por Juan Lozano Machuca ([1581] 1965: 60) como “*pueblos principales de dicho distrito*”, quien apunta además que en el primero de ellos tendría su residencia el cura doctrinero. Asimismo, Colcha, San Juan de Cheucha y Santiago de Chuquilla son tres de los cuatro pueblos más poblados recogidos en el padrón de Lipes confeccionado por Diego Márquez de Moscoso en 1602-03, en los cuales se han de reducir las poblaciones indígenas dispersas por el territorio de Lipes; San Agustín de Chuyca y Alota, por su parte, son dos de los que se indica que han de congregarse en San Juan de Cheucha (AGNA, Sala XIII, 18-6-5, pp. 16-17, 28-29, 32/1602).

Asimismo, califica a Alonso Pigsa de “*yndio bajo y vmillde sin capacidad ni talento para le Vsar y exerçer [el cargo]*” (f. 1v).

- reforzando los derechos sucesorios de Juan Chiri, el corregidor Espinosa y Albear alega que éste es nieto de Alonso Yacasa, que fue antiguo gobernador de Lipes⁷ (f. 6r), y que por consiguiente le corresponde ejercer el cargo “*según y de la manera que lo an vsado podido y devido vsar los otros gouernadores sus antecesores*” (fs. 6v-7r).
- por el contrario, Rodrigo Benítez de Maqueda y Villalón, fiscal de la causa y partidario de Alonso Pigsa, alega que, “*aunque le toque por sangre*”, Juan Chiri “*ahuienta [a] los indios de los pueblos i los alquila a diferentes partes para que no paguen tassa ni aia quien sirba por cuiu causa i para mas utilidad i que los indios esten mas bien tratados i que acudan a la doctrina cristiana*” (f. 13r).

Ratifica al mismo tiempo los títulos concedidos a Alonso Pigsa en tanto que desde que él ejerce el cargo “*se an reducido algunos indios con el buen tratamiento que les haze*” (f. 13r).

- finalmente, y pese a los informes de la fiscalía, la Real Audiencia de La Plata falla a favor de Juan Chiri el 7 de agosto de 1649, sentenciando no haber lugar a más apelaciones.

De estas alegaciones, llama la atención el hecho de que en todo momento Juan Chiri está reclamando los títulos por derecho de sucesión y sangre, un argumento que sería válido para el cacicazgo, pero, a priori, no para el título de gobernador, ya que éste era un cargo electo y de designación española. Al menos en teoría, porque ya se sabe que en el gobierno local, donde los electores están limitados y los poderosos se eligen entre ellos, no es difícil que los cargos se vuelvan prácticamente hereditarios y/o se alternen dentro de las facciones

⁷ Alonso Yacasa, “capitán (de mita) y cacique principal de los lipes” en el decir de Damián de La Bandera, y “capitán y governador de la provincia de Lipes” según el Padrón de 1602-03 (*vid supra*).

concurrentes. Asimismo, y a pesar de la naturaleza particular de los cargos de cacique y gobernador, la aparente coincidencia de ambos en un mismo sujeto tampoco fue algo tan extraordinario en el mundo colonial, muy especialmente durante el siglo XVIII. Cuando el cacique no tenía edad suficiente para el ejercicio de sus poderes, éstos eran asumidos por una suerte de “tutor”, habitualmente un pariente que, además, solía ostentar el cargo de gobernador. Así, si en la teoría, cacique y gobernador seguían siendo dos personas diferentes, en la práctica, por estar el cacique tutorizado por el gobernador, éste último asumía todos los poderes. De ahí las reclamaciones sobre el cargo de gobernador apelando a los derechos de sangre, tal vez por inercia y sobre todo al amparo de la falta de un marco jurídico claro al respecto. Por ello, quizás en el trasfondo de este pleito pudieran encontrarse pautas de análisis interesantes para un estudio en profundidad de los mecanismos de gobierno indígena, del cacicazgo colonial y de las relaciones de poder entre las elites (indias, mestizas y españolas) en Lipes, aunque la documentación consultada para esta investigación no aporta los suficientes datos al respecto.

Volviendo a los estereotipos y al ideal del cacique colonial, resulta significativo que la parte de Juan Chiri se sirva de sus derechos de sangre frente a la condición de “indio bajo” de su oponente para reclamar los títulos que dice le han sido arrebatados, mientras que la parte de Alonso Pigsa apela a su buen gobierno y proyecta sobre su oponente la imagen del cacique-tirano que además obstaculiza la doctrina de los indios. Así, aunque este pleito tenga por objeto resolver la sucesión al cacicazgo y al título de gobernador de Lipes, su trascendencia va más allá, haciéndose eco del debate sobre la conveniencia o no de mantener las autoridades indígenas en función de su buen o mal servicio a las comunidades. De acuerdo con las opiniones de Bartolomé Álvarez ([1588] 1998) o Guaman Poma de Ayala ([1615a] 1987), los caciques legítimos velarían por los intereses de sus comunidades en materia de gobierno y doctrina, mientras que no lo harían los advenedizos. En este sentido, es de destacar que precisamente a

Juan Chiri, que reclama los títulos por derecho de sangre, se le acuse de traficar con sus indios para evitar el pago de tasas y mitas y de alejarlos de la policía cristiana, precisamente las mismas acusaciones que Álvarez hace contra su abuelo, Alonso Yacasa, al que acusa de usurpador (*vid supra*).

Como digo, son escasas las referencias al gobierno local en Lipes y al cacicazgo entre los lipes. Por este motivo he preferido abordar la cuestión ciñéndome a la figura de Alonso Yacasa por un lado, sobre quien sí existen referencias cruzadas entre varios documentos, y al pleito entre Juan Chiri y Alonso Pigsa por otro. A continuación profundizaré en el análisis de las relaciones hispano-indígenas en Lipes, sin perder del todo de vista a las autoridades indígenas como dadoras de mal ejemplo y obstaculizadoras de éstas. Así, espero completar un punto de vista en las clasificaciones coloniales que ya introduje al tratar del tributo indígena (cap. VI.B.2.): la caracterización de los lipes como indios desacatados, mentirosos y tramposos.

VII.B.- “TODO ES HABLAR MENTIRAS”. ACERCA DE LAS RELACIONES HISPANO-INDÍGENAS EN LIPES.

Discutí al tratar de la exoneración de los lipes de la mita minera toledana (cap. VI.B.2.), que si la Visita General del virrey Toledo no alcanzó el territorio de Lipes fue por no causar desorden en la inestable frontera meridional de Charcas, aunque algunos autores de fines del siglo XVI quisieron buscar otras explicaciones que satisficieran mejor sus intereses a la hora de escribir. Así, Bartolomé Álvarez reinterpreto el hecho de que los lipes no estuvieran sometidos a tasa desde su particular visión de ellos como “*gente libre y desvergonzada*”:

“Estos Lipes, ni los Atacamas, no pagan la tasa enteramente porque, como son gente libre y desvergonzada, no los osan apretar; y todo lo

causa que los gobernadores los miman, y no los aprietan ni castigan en cuantas desvergüenzas hacen.” (Álvarez [1588, nº 734] 1998: 404).

Por su parte, Juan Lozano Machuca ([1581] 1965: 59) tergiversó las razones del Virrey para no visitar a los lipes ni someterles a tasa por estar próximos a “indios de guerra”, convirtiendo a los lipes mismos en “*indios belicosos*” a los cuales “*no se sufría apretallos, porque no se alzasen*”, aunque a renglón seguido desmiente esta información ante el entonces virrey Martín Enríquez de Almansa (1581-1583). Efectivamente, al igual que Álvarez, Lozano Machuca interpreta que si no pagaban sus tasas era por ser gente mentirosa y tramposa, exponente de todo lo cual fue el (supuesto) engaño del que se sirvieron para esquivar la Tasa ante el propio Virrey. Según el Factor de Potosí, dos caciques se habrían presentado en Potosí ante el propio Francisco de Toledo, pasando por pobres y haciéndole entrega de presentes de poco valor, en razón de lo cual el Virrey entendió que Lipes era una tierra de escasos recursos y no consideró a sus gentes para la mita potosina, a partir de lo cual, apunta Lozano Machuca ([1581] 1965: 61), “*traen por refrán los dichos indios, que ‘dos indios engañaron a un visorrey’*”.

Además de esta anécdota, ya discutí en aquellas páginas que, en relación con el pago de tributos, en Lipes operó durante la segunda mitad del siglo XVI un proceso que di en llamar de “urización”, por el cual los indios, aún teniendo posibles, se hacían pasar por pobres para evadir el pago de sus tasas. Así lo denunció ya en 1558 el virrey Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete (CNM-AH, Cajas Reales, 1, f. 58r/ 1559), y posteriormente también Juan Lozano Machuca ([1581] 1965: 60) y Bartolomé Álvarez ([1588, nº 738] 1998: 406), generando una imagen de los lipes como indios desacatados, mentirosos, tramposos y poco dispuestos al trato con los españoles, a la que contribuyó notablemente el retrato que éstos y otros autores hicieron de sus curacas (cap. VII.A.). En consecuencia, las fuentes dan cuenta de que someter, reducir y

congregar a los Lipes debería convertirse en objetivo prioritario de la Corona para lograr un dominio efectivo del territorio y un cobro eficaz de los tributos de sus gentes. A tales efectos, Luis Capoché ([1585, f. 44r] 1959: 127), tras apuntar que por no estar empadronados no se sabe “*qué indios hay de tasa ni la que pueden pagar*”, señala:

“Y entendiéndose que si se reducen se seguirán buenos efectos, después del principal de su salvación. Y pues la católica majestad del rey don Felipe, nuestro señor, está encargada de la predicación del Evangelio y conversión y buen gobierno de estas incultas gentes, y pues éstos están de paz, y tienen minas y pagan tasa, Vuestra Excelencia sea servido de acordarse de ellos” (Capoché [1585, f. 45v] 1959: 129).

¿En qué sentido ha de acordarse el Rey de los lipes? Al señalar que son indios “de paz”, que tienen minas y pagan tasas, lo que Capoché está apuntando es la conveniencia de reducirlos para así poder censarlos, poder revisar su tributación si así procediera⁸, y poder someterlos a doctrina, recordando en este punto a Felipe II el compromiso misionero que la Corona española adquirió con la Santa Sede a fines del siglo XV a cambio del señorío de las Indias. Así, solicitando al Rey que se acuerde de los lipes, Capoché esté sugiriendo el envío de religiosos que se encarguen de su doctrina, para lo cual los indios han de estar previamente reducidos, de donde se derivarían así mismo otros beneficios en materia de gobierno y tributo. Sin embargo, la necesidad de enviar más religiosos a Lipes como parte de una política de reducción de los indios que allí habitaban, no fue vista tan positivamente por otros autores de fines del siglo XVI.

Atendiendo a las impresiones que de ellos proyectaron los distintos autores coloniales, si bajo alguna rúbrica hubiera que definir a los lipes dentro de los ordenes político y religioso de la Colonia bien podría ser la de su desacato al

⁸ Respecto de los problemas de recuento demográfico e imposición tributaria que en este punto preocupan a Capoché, recuerde el lector lo discutido en los capítulos VI.A. y VI.B.

Rey y a Dios. A este respecto, dudando del beneficio que supone enviar religiosos a Lipes, Bartolomé Álvarez señala:

“Estos Lipes y Uros y Atacamas no sirven a Dios ni al Rey ni al mundo; sino sólo al demonio, a la carne y a toda pereza y sucia ociosidad. No entiendo otra cosa ante Dios, sino que es contra su servicio no domarlos y [no] hacerles servir. [...] Si no, en balde les dan sacerdotes; y así, le tratan ellos [al sacerdote que les dan] como cosa que tienen en burla. [...] No sé de qué sirve darles sacerdotes” (Álvarez [1588, nº 741] 1998: 408).

Valga recordar aquí que el propio Álvarez no tenía muy buena consideración de los indios, quizás porque en sus más de diez años como cura doctrinero habría vivido experiencias negativas que restaron capacidad a su condición de observador objetivo (*vid* cap. I.B.1.). Por este motivo, en su *Memorial* carga las tintas contra la labor de algunas ordenes religiosas entre los indios, y critica el envío de religiosos a las comunidades mientras los indígenas no estuviesen sometidos de facto. Enseguida volveré sobre ello, pero antes intentaré resolver si en Lipes había o no una presencia efectiva de españoles que pudieran garantizar la doctrina y la policía cristiana entre los indios.

Tomemos como punto de partida la Tasa que fray Gerónimo de Loaysa, Fernando de Santillán y fray Domingo de Santo Tomás hicieron en 1550 de los lipes encomendados a Hernán Núñez de Segura y Francisco de Tapia (CNM-AH, Cajas Reales 1, fs. 56v-57r/ 1550). En lo tocante a doctrina, se indica que, en caso de no haber clérigo o religioso que pudiera ocuparse de ello, los encomenderos habrían de designar a tal efecto a un español “*de buena vida y exemplo*”. Por el contrario, si hubiera clérigo o religioso encargado de la doctrina de los lipes, y en ausencia de diezmos, la Tasa especifica que éste recibiría el siguiente sustento:

- cada mes, 2 fanegas⁹ de maíz¹⁰ y 1 de papas, y 2 ovejas¹¹.
- cada 4 meses, “*un puerco bueno o una oueja en su lugar*”, media fanega de quinua, 1 carga de sal y 1 cantarillo de manteca¹².
- cada semana, 6 patos y perdices, y gallinas¹³ si las tuvieran.
- en los “*días de pescado*”¹⁴, cada día, algunos huevos y pescado si lo tuvieran¹⁵.
- además de todo ello, “*leña para quemar e yerba para su cabalgadura. y el salario de dineros y otra^s cosas mas sy fuere menester para la sustentación del d[ic]ho clerigo o religioso*”.

⁹ Fanega: unidad de volumen equivalente a 55,5 litros, aunque su medida resulta variable según regiones.

¹⁰ Valga recordar aquí que ningún sector del Altiplano de Lipez reúne las condiciones medioambientales necesarias para el cultivo del maíz (cap. II.A.), por lo que este producto habrían de conseguirlo los lipes a través de redes de intercambio que les permitieran acceder a los recursos de tierras más templadas, ya fuera en Atacama la Baja o el Loa Superior (Chile), Chichas o Tarija (Bolivia) o la Quebrada de Humahuaca y los Valles Orientales (Noroeste Argentino), siendo estos dos últimos destinos los más frecuentemente elegidos por los caravaneros de Nor Lipez aún a mediados del siglo XX.

¹¹ Respecto de si estas ovejas son “de la tierra” (= llamas) o “de Castilla”, recuerde el lector lo planteado en la nota 18 del capítulo VI.

¹² Dado que los indios tienen que tributar un puerco, cabría pensar que esta manteca es asimismo grasa de cerdo. Sin embargo, recuerde el lector lo ya planteado en la nota 19 del capítulo VI acerca de la “manteca de oveja” que esta misma Tasa impone como tributo de los lipes a sus encomenderos, para la cual también se utiliza el cantarillo como unidad de medida.

¹³ Gallinas, puercos, ovejas “de Castilla” y, como se apunta en la Provisión de 1560 que enseguida presentaré, carneros “de Castilla”, animales todos ellos de origen español, que dan una idea del grado de aculturación al que los lipes estaban ya sometidos en este momento. Lo que resta por resolver, aunque a partir de la información tributaria resulta francamente difícil, es si los lipes habrían incorporado plenamente estos animales y sus productos derivados a sus modos de vida, o si por el contrario los reservaban sólo para el pago de tributos a los españoles y el abastecimiento de los tambos.

¹⁴ De acuerdo con los preceptos de la Iglesia católica, se consideran “días de pescado” aquellos en los que está prohibido comer carne, estos es: la Cuaresma y, en general, todos los viernes del año.

¹⁵ Tal y como quedó dicho al considerar los estereotipos aplicados en la identificación de los lipes como “*urus*” (caps. VI.A. y VI.B.1.), estos indios sólo podrían abastecerse de pescado menudo en las ciénagas (Lozano Machuca [1581] 1965:60) o en la laguna de Alota (Vázquez de Espinosa [1630, Lib. V, cap, 33, n° 1760] 1992-II: 879). Así, el pescado aquí exigido tendrían que conseguirlo a través de circuitos de intercambio. En este sentido, es de destacar la información dada por J. L. Martínez (1985, 1986) acerca de lipes asentados en Calama y Chiu-Chiu, enclaves relacionados con la ruta del pescado desde la costa a Potosí, y en función de lo cual, al tratar de la participación de los lipes en la articulación económica del *hinterland* potosino (cap. VIII.B.), plantearé la hipótesis de que, por medio de caravanas de llamas, transportasen metal de Potosí a la costa y volvieran con pescado para el abastecimiento de la Villa Imperial.

Terminado este listado, la Tasa señala que todo ello “*lo pagareys vos los d[ic]hos encomenderos o la parte que os cupiere*” (CNM-AH, Cajas Reales 1, f. 57r/ 1550), aunque al inicio de este punto se había indicado que, “*en tanto que no ay diezmos de que [el clérigo o religioso encargado de la doctrina] se pueda sustentar*”, serían el cacique y los indios del repartimiento quienes aportasen los productos susodichos para ayuda de su manutención (CNM-AH, Cajas Reales 1, f. 56v/ 1550). En realidad, quiere esto decir que el sustento del doctrinero saldría en cualquier caso de los indígenas, ya fuera de ellos directamente (tributación más camarico) o como desvío de parte de sus tributos a los encomenderos. Por otra parte, el recordatorio hecho en esta Tasa de que a los encomenderos tocaba asegurar la doctrina de los indios, así como el hecho de que sobre ellos pudiera recaer parte del pago directo del mantenimiento del doctrinero, podría hacer pensar que a mediados del siglo XVI los lipes no tenían doctrinero, una deducción al hilo de la crítica que otros autores de finales del siglo hacen respecto de la falta de sacerdotes entre estos indios.

Así mismo, la Provisión que Antonio de Hozmayo hizo en 1560 sobre el repartimiento de Lipes detalla el siguiente sustento para el clérigo o religioso encargado de la doctrina de los indios, indicando que éste sería el único tributo que los indios habrían de pagar en especie:

- cada 2 meses, 2 fanegas de maíz.
- cada 4 meses, 1 puerco, o en su defecto 1 carnero de castilla o un *paco* (= alpaca)¹⁶, y 1 carga de sal.
- cada 4 meses, 3 cestillos de ají.
- cada semana, 5 aves.
- los “días de pescado”, 10 huevos cada día.

¹⁶ Dado que ambos animales no guardan relación ni en su físico ni en cuanto a los productos derivados que de cada uno de ellos pueden obtenerse, no deja de resultar significativa esta correlación entre el carnero “de Castilla” y la alpaca, que sin duda remite a la concepción simbólica de los ganados .

- cada día, un cantarillo de chicha.
- leña y yerba.

(CNM-AH, Cajas Reales 1, f. 59r/ 1560)

Empero, que se especifique este sustento para el doctrinero no asegura que los indios cumpliesen con su pago, ni tampoco es prueba de que efectivamente entre ellos residiera un encargado de su doctrina -o al menos las fuentes disponibles no son fehacientes al respecto-. Lo que sí queda claro a partir de esta revisión de los tributos de los lipes, es que los encomenderos dejan de estar implicados en el sustento del doctrinero, tal y como señalaba la Tasa de 1550 (*vid supra*); una decisión en la que podría haber influido el hecho de que Francisco de Tapia renunciase a su parte de la encomienda en 1557 (cap. V.A.1.).

Notablemente interesados en las implicancias en materia de reducción y gobierno de los indios derivadas de la presencia de religiosos entre los lipes, los autores de la década de 1580 dejaron constancia clara de la presencia de doctrineros, aunque sus descripciones acerca de las condiciones de vida y del sustento de éstos difieren notablemente; como distinta es también su opinión respecto de la labor evangélica desarrollada entre los indios. Si bien el tono común de estos autores parece ser la denuncia de que los lipes están desatendidos en cuestiones de fe y moral por falta de sacerdotes que se ocupen de su doctrina, disienten en las razones. Mientras para unos no hay sacerdotes que vayan a Lipes porque los indios son unos desacatados que no quieren españoles en sus tierras, para otros el problema reside en que los indios persisten en su desacato y se mantienen en sus costumbres porque los sacerdotes que entre ellos residen no se ocupan realmente de la doctrina.

Junto a estas dos opciones (la falta de sacerdotes o su negligencia en el ejercicio de la doctrina), estos mismo autores de fines del siglo XVI consideraron también una tercera, a la que concedieron especial importancia: que hubiera

pocos sacerdotes y que por tanto no pudieran atender la doctrina de todos los indios, lo que provocaría que éstos viviesen sin orden ni policía. Una relación deficitaria de sacerdotes que estos autores coinciden en vincular a la falta de reducción efectiva de los indios. En este sentido, Juan Lozano Machuca señala:

“Y en este repartimiento y tierra de los Lipes, con ser tan grande, hay sólo un sacerdote, que es el P[[adre]] Joan Mondragón, y no tiene[[n]] suficiente doctrina, por estar divididos y apartados, que hay pueblos que están unos de otros 15, 20, 30, 40, 50, 80 leguas y más, y esto es causa de que los indios vivan sin orden ni pulicía de ley natural ni evangélica, porque la mayor parte de todos ellos no son bautizados, ni se confiesan, ni tiene doctrina, ni participan de los sacramentos de la Santa Madre Iglesia.” (Lozano Machuca [1581] 1965: 60).

Por su parte, Damián de La Bandera culpa directamente de la falta de doctrina al corregidor de Lipes, Francisco de Carvajal, por cuya desidia los indios estarían aún por reducir, dispersos en pueblos distantes como señala Lozano Machuca. Por este motivo en su carta del 14 de abril de 1584 manifiesta su intención de procurar las condiciones necesarias para que puedan recibir doctrina los cien indios que, bajo el mando de Alonso Yacasa, espera en Las Salinas:

“Esta semana espero al cap[itán] y Caçique princip^{al} de los lipes don aL[ons]^o yacasa. q[ue] sale de paz con cien yndios por cartas q[ue] le he escripto a el [Corregidor] y al sacerdote y [al] teniente de aquella proui[nci]^a. los quales Repartire a los yngenios y beneficios de metales, y procurare asegurarlos Pa[ra] tratar de Reduzirlos a pueblos Pa[ra] que se les ponga doctri[n]^a. por ques gran lastima de uer la perdicion y ynfidelidad de los yndios de aquella proui[nci]^a estando tan cercanos a esta y tan domesticos q[ue] por negligencia y culpa del corregidor estan por Reduzir y por bautizar los mas dellos en dando algun buen asiento

con el cacique acerca desta y de que acudan aquí con algunos yndios Pa[ra] socorrer [a] esta pobre gente en tanto q[ue] el birrey provee dare una buelta a los pueblos por que ay mucha necesidad dello, esta este puebl^o y minas tan apartado del camino R[ea]L q[ue] por marauilla ay mensajero q[ue] vaya a esa ciudad [de Potosí].” (AGI, Charcas 43, Cartas de DdLB #1, p. 2/ 14-4-1584).

Oficialmente, La Bandera acogerá a estos cien indios con su cacique por encontrarse los lipes sin reducir y sin recibir doctrina a cuenta de la negligencia de su Corregidor. Sin embargo, no olvidemos que por medio hay una serie de tejemanejes con el corregidor Carvajal y el teniente de corregidor Cristóbal Pérez Quintero, en los que igualmente se ven implicados la mujer del primero, Isabel de Contreras, y el sacerdote Julio Fernández, de los cuales él sale como mayor beneficiado, pues va a ser en sus ingenios de minas de Las Salinas donde dichos indios van a ser empleados, amén de que allí vayan a recibir la doctrina que en Lipes no estaban recibiendo¹⁷.

Cayendo en lo paradójico, Luis Capoché discrepa de La Bandera al ensalzar la labor de Francisco de Carvajal en lo que a reducción de los indios se refiere, y coincide tanto con él como con Lozano Machuca en decir que los indios están dispersos y por tanto no pueden recibir doctrina. A renglón seguido de denunciar la falta de eficacia en el censo de los lipes, señala:

¹⁷ Recuerde el lector lo ya planteado en páginas anteriores (capítulos V.B.1. y VII.A.) acerca de la intermediación de Isabel de Contreras y de Julio Fernández en el acuerdo alcanzado entre Damián de La Bandera y Francisco de Carvajal, Corregidor de Lipes, según el cual el primero recibiría en las minas e ingenios de Las Salinas a cien indios junto con su cacique Alonso Yacasa, procurándoles asiento y doctrina. Sin embargo, tal y como La Bandera informa en su carta del 30 de abril de 1584, finalmente decidió suspender el repartimiento de los indios a consecuencia de las desavenencias surgidas con Cristóbal Pérez Quintero, teniente de corregidor de Lipes, a cuenta de la medida y amojonamiento de unas minas recién descubiertas en las Salinas, pero que éste reclama dentro de la jurisdicción de Lipes. He aquí la causa de que, al llegar a Las Salinas y encontrarse en medio de un conflicto entre españoles, Alonso Yacasa decidiera alquilar a sus indios por cuenta propia (AGI, Charcas 43, Cartas de DdLB #2, p. 2/ 30-4-1584).

“El corregidor, que es Francisco de Carvajal, que vive con ellos [= los lipés]] con su casa y [[su]] mujer, ha sido de mucho fruto, porque ha juntado y reducido en breve tiempo al pie de mil indios en un pueblo, de que están contentos y pacíficos y acuden con su tasa. Es gente de paz y dóciles de corregir, enemigos de indios de guerra con quien confinan. Viven hoy en [[la]] ceguedad que han tenido, guardando sus ritos y ceremonias.

>> Todos los pueblos no tienen más de un sacerdote, y reside en el principal que se llama Colcha, y tiene setecientos pesos ensayados de salario. Y danle los indios camarico¹⁸ y raciones de lo que crían, y de ahí por su plata le proveen de algunos regalos. Y no es posible hacer doctrina, por estar tan derramados y por la tierra que para caminar se han de llevar [[los sacerdotes]] la hierba que han de comer [[sus cabalgaduras]] y agua y leña, que tan falta es [[la región]] de esto. Y así mueren sin bautismo ni confesión, siendo gente mansa que se podría hacer mucho fruto en sus almas; y vemos que no hay quien se ofrezca por la disposición de la tierra, que otro peligro ni riesgo no hay.” (Capoche [1585, f. 44r] 1959: 127-128).

A priori, para Capoche resulta encomiable la labor de Carvajal como corregidor, concentrando sólo en el pueblo de Colcha a mil indios “*contentos y pacíficos*” y prestos a cumplir con su tasa. Sin embargo, este mismo autor apunta el dato contradictorio de que el Corregidor no puede ofrecer las condiciones de reducción necesarias para que el resto de indios de Lipés pudiera recibir doctrina, siendo así que, “*por estar tan derramados y por la tierra*”, un solo sacerdote no alcanza a atenderlos a todos. Un único sacerdote que Capoche no identifica, pero que, por la proximidad de las fechas entre ambos autores, podría perfectamente ser el mismo Julio Fernández citado por La Bandera, de quien precisamente éste

¹⁸ *Camarico*: dádiva entregada por los indios a los sacerdotes, y a los españoles en general. Volveré sobre ello más adelante.

insinúa que podría haber estado abandonando sus obligaciones entre los lipes para acompañar a aquellos que, por su intermediación, no lo olvidemos, acudían a Las Salinas (AGI, Charcas 43, Cartas de DdLB #2, p. 2/ 30-4-1584).

Sin embargo, a pesar de la buena imagen que Capoché da del Corregidor, coincide con La Bandera en sostener que los indios andan sin orden ni policía cristiana, aunque ambos difieren en las causas. Así, el primero apunta que, pese a estar reducidos, los lipes “*Viven hoy en [[la]] ceguedad que han tenido, guardando sus ritos y ceremonias*” (Capoché [1585, f. 44r] 1959: 128, *vid supra*), sin implicarse en resolver si ello obedece a la propia naturaleza de los indios o al hecho de que, como él mismo señala, no estén recibiendo doctrina debidamente. En consonancia con este mantenimiento de sus costumbres idólatras, Bartolomé Álvarez señala que los lipes “*sólo sirven al demonio, a la carne y a toda pereza y sucia ociosidad*”, encontrando explicación para ello en la consideración de los indios como “*gente libre y desvergonzada*” (Álvarez [1588, n^{os} 741, 734] 1988: 408, 404, respectivamente, *vid supra*). Por el contrario, Damián de La Bandera culpa de todo ello a curas y corregidores, que permiten a los lipes entregarse a borracheras y mantenerse en “*sus malas costumbres antiguas, y mas las q[ue] an aprendido de nosotros*” (AGI, Charcas 43, Cartas de DdLB #3, p. 5/ 6-3-1587).

Más allá del patrón de asentamiento indígena disperso, de que sigan sin reducir y de que, por lo tanto, no haya sacerdotes suficientes para atender la doctrina de todos los lipes, Bartolomé Álvarez explica esta persistencia en sus costumbres idólatras por el carácter desacatado de los indios, vaticinando que así permanecerán mientras no sean sometidos y reducidos de facto, y apostillando además que hasta ese momento tampoco tiene mayor sentido enviarles sacerdotes que intenten doctrinarlos:

“*Para que se vea qué gente son estas dos naciones [[Lipes y Atacamas]], y el mal que hacen [los españoles que pueden evitarlo] en dar lugar a*

tanta desvergüenza, se puede ver en que a tres mil indios no les dan más que un sacerdote, que no ve [[de]] cien partes la una de los bestiales Lipes. Si yo se lo hubiera de dar, no se le diera ni a los Atacamas, si los gobernadores¹⁹ no los juntaran y poblaran [[= redujeran]], y pusieran en cuenta y razón y sujeción: porque de [= el] darles sacerdotes en esta manera no sirve sino para poner un sacerdote en riesgo de que lo maten, si les obliga o aprieta en algo a las cosas de cristiandad. Porque están muy solos [los sacerdotes], que aún para confesar tienen mucha dificultad. Con este desorden dan ocasión a que no sean conocidos [los indios de los sacerdotes], y no siendo conocidos no se puede saber quién son bautizados ni quién no. Y por los libros no se puede averiguar quién es bautizado: porque, como las cosas de cristiandad aborrecen y desean perseverar en sus ceguedades, así como para esto no quieren aprender la doctrina ni entenderla -porque no piensan vivir conforme a ella-, así se han excusado y escondido poniéndose todos nombres de cristianos, no siendo bautizados: para que no se parezca ni se pueda averiguar quién es cristiano, digo bautizado. Con el nombre se disimulan todos, y con traer rosario²⁰ sin rezar palabra en ellos: muchos traen que no saben la señal

¹⁹ Más que a los “gobernadores”, entiendo que la recriminación de Álvarez habría de ir dirigida a los “corregidores”, pues a ellos correspondía en realidad tal cometido.

²⁰ Conviene no olvidar que la devoción del rosario pronto se extendió por los territorios americanos, siendo objeto de una difusión sistemática por parte de los misioneros (especialmente, dominicos y jesuitas), que, valiéndose de la propia versatilidad que ofrecía, vieron en él un instrumento sencillo y particularmente adecuado a la hora de introducir la oración entre las poblaciones que visitaban. Su rezo establece un nexo directo entre la figura de la Virgen y los episodios de la Pasión al tiempo que permite una gran variedad de usos devocionales, desde la íntima meditación, las prácticas religiosas en el seno de la familia, o el rezo comunitario, siendo este último el más importante a efectos evangelizadores en tanto que fundamento y expresión de la experiencia comunitaria de la Iglesia.

En este sentido, la crítica de Álvarez respecto de que los lipes llevan rosario “sin rezar palabra en ellos” podría entenderse desde una doble vertiente. Por un lado, como un argumento más en su caracterización de unos indios mentirosos y tramposos que disimulan sus creencias, tratando de parecer cristianos aunque sin tomar en serio los asuntos de Fe, ni siquiera comprenderlos. Por otro lado, como un ataque contra los jesuitas, a quienes, como enseguida abordaré, acusa continuamente de una predicación malintencionada y apresurada, en la que se priman los signos y los elementos formales (p.ej. el rosario) sobre el verdadero mensaje del Evangelio.

de la cruz. Para ver si son cristianos en el amor que tiene al cristiano, se ve en cómo los tratan [= a los españoles] por donde pasan. Y así mismo se ve en lo que saben; y el que más sabe sabe poco, y no entiende palabra ni se [da] algo por eso. Y todas las generaciones desde reino se pierden en esta manera.

>> Sin testigos se deja verificar, por todo este proceso, que los sacerdotes no tienen culpa en el daño de la perdición de los indios; pues para con ellos el ser sacerdotes perfectos, de buen ejemplo [y] no conocer en el sacerdote pecado, no es negocio que hace efecto: ni lo miran ni quieren aprovechar dello. A fuerza de mentir defienden y encubren sus malos hechos; preguntando ‘¿dónde te bautizaron?, ¿quién te bautizó?’, dicen que en Flandes, otros que en Chipre, otro que en Guinea; de donde no se puede averiguar. Todo es hablar mentiras” (Álvarez [1588, n^{os} 736, 737] 1998: 405-406).

En suma, se queja Álvarez de que en el trato con los lipes en general, y más aún en materia de evangelización, “*todo es hablar mentiras*”, expresión que por este motivo he tomado como título de este epígrafe. Y es que en Lipés, como tantas otras veces en la conquista espiritual de las Indias, los naturales abrazaron la Fe simplemente de manera nominal a través del bautismo, capeando luego como mejor pudieron la extirpación de las idolatrías, la doctrina, los sacramentos, la convivencia con los religiosos y las cuestiones de moral y decoro católicos; todo ello mientras se iban conformando distintas manifestaciones de sincretismo religioso. Sin embargo, para este caso concreto, Álvarez encuentra además otro culpable: los “teatinos”, sobre cuya prédica entre los lipés señala:

“Destos religiosos [= los ‘teatinos’] salieron dos -de los cuales, el uno se llama el padre Ochoa- a predicar por ciertas provincias de gente pacífica, sujeta y que todos tienen curas; de ahí fueron a parar en los Lipés -gente de quien trataré en otra parte-, y no los recibieron de buena gana, ni los querían oír ni apenas dar de comer, diciendo que entre ellos

tenían cura, que no querían más padres: fueles necesario dejarlos en breve” (Álvarez [1588, nº 400] 1998: 229).

Cosa por demás frecuente en la época, Bartolomé Álvarez nombra equivocadamente como teatinos²¹ a los jesuitas, cuya estrategia, opuesta al común de otros misioneros y clérigos, va a estar combatiendo a lo largo de todo su *Memorial*. Quizás la mayor crítica que Álvarez arroja a estos mal llamados “teatinos” sea la de *“querer ser curas en curato ajeno, y donde no conocen [a] la gente”* (Álvarez [1588, nº 399] 1998: 229), pues, según cuenta, era su estrategia la de viajar por los pueblos haciéndose cargo de la misa y los sacramentos en aquéllos donde encontraran al cura ausente, con intención de desacreditarlo y para ganar almas de su parte. Amén de considerarla malintencionada y apresurada, Álvarez encuentra en esta prédica la causa de que los indios no abracen con verdadera fe el mensaje evangélico, diciendo que, desvalidos, *“no saben lo que toman y, en acabando, se vuelven a idolatrar con sus padres y madres y parientes”* (Álvarez [1588, nº 399] 1998: 229). Una crítica desde la que se entienden mejor todos los comentarios del autor acerca de la imposibilidad de saber quiénes entre los lipes están bautizados y de que los propios indígenas no sepan tampoco quién les bautizó ni respeten lo que ello significa; así como la acusación de que a veces eran ellos mismos quienes se ponían nombres cristianos para parecer ya bautizados (Álvarez [1588, nºs 732, 737] 1998: 403, 406).

Pero dentro de esta alusión al paso por Lipés de estos mal llamados “teatinos”, lo que resulta especialmente significativo es el hecho de que Álvarez incluya a los lipes -contra cuyo carácter desacatado tanto arremete en otros pasajes de su obra- en un conjunto de *“gente pacífica, sujeta y que todos tienen*

²¹ La orden teatina, primera de clérigos regulares, fue fundada en Roma en 1516-17 por San Cayetano de Thienne y por Juan Pedro Caraffa, futuro papa Pablo IV. Tenían por fin trabajar en la reforma del cristianismo y debían de vivir únicamente de limosnas ofrecidas espontáneamente. Destacaron asimismo en su entrega a ayudar a bien morir a los condenados a muerte.

cura”, poniendo además en su boca la réplica “*que entre ellos tenían cura, que no querían más padres*”. Una consideración que contrasta diametralmente con la descripción pormenorizada que de los lipes hace al final de su *Memorial*, donde señala que aún están sin someter ni reducir, que no están sujetos a doctrina, que no quieren sacerdotes entre ellos, y que no vale la pena enviar más religiosos a su territorio hasta que no estén reducidos de facto.

Sobre este último particular, como parte de su argumentación en contra de dar sacerdotes a los indios hasta que no estén debidamente reducidos, utiliza Álvarez el siguiente incidente, claro ejemplo del mal trato que a su juicio reciben de los lipes los encargados de su doctrina:

“Ha días que les dan sacerdotes [[a los lipes]], y no dan más que uno a todos éstos. Si yo le[s] hubiera de dar, no se le[s] diera si la Justicia Real no los pusiera en más conocimiento que el que tienen. Son tan libres y desvergonzados, bellacos [e] infieles, que un día²² que se les antojó de no tener cura en su pueblo -que llaman Tucai- se levantó el cacique con más de setenta flecheros y se fue a la iglesia, y dijo al sacerdote que no les dijere misa; y le hicieron desnudar, amenazándole con las flechas. Y no se atrevieron a resistirles el sacerdote y unos españoles que estaban con él²³; el cura se llama el bachiller Agustín de Ávila Briceño. ¡A estos tales bautizan, casan y confiesan como si fuesen de Toledo o de Madrid!

>> Aunque le fue dada cuenta al presidente de la Real Audiencia de Los Charcas deste hecho, no hubo memoria de castigarlo; y así se salen con todo lo que quieren. Si no han de ser cristianos, no hallo ni sé para qué son los sacerdotes, ni para qué se los dan sino para que hagan ultraje

²² En este punto señalan los editores del *Memorial* de Álvarez que al margen izquierdo hay un agregado del copista indicando “año de [[15]]87”, que suponen ha copiado literalmente del autor (Álvarez [1588] 1998: 401 nota 792).

²³ Señala Álvarez que en el momento de estos incidentes acompañaban al sacerdote en la iglesia unos españoles, aunque no especifica ni cuántos eran ni qué hacían reunidos en la iglesia, como tampoco ofrece mayor detalle en describir qué tipo de población era ésta de Tucai ni cuánta gente la habitaba, no haciendo en todo su *Memorial* ninguna otra referencia a este lugar.

dellos; como hicieron déste y han hecho de otros, y de la ley que predicán y de todo el cristianismo.” (Álvarez [1588, nº 729-730] 1998: 401).

Manteniéndose firme en su criterio de no enviarles sacerdotes, apunta el autor este otro suceso sobre el maltrato recibido por un doctrinero, aunque sin precisar la población en que tuvo lugar:

“Allí estuvo un sacerdote que se decía Juan Guajardo, al cual le quitaron el ornamento con que había de decir misa; y no se lo quisieron dar hasta que el clérigo escribió a Chuquisaca²⁴. Y el remedio que pusieron fue quitarle [[de allí]]; y así ganó el salario por sola la asistencia, sin hacer su oficio. Y de aquella vez [= manera] quedaron muchos días, que no hubo sacerdote que quisiere ir allá porque tiene la vida a merced de Dios y en peligro. No sé de qué sirve darles sacerdotes.” (Álvarez [1588, nº 741] 1998: 408).

Suponiendo que no se tratase de un equívoco en los nombres o en los hechos, si los lipas despojaron de sus ropas y ornamentos para la eucaristía a los dos sacerdotes, Agustín de Ávila Briceño y Juan Guajardo, cabría preguntarse si en realidad fue ésta una forma de ultrajar a los dos sacerdotes como tales, o una manifestación de burla al poder de Dios evidentemente cargada de simbolismo. Sea como fuere, nótese a partir del relato de ambos incidentes cómo Álvarez insiste en que son los lipas quienes no quieren sacerdotes entre ellos ni que se celebre misa en sus comunidades, haciendo responsables directos de esta actitud, al menos en un caso, a sus curacas, de acuerdo con esa idea tan extendida de que éstos constituyen una fuente de mal ejemplo para unos indios a los que dirigen en contra de los españoles (cap. VII.A.). Por otra parte, es también de destacar cómo esa imagen del sacerdote y los españoles forzados por flecheros refuerza la

²⁴ Téngase en cuenta que Chuquisaca (La Plata, hoy Sucre) era la sede no sólo de la Audiencia sino también del Obispado de Charcas, siendo a la institución eclesiástica adonde seguramente escribió este clérigo ultrajado.

caracterización de los lipes como “indios de arco y flecha” (*sensu* Barragán 1994), esto es, como *salvajes*²⁵.

Más allá de la consideración de estos ultrajes a sacerdotes, Bartolomé Álvarez estima otro factor fundamental a la hora de dudar sobre la utilidad de enviar sacerdotes a Lipes hasta que los indios no estuvieran efectivamente reudcidos y sometidos a doctrina: que la asistencia de los lipes a los oficios religiosos era prácticamente nula, manteniéndose éstos, como ya señalé más arriba, fieles a sus costumbres y tradiciones idólatras. Sobre este particular, Álvarez señala:

“Sólo de que [[los indios]] no hagan caso del sacerdote sirve [[enviarlos a Lipes]], que el día de fiesta no se llega un indio a misa; y, si llega un alcalde o algún ladinejo o curaca, no se llega a seis.” (Álvarez [1588, n° 742] 1998: 408).

Lo que sí resulta significativo en este caso es la mención por este autor de que a misa sólo acuden las autoridades indígenas tradicionales (curacas) y coloniales (alcaldes), y “*algún ladinejo*”, esto es, algún mestizo. ¿Qué pasa entonces con el resto de los indios? ¿No asisten a misa por la presión de estos otros, o sencillamente porque no quieren? Si fuera que se niegan a acudir a la iglesia, ¿no pueden sus autoridades obligarles a ello? ¿O es que acaso alcaldes y curacas sólo concurren a la misa por obligación de su cargo? Si así fuera, ¿qué circunstancias llevaron al cacique de Tucai a cambiar de opinión y a exigir al sacerdote que dejase de decir misa en este pueblo? Lamentablemente Álvarez nos deja sin respuestas a estas preguntas, y tampoco esta investigación ha encontrado otros datos al respecto en el resto de fuentes manejadas.

²⁵ Recuerde el lector que esta cuestión ya fue anticipada al considerar la presencia de flechas en el registro arqueológico de varios yacimientos correspondientes al señorío Mallku (cap. III.A.2.), y desarrollada con más detalle al tratar, por un lado, de la incorporación de Lipes al Tawantinsuyu (cap. IV.B.) y, por otro, del salvajismo de los paisajes y el paisanaje de Lipes desde la lógica del “pensamiento andino” (cap. IV.C.).

Volvamos de nuevo sobre la idea de que los indios no asisten a los oficios ni reciben doctrina porque aún están sin reducir. A fin de mitigar este problema, tanto en el informe del virrey Luis de Velasco II y en la Real Cédula de Felipe III anexos al Padrón de 1602-03 confeccionado por Diego Marques de Moscoso (AGNA, Sala XIII, 18-6-5/ 1602) se matiza que, a fin de lograr su reducción efectiva y su correcto reacomodo, convendría exonerar temporalmente a los lipes de toda carga, manteniéndoles, eso sí, la obligación de construir una iglesia en su nuevo asiento, de asistir al culto y de comprar los ornamentos necesarios para el mismo; un privilegio, por otra parte, frecuentemente otorgado a aquellos indios en proceso de reducción. Sobre este particular, el Virrey señala:

“conviene que los d[ic]hos yndios Sean Reservados Por tiempo de cinco o seys anos de PagaR la tassa. que sera El tiempo q[ue] podran Poblar y Haser sus cassas y sementeras y yglesias y lo De mas necesario cobrando según Caudal/ Para lo qual a U[estra] S[eñorí]ª suplico mande que Por este tiempo no se cobre tassa ni tributo alguno de los d[ic]hos yndios mas de que tan solamente acudan al edificio delas yglesias y comprar Ornamentos para que se pueda conseguir el efecto q[ue] se consigue porque de otra manera apurandolos sera de ningun efecto y sin fruto el tiempo que se a Passado en su Reducion para que ya [se logre] la pulicia y doctrina que su magestad Pretende que es a lo que se deue atender” (AGN, Sala XIII, 18-6-5, pp. 8-9/ 1602).

En esta misma línea, considerando que los lipes “*como forajidos y derramados que andauan estan pobrissimos y sin cassas chacaras ni caudal alguno*” (AGNA, Sala XIII, 18-6-5, p. 19/ 1602), en la Real Cédula de 1603 se desarrollan argumentos similares, aunque se reduce el tiempo de privilegio, de los cinco o seis años propuestos por el Virrey, a sólo tres. Tras recriminar a Diego Márquez de Moscoso el no haber cumplido con el repartimiento de indios subsiguiente a la reducción de los lipes, el Rey señala:

“es notorio y conocido agrauio demas de tener Previlegio y Por tiempo de tres años después de la reducion no sean conpelidos a seruicios perssonales lo qual es muy conforme a Raçon justa porque [en] este tiempo an de azer las Iglesia e sus cassas e romper [= roturar] tierras y acudir a sus haziendas” (AGNA, Sala XIII, 18-6-5, p. 15/ 1602).

Liberar a los indios de parte de sus cargas tributarias para facilitarles el proceso de reasentamiento en nuevos pueblos tal y como se estipula en este Patrón de 1602-03 (*vid* cap. V.B.1.) pareciera lo más razonable a efectos de cumplir efectivamente con dicha reducción. Necesitados de invertir su tiempo, sus recursos y su esfuerzo en la construcción de una nueva casa para su cobijo y en el roturado de nuevas chacras para su sustento, si además se les mantienen las obligaciones de tributo y servicio personal se corre el riesgo de que, viéndose agobiados, huyan a sus antiguos pueblos, fracasando así la política de reducción. Con todo, y en comparación con lo hasta aquí señalado, resulta significativa la exoneración temporal a los lipes de parte de sus cargas tributarias a condición de que cumpliesen con la doctrina, cuando los autores de fines del siglo XVI están quejándose o bien de que los indios se mantienen en sus costumbres (Álvarez, Capoche, La Bandera), o bien de que faltan sacerdotes que se encarguen de su doctrina (Álvarez, Capoche, Lozano Machuca), responsabilizando directamente de esto último a la desidia de unos corregidores que previamente no reducen a los indios (Capoche, La Bandera) (*vid supra*). Dejaré aquí esta cuestión para regresar sobre el tema de las relaciones hispano-indígenas en Lipés.

A pesar de que me ocuparé de los españoles asentados entre los lipes en otro lugar (cap. IX.B.), me parece oportuno en este punto, al hilo de los mencionados agravios sufridos por al menos dos sacerdotes en Lipés, traer a colación la descripción que Bartolomé Álvarez hace de un asiento de españoles - cuyo nombre no aparece citado- y del cariz de las relaciones entre indios y españoles que en él se daban:

“Tienen la iglesia -y la casa del sacerdote y la del corregidor y un mal tambo de los pasajeros- todo junto y apartado de su habitación, como cuartel [= distrito, barrio] de enemigos. Y todas las veces que han de favorecerse [= beneficiarse ellos], vienen al cuartel de los enemigos; y alrededor de la iglesia y alrededor de una cruz alta que está...

*[La última hoja está rota y sólo se puede leer lo siguiente:]*²⁶

... Las aves que allí se crían las han puesto a peso. ¡A peso, como en los caminos cosarios [= frecuentados] del Pirú, donde no se crían! Y todas las otras cosas [son] por esta manera; a fin de que, ya que no pueden mostrar abiertamente su crueldad contra los cristianos matándolos, los aflijan con estos precios injustos. No hay quien coma, ni para donde se saque [= se venda fuera] lo que crían, y por eso es injusto” (Álvarez [1588, nº 742] 1998: 408-409).

No especifica el autor dónde exactamente se da esta situación, pero en cualquier caso resulta significativo el hecho de que el modelo de asiento aquí descrito no se corresponde ni con el patrón indígena ni tampoco con el español. La idea que se transmite es la de un enclave apartado en el que habitan las autoridades hispanas (sacerdote y corregidor), y donde se emplaza también un tambo cuyos usuarios muy probablemente fueran en su mayoría españoles que, a tenor de lo dicho, sufrirían continuos agravios de precios por parte de los indios a él vinculados. Así mismo, la caracterización “*como cuartel de enemigos*”, por más que pueda ser una exageración del propio Álvarez, hace sospechar que las relaciones entre los españoles y los indios de la zona no serían las más deseables, quizás acudiendo los naturales a este asiento sólo para cumplir con sus

²⁶ Acerca de este roto en el documento y del texto que le sigue, los editores del *Memorial* de Álvarez señalan: “Nota del copista, así entre paréntesis. A continuación, agrega un capítulo, al que da el número 741-2º. Nosotros lo hemos puesto aquí por el contexto. Con respecto a la ‘última hoja rota’, pensamos que debe pertenecer al final del anverso, quedando por tanto todo el reverso por concluir” (Álvarez [1588] 1998: 408 nota 812).

obligaciones tributarias o religiosas²⁷. Junto a tan desoladora estampa, sin embargo, lo verdaderamente interesante del fragmento sea quizás la parte que falta por estar roto el documento, en la que bien pudieran describirse los tratos entre los españoles allí asentados y los indios que a tal emplazamiento acudían, posiblemente hablando de cuestiones relacionadas con el mercado. Por ejemplo, y como mero ejercicio de recreación virtual, me atrevería a aventurar algo como que “*alrededor de la iglesia y alrededor de una cruz alta que está*”... en la plaza

o en el atrio, se disponían los puestos donde los indios acudían a vender sus productos para el abastecimiento de la población de españoles; un mercado en el que los indios, aprovechándose de su condición de únicos proveedores y a pesar de ser ésa su única salida (no hay “*para donde se saque lo que crían*”), gravaban los precios de modo abusivo, incluso los de aquellos productos abundantes en la tierra (“*las aves que allí se crían*”), imponiendo “*precios injustos*”, etc.

Pero además, este pasaje de Álvarez apunta otro aspecto interesante en lo tocante a las relaciones hispano-indígenas en Lipes, y que tiene que ver con los tambos. Menciona este autor “*un mal tambo de pasajeros*”, que como tal consideraré pequeño y/o mal abastecido, apartado del pueblo indígena aunque formando parte de éste “*como cuartel de enemigos*”, y donde, como ha quedado señalado, los españoles se ven obligados a pagar precios abusivos (*vid supra*). Asimismo, un tambo poco transitado que se ajusta perfectamente a las descripciones de Lipes como un lugar apartado y mal comunicado. Sobre este punto, el propio Álvarez señala:

“*[[Los Lipes]] viven en parte desviada de la comunicación común deste reino, y como por sus tierras no atraviesan españoles ni hay para qué,*

²⁷ Una imagen, tengámoslo presente, del todo opuesta a la que Luis Capoché hace del pueblo cabecera de Colcha, donde los indios allí reducidos “*están contentos y pacíficos y acuden con su tasa*”, y donde al sacerdote que allí reside “*danle los indios camarico y raciones de lo que crían, y de ahí por su plata le proveen de algunos regalos*” (Capoché [1585, f. 44r] 1959: 128, *vid supra*).

están como animales no domados[y] mal poblados.” (Álvarez [1588, n° 730] 1998: 401-402).

¿Qué quiere decir que “*por sus tierras no atraviesan españoles ni hay para qué*”? Este no haber para qué puede interpretarse como que el Altiplano de LÍpez es un territorio inhóspito, apartado y sin ningún atractivo -salvo sus riquezas minerales, que no es poco-. Pero también puede entenderse en el sentido de que no hay cómo atravesar estas tierras porque no hay tambos ni otros lugares donde poder abastecerse a lo largo del camino. En este sentido, Álvarez indica que los lipes “*viven en parte desviada de la comunicación deste reino*”, algo en lo que inciden también otros autores. Así por ejemplo, Damián de La Bandera acusa el hecho de que Lipes esté “*tan apartado del camino R[ea] q[ue] por marauilla ay mensajero q[ue] vaya a esa ciudad [de Potosí]*” (AGI, Charcas 43, Cartas de DdLB #1, p. 2/ 14-4-1584). Y lo mismo el licenciado Cepeda, aunque más bien refiriéndose a Atacama, apunta en una carta al Rey esta cuestión de que Lipes queda desviado o incluso fuera de los caminos principales, y de la necesidad que hay de someter a los indios y poblar de españoles el territorio de ambas provincias, de lo cual devendrían beneficios para la agricultura en Atacama y para el comercio marítimo con el puerto del Callao (Lima):

“[La provincia de Atacama] Cae entre esta de la plata y la de chile en que ay de distancia ciento y ochenta leguas los setenta desta ciudad a los lipes y dellos a atacama treynta y de atacama a copiado primer pueblo de españoles en chile ochenta en todo el qual camino no ay pueblo de españoles y por tener sus confines de indios ydolatras de guerra [ha sucedido] muchas vezes aver muerto algunos españoles que de este rreyno al de chile an ydo por tierra y estas dos provincias [de La Plata y Chile] son el receptáculo de todos los indios que desta provincia [de Chile] se huyen y si atacama se poblase evitariase todo esto y chile y este reyno se

trataria mas de lo que se trata y atacama seria de provecho a lima" (Cepeda [1590, nº 16] 1918-22 - III: 14-15, énfasis mío).

En relación con este punto, recordemos que Luis Capoché, tratando de que resulta complicado atender la doctrina de los lipes por estar los indios dispersos, apunta que, en sus desplazamientos, los sacerdotes *"han de llevar la hierba que han de comer [[sus cabalgaduras]] y agua y leña, que tan falta es [[la región]] de esto"* (Capoché [1585, f. 44r] 1959: 128, *vid supra*), claro exponente de que, más allá de que el territorio sea yermo, tampoco tienen dónde abastecerse de ello.

Llevando esta cuestión al terreno de las relaciones hispano-indígenas, que es lo que aquí nos ocupa, la cuestión va más allá de que atravesar Lipes sea difícil por una cuestión de comunicaciones y falta de tambos. La razón principal, según apunta Bartolomé Álvarez, pareciera estar más bien en el hecho de que los indios se niegan a asistir a los viajeros. Así, después de señalar que por sus tierras no pasan españoles ni hay para qué (*vid supra*), Álvarez continúa:

"Cuando por sus tierras pasa algún español, no le quieren dar servicio - ni de comer- por su dinero. Un español solo pasa con riesgo; y [aun]que fueran dos lo mismo, si no pasan hombres determinados y de hecho [[= valientes]]. Y, aún con esto, tienen necesidad de negociar con las manos [= ir a las manos, forzarles]; y si no, no hay traza que hagan cosa bien." (Álvarez [1588, nº 730] 1988: 402).

Insistiendo en el riesgo que para los españoles supone atravesar el territorio de Lipes precisamente por la negativa de los indios a asistir a los viajeros, este autor cita:

"¿Y si dellos se ahorcasen las cabezas [[= curacas]], y no les diesen oído contra los corregidores y sacerdotes, y otras personas a quien los indios -

*que están medio rebelados porque no los han querido domar ni amansar-
agravian [de tal modo] que no osa pasar hombre solo por su tierra? Y
porque se defienden dellos los que pasan y no se dejan agraviar (que, no
dándoles [los indios] lo que [estos viajeros cristianos] han menester, lo
procuran de tomar por dinero, pagándolo; que no se lo querrían dar a los
cristianos no por dinero ni por otra cosa, porque no pasen por sus tierras,
y así les querrían hacer morir de hambre), y porque los españoles toman
lo que han menester, se van a quejar dellos y del corregidor, si se les
castiga o se les fuerza a que hagan lo que conviene, o a que no hagan
mal” (Álvarez [1588, nº 735] 1998: 404-405).*

En síntesis, Álvarez plantea que los viajeros españoles se ven en la necesidad de forzar a los lipas para obtener servicio y vituallas, pues ni pagándolo lo obtienen, siendo esto causa de queja por parte de los indios. Ahora bien, ¿qué quiere decir este autor al matizar que “*no dándoles [los indios] lo que [estos viajeros cristianos] han menester, lo procuran de tomar por dinero, pagándolo*”? ¿Acaso los indios de los tambos estaban obligados a servir a los españoles gratis? La respuesta a esta cuestión pasa tal vez por un mal entendimiento por parte de los españoles de dos cuestiones en principio diferentes: el camarico y la mita de tambos, o servicio personal de los indios en los tambos.

En principio, el *camarico* consistiría en una dádiva entregada por los indios a los sacerdotes, bien por acciones concretas o en fiestas señaladas, tal como señala Luis Capoché ([1585, f. 44r] 1959: 128) que hacían los lipas reducidos en Colcha con su sacerdote, al quien daban “*camarico y raciones de lo que crían, y de ahí, por su plata le proveen de algunos regalos*” (*vid supra*). Un acto voluntario y generoso que, sin embargo fue convirtiéndose en un deber que se hizo además extensivo al conjunto de los españoles. Así, M. Alvar (1997: 76)

lo define como una “obligación de ciertos abastecimientos que tenían los indios del Perú para con los españoles”, matizando S. Zavala (1979: 105, 291) que al final el camarico se convirtió en una asistencia obligada a los viajeros y sus cabalgaduras, dándoles de comer y beber, e incluso proporcionándoles alojamiento en el camino. De este modo, el camarico y el servicio personal en los tambos fue confundiéndose hasta convertirse en una pesada carga para los indios, si bien es cierto que fueron los religiosos quienes más abusaron del camarico, considerándolo dádiva obligatoria aparte de las obligaciones que para con ellos pudieran tener los indios de su doctrina (sustento en especies, salario, diezmos)²⁸. Por lo que a los viajeros se refiere, y citando a Pedro Mexía de Ovando, M. Serrano (1915: 54) insiste en el hecho de que los españoles se acostumbraron a viajar de balde, y “hasta los vagabundos exigían el camarico, y no contentos con ello cometían groseros desmanes, y tanto que algunos indios mataron a sus mujeres por no ser testigos de su deshonor”. Quizás por todo esto los lipes optaron por no favorecer a quienes atravesaran su territorio negándose a prestarles servicio, ya fuera de modo voluntario, forzoso o negociando incluso un pago, tal y como señala Bartolomé Álvarez (*vid supra*), ofreciendo con ello a éste y otros autores de la época un argumento más para su caracterización como indios desacatados, tramposos y mentirosos.

* * *

Traeré nuevamente a colación, para cerrar este capítulo, la solicitud hecha por Luis Capoché a Felipe II sobre la necesidad de que se acordara el Monarca de los lipes, “*incultas gentes*” que están sin doctrinar pese a que “*están en paz*, y

²⁸ Esta transformación del camarico en prácticamente un servicio personal más de los indios fue especialmente criticada por los autores de la época, que encontraron en ello un argumento ideal para acusar a clérigos y religiosos de codicia y búsqueda de lucro en el ejercicio de la doctrina, así como para arremeter contra el mal gobierno que las autoridades indígenas y españolas ejercían sobre los indios. A este respecto, *v.gr.* Acosta [1588, Libro V, caps. XIX, XX, XXII] 1952: 500, 503, 511, respectivamente; Matienzo [1567, Parte I, cap. XXVII] 1967: 91-93; Mexía de Ovando [1621] 1915 *cit. in* Serrano 1915: 53-54, 72-75.

tienen minas y pagan tasa” (Capoche [1585, f. 45v] 1959: 129, *vid supra*). Evidentemente, no cabe aplicar a este autor una suerte de filantropismo ingenuo, y más si tenemos en cuenta que en su descripción “Del asiento y minas de los Lipes” está enumerando los intereses económicos y geoestratégicos que este territorio puede aportar a la Corona en contraprestación a su evangelización. Lo realmente llamativo para los intereses de esta investigación es el hecho de que éste y otros autores del último cuarto del siglo XVI apelasen a la evangelización y salvación de los indios como cimiento para la construcción regional de Lipes.

En última instancia, por lo que abogaron Bartolomé Álvarez ([1588] 1988), Luis Capoche ([1585] 1959), Damián de La Bandera [1584, 1587] o Juan Lozano Machuca ([1581] 1965) fue por la reducción y sometimiento efectivos de los Lipes. Sin embargo, resulta curioso cómo desde los intereses terrenales (económicos) se pide mayor presencia de religiosos en esta reducción en beneficio de la doctrina y la salvación de almas, mientras que desde los intereses espirituales se solicita mayor dureza en su gobierno como paso previo a la imposición de la doctrina. Para unos, mayor número de pueblos de indios reducidos con iglesia y sacerdote supondría un mejor control de las gentes y su territorio, y por ende garantizaría la concurrencia de los indígenas a las actividades de explotación económica. Para otros, lo primero sería controlar el territorio y someter a sus gentes, y luego dotar a ese nuevo planeamiento de los doctrineros necesarios para la salvaguarda espiritual de los indios. En cualquier caso, para someter de facto el territorio, lo que haría falta sería un número apropiado de españoles, y por más que aquí haya tomado las relaciones hispano-indígenas a partir de una perspectiva moral, religiosa o eclesiástica en la construcción regional de Lipes, lo que parece abstraerse de las informaciones presentadas es que en realidad eran pocos los españoles asentados en este territorio o transeúntes del mismo, existiendo así dificultades para imponer un sometimiento efectivo de la población indígena y un cumplimiento de sus obligaciones de servicio. Volveré más adelante (cap. IX.B.) sobre esta cuestión al

abordar los asientos de minas como nodos en esa geografía relacional que permitía a los españoles crearse la sensación de un dominio efectivo de los espacios americanos a partir de esa territorialidad evanescente que ya traté en el capítulo II.B.

Por último, me permitiré poner punto y final a este capítulo dedicado a los caciques y a la naturaleza desacatada, tramposa y mentirosa de los lipes mencionando nuevamente los apuntes hechos por Bartolomé Álvarez ([1588, n^{os} 39, 40] 1998: 406-407), Damián de La Bandera (AGI, Charcas 43, Cartas de DdLB #2, p. 2/ 30-4-1584) o Luis Capoche ([1585, f. 45v] 1959: 129) respecto de que los indios, capitaneados por sus autoridades, acudían a alquilarse (mingarse) “por su voluntad” en las minas de Las Salinas o en Potosí, considerando el dato como una invitación para reflexionar sobre el papel de los lipes en la articulación del *hinterland* potosino y el reordenamiento de los espacios económicos surandinos, materia sobre la que versan los dos capítulos siguientes VIII y IX.

VIII

De las punas a la Villa Imperial.

Reordenamiento territorial y participación de los lipes en los mercados potosinos

A partir de que en 1545 el Cerro Rico de Potosí mostrara a los españoles su riqueza argentífera, los espacios económicos surandinos comenzaron a experimentar un total reordenamiento estructural¹. La actividad minera y el abastecimiento de la Villa Imperial se constituyeron en los dos pilares fundamentales a partir de los cuales se iban a generar profundos cambios económico-territoriales, poniendo en marcha una completa reorganización del altiplano centro-surandino para la cual se tomó como punto de partida la Visita

¹ Por circunscripción a los objetivos de esta investigación, y por una evidente limitación de espacio, no me detendré aquí en el descubrimiento del Cerro Rico de Potosí ni en la descripción de la Villa Imperial, ni de sus minas ni ingenios, de todo lo cual dieron ya buena cuenta los autores de la época (v.gr. Anónimo [1603] 1965, Benino [1573] 1965, Capoche [1585] 1959, Fuente Sanct y Hernández [1572] 1965). Especialmente remito al lector interesado en esta materia a la obra de Bartolomé Arzans de Orsúa y Vela ([1700-36] 1965), una suerte de enciclopedia de la historia, vida cotidiana y minería de Potosí. Asimismo, una muy lograda síntesis de todos estos aspectos puede encontrarse en el trabajo de J. Marchena (2000), inserto en un interesante volumen colectivo, coordinado por él mismo, en el que se compone una visión global de Potosí desde el paisaje, la minería, las vías de comunicación, la sociedad y la cultura. Por mi parte entonces, tan sólo haré hincapié sobre aquellas cuestiones relacionadas con la inserción de Lipos en los espacios económicos del *hinterland* potosino y de los lipes en los mercados de Potosí, o bien, en aquellos que contribuyan a crear un marco desde el que entender mejor ambos temas.

General del virrey Francisco de Toledo (1570-1575), su consecuente Tasa y el establecimiento del sistema de la mita minera potosina. Epicentro de todas estas transformaciones, Potosí se convirtió en una ciudad símbolo, en palabras de L. M. Glave (2000: 252), “desde la entraña de la tierra y el pecado, hasta el cielo de la riqueza y el poder”. Puesto en explotación el Cerro, la primitiva aldea minera no estuvo poblada por más de 75 hombres atraídos por el metal, llegados de lugares próximos como Porco o La Plata. Treinta años después, en tiempos del virrey Toledo, la Villa Imperial contaba ya con 120.000 habitantes, convertida así en una de las mayores urbes del Planeta y, si cabe aún más, en un caso único en la historia demográfica mundial. De esta población, y según las fuentes, serían entre 50.000 y 80.000 los indios entre 18 y 50 años que asistían a la mita minera de Potosí, llegados de 16 provincias y 119 pueblos; el 90% del total al considerar también a las mujeres y los niños. Y es que éste fue el tercer pilar en la construcción del nuevo espacio económico, los movimientos internos de población dentro del *hinterland* potosino, que a su vez generaron complejas estrategias de readaptación económica y social dentro del mundo indígena (Saignes: 1987b; Sánchez-Albornoz: 1982, 1983).

Claro ejemplo de una sociedad mestiza, resulta complicado segregar en Potosí los universos español e indígena, aunque es evidente que en determinadas facetas de su rica vida social, política, económica y cultural ambos corrían por sendas separadas. A partir de su trazado urbano, J. Marchena (2000: 40-71) distingue entre la primitiva aldea minera, la ranchería reorganizada por el virrey Toledo, la villa de españoles y lo que da en llamar el escenario del boato y la pompa de la Corte potosina. Es precisamente desde la escena de ese Gran Teatro del Mundo que fuera Potosí, a partir del análisis de la vida cotidiana de su población internacional y pluriétnica, que C. Varela (2000) ha intitulado a la Villa Imperial como “la Babilonia americana”. Salvo por los arrabales étnicamente diferenciados y por las parroquias específicas para cada grupo indígena, estimo que habrían de ser las diferencias de clase, y no tanto las de

origen étnico, las encargadas de matizar la idiosincrasia de un Potosí que por su efervescencia económica, comercial, cultural y artística se situó en la vanguardia del Siglo de Oro en Indias. En este sentido, L. M. Glave (1990) configura para mediados del siglo XVII la idea de un “concreto local”, que I. González proyecta sobre el mundo potosino a partir de la siguiente fórmula:

“el mundo de los caciques y demás jerarquías indígenas, de los indios ‘originarios’ y ‘forasteros’, de los grupos de españoles y criollos de implantación rural e involucrados en los circuitos de la economía mercantil (agricultores y hacendados, párrocos e integrantes de las órdenes religiosas, corregidores y subalternos, pequeños y medianos mineros, etc.). En función de sus intereses, unos y otros trataron de resistir y aprovechar las exigencias y oportunidades que representó el gran nudo mercantil de Potosí y la obligación de derivar hacia él un significativo porcentaje de los hombres y recursos de la zona. En las contradictorias relaciones que entre ellos generó la mita (por un lado, las maniobras de las comunidades para aliviar su presión y de los restantes grupos para rentabilizar al máximo las oportunidades del mercado potosino; por otro, los conflictos y alianzas para resistir el drenaje de mano de obra que representaban las tandas anuales de mita), se trabaron una serie de complicidades y oposiciones cuyo punto de partida fue siempre un exacto conocimiento de los cambios que acontecían y del alcance y extensión de sus dimensiones demográficas y económicas, y el de llegada el intento de esquivar el peso de las exacciones coloniales y en especial el de su máxima manifestación: la mita minera de Potosí.” (González 2000: xxv).

En efecto, la estructura económica de la sociedad colonial siempre estuvo marcada por los juegos dialécticos entre la Corona, la Iglesia, los cargos del gobierno regional y local, los particulares, las autoridades indígenas y la masa india. En este contexto, el sistema de la mita impuesto por el virrey Toledo no hizo sino propiciar nuevas estrategias para la defensa de los intereses de cada una

de las partes implicadas. Según I. González (2000: 54) el sistema de la mita acentuó dos viejos procesos en parte contradictorios: uno centrífugo, que tendía a la ruptura y desarticulación de las comunidades indígenas por la acción de intereses particulares, y otro centrípeto, animado por el empeño del poder colonial en el mantenimiento de los núcleos indígenas como garantes finales de todo el entramado económico de la Colonia. Dando sentido a esta paradoja, lo que ya entonces se veía como un grave problema: el despoblamiento de los pueblos de indios, ya fuera por asistir a la mita en Potosí, o porque los indios no tardaron en idear distintas artimañas lo mismo para escapar de la mita, como para no regresar a sus comunidades de origen una vez terminado su turno en la Villa Imperial. En una carta de 10 de abril de 1597, el virrey Luis de Velasco II llamaba la atención acerca de que “*desde el Cuzco para Potosí están los pueblos despoblados, que casi no se ven indios sino como por maravilla*”; insistía en ello en otra misiva de 16 de abril de 1598 al advertir que “*así están los pueblos y provincias, que apenas se topa con un indio si no es algún viejo que por inútil le dejaron de llevar con los demás*” (cit. in González 2000: 65). Un problema de aparente “desaparición” de mano de obra de cuyas dimensiones preocupantes en la época da cuenta la convocatoria de una Junta específica en 1610, y sobre el que profundizaré más adelante en afectación sobre Lipes (cap. IX.C.).

Sin embargo, también se ha interpretado este despoblamiento del altiplano en términos de reasentamiento, aunque esta reconfiguración del paisanaje también influyó seriamente en el ámbito regional al deteriorar las conexiones entre la economía minera y la economía campesina dentro del *hinterland* potosino, y favorecer la inserción de los indios en el circuito monetario (v.gr. González 2000: 75-86, 99 y ss; López 1988: 219 y ss, 1991; Zulawski 1987: 51 y ss). Desde este punto de vista, a la desaparición de la población indígena se contrapondría el surgimiento de nuevas categorías de indio. Así, junto a los indios mitayos que asisten en Potosí, se dan cita en la villa Imperial indios huidos, indios *de plata* o *de faltriquera* que pagan por no concurrir a su turno en

la mita, indios forasteros que se radican más o menos alejados de sus comunidades, indios que se hacen pasar por otros indios para evadir la mita o el tributo, yanaconas que habiendo cumplido sus mitas permanecen ligados a los españoles como asalariados, *indios viajeros* que abastecen a los *indios de minas*, indios mingados que alquilan su trabajo a cuenta propia. En suma, un contingente humano forzosa o voluntariamente desplazado, y reubicado en otro lugar más o menos distante al suyo de origen, ya fuera una comunidad indígena, un centro urbano, un asiento de minas -Potosí a la cabeza- o una hacienda, y que participa en los circuitos económicos a través de una inserción horizontal que rompe los modelos tradicionales indígenas amparados en la verticalidad andina.

Considerando este marco de referencia, analizaré a continuación la inserción de los lipes en los nuevos espacios económicos surandinos, fijándome primero en su concurrencia a la Villa Imperial y su participación en los mercados potosinos, y observando a continuación su papel en la articulación económica del *hinterland* potosino a partir de las caravanas de llamas.

VIII.A.- DE LAS PUNAS A LA VILLA IMPERIAL. LOS LIPES EN EL MERCADO DE POTOSÍ.

Tras la Visita General del virrey Toledo y su consecuente Tasa, quedaron sometidas a la mita minera de Potosí las provincias de Porco, Chayanta, Cochabamaba, Paria, Chicas y Tarija, Carangas, Sicasica, Pacajes, Omasuyos, Paucarcolla, Chucuito, Cabana y Cabanillas, Asángaro y Asillo, Canas y Canchi, y Quipiscanchis. Así mismo, resultaban exoneradas de contribuir con capital humano a las minas del Cerro Rico la propia Villa Imperial, las ciudades de San Felipe de Austria de Oruro, Cuzco, La Paz, Santa Cruz de la Sierra y La Plata (hoy Sucre), los altos de Arica, y las provincias de Paucartambo, Carabaya, Arequipa, Lipos, Atacama, Pilaya y Pasapaya, Yamparáes, Tomina, y Mizque, y

los yungas de Larecaja, Mojos y Chiquitos, y Paria. Sobre esta discriminación, A. Crespo (1955: 5) ha señalado que resulta difícil adivinar el criterio que primó para no incluir provincias cercanas a Potosí pero sí otras tan distantes como las al norte del lago Titicaca. Por qué el virrey Toledo dejó fuera de esta mita minera a los lipes ya fue objeto de discusión capítulos atrás (cap. VI.B.2.) y también en otras páginas (Gil 2005b), por lo que no volveré otra vez sobre el tema. Sin embargo, si bien no concurrían al Cerro como mitayos, sí acudían a Potosí para mingarse (alquilarse) y para participar en el mercado. A este respecto Luis Capoche señala:

“Costumbre fué los años pasados asistir a Potosí sesenta y nueve indios de esta provincia de los Lipes, que estaban obligados a dar de mita ordinaria veinte y tres indios, que repartió el virrey don Francisco de Toledo a minas e ingenios; y después en el último repartimiento que hizo, los dejó fuera de esta obligación, por tener minas en su tierra.

>> Comúnmente asisten en esta villa [[de Potosí]], de asiento, setenta u ochenta indios con un capitán², y de su voluntad se alquilan y mingan para pagar sus tasas, que cobran los oficiales reales. Tienen su asiento en la parroquia de Santiago, sin ser sujetos a las capitanías, y sin estos hay muchos otros indios que vienen a vender un género de ropa que allá hacen, y harina de quinua, y colores y plumería de muchos avestruces que se crían en su tierra” (Capoche [1585, f. 45v] 1959: 129).

² *Capitán*: “capitán de mita” o “capitán general de mita”. Como presenté con detalle en el capítulo VII.A., autoridad indígena, junto con los caciques, coadyuvante en el reclutamiento de mano de obra para el cumplimiento de los turnos de mita, y encargada por tanto de reclutar a los mitayos, acompañarlos a su destino, supervisar la organización de su trabajo velando por el cumplimiento de las disposiciones acordadas y, en suma, comandarlos mientras durase el turno.

Tres son los aspectos a destacar de este testimonio de Capoché:

- que a pesar de estar exonerados de asistir a la mita en el Cerro Rico, los lipes acudían a Potosí a alquilarse por su cuenta para así reunir el importe de sus tributos en dinero³.
- que no tienen asignado un espacio propio en el entramado urbano de Potosí, pese a estar vinculados a la parroquia de Santiago aunque sin sujeción a sus capitanes.
- que en la Villa Imperial, además de alquilarse como mano de obra en menesteres que Capoché no especifica, también se dedican a la venta de género variado.

A tenor de lo apuntado por Capoché, más allá de que el virrey Toledo pudiera haber conmutado a los lipes el trabajo en las minas de Potosí por el llevado de la labor en las minas de su propia provincia -punto que, como presenté en su momento no fue el determinante para no visitarlos ni incluirlos en su Tasa- lo verdaderamente interesante aquí resulta el hecho de que están marchando a Potosí a alquilarse por su cuenta⁴. En este sentido, el dato de que los lipes estén asentándose en y acudiendo a Potosí movidos por sus propios intereses nos lleva a reflexionar acerca de su papel dentro de los nuevos espacios económicos surandinos. Junto a esta iniciativa, es de destacar otra cuestión que me da la impresión de ser frecuentemente pasada por alto en los estudios históricos: generalmente se considera que tanto la mita como la minga constituyen

³ En esta línea, es de tener en cuenta el dato aportado por Bartolomé Álvarez ([1588, nº 739] 1998: 406) acerca de que los lipes acudían a alquilarse al asiento de Las Salinas para reunir el monto necesario para el pago de sus tasas. En función de ello, y como comentaré al tratar de la crisis de la minería en Lipes (caps. IX.C. y IX.D.), Álvarez plantea la posibilidad de fijar una mita entre ellos a fin de paliar la escasez de mano de obra para las minas de su provincia.

⁴ Recuerde el lector que al tratar de las autoridades indígenas en Lipes (cap. VII.A., también V.B.1.) ya presenté otro caso similar, en el que un curaca acudía con cien indios al asiento de Las Salinas, en el repartimiento de Aullagas y Uruquillas, al norte del Salar de Uyuni, para alquilarse por su cuenta para el trabajo en los ingenios de minas, sobre todo lo cual informa pormenorizadamente Damián de La Bandera (AGI, Charcas 43, Cartas de DdLB, #1 y #2/1584), corregidor de Paria y de las minas e ingenio de este asiento de Las Salinas.

fenómenos que afectan exclusivamente a la población masculina, cuando en realidad supusieron un verdadero trasiego de familias enteras; los varones se dedicarían a la extracción del mineral, sí, pero en su desplazamiento estarían acompañados por otros individuos de ambos sexos y de diferentes grupos de edad, que en su nuevo destino se ocuparían en un sinnúmero de actividades económicas. En este sentido destacan las informaciones contenidas en el *Padrón de todos los Yanaconas que se hallaren en las parroquias desta Villa de Potosí con sus mujeres e hijos* [1575] y en el *Asiento de tasa de los Yanaconas* [1586], dos documentos según los cuales el 80% de los indios residentes en Potosí eran guairadores⁵, mientras que el 20% restante se repartía entre mercaderes, zapateros, sastres, cacharrereros, plateros, carpinteros, silleros, sederos, pastores, hierbateros, carboneros, herreros, panaderos, pasteleros y cazadores (*cit. in* Escobari 1992: 72). A partir de esta relación, la cuestión estaría en saber si el oficio que los indígenas desempeñaban en Potosí lo llevaban ya aprendido o si, por el contrario, adquirirían su formación en la propia Villa Imperial, una incógnita que sin duda resulta difícil de resolver. Desde esta perspectiva, ¿en qué plano se insertaron los lipes en las actividades económicas de la Villa Imperial? O dicho de otro modo, ¿cuáles fueron los roles desempeñados por los lipes en el mercado de Potosí, cuál su oficio como indios de ciudad?

Sin embargo, antes de pasar a ocuparme de esta cuestión me detendré en otro punto tan importante o quizás más que el propio hecho de que los lipes acudieran a mingarse a Potosí: que lo hicieran de manera organizada bajo un “capitán”, pues ello implica un principio de organización territorial de

⁵ *Guairador*: indio ocupado en la fundición de metales de acuerdo al sistema tradicional de las *guairas*, hornos de barro a modo de torrecillas perforadas, situadas en lo alto de los cerros, donde el fuego era avivado por la propia fuerza del viento.

“*Huaira quiere decir viento. Y dan los indios el mismo nombre a unas hornazas que usan para fundir metales ricos, porque las ponen en lo alto de los cerros donde coge mejor el viento, con lo cual escusan los fuelles. Y el fundir de esta manera se dice huairar y los indios que lo hacen huairadores, de los cuales hay muchos en Potosí que no tratan de otra cosa sino rescatar metal de los indios de las labores que hurtan lo mejor para el efecto.*” (Llanos [1609, f. 21, n° 125] 1983: 57).

reclutamiento, quizás inspirado en patrones indígenas preexistentes (incas o incluso pre-incas) de manejo espacial del contingente humano, o tal vez influido por los principios organizativos de la mita. Pero atención, porque si bien el término *capitán* queda estrechamente relacionado con la mita, el propio Capoché (*vid supra*) indica que la permanencia de los lipes en Potosí quedaba al margen de las *capitanías*, como por otra parte debía de ser en tanto que estaban exonerados de la mita minera. Por tanto, este empleo del término bien pudiera responder a un desliz del mismo autor, quien al hablar de cómo los lipes acudían a Potosí de modo organizado proyectó la figura del “capitán de mita” sobre quien más bien pareciera un responsable de la comunidad, que habría de responder de y por ellos, y que bien pudiera ser incluso un curaca o alguien allegado a la autoridad étnica, papel desempeñado, por ejemplo, por el cacique Alonso Yacasa en el traslado de cien indios lipes al asiento de Las Salinas (*vid supra*, notas 2 y 3). Y es que en este punto, lejos de librarse de sus caciques, la población indígena residente en Potosí era vigilada de cerca por éstos en sus parroquias, manteniendo sus obligaciones tributarias para el pago del salario de las autoridades y del cura doctrinero, tanto en sus comunidades de origen como en la Villa Imperial. En realidad, el hecho de que en el siglo XVII las comunidades todavía mantuvieran su coherencia étnica no debería hacer olvidar las profundas transformaciones que habían experimentado, transformaciones derivadas de los procesos migratorios, las presiones mercantiles y monetarias, y los abusos a que se veían sometidos por unas autoridades indígenas o coloniales muchas veces conchabadas entre sí. Más aún, fue gracias a su capacidad de respuesta frente a las exigencias coloniales como algunos de estos señores étnicos vieron reforzada su legitimidad y engrosado su patrimonio, o como otros escalaron socialmente y consiguieron posiciones de prestigio comunitario desplazando con ello a los señores tradicionales⁶. Desafortunadamente, la documentación disponible no me

⁶ Quizás uno de los casos más conocidos para la etnohistoria sea el de la familia Fernández Guarachi de Jesús de Machaca, entre los pacajes, sobre el que llamó la atención S. Rivera (1978), y que posteriormente ha sido revisitado por diversos autores. Asimismo, en el trabajo de T. Saignes (1987b) podrá encontrar el lector interesado una elaborada síntesis de este proceso de

permite proyectar estas cuestiones sobre las autoridades étnicas de los lipes más allá de lo presenté en su momento (cap. VII.A.).

Al margen de su procedencia étnica y su posición dentro del mercado, el caso es que la permanente afluencia de indios a Potosí, mitayos o no, fue transformando progresivamente el planeamiento urbano de la villa, que a fines del siglo XVI ya estaba dividida en catorce parroquias de indios, cada una con su alcalde indígena. En tanto que a ellas se adscribían los mitayos que de cada provincia del altiplano llegaban anualmente, estas parroquias reproducían en la Villa Imperial el mosaico étnico andino a pequeña escala, conservando lenguas, vestimentas, usos y costumbres y posiciones sociales. Por ende, en y desde las parroquias se articulaban las solidaridades y dependencias entre miembros de una misma etnia, comunidad o ayllu⁷. Los indios provenientes de otros grupos étnicos no sujetos a la mita quedarían vinculados a una de estas parroquias, como en el caso de los lipes, según Capoché (*vid supra*) agregados a la de Santiago, templo de los canchis que habían sido desplazados de San Sebastián por los quillacas, a su vez desplazados de San Bernardo al convertirse ésta en parroquia de españoles. Considerando la división por parroquias como un mecanismo de reparto estratégico de la población indígena en Potosí por parte de la

consolidación o renovación de las elites indígenas a partir de su capacidad de movilización y de control de gentes y recursos.

⁷ La relación de parroquias y grupos étnicos quedaría establecida como sigue:

- | | |
|--|--|
| - San Martín: lupacas. | - San Juan: lupacas que no cabían en San Martín. |
| - San Benito: collas de Urcosuyos y soras de Cochabamba. | - San Pablo: charcas y caracaras que no cabían en San Francisco y San Cristóbal. |
| - Santa Bárbara: collas de Omasuyos. | - San Sebastián: originalmente, los canchis de Quispillaque, y posteriormente también los quillacas desplazados de San Bernardo. |
| - San pedro: pacajes de Omasuyos. | - Santiago (antigua de San Agustín): canchis desplazados desde San Sebastián. |
| - La Concepción: pacajes de Urcosuyos. | - San Bernardo: quillacas, hasta que se convirtió en parroquia de españoles. |
| - San Cristóbal: caracaras. | |
| - San Francisco el Chico o de los Naturales: | |
| - Charcas. | |
| - San Lorenzo: carangas de Oruro. | |
| - Ntra. Sra. de Copacabana: pacajes del entorno de Tiahuanaco. | |

(Fuente: Marchena 2000: 46, según Gisbert y Mesa 1997: 229-230)

Administración colonial, ¿por qué ésta adscripción de los lipes a la parroquia de Santiago? ¿Fue una elección propia o vino impuesta por el gobierno de Potosí? ¿Cuál fue el tono de las relaciones con sus convecinos canchis, desplazados a su vez de la de San Sebastián por los quillacas? ¿En qué manera contribuían los lipes al mantenimiento del templo y del culto? Tratando de encontrar una pregunta que englobe a éstas y cuantas otras pudiéramos hacernos al respecto, ¿cuáles fueron realmente los espacios urbanos ocupados por los lipes en Potosí, y con qué intensidad? Nuevamente, el corpus documental conocido no permite responder a estos interrogantes⁸. Volvamos entonces a la inserción de los lipes en el mercado potosino.

Como ilustra P. Bakewell (1989: 116 y ss), la práctica de retener indios por deudas fue algo frecuente en Potosí. Sin embargo, el caso más flagrante a este respecto no refiere al trabajo en las minas sino a las panaderías, y además, dato curioso, atañe directamente a los lipes.

Juan de Matienzo ([1567, Libro I, cap. 40] 1967: 133-134) señala, sin especificar adscripción étnica alguna, que eran muchos los indios ocupados en las panaderías, y es que la mita panadera cobró una importancia significativa, implicando no sólo el hecho de cocer el pan, sino también la molienda del grano y todo lo que a este oficio queda aparejado. Cómo terminan los lipes ocupados en esta actividad resulta algo velado, que incluso podría pasar desapercibido de no ser por la querella de Cristóbal de Vera, panadero, contra Diego Márquez Moscoso, corregidor de Lipes, sobre el depósito de indios y el destino de éstos en las panaderías de la Villa Imperial, y de la cual dio cuenta a la Real Audiencia de

⁸ Sobre el porqué los lipes acudían a la parroquia de Santiago, valga como apunte la devoción que al apóstol santo se guarda hoy en todo el territorio de Lípez, vinculado incluso al relato fundacional de algunas comunidades (*v.gr.* Gil 2007a, 2007b). Sin embargo, aventurar desde la comparación etnográfica que los lipes escogieron esta parroquia en razón de su advocación no deja de ser algo arriesgado, necesitado de un estudio más profundo que o bien lo corrobore o bien resuelva si la devoción actual no hunde sus raíces en esta antigua adscripción al templo potosino.

La Plata Pedro Córdova de Mejía, corregidor de Potosí, en 1602 (ANB, CACH 337/ 1602). Según el escueto informe de Córdova de Mejía, el corregidor de Lipes sería culpable de enviar a los panaderos de Potosí indios de su jurisdicción, a los que éstos “*con malicia les va dando platta para tenerlos empeñados toda la vida*” (f. 1r). Al parecer, Márquez de Moscoso había ordenado a los panaderos que “*los dejen salir los domingos a missa y los demas dias a lo q[ue] les conviniere de sus miserables constituciones*” (f. 1r), pero el abuso se destapa cuando éstos hacen caso omiso de la orden, pues los indios aprovechaban estas salidas para su huida, quedando así ellos descubiertos frente al Corregidor, que en cualquier momento podía reclamárselos. Con tales hechos defendían los panaderos la situación de opresión a la que sometían a *sus* indios, argumentando además “*que no abra otros yndios que se acomoden al amasijo como lo hacen estos lipes que estan ya curtidos en este ministerio y para otro no seran de ningun serv[ici]o*” (f. 1v). Denunciada la conchabanza entre Márquez de Moscoso y los panaderos de Potosí, ante las razones esgrimidas por éstos, y considerando la falta de una parroquia propia para los lipes, Córdova de Mejía termina su informe planteando a la Audiencia que mejor sería devolver estos indios a sus pueblos y remplazarlos en su trabajo por esclavos negros (f. 1v).

A tenor de este caso, tal vez debiéramos mirar con cierto recelo los datos de población recogidos en el *Padrón de los indios de Lipes* de 1602-03 (AGNA, Sala XIII, 18-6-5/ 1602) (*vid supra*, cap. V.B.1.), no fuera que estuviesen más o menos maquillados en beneficio de los supuestos chanchullos que se atribuyen al corregidor Márquez de Moscoso en las panaderías de Potosí. En cualquier caso, llama la atención sobre este particular la súplica hecha por el virrey Luis de Velasco II en el informe de 1602 que acompaña a dicho padrón:

“*otrosi suplico al s[eñ]^{or} mande Proveer de Remedio acerca de que ningun Panadero ni otra Persona en esta Prouincia admita a su seruy[ci]o a ningunos yndios de la dicha Prouincia de los lipes como Hasta aquí lo an hecho que es la caussa de despoblarse la d[ic]ha*

Prouincia con pena que Para ello se les Ponga de que lo contrario Hiciere para que de esta manera Tenga efecto la dicha Poblacion y Reducion [de los indios lipes a sus pueblos]” (AGNA, Sala XIII, 18-6-5, p. 9/ 1602)⁹.

Más allá de mi propio interés en este caso por el hecho de estar implicados los lipes, resulta significativo que en ningún momento se cite para el mundo andino legislación prohibitiva de la retención de indios por deudas, ni tampoco normativa alguna sobre el número de pagas que podían adelantarse a los trabajadores, regulaciones sí existentes en Nueva España desde principios del siglo XVII¹⁰. A este respecto, cabría preguntarse si tales ausencias responden a la ignorancia de las autoridades de Potosí (y en particular su corregidor), o a que en verdad no existieran, o tal vez porque esta práctica resultaba demasiado habitual y sobre ella todos hacían la vista gorda dentro de unos límites. De la misma manera, y teniendo en cuenta la mencionada coerción que las autoridades indígenas aplicaban sobre sus comunidades, resultaría de gran interés poder profundizar en el caso y ver si, además del Corregidor de Lipes, había otras instancias de poder envueltas en la trama. ¿Y si apareciera aquí la figura de ese

⁹ Esta petición del virrey Velasco queda recogida textualmente en la Real Cédula de 1603, que asimismo acompaña a este Padrón de 1602-03(p. 19).

¹⁰ A este respecto, ni la retención de indios por deudas ni el adelanto de sus pagas quedan regulados en la *Recopilación de Leyes de Indias* [1680] ni en el cedulario de Zorita ([1574] 1985). Sin embargo, en su estudio sobre Zacatecas P. Bakewell (1984: 117) señala que la práctica del peonaje por endeudamiento apareció en este asiento a fines del siglo XVI, siendo objeto de numerosas leyes que trataron de limitar el monto de los préstamos al equivalente de cuatro meses de salario, prolongados a ocho en 1595 por el virrey Luis de Velasco II (1590-1595).

Por lo que al caso de los obrajes se refiere, a pesar de la prohibición de 1569 de dar adelantos a los indios a fin de evitar su endeudamiento, los hechos consumados obligaron al a regular en 1579 el monto de lo prestado en un máximo de dos pesos por mes de servicio primero, y posteriormente en un máximo equivalente a cuatro meses de servicio, tratando de evitar con ello la prolongación del compromiso de trabajo (Urquiola 1985: 12-13, según información recogida en Zavala 1947: 145,165). La cuestión, sin embargo, tal y como la plantean J. I. Urquiola (1985: 37) y C. Viqueira (1985), radicaría en determinar si la táctica de adelantar jornales para obtener un peonaje por deudas constituyó una táctica netamente colonial o si más bien resultaba de una costumbre prehispánica para establecer una relación de trabajo, discusión ésta que entiendo excede los límites de esta nota comparativa entre las situaciones peruana y novohispana en esta materia.

“capitán” mencionado por Capoché y cuya presencia aparentemente improcedente ya se comentó más arriba? Otra vez más, a la falta de pruebas me remito.

Pero consideremos el argumento dado por los panaderos de Potosí para no dejar salir a los indios de las tahonas: que se huyen, dando a entender que eso les perjudica a ambos en tanto en cuanto a su modo de ver los lipés no sirven para otro oficio. Sin embargo, volviendo al punto de partida, Capoché ([1585, f. 45v] 1959: 129) apuntaba, amén de los lipés que acuden a alquilarse, había en Potosí *“muchos otros indios [[lipés]] que vienen a vender un género de ropa que allá hacen, y harina de quinua, y colores y plumería de muchos avestruces que se crían en su tierra”*.

Recordemos los presentes que, según Juan Lozano Machuca ([1581] 1965: 61), aquellos dos curacas de los lipés entregaron al virrey Toledo para significarse como gente pobre y así evadir o rebajar la imposición tributaria: *“unas plumas de avestruces y unas camisetas de unos animalejos que llaman chinchillas”*, precisamente dos de los artículos a los que Capoché alude cuando refiere los géneros que estos indios venden en el mercado de la Villa Imperial. Bien es cierto que los lipés nunca destacaron (ni arqueológica ni etnográficamente) por ser notables tejedores. Sin embargo, lo cierto es que distintos géneros de tejidos ya aparecían reflejados en la tasa que de los indios lipés que tuvieron en encomienda Hernán Núñez de Segura y Francisco de Tapia, hecha en 1550 por fray Gerónimo de Loaysa, Fernando de Santillán y fray Domingo de Santo Tomás (CNM-AH, Cajas Reales 1, ff.56-57/ 1550). Ahora bien, a este respecto, como comenté en su momento (cap. VI.B.2.), caben dos opciones. Por un lado, que el hecho de que los indios tuvieran que tributar determinados productos no quiere decir que estuvieran obligados a la entrega de tales especies, sino quizás al valor monetario fijado como equivalente según el tipo y la calidad de los mismos; equivalente que los indios entregarían a partir

quizás de la venta en el mercado potosino de tales productos. Por otra parte, que, acopiando el tributo en especie, fueran los propios encomenderos (o a través de sus agentes) quienes pusieran en circulación tales productos en el mercado. De la misma manera, pensemos que “ropa” y “mantas” pueden referirse a textiles en general.

En cualquier caso, lo evidente es que al mercado de Potosí concurren habitual o temporalmente indios lipes para vender una serie de mercaderías, de cuya ganancia sacarían para el pago de sus tributos. Ahora bien, ¿eran éstos unos productos traídos directamente de Lipes, o Potosí resultaba ser el destino final de una serie de productos puestos en circulación a partir de redes de intercambio (supra)regionales? A este respecto, sirvan como ejemplo para continuar esta discusión las informaciones dadas por Juan Lozano Machuca ([1581] 1965: 60, 61) acerca de que los indios “aymaras” de Lipes *“tienen contrataciones y rescates en esta villa de Potosí, Tarapacá y Atacama”*, y que en el borde de este territorio hay unos indios “cimarrones” que *“entran en Potosí con nombre de indios lipes y atacamas con ganados y otras cosas de venta y rescate”*.

No olvidemos que el abastecimiento de la Villa Imperial constituyó uno de los pilares fundamentales para la reorganización económico-territorial del altiplano andino, desarrollado en los primeros tiempos casi exclusivamente por caravanas de llamas. Así mismo, tengamos presente que, como retomaré enseguida, los lipes han destacado en el tráfico caravanero de la puna y las quebradas y valles orientales desde época prehispánica hasta prácticamente hoy en día. Quizás a ello pudiera estar aludiendo Lozano Machuca ([1581] 1965: 61) al señalar la provincia de Lipes cuenta con el *“aparejo”* necesario para llevar los productos de su tierra *“a los puertos donde V[[uesa]] E[[xcelencia]] viere que conviene más al real servicio”*; un aparejo que Sebastián de Covarrubias define en su *Tesoro de la lengua castellana o española* [1610] como *“lo necesario para hazer alguna cosa”*. Así, tratándose de transportar mercancías, el aparejo citado

por el Factor de Potosí bien puede ser entendido aquí no sólo como las propias llamas, sino también los costales y las sogas, elementos imprescindibles para su carga (Fig. VIII-1). Considerando todo ello, ¿acaso los costales formarían parte de ese “*género de ropa que allá hacen*” apuntado por Capoche (*vid supra*), y constituirían por tanto un producto más de los puestos en circulación por los lipes en el mercado de Potosí? Desde luego, sí constan en la Tasa de 1550 como parte del tributo que los lipes debían entregar a Hernán Núñez de Segura y Francisco de Tapia: 15 costales con sus sogas, todo de lana, cada seis meses, en casa de los encomenderos (CNM-AH, Cajas Reales 1, f. 56/1550). Esta Tasa, además, estipula que si los encomenderos “*quieren llevar con su ganado comida a Potosí o Porco*”, deben proveer los lipes veinte indios de servicio, dos veces al año, para que ayuden a cargar y descargar y guardar dicho ganado, a cambio de lo cual recibirán sustento para los caminos de ida y de vuelta.

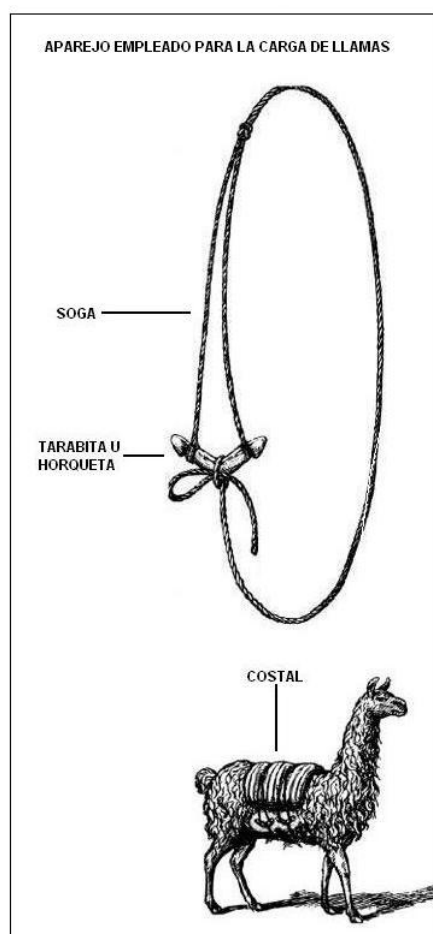


Figura VIII-1: Aparejo empleado en la carga de llamas. (Boman 1992-II: 590 fig. 117, modificado por el autor).

VIII.B.- CARAVANAS DE LLAMAS Y DESARROLLO DE POTOSÍ. LOS LIPES EN LA ARTICULACIÓN DEL *HINTERLAND* POTOSINO.

En términos prácticos, cuando la economía potosina exigió trazar una red de transportes por el altiplano surandino que permitiera abastecer de diferentes productos a las distintas poblaciones y a asentos de minas españoles, ¿por qué empezar de cero en vez de aprovechar las redes de intercambio ya existentes desde época prehispánica? Bien es cierto que la economía regional tradicional sería parcialmente desarticulada por el establecimiento de las nuevas relaciones de centro-periferia emanadas del modelo económico mercantilista potosino. Pero al mismo tiempo, y a través de la implicación de los señores étnicos en los nuevos mercados, las caravanas de llamas contribuirían a alimentar, y quizás a potenciar, parte de la misma. Así, P. Lecoq (1997b: 177) ha llegado incluso a plantear que las caravanas de llamas actuales podrían ser tal vez un resabio de aquellas que en época prehispánica cruzaron las punas y los salares, y que durante la Colonia fueron readaptadas de acuerdo a nuevas concepciones de manejo del espacio económico y de organización territorial.

Desde esta perspectiva integradora, no constituye mi propósito tomar el modelo prehispánico de tráfico caravanero a media y larga distancia y el modelo potosino de centro minero como extremos de una comparación. En realidad, no son comparables entre sí, aunque tampoco puede decirse que el paso de lo prehispánico tardío a lo colonial temprano constituya una ruptura inmediata. Más bien, los españoles se servirían de los modelos económicos indígenas y aprovecharían las redes de tráfico caravanero ya existentes para desarrollar sus propias estrategias productivas y comerciales; se reajustaría el abanico preexistente de relaciones de poder en y por el espacio, y se mantendrían las caravanas de llamas como vehículo de intercambio, pero se cambiarían los productos transportados, los puntos de origen y destino y, tal vez, la frecuencia

de los intercambios. Sin lugar a dudas, el descubrimiento de plata en Potosí y el conjunto de cambios estructurales generados a raíz de ello contribuiría a complicar aún más este panorama, suponiendo el tributo y la mita dos notables factores de cambio en las estrategias de producción e intercambio (*v.gr.* Escobari 1985; Lecoq 1997b; Sanhueza 1992).

No constituye mi objetivo en estas páginas entrar a describir en detalle el papel catalizador que ejerció la Villa Imperial en la circulación de productos al interior de los nuevos espacios económicos surandinos (*v.gr.* Abecia 1988: 195; Barnadas 1973: 393-401; Assadourian 1983: 151-193). Simplemente, señalaré muy a grandes rasgos que a Potosí está llegando azúcar desde los valles calientes del Cuzco y La Paz; vino procedente de Ica, Pisco, Nazca y Arequipa; manteca de cerdo de Jauja, Cuzco, Paria y Tarija; ají de los valles arequipeños; coca de los valles del Cuzco, La Paz, Vilcabamba, Huamanga y Huanuco; yerba mate de Paraguay; pescados de Arica; ganadería de las provincias del Collao (llamas y ovejas), Chile (ovejas) y Buenos Aires (vacuno) (Fig. VIII-2).

Concretando para Lipes, V. Abecia (1988: 195) señala que de sus punas llegaban al mercado potosino plata, coca, maíz, salitre y alumbre. Por razones evidentes derivadas de su geografía (cap. II.A.), es imposible que de Lipes llegase a Potosí ni coca ni maíz. Ciertamente, cuando en 1549 el licenciado Polo de Ondegardo confirma la cédula de repartimiento de indios lipes en Hernán Núñez de Segura y Francisco de Tapia, de acuerdo con el ceremonial al uso, tomó las manos de los curacas que acompañaban al primero, se los entregó diciendo:

“en ellos y por ellos y por todos los demas yndios y principales y naturales pueblos y estancias y chacarras [sic, por chacras] de coca y mayz & mitimas en la d[ic]ha cedula contenydos” (AGI, Patronato 95B, R.6, f. 6v/ 1552).

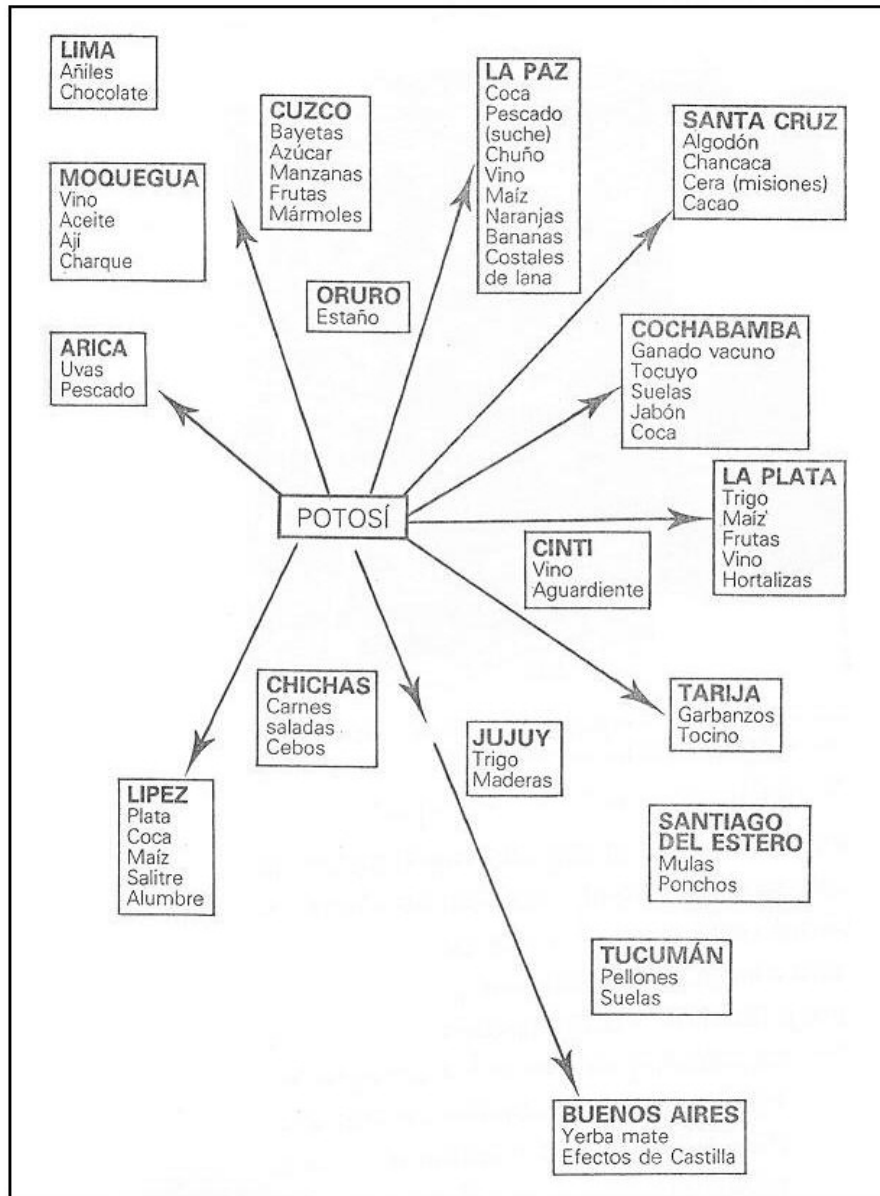


Figura VIII-2: Esquema de los productos puestos en circulación en el *hinterland* potosino. (Abecia 1988: 195).

Sin embargo, cuando en torno a 1546 Pedro de Hinojosa Hinojosa ([s/f] a, cit. in Loredó 1940: 56-57; Hinojosa [s/f]b, cit. in Loredó 1940: 61) refiere la cédula de repartimiento de estos indios que Cristóbal Vaca de Castro había entregado a Hernán Núñez de Segura en 1542 como recompensa por sus servicios en la derrota de Diego Almagro el Mozo, apunta que son los lipes indios de ganado pero no de maíz. De igual manera, casi cuarenta años después, Lozano Machuca puntualiza que no eran las tierras de Lipes aptas para el maíz, y

que la coca era sin embargo el mayor aprovisionamiento que hacían los lipes en Potosí¹¹:

“Estos indios son extremadamente viciosos de comer coca y tienen de gasto ordinario della cada año más de diez mill pesos ensayados; porque todo el rescate¹² que tienen en esta villa de potosí es llevar coca solamente a su tierra, aunque es gente que no se emborracha ni acostumbra a beber chicha, por no ser la tierra dispuesta ni aparejada para dar maíz.” (Lozano Machuca [1581] 1965: 61).

Si según Abecia los lipes están llevando maíz y coca a Potosí, o bien es porque mantenían asentamientos en los valles, algo que desde la arqueología todavía no se ha demostrado, o bien porque accedían a tales productos a través de redes de intercambio, opción que encuentro más confiable dentro de los parámetros de interdigitación étnica ya comentados (cap. VI.C.). Así por ejemplo, a través de las caravanas podrían los lipes conseguir maíz de los oasis y valles de Atacama, los valles de Tarija o de Chichas, o la puna de Jujuy y el eje de la Quebrada de Humahuaca, siendo además éstos los destinos hacia donde la gente de Lípez conducía sus caravanas de llamas hasta hace relativamente poco tiempo (Nielsen 1997-98, 2001b, 2002b). De estos lugares apunta Lozano Machuca que los lipes se abastecían de “comida”, concepto en el que evidentemente entra el maíz:

“Puédense proveer los Lipes de comida en Tarapacá y de Atacama y de Talina y Tarija, y al presente se ha llevado de Potosí.” (Lozano Machuca [1581] 1965: 62-63).

¹¹ Para una visión general del papel de la hoja de coca en el mercado interno colonial remito al lector a los trabajos de L. M. Glave (1991) y P. Numhauser (2005), a partir de los cuales puede rastrearse una completa bibliografía.

¹² *Rescate*: transacción indígena-español donde la mercancía se trocaba como mercancía-dinero. Esta práctica económica, conviviría con el trueque andino -a la que en parte está cercano- en la dinámica del nuevo mercado interno potosino.

Ubiquemos estos puntos de aprovisionamiento citados por el Factor de Potosí. En la misma área cultural de la Puna Salada a la que pertenecen los lipes, Atacama se sitúa al suroeste, conocida por sus salares. Más al norte (actualmente, la provincia más septentrional de Chile), Tarapacá, unas tierras ricas en plata, salitre y guano. En dirección opuesta, Talina, en la Sierra de Chichas, y Tarija, en los fértiles valles que conducen al Chaco, al territorio de chiriguano y guaraníes, de donde los incas se abastecían de pieles y de vistosas plumas. Ninguna de estas áreas, más o menos alejadas de Lipes, destacaría por proporcionar unos recursos alimenticios diferentes a los que pueden producirse en sus punas, salvo los frutos de los valles. En consecuencia, no habrá de entenderse la concurrencia de los lipes a los mercados potosinos no desde la necesidad de una compra-venta de productos particulares, sino como una etapa más, quizás el punto último de destino, dentro de las complejas redes de tráfico caravanero altiplánicas.

A este respecto, tres son los puntos a destacar. Primero: en términos generales, hablar de Lipes implica hablar de caravanas de llamas (v.gr. Lecoq 1987, 1997a; Nielsen 1996, 1997c, 1997/98, 1998, 2000, 2001b, 2002b; Platt 1987). Segundo: el foco de atracción que supuso Potosí en los espacios económicos surandinos desvió hacia sí buena parte del tráfico caravanero existente en el altiplano y la puna, aunque fuera dentro de una óptica pecuaria más española que indígena (Lecoq 1997b; Sanhueza 1992). Tercero: si Lozano Machuca (*vid supra*) señala que la Villa Imperial ha sido recientemente incluida entre los focos de abastecimiento de los lipes, ¿por qué no pensar que las caravanas que parten de Lipes están trazando nuevas rutas que pasen por Potosí para aprovechar así su mercado? Dando una vuelta más de tuerca, ¿podría ser que los lipes se estén haciendo cargo de parte de las caravanas que abastecen a Potosí y/o sacan de ella el mineral con destino a los puertos de embarque? En esta última línea, el mismo Lozano Machuca señala:

“En el distrito de los Lipes hay otras muchas venas de plata, cobre y plomo para artillería y munición, y salitre en gran cantidad para pólvora,

de lo cual se puede sacar y hacer mucha suma para el servicio de S[[u]] M[[ajestad]] y provisión deste reyno, por estar en parte y tierra muy cómoda para ello de leña, carbón y otros minerales, y aparejo para llevarlo a los puertos donde V[[uesa]] E[xcelencia]] viere que conviene más al real servicio.” (Lozano Machuca [1581] 1965: 61).

Considerando la aspereza de las punas de Lipes y la falta de recursos vegetales susceptibles de ser empleados como combustible (cap. II.A.), llama la atención esta mención de Lipes como “*tierra muy cómoda*” de leña y carbón. Como mencioné en su momento, la única leña que puede obtenerse en los ecosistemas de Lipez es la proveniente de la queñua (*Polylepis tarapacana*), considerado como uno de los pocos árboles andinos, y la tola (*Lepidophyllum quadrangulare*), un arbusto leñoso, y aunque ambas destacan por su notable poder calorífico -especialmente en el caso de la queñua, de madera muy dura y de combustión lenta-, su volumen de producción no resulta ni de lejos el suficiente como para corroborar esta presunción de Lozano Machuca. A colación de esta escasez de leña, sirva el llamado de atención que años antes había hecho Juan de Matienzo al tratar en su *Gobierno del Perú* de Potosí y su *hinterland*, y su propuesta de plantar árboles repartidos por toda la provincia para tratar de paliarla (Matienzo [1567, Parte I, cap. 42] 1967: 158-9). De igual modo, por lo que al “carbón” se refiere, tampoco es éste un recurso mineral presente en Lipez, y a tenor de lo anterior, evidentemente, queda descartada la opción de pensar que el Factor de Potosí pudiera estar hablando de carbón vegetal.

Sin embargo, ¿por qué pensar que la leña y el carbón son materias primas explotadas directamente en Lipes? Tal y como apunta la última parte del fragmento citado, Lozano Machuca señala que en Lipes hay estos recursos, pero sobre todo el “*aparejo*” necesario para su traslado, término que he interpretado como llamas y costales (*vid supra*). En este sentido, Juan de Matienzo, al describir el mercado potosino y las ocupaciones de la población indígena, señala:

“Otros indios hay que tratan en carbón, que es un trato muy grueso, que se vende mucho y van muy lexos con él, y lo traen en carneros de la tierra.” (Matienzo [1567, Parte I, cap. 40] 1967: 133).

En consecuencia, y llegado este punto, cabría plantear dos cuestiones. La primera, si acaso fueron los lipes parte de estos indios empleados en caravanas de llamas cargadas de carbón. Y segunda, y quizás más interesante de resolver, a qué están llamando realmente “carbón” estos autores.

Según el *Diccionario de la Lengua Española* editado por la Real Academia Española, por carbón se entiende aquella “materia sólida, ligera y combustible que resulta de la destilación o de la combustión incompleta de la leña u otros cuerpos orgánicos”. En este sentido, bien podría haberse considerado carbón la yareta (*Azorella compacta*), tan abundante en Lípez, especialmente en sus cotas más altas, una planta en forma de cojín, dura y muy resinosa, que crece sobre los afloramientos rocosos y las acumulaciones de piedras, cubriéndolos por completo, y que a pesar de su ritmo de crecimiento extremadamente lento (aproximadamente 1 cm. anual), tradicionalmente se ha venido utilizando como combustible; su explotación para las minas experimentó un verdadero *boom* a mediados del siglo XX, proliferando entonces caravanas especializadas que llegaban incluso hasta Chile en su busca¹³. A este respecto, y en relación con la

¹³ Respecto del uso de la yareta para la fundición de metales en las minas, García de Llanos, en su *Diccionario y maneras de hablar que se usan en las minas*, apunta lo siguiente:

“Hácese unos hornillos prolongados en el mismo suelo, de alto y ancho casi de dos tercias y como vara y media de largo, cerrados por el remate o culata, borneados o aovados por lo alto y muchos apareados arrimados unos a otros y cada hornillo de estos con cantidad de agujeros por la parte de arriba, como doce o quince, en que se ponen los capillos y caperuzas para quemar en ellos las lamas [[de mineral]], con la cual quema se les saca azogue del que llevaron consigo del beneficio y quedan dispuestas para beneficiarse mejor segunda vez. Cada hornillo de estos se dice boca de quemar lamas y a cada dos da fuego una india con yareta, que es cierta leña de este Reino como yerba que hace cepa” (Llanos [1609, f.5, n° 30] 1983: 13-14).

Asimismo, respecto de su transporte desde el norte de Chile, en mi trabajo de campo etnográfico en la comunidad de Santiago K todavía he encontrado individuos de más de sesenta

diferencia de coste que implica seguir fundiendo el metal en hornos alimentados con leña en vez de con yareta, Álvaro Alonso Barba plantea el uso de este recurso vegetal como solución al problema del cuantioso gasto de leña que se necesita para la fundición de metales, y que obligaba a algunos ingenios y mineros a invertir grandes sumas en su acopio y acarreo. Sobre las propiedades de la yareta, Barba menciona:

“Y aunque por la experiencia que tengo de los muchos asientos de Minas en que he estado, en la Provincias de Chichas, Lipes, Charcas, Paria, Carangas, Pacages, y Omasuyos, casi todos son abundantes de leña; y en las mas rigurosas, y casi inhabitables punas, proveyó la naturaleza de la que llaman Yareta en gradisima copia, materia mas á proposito para el fuego, que la leña ordinaria, por ser tan untuosa, y llena de resina” (Barba [1639, Libro III, cap. XII, p. 121] 1992).

Hechas estas apreciaciones, y sin perder de vista el tráfico caravanero, volvamos a la cuestión planteada por Lozano Machuca (*vid supra*) de los puertos adonde llevar a embarcar el metal potosino.

Luis Capoche ([1585, f. 63v] 1959: 149) apunta que antes de abrirse la Casa de la Moneda de Potosí (1572) el mineral era transportado a lomos de llamas hasta la Casa de la Moneda de Lima, para evitar con ello el riesgo de los corsarios en su transporte directo por mar desde Chile. Sin embargo, Antonio Vázquez de Espinosa ([1630, Libro IV, cap. 66, nº 1415] 1992-II: 694) señala el puerto de Arica como aquel donde acudía a embarcar la plata extraída de las minas “*de Potosí, Horuro, Porco, Verenguela, Lipes, Chichas y toda la tierra de arriba*”; mineral que, en cualquier caso, debería ir de Arica a la Ciudad de los Reyes para desde ahí embarcar hacia España. En cualquier caso, si el mineral extraído de las minas de Potosí y su *hinterland*, incluido Lipes, había de ser

años que recuerdan haber participado siendo muchachos en caravanas de llamas organizadas a tal efecto.

llevado hasta Arica o directamente a Lima por tierra, su transporte no podía ser realizado sino por medio de caravanas de llamas, al menos hasta bien entrado el siglo XVII, cuando las mulas se hicieron cargo de ciertos portes (Fig. VIII-3). Entonces, considerando su tradición caravanera, ¿por qué no pensar que los lipes se estuvieran encargando de al menos parte de este transporte del mineral hacia la costa? A este respecto, Álvaro Alonso Barba ([1639, Libro IV, cap. XX, p. 167] 1992) da cuenta de que un Camino Real que sale de Potosí, pasa por las minas de Porco y llega hasta Lipes. Por otra parte, J. L. Martínez (1985, 1986) ha revelado la presencia en el siglo XVII de población originaria de Lipes asentada en los enclaves de Chiu-Chiu, Calama, Ariqueña, Caspana, Toconce e Inacaliri (todos ellos en actual territorio chileno), destacando la vinculación de Calama y Chiu-Chiu con la ruta del pescado desde la costa hacia Potosí. Con estos enclaves intermedios entre Lipes y la costa pacífica, y con un Camino Real de Lipes a Potosí pasando por Porco, bien podría plantearse la hipótesis de que los lipes estuvieran transportando metal de Potosí a la costa, y regresando a la Villa Imperial con pescado¹⁴.

En consonancia con esta hipótesis, la descripción que Capoché hace de la ubicación de Porco en las rutas comerciales del espacio surandino colonial puntualiza:

“Por este asiento pasa la ropa y mercadería que viene del puerto de Arica, con que se provee de lo necesario. Tiene señalados por los señores virreyes indios, que de los repartimientos que sirven en esta villa por cuenta aparte están obligados a asistir allí para la labor de las minas, como diré en otra parte. Y ordinariamente los ocupa en trajinar con la mayor parte, por vivir en este asiento cuatro o cinco hombres de los ricos de esta provincia, y por ser su trato principal el bajar metal del cerro y

¹⁴ Recuerde el lector que ya apunté esta misma hipótesis en la nota 13 del capítulo VII, habalndo del modo en que los lipes podrían estar consiguiendo el pescado que la Tasa de 1550 les imponía como tributo en especie para el sustento del clérigo o religioso encargado de su doctrina.

llevarlo a Tarapoya a trajinar barras de esta villa al puerto de Arica, y traer de retorno azogue y mercaderías en gran cantidad que tienen de ganado que crían en aquella áspera puna, donde viven tan contentos que no echan de menos los regalos de otras partes.” (Capoche [1585, ff. 41v-42r] 1959: 125-126).



Figura VIII-3: Caravana de llamas transportando plata de Potosí a Arica según un imaginativo y poco fiel a la realidad grabado de Theodor De Bry (ha. 1590).

El modelo establecido entre los mineros y mercaderes de Porco resulta lógico, y encaja perfectamente con lo que es el modelo de tráfico caravanero, e incluso con el de nuestros actuales transportes a media y larga distancia: se lleva algo a un punto y se retorna al origen con materiales provenientes de aquel lugar, pudiendo incluso aprovecharse el desplazamiento para organizar un periplo que permita aumentar la red de intercambios. En este sentido, no hay que olvidar que Potosí se convirtió en punto de origen y destino de infinidad de caravanas en las que se implicaron las comunidades indígenas, sus curacas, los mercaderes y los

mineros de la Villa Imperial y de su *hinterland*, incluso las autoridades coloniales. Y es que sin contar las tropas de llamas operantes en el espacio económico local y en el contrabando, se calcula que para comienzos del siglo XVII podrían ser 300.000 los camélidos activos en Potosí (Lecoq 1997b: 186). Esta situación obligaría a la Administración colonial a legislar al respecto, lo cual ilustra también acerca del valor concedido a estos animales para el transporte. Así, se instituyó la figura de un “juez del hierro” para controlar las marcas de las llamas y su sacrificio indiscriminado. De la misma manera, el Cabildo de Potosí prohibió en 1587 la venta de carne de llama en las carnicerías por considerar que se estaban matando muchos animales bien dotados para el acarreo de mineral, amén de las que morían intoxicadas por el mercurio que transportaban de Huancavelica a Potosí (Abecia 1988: 31-32; Lecoq 1992b: 186-187).

Considerando estos puntos, y pensando en una suerte de “profesión liberal del caravanero”, ¿podría resultar viable que aquellos lipes referidos por Capoché (*vid supra*) que acudían con un capitán para alquilarse en Potosí, lo hicieran en/para la conducción de caravanas? Lamentablemente, tampoco a este respecto se muestra muy generosa la documentación colonial disponible, aunque entiendo que la idea se presenta como una opción del todo factible. Sí existen sin embargo informes de cuentas que indican el número de indios ocupados en el trajín con llamas al servicio de minas concretas, aunque en la mayoría no se especifican grupos étnicos. También existe documentación alusiva a la regulación del jornal de los arrieros, en algunos de los cuales aparecen referidos los Lipés. Así por ejemplo, entre las *Ordenanzas* del virrey Toledo en materia de minas (La Plata, a 7 de febrero de 1574), en su Título “*De los desmontes, trabajo, y paga de los indios*”, en el punto XII correspondiente a los salarios, se señalan cinco pesos y media fanega de maíz por mes a los indios que han de cargar ganado (Toledo [1574] 1929: 237). Por su parte, Capoché ([1585, f. 59v] 1959: 145) marca en tres reales el jornal que se paga en Potosí a los indios que trajinan metal con ganado desde las minas a los ingenios. Saltando a finales del siglo XVII, el

Arancel de los Jornales del virrey Duque de la Palata (Melchor de Navarra y Rocafull, 1681-1689) recoge en lo tocante a los que guardan el ganado que aquellos de “*Villa de Oruro. provincia de Paria, distrito de los Charcas. Cochabamba, Misque, Chayanta, Yamparaes, Porco, Tomina, Tarija y Lipes, los voluntarios y mingados han ganado siempre 4 reales de jornal al día*” (Palata [1687, cap. XIII, p. 18] 1979: 179, 211).

A estas alturas huelga insistir en el problema de la ausencia de documentos para el estudio colonial de Lipes desde una perspectiva económica. En consecuencia, a tenor de los datos aquí presentados y discutidos, plantearé como colofón a este epígrafe dedicado a la integración de los lipes en la articulación económica del *hinterland* potosino dos hipótesis que quizás sirvan de base a futuros trabajos. En primer lugar, que los lipes, transitando con sus caravanas parte de los espacios económicos de la Puna Salada y de las quebradas y los valles templados más al sur-suroeste, recalen en Potosí con su mercadería, y a través de agentes neutrales o de aquellos lipes ya asentados en la Villa Imperial, cambien la carga por nuevos productos y continúen la caravana. La segunda hipótesis sería que al llegar a Potosí con su caravana, los lipes vendieran o cambiaran todo, quizás también incluidas las llamas, para obtener con ello el dinero necesario para el pago de sus tributos, y permanecieran en la Villa hasta el flete de una nueva caravana, o esperando a ser alquilados para oficios dentro de Potosí (¿en las minas, en las panaderías?) o tal vez como arrieros para una caravana por cuenta ajena. Bien es sabida la relación tradicional de los pastores con sus animales, pero si el tráfico caravanero colonial quedaba ordenado de acuerdo con patrones más españoles que indígenas, ¿por qué no pensar en arrieros profesionales a sueldo conduciendo recuas de llamas puntualmente? En cualquier caso, como digo, ambas alternativas no pasan de meras proyecciones virtuales.

* * *

La villa imperial de Potosí, asiento minero por excelencia en el sur andino. Como resultado del sistema de mita minera organizado por el virrey Francisco de Toledo, a ella asistían indios llegados de distintos lugares del altiplano, algunos de ellos realmente distantes, y de diferentes grupos étnicos, reproduciendo así en ella a pequeña escala el complejo mosaico andino de identidades e identificaciones. Originariamente un pequeño poblado minero, Potosí no tardó en convertirse en una gran urbe, una “Babilonia americana” mucho mayor y más poblada que algunas de las capitales europeas de su época, y en centro neurálgico de la economía surandina; en su condición de mercado central, fue punto de origen y de destino de fletes transportados por caravanas de llamas -sólo mucho después también por recuas de mulas-. En torno al Cerro Rico giraba un extenso *hinterland* definido por los contrastes geográficos, ecológicos y humanos, que abastecían a la Villa Imperial de distintos productos y de recursos humanos, ya fueran indios mitayos para las minas e ingenios, indios mingados que alquilaban su trabajo en distintos oficios, indios que concurrían al mercado, indios viajeros ocupados en el tráfico caravanero. Los lipes, como he presentado en este capítulo, participaron de todas estas categorías, salvo de la de mitayos, pues por razones de geopolítica fueron exonerados de la mita minera potosina por el propio virrey Toledo.

Considerando primeramente la participación de los lipes en el mercado de Potosí, hemos visto a estos indios alquilándose en las panaderías, dentro de la situación irregular pero a la vez muy común de la retención por deudas. Pero también hemos encontrado a los lipes en el mercado, empleados en la venta y rescate de un género de productos, propios de sus tierras o no. Así, en segundo lugar he presentado Lipes y a los lipes dentro de los circuitos de tránsito caravanero, barajando diferentes hipótesis en relación con la articulación económica del *hinterland* potosino y el abastecimiento de las minas de Potosí. De este modo, he considerado la opción de que los lipes llegasen a la Villa Imperial

con caravanas propias, y vendido todo, llamas incluidas, se alquilaran como mano de obra a la espera de ser ocupados en la salida de otra caravana, ésta por cuenta ajena, manteniendo así un patrón de tránsito y estacionalidad temporal a partir del cual lograr los dineros necesarios para el pago de sus tributos.

Analizada entonces la posición de Lipes y los lipes en el marco de los mercados potosinos, en el capítulo siguiente abordaré su integración en los espacios económicos de la minería surandina, reconsiderando en primer lugar el potencial geominero de las punas de Lípez, para seguidamente atender a los asientos mineros de Lipes y al trabajo de los lipes en el mineral.

IX

Cerros de plata, indios que los labren.

La integración de Lipes en los espacios económicos de la minería surandina

Ya desde fines del siglo XVI distintos autores coloniales llamaron la atención sobre la riqueza de metales y piedras (semi)preciosas existente en LÍpez, aunque al principio, a causa de ser pocos los españoles allí asentados, y tensas las relaciones con unos indígenas empeñados en esquivar el censo, la doctrina y el tributo (caps. VI.B.2., VII.B.), fueron pocas las minas explotadas. Además, como señalaron Bartolomé Álvarez ([1588, n^{os} 731, 734, 740] 1998: 402, 404, 407), Álvaro Alonso Barba ([1639, Libro I, cap. XXVIII, p. 53] 1992) o Luis Capoché ([1585, fs. 45r-45v] 1959: 129), los indios guardaban celosamente toda información referida al mineral, siendo ésta una constante en la conquista de las Indias. Presentándose a sí mismas como gente pobre habitante de un territorio igualmente pobre, las comunidades indígenas intentaron desviar así la amenaza que para ellos suponían las huestes españolas, de tal manera que los indios nunca estaban en posesión del vil metal, salvo alguna chuchería con la que embelesar a los conquistadores y hacerlos pasar de largo, alentando en ellos la esperanza de riquezas siempre “más allá”. De esta manera fue avanzando la conquista, asentándose la colonización y desarrollándose una picaresca indígena en la que,

como ya ilustré para el caso concreto de Lipes, los caciques jugaron un papel destacado (cap. VII.A.).

Sin embargo, sobre esta falsa pobreza de metales, y en particular para el caso de Lipes, Álvarez insinúa:

“no habrían [= creer] las Audiencias que [los Lipes] son pobres, pues no lo son: que -si quisiesen descubrir sus minas y laborarlas- podían tener [a] todos los españoles por sus esclavos, si su sangre lo pudiera llevar.”
(Álvarez [1588, n° 738] 1998: 406).

Aplicando una simple ecuación sobre la base de la población indígena y el escaso número de españoles asentados en Lipes, cabría decir que Álvarez no estaría exagerando con esta estimación. Sin embargo, su razonamiento no se ampara en la demografía, ni tampoco en el porcentaje de minas descubiertas por los españoles en relación con las que los indios tuvieran ocultas, como apuntaron otros autores (Capoche, *cit. supra*) sino que eleva este comportamiento de los lipes a la esfera de las pasiones y a su juicio moral. Pese a todo, cabe señalar en perspectiva que durante la Colonia se explotó y mucho el mineral de Lipes, aunque ciertamente en según que zonas y con distintas frecuencias.

Por eso, en las páginas que siguen me ocuparé primero del registro que los distintos autores coloniales hicieron de los diferentes metales y piedras (semi)preciosas que centelleaban en las ásperas punas de Lipes, entroncando así con la discusión etimológica en torno al origen del topónimo *Lipes* (cap. II.B.1) y su consideración por Tupac Inca Yupanqui como “tierra de muchos colores” (cap. IV.B.). Asimismo repararé en las artes indígenas para el beneficio de dichos metales. Seguidamente, abordaré un análisis de los asientos de minas desde un punto de vista si se quiere “paisajístico”, considerándolos como avanzada del dominio territorial dentro de esa lógica geográfica relacional que vengo tratando a lo largo de esta investigación. Resolviendo la importancia del origen de los

indios de labor empleados en las minas como aspecto fundamental a la hora de considerar la jurisdicción de los asientos, trataré del trabajo de los indios en el mineral de Lipes, un tema que me hará volver puntualmente sobre la caracterización de los lipes como indios desacatados, mentirosos y tramposos (cap. VII.B.) y sobre las clasificaciones coloniales y la cuestión de las identidades interdigitadas a partir de los fenómenos de “forasterismo” y “yanaconaje”. Por último, aunque sin detenerme en un análisis detallado, prestaré atención a los desencadenantes de la crisis en el mineral de Lipez, la falta de indios de labor y los problemas de inundación de las minas, citados de manera recurrente en las fuentes coloniales desde fines del siglo XVI hasta fines del siglo XVIII.

IX.A.- TIERRA DE MUCHOS COLORES. EL POTENCIAL GEOMINERO DE LIPES A PARTIR DE LAS FUENTES COLONIALES.

Al describir el espacio geográfico de Lipez (cap. II.A.) llamé la atención sobre la riqueza de sus recursos minerales, tanto de metales como de piedras (semi)preciosas, y apunté mi intención de postergar el detalle en esta materia hasta este momento. Retomé la cuestión al hablar del topónimo *Lipes* como posible derivación de la raíz *llipi-*, que tanto en quechua como en aymara remite a lo que brilla o centellea o refulge, por sí mismo o por efecto de los rayos solares (cap. II.B.1.). Planteé entonces que aceptar esta etimología implica un doble ejercicio de abstracción y síntesis de las notas características de un lugar, en este caso geológicas, y de valoración de ese mismo lugar y/o sus cualidades por parte de quienes construyen el topónimo, y resolví por ende que “Lipes” estaría sirviendo para identificar aquellos parajes donde ciertos minerales centellean por efecto del sol. Esta relación metafórica es la que defendí al tratar de la incorporación de Lipes al Tawantinsuyu por Tupac Inca Yupanqui (1473-1491) (cap. IV.B.), considerando que Juan de Betanzos se refiere a minerales -y

no a barros o arcillas para la alfarería, como postula M. E. Gentile (1991-92: 100-101)- cuando señala:

“lo que estos [[indios de Lipes]] tenían eran minas de muchos colores muy finas para pintar y de todos aquellos colores que nosotros tenemos [...] a estos [[indios]] mandó [[Tupac Inca Yupanqui]] que le tributasen de aquellos colores” (Betanzos [1551, cap. XXXVI] 1987: 164).

Respecto de los “colores” de la tierra, Álvaro Alonso Barba estima que, a pesar de no existir reglas infalibles, el color de los cerros es indicativo de su riqueza mineral para alguien experimentado. Por este motivo, en su *Arte de los metales* [1639] se refiere a los distintos minerales en términos cromáticos, utilizando los matices de color como indicativo de su pureza y finura, a las que liga características de su naturaleza, tanto por sus propiedades mineralógicas como por su valor en metalografía¹. A este respecto, y haciendo alusión al colorido mineral de Lipes, Barba señala:

“No hay regla infalible, y cierta, para por el color solo de la tierra hacer argumento de la especie de metal en particular, que en ella se cria, sin que las experiencias, ò ensayes lo manifiesten. Y assi, aunque el termino mas ordinario en que se cria el oro, es colorado, ò amarillo retinto, como el ladrillo muy cocido, tambien se hallan sus vetas entre calichales blancos, como en Oruro, y Chayanta. Son rubios, de color de trigo, los mas de los Minerales, ò Cerros de Plata de estas Provincias, à imitacion del primer exemplar de los del Mundo Potosì, y el mismo color tiene Scapi [=cerro Escala], el de Pereyra, y otros en los Lipes, que producen Cobre, aunque es pardisco, verdoso, y colorado à veces, su mas comun panizo: en el Plomo, y los demas passa lo propio” (Barba [1639, Libro I., cap. XXIV, pp. 44-45] 192).

¹ Manera ésta ordinaria de describir los minerales en su *Arte de los metales*, lo cierto es que Barba insistirá en el referente cromático a partir del capítulo XXXV del Libro I, que concluye con una detallada relación de minerales ordenados según su color.

En este sentido, la caracterización de Lipes como tierra de muchos colores estaría dando idea de su enorme riqueza mineral, la misma que efectivamente llamó la atención de todos los autores que durante los tres siglos de Colonia escribieron sobre Lipes, y que da una idea clara del protagonismo que la actividad minera jugó en su construcción regional. Así Juan Lozano Machuca ([1581] 1965: 61) se refiere a Lipes como un territorio con abundancia “*de plata, cobre y plomo para artillería y munición, y salitre en gran cantidad para pólvora*”. Bartolomé Álvarez ([1588, n^{os} 731, 733, 738] 1998: 402, 403, 406 respectivamente) da cuenta de la gran riqueza de Lipes en oro, plata y piedras (semi)preciosas. Antonio Vázquez de Espinosa ([1630, Libro V, cap. 31, n^{os} 1745, 1761] 1992-II: 872-873, 879 respectivamente) da buena cuenta en su *Compendio y descripción de las Indias occidentales* de la riqueza mineral de Lipes, haciendo especial énfasis en sus minas de plata. Y aún a fines del siglo XVIII, cuando Pedro Vicente Cañete describe física y mineralógicamente el partido de Lipes dentro de su *Historia física y política de la provincia de Potosí*, indica:

“Lipes fue país abundantísimo de minas en otros tiempos, así de plata como de oro. [...]”

No sólo oro y plata hay en este partido, sino también piedras preciosas.”
(Cañete [1797, cap. XII, Noticia 1^a] 1952: 387, 388-389).

Cabe señalar que, a pesar de que la mayoría de autores coloniales dieron cuenta de una diversidad de metales en la que incluyeron oro, cobre o hierro, fue a la plata al que prestaron más atención. En términos generales, no es de extrañar esta fijación por el argento teniendo en cuenta que, a pesar de que el verdadero valor de la economía mundial residiera en el oro, en la práctica el patrón más utilizado era el de la plata, originando precisamente la plata americana una revolución de los precios no sólo en España sino en toda Europa, verdadero destino final de ésta a cuenta de las deudas y las guerras de la Corona (Cipolla

1999; Hamilton 1983). Por otra parte, el especial interés que los autores más tardíos manifestaron en la plata de Lipes ha de entenderse además en el contexto de la crisis de la minería de Potosí a partir de la década de 1690 y la búsqueda de nuevos centros de explotación argentífera desde los que poder hacerla frente y mitigar sus consecuencias económicas (v.gr. Casanovas 2000: 255-443; Tandeter 2002: especialmente el cap. 5). De ahí que, los autores de la segunda mitad del siglo XVIII todavía se refieran a Lipes como la provincia o partido más rico del Perú, aún cuando la actividad minera en esta región manifestaba ya su propia crisis (Alcedo y Herrera [1786-89] 1967-II: 316; Cañete [1797, cap. XII, Noticia 1ª] 1952: 392; Juan y Ulloa [1748, Parte II, Libro I, cap. XIII, n° 345] 1990-II: 179).

Ampliando el interés por esos otros metales, el *Diccionario geográfico-histórico de las Indias occidentales* de Antonio de Alcedo y Herrera recoge:

“hay [[en Lipes]] minas de cobre rojo y blanco que tocan en oro y plata, y también de hierro y de piedra imán, muchísimas de plata, y muy abundante en casi todos los cerros de esta provincia, cuyos metales, particularmente en la de Taquehua, llegaron a dar tres mil marcos por cajón, de modo que se puede mirar con razón por la provincia más poderosa del Perú, y la que ha dado más riqueza.” (Alcedo y Herrera [1786-89] 1967-II: 316).

Sobre el oro, el propio Alcedo y Herrera ([1786-89] 1967-II: 316) señala que además de en el interior de la tierra se encuentra también en algunos ríos. Por su parte, Jorge Juan y Antonio de Ulloa destacan unas minas de oro próximas al pueblo de Colcha, de las que indica:

“Hay allí [[en Lipes]] minas de oro aunque no se trabajan, pero están patentes las labores antiguas, y con particularidad en uno de los cerros que hacen inmediación a Colcha, a cuyo sitio dan allí el nombre de

Abitanis, que en lengua de allí significa mina de oro.” (Juan y Ulloa [1748, Parte II, Libro I, cap. XIII, n° 345] 1990-II: 179).

Amén de alusiones imprecisas a la riqueza aurífera de Lipes, Pedro Vicente Cañete ([1797, cap. XII, Noticia 1ª] 1952: 388) recoge en su noticia de los recursos minerales de Lipes esta información de Juan y Ulloa, precisando que este socavón de “Abitanis” se encuentra a tres leguas de Colcha, si bien G. Mendoza, editor de su *Historia física y política de la provincia de Potosí*, indica en nota al pie de página que ni en quechua ni en aymara existe palabra alguna con tal significación, siendo mina de oro *kjori-kjoya* en quechua, y *chokje-kjoya* en aymara.

Por lo que al cobre se refiere, Álvaro Alonso Barba ([1639, Libro I, cap. XXIX, p. 55] 1992) ensalza la provincia de Lipes por la abundancia que tiene de este mineral, del que además destaca su extraordinaria calidad:

“Rarisimos son los metales de Cobre, que molidos, è incorporados con Azogue se unen con èl, y hacen pella, y entre muchos Minerales, que de este genero he visto en toda estas provincias, apenas hallè uno de esta calidad: está este en la de los Lipes, poco mas de una legua de Sabalcha, en el camino que vá à Colcha, en una pampa, ò llanada, es labor antigua de los Indios, y aunque son los metales ricos de Cobre, no tienen Plata ninguna.

>> El poco cuidado que pusieron en recogerlos arguye lo que es cierto, que no buscaban sino los colores finisimos, verde, y azul², que llaman Cibario, que entre ellos se crien, la mezcla de algun genero de Plomo, que este metal de Cobre tiene, le facilita la unión con el Azogue, y es solo

² Contrasta esta apreciación de Barba con el apunte hecho por Antonio de Alcedo y Herrera ([1786-89] 1967-II: 316) acerca de que el cobre más abundante en Lipes presenta tonalidades rojo y blanco.

el que he visto hacer pella por el modo ordinario de Plata” (Barba [1639, Libro III, cap. XIV, pp. 124-125] 1992).

Sin duda, esa antigua labor de un mineral de cobre que Barba menciona a *“poco más de una legua de Sabalcha, en el camino que vá à Colcha”* es la del cerro que este autor llama Osloque, y de cuyo mineral señala en otro pasaje de su *Arte de los metales*:

“La Mina de Osloque, en los Lipes, fue de Cobre quasi puro, en la superficie, y al passo que se ahondaba, crecia en ley de Plata, hasta que vino a serlo pura, en los pocos estados que la mucha agua que tenía, diò lugar a sacar parte de su riqueza; señal es lo dicho de la cercanía, que hay entre la materia de aquellos metales, y que su mayor, ò menor purificación es causa de la diferencia que se vè entre ellos.” (Barba [1639, Libro I, cap. XXIX, p. 55] 1992).

Por su parte, Juan Lozano Machuca ([1581] 1965: 61) refiere el cobre como recurso potencial en Lipes, aunque sin prestarle demasiada atención, al contrario que Luis Capoché, quien al igual que Barba también subraya la calidad de su variedad azul:

“En la comarca del cerro [[de Escalla]] hay minas de cobre muy fino y algunas labradas por el Inca, y minas de soroche³ con ley de plata y muchos colores finísimos, y un azul muy singular para pintores. Hay casa de fundición [con] cinco hornazas, las cuatro para fundir y una para refinar.” (Capoché [1585, f. 45r] 1959: 129).

³ Aunque el término *soroche* refiere generalmente al conocido como “mal de altura”, en el español de Bolivia y Chile se utiliza también hoy para referirse a la *galena*, acepción que, por contexto, estaría empleando aquí Capoché. Este sulfuro de plomo (PbS), con cantidades variables de impurezas, y que puede alcanzar un 1% de plata, es de color gris oscuro, y suele hallarse en rocas metamórficas o en depósitos volcánicos de sulfuros, en este caso generalmente acompañada por minerales de cobre.

En realidad, el cerro de Escalla citado por Capoché es el mismo cerro de Escala citado por Lozano Machuca ([1581] 1965: 60), aunque éste lo destacó no por minas de cobre sino de plata, indicando que eran explotadas por unos indios “uros” que, contraviniendo el estereotipo imperante, no eran pobres, y a los que ya presté atención a la hora de analizar las clasificaciones coloniales y los estereotipos proyectados sobre el paisanaje de Lipes (caps. VI.A., VI.B.1. y VI.C.1.). Por su parte, Álvaro Alonso Barba ([1639, Lib. I, cap. XXIX, p. 55] 1992), en su registro de Lipes como una provincia abundantísima en cobre, lo llama Scapi, señalando que *“hay una grandiosa labor antigua en el Cerro de Scapi, dos leguas de Chuyca”*. Pedro Vicente Cañete (1972, cap. XII, Noticia 1ª] 1952: 388), citando a Barba, se refiere a este cerro como Escapi, destacando en él *“una labor grandísima de cobre”*. Por último, Juan del Pino Manrique se refiere a este cerro y al asiento minero instalado en él como Escapa, y señala:

“Tiene también este partido [[de Lipes]] varios minerales de cobre, que se reducen a los del asiento de Escapa en el repartimiento de San Cristóbal, con la bella proporción de la granalla⁴, que es la mejor para la labor de esta real casa de moneda [[de Potosí]]: pero éstos se hallan en poder de indios sin un trabajo formal, y casi en términos de abandonarse por la mala dirección de las minas y sus derrumbes en la parte y lugar de mal provecho.” (Pino Manrique [1787] 1971: 39).

Independientemente de las variaciones del nombre, parece que la principal riqueza de este cerro Escala sería el cobre, cuya intensidad de explotación varió a lo largo del tiempo, desde la casa de fundición citada por Capoché [1585] hasta el trabajo informal y circunstancial de algunos indios mencionado por Pino

⁴ Generalmente se entiende por *granalla* al conjunto de granos o porciones menudas a que se reducen los metales para facilitar su fundición, pero al indicar Capoché *“la bella proporción de la granalla”* está refiriéndose al más alto grado de pureza del mineral fundido. Así por ejemplo, es frecuente en joyería hablar de “plata en granalla” en alusión a la plata pura obtenida en la fundición, aquella con un grado de pureza de '999.

Manrique [1787]. Ahora bien, ¿serían *huairas*⁵ esas “hornazas” a las que hace referencia Capoché, o más bien se trataría de *huairachinas*⁶ o *tocochimpos*, esto es, pequeños hornillos abovedados?

Refiriéndose a los sistemas de fundición de plata indígenas, Juan Lozano Machuca ([1581] 1965: 61) cita que “*en todo el distrito de los Lipes, en las casas y rancherías de los indios hay hornillas de fundir y afinar plata y muchas guairas en los cerros*”, de tal manera que, por equiparación de términos, podemos resolver que no eran guairas las “hornazas” de Capoché. Hablando de los fuelles empleados en los hornos de fundición, Álvaro Alonso Barba apunta:

“Después del fuego, y los hornos, son los fuelles el instrumento mas necessario en las fundiciones: hacense de varias maneras, y diferentes grandezas, aunque los mas ordinarios son de los comunes, que se usan en las Herrerias. En las Provincias de los Chichas, y Lipes, donde se han exercitado mas las fundiciones, desde el principio solo usan fuelles para refinar la Plata, porque siempre funden en hornos de reververacion⁷. Los [[hornos]] Castellanos⁸ han sido menos usados, y por esta causa se han practicado menos los que llaman barquines, u otros fuelles grandes, que se traen con ruedas de agua, u otros instrumentos, aunque en Collquiri, Mineral famoso de Estaño, en la Provincia de Paria, junto à Oruro, están en uso” (Barba [1639, Libro IV, cap. VIII, pp. 143-144] 1992).

⁵ *Huaira* > *Guaira*: horno de barro a modo de torrecillas perforadas, situadas en lo alto de los cerros, donde el fuego era avivado por la propia fuerza del viento. Vid nota 4 del cap. VIII.

⁶ *Huairachina*: “También se dice así en general la hornaza en que se funde, mas los españoles aplican este nombre al metal rico de fundición, aunque no muy de ordinario y también le dicen *hauirana*.” (Llanos [1609, f. 21, n° 126] 1983: 57-58).

⁷ *Horno de reverberación, de reverbero o de tapadillo*: aquel cuya plaza está cubierta por una bóveda que reverbera o refleja el calor producido en un hogar independiente. Tiene siempre chimenea.

⁸ *Horno castellano*: el de cuba generalmente alta, cuadrada, aunque a veces puede ser redonda, a modo de chimenea.

Para completar esta explicación, valga señalar que el horno de reverberación es el más utilizado para realizar la fusión del concentrado de cobre y separar la escoria. Así, cabe entender que cuando Capoché habla de “hornazas” (*vid supra*) es muy probable que se refiera a un tipo de horno similar al *tocochimpo*, cuya plaza está cubierta por una bóveda que reconcentra el calor producido en su interior, que es cebado desde arriba, con una pequeña boca con tapa por la que se introduce la mufla (hornillo pequeño en forma de copa) donde se funde el metal. Con todo ello, podría resolverse que, a pesar de los dos siglos que trascurren entre estos tres autores, el beneficio del cobre habría quedado en manos de los indios, realizándose con técnicas de fundición típicamente indígenas.

En lo tocante a los recursos minerales no metálicos, y habida cuenta que el Altiplano de Lípez se encuentra justo al sur del Salar de Uyuni y salpicado de salares menores (*vid* Mapa II-4), hubiera sido de esperar que los autores coloniales reparasen en la sal. Sin embargo no fue así, por más que exista constancia de que los lipes la transportaban hasta Potosí con caravanas de llamas (Abecia 1988: 195; Lecoq 1997b), y aún cuando la sal ha sido pieza clave en el tráfico caravanero etnográfico, y quizás también prehispánico, desde Lipes a los valles orientales (Nielsen 1997-98, 2001b, 2002b).

Incluyéndolo dentro de la demarcación de Lipes, sobre el Salar de Uyuni Álvaro Alonso Barba señala:

“Son muy abundantisimas de Sal aquestas Provincias, al passo que tambien lo son de metales; y no es la menor maravilla de aqueste nuevo mundo, el pedazo de Mar quaxado en Sal christalina, que hay en los Lipes, y en las Salinas que llaman de Garci-Mendoza: doyle este nombre por su grandez; pues por donde es mas corta su travesìa, tiene diez y seis leguas de ancho, y quarenta, ò mas de largo; y porque ha sucedido algunas veces descubrirse unos como pozos profundissimos en medio de

este dilatado espacio, que no han podido sondearse, y vistose muy grandes, y criados peces. Passase con gran riesgo esta distancia, assi de la vista, porque los mas ciegan, por el gran resplandor, que la refelxion de los rayos del Sol causa en aquella llanura de cristal, si no es que se prevengan tapando los ojos con toquillas negras; como tambien con peligro de la vida, pues ha sucedido yá hundirse el caminante, y su cabalgadura, sin parecer jamás señal, ni rastro de ellos” (Barba [1639, Libro I, cap. VII, p. 15] 1992).

Con carácter muy puntual, algunos autores coloniales sí registraron la abundancia en Lipes de azufre, salitre⁹ y otras sales, aunque el interés por estos recursos fue sobre todo tardío, y su explotación, reciente¹⁰.

Así por ejemplo, sin mucha precisión, y entresacando información del *Arte de los metales* de Álvaro Alonso Barba [1639], Pedro Vicente Cañete señala:

“Asimismo se encuentra rico alumbre¹¹ de roca junto a Colcha, cabeza de estos pueblos¹²; caparrosa muy azul, que llaman piedra de lipes, por el

⁹ *Salitre*: mezcla de nitrato de sodio (NaNO_3) y nitrato de potasio (KNO_3), muy utilizado en pirotecnia y para la fabricación de dinamita y pólvora, además de emplearse en la composición de ácidos nítrico y sulfúrico y de nitrato potásico, y para fertilizantes agrícolas (nitrato de Chile).

¹⁰ A este respecto, valga señalar que las explotaciones de azufre en las faldas de los volcanes Oyagüe y Uturuncu, y de sales como la ulexita (boranotrocalcita, $\text{NaCaB}_5\text{O}_9 \cdot 8\text{H}_2\text{O}$) y el natrón o kollpa (carbonato sódico, Na_2CO_3) en los salares de Chalviri y Capina y en Laguna Verde, concentran en la actualidad buena parte de la actividad minera en Lípez, destinada una pequeña fracción de su producción al mercado interior boliviano, pero exportado el grueso de la misma a Chile y Estados Unidos, y en menor medida a Europa, Asia y Australia.

¹¹ *Alumbre*: sulfato doble de alúmina y potasa, de fórmula $\text{Al}_2(\text{SO}_4)_3 \cdot \text{K}_2\text{SO}_4 \cdot 24\text{H}_2\text{O}$. Sal blanca y astringente que se halla en varias rocas y tierras, de las cuales se extrae por disolución y cristalización, empleada en la depuración de aguas turbias, como mordiente en el curtido de pieles, y como caústico en medicina.

¹² De este alumbre Barba había señalado: *“Abundan de Alumbre, como de otros Minerales, todas aquestas Provincias [[del Perú]]. En la de los Lipes, junto à Colcha, cabeza de sus Pueblos, hallè una veta de el”* (Barba [1639, Libro I, cap. V, p. 13] 1992).

*nombre de su provincia; y azufre en mucha abundancia*¹³.” (Cañete [1797, cap. XII, Noticia 1ª] 1952: 388, cursiva en el original).

Como ya apunté al tratar del topónimo de Lipes desde sus paisajes (vid cap. II.B.1. nota 13), esta asociación que hace Cañete de la *piedra lipes* con la “*caparrosa muy azul*” remite a la *bootita*¹⁴. Antonio Vázquez de Espinosa ([1630, Libro V, cap. 33, nº 1760] 1992: 879) la cita como abundantísima en Lipes, y en el decir de Bernabé Cobo ([1653, Libro III, cap. XXIV] 1964-I: 126-127) se corresponde ésta con esa *copaquira* que los españoles asimilaron erróneamente con el *cardenillo*¹⁵. De ella señala Barba:

“Acompaña de Ordinario al Cobre, y assi se halla en tanta abundancia con los metales negrillos, que participan de èl mucho, y de este material se causa el mal olor, que de ordinario tienen sus labores. Las que llaman Copaquiras, son finissima Caparrosa, y la mas pura, y de mayor efecto es la que se llama Piedra Lapis [[sic, Lipes], por la Mina que de ella hay en su Provincia, aunque tambien en Atacama se descubrió pocos años hà otra muy copiosa. Es algo verdosa aquesta, y muy azul la de los Lipas [[sic, Lipes]]. Hay tambien Caparrosa blanquisima, ò amarilla, que es con la que se hace Tinta; los varios colores le han dado diferentes nombres, y son especies suyas las que se llaman Misi, Sori, Calchitis y Melanteria” (Barba [1639, Libro I, cap. VI, p. 13-14] 1992).

Acerca de las aplicaciones que pudieran tener estos recursos en la economía colonial, ya a fines del siglo XVI Juan Lozano Machuca llamó la

¹³ Toma Cañete este dato relativo al azufre del *Arte de los metales* de Álvaro Alonso Barba ([1639, Libro I, cap. X, p. 20] 1992).

¹⁴ *Bootita*: sulfato hidratado de cobre, de fórmula $\text{SO}_4\text{Cu} \cdot 7\text{H}_2\text{O}$, también llamado vitriolo azul o caparrosa azul.

¹⁵ Como apunté en su momento, el *cardenillo* es en realidad la capa adherente e impermeable de carbonato básico, venenosa, que tiñe al cobre y a sus aleaciones de color verdoso o azulado como resultado de la oxidación de sus sales.

atención sobre la abundancia de salitre en Lipes y la utilidad que su beneficio podría tener en la fabricación de pólvora:

“En el distrito de los Lipes hay [...] salitre en gran cantidad para pólvora, de lo cual se puede sacar y hacer mucha suma para el servicio de S[[u]] M[[ajestad]] y provisión deste reyno” (Lozano Machuca [1581] 1965: 61).

Dos siglos más tarde, Antonio de Alcedo y Herrera seguía insistiendo sobre este mismo punto:

“hay [[en Lipes]] llanuras grandes en que se coge mucha sal y salitre, del cual, y del buen azufre que se encuentra en los cerros que hay volcanes y son cuatro¹⁶, fabrican los indios mucha pólvora de la calidad que se les pide, moliendo los ingredientes, no en molinos, sino en pellejos con piedras de mano.” (Alcedo y Herrera [1786-89] 1967-II: 316).

Con respecto al azufre, sin embargo, para estas mismas fechas Juan del Pino Manrique considera que su extracción de los volcanes de Lipes no resulta rentable, por ser costosa y no exclusiva de esta región:

“El azufre, que hace otra parte de su comercio, sacándolo de los volcanes que tiene el partido [[de Lipes]], y principalmente de un cerro conocido por el de Tagua, tampoco les aumenta su pasadía, porque no es exclusivo de otras provincias, de donde también se conduce a igual precio, y en muchos casos por algo menos.” (Pino Manrique [1787] 1971: 40).

¹⁶ Indica Alcedo y Herrera que son cuatro los volcanes que hay en Lipes, sin especificar cuáles. A este respecto, recuerde el lector que al tratar de la orografía de Lipez (cap. II.A.) señalé que este altiplano queda flanqueado al suroeste por el cordón volcánico de la Cordillera Occidental, del que destacan, de norte a sur, los volcanes Ollagüe (5.830), San Pablo (5.810), Apagado (5.680), Linzor (5.660), Jorgencal (5.540), Putana (5.690) y Suriques (5.710), y el volcán Licancabur (5.930), en la divisoria actual entre Bolivia y Chile, todos ellos en estado solfatárico y ninguno activo.

Escribe Pino Manrique su *Descripción de la villa de Potosí, y Partidos sujetos a su Intendencia, etcétera* en la época ilustrada de la *Encyclopédie* de Diderot [1772], y quizás por ello no presta especial atención al azufre. Sin embargo, para Álvaro Alonso Barba, hijo de un tiempo en el que ciencia y filosofía confluían en los saberes de la alquimia, el azufre y el azogue de Lipes poseen un interés mucho mayor. Defendiendo la postura de quienes piensan que ambos elementos constituyen la materia de todos los metales, señala:

“No hay cosa mas experimentada entre los que tratan de metales, que la mezcla ordinaria que tienen de Azufre, y su abundancia en los Minerales no es pequeña señal de su mayor riqueza. Baste por exemplo el Rosiclèr¹⁷ del famoso Cerro de Santa Isabèl del nuevo Potosì, en la rica Provincia de los Lipes, que casi todo era Plata, criado entre tanta abundancia de Azufre, que las caxas, ò peñas entre las que se cria el metal arduan en llegandoles las velas encendidas” (Barba [1639, Libro I, cap. XIX, p. 36] 1992).

He aquí, en esa abundancia de azufre que para otros pasó inadvertida, la razón, según Barba, de que los cerros de Lipes sean tan abundantes de plata de la mejor calidad. Según la *tradición hermética* de la alquimia (*vid* cap. II nota 20), el alma de todos los metales está compuesto de azufre, principio masculino del ser o espíritu, y mercurio (azogue), principio femenino que representa el alma misma en su papel receptivo y pasivo. Por su parte, el azufre, respondiendo al mandato divino de *fiat lux* (hágase la luz), sirve para convertir el caos en cosmos, mientras que el mercurio representa a la Naturaleza universal. Según esta tradición, de la unión perfecta de las causas creadoras de ambos elementos nace el oro, vinculado al Sol, y por ende a Dios Creador. Por su parte, de acuerdo con la *tradición exotérica* de esa alquimia empeñada en la transmutación de los metales (*vid* cap. II nota 21), el mercurio, en tanto que elemento clave en la

¹⁷ *Rosicler o plata rosicler*: variedad de plata nativa mezclada con azufre y arsénico en distintas proporciones. De color y brillo rubí, es también conocido como plata roja.

fundición y beneficio de muchos de ellos, se convierte en Mercurio Filosofal. Proyectando este pensamiento sobre la explicación dada por Barba a la riqueza mineral de Lipes y la pureza de su plata en relación con el azufre, señalaré que de acuerdo con la teoría alquímica de los elementos el calor del azufre favorece la pureza del metal, de donde se deriva que a más proporción de éste mayor ley de pureza tendrá el metal a él asociado, como el caso de la citada plata rosicler del cerro de Santa Isabel, que por concentrar tal cantidad de azufre (calor) funde al arrimarle una simple vela. Al contrario, la frialdad del mercurio licua los metales, los disuelve, los vuelve húmedos, pudiendo ésta ser la causa de que las minas puedan presentar problemas de inundación, algo frecuente en el mineral de Lipes¹⁸.

Qué duda cabe de que este tipo de interpretaciones provenientes de la alquimia resultan más sencillas de presentar que de entender, y más aún que de ser llevadas a la práctica, si es que acaso la transmutación de los metales resulta en verdad plausible de acuerdo con la búsqueda de la Piedra Filosofal. Sin embargo, como expresé en su momento (cap. II.B.2.), son saberes que Álvaro Alonso Barba [1639] y otros autores de su época, como José de Acosta ([1590, Libro IV, cap. III] 1987: 221) o Bernabé Cobo ([1653, Libro II, cap. X] 1964-I: 76), están manejando de cara a interpretar la riqueza mineral de las Indias en general y de Lipes en particular¹⁹.

Insistiendo en la necesaria concurrencia de azufre y azogue para la transmutación de los metales, y por lo que a Lipes se refiere, valga aquí traer nuevamente a colación el caso de la llamada *piedra lipes* (*vid supra*), que Álvaro

¹⁸ Evidentemente, un análisis detallado de estas cuestiones se aparta notablemente de los objetivos de esta investigación, por lo cual remito al lector interesado en las propiedades del azufre y el azogue aquí esbozadas a la obra de T. Burckhardt (1976: 143-149, 163-173).

¹⁹ Sobre esta circulación de los saberes de la alquimia entre los autores que prestaron atención al mineral andino durante el siglo XVII, puede el lector consultar los interesantes trabajos de C. Salazar-Soler (1997, 2001, 2005), en los que Álvaro Alonso Barba y su *Arte de los metales* ocupan un lugar destacado.

Alonso Barba considera fundamental para la transmutación de los metales. Considerando las propiedades del azufre antes señaladas, y a todas luces precisamente por su naturaleza azufrosa, de ella señala:

“Y demás de otras muchas cosas que pudieran traerse à este proposito, yá queda dicho, como los palos se convierten en piedra en agua de algunos Rios, y en el sustento, ò nutricion de todos los vivientes es esta transmutación continua; y en los metales hace su posibilidad evidente la piedra Lipis, ò Caparrosa; azul, ò verde; pues como queda dicho, con ella deshecha en agua, sin mas artificio se convierten en Cobre puro el Plomo, y Estaño, y el Hierro, y aunque pueda defenderse con mucha probabilidad, que se distinguen en especie los metales²⁰, por convenir su difinicion, no menos à las demás que al Oro, por las propiedades particulares que à cada uno dellos le competen; y por la permanencia que en todos vèmos, sin que la naturaleza muestre conato á passar adelante, dandoles la ultima perfeccion de Oro, y por otras razones que para esto se acumulan.” (Barba [1639, Libro I, cap. XX, p. 38] 1992).

Dejando de lado la alquimia y volviendo a la mera descripción del potencial geominero de Lipes a partir de las fuentes coloniales, no quisiera concluir este apartado sin ocuparme de la pedrería, si bien es cierto que las piedras (semi)preciosas apenas captaron la atención de algunos autores coloniales. En este sentido, es Bartolomé Álvarez quien ofrece una descripción más prolija, enfatizando los usos médicos de algunos minerales e insistiendo - como en toda su obra- en la necesidad de reducir y someter efectivamente a los indios como condición *sine qua non* para un beneficio óptimo de tales recursos. Señala este autor:

²⁰ Se refiere aquí Barba, como cita en la continuación del fragmento reproducido, a las teorías de Calisthenes de Olinto (ca. 360-328 a.C.), sobrino de Aristóteles, más conocido por sus crónicas de las campañas de Alejandro Magno contra los persas, y a San Alberto Magno (1193-1280), teólogo, filósofo, hombre de ciencia y alquimista, maestro de Santo Tomás de Aquino. Ambos autores, herederos de la teoría aristotélica de los elementos, reconocen como único metal perfecto al oro, y niegan la posibilidad de transmutar el resto de metales en éste.

“Dije que tenían piedras preciosas. Es así verdad, que entre ellos y los Atacamas hay piedras de gran estimación al parecer; que, como acá no hay quien trate del conocimiento desas curiosidades, no hay quien conozca qué piedras son. No son rubíes ni esmeraldas; empero hay jaspes, piedras verdes y azules; y éstas, dos colores de colorado que tiran a amarillo. Son piedras para la aijada [sic]²¹ buenas las que tiran a estos colores, simples o mezclados. Hay unas piedras de azul purísimo, no transparentes sino cuajadas, de estimación para poner joyeles figurados en ellas, o esculpidos animales o aves. Hay otras piedras para la salud [=la curación] de diversas enfermedades, de gran valor: que por ser gente tan mala no se pueden descubrir sus vetas, ni hay quien lo ose decir por miedo del bando que tienen echado. El lapidario²² he leído -y otros autores curiosos- y, en lo que trata de los jaspes y piedras serpentinas y otras no conocidas, me parece que se podrían hallar piedras de gran valor si los Atacamas y Lipas que están sujetos lo estuviesen a nuestro modo, y no al suyo.” (Álvarez [1588, nº 733] 1998: 403-404).

Por lo demás, tan sólo Álvaro Alonso Barba casi mediando el siglo XVII y Pedro Vicente Cañete y Antonio de Alcedo y Herrera a fines del siglo XVIII volverán a llamar la atención sobre la pedrería de Lípez. Así, apunta Cañete ([1797, cap. XII, Noticia 1ª] 1952: 388) que *“no sólo oro y plata hay en este partido, sino también piedras preciosas”*, insistiendo en las amatistas²³ que

²¹ Señalan los editores del *Memorial* de Álvarez que debe éste referirse a una afección de la ijada, parte del cuerpo entre la pelvis y las costillas (in Álvarez [1588] 1998: 403 nota 797).

²² *El lapidario*: tratado médico y mágico acerca de las propiedades de los minerales en relación con la astronomía, mandado escribir por el rey castellano Alfonso X el Sabio, y redactado hacia 1250, aunque -como muchas obras de su época- pudo ser traducido de nuevo, enmendado, añadido y reorganizado entre 1276 y 1279. El libro se constituye en una suma de tratados griegos, helenísticos y árabes recopilados y traducidos, según parece, por Yehuda ben Moshe ha-Kohen (Yehuda Mosca o Mosca el Coheneso), médico real y destacado astrónomo de la corte alfonsina.

²³ *Amatista*: variedad macrocristalina de cuarzo, de fórmula $\text{SiO}_3 + \text{Fe}^3$, y cuyo color violeta característico depende de la cantidad de hierro que contenga. De origen magmático e hidrotermal, lo más frecuente es encontrarla en el interior de ágatas, en forma de geodas, en forma de drusas o en filones acompañada de otros minerales. Apreciada en joyería,

Barba [1639] registra en el cerro de Santa Isabel del Nuevo Potosí²⁴. Acerca de esta piedra, Barba señala:

“Fama constante hay, y yo lo oí muchas veces en la Provincia de los Lipes, que en la de Atacama, su vecina, havia finissimos Diamantes, y que por un puñado de Coca, que no valia dos reales, havia dado una India vieja un puñado de ellos brutos, que valieran en España muchos ducados. Es tierra fertilissima, de muy hermosas, y vistosas piedras, y no será sin fundamento el credito que à su riqueza se diere en esta materia.

>> Amatistas hay muchas en el Cerro de su nombre, que està junto al asiento de Minas de Esmeruco, y en el rico de Santa Isabel del nuevo Potosì se sacaban entre sus metales de Plata riquissimas, y muy maduras piedras de este genero; haylas tambien àcia el Paraguay, y Buenos Ayres, crianse en sus pampas, ò llanadas debaxo de la tierra, à uno, ò dos estados dentro de unos que llaman cocos, que son como bolas, tan grandes como una cabeza durissima, y peladissima piedra de casta de pedernal, de dos dedos de grueso à la redonda, huecos por dentro, y quaxados por todas partes de puntas labradas maravillosamente por la naturaleza de estas piedras, mas, ò menos duras, según la disposicion en que se estaban, cuando rebentò el Coco, causase, quando esto sucede, no menor ruido que el que hace una Pieza de Artilleria quando se dispara, y tiembla la tierra por muy grande espacio, y en la superficie se resquebraja, y se abre, señales que lo son, para que los que lo oyeren caben alli, y saquen el Coco hecho dos, ò tres pedazos, cosa muy sabida y vista en estas partes. En una de las jornadas que hay desde Poton [[sic, Potosí]] à los Lipes, junto à la que llaman Agua caliente, por la que alli mana, hay una pampa llena de un genero de piedras cristalinas, puras, y

tradicionalmente se incluía entre las piedras más valiosas, junto con el diamante, el rubí, el zafiro o la esmeralda.

²⁴ En realidad Cañete describe unas “preciosísimas piedras cristalinas y transparentes como un sol, labradas por la naturaleza en ángulos que rematan en punta. [...]], unas piedras muy preciosas de color morado y fondo blanco”, esto es, amatistas (Cañete [1797, cap. XII, Noticia 1ª] 1952: 389).

transparentes, labradas de naturaleza en angulos, que rematan en punta. Recogì gran cantidad de ellas todas las veces que por alli passè, admirado de su hermosura, porque parecia cada una un Sol, à la reflexion de sus rayos; la mayor que hallè era del grossor del dedo pulgar” (Barba [1639, Libro I, cap. XV, pp. 27-28).

Sin duda refiriéndose también a la amatista, Antonio de Alcedo y Herrera señala en su *Diccionario geográfico-histórico de las Indias occidentales o América*:

“en el distrito de San Antonio, anexo al Curato de San Pablo, hay vetas de pedernales redondos como balas de a 24 que suelen reventar con estrépito, y en su parte cóncava se ven unas puntas brillantes como diamantes.” (Alcedo y Herrera [1786-89] 1967-II: 316).

Hasta aquí la suma mineralógica de López de acuerdo con las descripciones de diferentes autores de los siglos XVI al XVIII, en la que he recogido los distintos minerales (fundamentalmente metales) presentes en sus “tierras de colores” y sus masas y minas más destacadas. A partir de esta información, trataré a continuación de los asientos de minas en los que los españoles beneficiaron estos minerales, considerándolos fundamentalmente desde la ilusión del dominio efectivo del territorio y prestando así especial atención a la construcción de los paisajes de frontera.

IX.B.- PARAJES DE LOS CERROS, PAISAJES DE FRONTERA. LOS ASIENTOS DE MINAS COMO AVANZADA DEL DOMINIO TERRITORIAL.

Abordé al tratar las relaciones hispano-indígenas en Lipes (cap. VII.B.) la cuestión del escaso número de españoles allí asentados, poniendo entonces el

acento en la caracterización que determinados autores hicieron de los lipes como indios desacatados, mentirosos y tramposos. De igual modo recogí algunas opiniones que explicaban la ausencia de poblamiento español a causa de estar este territorio apartado del Camino Real a Potosí (AGI, Charcas 43, Cartas de DdLB #1, p. 2/ 14-4-1584) e incluso desviado de las vías de comunicación más usuales del altiplano sur (Álvarez [1588, nº 730] 1998: 401-402), dificultades de tránsito que generalmente eran presentadas junto con la negativa de los indios a prestar servicio a los viajeros²⁵. Recogí en aquellas páginas varios episodios agraviantes para los españoles asentados entre los lipes relatados por Bartolomé Álvarez, así como su descripción arquetípica de lo que sería uno de estos asientos:

“Tienen la iglesia -y la casa del sacerdote y la del corregidor y un mal tambo de los pasajeros- todo junto y apartado de su habitación, como cuartel de los enemigos” (Álvarez [1588, nº 742] 1998: 408).

Habida cuenta entonces de que Lipes constituía un territorio inhóspito poblado por indios hostiles, no queda sino abordar el poblamiento español desde la perspectiva de la avanzada de un dominio territorial ilusorio, idea que he venido esbozando a lo largo de todo este trabajo en estrecha relación con esos que he dado en llamar *territorios evanescentes*.

Volvamos puntualmente sobre la aprehensión colonial de los espacios de Lipes (cap. II.B.) y la demarcación de sus términos en el contexto geopolítico de la frontera meridional de Charcas (cap. V.A.). Resolví al tratar de lo primero que los españoles fueron componiendo el territorio de Lipes como en esos pasatiempos infantiles en los que tras unir con un solo trazo una secuencia

²⁵ Recuerde el lector que estos datos contrastan con lo apuntado por Álvaro Alonso Barba ([1639, Libro IV, cap. XX, p.167] 1992) respecto de un Camino Real que sale de Potosí, pasa por el asiento de Porco y llega a Lipes, y sobre el que traté anteriormente al referir las posibles implicaciones de los lipes en el tráfico caravanero destinado a llevar el metal potosino desde la Villa imperial hasta el puerto de Arica (cap. VIII.B.).

numérica obtenemos el perímetro de una figura. Así, desbordada por las distancias y por el desconocimiento de las sociedades indígenas, la corografía colonial perfiló territorios evanescentes a partir de las referencias a otros territorios indígenas que resultaban conocidos con mayor o menor precisión, pero que se suponían dominados: *terrae incognitae* construidas por adición de confines conocidos. Recordemos en relación con esta cuestión el análisis hecho entonces respecto de la aplicación a este trazado perimetral de un cálculo de distancias entre Lipes y destacados núcleos urbanos surandinos (p. ej. Potosí, La Plata) o indios vecinos identificados como “de paz” o “de guerra”. Así mismo, convendría tener igualmente presente en este punto el planteamiento de O. Nogueira (1991: 156) por el cual los avances y retrocesos de la conquista y colonización de los espacios americanos, y la escasa población de españoles asentados en según que áreas, derivó en ocasiones en control territorial más teórico que efectivo, componiendo un “archipiélago humano” que da la imagen de una colonización a intervalos.

A este respecto, pensemos por un momento en esos modelos de colonización que a lo largo de la historia se han fundamentado sobre una red de factorías comerciales o puestos militares interconectados, como por ejemplo las colonias fenicias y griegas en el Mediterráneo antiguo, las entradas portuguesas en las costas de África occidental o del Brasil, los fuertes en la conquista del Oeste norteamericano, o incluso las misiones religiosas en regiones especialmente conflictivas del imperio español en Indias. Ninguno de estos modelos implicó un dominio efectivo de todo el territorio delimitado por el trazado imaginario resultante de la unión de tales enclaves, pero la presencia de éstos sí contribuyó a crear una sensación de control y dominio del mismo. Desde esta perspectiva entiendo que habría que considerar los asentos de minas en Lipes, como nodos regionales en la consolidación de un territorio y el establecimiento de una frontera, para lo cual aplicaré a continuación un punto de

vista “paisajístico” centrado en el concepto de *taskscape*²⁶ definido por T. Ingold (1993: 158-161). Si construir una región implica poner límites físicos y socioculturales a un espacio geográfico a partir del conocimiento y explotación de la unidad territorial resultante, la instalación de un asiento de minas supone la posibilidad de fijar puntos concretos dentro de la evanescencia, contribuyendo así a concretar paulatinamente ese dominio efectivo ilusorio. Dicho de otro modo, a partir de las referencias cartográficas que estos asientos ofrecían, la Administración colonial pasaba a estar en disposición de concebir, ordenar y manejar un territorio antes incógnito.

Considerando el *paisaje* como un mundo sociocultural construido desde la cognición humana y definido por la actividad de quienes lo habitan (una “*realidad para*”, *sensu* Ingold 1992:4), este “escenario de faenas/trabajos” que es el *taskscape* incorpora a los estudios paisajísticos las ideas de movimiento en el tiempo social y de manipulación del entorno que dan lugar a los paisajes, dos factores que confluyen en los asientos de minas; el primero a partir de los turnos de mita y del ir y venir de indios de labor, el segundo desde la propia explotación minera. Para redondear este planteamiento, no puede dejarse fuera el componente español asentado, factor clave según García de Llanos para que verdaderamente pueda hablarse de “asiento de minas”. Así, en su *Diccionario de las maneras de hablar que se usan en las minas*, García de Llanos apunta:

“Es cualquier mineral poblado, y antes de starlo no lo es por no haberse hecho asiento en él y solamente se dirá mineral, aunque se usa a veces de entre ambos vocablos, sin diferencia, mas lo primero es en rigor de propiedad.” (Llanos [1609, f. 3, n° 19] 1983: 10).

Por su parte, este mismo autor considera ese “mineral no poblado” como *huaquiano* (Llanos [1609, f. 21, n° 124] 1983: 57), o mejor, *paraje*. Refiriéndose

²⁶ *Taskscape*: A grandes rasgos, el *paisaje* en un “escenario de faenas/trabajos”. Vid nota 8 del cap. II.

al Cerro Rico de Potosí García de Llanos señala que hay “*buenos parajes, razonables y malos. [...] Dícense parajes ordinariamente las partes del Cerro donde hay concurso de labores, de los cuales hay muchos*”. De éstos, apunta que los más relevantes tienen nombre español, mientras que “*otros muchos de menos nombre [[=fama]]*” lo tienen indígena, indicando que esta segunda toponimia suele reflejar alguna particularidad de dichos parajes, “*para decir si uno es bueno o malo a las minas que tiene o se labran por él.*” (Llanos [1609, f. 37, n° 177] 1983: 99-100).

Entonces, al vincular el asiento de minas a los parajes del cerro estaría fraguándose una estrecha unión entre el asiento de españoles, el emplazamiento minero, sus tierras aledañas, el o los asiento/s de los indios repartidos a dicha explotación minera, y los lugares-en-el-paisaje donde beneficia el mineral. Asimismo, proyectando sobre esta ecuación la cuestión fronteriza es como este “escenario de faenas/trabajos” se convierte en signo del dominio español, puesto que si el metal beneficiado tiene como destino final la Casa de Moneda y la Hacienda Real, el asiento de minas supone algo así como una *marca* de hasta donde alcanzan de facto los dominios de la Corona: en tanto que enclave con presencia de españoles y donde de última se trabaja para alimentar las Cajas Reales, el asiento de minas deviene en un punto en el mapa que, por sí solo o alineado con otros, sirve para trazar los circuitos y contornos territoriales y establecer los límites del Imperio.

Ajeno por entero a esta terminología y a los cristales con que historiadores y antropólogos del futuro leerían su *Carta*, cabe decir que Juan Lozano Machuca ([1581] 1965: 59) ya apuntó en esta misma dirección al componer para el Virrey una descripción del territorio de Lipes como 1) “*repartimiento questá en la Corona real*”, 2) poblado de indios que “*eran muy ricos y que podían pagar a S[[u]] M[[ajestad]] mucha más tasa*”, 3) en el que “*habrá diez años, poco más o menos [...] se descubrieron muchas minas y se comenzaron a registrar con*

mucha furia”, y 4) donde el metal se saca “*libre de costas*”. Evidentemente, la cuestión era convencer al Virrey de la conveniencia de asentar el dominio efectivo sobre Lipes y poner en marcha la explotación de su mineral, así como de su propia idoneidad para llevar a cabo tamaña empresa, intereses particulares que el factor de Potosí perseguía al redactar su *Carta* (cap. I.B.1.). En este sentido, quizás el único pero que pueda achacarse a este autor sea el considerar los espacios de Lipes de modo contradictorio, señalando así en un primer momento que esas primeras explotaciones mineras “*se dejaron de proseguir y labrar; y así se quedaron por entonces, diciendo ser la tierra mala y despoblada*” (Lozano Machuca [1581] 1965: 59), para apuntar después que se trata de una “*tierra muy cómoda*” para la actividad minera, por estar bien provista “*de leña, carbón y otros materiales, y aparejo para llevarlo [[el mineral]] a los puertos*” (Lozano Machuca [1581] 1965: 61). Así, en tanto que no iba él mismo a perjudicar sus propios intereses, entiendo que la mención de “*tierra mala*” pudiera tener que ver tanto con lo inhóspito de la región como con el hecho de que, según comentan éste y otros autores a lo largo de la Colonia, las minas se inundasen con facilidad llegando a cierto estado, punto sobre el que volveré más adelante (cap. IX.D.). Del igual manera, y a tenor de lo señalado también por Bartolomé Álvarez [1588] y Luis Capoché Capoché [1585] (*vid supra*), respecto de la caracterización de Lipes como “*tierra despoblada*” entiendo que Lozano Machuca quiere decir despoblada de españoles, pues él mismo llama la atención en otro pasaje de su texto sobre la necesidad de poblar el territorio de Lipes para una mejor explotación de sus recursos (Lozano Machuca [1581] 1965: 61). Por otra parte, también pudiera ser que esta alusión a Lipes como una tierra despoblada remitiese a la imagen de un espacio vacío y pobre, algo en perfecta consonancia con esa imagen que del Altiplano de Lipez como un páramo yermo, desértico y salino compusieron éstos y otros autores de los siglos XVI y XVII (cap. II.B.1.)

De acuerdo con lo que vengo planteando en torno a los asientos de minas como marcadores territoriales, el cerro que los distintos autores llaman Usloque (Lozano Machuca [1581]), Osloque (Barba [1639], Capoché [1585]) o Usloca (Vázquez de Espinosa [1630]) (*vid supra*, cap. IX.A.) cobra especial relevancia dentro de la corografía minera de Lipes. Así por ejemplo, Lozano Machuca indica que fue en él donde Tomás de Ibarra descubrió las primeras minas de Lipes, utilizándolo como punto de referencia para la ubicación de otros parajes:

“junto al cerro de Escala - que es el que agora Pedro Sande ha descubierto y registrado en él las minas de plata contenidas en la manifestación que lleva Diego Enrique con las muestras y ensayes, y asimismo de otro cerro en que registró una veta Agustín de Mondragón, que se llama Corotono y está cuatro leguas de Usloque, junto al cerro de Escala.” (Lozano Machuca [1581] 1965: 60).

Sobre este mismo cerro y sus parajes, Luis Capoché señala:

“Hay en esta provincia un cerro con minas que tiene semejanza con el de esta villa [[de Potosí]], por ser de su facción y hechura y tan alto y con igualdad por todas partes, aunque es más delgado y sin tanta falda y plan. Y [si] sus minas y vetas comenzaran desde lo alto, fuera riquísimo. Llámase el cerro de Osloque. En el principio de su falda están las vetas [que] no corren cerro arriba, sino atravesadas de levante a poniente. La primera veta que se descubrió tiene por nombre la Rica. Está junto al salitral. Habiendo labrado en ella quince estados²⁷, dió en agua y no se puede labrar. Cerca de ella se descubrió otra veta, que corre por el mismo rumbo y está hacia el poniente, y se entiende ser toda una, y en ésta labran diez o doce españoles, que tienen poblado el asiento, que está quince leguas de Colcha. De esta mina acude el metal por fundición a seis

²⁷ *Estado*: antigua medida de longitud tomada de la estatura regular de un hombre, que se usaba para apreciar alturas o profundidades, y solía calcularse en siete pies, esto es, tomando como referencia el pie de Castilla, 1'95 metros. Así, la profundidad de quince estados referida por Capoché equivale a casi 30 metros.

marcos y no se tiene experiencia del beneficio del azoque, aunque hará tres o cuatro años un español trajo una partida de metal de los Lipes que benefició a nuestra usanza, y no le acudió bien. Atribuyóse a que la calidad de estos metales es húmeda, y en ellos, tan blandos y lamosos, que no se puede abrazar el azogue a la plata. Junto a la falda del cerro, cerca de la veta Vieja, está la población de los cristianos hacia el oriente. Serán veinte casas, y la ranchería de los indios cerca de ellos, con otras tantas casas. Van los indios de su voluntad a las minas y páganles a dos reales y medio. Tienen aprovechamiento de metales.” (Capoche [1585, f. 44v] 1959: 128).

Varios son los aspectos a señalar de este pasaje de Capoche en relación con la explotación minera del cerro Osloque. En primer lugar, la fisonomía del propio cerro y su riqueza argentífera, que el autor equipara a la del Cerro Rico de Potosí, aunque por otra parte también indica que la calidad del mineral, pese a buena, es menor y no puede beneficiarse por azogue, al tiempo que apunta el problema del agua como causa fundamental del cese de la explotación de las minas, asunto sobre el que volveré a su debido tiempo (cap. IX.D.). En lo que al poblamiento español se refiere, Capoche señala un asiento de minas en un paraje cercano al de la veta llamada Rica, y una “*población de los cristianos*” en la vertiente oriental del cerro, cerca del paraje de la veta llamada Vieja, donde seguramente se emplazaría el primer asiento minero, trasladado posteriormente al agotarse aquel mineral. De este asentamiento, lo destacable es la proporción tan pareja de veinte casas de españoles y otras tantas de indios, algo que a priori no cuadra con el dato ofrecido de que son diez o doce los españoles que tienen poblado el asiento. Cuántos españoles en total habitaban en el asiento más el pueblo de Osloque, y cuántos indios en la ranchería cercana a este último son cifras que Capoche no ofrece, pero que sin duda serían interesantes de conocer a fin de calibrar la presencia real de españoles en Lipes. Por otra parte, el autor señala que los indígenas se alquilan voluntariamente para el trabajo en el mineral

de este cerro y que además tienen aprovechamiento propio del metal. Así, si los indios no están repartidos en la persona de uno o varios mineros, ¿quiénes son estos indios? ¿Ya estaban ahí asentados antes de que los españoles empezaran a labrar el cerro, o por el contrario se desplazaron oportunamente al considerar rentable el trabajo en tales minas? ¿Son los asentados en esas veinte casas de la ranchería cercana al pueblo de españoles los únicos empleados en labor, o hay además otros indios que acuden al cerro pero que están asentados en otro lugar? Lamentablemente Capoché también nos deja sin respuesta a estas preguntas, aunque su descripción del asiento de minas y el pueblo de españoles de Osloque es quizás la más completa con que contamos a la hora de intentar estudiar la morfología del poblamiento español de Lipes.

De acuerdo con las reglas de esa geografía referencial que vengo tratando a lo largo de esta investigación, Álvaro Alonso Barba ([1639, Libro III, cap. XIV, pp. 124-125] 1992), que lo sitúa este cerro de Osloque a “*poco mas de una legua de Sabalcha, en el camino que vá à Colcha, en una pampa, ò llanada*”, una ubicación un poco más precisa si cabe que la de Capoché (*vid supra*), que sólo indica que “*está quince leguas de Colcha*”, sin especificar rumbo alguno, aunque evidentemente en orientación sur. Sin embargo, igual que hace Lozano Machuca ([1581] 1965: 60) al asociar este cerro que él llama Usloque con el de Escala, Capoché se sirve de este cerro para ubicar otras minas y parajes, que va encadenando en dirección suroeste hasta trazar una suerte de eje minero de Lipes a fines del siglo XVI. Así, establece Capoché:

“Sin estas vetas [[de Osloque]] se han descubierto y hallado otras minas, aunque no tan ricas, cinco leguas de Osloque, en un cerro que llaman de Sacacha. Están en la cumbre, en la parte más alta del cerro. Acude su metal [[a Potosí]] por fundición a ocho pesos. No se labran por ser las viejas las más ricas. Espérase de estas minas mucha prosperidad, por tener que labrar sin riesgo de topar agua. Y de tres años a esta parte se han descubierto las vetas que siguen:

>> *Tomás de Ibarra, difunto, que fue una persona que puso con vara de justicia en aquel asiento el capitán Martín García de Loyola, corregidor que fué de esta provincia, el cual descubrió una veta de metal de plata media legua de Osloque, en un cerro que dicen Guantara, de la otra parte de un río donde se halló una cata antigua tapada a manos, y sacó metal de ella y de él plata por guaira.*

>> *El dicho registró otra veta de metal que descubrió en el dicho cerro, y del metal hizo un ensayo por azogue y acudió bien.*

>> *Domingo de Basurto registró una veta de plata que descubrió [a] una legua del asiento [[de Guantara]], y ensayó el metal y sacó plata por azogue.*

>> *El dicho Tomás de Ibarra registró una veta que descubrió en un cerro, media legua del valle de Escalla, en el cual dio catas y topó metales de plata y soroche con distinción de vetas.*

>> *El dicho registró una veta de plata que descubrió media legua del cerro principal.*

>> *Cristóbal Flores registró una veta de plata que descubrió [a] una legua del asiento [[de Escalla]], y ensayó el metal y sacó plata por azogue.*

>> *En la comarca del cerro [[Escalla]] hay minas de cobre muy fino y algunas labradas por el Inca, y minas de soroche con ley de plata y muchos colores finísimos, y un azul muy singular para pintores. Hay casa de fundición [con] cinco hornazas, las cuatro para fundir y una para refinar.” (Capoche [1585, fs. 44v-45r] 1959: 128-129).*

Cerros, parajes, tipos de mineral, calidades del metal, maneras de beneficiarlo y mineros con nombre y apellido, ésta es la información que de la minería en Lipes ofrece Capoche, la que a él como un minero en Potosí le importa, pero probablemente la única que a cualquier importaría a efectos de integración de Lipes en los espacios económicos de la minería surandina. Si yo

fuera alguien con intereses mineros que persiguiera concesiones en un territorio concreto me gustaría saber qué hay, dónde, en qué cantidad y quiénes lo están explotando ya, con qué artes y con qué beneficios, para evaluar si mi empresa allí resultaría o no rentable. Sin embargo, hay un aspecto fundamental que Capoché pasa por alto en su relación de asientos entre Osloque y Escalla, y que resultaría fundamental: ¿hay indios que labren los cerros por él mencionados entre Osloque y Escalla? Y en caso afirmativo, ¿quiénes y cuántos, de repartimiento o mingados?

Al amparo de esta relación de Capoché quedaría resuelta la geografía de los asientos de minas en la mitad occidental del Altiplano de Lipez, un eje imaginario que desde el cerro de Usloque/Osloque discurre hasta el cerro Escala (o Escalla, Escapa, Escapi o Scapi, según autores - *vid supra*, cap. IX.A.). Como consecuencia del mencionado problema de inundación de las minas, las explotaciones hasta aquí citadas debieron dejar de labrarse a lo largo de los siglos XVI y XVII, estando completamente abandonadas ya en el XVIII, pues ninguno de los cerros mencionados, salvo el Escala, aparecen destacados en la *Carta geográfica, que contiene los seis partidos que comprende la Provincia de Potosí* (AGI, Mapas, Buenos Aires 160/ 1787, *vid* Mapa V-5), confeccionada por Hilario Malaver para acompañar la *Historia física y política de la provincia de Potosí* de Pedro Vicente Cañete ([1797] 1952). Por el contrario, sí abunda este mapa en otros cerros que para entonces estarían siendo explotados, todos ellos en la mitad oriental de Lipez tomando la población de Colcha como referencia (Mapa IX-1).

En este sector, y como muestra representativa de esos cerros de plata que cuentan con asientos de minas, Álvaro Alonso Barba cita:

“En los Lipes son Asientos de mas fama Santa Isabèl del nuevo Potosì, que en la hermosura del Cerro, y riqueza de sus metales se le parece como en el nombre. La Trinidad, Mineral riquissimo. Esmoruco, el

Bonete que llaman; porque los picos del Cerro lo representan. Xanquegua. El Nuevo Mundo que se descubrió en mi tiempo, de caudalossimas vetas, Abilcha, Todos Santos, Osloque, San Chrsitoval de Azochalla [[= Achocala]], Sabalcha, Montesclaros, y otros muchos.”
(Barba [1639, Libro I, cap. XXVII, p. 52] 1992).



Mapa IX-1: Yacimientos argentíferos y asientos de minas en Lipes. Detalle de la *Carta geográfica que contiene los seis partidos que comprende la provincia de Potosí*. 1787. (AGI, Mapas, Buenos Aires 160/1787). [Adviértase que el Norte está orientado hacia abajo].

De entre ellos, así como los cerros Usloque/Osloque y Escala sirvieron de hitos para la corografía minera de la mitad occidental de Lípez, en esta mitad oriental es el cerro y asiento de San Cristóbal el que se constituye como marca²⁸. De él dicen Jorge Juan y Antonio de Ulloa:

²⁸ Actualmente el cerro de San Cristóbal, aunque más horadado, permanece en su lugar, pero no así el primitivo asiento de minas y el posterior pueblo de españoles, que llegó a alcanzar una extensión y una población notorias al convertirse en centro minero de especial relevancia en la región, recibiendo contingentes de trabajadores tanto en cumplimiento de la mita como para alquilarse voluntariamente. Habida cuenta de su riqueza argentífera, es uno de los escasos centros

“El cerro de San Christóval de Acócala [[= Achocalla]] ha sido de los más famosos del Perú por la riqueza de sus minas de plata, siendo esta tanta que en parages se cortaba á síncel; ya están en decadencia respecto de lo que de ellas se sacaba antes, aunque no dexan de continuar las labores, siendo la causa de aquella la falta de gente para trabajarlas pues, á no ser esto, sin duda, que producirían con la misma abundancia.” (Juan y Ulloa [1748, II parte, Libro I, cap. XIII, nº 345] 1990-II: 179).

Cuarenta años más tarde, Juan del Pino Manrique menciona dos parajes de este cerro que sobreviven a la crisis de la minería en Lipes:

“sólo en San Cristóbal se continúan por los indios dos labores, llamadas la Tesorera y la Estaca, pero con la lentitud propia de su natural inclinación y falta de auxilios.” (Pino Manrique [1787] 1971: 38).

Más de un siglo atrás, prestando atención a la riqueza argentífera de este cerro, Álvaro Alonso Barba comenta a modo de anécdota cómo se descubrieron distintos parajes de San Cristóbal:

“abundan sus peñascos de viscachas, animalejos del grandor de liebres, caza ordinaria, y de buen mantenimiento en estas punas: cayò de un arcabuzazo una, hallòla el que la matò atravessada sobre un riquissimo farellon de metal de Plata; puso su nombre a esta veta descubridora Nuestra Señora de la Candelaria. Registrandose otras muchas despues, que dieron merecida fama a aquel assiento; pues por su riqueza, y concurso de Españoles, fue entre todos los que hubo hasta su

mineros que han sobrevivido a las distintas crisis del mineral en Lípez, manteniéndose su explotación activa y con un alto rendimiento en la actualidad. Por este motivo, durante la década de 1990, y luego de largas y complejas negociaciones con la comunidad, la empresa estadounidense Apex Silver Limited, concesionaria de las explotaciones, cambió el pueblo de ubicación al descubrirse que estaba construido en un paraje de especial riqueza (*cfr.* Madrid 1999). Por eso, del antiguo pueblo de San Cristóbal solo hoy queda la iglesia, que fue desmontada y reconstruida en el nuevo asentamiento; un templo en piedra, de tres naves, con campanario exento y doble espadaña de cinco campanas cada una, gran pila bautismal de alabastro, y esculturas y ricas pinturas murales de factura indígena en su interior, testimonio del esplendor que el pueblo de San Cristóbal alcanzó en época colonial.

descubrimiento el tercero de este Reyno, despues de Potosì, y Oruro.”
(Barba [1639, Libro I, cap. XXIII, p. 44] 1992).

Como he señalado, efectivamente las minas de San Cristóbal alcanzaron la condición de hito a partir del cual ubicar no sólo otros centros del mineral sino también paisajes naturales. A este respecto, y continuando con el anecdotario, este mismo autor señala:

“Arrancando unas matas de tola, leña ordinaria en esta tierra²⁹, sacò con la pequeña raiz, un Indio que me servìa, una piedra rica de metal con Plata blanca machacada, media legua de las Minas de San Christoval de Achocalla en los Lipes: traxomela, descubri la veta, y manifestè el cerro.”
(Barba [1639, Libro I, cap. XXIII, p. 43] 1992).

“Quatro leguas de las Minas de San Christoval de Achocalla, en los Lipes, està una laguna pequeña sobre un cerrillo, en un parage, que llaman Tumaquisa: hierve en medio de ella el agua levantandose, y yà poco, yà mucho, con grande, y espantoso ruído. Llevòme la curiosidad á verla, y verdaderamente da pavor aquel perpetuo tumulto, y movimiento, y son pocos los que atreven à llegar à su orilla. Està tan turbia, que mas parece barro, que agua; tiene un desagadero pequeño, y la que por èl sale se convierte en Sal colorada, en un guayco, ò quebrado por donde corre. Es fortissimo genero de Sal este, y hace doblando efecto que la demàs comun en el beneficio de los metales: experimentandose ha tambien ser muy efìcàz remedio para la disenteria; puede ser tenga alguna mezcla de Alumbre roxo, que le comunique con el color mas viveza. Passa por junto a esta laguna una veta de piedra Yudayca, y en

²⁹ Respecto de la tola (*Lepidophyllum quadrangulare*) como prácticamente la única “leña” existente en Lipez, recuerde el lector los datos aportados a la hora de describir los ecosistemas del Altiplano de Lipez (cap. II.A.), y especialmente el comentario hecho en su momento (cap. VIII.B.) respecto de la opinión de Juan Lozano Machuca ([1581] 1965: 61) acerca de ser Lipes “tierra muy cómoda para ello [[la extracción de minerales y salitre]] de leña, carbón y otros minerales”.

los alrededores hay mucho Mineral de Cobre.” (Barba [1639, Libro I, cap. VII, pp. 15-16] 1992).

En el primer caso, Barba cita un paraje próximo al asiento de San Cristóbal no por su nombre, sino por simple referencia a su distancia respecto de éste, sirviéndose de las circunstancias de su descubrimiento para insistir en la riqueza argentífera de Lípez, tanta y tan a la superficie, que simplemente al arrancar la vegetación el metal ya saldría enredado entre las raíces³⁰. En el segundo caso (citado también por Pedro Vicente Cañete [1797, cap. XII, Noticia 1ª] 1952: 389-390 a partir de esta descripción de Barba), se sirve este autor del cerro y asiento de San Cristóbal para referenciar el paraje de una laguna salobre en la que abundan los minerales de cobre. En los dos, utiliza Barba ese sistema de geografía relacional basado en distancias a partir de un punto destacado, conocido y localizado que permite ponderar la magnitud de lo referido. Lo importante no es que existan un paraje abundantísimo en plata de fácil labor o una laguna salobre rica en minerales de cobre, sino que están a media y a cuatro leguas respectivamente del cerro y asiento de San Cristóbal, siendo este dato el que permite no sólo ubicarlos, sino sobre todo ponderar la posibilidad de su explotación. Así es como se irían componiendo áreas de especial concentración minera, con lo que a efectos de dominación del territorio he señalado en páginas anteriores.

Continuando con la noticia de los parajes de este cerro de San Cristóbal, Barba repara en la llamada mina Hedionda, de la que señala:

³⁰ A este respecto, no olvidemos que prueba de la riqueza del Cerro Rico de Potosí, y motivo de su descubrimiento en 1545, fue el hecho de que la simple fogata que Diego Wallpa encendió para abrigarse del frío de la noche mientras se encontraba perdido con sus rebaños fundió el metal que se encontraba a flor de tierra, encontrando así a la mañana siguiente hilos de plata que corrían por el suelo.

Caso similar en Lipes, el propio Álvaro Alonso Barba ([1639, Libro I, cap. XIX, p. 36] 1992) y Pedro Vicente Cañete ([1797, cap. XII, Noticia 1ª] 1952: 388) citan que el rosicler del cerro de Santa Isabel del Nuevo Potosí, por estar entre tanta cantidad de azufre, se funde simplemente al calor de las velas (*vid supra*, cap. IX.A.).

“Recien descubierto el rico asiento de San Christoval de los Lipes, fui yo a aquella Provincia. En este tiempo, en un hermoso alto, y muy capaz cerro, que con otras lomas rodea el sitio en que se poblaron los Mineros, decubrieron dos, de Nacion Gallegos, una veta, que al principio se llamo de su nombre, y despues hasta oy la Hedionda por sus efectos. Comenzòse à sacar Metal muy rico, Tacana entre Calichal blanco, y à poco que se ahondò, no se pudo passar adelante; porque el mal olor que de ella salia lo impidiò, con muerte de algunos Indios de los que en ella trabajaban. Dexosè por mas de quatro ò cinco años; al cabo de los quales, estando tambien yo presente, intentò otro Minero proseguir en la labor, por la riqueza del metal, y parecerle, que en tanto tiempo yà se havria desabahado, y evaporado el mal olor; pero costòle la prueba dos Indios, que se le murieron luego, con que se dexò hasta oy. No me maravillò tanto esto, como el vèr con mis ojos en el mismo cerro, quedandose una cata en otra veta algo apartada de lo que he dicho, haviendose ahondado apenas una veta, no se pudo proseguir por la hediondèz, que de la tierra salia; y bolviendo por alli al cabo de pocos dias, vè en el pozuelo muertos algunos pajarillos, y otras sabandijas, entogicados del veneno, que de su olor exhalaba. Por la otra vanda de este prohibido, y reservado cerro, para el tiempo que la Divina Providencia tiene señalado, se hicieron unas casas, y ingenio de piedra para moler metales de plata, junto à una cienaga, que de èl se principia, y de cualquiera parte que en èl se sacaba para señalar los breves cimientos, salia el mismo olor que queda dicho. Era semejante al que tiene una Bodega llena de mosto, quando està hirviendo, grave, y pesado, que aun à los que gozamos del ayre libre nos ofendia.” (Barba [1639, Libro I, cap. II, pp. 7-8] 1992).

Viene esta descripción a constatar algo ya conocido a partir de las definiciones de “asiento de minas” y “paraje del cerro” dadas por García de Llanos (*vid supra*): que en un mismo cerro se explotaban distintos parajes a la

vez, cuya concesión podía asimismo corresponder a diferentes mineros de tal manera que en él hubiese varios asientos de minas. En un plano superior de la morfología del poblamiento español, un pueblo de españoles podía congregarse a la población de estos asientos, quedando a él asociadas las rancharías de los indios de labor, tal y como describe Luis Capoché ([1585, f. 44v] 1959: 128, *vid supra*) para el cerro Osilloque.

A fines del siglo XVIII, y a pesar de que ya en el XVII esta mina dejó de labrarse, Pedro Vicente Cañete ([1797, cap. XII, Noticia 2ª] 1952: 390-392), copiando a Barba, todavía da cuenta de la mina Hedionda, pero más interesante resulta el testimonio de Antonio de Alcedo y Herrera sobre ella:

“En el asiento de San Cristóbal está una [[mina]] que llaman la hedionda a causa del grande hedor que despide por su boca, y dicen que la veta estaba en barra cuando se trabajó sin esta incomodidad; está abandonada porque el que entra en ella muere sin remedio, pudiera beneficiarse a tajo abierto si hubiera ánimos y caudales en el vecindario para ello.” (Alcedo y Herrera [1786-89] 1967-II: 316).

En función del análisis paisajístico de los asientos de minas que vengo planteando en estas páginas, lo interesante de la cita de Alcedo y Herrera radica en su mención a que hubo un tiempo en que la explotación de la mina Hedionda daba buenos beneficios (*“estaba en barra”*), teniendo que ser luego abandonada a cuenta de no poder seguir labrándose sin riesgo para los trabajadores, pero que bien podría ser explotada a cielo abierto si se invirtieran los dineros necesarios para ello. Así, la mención que de esta mina hace Barba bien puede responder a lo prolijo de su descripción mineralógica, su curiosidad en los fenómenos naturales y su condición de testigo afectado por las emanaciones sulfurosas. Sin embargo, me parece que estas referencias de fines del siglo XVIII están motivadas por razones bien diferentes, pues para estas fechas la minería en Lipes se encuentra en plena crisis, pese a lo cual los autores de este período no sólo se empeñan en

ensalzar las riquezas minerales de la región, sino que alguno como Alcedo y Herrera se atreve incluso a plantear proyectos para su reactivación. Por eso, asociar la mina Hedionda al rico cerro de San Cristóbal sirve de aval a su potencial argentífero, una carta de presentación amparada en el “donde hubo, se retuvo” o en algo así como “dime dónde te ubicas y te diré cuánto vales”. Es decir, a fines del siglo XVIII los asientos mineros ya no actúan como marcadores de un dominio territorial, ni contribuyen a delinear los límites regionales de Lipes, pero algunos de ellos, los más ricos, todavía continúan funcionando como claros referentes dentro de una región minera en crisis que trata de no perder su identidad apelando a las riquezas de un tiempo pasado que fue mejor.

Salvo la mención hecha por Juan Lozano Machuca ([1581] 1965: 61) acerca de que Lipes cuenta con abundantes riquezas minerales y “*aparejo para llevarlo a los puertos donde V[[uestra]] E[[xcelencia]] viere que conviene más al real servicio*”, a la que la presté atención anteriormente (cap. VIII.B.), no es frecuente encontrar en las descripciones de los autores coloniales referencias a qué ocurre con el metal beneficiado más allá del asiento de minas, salvo quizás alguna mención al precio que se paga por él en Potosí. Del mismo modo, lo normal es hablar de parajes y asientos concretos, citando el mineral que allí se explota y, todo lo más, el método empleado para su beneficio y/o fundición, pero no es frecuente en esta documentación -salvo las citadas excepciones de Lozano Machuca o Capoche (*vid supra*)- mencionar el nombre de los mineros, dato que permitiría considerar la calidad, poder económico e influencia sociopolítica de los españoles con intereses en Lipes³¹. Sin embargo, a este respecto ofrece Álvaro Alonso Barba una detalle interesante por curioso al tratar de la mina De los Encomenderos; a renglón seguido de sus noticias sobre el cerro de San Cristóbal y sobre la mina Hedionda, menciona:

³¹ Quizás un estudio de otro tipo, centrado en esa otra documentación sobre Lipes que trata de lo que he dado en llamar “asuntos de o entre españoles” permita ahondar en este punto que, como ya justifiqué en su momento (caps. I.B. y I.C.), queda fuera de los objetivos fijados para esta investigación, aunque sin desdeñar la posibilidad de que a ello dedique trabajos futuros.

“No tiene menos fama la Mina que llaman de los Encomenderos, en la Provincia de los Lipes: tiene este nombre, porque de ella se dice sacaron los Indios en años passados mucha cantidad de Plata, con que despacharon contentos à España à dos hermanos Encomenderos suyos, de sobrenombre Tapias. Despues de los quales esta rica Provincia se incorporò en la Real Corona. Siendo yo Cura en ella, alcancè algunos de sus naturales, que me dixeron ellos mismos eran de los que havian ido cargando la riqueza de sus Amos hasta el Puerto de Arica, en donde se embarcaron³². Muy assentado es, que aquesto fue verdad, y que su Mina està oculta, no lo dudo; pues todos los Minerales que en aquella Provincia se han poblado, han sido hallados y estrenados por los Españoles, sin haberse encontrado hasta oy con labor ninguna antigua de Plata de los Indios, constando por otra parte, que las tuvieron riquissimas, pues ademàs de las corpas³³, ò piedras de metales de Plata muy escogidas, que los Indios me daban de minerales [[= minas]] no conocidos, estaban las calles de los pueblos, quando yo fuì à ser su Cura, casi veinte años hà, llenos de grandeza menuda, de metal muy rico, que yo recogì y aprovechè.” (Barba [1639, Libro I, cap. XXVIII, pp. 53-54] 1992).

Aparentemente anecdótico, este fragmento ofrece sin embargo interesante información desde distintos puntos de vista. En primer lugar, esa idea de que no hubo en Lipes beneficio de metales prehispánico, desmentida por un lado a partir de los datos ofrecidos por Lozano Machuca ([1581] 1965: 61, *vid supra*) y Capoché ([1585, fs. 44v, 45r, 45v] 1959: 129, *vid supra*) respecto de que había guairas en los cerros y tocochimpos en las rancherías de los indios, pero por otra

³² Advierta el lector que evidentemente Barba está haciendo alusión aquí al transporte del mineral extraído por medio de caravanas de llamas, una mención que confirma las opiniones vertidas sobre la implicación directa de los lipes en el tránsito caravanero desde y hasta Potosí y a través de su *hinterland*, según me referí en su momento (cap. VIII, especialmente VIII.B.).

³³ *Corpa*: trozo de mineral en bruto.

parte bien asentada en la tradición oral de las actuales gentes de Lípez, como mencionaré más adelante (cap. IX.D.). En segundo lugar, que aunque el beneficio de metales quedó eminentemente en manos españolas, los indios aprovechaban por su cuenta y de manera informal algunos restos o vetas sin importancia -algo también señalado por Juan del Pino Manrique ([1787] 1971: 36)-, amén de tener ocultas sus propias minas, una sospecha manifiesta por los autores del siglo XVI, y especialmente por Bartolomé Álvarez [1588] (*vid supra*, al comienzo del capítulo, y también cap. VII.B.). Pero sin duda, el dato más interesante ofrecido por Barba a colación de esta mina De los Encomenderos es su cronología y el nombre de sus concesionarios. Señala Barba que la explotación de esta mina se realizó antes de que Lipes pasara a la Corona, y recoge el apodo de “los Tapias” como sobrenombre de los dos hermanos encomenderos protagonistas de su noticia, indicando que volvieron a España con gran cantidad de plata; fecha, título, sobrenombre y viaje a España remiten indefectiblemente a Hernán Núñez de Segura y Francisco Tapia encomenderos de los indios lipes mediando el siglo XVI, a quienes ya presté atención en su momento (cap. V.A.I.). Y esto da que pensar a la hora de desvelar las circunstancias de vida reales de los españoles en Indias en general y en Lipes en particular: Núñez de Segura y Tapia, que, recordémoslo, viven en La Plata (hoy Sucre) a pesar de que según las ordenanzas vigentes debieran residir en el término de su encomienda, son además dueños de una mina de riqueza incalculable, pero que, a tenor de lo anterior, explotarían desde la distancia. En función de ello, no sería Tomás de Ibarra el primero de beneficiar los metales de Lipes como apunta Lozano Machuca ([1581] 1965: 59-60, *vid supra*); sólo en tanto en cuanto que esta mina De los Encomenderos quedó oculta después de que, según el relato de Barba, éstos se marcharan. Ahora bien, considerando el beneficio de la duda que este autor concede al relato y a la propia existencia de la mina, ¿qué quiere decir con eso de que la mina está oculta, oculta por los indios a los españoles como esas otras tantas que distintos autores denuncian o, tan sólo por hipotetizar, oculta como esas otras que según la tradición oral han

desaparecido por tratos fallidos con las entidades tutelares de los cerros³⁴? Suponiendo en este contexto más bien lo primero, ¿acaso Núñez de Segura y Tapia destinaban a los indios que tenían repartidos a la labor en esta mina, y era con el mineral extraído con lo que éstos pagaban el tributo que tenían impuesto en dinero? De ser así, y sin perder de vista las denuncias elevadas por los autores de fines del siglo XVI acerca de que los indios se hacen pasar por pobres para evadir el tributo (caps. VI.A., VI.B., VII.B.), no sería de extrañar que esta mina De los Encomenderos desapareciera sospechosa y oportunamente una vez que lo hicieran estos dos personajes y que la encomienda pasase a la Corona.

Pero volvamos al tema que aquí nos ocupa, del que a cuenta de esta mina De los Encomenderos me he desviado. De acuerdo con el planteamiento de que los asientos de minas se constituyen como marcas a partir de las cuales considerar una sensación de dominio sobre el territorio al tiempo que, al unir por un trazado imaginario distintos asientos, contribuyen a perfilar los términos de dicho territorio, ¿cabe considerar el asiento de minas como un lugar de españoles en el sentido de pueblo de españoles, o no todos gozaron de esta condición?

Tratando de los corregimientos, obispados y minas en el “*Distrito de Charcas*”, Antonio Vázquez de Espinosa apunta:

“Hay en este distrito 12 lugares de españoles, que son la ciudad de La Plata, la villa de Potosí, la villa de Porco, la de San Felipe de Austria llamada Oruro; la de Oropesa en el valle de Cochabamba; la villa de

³⁴ Considero que en realidad no sea éste el lugar más oportuno para plantear esta hipótesis, más acorde con esos otros estudios que sobre tradición oral, memoria e identidad vengo desarrollando en Lípez desde 2001. Asimismo, sobre esta materia de minas desaparecidas y tesoros escondidos (Gil 2006b), quisiera aquí dejar constancia de la investigación que bajo el título “Conflictos fronterizos boliviano-chilenos en el marco del proceso emancipador del siglo XIX y construcción de la memoria en Lípez (Dpto. Potosí, Bolivia)” mantengo inserta en el proyecto cuatrienal (2005-2009) *Histoire et anthropologie des sensibilités. L’histoire des sensibilités: une autre manière d’écrire l’histoire Amériques-Caraïbes-Europe XVIe-XIXe siècles* dirigido por Frédérique Langue y Sandra J. Pesavento, dependiente del Centre de Recherches sur les Mondes Américain (CERMA), supeditado al Centre National de Recherches Scientifiques (CNRS).

Tomina, la de San Juan de Rodas, el Villar, Tarija, la villa de Paspaya, Berenguela, San Vicente en los Lipes y otros lugares españoles en que hay 14 corregimientos.” (Vázquez de Espinosa [1630, Libro V, cap. 31, nº 1.746] 1992-II: 873).

Ofrece además Vázquez de Espinosa el siguiente listado de “lugares de españoles” en el “*Distrito de la Audiencia de los Charcas*”, en el que, según indicación del propio autor, la letra C. corresponde a ciudad, la V. a villa y la M. a minas:

<i>C. de la Plata o Chuquisaca</i>	<i>V. y M. de Valmisa</i>
<i>V. y M. de Potosí</i>	<i>V. y M. de Usloca [[= Usloque u Osloque]]</i>
<i>V. y M. de San Felipe de Austria y Oruro</i>	<i>V. y M. de Colquiri</i>
<i>V. y M. de Porco</i>	<i>V. y M. de [[¿San Antonio de?]] los Lipes</i>
<i>V. y M. de Tupiza</i>	<i>V. de San Juan de Rodas</i>
<i>V. y M. de Turque</i>	<i>V. de Pilaya</i>
<i>V. y M. de San Vicente</i>	<i>V. de Paspaya</i>
<i>V. de Oropesa en el Valle de Cochabamba</i>	<i>V. de Tomina</i>
<i>V. del Villar</i>	<i>V. de Tarija</i>
<i>V. y M. de Verenguela</i>	

(Vázquez de Espinosa [1630, Libro V, Tabla, nº 1.906] 1992-II: 962-963, énfasis mío para resaltar aquellas villas y minas ubicadas en Lipes).

En función de esta relación, pareciera que efectivamente no todos los asentamientos de minas eran considerados pueblo de españoles, sino tan sólo eso, un asiento de minas, de los que lamentablemente no contamos con más descripciones que las escasas pinceladas recogidas más arriba. En realidad, ya

Luis Capoché ([1585, f. 44v] 1959: 128, *vid supra*) habría adelantado este resultado al indicar que en las faldas del cerro Osloque se repartían diferentes asentamientos, y que había un pueblo de españoles, próximo al cual se encontraba el pueblo de indios. En conclusión, y sin perder de vista esa geografía relacional que vengo argumentando, la morfología del poblamiento de españoles en Lipes quedaría articulada de acuerdo con una retícula de núcleos poblacionales organizados por rango y tamaño. Según todo lo visto en páginas anteriores, los núcleos principales estarían representados por las poblaciones de mayor importancia política, administrativa o económica (como puedan ser estas villas y minas referidas por Vázquez de Espinosa), los núcleos secundarios por esos otros pueblos de españoles ligados a la explotación minera de diferentes cerros (como los mencionados de San Cristóbal o Escala), y finalmente asentamientos mineros escasamente poblados para el beneficio de una mina en particular. A partir de aquí poder trazar la retícula de dicha malla no resulta lo más importante; tampoco importa conformar polígonos Thiessen que nos permitieran atender al área de influencia y/o captación de recursos de cada uno de estos núcleos. Primero, porque puede que entre las diferentes poblaciones de españoles sólo se extiendan ásperas punas o rancherías de indios. Segundo, porque en realidad son los indios quienes, a partir del pago de sus tasas o bien por medio de caravanas, abastecen a los españoles, convirtiéndose así los propios indios en recurso (humano) de primer orden a captar para las explotaciones mineras, bien por medio de las instituciones del repartimientos y la mita, bien recurriendo a indios mingados. Por consiguiente, lo verdaderamente importante a efectos de demarcación territorial será poder situar de manera relacional el punto más alejado; de ahí que considere a los asentamientos de minas como avanzada del dominio territorial, como límite de conquista y borde de colonia en términos geopolíticos.

Por último, en relación con esa caracterización del indio como recurso humano, y para cerrar este epígrafe insistiendo en esa caracterización del asiento de minas como marcador territorial, me gustaría recuperar aquí el ejemplo del

asiento y las minas de San Vicente, uno de los “lugares de españoles” recogidos en la lista anterior de Antonio Vázquez de Espinosa (*vid supra*), y que ya presenté al tratar de la jurisdicción y demarcación del territorio de Lipes (cap. V.B.2.). Próximo al pueblo de Chocaya, en la provincia de Chichas, por su jurisdicción estuvieron pleiteando en 1611-12 los corregidores de Lipes, Juan de Avendaño, y de Chichas, Luis Esquivel (ANB, Minas-52.4/ 1611-1612). Un pleito interesante porque nos sitúa de vuelta sobre una perspectiva del asiento de minas en tanto que *taskscape* (*sensu* Ingold 1993, *vid supra*), esto es, el lugar más su entorno, las labores que allí se realizan e incluso la gente que lo habita y/o realiza tales labores. En este sentido, recordemos que el quid del litigio entre ambos corregidores no es una cuestión de límites para hacer caer este sitio de San Vicente dentro de una u otra demarcación, sino un tema de recursos humanos, pues lo que realmente se discute es a qué provincia deben quedar adscritos “*asiento y cerros*” según las posibilidades que cada una presente de cara a la convocatoria de trabajadores para las minas (f. 36r).

Caso similar encontraríamos en los también entonces referidos pleitos mantenidos entre 1647 y 1665 por Pablo Espinosa Ludeña (también citado Lodueña y Ludueña) por la jurisdicción de distintas minas de oro y plata en las provincias de Lipes y Chichas (AGI, Charcas 93, N. 4.1/ 1647; AGI, Escribanía 849A, Legajo 7 de Pleitos de La Plata, N. 6/ 1647) y por la titularidad de un repartimiento de treinta indios para labor en ellas; indios que finalmente le fueron negados en virtud de que sus pueblos de origen ya estaban adscritos a otras mitas en la provincia de Omaguaca y en la ciudades de Salata y Jujuy, en el Noroeste Argentino.

Resolviendo por tanto que en materia de jurisdicción sobre asientos de minas resulta fundamental la procedencia de los indios de labor, a continuación me ocuparé del trabajo indígena en el mineral de Lipes, prestando atención a

cuestiones ya señaladas en capítulos anteriores como la identificación étnica o la tributación.

IX.C.- ORIGINARIOS, YANACONAS Y FORASTEROS. EL TRABAJO DE LOS INDIOS EN EL MINERAL DE LIPES.

Que ocultaban a los españoles sus fuentes de mineral y no les colaboraban en el descubrimiento de nuevas minas, que rehuían el trabajo forzado en las mitas, y que preferían alquilarse por su cuenta en aquellos asientos que mejor conviniesen a sus propios intereses económicos, fueron acusaciones frecuentemente lanzadas sobre los lipes por parte de distintos autores coloniales (cap. VII.B.). Más allá de estas cuestiones generales, en realidad muy poco puede decirse del trabajo concreto de los lipes en el mineral de Lipes a partir de las fuentes al servicio de esta investigación. Así por ejemplo, Juan Lozano Machuca ([1581] 1965: 61) y Luis Capoché ([1585, f. 45r] 1959: 129) mencionan que los indios benefician los metales que extraen de esas minas que tienen ocultas por medio de *guairas* y *tocochimpos* sistemas de fundición empleados también en los asientos de minas españoles (*vid supra*, caps. IX.A. y IX.B.). Acerca de esa falta de colaboración indígena en el descubrimiento de minas, Álvaro Alonso Barba, sin embargo, cita en varias ocasiones que fueron los propios indios quienes le mostraron la localización de nuevos parajes en los cerros, en Nuestra Señora de la Candelaria, en San Cristóbal de Achocalla o en Xauquegua (Barba [1639, Libro I, cap. XXIII, p. 43; Libro I, cap. XXVII, p. 51; Libro II, cap. II, p. 71] 1992, respectivamente). Por último, en materia de ese ir a alquilarse por cuenta propia, Capoché ([1585, f. 44v] 1959: 128) es el único autor que especifica un salario: dos reales y medio para los indios empleados en las minas del cerro Osloque (o Usloque).

Al contrario, en la mayor parte de la documentación colonial que trata asuntos de minería relacionados con Lipes o los lipes, abundan las referencias a estos indios labrando cerros fuera de la demarcación de esta provincia, situaciones que van a dar lugar a duras críticas por parte de según que autores y a pleitos por la jurisdicción de asientos, la titularidad de minas o el derecho sobre indios de labor. Por ello resolví en el epígrafe anterior que la procedencia de los indios de labor resulta fundamental en esa vertiente paisajística de los asientos de minas, para lo cual tomé como muestra de referencia el pleito sostenido en 1611-12 entre los corregidores de las provincias de Lipes y Chichas sobre la jurisdicción del “*asiento y cerros*” de San Vicente, en la divisoria entre ambas provincias, y los pleitos mantenidos por Pablo Espinosa Ludeña (también Lodueña o Ludueña) entre 1647 y 1665 sobre la jurisdicción de minas en Lipes y Chichas y sobre la legalidad de los indios de repartimiento empleados en ellas. Es estas páginas volveré sobre ambos casos con mayor detalle, y presentaré algunos más a fin de poder componer una imagen lo más afinada posible de la integración de los lipes en los espacios económicos de la minería surandina. Antes de ello, y en función de la importancia concedida a la procedencia de los indios de labor en materia de jurisdicción y demarcación territorial a partir de los asientos de minas, permítaseme puntualizar qué se entiende por *indios de labor* o *labor de minas*.

García de Llanos, en su *Diccionario y maneras de hablar que se usan en las minas*, ofrece la siguiente definición de “*labor y labores*”:

“Todos los indios de un dueño que labran en una misma mina, que sean pocos o muchos, se dice labor. Y en diciendo labores se entiende de diferentes dueños y si de uno en diferentes minas, que sólo se diferencian en que no pasando de diez o doce indios, se dice laborcilla y de ahí a cincuenta o pocos más o menos, labor, y en más cantidad labor gruesa, que en cuanto a estos son las labores o labranzas de Castilla.

>> *En la Visita de Potosí se hallará esto mal entendido y dicho porque a las llancanas o suyos dicen labores, no siéndolo, como se dirá en su lugar N° 145 [[sic, 146]]. También se dice labor todo el metal que los indios de una labor sacan puesto en la cancha donde se limpia, y así, mientras está allí se dice que está buena o mala labor aquella. Y asimismo (y aun principalmente) se dice labor la que está abierta en la mina las llancanas³⁵ o suyos donde se trabaja y de donde se saca el metal, porque eso es propiamente labrar.”* (Llanos [1609, f. 24, n° 134] 1983: 64-65).

Considerando entonces la primera acepción, la del conjunto de indios de un mismo dueño que trabajan en una misma mina, e insistiendo una vez más en esos datos ya presentados con anterioridad respecto de que los indios de Lipes no participan de la mita minera potosina, no se muestran dispuestos a facilitar a los españoles la ubicación de las minas ni a trabajar en el mineral, benefician los metales por su cuenta y prefieren acudir a otros asientos a mingarse (alquilarse) para obtener dineros con lo que afrontar el pago de sus tributos (caps. VI.B.2., VII., IX.A. y IX.B.), quizás alguien pudiera formarse la idea totalmente errónea de que no había indios de labor en Lipes. Denunciando su pobreza fingida y su carácter desacatado, mentiroso y tramposo, éste fue precisamente uno de los argumentos esgrimidos por Juan Lozano Machuca ([1581] 1965: 59, 61, 63) o Bartolomé Álvarez ([1588, n 738] 1998: 406) en favor de mejorar las relaciones hispano-indígenas imponiendo un dominio realmente efectivo sobre los lipes que pusiera fin a sus resistencias y los ocupara en el mineral. En una posición contraria, Luis Capoché entiende que es la dureza del clima y del terreno la que dificulta gravemente a los españoles poder explotar las minas, obligando por así

³⁵ *Llancana*, del verbo *llancar*: “Dícese *llancani*, que en la general significa trabajar. No hay palabra castellana que diga lo mismo que *llancana*, porque quiere decir el espacio que una persona ocupa trabajando o la pertenencia que se le da para trabajar, lo cual se dice también *suyo*, de *suyu*, que es *derecera* o *pertenencia*, así en razón de trabajo, como en cualquiera cosa, [...]]. De aquí se dice comúnmente *llancar* para decir trabajar. Por huir de esta manera de hablar en la Visita de Potosí se le dió el nombre de labor a cada *llancana*, con que se vinieron a poner más labores de las que había en cada mina que se visitaba.” (Llanos [1609, f. 27, n° 146] 1983: 72-73).

decirlo a los indios, necesitados de reunir el monto de sus tasas, a explotar sus minas secretas y alquilarse en otros asientos. Sobre este último punto señala:

“Si los españoles asistiesen a la labor y beneficio de las minas, ayudaría su parte la plata que de aquí procediese; y por ser la tierra fría y costosa no pueden resistir el trabajo y falta de mantenimientos que en ella pasan. Y también lo tienen en mingar los indios, que si los tuviesen de cédula importaría para poblarse de mucha gente que hay perdida en esta villa [[de Potosí]].” (Capoche [1585, f. 45r] 1959: 129).

A este respecto, quizás el caso paradigmático de indios lipes alquilándose en minas fuera de su territorio sea el de Las Salinas, también nombrado en la documentación como San Pedro de Las Salinas, San Pedro del Villar, Salinas de Tunupa o, en fechas avanzadas, Salinas de Garci-Mendoza, en el repartimiento de Aullagas y Uruquillas, al noreste del Salar de Uyuni. Recordará el lector que al hablar de la composición de espacios y la reducción de gentes durante la Colonia y sobre el papel de los caciques en las relaciones hispano-indígenas (caps. V.B.1. y VII.A.), ya traté de cómo Damián de La Bandera, corregidor de la provincia de Paria y de este asiento y sus minas, había arreglado con Francisco de Carvajal, corregidor de Lipes, su esposa Isabel de Contreras y Julio Fernández, cura doctrinero de los lipes, el envío de cien indios bajo el mando de Alonso Yacasa su cacique, a fin de repartirlos entre las distintas minas e ingenios de Las Salinas so pretexto de así reducirlos a pueblos y ponerlos en doctrina, obligaciones al parecer descuidadas por el corregidor Carvajal (AGI, Charcas 43, Cartas de DdLB #1/ 14-4-1584, #2/ 30-4-1584). Llegando sin embargo cacique e indios, y a consecuencia del clima de tensión generado por desavenencias entre los españoles de aquel lugar sobre la titularidad de unas minas recién descubiertas, los indios no se acogieron al repartimiento pactado sino que procedieron a alquilarse por su cuenta.

Este ejemplo sirve para ilustrar no sólo esa idea de Capoché (*vid supra*) de que los indios se alquilan por necesidad, sino también la tan negativa opinión que Bartolomé Álvarez tiene de las autoridades indígenas, que fuerzan a los indios a obrar en contra de los españoles y a trabajar para su propio beneficio y no para la Hacienda Real. Señala este autor que los indios acuden a las minas “*cuando han menester de plata para la tasa y otras necesidades*”, lamentando que no haya un sistema más ordenado y de obligado cumplimiento que garantice el servicio personal de los indios en las minas. Precisamente para el caso de Las Salinas y de los lipes que allí sirven, Álvarez anota:

“Estos Lipes están comarcanos al asiento de minas que llaman ‘de Las Salinas’ [...], que ahora [ha] poco más de cuatro años que se descubrieron, y siempre en ellas han trabajado y trabajan españoles que han hecho gruesas haciendas de ingenios. Con las cuales, si hubiera indios, hubieren ido muy adelante; y, por no haberlos, los que están ahí ganan de comer como pueden con algunos indios que se van [a las minas a] alquilar. De donde se ve que, [así] como se alquilan pocos, podrían darse muchos. Y pues los indios -cuando han menester la plata para la tasa y otras necesidades- la van a buscar a las minas y se alquilan por lo que ganan y por lo que hurtan, no me parece ser negocio contra conciencia mandarlos ir por orden a lo que ellos van por su voluntad.” (Álvarez [1588, nº 739] 1998: 406-407).

Coincide lo aquí planteado por Álvarez con lo descrito por La Bandera en sus dos cartas de 1584, que efectivamente dan cuenta de esa práctica indígena de alquilarse por su cuenta desde tiempo atrás. A efectos de cortapisar este modo de obrar de los indios, el propio Álvarez prosigue:

“Para remedio destas minas, sin dar ruido [= voz] a todo el reino, se podían dar diez mil indios por sus mitas a Las Salinas por la orden que he dicho, compeliendo a los de Challacollo y los demás Uros de quien trato, y [a] los Lipes con los Atacamas: que las más destas gentes están

libres, aunque dan algunos pocos indios a Potosí. Con sólo que viniere cédula expresa Real obedecerían luego, como ellos supiesen que no habían de tener favor ni defensa en la Audiencia. Para asentar esto, que es cosa que todos repugnan, era necesario rigor: porque donde no ven castigo y miedo siempre malean. Y así, podría venir a los españoles mucho daño en que, dándoles los indios por sus cédulas y haciéndoles las pagas, se huirían con ellas -y otros sin ellas-, como hacen en Potosí: que muchas veces piensa el señor del ingenio que tiene indios trabajando y, cuando amanece, no los halla.” (Álvarez [1588, n° 740] 1998: 407).

Varios son los aspectos a resaltar de este pasaje. En primer lugar, la cifra de indios mitayos que el autor estima necesaria para llevar las minas de Las Salinas a su máximo rendimiento: nada más y nada menos que diez mil, para servir en un asiento minero que aún en su mejor época nunca llegó a congregarse a más de cien españoles. Por este motivo, me parece que la acotación de que este contingente indígena podría proveerse “*sin dar ruido a todo el reino*” merece una apreciación de sentido. Los editores del *Memorial* de Álvarez consideran “dar ruido” como equivalente de “dar voz” en el sentido de convocar, glosa con la que estoy de acuerdo. Sin embargo, al hilo del informe emitido pocos años después por Alonso Mesía Venegas sobre las cédulas del servicio personal de los indios, la interpretación podría resultar otra bien distinta, pues en él se citan las minas de Las Salinas como una de las tres de menor rendimiento de todo el Perú junto con las de Castrovirreina (provincia de Huamanga) y Vilcabamba (provincia del Cuzco). Señala este autor que acuden a este asiento de Las Salinas “*600 indios de los corregimientos de Chuquiabo, Pacajes, Achacache, Sicasica, Chayanta, Paria y provincia de los Lipas, a 85 leguas los más lejanos*”, y estima que no debieran darse más indios porque ello resultaría perjudicial para el Reino, valiendo más preservar estos seiscientos y no perder los tributos de los que acabarían con sus vidas en estas minas (Mesía Venegas [¿1601/07?, f. 47] 1979:

15). En función de esta apreciación, el “dar ruido a todo el reino” de Álvarez pudiera entenderse, además de cómo “dar voz” en el sentido de convocar, como “causar alteración o trastorno” o incluso, apelando al sentido coloquial de “ser más el ruido que las nueces”, crear falsas expectativas a partir de unas minas de escaso rendimiento. Si Mesía Venegas considera seiscientos indios de servicio en Las Salinas una cifra más que suficiente y quizás ya algo exagerada, ¿cómo afrontar los diez mil mitayos reclamados por Álvarez para este mismo asiento? ¿Acaso no causaría verdaderas complicaciones económicas, demográficas y sociales “*a todo el reino*” el hecho de tener que alistar semejante contingente? Sin duda, en el contexto de las migraciones internas que afectaron a Charcas como consecuencia de las mitas mineras (*cfr.* Saignes 1987b; Sánchez-Albornoz 1982, 1983), reclutar la cifra propuesta por Álvarez iría no sólo en detrimento de Potosí, sino también de otras minas de su *hinterland* como, sin ir más lejos, todas las de Lipes. Volveré sobre ello, aunque a esta cuestión en particular dedico el epígrafe siguiente acerca de las dos causas fundamentales de la crisis de la minería en Lipes: los problemas de inundación de las minas y la falta de mano de obra para su trabajo.

Volviendo al texto de Álvarez (*vid supra*), señala este autor que los indios se huyen de las minas, que se marchan una vez que han logrado juntar (de manera lícita o no) la plata que necesitan para el pago de sus tasas, incumpliendo las obligaciones del repartimiento o el contrato establecido con los mineros españoles. Por eso, a fin de evitarlo, propone un endurecimiento en los castigos y una estricta vigilancia del cumplimiento de las mitas, afirmando que resultaría más ventajoso para los españoles que esos mismos indios que se alquilan por su cuenta fueran obligados a servir por la fuerza. Esta opción, sin embargo, entra en contradicción no sólo con el criterio de Mesía Venegas (*vid supra*) acerca de que tanto incrementar el número de indios de labor y/o forzarles al trabajo, como aumentarles la tributación, podría saldarse con muertes por accidente en las minas, tornándose así negativa una medida a priori ventajosa. Lo curioso es que,

a la vez que aboga por un endurecimiento en las condiciones del trabajo indígena, el propio Álvarez también toma en consideración este riesgo potencial de los accidentes, sobre lo que señala:

“Muchos indios mueren en las minas en esta manera: conocida por los indios la necesidad que el español tiene de labrar las minas -y que los indios que le están repartidos no alcanzan a minas e ingenios-, no quieren trabajar si no es que, además del jornal que les está señalado, después de haber sacado la tarea les dejen entrar [a la mina] por una carga de metal para sí, donde la codicia le hace echar sobre sus hombros tanta carga que espanta cómo puede salir. Y, como las escaleras son unos palos redondos como la muñeca, muchas veces la carga los derriba y hace pedazos. De esto viene daño a los mineros en muchas maneras, principalmente en que en aquella última carga saca el indio el más rico metal.” (Álvarez [1588, nº 740] 1998: 407).

Como no podía ser de otra manera tratándose de este autor, Álvarez culpa de los accidentes a la naturaleza descarada, desacatada y tramposa de los indios: después de lo apuntado anteriormente, y extorsionando a los mineros para entrar a labrar las minas a cambio de una porción del mineral extraído, lo único que le resta denunciar aquí -y que ya había denunciado en otras páginas de su *Memorial* (*vid supra*)-, es que los indios se huirán sin mayor reparo una vez obtenido el metal que necesitasen para el pago de sus tasas o cualesquiera otros menesteres. En esta misma línea ha de entenderse la recomendación hecha por Mesía Venegas de no aumentar las tasas a los indios, ya que ello derivaría en una situación similar a la aquí descrita por Álvarez. Asimismo, como experto en minería, García de Llanos recoge en su *Diccionario* una tipología de accidentes en las minas derivados de causas bien distintas, y que, como el propio autor indica, pueden sintetizarse en 1) por un mal o escaso entibado de las galerías a fin de desaprovechar la menor cantidad posible de veta, lo que provoca derrumbes y hundimientos, y 2) por un rebusque excesivo de mineral en galerías

ya abandonadas, forzando con ello su ruina (*ayzar* o “llamar a sueltos”) (Llanos [1609, fs. 22-23, n° 129] 1983: 58-61, y también [fs. 1-2, n° 7] pp. 5-7). Pero al final, por un motivo u otro, también este autor termina señalando que es la codicia de indios y españoles lo que lleva a descuidar las medidas de seguridad en el interior de las minas.

Bartolomé Álvarez y Alonso Mesía Venegas utilizan el caso particular de Las Salinas para ilustrar sus puntos de vista, mientras que García de Llanos confecciona su *Diccionario* sirviéndose de su experiencia en el Cerro Rico de Potosí. Sin embargo, los problemas descritos por estos tres autores me parece que resultan perfectamente extrapolables a otros asentos, minas y labores; para el caso que nos ocupa, no olvidemos que autores como Luis Capoché ([1585. fs. 45r-45v] 1959: 129) o Juan Lozano Machuca ([1581] 1965: 60) ya habían apuntado la falta de indios para el mineral de Lipes y la preferencia de éstos a alquilarse por su cuenta en vez de labrar las minas de su región, y que autores posteriores como Antonio de Alcedo y Herrera ([1786-89] 1967-II: 316), Pedro Vicente Cañete ([1797, cap. XII, Noticia 1ª] 1952: 387-388), Jorge Juan y Antonio de Ulloa ([1748, II parte, Libro I, cap. XIII, n° 345] 1990-II: 179) o Juan del Pino Manrique ([1787] 1971: 37-38) también acusarán, si bien dentro de contexto diferente, la falta de indios para las minas. Entonces, si desde fines del siglo XVI hasta fines del XVIII los autores coloniales no dejan de quejarse de esta escasez de indios de labor, ¿es que acaso dos siglos no bastan para resolver el problema, o es que acaso el mineral de Lipes no interesaba tanto como se suponía, o es que en realidad no era tal la riqueza de sus cerros? Como digo, responderé a estos interrogantes más adelante (cap. IX.D.), mientras que a continuación ahondaré en esa fuga de mano de obra indígena hacia otros asentos fuera de la región como raíz del problema. Vayamos por partes.

En una fecha intermedia entre los datos ofrecidos por Álvarez [1588] y Mesía Venegas [¿1601/07?] acerca de indios lipes alquilándose por su cuenta en

Las Salinas, Juan Díaz Lopidana, oidor de la Audiencia de Charcas, refiere cómo de camino a Porco, al sur de Potosí, halla en vigor el repartimiento del Conde del Villar, y menciona los indios de cada provincia y lugar (1.035 en total) que han de dar mita ordinaria (700), que son: “*Lupacas y Chucuito, Saranyas, quillacas y Asanaques, Caracaras, Soras, Hachacacha, Capichica, y Lipes*”. A esto añade además que el capitán Juan Ortiz de Zárate, siendo visitador de la provincia, dio orden de llevar 100 de estos indios a las poblaciones de frontera de Pasapaya y Lagunilla, en los yungas orientales, para servir a sus vecinos (¿y quizás también para la defensa de esta frontera frente a los chiriguano?), orden que el Oidor revoca mandando volver a los indios a sus minas (Díaz Lopidana [1594, fs. 265r-266v] 1978: 193). Así pues, si bien los lipes quedaron exentos de mita toledana en Potosí, a tenor de esta referencia se demuestra que no obstante eran susceptibles de ser convocados a otras mitas fuera de su territorio. Ahora bien, si el motivo por el cual el virrey Toledo libró de su Tasa y de la mita minera potosina a los lipes radicó precisamente en que, mal influenciados por su vecinos “de guerra”, no se alzasen, ¿tanto cambió el clima de tensión para que sólo veinte años después Díaz Lopidana confirme la presencia de mitayos procedentes de Lipes en el entorno de Porco, segundo asiento minero de Charcas después de Potosí? Teniendo en cuenta que la amenaza de los chiriguano y otros indios “de guerra” sobre la frontera meridional de Charcas se mantuvo durante prácticamente toda la Colonia, este dato resulta inquietante, habiendo sido de gran interés al respecto que este autor hubiera registrado el número exacto de indios mitayos y mingados de cada procedencia, y en caso de que no todos estuviesen destinados a minas, el tipo de servicio al que estaban adscritos³⁶.

Como si Mesía Venegas (*vid supra*) hubiera vaticinado la suerte que el destino tenía reservada a la minería potosina, a consecuencia de un censo

³⁶ Por lo que a los lipes se refiere, valga mencionar que su presencia en Porco también es recogida por el *Padrón de los indios de Lipes* de 1602-03 (AGNA, Sala XIII, 18-6-5, pp. 4, 7, 12, 13, 18/1602), aunque tampoco esta fuente especifica en qué menesteres se ocupaban, ni si lo hacían forzados o voluntariamente.

demográfico generalizado y una contracción progresiva de las minas del Cerro Rico, las autoridades se verán obligadas a lo largo del siglo XVII a extremar el cuidado a la hora de conceder repartimientos de indios, tratando de concentrar los más posibles en Potosí. En este sentido ha de entenderse la advertencia hecha por el virrey Felipe de Borja y Aragón, Príncipe de Esquilache (1615-21), a su sucesor Diego Fernández de Córdoba, Marqués de Guadalcazar (1622-29), acerca de destinar mano de obra indígena a otras minas que no fueran las del Cerro:

“En Spino, a 7 leguas de Potosí, y en la provincia de Lipes y Chichas, se han descubierto minas de plata; algunos dueños de ingenios de Potosí pidieron pasar a ellas con sus indios repartidos. El Príncipe de Esquilache no lo consintió, pues no debe disminuir el repartimiento a Potosí, y si son minas ricas que se trabajen con indios voluntarios de Potosí y su comarca, como lo han hecho y hacen.

>> Cuidándolo todo, aconseja a su sucesor que no se aflija si bajan los quintos, pues no depende de la administración sino de causas naturales de las minas.” (Esquilache [1621, f. 9v] 1979: 73).

En función de este consejo, el Príncipe de Esquilache estaría propiciando desde las más altas instancias oficiales de la Administración colonial precisamente aquello de lo que se quejaban décadas atrás otros autores: que las minas no se labren con indios mitayos (repartidos) sino con indios mingados (alquilados). Sin embargo, este tipo de resoluciones sólo sirvieron para tratar de disolver la crisis potosina en el correr del siglo XVII, no para resolverla.

En este mismo contexto de intentar hacer frente a la escasez de mano de obra para las minas, y con escaso éxito, Antonio de León, procurador general de las provincias del Río de La Plata, apostaría por el envío a Potosí de esclavos negros provenientes de Guinea a través del puerto de Buenos Aires. Amén de

otros asuntos particulares de gobierno, éste sería el asunto principal del memorial que en 1623 envió a Rey, y en el que apunta:

“Pide esclavos [[de Guinea]] Potosí ha ya muchos años, y agora con más insistencia por la necesidad que dellos tiene, y efectos que haran en tantos asientos de minas como se labran en charcas Lipes y Chichas puntales en que oy estriua la maquina de aquella Villa imperial.” (León [1623] 1918: 216).

Queda clara según esta información la importancia del mineral de Lipes y Chichas en la economía minera potosina. Sin embargo ¿a qué se refiere Antonio de León al señalar que el envío de esclavos a Potosí tendrá efecto en los asientos de estas dos provincias? Dado que escribe su memorial *“a favor de la Villa imperial de Potosí, de la ciudad de la Serena, en el Reino de Chile, del Monasterio de Monjas de Santa Catalina de Sena de la ciudad de Córdoba de Tucumán, y de la ciudad de la Trinidad, Puerto de Santa María de Buenos Aires”*, no parece que parte de esas piezas fueran a terminar sirviendo en las minas de Lipes ni en las de Chichas, en las que por otra parte no hay constancia de empleo de esclavos negros. Asimismo, tampoco parece factible que su petición implique que al utilizar mano de obra esclava las minas de Potosí pudieran prescindir de indios provenientes de Lipes y Chichas, ya que Lipes no enviaba indios mitayos al mineral de la Villa Imperial. Sin embargo, como vimos en su momento (cap. VIII.B.), sí que hay indios lipes en Potosí, adscritos a la parroquia de Santiago, y de los que Luis Capoché señala:

“Comúnmente asisten en esta villa [[de Potosí]], de asiento, setenta u ochenta indios con un capitán, y de su voluntad se alquilan y mingan para pagar sus tasas, que cobran los oficiales reales.” (Capoché [1585, f. 45v] 1959: 129).

Así, recordando el criterio de Bartolomé Álvarez ([1588, n° 739] 1998: 406-407, *vid supra*) respecto de lo conveniente que pudiera resultar repartir

forzosamente a los indios que se alquilan por su cuenta, ¿quiere decir Antonio de León que si los lipes son repartidos entre los asientos de su provincia no irán a alquilarse a Potosí, y así las minas de Lipes se verán inyectadas de una mano de obra que antes se estaba yendo? Pudiera ser, aunque a tenor de lo señalado entonces lo más probable es que éstos siguieran acudiendo a Potosí para participar de su mercado y alquilarse en otros menesteres a fin de reunir el dinero necesario para el pago de sus tasas. En este contexto podría entenderse la polémica desatada en 1602 sobre el destino de los lipes en las panaderías de Potosí y la resolución de Pedro Córdoba de Mejía, corregidor de Potosí, respecto de que los panaderos devolviesen a los indios a sus reducciones y los reemplazasen por esclavos negros³⁷. Si acaso estaba el Corregidor esbozando alguna medida para que estos indios “liberados” fueran redestinados al trabajo en las minas (¿las del Cerro Rico o las de Lipes?) es algo que la documentación disponible no me permite responder, aunque según los términos aquí expuestos, sí barruntar.

Volviendo al meollo de la cuestión, según distintos autores de fines del siglo XVI y primer tercio del XVII, el mineral de Lipes podría resultar aún más rentable si a las minas se destinasen más indios; indios que faltan porque prefieren alquilarse por su cuenta a cumplir con las obligaciones de repartimiento. Así las cosas, en realidad los indios no faltan, sino que aquellos disponibles cuestan dinero, lo que demuestra que los lipes no tardaron en adaptarse al nuevo orden colonial, asimilar perfectamente las reglas del juego e

³⁷ Recuerde el lector la discusión planteada en el capítulo VIII.A. acerca del alquiler de indios lipes en las panaderías de Potosí, práctica que tanto el virrey Luis de Velasco II como el propio rey Felipe III desaconsejaban desde sus informes adjuntos al *Padrón de los indios de Lipes* de 1602-03 (AGNA, Sala XIII, 18-6-5, pp. 9, 19/ 1602). Sobre esta cuestión mantuvieron un pleito en 1602 Cristóbal de Vera, panadero, y Diego Márquez de Moscoso, corregidor de Lipes y autor de dicho Padrón, siendo en el informe que sobre él envió Córdoba de Mejía a la Audiencia de La Plata ese mismo año donde emitió la citada resolución (ANB, CACH, 337, f. 1v/ 1602).

insertarse en aquellos espacios económicos que mayor beneficio les reportasen, ya fuera alquilándose en asientos de minas sitios en otras demarcaciones y bajo otras jurisdicciones, o en Potosí, alquilándose en las panaderías, participando en su mercado, o haciéndose cargo de tráfico caravanero hacia y desde la Villa Imperial (cap. VII.B.).

Considerando esa supuesta existencia de minas secretas que los indios explotan de espaldas a los españoles, y de las que obtendrían el metal suficiente para el pago de sus tributos en dinero, si los lipes no acudían a los asientos de minas no era por esa suerte de maldad natural que les presuponen autores como Bartolomé Álvarez (cap. VII.B.), sino porque, como este mismo autor apunta (*vid supra*), no estando obligados a ello dentro de un régimen de mita, sólo se alquilarían en las minas al necesitar unos “ingresos extra” para el pago de sus tasas. En función de este razonamiento, y tal y como presenté anteriormente (caps. II.B.2, V.B.1., y sobre todo IX.B.), si el papel de los asientos de minas como nodos en el ordenamiento regional sólo tuvo valor a efectos de concreción de esa tan referida evanescencia territorial, fue porque en verdad no ejerció desde ellos ningún poder jurisdiccional sobre los lipes, ya que éstos sólo concurrían a la labor de los cerros esporádicamente, permaneciendo el resto del tiempo esquivos de unos poderes coloniales que si apenas podían reducirlos y censarlos, menos aún podían obligarles al servicio en las minas. Todo ello sin olvidar que para alquilar sus servicios a corta distancia es probable que acudiesen sólo los varones implicados, mientras que el acudir a puntos más distantes (p. ej. Porco o Potosí) implicaría un desplazamiento de familias enteras, cuyos miembros, según sexos y edades, se ocuparían, como traté en su momento, en un sinfín de actividades económicas (cap. VIII.A.). En consecuencia, si hubiera que buscar una categoría de indio colonial desde la que entender esta inserción de los lipes en los espacios económicos surandinos (en este caso de la minería, pero también en general) ésa

sería sin duda la del *forastero*, que tantos problemas dio a la Colonia en materia social, económica, tributaria o de identificación étnica³⁸.

A partir de las categorías recogidas en los lexicones de quechua y aymara de principios del siglo XVII, T. Saignes (1999: 102-103) distingue tres clases de “forastero”: el forastero asentado (equivalente a los *mitmaqunas*³⁹ de época inca), el extraño inestable o de paso (llamado “indio viajero” por otros autores), y los extranjeros sin cacique ni obligaciones. Sin embargo, anota Saignes que en el contexto de intercambios poblacionales y movimientos migratorios generados en Charcas como consecuencia de las mitas, la condición de forastero resultaba fácilmente mutable por la de “yerno” o “sobrino”, dos términos que sirven para simbolizar no sólo vínculos de parentesco por afinidad, sino básicamente relaciones entre propios y extraños, y que se hacen especialmente palpables en las fiestas. Sin embargo, contrasta este grado de integración local con la imagen colonial del indio que abandona su comunidad para marcharse a vivir entre españoles o entre otros indios y que quedan entonces desarraigados, y muchas veces sin opciones de integrarse plenamente entre la población receptora. Ahora bien, de alguien que llega a una población, se asienta, consigue hacerse con tierras propias, se casa y establece lazos de parentesco con la población local, pasa cargos y patrocina fiestas, participa en el mercado o trabaja en las minas e ingenios, ¿puede decirse realmente que no está integrado, o más bien es que no le interesa integrarse oficialmente, para mantener así su condición de forastero a

³⁸ Por razones de espacio y circunscripción al tema de esta investigación no puedo detenerme en una explicación detallada de los tipos de indio andino colonial desde el punto de vista de la tributación y la prestación de servicios: originarios, agregados y forasteros por un lado (distinguiendo en todos ellos si tienen o no tierras propias), más yanacunas, uros y vagos, categorías teóricamente excluyentes entre sí, organizadas según criterios étnicos pero también socioeconómicos. A tal efecto remito al lector interesado a los trabajos de P. Bakewell (1989: 47-71, 91-141), I. González (2000: 167-188, especialmente a partir de 181), C. López (1991), N. Sánchez-Albornoz (1978) o A. Zulawski (1987), en los que encontrará tanto un planteamiento general de la cuestión como referencias a diferentes regiones y asentamientos de minas, con especial hincapié en el caso de Potosí, así como una bibliografía específica sobre este tema.

³⁹ *Mitmaqunas* o *mitimaes*: grupos de desplazados dentro del Tawantinsuyu para cumplir funciones económicas, sociales, culturales y políticas. *Vid* nota 7 del cap. III.

efectos de tributación? Dicho de otra manera, *forastero* sería aquel que cuando los agentes del censo acuden a su comunidad de origen no lo encuentran, y que cuando dan con él en su nuevo asiento no tienen más remedio que registrarlo como tal, como forastero, alguien de paso, y a quien por tanto no pueden incluir en las relaciones tributarias o al menos no con las mismas cargas que a los originarios. Por este motivo, desde la perspectiva de las dos repúblicas de indios y de españoles, A. M^a Lorandi (2002: 195) considera al forastero como un caso paradigmático de personaje entre dos mundos, siendo ésta una categoría fiscal la “utilizada para burlar las mitas forzosas a las minas potosinas o ampliar la ocupación de otros espacios ecológicos cercenados por la redistribución administrativa”. De ahí, señala esta misma autora, la importancia de revistas y retasas que permitieran ajustar el número real de tributarios y las cargas impuestas, y a veces descubrir las alianzas fraudulentas entre poderes indígenas (caciques) y españoles (corregidores y curas) destinadas a desviar hacia otros intereses recursos o mano de obra que deberían haberse destinado al Estado. Como señala A. Zulawski (1987: 160-161), el forastero (como el *yanacóna*) sería una pieza clave para reinterpretar las crisis demográficas en el mundo indígena durante el siglo XVII, pensando que quizás la población originaria que ha desaparecido de un lugar pueda estar perfectamente reapareciendo en otro como forastera con todo lo que ello implica, y por tanto pasando inadvertida a los estudios históricos.

En función de estas definiciones, lo más habitual resulta entonces considerar al forastero como un indio huido, que abandona las comunidades para desplazarse fundamentalmente a los núcleos urbanos o a los asientos de minas; lo mismo que el *yanacóna*, el indio de mita que al cumplir con su tiempo de servicio en minas, ingenios o haciendas decide no regresar a su lugar de origen y continuar empleado por españoles⁴⁰, una situación en aumento que preocupó a la

⁴⁰ Como acertadamente señala P. Bakewell (1989: 205), la figura del *yanacóna* es anterior a la Colonia, correspondiendo en época del incario a la persona no perteneciente a ningún ayllu pero

Administración colonial hasta el punto de que el virrey Juan de Mendoza y Luna, Marqués de Montesclaros (1607-15), terminó por convocar en 1610 una “Junta” específica para debatir la que era vista como una crisis en el mundo campesino derivada del desvío de capital humano a las minas (González 2000: 75-86).

En consecuencia, y a tenor de lo señalado, todas las acusaciones lanzadas contra los lipes por alquilarse por su cuenta en asientos de minas en su provincia o fuera de ella (*vid supra*) deberán ser releídas desde las implicaciones socioeconómicas de este fenómeno de “forasterismo”. Lamentablemente, faltan todavía estudios locales en Lipes que ahonden en esta cuestión, destacando en este punto los trabajos de J. L. Martínez (1990, 1992, 1998, 2000), que a pesar de estar centrados en Atacama permiten trasladar los principios de “interdigitación étnica” y “aparato de complementariedad” (cap. VI.C.) a otros los escenarios coloniales; principios entre los cuales el parentesco por afinidad, como apuntaba T. Saignes (*vid supra*), adquiere un papel preponderante.

De la misma manera que hay indios lipes asentados en Atacama, Tarapacá o la Puna de Jujuy, también hay otros indios, forasteros y yanaconas, asentados en Lipes. Ante la mencionada falta de estudios locales dentro de este territorio, el ejemplo más significativo disponible es quizás el del *Padrón de los indios originarios, yanaconas y forasteros que sirven en el asiento de San Antonio de los lipes* [o del Nuevo Mundo], de 1684 (AGNA, Sala XIII, 18-6-5/ 1684). Sin entrar en detalles de la población registrada en los diecinueve cuadernillos que componen este documento, sí quisiera hacer hincapié en la procedencia de los indios, asistiendo a este mineral gentes llegadas de Paucarcolla, Canas y Lampa (al norte del lago Titicaca), Chucuito (en el territorio lupaca, al oeste del Titicaca), Pacajes (al sur del Titicaca), Paria (al norte del lago Poopó), Carangas

sí ligada a figuras destacadas de la elite, siendo sus status hereditario. Después de la conquista, muchos yanaconas transfirieron su fidelidad y servicio a los españoles, siendo a mediados del siglo XVI cuando el término adquiriese la connotación de un vínculo personal y estrecho entre el yanacona y el español, y un estar libre de cargas tributarias y de concurrencia a mitas.

(al norte del salar de Uyuni hacia la margen occidental del Poopó), Arica (en la actual frontera peruano-chilena), Villa de Potosí y Atacama (Mapa IX-2). En suma, lo que ilustra este patrón del asiento de San Antonio a finales del siglo XVII no es otra cosa que un microcosmos étnico al sur de Lipes al que además de indios originarios se añadía un grueso contingente de forasteros y yanaconas la mayor parte “huidos” desde muy lejos.



Mapa IX-2: Procedencia de los indios que asisten a las minas de San Antonio del Nuevo Mundo según los datos del padrón de 1684. (FMGG).

Sin duda, realidades como ésta del asiento minero de San Antonio habrían de ser las culpables de que para mediados del siglo XVIII el número de

originarios en Lipes fuera ligeramente menor que el de forasteros. Así lo refleja el cuadro demográfico compuesto en junio de 1754 por José de Orellana, contador de retasas, para el virrey José Antonio Manso de Velasco, Conde de Superunda (1745-61), y en el que se recoge información demográfica y tributaria del Arzobispado de La Plata, entonces compuesto por la ciudad de La Plata y las provincias de Chayanta, Yamparáes, Porco, Villa de Potosí, Charangas, Tarija, Cochabamba, Lipes, Oruro, Paria, Tomina, Pilaya y Paspaya, y Atacama. En lo tocante a Lipes, Orellana ([1754] 1980: 176) ofrece la siguiente información:

caciques y reservados	9
originarios	350
forasteros	366
reservados (de +50 años)	152
muchachos (de -18 años)	311
mujeres (de todo estado, condición y edad)	892
TOTAL	2.080

Lo que llama la atención de este cuadro es que para estas mismas fechas ya hay algunos autores que han empezado a advertir de la crisis en el mineral de Lipes (*vid supra*, y cap. IX.D.), y sólo treinta años después Antonio de Alcedo y Herrera ([1786-89] 1967-II: 316-317) esbozará una imagen de este mismo asiento de San Antonio como un pueblo en ruinas que “*hoy está reducido a un estado miserable*”.

No quisiera sin embargo con estos datos correspondientes a la segunda mitad del siglo XVIII apartarme de los asuntos que venía tratando, de modo que volveré sobre la cuestión de la interdigitación étnica en la Puna Salada, y para cerrar este epígrafe me fijaré en uno de los casos que me sirvieron para abrirlo: los pleitos mantenidos por Pablo Espinosa Ludeña (también Lodueña o Ludueña) a partir de 1647 sobre la jurisdicción de minas en Lipes y Chichas y sobre la legalidad de los indios de repartimiento empleados en ellas, lo que me permitirá

insistir nuevamente en esa idea de que la procedencia de los indios que labran el cerro resultaba fundamental para determinar la jurisdicción a la que éste pertenecía, y por tanto dar sentido a los asientos de minas dentro de ese juego relacional de demarcaciones presentado en páginas anteriores (caps. II.B.2. y IX.B.).

Dueño de ingenios y minas en las provincias de Lipes y Chichas, el capitán Pablo Espinosa Ludeña mantuvo entre 1647 y 1665 un pleito con el maestro de campo Pablo Fernández de Ovando, encomendero, vecino de Jujuy y miembro de su cabildo y regimiento, sobre la confirmación del repartimiento de treinta indios de labor (AGI, Escibanía 849A, Leg. 7 de Pleitos de La Plata, N. 6/ 1647); un pleito seguido ante el Consejo de Indias por los representantes de ambas partes, Jorge Llorente Medrano y el fiscal real Juan Pérez de Aller respectivamente, que aporta interesante información sobre diferentes cuestiones aquí presentadas. Tales indios, según se indica tanto en este pleito (f. 29) como en las informaciones de méritos y servicios que Espinosa Ludeña mandó presentar a consecuencia del litigio (AGI, Charcas 93, N. 4.1, f. 6r y ss./ 1647), le fueron concedidos “*tiempo atrás*” por el virrey Pedro Álvarez de Toledo y Leiva, Marqués de Mancera (1639-48), pidiendo en 1647 la confirmación de dicho repartimiento por parte del Rey. A pesar de que el virrey Luis Henríquez de Guzmán, Conde de Alba de Aliste (1655-61), confirma este repartimiento en 1661, en abril de 1664 el Consejo dictaminó “*negación de todo lo movido y por mover*” (f. 10v). Ante esta resolución Espinosa Ludeña presentó alegaciones ante la Audiencia de Charcas, insistiendo en sus méritos y servicios y abogando por el interés que la minería representaba para el beneficio de la Corona, a pesar de lo cual el Consejo ratificó su sentencia a favor de Fernández de Ovando el 18 de febrero de 1665, amparándose en unas ordenanzas de 1618 que para el gobierno, tasa y servicio personal de los indios de las provincias del Tucumán, Paraguay y Rio de la Plata emitió Francisco de Alfaro siendo oidor de dicha Audiencia. Pese a ello, el Consejo se vio obligado a emitir el 23 de octubre de ese mismo año una

Provisión autorizada a favor de Pablo de Ovando Fernández, en la que resuelve “*ser privativo del Consejo dar mitas de indios y no poder hacerlo las Audiencias ni los Virreyes*”, motivada ésta por el hecho de que Cipriano de Calatayud, procurador General de la Compañía de Jesús en las provincias del Tucumán, Paraguay y Río de La Plata, había solicitado al Gobernador de Tucumán “un tanto autorizado” de los treinta indios de marras (Zavala 1979: 223-224). Ante tanta insistencia y baraúnda, ¿de dónde salían estos treinta indios, y porqué el pleito entre Espinosa Ludeña y el de Jujuy?

Según queda registrado en dicho pleito (AGI, Escribanía 849A, Leg. 7 de Pleitos de La Plata, N. 6, fs. 70r y ss./ 1647), los treinta indios serían extraídos de ocho pueblos según sus tasas de tributarios, especificando además que, en el caso de que tales indios ya estuviesen suscritos a encomiendas particulares, Espinosa Ludeña debería pagar los tributos correspondientes al encomendero y sus correspondientes jornales a los indios. Estos ocho pueblos, y la ratio según la cual debieran contribuir al repartimiento de Espinosa Ludeña, eran:

	Tasa de tributarios no incluidos en otros repartimientos:	Nº de indios destinados al repartimiento de Espinosa Ludeña:
Sococha	19	1
Cochinoca	20	1
Casabindo	50	3
Atacama la Grande	200	13
Atacama la Baja	45	3
Lipes	144	9
Omaguaca	-	0
Tilcara	-	0
		Total: 30

Tal y como se expresa en este documento (f. 71v), ni los de Omaguaca ni los de Tilcara se incluyen en el repartimiento para Espinosa Ludeña por estar ya asignados a la mita de Jujuy, de la misma manera que se indica que los de Cochinoa y Casabindo asisten a la mita de Salta por estar a 50 leguas de esta ciudad, a cuya jurisdicción pertenecen para el repartimiento de minas (fs. 71v-72r). Asimismo, tras las apelaciones de Espinosa Ludeña a la Audiencia de Charcas, los indios de Sococha, encomendados a Pedro Ortiz de Zárate, a través de su cacique principal y gobernador y de su alcalde mayor, alegaron no poder entregar su parte de repartimiento por tres motivos: 1) ser un pueblo de labradores sin experiencia en minas, 2) acudir como tales, junto con algunos indios de Cochinoa y Casabindo, a la mita de Jujuy, y 3) también con los de estos otros dos pueblos, prestar servicio en la hacienda de Pablo Fernández de Ovando en Jujuy (f. 73).

En cuanto a los lipos, ajenos por entero a la pelea entre Espinosa Ludeña y Fernández de Ovando, el citado pleito señala que deberían ser extraídos de los pueblos de *“la magdalena, de llica - Cauanilla - Quimes [= (San Pedro de) Quemés] - San Juan de chiuchachaica [= Cheucha] - alota [-] Santiago de chuquilla, y el de colcha”*, estando obligados a acudir a las minas acompañados de *“un Curaca, de los d[ic]hos pueblos alternativamente, [...] para que yendo por sus turnos todos gozen del d[ic]ho trauajo”* (f. 71v).

De los datos presentados se entiende entonces que la cuestión jurisdiccional que afecta a las minas de Espinosa Ludeña en Lipes y Chichas no tiene tanto que ver con la demarcación dentro de la cual éstas quedaban localizadas, como por otra parte éste se empeñó en demostrar a través de los testimonios presentados en sus informaciones de méritos y servicios (*vid supra*), aunque dado que todos ellos corresponden a españoles asentados en Chocaya, en la provincia de Chichas, donde precisamente estaban ubicadas la mayor parte de sus minas e ingenios, habría que considerar estos testimonios con ciertas

precauciones. Más bien, el quid de este pleito está relacionado con la jurisdicción que pende sobre parte de estos treinta indios que le son repartidos para el trabajo en tales minas: los de Sococha, Cochinoca, Casabindo, Omaguaca y Tilcara, que habrían de ser extraídos de repartimientos que ya contribuían a las mitas de Salta y Jujuy, ciudades cuyos intereses Fernández de Ovando dice representar, aunque verdaderamente los que más le preocupaban fuesen los de Sococha, Cochinoca y Casabindo, puesto que estos tres pueblos contribuían con un total de diez indios al servicio de su hacienda propia.

Ahora bien, por más que el pleito pudiera considerarse como uno de esos que di en llamar “asunto de o entre españoles” (caps. I.B. y I.C.), lo cierto es que su trasfondo resulta más complejo de lo que a simple vista parece, pues, como apunta S. Zavala (1979: 224), es éste el primer caso en que se proclama como privativo del Rey y del Consejo de Indias la facultad de asignar indios para las mitas, algo que, como señala este autor, debió sorprender mucho tanto en el Perú como en la Nueva España, pues hasta entonces los virreyes venían haciéndolo sin ser amonestados por ello. Así mismo, se muestra Zavala desconcertado por el hecho de que el pleito se fallara en favor de Fernández de Ovando, a pesar de que la causa de Espinosa Ludeña quedaba vinculada al poderoso argumento de que el rendimiento en las minas repercutía positivamente en la Hacienda Real. En este sentido, y según lo planteado más arriba, entiendo que este pleito por el repartimiento de treinta indios para minas en Lipes y Chichas ha de interpretarse en el contexto de esa preocupación por parte de la Administración colonial en lo que se entendía como una crisis del campesinado (*vid supra*), pues lo que aquí se está alegando, tanto por Fernández de Ovando como por las autoridades del pueblo de Sococha, es que se quieren repartir para el trabajo en el mineral indios de labranza, que por su inexperiencia en esas faenas seguramente morirían en las minas -tal como argumentaba Alonso Mesía Venegas [¿1601/1607?] (*vid supra*)- causando baja en un agro ya de por sí afectado por el forasterismo y el yanaconaje.

Sin duda, estos asuntos requerirían de estudios locales más profundos, mientras que ya apunté que mi intención al abordarlos era la mera presentación de procesos generales que tal vez puedan servir de trampolín a futuras investigaciones. Así, sin perder de vista ese problema de falta de mano de obra indígena para el trabajo en las minas acusado por distintos autores de fines del siglo XVI y primer tercio del XVII, pasaré a continuación a ocuparme sucintamente de la crisis en el mineral de Lipes, cuestión que me permitirá recapitular varios puntos ya tratados a lo largo de este capítulo dedicado a la inserción de los lipes en los espacios económicos de la minería surandina como punto clave para la construcción de esa región colonial de Lipes.

IX.D.- “¿CÓMO HARÍAN ENTONCES?” LA CRISIS DE LA ECONOMÍA MINERA EN LIPES O EL OCASO DE UNA REGIÓN.

Al hilo de las noticias reportadas por Álvaro Alonso Barba ([1639, Libro I, cap. XXVIII, p. 53-54] 1992, *vid supra*) sobre la mina De los Encomenderos (cap. IX.B.) hice hincapié en esa idea (errónea) de que antes de la llegada de los españoles los indios no beneficiaban metales, y que fueron éstos con sus saberes quienes sacaron el mejor partido de los cerros de plata de Lipes; presunción que sobrevive en el pensamiento local de las actuales comunidades de Lípez, que ensalzan el buen ojo de los españoles a la hora de identificar qué cerros ocultaban riquezas argentíferas y en qué medida, obligando entonces a los indios a labrarlos para su enriquecimiento. Se dice que después del “tiempo del coloniaje” los indios dejaron de trabajar en el mineral, bien porque se olvidaron de cómo se hacía, bien porque fueron víctimas de las malas artes del Tío, el Diablo, el Señor del Cerro, que ahora exige sacrificios humanos a cambio de devolverles unas minas que otrora quedaron ocultas. A consecuencia de no aceptar este pago, y para salvaguardar su identidad y su integridad ética, los habitantes de Lipes se

ven asolados hoy por una grave crisis económica, manteniéndose en activo sólo unos pocos centros mineros que no llegan a ser ni siquiera sombra difuminada del apogeo que alcanzaron en otra época, cuando los españoles sabían extraer todo el metal de los cerros (*cfr.* Gil 2006b, 2007a, 2007b).

Tradición oral aparte, lo cierto es que la crisis de la minería en Lipes sobrevino por otras causas, fundamentalmente geológicas, y el motivo principal por el que las minas se abandonaban fueron los ya advertidos a fines del siglo XVI problemas de inundación. Así por ejemplo, Tomás de Ibarra ya informó a Juan Lozano Machuca ([1581] 1965: 60) de esta cuestión técnica, corroborada después por Pedro (de) Sande, de quien el Factor de Potosí dice *“fue a los Lipes, donde estuvo cuatro o cinco meses viendo y entendiendo la tierra y desagando las minas que tenían mucha agua”*.

También Luis Capoché, describiendo los parajes del cerro Osloque (o Usloque), señala:

“La primera veta que se descubrió tiene por nombre la Rica. Está junto al salitral [[de Uyuni]]. Habiendo labrado en ella quince estados⁴¹, dió en agua y no se puede labrar.

[[...]] no se tiene experiencia del beneficio del azoque, aunque hará tres o cuatro años un español trajo una partida de metal de los Lipes que benefició a nuestra usanza, y no le acudió bien. Atribuyóse a que la calidad de estos metales es húmeda, y en ellos, tan blandos y lamosos, que no se puede abrazar el azogue a la plata⁴².” (Capoché [1585, f. 44v] 1959: 128).

⁴¹ Aproximadamente, 30 metros de profundidad. *Vid* nota 23 de este mismo capítulo.

⁴² En relación con esta observación de Capoché respecto del azogue y de la condición húmeda, blanda y lamosa del mineral del cerro Osloque, recuerde el lector lo ya referido anteriormente (caps. II.B.2. y IX.A.) acerca de la teoría alquímica de los elementos, y esa idea de que un exceso de azogue (mercurio) en el mineral lo vuelve líquido en tanto que la mina concentra demasiada humedad, asociación que perfectamente podría vincularse a los problemas de

Refiriendo estas mismas minas de Osloque, Álvaro Alonso Barba insiste en la riqueza mineral del cerro y la pureza del metal y en los problemas de inundación que le afectaban:

“La Mina de Osloque, en los Lipes, fue de Cobre quasi puro, en la superficie, y al passo que se ahondaba, crecia en ley de Plata, hasta que vino a serlo pura, en los pocos estados que la mucho agua que tenía, diò lugar a sacar parte de su riqueza” (Barba [1639, Libro I, cap. XXIX, p. 55] 1992).

Así, los inconvenientes para la explotación del mineral de Osloque no radican sólo en que las minas se inunden llegando a cierta profundidad, sino que, en el decir de Capoché, también *“la calidad de estos metales es húmeda”*, lo que impide su beneficio por azogue. Por estos motivos, al hablar de las minas de plata del cerro Sacacha, a cinco leguas del anterior, el propio Capoché ([1585, f. 45r] 1959: 128) menciona que, a pesar de no ser vetas tan ricas, por situarse próximas a la cumbre *“espérase de estas minas mucha prosperidad, por tener que labrar sin riesgo de topar agua”*⁴³.

Junto a este problema del agua en las minas constatado desde las primeras descripciones de fines del siglo XVI, la explotación del mineral de Lipes siempre contó con otro elemento en contra, sobre el que ya he tratado en el epígrafe anterior: la falta de mano de obra indígena, ya fuese porque se escaqueaban de cumplir con sus servicios, o porque preferían alquilarse por su cuenta en otras minas de mayor beneficio. Como señalé, de esta falta de labores ya dio cuenta en 1623 Antonio de León en su petición de permiso al Rey para que a Potosí

inundación de aquellas minas donde predomina el azogue, elemento que, como se indicó, contribuye por otra parte a elevar la pureza de la plata.

⁴³ A este respecto, y en relación con la nota anterior, recuerde el lector cómo en aquellas páginas abordé también que desde esa lógica alquímica de los elementos el metal más puro ha de ser el que se encuentre a mayor altitud, por estar más cerca del Sol, esto es, del Dios Creador.

pudiesen llegar esclavos negros de Guinea desde el puerto de Buenos Aires, piezas que aligerarían la cantidad de mano de obra que distintas provincias enviaban a la Villa Imperial en detrimento de la explotación de sus propias minas. En lo tocante a Lipes, señala:

“Pide esclavos Potosí ha ya muchos años, y agora con más insistencia por la necesidad que dellos tiene, y efectos que haran en tantos asientos de minas como se labran en charcas Lipes y Chichas puntales en que oy estriua la maquina de aquella Villa Imperial.” (León [1623] 1918-II: 216).

Esta idea de Antonio de León acerca de que Potosí acapara mano de obra indígena que por ende no pueden servir en el mineral de sus provincias es también la de Alonso Mesía Venegas ([¿1601/1607?, f. 47] 1979: 15), que en su informe a Rodrigo de Aguiar y Acuña, miembro de los consejos Real y de Indias, sobre el servicio de los indios en las minas señala aquellos asientos inútiles por su bajo rendimiento, y a los que a su juicio no se les debieran repartir indios, pues con ello se perjudica tanto al servicio de otros minerales, a la mita potosina y a la Hacienda Real, señalando entre ellos el de Las Salinas, al que concurren indios lipes, quizás todavía aquellos de los que años atrás ya habían tratado Damián de La Bandera [1584] y Bartolomé Álvarez [1588], y a lo que ya me he referido anteriormente (caps. V.B.1., V.B.2., VII.A., VII.B. y IX.C.).

Es fácil sospechar que estos tres autores pudieran escribir movidos por sus propios intereses, especialmente Antonio de León, quien como Procurador General de las provincias del Río de La Plata pudiera tal vez beneficiarse del comercio de esclavos desde Buenos Aires. Sin embargo, mediando el siglo XVIII, ya en plena crisis de la minería de Lipes, Jorge Juan y Antonio de Ulloa vuelven a insistir en esta falta de mano de obra para el beneficio del mineral de Lipes, y así, tratando del cerro de San Cristóbal, señala:

“El cerro de San Christóval de Acócala [[= Achocalla]] ha sido de los más famosos del Perú por la riqueza de sus minas de plata, siendo esta tanta que en parages se cortaba á sincel; ya están en decadencia respecto de lo que de ellas se sacaba antes, aunque no dexan de continuar las labores, siendo la causa de aquella la falta de gente para trabajarlas pues, á no ser esto, sin duda, que producirían con la misma abundancia.” (Juan y Ulloa [1748, II parte, Libro I, cap. XIII, nº 345] 1990-II: 179).

Sin embargo, años más tarde Pedro Vicente Cañete enmendará este criterio a de Juan y Ulloa -con clara alusión al segundo de ellos-, señalando el agua y no la falta de mano de obra indígena como la causa de la crisis del mineral de Lipes:

“se engaña [[Antonio de Ulloa]] en atribuir su decadencia a la falta de gente para trabajarlas y en suponer que, a no ser esto, sin duda se produciría con la misma abundancia, por ser constante que la causa es haber dado en agua”. (Cañete [1797, cap. 12, N 1ª] 1952: 387-388).

Por su parte, Antonio de Alcedo y Herrera ([1786-89] 1967-II: 316) insiste en la tesis de que *“la poca gente y la carestía han hecho decaer el trabajo en las minas [[de Lipes]]”*. Pero, inundadas o no las minas, la cuestión no es sólo que a estas alturas del siglo XVIII sigan faltando indios para labrar unos cerros cuyo mineral, por otra parte, venía agotándose sin remedio, sino que Lipes estaba sucumbiendo frente a una crisis socioeconómica de la que ya no saldría. Como he manifestado, no entraré en estas páginas a discutir los pormenores de este proceso, primero porque superan con creces los límites impuestos a este trabajo, y segundo porque considero que reúnen todos los ingredientes necesarios como para dedicarles una investigación independiente, sirviéndome aquí tan sólo de su presentación de cara a redondear la dinámica constructora de una región de Lipes desde la economía minera.

Ejemplo de la magnitud de esta crisis puede ser la descripción que el mismo Alcedo y Herrera hace de la villa y asiento de San Antonio del Nuevo Mundo (o de [los] Lipes), entonces capital del partido de Lipes:

“fue en otros tiempos población muy grande y rica, como denotan todavía su iglesia y los vestigios que quedan de sus ruinas, pero que hoy está reducido a un estado miserable.” (Alcedo y Herrera [1786/89] 1967-II: 316-317).

Aún más esclarecedora en este particular resulta la Real Cédula y el expediente relativo a la misma (ANB, Cédulas Reales, N° 710/ El Pardo, 9-II-1777; ANB, Minas-6.8/ El Pardo, 9-II-1777, respectivamente), por la cual se encarga a la Audiencia de La Plata *“remediar el decaimiento de las labores de minas, la pobreza de los naturales y otras deficiencias que aquejan a la provincia de los Lipes”*, según el informe remitido por su corregidor Juan Gregorio Piñeiro y Sarmiento. Bastante he ahondado en estas páginas en las causas de ese decaimiento de las minas. Respecto de la pobreza de los naturales, de la escasez de ellos y de su por entonces ya exigua participación en el beneficio de metales, señala Juan del Pino Manrique:

“Sostiénense ordinariamente de las oncitas de plata que sacan, ya en los desmontes de las antiguas minas abandonadas, y ya en las tierras que escogen de los muladares y calles, y las que lavadas y fundidas por un magistral que les agregan, y llaman sorecho [[sic, por soroche]], les suministran escasamente con que subsistir y satisfacer el tributo. Aunque esto prueba la antigua riqueza de aquellos minerales, y principalmente el de San Antonio de Lipes, de tanta fama como el rico cerro de esta villa [[de Potosí]], hoy están todos absolutamente abandonados a buscones o pallaqueros⁴⁴, que ni pueden ni se atreven a emprender grueso trabajo,

⁴⁴ *Pallaqueros*, también llamados por García de Llanos ([1609, f. 37, n° 174] 1983: 98) *pallacos*, *palladores* o *palliris*: aquellos que se dedican a *pallar* en el cerro, para lo cual, dice Llanos, hay tres maneras. 1) Recoger del suelo mineral aún aprovechable, rebuscando en los desmontes, a la entrada de las minas o en las canchas para extenderlo, *“lo cual se vende luego*

porque las minas están ciegas, hundidas y aguadas, y sólo en San Cristóbal se continúan por los indios dos labores, llamadas la tesorera y la Estaca, pero con la lentitud propia de su natural inclinación y falta de auxilios.

>> Atribúyese la decadencia de estos minerales a la escasez de gente, causada desde el año [[17]]19, en que se experimentó la general peste en este reino. Pero lo cierto es que a ser las minas de codicia, y experimentándose facilidad y utilidad en la saca de los metales, no dejarían de acudir de todas partes gentes, como sucede en Aullagas y otros, y sucedió lo mismo en Lipes en los tiempos de su boyá. No se duda pudiera proporcionarse algún fomento a aquellos minerales, pero tampoco se ignora que siendo los que los trabajaban indios tributarios, sería necesario habilitarlos aún con la ropa para su uso, exponiéndose el aviador⁴⁵ a muchas quiebras, por la natural desidia de esta clase de gentes, y para cuyo ejercicio no habiendo sujeto particular que se atreva a emprenderlo, tampoco conviene gravar hoy al real erario con esta pensión, pareciendo más conveniente dejar al tiempo, hasta que el útil establecimiento del tribunal de minería proporcione medios para atender a este objeto.” (Pino Manrique [1787] 1971: 37-38).

En resumen, Pino Manrique atribuye la falta de mano de obra a la caída demográfica de 1719 y a la falta de auxilios con que se topan quienes todavía se

*por cargas para revolver con otros metales”. 2) Limpiar el mineral en las canchas, separando el bueno del malo, que posteriormente es repallado, esto es, vuelto a limpiar, para terminar de seleccionar lo que quede de valor, “en que de ordinario se ocupan muchachos y algunos indios viejos”. 3) “Tomar cuenta a los indios de lo que cada uno ha trabajado y sacado [...], y así se dice pallar los indios”, término análogo al de *quilcar*. Junto a estas acepciones de *pallar*, señala Llanos que “hay otra en la ribera donde están los ingenios, que es andar en ella al rebusco del azogue y pella que se lleva el agua del beneficio cuando sale de las tinajas, en que se ocupan más mujeres que indios, y hacen para el efecto pozuelos en que se va juntando y de ellos sacan la arena que se recoge y lavándola en bateas, apartan el azogue y pella que se junta” (Llanos [1609, fs. 36-37, nº 173] 1983: 97-98).*

⁴⁵ *Aviador*: quien avía, dispone o prepara algo, o aquel que presta dinero o efectos a labradores, ganaderos o mineros. Asimismo, el que costea las labores de minas.

ocupan en la labor de los cerros, mal pertrechados y desatendidos por sus patrones, a quienes resulta más rentable mantenerse en la inercia de la crisis que arriesgarse en la reactivación de unas minas ya echadas a perder. En consecuencia, señala este autor que la mayoría de los indios padecen dificultad para reunir el monto de sus tasas, por más que se ocupan en *pallar* la mayor cantidad de mineral útil. En suma, un panorama nada halagüeño que preconiza el ocaso de la minería en Lipes a lo largo de los siglos XIX y XX, a pesar de que, como ya he apuntado, en la memoria de los actuales habitantes de Lipez permanezca latente el recuerdo de un esplendoroso tiempo pasado perdido en la construcción de su identidad como seres humanos. Un ocaso del mineral de Lipes que no hace sino demostrar que erró por completo entonces Pedro Vicente Cañete ([1797, cap. XII, Noticia 1ª] 1952: 392) en su premonición respecto de que “*con el tiempo puede ser [[Lipes]] uno de los [[partidos]] más ricos del [[Alto]] Perú, cuando la divina providencia suspenda el entredicho de sus preciosos metales*”.

* * *

En resumen, la actividad minera en Lipez se ha constituido como el motor de su devenir histórico desde fines del siglo XVI, si no ya desde antes, hasta la actualidad. Guiados por su riqueza mineral, los españoles empezaron a prestar atención a este inhóspito territorio, siendo ello causa de la necesidad de clasificar al paisanaje que habitaba aquellas ásperas punas; clasificarlo, como planteé en su momento (cap. VI.) para saber quiénes y cuántos eran los indios y dónde estaban asentados, a fin de imponerles tasa tributaria y considerando las opciones de emplearlos en el trabajo en las minas, aunque en este punto, como he presentado en este capítulo (también cap. VII.B.), toparon con el problema de que éstos no cumplían con sus obligaciones de repartimiento y preferían alquilarse por su cuenta. En este sentido, ya fuera como consecuencia de su natural desacato, de una “huida” de capital humano, o del fenómeno del “forasterismo”, distintos

autores remarcaron a lo largo de toda la Colonia la falta de trabajadores para el mineral de Lipes, algo preocupante hasta el punto de hacer intervenir incluso a los más altos poderes del Gobierno virreinal, especialmente cuando a mediados del siglo XVII la explotación del Cerro Rico de Potosí entró en retroceso al tiempo que se planteaba una crisis del mundo campesino en el *hinterland* potosino. Falta de mano de obra que fue considerada como causa primera de la crisis del mineral de Lipes, a la que también contribuyeron los problemas de inundación de las minas. Sin embargo, a pesar de haber representado uno de los ejes fundamentales -si no el más importante- en la construcción de una región geohistórica identitaria de Lipes durante la Colonia, la minería en Lipez no representa en la actualidad más que una sombra lejana de lo que fuera en otros tiempos, una circunstancia de hondo calado en los procesos de construcción de la memoria y la identidad de las actuales comunidades, aunque como ya he señalado, éstas son *otras* historias.

Consideraciones finales y logros de la investigación

A través de estas páginas que ahora concluyen, he pretendido desarrollar la idea de Lipes como región geohistórica identitaria mediante el análisis de los mecanismos coloniales de (re)definición y (re)ordenamiento de sus paisajes y su paisanaje de cara a su integración al orden general de la Colonia, en virtud de lo cual se impuso la necesidad de fijar unos límites territoriales y clasificar a las gentes que poblaban ese espacio definido. En este sentido, mi objetivo prioritario ha sido el de desentrañar los mecanismos mentales por un lado, y los territoriales, políticos y económicos por otro, que a lo largo de la Colonia motivaron la construcción regional de Lipes y la etnogénesis de los lipes como parte de un entramado geográfico relacional en torno a Potosí y su *hinterland* minero.

Para ello fijé tres líneas de conflicto ajustadas a:

- los universos mentales proyectados por incas y españoles sobre los espacios de Lipez y los grupos humanos que los habitaban.
- la inserción de Lipes en el entramado colonial de la geopolítica surandina a través de la definición de sus términos y la demarcación de su territorio.
- la incorporación de Lipes y los lipes al mercado potosino y a los espacios económicos de la minería surandina.

Desde estos parámetros, compuse un juego de relaciones articulado a través de:

1. la presentación de las sociedades indígenas locales.
2. su incorporación al Tawantinsuyu y posteriormente a la Colonia.
3. los intereses proyectados por incas y españoles sobre el territorio de Lipez.
4. los modelos coloniales que se aplicaron sobre éste y que dieron lugar a la construcción regional de Lipes y a la etnogénesis de los lipes, distinguiendo en este punto entre
 - a) los orígenes de la presencia española y una primera fase de explotación minera en el siglo XVI.
 - b) el profundo reordenamiento territorial derivado del despegue económico de la región como consecuencia del receso en la producción argentífera potosina a lo largo del siglo XVII.

Tratando de resolver el tema de la construcción regional de Lipes y de la etnogénesis de los lipes no tanto por la definición de sus límites como por la disección de su problemática interna, he sostenido que Lipes no habría llegado a constituirse como región geohistórica identitaria durante la Colonia de no haber sido por la proyección sobre su espacio geográfico de unos intereses económicos y unas necesidades geoestratégicas que obligaron a delimitar su contorno, dominar su territorio y reducir efectivamente a sus habitantes. Todo ello sin perder de vista que mientras que el Altiplano de Lipez conformó un corredor de tránsito y un espacio de encuentro para sociedades indígenas interdigitadas, en la región de Lipes (tanto desde la óptica inca como española) se multiplicaron las fronteras medioambientales, civilizatorias, étnicas, geoestratégicas, administrativas, económicas. De ahí la importancia del estudio de las clasificaciones coloniales, pues sólo desde una dinámica de (re)creación de sujetos coloniales colectivos arraigados a territorios de adscripción étnica determinada se puede entender el proceso de etnogénesis de los lipes, principio

de aplicación básico para la inserción definitiva de esta región al orden de la Colonia.

La naturaleza del Altiplano de LÍpez como espacio de tránsito y al mismo tiempo de reunión es la que primó durante época prehispánica, convirtiéndolo así en escenario de intercambios económicos, culturales y demográficos entre las distintas sociedades indígenas de la Puna Salada, todo ello dentro del modelo de interdigitación étnica propio de esta área geográfica y cultural. Un modelo que sirve para explicar el estrechamiento de vínculos que las gentes de LÍpez a lo largo de su historia han mantenido con los habitantes de los valles y las quebradas orientales que se extienden en la Serranía Chicha, en la Puna de Jujuy y la Quebrada de Humahuaca, en los oasis de Atacama y en el Loa Superior. A ello contribuyó el hecho de que sólo el norte de LÍpez reúne -tanto ayer como hoy- las condiciones medioambientales propicias para el asentamiento permanente y el desarrollo de la agricultura; es por ello, que ante la necesidad de acceso a otros recursos más o menos distantes, el tráfico caravanero se evidenció desde entonces y hasta momentos recientes como la estrategia económica más efectiva, a la que se sumó otrora el aprovechamiento compartido de los recursos asociados a las lagunas salobres que salpican el suroeste de LÍpez.

Los estudios arqueológicos de espectro regional parecen apuntar a que los incas reacomodaron las rutas de tráfico caravanero locales de acuerdo con su propio sistema de comunicaciones e intercambios económicos, modelo éste por el que se explicaría la aparición de elementos de prestigio imperiales (fundamentalmente cerámica) en la cultura material local, rasgo diagnóstico, junto con los cambios en el patrón de asentamiento, de que los incas dejaron en LÍpez una impronta mayor que la estimada a priori. Esta situación contradice el testimonio de algunas fuentes coloniales de la segunda mitad del siglo XVI y principios del XVII, que aluden a que los incas pasaron de largo sobre el territorio de LÍpez o que se limitaron tan sólo a imponer un tributo a sus gentes

antes de seguir su camino desde Chile al Collao. Una contradicción emanada del hecho de que fueron los incas quienes sentaron las bases de la construcción regional de Lipes como espacio salvaje en los albores de la civilización.

A partir de una serie de representaciones culturales de la realidad propias de la lógica espacio-temporal del “pensamiento andino”, los incas construyeron una primitiva región de Lipes proyectando sobre sus paisajes y su paisanaje imágenes de una tierra estéril, mal poblada, habitada por gente pobre y ruin, naciones bárbaras e indómitas, caracterizada entonces por espacios y gentes salvajes y por domesticar. Una visión del *Otro* en los confines del Tawantinsuyu en buena parte construida a partir del propio topónimo de *Lipes*, que etimológicamente podría estar derivado tanto de *llipi* como de *lipi*, raíces que lo mismo en quechua que en aymara apelan, metafórica o metonímicamente, a tales estereotipos.

Metafóricamente *llipi* remite tanto a aquello que brilla o relumbra como a lo vacío, pobre o despojado, de donde podría considerarse Lipes como un territorio yermo pero, en función de sus riquezas minerales, resplandeciente al recibir los rayos solares. Metonímicamente *lipi* remite tanto a un aparejo para la caza de vicuñas como a la técnica usada a tal efecto. De este modo podría pensarse en los lipes como indios que cazaban vicuñas con este arte, y por ende, en Lipes como el paraje idóneo para esta actividad cinegética o como el conjunto de los territorios de caza de tales indios. Combinando ambos supuestos etimológicos, Lipes podría por consiguiente entenderse no tanto como un topónimo en sentido estricto sino como un corónimo: punas yermas e inhóspitas, aunque ricas en recursos minerales, donde campan las vicuñas y adonde acuden los indios para su caza de acuerdo con un arte específico.

En cualquier caso, considerando un paisaje de paisajes, los incas pondrían en marcha una construcción regional de Lipes sin atender ni a criterios étnicos ni

a identidades interdigitadas, homogeneizando en términos civilizatorios a todos los habitantes (permanentes o estacionales) de aquellos parajes al considerarles como bárbaros. Se sentaban así las bases de esa lógica clasificatoria que los autores coloniales de fines del siglo XVI proyectaron sobre el paisanaje de Lipes, distinguiendo entre dos tipos de indios sobre los que hicieron recaer una serie de estereotipos:

<i>aymaras</i>	<i>urus</i>
riqueza	pobreza
agricultura – ganadería – minería	caza – pesca – recolección
asentamiento concentrado	asentamiento disperso
civilización	salvajismo / barbarie

Tomando como referente la representación inca de los paisajes de Lipes, la lógica de aprehensión de los espacios de Lipez por parte de los españoles dio una vuelta de tuerca más en pos de su demarcación territorial y jurisdiccional, poniendo así en marcha un proceso de construcción regional que, en virtud de la tendencia colonial a asociar biunívocamente topónimo con etnónimo, corrió parejo a otro de etnogénesis de los lipes.

Para componer los límites de Lipes los españoles carecieron de referencias de orden territorial preexistentes. Durante el Período Tardío prehispánico no se consolidaron en Lipez entidades sociopolíticas y económico-territoriales comparables a los señoríos indígenas de los Andes centro-sur del eje lacustre. Y tampoco los incas consolidaron en Lipes una demarcación específica dentro de la organización político-territorial del Tawantinsuyu. En consecuencia, los españoles definieron la región de Lipes de acuerdo con una geografía relacional que perfiló territorios evanescentes a partir de referencias geográficas y/o humanas que resultaban conocidas: una *terra incognita* que se fue construyendo por adición de confines conocidos, por más que la localización cartográfica de éstos resultara igual de vaga. Es por ello que la extensión y los límites de Lipes

resultan tan cambiantes en la documentación colonial, especialmente en la de fines del siglo XVI y principios del XVII.

A este respecto, igual que sus términos geográficos, también la condición político-administrativa y jurisdiccional de Lipes varió a lo largo del tiempo. La primera expresión de dominio español sobre Lipez quedó establecida a partir de la encomienda otorgada a Hernán Núñez de Segura y a Francisco de Tapia, un repartimiento disputado en el marco de las conocidas como Guerras Civiles del Perú (1537-1554). Cristóbal Vaca de Castro concedió al primero de ellos un repartimiento de indios lipes por sus méritos en la Guerra de Chupas (1541-1542), que le sería confirmado por Pedro de La Gasca tras la Rebelión de los Encomenderos (1544-1548) encabezada por Gonzalo Pizarro -y a cuya causa Núñez de Segura sirvió hasta 1545, cuando pasó al bando realista-, aunque esta vez a partes iguales con su compañero de armas Francisco de Tapia. Como castigo por su traición, Gonzalo Pizarro aún trató en 1547 de despojar a Núñez de Segura de su repartimiento, por lo que la encomienda tuvo que ser confirmada por segunda vez en 1549, nuevamente en su persona y en la de Tapia, que renunció a su parte del repartimiento en 1557. En 1562, Núñez de Segura cedió la encomienda a la Corona, si bien continuó pleiteando por el atraso de unas rentas derivadas de ella hasta 1569. A partir de este momento, la definición de los términos de Lipes, su circunscripción territorial, y su demarcación y jurisdicción variarán según los distintos autores coloniales, que hablarán así de “repartimiento”, “provincia”, “corregimiento”, “asiento”, “partido” o de combinaciones entre éstas expresiones. La cuestión no es sólo que las políticas administrativas de la Colonia sufrieron transformaciones con el tiempo, sino que también las demarcaciones aplicadas al territorio de Lipes, dada su evanescencia, pudieron estar variando, al igual que los límites de su jurisdicción. Así pues, y salvo para el caso de la cartografía más tardía, resulta prácticamente imposible llegar a concretar qué espacio geográfico está incluyendo cada autor dentro de lo intitulado como Lipes, dado además el hecho de que en varios casos se unió o

intentó unir a las demarcaciones vecinas de Atacama o Chichas para componer un único corregimiento o una única provincia.

Resultante de dicha geografía relacional, se podría plantear el problema metodológico de si acaso los españoles no habrían confundido la referencia de orden (la demarcación territorial y su jurisdicción) con la realidad que pretendían ordenar (el territorio), aplicando sobre ella valores que en verdad pertenecían a su propia percepción de ella. Sin embargo, no hay que olvidar aquí que las fronteras y los territorios coloniales, al menos durante los primeros tiempos, fueron definidos no tanto por sus paisajes como por su paisanaje. De la conjunción de los factores territoriales y humanos resultaba entonces la construcción de unas regiones que, a consecuencia de dicha vaguedad geográfica e incluso étnica, quedaban ordenadas 1) a partir de su posición geoestratégica y económica, y 2) de acuerdo con clasificaciones coloniales que permitieran insertar a los indios habitantes de las mismas dentro del sistema colonial.

En este sentido, a la hora de componer territorios evanescentes de acuerdo con dicha lógica geográfica relacional, tan importante resultaría la ubicación de los territorios limítrofes como la definición del carácter de sus habitantes. De esta manera, en ese juego de posiciones relacionales intervienen no sólo las distancias geográficas, sino también las distancias afectivas, aquéllas de las que participa una valoración de los paisajes y el paisanaje a partir de la experiencia. Así, la demarcación territorial de Lipes no quedaría compuesta sólo a partir de aquellos territorios con los cuales confinaba, sino también, y muy significativamente, de los pueblos vecinos en ellos asentados. En este punto adquiriría especial relevancia la distinción entre indios “de paz” y “de guerra”, entre medias de los cuales se situaban los “cimarrones”, ni lo uno ni lo otro pero con peligrosa libertad de movimientos y sospechosa capacidad de asunción de identidades.

Antes de convertirse en *los lipés*, los habitantes de Lipes fueron discriminados en *aymaras* y *urus* según los estereotipos ya señalados, y pesando sobre todos ellos una imagen de indios desacatados, mentirosos y tramposos, defraudadores en el pago de sus tributos, poco proclives al buen trato con los españoles y esquivos de recibir doctrina católica, aspectos todos ellos en los que inciden las fuentes de fines del siglo XVI. De ahí que sus autores -cada uno desde sus intereses particulares- insistan encarecidamente en la necesidad de someter y reducir de facto a los indios. Únicamente congregándolos en pueblos podrían ser tasados y sujetos a tributo y doctrina, mientras que dispersos por el territorio no sólo evadían el gobierno y la policía, sino que además permanecían, en virtud de la interdigitación étnica propia de la Puna Salada, susceptibles de cambiar de identidad o incluso de unirse a los “indios de guerra” del Noroeste Argentino.

He aquí, en esta vecindad con territorios y gentes “de guerra”, por lo que Lipes quedó fuera de la Visita General del virrey Francisco de Toledo (1570-1575) y de su consecuente Tasa, base de la mita minera potosina. Tal y como expresa el propio Virrey en una carta a Su Majestad fechada en noviembre de 1573, en la decisión de exonerar a los indios de Lipes del cumplimiento de tales servicios pesó fundamentalmente el criterio geopolítico, no fuera que por presionarles con cargas excesivas no sólo dejaran de pagar los tributos a los cuales ya estaban sujetos desde 1550, sino que además huyeran de sus territorios y se sumasen al clima de hostilidad imperante en la frontera sur de Charcas.

Por todo ello, a medida que la Colonia se aplicaba en intentos por 1) fijar a los indios al territorio de Lipes mediante su reducción a pueblos y su sujeción a doctrina, 2) censarlos, tanto a efectos tributarios como para emplearlos en la actividad minera, y 3) definir su identificación para evitar así cambios de identidad, *los indios de Lipes* fueron transformándose, como resultado de un

proceso de etnogénesis, en *los lipes*, y como tales resultaron integrados al mercado de Potosí y a la articulación económica del *hinterland* potosino.

Los lipes acudían a Potosí para alquilarse por cuenta propia en diversos menesteres, destacándose en las fuentes de principios del siglo XVII su vinculación a las panaderías, generalmente dentro de una situación irregular pero a la vez muy común de retención por deudas, problema éste en el que llegaron a mediar el virrey Luis de Velasco II y el propio rey Felipe III. Pero fundamentalmente, ya desde fines del siglo XVI, los lipes sobresalieron en el mercado potosino en la venta y rescate de diverso género de productos, propios de sus tierras o no, y en el tráfico caravanero, actividad ésta en la que han destacado hasta la actualidad.

Tanto las fuentes coloniales como la historiografía coinciden en señalar el protagonismo de los lipes en el abastecimiento de la Villa Imperial y en la articulación económica del *hinterland* potosino a partir del tráfico caravanero. En este sentido, dos serían las opciones (no excluyentes) para entender la concurrencia de los lipes a los mercados potosinos. Por un lado, su participación, de acuerdo con un modelo de origen prehispánico, en distintos circuitos de intercambio o comercio interconectados entre sí y en los cuales Potosí actuaría como un nodo de tránsito más. Por otro, llegando a Potosí con la caravana, su permanencia en la villa vendiendo su carga -e incluso, por qué no, también parte o la totalidad de las llamas- y alquilándose como mano de obra a la espera de un nuevo flete por cuenta propia o ajena, manteniendo así un patrón de tránsito y estacionalidad temporales a partir del cual lograr los dineros necesarios para el pago de sus tributos.

Paralelamente, la integración de Lipes en los espacios económicos surandinos estuvo marcada por la actividad minera, motor, como ya he señalado, de su construcción regional durante la Colonia. Más allá de la cuestión

geopolítica, si los españoles empezaron a prestar atención a este inhóspito territorio fue a consecuencia de sus riquezas minerales, cuyo valor se multiplicó a mediados del siglo XVII como consecuencia de la recesión experimentada en la productividad del Cerro Rico de Potosí y de la crisis del mundo campesino en el *hinterland* potosino. Unas riquezas minerales cuya explotación acicateó a esa necesidad de clasificar al paisanaje que habitaba en aquellas ásperas punas. Clasificarlo para saber quiénes y cuántos eran los indios y dónde estaban asentados, para, como he indicado, imponerles tributo y emplearlos en el mineral, aunque en esto último los lipes -como tantos otros indios coloniales- destacaron por no cumplir con sus obligaciones de repartimiento frente a la opción de alquilarse por su cuenta en otros asientos de minas, a veces incluso fuera del territorio de Lipes.

En este sentido, ya fuera como consecuencia de ese natural desacato que les atribuyeron las fuentes de fines del siglo XVI, de una fuga de capital humano, o del fenómeno del “forasterismo”, fueron muchos los autores que a lo largo de toda la Colonia remarcaron la falta de trabajadores para el mineral de Lipes; una situación preocupante hasta el punto de obligar a pronunciarse a los más altos poderes del gobierno colonial e incluso a la Corona, tanto durante el primer cuarto del siglo XVII como nuevamente a fines del siglo XVIII, si bien los contextos propios de cada uno de estos momentos resultan notoriamente distintos. Una falta de mano de obra que para algunos autores coloniales constituye la base de la crisis del mineral de Lipes, si bien otros fijan esta causa primera en el paulatino empobrecimiento de las minas y en sus problemas de inundación; una crisis que salvo en el caso excepcional de algunos asientos no hizo sino agravarse con el correr de los tiempos.

Construcción regional de Lipes a partir de la minería donde el descubrimiento de nuevas minas contribuyó a dinamizar el conocimiento del territorio, y los asientos de minas, a generar una sensación de dominio efectivo

sobre el mismo, convertidos así en marcas topográficas para su ordenamiento interno según esa lógica geográfica relacional imperante, referentes paisajísticos concretos, hitos en esa territorialidad evanescente.

Con todo ello, quisiera cerrar estas consideraciones finales insistiendo en la idea de *Lipes* como una entelequia en términos aristotélicos: un objetivo que lleva en sí mismo el principio de su acción, y que tiende por sí mismo a su propio fin. Estimo que sólo desde este axioma se puede desplegar un análisis minucioso de su construcción como región histórica identitaria en el entramado colonial de una geografía relacional de territorios evanescentes. Si bien este contexto mismo podría apelar a esa otra acepción más coloquial de la entelequia en tanto que algo irreal o imaginario, nada más lejos de la apuesta aquí defendida: Lipes y los lipes llegan a tener entidad a través de sendos procesos de construcción regional y de etnogénesis, que arrancan de un topónimo (más bien, de un corónimo) y que por efecto de clasificaciones y dinámicas socioculturales de orden colonial resultan dotados de entidad territorial e identitaria propias.

En ningún momento he pretendido desmenuzar en este trabajo que aquí concluye una (etno)historia colonial al uso del territorio de Lipes ni de los indios lipes. Más bien he aspirado a resolver, desde la transversalidad de perspectivas oblicuas en pos de un análisis diferencial, cómo dichos procesos de construcción regional y etnogénesis resultaron herederos de representaciones incas de unos paisajes y un paisanaje en los albores de la civilización, quedando definidos durante de Colonia a partir la geopolítica de la frontera meridional de Charcas y de la articulación económica surandina en torno a Potosí y su *hinterland*.

* * *

Hecha esta recapitulación, y atendiendo a las cuestiones en ella destacadas, los **logros alcanzados por esta investigación** quedan sintetizados en los siguientes puntos:

- En la etimología del **topónimo *Lipes***, ampliando el número de vocabularios coloniales y diccionarios actuales consultados por estudios precedentes, se matizan y completan las interpretaciones ya existentes, y, a partir de las raíces semánticas *llipi* y *lipi* en quechua y aymara, se definen una serie de relaciones metafóricas y metonímicas que lo dotan de sentido y lo transforman en un corónimo.
- A partir de dichas relaciones, y en combinación con la realidad geográfica y medioambiental del Altiplano de Lipez, se identifican, analizan e interpretan las variables implicadas en la representación del territorio de Lipes como un espacio yermo e inhóspito habitado por indios bárbaros e indómitos; una imagen compuesta originariamente por los incas y mantenida y reformulada por los españoles.
- Con relación al punto anterior, y en concreto sobre dicha **imagen inca de Lipes** como un territorio salvaje poblado por bárbaros en las márgenes no sólo del Tawantinsuyu, sino también, y por ende, de la Civilización, esta investigación hace un doble aporte sustancial a una cuestión abordada genéricamente desde el conjunto de la Puna Salada y/o sus áreas limítrofes:
 - 1) desvela una falta de correlación entre el registro arqueológico, que evidencia una marcada presencia inca en la región a partir de los circuitos de intercambio, los bienes de prestigio y el urbanismo y la arquitectura, y la información etnohistórica, que habla de la incorporación de Lipes al incario poco menos que de forma

accidental. Falta de correlación interpretada en virtud del estereotipo anterior.

- 2) detectada esta paradoja y resuelto el porqué de la misma, este trabajo proyecta sobre dicha cuestión un tipo de análisis transversal en el que los datos etnohistóricos son contemplados desde la perspectiva espacio-temporal del que se ha dado en llamar “pensamiento andino”. Para ello se han empleado fuentes documentales de época colonial y datos etnográficos sobre la percepción que del pasado y sus habitantes tienen las actuales gentes de Nor Lípez, volcando en este punto parte de los resultados obtenidos por los trabajos de campo que desde 2001 desarrollo en esta provincia.

Si bien este tipo de enfoque ya ha sido proyectado sobre otras áreas del altiplano centro-surandino, es la primera vez que un estudio así se plantea para el Altiplano de Lípez, suponiendo lo incluido en esta Tesis Doctoral - fundamentalmente por razones de coherencia interna y concreción de objetivos- tan sólo las líneas rectoras de una investigación monográfica más amplia en curso.

- Pasando al **período colonial**, y empezando por lo relacionado con la **construcción de Lipes como región geohistórica**, en este trabajo se reconstruye la historia del primer repartimiento de indios lipes que desde mediados de la década de 1540 y hasta 1562 disfrutaron Hernán Núñez de Segura y Francisco de Tapia. Dos personajes y una encomienda que la historiografía o pasa por alto, o a los que, en el mejor de los casos, dedica tan sólo referencias aisladas y puntuales, y que sin embargo suponen un claro ejemplo de la complejidad sociopolítica que marcó los orígenes de Charcas y su posición estratégica en el trascurso de las llamadas Guerras Civiles del Perú (1537-1554).

- Atendiendo a la **inserción de Lipes en el entramado colonial de la geopolítica surandina** a través de la definición de sus términos y de la demarcación de su territorio, se intentó encontrar una pauta en el uso de los conceptos de “repartimiento”, “encomienda”, “corregimiento”, “provincia”, “asiento” o “partido” a lo largo de los siglos XVI a XVIII. Tras este análisis, esta investigación determina que no se siguió pauta alguna, componiéndose el territorio de Lipes de acuerdo con una geografía relacional definida por 1) la adición de confines conocidos, y 2) el establecimiento de una red locacional en la que los asentamientos de minas se constituyeron como nodos de primer orden; dos factores que derivan en 3) una evanescencia territorial propia de las regiones de frontera.

Cabe por tanto resolver que en la composición territorial de Lipes pesó más la jurisdicción que la demarcación, hasta el punto de resolver que los asentamientos de minas y sus áreas de captación de mano de obra (en razón de repartimiento o por el alquiler voluntario de los indios en el mineral) supusieron la pieza clave del ordenamiento interno de la región.

- En términos de **integración de Lipes en los espacios económicos suradinos**, resulta frecuente en la historiografía ocupada del *hinterland* potosino la pregunta de por qué en la Tasa emanada de la Visita General del virrey Toledo (1570-1575) se excluyó de la mita minera al territorio de Lipes, tan próximo a la Villa Imperial, y por el contrario sí se incluyeron territorios al norte del lago Titicaca, tan distantes. Generalmente se ha buscado la respuesta en lo inhóspito y yermo de sus punas, y en la pobreza de sus gentes, razones que convertían a ese ámbito en un espacio carente de interés para la Colonia; opinión ésta que incluso sostuvieron algunos autores de fines del siglo XVI. Sin embargo, este trabajo demuestra lo apartada que dicha teoría se encuentra de la realidad:

si el virrey Toledo dejó fuera de su Tasa al territorio de Lipes no fue por tratarse de un espacio yermo habitado por indios pobres, sino por asegurar la frontera meridional de Charcas impidiendo que los lipes se unieran, agobiados por la tributación, a los indios alzados del Noroeste Argentino.

- Junto al componente geoestratégico, Lipes se reveló desde fechas tempranas como un territorio de notable valor mineralógico, especialmente destacado en el *hinterland* minero potosino durante el siglo XVII, cuando su producción argentífera contribuyó a paliar la recesión experimentada por el Cerro Rico de Potosí. Tal es así, que la explotación de sus minas ha constituido el motor principal del proceso de la construcción de Lipes como región geohistórica, no sólo durante la Colonia sino hasta época reciente.
- Considerando el punto anterior, volviendo sobre el **ordenamiento territorial interno de la región de Lipes**, y en virtud de la consideración hecha de los asentos de minas como piezas clave en su composición, he optado en esta investigación por un análisis quizás atípico de los asentos de minas, prefiriendo su interpretación en términos “paisajísticos” a su análisis económico y demográfico, como suele ser habitual en los estudios sobre minería colonial. Este enfoque está en consonancia plena con las líneas de conflicto planteadas y los objetivos programados para este trabajo, y permite mejor alcanzar a vislumbrar su condición de avanzada en el dominio territorial de Lipes desde la perspectiva regional, mientras que ese otro tipo de análisis me parece que tiende al localismo. Un localismo, dicho sea de paso, que para Lipes queda prácticamente reducido al caso de San Antonio del Nuevo Mundo (también llamado de Lipes o de los Lipes), único asiento que cuenta con el volumen de documentación suficiente para plantear un estudio económico y

demográfico al uso; por este motivo en él se ha centrado la mayor parte de la historiografía.

En este punto de vista “paisajístico”, que considera los asentos de minas como nodos que permiten articular la región de Lipes en el entramado colonial de una geografía relacional, radica otro de los principales aportes de esta investigación.

- En lo tocante al **trabajo de los indios en el mineral de Lipes**, la historiografía siempre ha considerado la falta de mano de obra como causa principal de la crisis de su economía minera, basando tal afirmación en las fuentes de fines del siglo XVI y principios del XVII, posiblemente las más conocidas para esta región. Una teoría, por otra parte, sobre la que pende la sombra del fenómeno del “forasterismo”, ya denunciado por los autores coloniales, y tan presente en los estudios sobre demografía y tributación en la Colonia, especialmente en los realizados sobre grandes centros mineros, tanto del Perú (Potosí, Oruro, Porco, Huancavelica) como de la Nueva España (Zacatecas, San Luis Potosí). Sin embargo, ampliando el corpus documental y atendiendo sobre todo a los autores de los siglos XVII y XVIII, esta investigación resuelve que la crisis de la economía minera en Lipes obedeció a razones de tipo geológico: 1) empobrecimiento del mineral que no hacía rentable la relación entre los costes de producción y el rendimiento obtenido, y 2) problemas de inundación de las minas que no justificaban una mayor inversión y que ponían en peligro a los trabajadores.
- Por lo que a las **clasificaciones coloniales** se refiere, abundan en la historiografía los estudios sobre los **estereotipos aymara y uru** (de acuerdo con los valores señalados anteriormente), interpretados de forma consensuada -especialmente en aquellos trabajos que versan sobre la

Visita General y la Tasa del virrey Toledo- no como identificadores étnicos, sino como categorías tributarias. En este sentido, considerados los *urus* como indios salvajes, ruines y pobres ya desde época inca, la tónica general a fines del siglo XVI, y especialmente a lo largo del XVII, parece apuntar hacia un proceso de “aymarización” de éstos, lo cual les permitiría mejorar su situación social aún a costa de una mayor imposición tributaria. Sin embargo, lo que en esta investigación ha quedado demostrado es que en Lipes operó justamente un proceso contrario: la “urización” de los identificados como *aymaras*. No es sólo que los indios recurrieran a la picaresca para esquivar el censo y/o falsear su capacidad económica para obtener una tasación rebajada, algo por demás frecuente en toda la Colonia, sino que incluso se hicieran pasar por bárbaros en términos socioculturales.

- Considerando las clasificaciones coloniales y la reproducción de los estereotipos socioculturales desde la perspectiva del tributo indígena, lo significativo de este trabajo radica en la **proyección del** que se ha dado en llamar **“problema uru” sobre el paisanaje de Lipes**. Coinciden entonces mis resultados con la idea de que tras las identificaciones *aymara* y *uru* en Lipes no hay grupos étnicos diferenciados -como incluso desde la arqueología se ha tratado de probar-, aunque discrepo ligeramente de ese consenso que las considera unidades de clasificación de naturaleza tributaria. Dado que el territorio de Lipes no fue incluido en la Tasa del virrey Toledo, más bien resuelvo que la discriminación de sus habitantes de acuerdo con estas dos categorías se vio motivada por la oposición entre un modelo económico agropastoril y otro cazador-pescador-recolector; una diferenciación en cierto modo forzada, porque los mismos indios que cultivaban y criaban ganados podían recurrir a la caza-pesca-recolección para acceder así a recursos estacionales, lo mismo que hacían otros indios llegados al Altiplano de Lipez desde territorios aledaños.

En este sentido, esta investigación desvela cómo los indios de Lipes dejan de ser considerados *aymaras* o *urus* desde el momento en que dejan de ser vistos en términos culturales y pasan a ser considerados en tanto que sujetos censatarios y fiscales. Junto a esa tendencia española a asociar biunívocamente topónimos con etnónimos, he aquí la **base del proceso de etnogénesis de los lipes**, algo que estaba por definir.

- Insistiendo en la cuestión del acceso compartido a los recursos estacionales de Lipez por gentes pertenecientes a distintos grupos, no queda sino apelar a esa **interdigitación étnica** ya definida para el conjunto de la Puna Salada, y articulada no tanto en función de las alianzas políticas sino del parentesco. Una interdigitación étnica que, como ya se sabía, conecta a los lipes con las gentes de Tarapacá al noroeste, el Loa Superior al oeste, Chichas al este, Atacama al sur-suroeste, y la Puna de Jujuy y la Quebrada de Humahuaca al sur-sureste. A este respecto la presente investigación no aporta muchas novedades, aunque sí confirma que esa flexibilidad identitaria que desde la Arqueología y la Etnohistoria se venía planteando para otras áreas de la Puna Salada, también estuvo presente en Lipes. A partir de aquí, mi aporte ha sido el de considerar dicha interdigitación étnica desde la perspectiva colonial a partir de la figura de ese “indio cimarrón” mencionado en las fuentes de fines del siglo XVI, prestando para ello especial atención a sus implicaciones en la participación de los lipes en el mercado de Potosí y en la articulación económica del *hinterland* potosino a través del tráfico caravanero.
- Pilar básico de esta investigación, y aporte fundamental de la misma a un estado de la cuestión inexistente al respecto, es la caracterización de **los lipes como indios desacatados, mentirosos y tramposos**, imagen a partir de la cual he abordado las relaciones hispano-indígenas, y que finalmente

he convertido en un estereotipo de los mismos, válido para la totalidad del período colonial pero de especial relevancia a fines del siglo XVI y principios del XVII. Un estereotipo construido fundamentalmente a partir de 1) las repercusiones socioeconómicas de ese mencionado “proceso de urización”, 2) la reticencia de los lipes a ser reducidos a pueblos, frente a la insistencia de los autores coloniales sobre su necesario dominio y urgente sometimiento a policía y tributo, 3) su falta de disposición a la doctrina y su actitud negativa ante los religiosos, a veces incluso abiertamente hostil, 4) la consideración que los españoles hicieron de sus caciques como tiranos y abusones, y 5) la propensión de los indios (y sus caciques) a faltar a sus obligaciones de repartimiento para alquilarse por su cuenta en los asientos de minas o en el mercado de Potosí.

En función de estos puntos, quisiera cerrar estas páginas destacando como principal y mayor aporte de la presente investigación el hecho mismo de plantear un estudio sobre la construcción de *Lipes* como región geohistórica identitaria, en el que por tanto va incluido el estudio del proceso de etnogénesis de *los lipes*. Un proyecto ambicioso, cuyo mayor escollo ha sido la ausencia tanto de fuentes documentales coloniales con las que reunir un corpus sólido y homogéneo, como de estudios (etno)históricos a partir de los cuales considerar un estado de la cuestión. Región periférica de los imperios inca y español, vale decir que Lipes ha sido también una región marginal dentro de la hisotriografía indiana. He ahí el que considero máximo logro de este trabajo: ajustándome a la escasez de datos, alcanzar a componer un estudio interdisciplinar de Lipes y de los lipes desde la perspectiva regional, considerando tanto su inserción en el contexto de la región geo-cultural de Puna Salada, como sus propias dinámicas de construcción regional y etnogénesis. Un estudio en muchos aspectos original, que espero contribuya a situar a Lipes y a los lipes en el lugar que se merecen dentro del sur

andino de la Colonia, y de trampolín a futuros trabajos que profundicen en el conocimiento particular de esta región geohistórica identitaria que aquí he compuesto a partir de referencias cruzadas a sus *ásperas punas* salpicadas de *cerros de plata* y habitadas por *indios desacatados*. Un estudio, asimismo, y por último, que creo que podría ayudar a repensar otras áreas periféricas dentro del imperio español en Indias, para reinterpretar otras construcciones regionales y otros procesos de etnogénesis donde, por supuesto sin perder de vista los contextos particulares, pudieran estar operando variables similares a las aquí consideradas.

- o 0 o -

Referencias bibliográficas A: fuentes documentales inéditas

Por su importancia, por contener información más allá de lo citado en el texto, o por contar con una edición paleográfica mal publicada, los documentos incluidos en el Apéndice Documental quedan indicados por un asterisco (*). Para mayor fiabilidad, se reproduce el documento original y no su transcripción.

AGI – Archivo General de Indias (Sevilla, España)

Charcas 40, N. 19/ 27.10.1547. Cédula de Gonzalo Pizarro en que se quita el repartimiento de indios lipes a Hernán Núñez de Segura y a Francisco de Tapia.

* Charcas 43, Cuadernillo de [3] cartas de Damián de La Bandera/ 1584-87.
[Advertencia: Para abreviar su referencia, citaré esta correspondencia como Charcas 43, Cartas de DdLB más el número de carta correspondiente y la fecha].

Charcas 69, N. 41/ 1640. Expediente de confirmación del oficio de provincial de la hermandad de los Lipes a Francisco López de Villademoros.

Charcas 71, N. 2/ 1654. Expediente de confirmación del oficio de alguacil mayor de los Lipes a Diego Moro Vigil de Quiñónez.

- Charcas 77, N. 33/ 1695. Expediente de confirmación del oficio de alguacil mayor de los Lipes a Francisco Antonio Lezama.
- Charcas 93, N. 4. 1/ 1647. Informaciones de oficio y parte de Pablo de Espinosa Ludeña.
- Charcas 95, N. 13/ 1655. Informaciones de oficio y parte de Gonzalo Gutiérrez Guerrero.
- Charcas 98, N. 8, 1-3/ 1674-76. Informaciones de oficio y parte de Francisco de Bóveda y Sarabia.
- Charcas 100, N. 9, 1-2/ 1692. Informaciones de oficio y parte de Juan Galea de Mercado.
- Escribanía 849 A, legajo 7 de los pleitos de La Plata, N. 6/ 1647. Pleito de Pablo de Espinosa Ludeña con el fiscal Pablo de Ovando, sobre la confirmación del repartimiento de 30 indios para la labor de minas en Chichas y Lipes. [Advertencias: 1) Aunque la fecha dada por el AGI a este pleito es de 1647, lo cierto es que éste es el año de inicio del mismo, que se prolonga hasta 1665, año en que finalmente se ratifica la sentencia. 2) El intitulado como “fiscal Pablo de Ovando” es en realidad Pablo Fernández de Ovando, encomendero y vecino de Jujuy, representado en este pleito por un fiscal real].
- Escribanía 849 B, legajo 7 de los pleitos de La Plata N. 12/ 1667. Autos que se siguen a los acreedores contra los bienes del capitán Ignacio de Azurra [*sic* por Azurza].
- Justicia 655, N.2, R.2/ 1564-69. Pleito de Hernán Núñez de Segura con el fiscal licenciado Gamboa sobre los frutos del repartimiento de indios lipos y condes.
- Justicia 758, N.2/ 1552-53. Pleito seguido por María Montilla, viuda de Francisco de Tapia, contra Hernán Núñez de Segura, sobre la entrega de cierta partida de oro que éste trajo del Perú como bienes de su difunto esposo.
- Justicia 1128, N. 1, R. 2/ 1559. Pleito de Hernán Núñez de Segura con Alonso Palomares, por dos mil pesos de oro de renta anual de que fue hecha merced al dicho Palomares en los indios de Lipes y Condes.
- * Lima 4, N.4/ 15-03-1628. Carta del Marques de Guadalcazar sobre si conviene volver a unir los corregimientos de Lipes y Atacama.

Mapas, Buenos Aires, 29/ 1683. Provincias del Río de la Plata, Tucumán y Paraguay.

Mapas, Buenos Aires, 110/ 1774. Mapa del Chaco. Fronteras, ríos caudalosos y expresión de parte de sus naciones.

Mapas, Buenos Aires, 154/ 1783. Perú: intendencias próximas virreinato del Río de la Plata.

Mapas, Buenos Aires, 160/ 1787. Provincia de Potosí: partidos.

Patronato 95 B, R.6/ 1552. Información de méritos y servicios de Hernán Núñez de Segura.

Patronato 122, N. 2, R. 9/ 1578. Información de méritos y servicios de Juan Lozano Machuca.

* Patronato 188, R. 3/ 1557. Francisco de Tapia: renuncia encomienda de indios en Perú.

Patronato 190, R. 44/ 1584. Minuta de los corregimientos que había en Perú en 1582.

Patronato 227, R. 17/ 1578. Representación de la empresa de Juan Lozano Machuca en Chile al socorro de los ataques de la armada de Francis Drake.

Patronato 226, R. 6/ 1578. Parecer de Lozano Machuca sobre el corsario Francis Drake y su armada del Mar del Sur.

Patronato 292, N.3, R.2/ 05.02.1569. Real Provisión al Consejo de Indias para el nombramiento de jueces en el pleito que Hernán Núñez de Segura sigue con el fiscal licenciado Gamboa.

Patronato 292, N.3, R.30/ 24.02.1569. Real Provisión ejecutoria de autos al presidente y oidores de la Audiencia de Charcas en el pleito que Hernán Núñez de Segura sigue con el fiscal licenciado Gamboa.

AGNA – Archivo General de la Nación Argentina (Buenos Aires, Argentina)

Sala IX, 30-4-9, Expediente 12/ 1804. Matrícula del pueblo de [San Antonio de] Lípez, remitida por Miguel Sáez. [Advertencia: La información contenida en este documento arranca de 1792].

* Sala XIII, 18-6-5/ 1602. Padrón de los indios de Lipes, 1602. “Los Lípez. Nº 40. Corregimiento de Lipes, 1602. Por Diego Marques de Moscoso”. [Advertencia: Va acompañado de un informe del virrey Luis de Velasco II (1602) y una Real Cédula de Felipe III (1603), y en realidad el padrón se termina de confeccionar

en 1603. Así, en las citas del documento mantendré la fecha de 1602, mientras que en el texto me referiré a él según fecha de 1602-03].

Sala XIII, 18-6-5/ 1684. Padrón de los indios originarios, yanaconas y forasteros que asisten al asiento de San Antonio de Lípez.

Sala XIII, 18-6-5/ 1804. Retasación del Partido de Lipes. [Advertencia: A pesar de estar consignado a 1804, la información contenida en este documento arranca de 1760 y termina en 1806].

ANB – Archivo Nacional de Bolivia (Sucre, Bolivia)

Cédulas Reales, N° 710/ El Pardo, 09.02.1777. A la Audiencia de La Plata: Procure remediar el decaimiento de las labores de minas, la pobreza de los naturales y otras deficiencias que aquejan a la provincia de los lipes, referido por Juan Gregorio Piñeiro y Sarmiento, corregidor que fue de ella, en carta inserta a S. M. de 26 de noviembre de 1775.

* CACH (Correspondencia de la Audiencia de Charcas) 337/ 1602. Carta del corregidor de Potosí, Pedro Córdova de Mejía, a la Real Audiencia de La Plata: informes sobre querrela de Cristóbal de Vera contra el corregidor de Lipes, Pedro [*sic* por Diego] Márquez de Moscoso, sobre el depósito de indios y destino de éstos en las panaderías de Potosí.

CACH (Correspondencia de la Audiencia de Charcas) 1664a/ Potosí, 19.08.1650. Borrador de carta de D. Francisco de Nestares Marín, Presidente de la Audiencia de Charcas, al Virrey del Perú: Refiere a pormenores de los disturbios del Capitán Ignacio de Azurza en los Lipes.

* Expedientes Coloniales, 1649, N° 16/ 1649. Alonso Picta, gobernador y cacique principal de Lípez, contra Ignacio Chirinos, sobre la preferencia a un cacicazgo. [Advertencia: En realidad este documento trata de “Juan Chiri, cacique principal y gobernador de los lipes, contra Alonso Pigsa, sobre la preferencia al título de cacique y gobernador”].

Minas 6.8/ El Pardo, 09.02.1777. Expediente relativo a la Real Cédula dirigida en febrero de este año a la Real Audiencia encargándole remediar el decaimiento de las labores de minas, la pobreza de los naturales y otras deficiencias que aquejan

- a la provincia de los Lipes, referido por Juan Gregorio Piñeiro y Sarmiento, corregidor que fue de ella, en carta inserta a S. M. de 26 de noviembre 26 1775.
- Minas 52.4/ 1611-12. El capitán Luis Esquivel, corregidor de la provincia de Chichas, contra el capitán Juan de Avendaño, corregidor de la provincia de Lipes, sobre la jurisdicción de unas minas recién descubiertas en el paraje de San Vicente, contiguo al asiento de Chocaya, provincia de Chichas.
- Minas 56.4/ San Antonio, 30.09.1647. Carta de Domingo Fuertes, Antonio Enríquez y otros dueños de minas del asiento de San Antonio del Nuevo Mundo, provincia de los Lipes, a esta Real Audiencia: Explican la inconveniencia de que el Capitán Ignacio de Azurza sea Justicia Mayor de dicho asiento, pues está allí interesado en negocios de minas e indios.
- Minas 56.5/ Potosí, 16.04.1648. Carta de Gonzalo Gutiérrez Guerrero, Alguacil Mayor del Santo Oficio de Potosí a esta Real Audiencia: Refiere que el Capitán Ignacio de Azurza, después de haber causado los disturbios conocidos en San Antonio del Nuevo Mundo, provincia de los Lipes, está en Potosí levantando gente para volver a dicho asiento y continuar sus excesos.
- Minas 56.6/ Lima, 31.07.1648. Carta del Marques de Mancera, Virrey del Perú, a esta Real Audiencia: se ve obligado a declarar en el asunto del Capitán Ignacio de Azurza por de mero gobierno en vista de los impedimentos que la Audiencia opone a la continuación de aquél en el oficio de Teniente de Corregidor de los Lipes, contra lo dispuesto por dicho Virrey.
- Minas 56.7/ 1648. El Capitán Ignacio de Azurza, dueño, en compañía de Antonio Ramírez, de una mina en la veta nombrada Santo Domingo de Guzmán, asiento de San Antonio del Nuevo Mundo, provincia de los Lipes, sobre los disfrutes que Juan Lozano de Rueda ha hecho en veinte varas de dicha mina hasta la suma de 50.000 pesos.
- Minas 56.8/ 1647-49. Gaspar de Ares sobre veinte varas de mina que Domingo de Madariaga y Antonio Ramírez están disfrutando en demasía en la veta nombrada Santo Domingo de Guzmán, asiento de San Antonio del Nuevo Mundo, provincia de los Lipes.
- Minas 56.9/ 1647-1649. Expediente obrado con motivo de los disturbios que promovió en el asiento de minas de San Antonio del Nuevo Mundo, provincia de los Lipes,

el nombramientos e ingreso del Capitán Ignacio de Azurza al oficio de Teniente General de dicha provincia.

- Minas 57.1/ Santiago de Cotagaita, 09.06.1649. Carta del presbítero D. Francisco de Alfonsí y Castilla, visitador de la provincia de los Chichas, a esta Real Audiencia: Refiere el alboroto que acaeció el día del Corpus Christi en el asiento de San Antonio del Nuevo Mundo, provincia de los Lipes, contra el Capitán Ignacio de Azurza, Teniente de dicho asiento.
- Minas 57.2/ 1649. Carta de su Presidente, D. Francisco de Nestares Marín, asistente en Potosí, a esta Real Audiencia: Informa sobre las providencias que ha tomado para que cesen los disturbios acaecidos en el asiento de San Antonio del Nuevo Mundo, provincia de los Lipes, y prosiga allí sin interrupción ni pérdida el beneficio de los metales.
- Minas 57.3/ 1649. Carta de su Presidente, D. Francisco de Nestares Marín, asistente en Potosí, a esta Real Audiencia: Por haberse escusado D. Fernando de Castilla para ir a averiguar los asuntos del Capitán Ignacio de Azurza en la provincia de los Lipes, ha nombrado en su lugar al contador Antonio Cupín.
- Minas 57.4/ San Antonio, 24.08.1649. Carta de Diego de Puga y Araujo a esta Real Audiencia: Remite la información que ha mandado hacer sobre los bienes que dejaron los ajusticiados por el Capitán Ignacio de Azurza el día del Corpus Christi en el asiento de San Antonio del Nuevo Mundo, provincia de los Lipes.
- Minas 57.5/ Potosí, 30.10.1649. Auto provisto por D. Francisco de Nestares Marín, Presidente de esta Real Audiencia, sobre que en vista de los acaecimientos de la provincia de los Lipes, D. Rodrigo de Paz Orihuela, Corregidor de ella, nombre teniente General letrado de los aprobados.
- Minas 57.6/ 1649. El Capitán Ignacio de Azurza, Teniente General de la provincia de los Lipes, sobre la conjuración y el tumulto que el día de Corpus Christi de este año suscitaron contra él los capitanes Diego de Puga y Araujo y Domingo Fuertes de Sierra en el asiento de minas de San Antonio del Nuevo Mundo en dicha provincia.
- Minas 57.7/ San Antonio, 20.05.1650. Carta de Juan Gutiérrez de Bohórquez y otros dueños de minas del asiento de San Antonio del Nuevo Mundo, provincia de los Lipes, a esta Real Audiencia: Estando en paz y quietud la provincia, nuevamente

ha entrado en dicho asiento el Capitán Ignacio de Azurza, con lo cual han vuelto los alborotos que se daban por terminados.

- Minas 57.8/ San Antonio, 04.08.1650. Carta de varios dueños de minas e ingenios y vecinos del asiento de San Antonio del Nuevo Mundo, provincia de los Lipes, a esta Real Audiencia: Refieren la entrada que con gran despliegue de gente y armas hizo el Capitán Ignacio de Azurza para recibirse de Alcalde Provincial de la Santa Hermandad en dicho asiento, y los atropellos que ha cometido desde entonces, con lo cual la paz y quietud públicas están nuevamente alteradas y descaecidas las labores de minas.
- Minas 57.9/ San Antonio, 06.08.1650. Carta del Sargento Mayor D. Rodrigo de Paz Orihuela, Corregidor de la provincia de los Lipes, a esta Real Audiencia: Anuncia que remite los autos hechos en el asiento de San Antonio del Nuevo Mundo, provincia de los Lipes, sobre los disturbios acaecidos desde que entró allí por Teniente de Corregidor el Capitán Ignacio de Azurza, y advierte que los ánimos están nuevamente alborotados con el ingreso de aquél en calidad de Alcalde Provincial de la Santa Hermandad.
- Minas 57.10/ 1650. Autos promovidos por el General Rodrigo de Paz Orihuela, Corregidor de la provincia de los Lipes, sobre el alboroto que el Capitán Ignacio de Azurza, Alcalde Provincial de la Santa Hermandad, causó el día del Corpus Christi con gente armada entre los mineros y los indios del asiento de San Antonio del nuevo Mundo, en dicha provincia.
- Minas 57.11/ 19.08.1650. Carta de su Presidente, D. Francisco de Nestares Marín, asistente en Potosí, a esta Real Audiencia: Aprueba las provisiones despachadas por esta Real Audiencia para que comparezcan en ella algunas de las personas más inquietas que hay en el asiento de San Antonio, provincia de los Lipes, y recomienda mucha circunspección para no dejarse engañar por ninguna de las partes.
- Minas 57.12/ Potosí, 21.10.1650. Carta de su Presidente, D. Francisco de Nestares Marín, asistente en Potosí, a esta Real Audiencia: Un clérigo y dos soldados procedentes del asiento de San Antonio del Nuevo Mundo, provincia de los Lipes, que han salido de Potosí rumbo a esta ciudad, traen relaciones

encontradas sobre los acontecimientos de dicha provincia, que conviene tomar con cuidado.

Minas 57.13/ Potosí, 10.10.1650. Carta de su Presidente, D. Francisco Nestares Marín, asistente en Potosí, a esta Real Audiencia: Expresa su sentimiento por la lamentable disminución a que vendrán los reales quintos por efecto de los acaecimientos de la provincia de los Lipes.

Minas 57.14/ 1650. Expediente que contiene votos y pareceres del Dr. D. Francisco de Sosa, del Dr. D. Luis Felipe Merlo de la Fuente y del Dr. D. Pedro de Hazaña Solís y la Fuente, oidores de esta Real Audiencia, y de D. Francisco de Nestares Marín, su Presidente, sobre las muertes, incendios y robos acaecidos en el asiento de San Antonio, provincia de los Lipes, y el remedio que piden esos alborotos.

Minas 57.15/ Estarca, 21.10.1650. Carta de D. Luis de Andrade Sotomayor, Corregidor de la provincia de los Chichas, a esta Real Audiencia: Avisa que tiene prevenida gente armada en la villa de Tarija que está esperando lo que resuelva esta Real Audiencia para marchar en auxilio del Corregidor de la provincia de los Lipes.

Minas 57.16/ 31.10.1650. Copia de carta del Conde de Salvatierra, Virrey del Perú, a D. Francisco de Nestares Marín, Presidente de esta Real Audiencia: Recuerda las órdenes que oportunamente despachó a dicho Presidente sobre el asunto de los Lipes, y reitera que se haga comparecer a Ignacio de Azurza ante esta Audiencia y, si es necesario, se envíe un Oidor a esa provincia, para que haga la averiguación de los sucesos y castigue a los culpados.

Minas 57.17/ Potosí, 04.11.1650. Carta de su Presidente, D. Francisco Nestares Marín, asistente en Potosí, a esta Real Audiencia: Devuelve, con su parecer, el acuerdo que le remitió este tribunal sobre los acontecimientos de la provincia de los Lipes, y recomienda se proceda en ellos con la mayor circunspección.

Minas 57.18/ Lima, 30.11.1650. Carta del Conde de Salvatierra, Virrey del Perú, a esta Real Audiencia: El haberse apartado esta Audiencia y D. Francisco de Nestares Marín, su Presidente, de las órdenes que el Virrey dio en el asunto de los Lipes ha sido mucha parte para llevar las cosas al estado actual en que están, debiéndose en lo sucesivo obrar con más uniformidad.

- Minas 57.19/ 31.12.1650. Carta del Conde de Salvatierra, Virrey del Perú, a esta Real Audiencia: habiendo muerto el Capitán Ignacio de Azurza, que ahora reina la paz en la provincia de los Lipes en pro del aumento de los reales quintos, debiéndose impedir el regreso a ella de los culpados en las pasadas inquietudes.
- Minas 57.20/ Potosí, 02.09.1651. Carta de su Presidente, D. Francisco Nestares Marín, asistente en Potosí, a esta Real Audiencia: En la consulta que ella le ha hecho sobre si las querellas dadas en la provincia de los Lipes contra D. Diego de Puga y Araujo no removerán las inquietudes pasadas, siente que, habiendo hecho la Audiencia y el Virrey de Lima de estos negocios asunto de gobierno, su resolución final a ellos les toca.
- Minas 57.21/ 1649-1654. Doña Felipa de Avilés Saavedra, sobre la muerte de Francisco de Tovar, su marido, acaecida en los disturbios que se suscitaron en el asiento de minas de San Antonio del Nuevo Mundo, provincia de los Lipes, por culpa del Licenciado Alonso Carrión Cabeza de Vaca y del Capitán Ignacio de Azurza, Corregidor y Teniente General, respectivamente, de dicha provincia.
- Minas 57.27/ 1665-1668. Juicio de concurso de acreedores a los bienes del Capitán Ignacio de Azurza, dueño de minas y Teniente General que fue de la provincia de los Lipes.
- Minas 144.8/ Potosí, 30.07.1651. Borrador de dos cartas de D. Francisco de Nestares Marín, Presidente de la Audiencia de Charcas, al Virrey del Perú, sobre los recientes disturbios del Capitán Ignacio de Azurza en los Lipes.

CNM-AH – Casa Nacional de la Moneda - Archivo Histórico (Potosí, Bolivia)

- * Cajas Reales 1, fs. 56-57/ 1550. Fray Gerónimo de Loaysa, Fernando de Santillán y fray Domingo de Santo Tomás.- Tasa de los indios que tienen en encomienda Francisco de Tapia y Hernán Núñez de Segura.
- * Cajas Reales 1, f. 58/ 1559. Relación de los tributos que deben rezagados los indios lipes y causas de ello.
- * Cajas Reales 1, f. 59/ 1560. Provisión de Antonio de Hoznayo, corregidor de justicia mayor de La Pata, sobre el repartimiento de los lipes.

- * Cajas Reales 264, 1637, fs. 104v-107v/ 1637. Título de Corregidor de la provincia de los lipes a Alonso Gutiérrez de Abendaño. [Advertencia: A pesar de que en el título del documento y en la referencia del archivo se consigna el nombre de Alonso Gutiérrez de Abendaño, en todo el texto se nombra a este personaje como Cristóbal. Además de ello, aunque este documento aparece registrado en el archivo para 1637, éste es el año en que se juró el cargo de corregidor, título que fue emitido un año antes, en 1636].

Referencias bibliográficas B: fuentes impresas

Abreviaturas:

BAE - Biblioteca de Autores Españoles

CBC - Centro de Estudios Regionales Andinos “Bartolomé de Las Casas”

CERES - Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social

CM - Colegio de México

FCE - Fondo de Cultura Económica

IEP - Instituto de Estudios Peruanos

IFEA - Institut Française d’Etudes Andines

IHEAL - Institut des Hautes Etudes de l’Amerique Latine

MUSEF - Museo Nacional de Etnografía y Folklore

ABECIA BALDIVIESO, Valentín

1988 *Mitayos de Potosí: en una economía sumergida*. Técnicas Editoriales Asociadas. Barcelona.

ABERCROMBIE, Thomas A.

1998 *Pathways of memory and power. Ethnography and history among an Andean people*. University of Wisconsin Press. Madison.

ACOSTA, José de

[1588] 1952 *De procuranda indorum salute (Predicación del evangelio en las Indias)* (F. Mateos ed.). Ediciones España Misionera. Madrid.

[1590] 1987 *Historia natural y moral de las Indias* (J. Alcina ed.). Crónicas de América 34. Historia 16. Madrid.

AGUILERA ROJAS, Javier y Luis J. MORENO REXACH

1973 *Urbanismo español en América. Selección de planos y textos a cargo de...* Editora Nacional. Madrid.

ALBARRACÍN-JORDÁN, J. y J. MATHEWS

1990 *Asentamientos prehispánicos del valle de Tiwanaku*. Producciones Cima. La Paz.

ALBÓ, Xavier, M^a Inés ARRATIA, Jorge HIDALGO, Lautaro NÚÑEZ, Agustín LLAGOSTERA, M^a Isabel REMY y Bruno REVEZ (comps.)

1996 *La integración surandina. Cinco siglos después*. CBC - Corporación Norte Grande Taller de Estudios Andinos - Universidad Católica del Norte. Cuzco.

ÁLVAREZ, Bartolomé

[1588] 1998 *De las costumbres y conversión de los indios del Perú. Memorial a Felipe II* (M. C. Martín, J. J. R. Villarías y F. del Pino eds.). Ediciones Polifemo. Madrid.

ALCEDO Y HERRERA, Antonio de

[1786-89] 1967 *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América*. 4 vols. BAE 205-208. Atlas. Madrid.

ALDUNATE, Carlos y Victoria CASTRO

1981 *Las chullpa del río Toconce y su relación con el poblamiento altiplánico en el Loa superior. Período Tardío*. Ediciones Kultrum. Santiago de Chile.

ANÓNIMO

- [1586] 1951 *Vocabulario y praxis en la lengua general de los indios del Perú, llamada Quichua [...]* (A. Ricardo ed.). Universidad Nacional de San Marcos. Lima.

ANÓNIMO

- [1603] 1965 *Descripción de la villa y minas de Potosí*. En *Relaciones geográficas de Indias - Perú*. Vol. 1: 372-385. BAE 183. Atlas. Madrid.

ARDUZ EGUIA, Gastón

- 1986 “Alborotos e incidentes en el mineral de Lízpez”. *Historia y Cultura* 9: 3-27. La Paz.

ARELLANO LÓPEZ, Jorge

- 1984a “Comunicación preliminar sobre asentamientos precerámicos en el sur de Bolivia”. *Estudios Atacameños* 7: 104-115. San Pedro de Atacama.
- 1984b “La cultura Tarija: aporte al conocimiento de los señoríos regionales del sur boliviano”. *Arqueología Boliviana* 1: 73-78. La Paz.
- 1987 “Primeras evidencias sobre el paleoindio en Bolivia”. *Estudios Atacameños* 8: 186-197. San Pedro de Atacama.
- 1998 “Provincias prehispánicas cerámicas en relación al medio geográfico y al uso de antiplástico en las tierras altas de Bolivia”. *Textos Antropológicos* 9: 47-68. La Paz.
- 2000 *Arqueología de Lipes. Altiplano Sur de Bolivia*. Pontificia Universidad Católica de Ecuador - Museo Jacinto Jijón y Caamaño - Taraxacum. Quito.

ARELLANO LÓPEZ, Jorge y Eduardo E. BERBERIÁN

- 1981 “Mallku: el señorío post-Tiwanaku del Altiplano Sur de Bolivia (Provincias Nor y Sur Lízpez - Dpto. de Potosí)”. *Bulletin del IFEA* X(1-2): 51-84. Lima.

AROMATICO, Andrea

1997 *Alquimia. Un secreto entre la ciencia y la filosofía* [1996]. Ediciones B. Barcelona.

ARZANS DE ORSÚA Y VELA, Bartolomé

[1705-36] 1965 *Historia de la Villa Imperial de Potosí* (L. Hanke y G. Mendoza eds.). 3 volúmenes. Brown University Press. Providence.

ASHFELD, F.

1973 *Geografía de Bolivia*. Amigos del Libro. La Paz.

ASSADOURIAN, Carlos Sempat

1983 *El sistema de la economía colonial. El mercado interior. Regiones y espacio económico*. Nueva Imagen. México.

1987 “Los señores étnicos y los corregidores de indios en la conformación del Estado colonial”. *Anuario de Estudios Americanos* 44: 325-426. Sevilla.

AUGÉ, Marc

1985 “Notes sur les reports entre espace social et systèmes symboliques”. *Annales E.S.C.* 6: 1251-1259. París.

1993 *Los “no lugares”. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad* [1992]. Gedisa. Barcelona.

BAILLY, Antoine S.

1989 “La geografia delle rappresentazioni: spazi percepiti e spazi vissuti”. En *I concetti delle geografia humana* (P. Dagradi ed.): 175-183. Patron Editori. Bolonia.

BAKEWELL, Peter J.

1984 *Minería y sociedad en el México colonial: Zacatecas 1546-1700* [1971]. FCE. México.

1989 *Los mineros de la montaña roja. El trabajo de los indios en Potosí, 1545-1650* [1984]. Alianza Editorial. Madrid.

BARBA, Álvaro Alonso

[1639] 1992 *El arte de los metales [...]*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid. [Ed. facsímil]

BARFIELD, L.

1961 "Recent discoveries in the Atacama Desert and Bolivian Altiplano". *American Antiquity* 27(1): 93-100. Salt Lake City.

BARNADAS, Joseph M.

1973 *Charcas. Orígenes históricos de una sociedad colonial*. Centro de Investigación y Promoción del Campesinado. La Paz.

1989 *Es muy sencillo: llámenle Charcas. Sobre el problema de los antecedentes coloniales de Bolivia y su histórica dominación*. Librería Editorial "Juventud". La Paz.

BARRAGÁN ROMANO, Rossana

1994 *¿Indios de arco y flecha? Entre la historia y la arqueología de las poblaciones del norte de Chuquisaca (siglos XV-XVI)*. Antropólogos del Surandino - InterAmerican Foundation. Sucre.

BARTH, Frederik

1971 "Introducción". En *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferentes culturas* (F. Barth ed.) [1969]: 9-49. FCE. México.

BARTRA, Roger

1996 *El salvaje en el espejo*. Destino. Barcelona.

1997 *El salvaje artificial*. Destino. Barcelona.

BENEDETTI, Alejandro (comp.)

2003 *Puna de Atacama. Sociedad, economía y frontera*. Alción Editora. Córdoba (Argentina).

BENINO, Nicolás del

- [1573] 1965 *Relación muy particular del cerro y minas de Potosí y de su calidad y labores*. En *Relaciones geográficas de Indias – Perú*. Vol. 1: 362-371. BAE 183. Atlas. Madrid.

BERBERIÁN, Eduardo E.

- 1983 “La Etapa Paleoindígena en Bolivia. Estado actual y perspectivas”. *Comechingonia*, 2: 71-84. Córdoba (Argentina).

BERBERIÁN, Eduardo E. y Jorge ARELLANO LÓPEZ

- 1978 *Los cazadores y recolectores tempranos en la región de Lípez. Departamento de Potosí*. Instituto Nacional de Arqueología. Publicación N° 28. La Paz.
- 1980 “Desarrollo cultural prehispánico en el Altiplano Sur de Bolivia (Pcias. Nor y Sud Lípez - Depto. Potosí). Primera aproximación”. *Revista do Museu Paulista* 27: 259-281. São Paulo.

BERBERIÁN, Eduardo E. y Rodolfo A. RAFFINO

- 1991 *Culturas indígenas de los Andes meridionales*. Alhambra-Longman - Quinto Centenario. Madrid.

BERENGUER, José

- 1994 “Asentamientos, caravaneros y tráfico de larga distancia en el Norte de Chile: el caso de Santa Bárbara”. En *Taller “De costa a selva. Producción e intercambio entre los pueblos agroalfareros de los Andes Centro-Sur”* (M. E. Albeck ed.): 17-50. Instituto Interdisciplinario Tilcara – Universidad de Buenos Aires. Tilcara.
- 2004 *Caravanas, interacción y cambio en el desierto de Atacama*. Sirawi Ediciones. Santiago de Chile.

BERENGUER, José, A. DEZA, A. ROMÁN y A. LLAGOSTERA

- 1986 “La secuencia de Myrian Tarragó para San Pedro de Atacama: un test por termoluminiscencia”. *Revista Chilena de Antropología* 5: 17-54. Santiago de Chile.

BERNAND, Carmen y Serge GRUZINSKI

- 1996 *Historia del Nuevo Mundo. Del descubrimiento a la conquista. La experiencia europea, 1492-1550* [1991]. FEC. México.

BERTONIO, Ludovico

- [1612] 1984 *Vocabulario de la lengua aymara*. CERES - IFAE - MUSEF. Cochabamba. [Ed. facsimilar].

BESTARD, Joan y Jesús CONTRERAS

- 1987 *Bárbaros, paganos, salvajes y primitivos. Una introducción a la antropología*. Barcanova. Barcelona.

BETANZOS, Juan de

- [1551] 1987 *Suma y narración de los Incas* (M. C. Martín ed.). Atlas. Madrid.

BLOCH, Marc

- 1978 *La historia rural francesa: caracteres originales* [1931]. Crítica. Barcelona.
1998 *Apología de la historia o El oficio de historiador* [1941-¿1943?] (E. Bloch ed.). FCE - Instituto Nacional de Historia. México.

BOCCARA, Guillaume

- 2001 “Mundos nuevos en las fronteras del Nuevo Mundo”. *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos* 1. <http://nuevomundo.revues.org/document426.html> (puesto en línea 08.02.2005).
2002 “Colonización, resistencia y etnogénesis en las fronteras americanas”. En *Colonización, resistencia y mestizaje en las Américas (siglos XVI-XX)* (G. Boccara ed.): 47-82. Abya-Yala - IFEA. Quito - Lima.

- 2003 “Rethinking the margins/ thinking from the margins: culture, power, and place on the frontiers of the New World”. *Identities: Global Studies in Culture and Power* 10: 59-81. Filadelfia.
- 2008 “Structure, histoire, pouvoir. Penser les frontières américaines”. En *Jeux de mémoires – Enjeux d’identités. Pour une histoire souterraine des Amériques. Mélanges offerts à Nathan Wachtel* (A. Ariel de Vidas coord.): 15-44. L’Harmattan. París.

BOLLNOW, O. F.

- 1969 *Hombre y espacio*. Barcelona.

BOMAN, Eric

- 1992 *Antigüedades de la región andina de la República Argentina y del desierto de Atacama* [1908]. 2 vols. Universidad Nacional de Jujuy. San Salvador de Jujuy.

BOURDIEU, Pierre

- 1996 *Cosas dichas* [1987]. Gedisa. Barcelona.
- 1999 *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción* [1994]. Anagrama. Barcelona.

BOUYSSSE-CASSAGNE, Thérèse

- 1975 “Pertenencia étnica, status y lenguas en Charcas a fines del siglo XVI”. En *TASA...* [1582] 1975: 312-328.
- 1976 “Tributo y etnias en Charcas en la época del Virrey Toledo”. *Historia y Cultura* 2: 97-113. La Paz.
- 1987 *La identidad aymara: aproximación histórica (siglo XV, siglo XVI)*. Hisbol - IFEA. La Paz.
- 1992 “Past and present human populations”. En *Lake Titikaka: a synthesis of limnological knowledge* (C. Dejoux y A. Iltis eds.): 473-494. Kluwer. Dordrecht.
- 1997 “Plumas: signos de identidad, signos de poder entre los incas”. En *Arqueología, antropología e historia en los Andes. Homenaje a María Rostworowski* (R.

Referencias bibliográficas B: fuentes impresas

Varón y J. Flores eds.): 545-565. IEP - Banco Central de Reserva del Perú. Lima.

BROWMAN, David L.

- 1980 "Tiwanaku expansion and altiplano economic patters". *Estudios Arqueológicos* 5: 107-120. Antofagasta.
- 1981 "New light on Andean Tiwanaku". *American Scientist* 69: 408-419. New Haven.
- 1984 "Prehispanic Aymara expansion. The Southern Altiplano and San Pedro de Atacama". *Estudios Atacameños* 7: 236-252. San Pedro de Atacama.
- 1994 "Titicaca Basin archaeolinguistics: Uru, Pukina and Aymara AD 750-1450". *World Archaeology* 26(2): 235-251. Londres.

BURCKHARDT, Titus (Ibrahim I'zz al-Dan)

- 1976 *Alquimia. Significado e imagen del mundo* [1960]. Plaza & Janés. Barcelona.

BURGA, Manuel

- 1988 *El nacimiento de una utopía. Muerte y resurrección de los incas*. Instituto de Apoyo Agrario. Lima.

CAÑETE Y DOMÍNGUEZ, Pedro Vicente

- [1797] 1952 *Historia física y política de la provincia de Potosí* (G. Mendoza ed.). Fundación Universitaria "Simón I. Patiño". La Paz.

CAPOCHE, Luis

- [1585] 1959 *Relación general del asiento y la Villa Imperial de Potosí y de las cosas más importantes a su gobierno [...]* (L. Hanke ed.). BAE 122. Atlas. Madrid.

CARDICH, Augusto

- 1975 "Agricultores y pastores en Lauricocha y límites superiores de cultivo". *Revista del Museo Nacional* XLI: 11-36. Lima.

CASARES, Julio

[1959] *Diccionario ideológico de la lengua española*. Editorial Gustavo Gili. Barcelona. [Varias ediciones].

CASTRO, Cristobal y Diego de ORTEGA MOREJÓN

[1558] 1974 *Relación y declaración del modo que este valle de Chíncha [...]* (J. C. Crespo ed.). *Historia y Cultura* 8: 91-104. Lima.

CASTRO, Victoria, Carlos ALDUNATE y José BERENGUER

1984 “Los orígenes altiplánicos de la Fase Toconce”. *Estudios Atacameños* 7: 209-235. San Pedro de Atacama.

CASTRO, Victoria, José BERENGUER y Carlos ALDUNATE

1979 “Antecedentes de una interacción Altiplano - Área Atacameña durante el período Tardío: Toconce”. En *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile* 2: 477-498. Altos de Vilches.

CASTRO MARTÍNEZ, P. V. y P. GONZÁLEZ MARCÉN

1989 “El concepto de frontera: implicaciones teóricas de la noción de territorio político”. *Arqueología Espacial* 13: 7-18. Teruel.

CEPEDA, *Licenciado* (Juan López de Cepeda)

[1590] 1922 *Carta del Licenciado Cepeda a Su Majestad en contestación a las reales cédulas recibidas y trata muy por extenso de la reducción de los indios chiriguano. La Plata, 10 de febrero de 1590*. En Levillier 1918-22-III: 1-17.

CERPA BUSTAMANTE, Blanca Rosa

2001 *Estrategia de conquista en el estado inca*. Universidad Nacional Agraria La Molina. Lima.

CIEZA DE LEÓN, Pedro

[¿1550-54?] 1985 *El señorío de los incas* (M. Ballesteros ed.). Crónicas de América 5. Historia 16. Madrid.

[1553a] 1984 *La crónica del Perú* (M. Ballesteros ed.). Crónicas de América 4. Historia 16. Madrid.

[1553b] 1985 *Descubrimiento y conquista del Perú* [Tercera parte de *La crónica del Perú*] (C. Sáez de Santa María ed.). Crónicas de América 17. Historia 16. Madrid.

CIPOLLA, Carlo M.

1999 *La odisea de la plata española. Conquistadores, pirata y mercaderes* [1996]. Crítica. Madrid.

CLASTRES, Pierre

1974 *La société contre l'État: recherches d'anthropologie politique*. Éditions de Minuit. París.

2001 "Arqueología de la violencia: la guerra en las sociedades primitivas" [1977]. En *Investigaciones en antropología política* [1980]: 181-216. Gedisa. Barcelona.

COBO, Bernabé

[1652] 1964 *Historia del Nuevo Mundo*. En *Obras completas del P. Bernabé Cobo* (F. Mateos ed.) [1956]. Vol. I + vol. II: 1-275. BAE 91-92. Atlas. Madrid.

COHEN, E.

1976 "Environmental orientations: a multidimensional approach to social ecology". *Current Anthropology* 17(1): 49-70. Chicago.

COOK, Noble David

1975 "Introducción". En *TASA...* [1582] 1975: ix-xliii.

COLAJANNI, Antonio

- 2004 “El virrey Francisco de Toledo como ‘primer antropólogo aplicado’ de la Edad Moderna. Conocimiento social y planes de transformación del mundo indígena peruano en la segunda mitad del siglo XVI”. En *El silencio protagonista. El primer siglo jesuita en el virreinato del Perú. 1567-1667* (L Laurencich y P. Numhauser eds.): 51-93. Abya-Yala. Quito.

COROMINAS, Joan y José A. PASCUAL

- [1954] *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. Gredos. Madrid. [Varias ediciones].

COURTY, George

- 1907 *Exploration géologique dans l'Amérique du Sud*. Imprinta Nacional. París.
1910 “La question du préhistorique américain”. *Bulletin et Memoirs de la Societé d'Anthropologie de Paris* VI Serie, I(1): 189-190. París. [Reproducido en *Kollasuyu. Revista de Estudios Bolivianos* 71: 125-126. La Paz, 1970].

COVARRUBIAS OROZCO, Sebastián de

- [1610] *Tesoro de la lengua castellana o española*. Turner. Madrid. [Varias ediciones].

CRESPO RODAS, Alberto

- 1955 *La ‘mita’ de Potosí*. Universidad Tomás Frías. Potosí.

CUNILL GRAU, Pedro

- 1999 “Geohistoria”. En *Para una historia de América I. Las estructuras* (M. Carmagnani, A. Hernández y R. Romano eds.): 13-159. FCE - CM. México.

DANIELS, S. y D. COSGROVE

- 1988 “Introduction: iconography and landscape”. En *The iconography of landscape. Essays on the symbolic representations, designs and use of past environments* S. Daniels y D. Cosgrove eds.): 1-10. Cambridge University Press. Cambridge.

DAUELSBERG, Percy

1984 “Taltape: definición de un tipo cerámico”. *Chungará* 12: 19-40. Arica.

DÍAZ LOPIDANA, Juan

[1594] 1978 Ordenanzas de..., oidor de la Real Audiencia de Charcas, visitador de las minas e ingenios del asiento de Porco, “*para el repartimiento y gobierno de este asiento*”. Potosí, 27 de mayo de 1594. En Zavala 1978: 193-195.

DOLLFUS, Olivier

1981 *El reto del espacio andino*. IEP. Lima.

1991 *Territorios andinos: reto y memoria*. IFEA - IEP. Lima.

DUVIOLS, Pierre

1973 “Huari y Llacuaz, agricultores y pastores. Un dualismo prehispánico de oposición y complementariedad”. *Revista del Museo Nacional* XXXIX: 153-191. Lima.

1980 “Periodización y política: la historia prehispánica del Perú según Guamán Poma de Ayala”. *Bulletin del Institut Francaise d’Etudes Andines* IX(34): 1-18. Lima.

ELLIOTT, John H.

1995 *El Viejo Mundo y el Nuevo (1492-1650)* [1970]. Alianza. Madrid.

ESCOBARI DE QUEREJAZU, Laura

1985 *Producción y comercio en el espacio sur andino en el siglo XVII. Cuzco-Potosí. 1650-1700*. Embajada de España en Bolivia. La Paz.

1992 “Migración multiétnica y mano de obra calificada en Potosí”. En *Etnicidad, economía y simbolismo en los Andes* (S. Arze, R. Barragán, L. Escobari y X. Medinacelli comps.): 67-83. Hisbol – IFEA – SBH – ASUR. La Paz.

ESPINOZA SORIANO, Waldemar

- 1980 “Los fundamentos lingüísticos de la etnohistoria andina y comentarios en torno al anónimo de Charcas”. *Revista Española de Antropología Americana*, 10: 149-181. Madrid.

ESQUILACHE, *Príncipe de* (Felipe de Borja y Aragón)

- [1621] 1979 *Relación que hizo... el Príncipe de Esquilache al Marqués de Guadalcázar, su sucesor en el virreinato del Perú*. En Zavala 1979: 71-76.

ESTEVE BARBA, Francisco

- 1992 *Historiografía indiana* [1964]. Gredos. Madrid. [2ª ed. revisada y aumentada].

FABIAN, Johanes

- 1983 *Time and the other. How anthropology makes its object*. Columbia University Press. Nueva York.
- 1991 *Time and the work of anthropology. Critical essays 1971-1991*. Harwood Academic Press. Philadelphia.

FALCÓN, Francisco

- [1567] 1918 *Representación hecha por [...] sobre los daños y molestias que se hacen a los indios*. En *Libros y documentos referentes a la historia del Perú*, Serie I, Tomo 11. Lima.

FERNÁNDEZ, Jorge

- 1978 “Los chichas, los lipes y un posible enclave de la cultura San Pedro de Atacama en la zona limítrofe argentino-chilena”, *Estudios atacameños* 6: 19-35. San Pedro de Atacama.

FINAZZI-AGRÒ, Ettore

- 1996 “En los umbrales de la dialéctica colonial. El indio como frontera en el siglo XVI”. En *Fronteras, etnias y culturas. América Latina, siglos XVI-XX* (C. Vangelista comp.): 93-110. Abya-Yala. Quito.

FLORES GALINDO, Alberto

- 1987 *Buscando un inca. Identidad y utopía en los Andes*. Instituto de Apoyo Agrario. Lima.

FLORES OCHOA, Jorge A.

- 1973 “El reino lupaca y el actual control vertical de la ecología”. *Historia y Cultura* 6: 195-201. Lima.

FUENTE SANCT ANGEL, Rodrigo de la y Gerónimo HERNÁNDEZ

- [1572] 1965 *Relación del cerro de Potosí y su descubrimiento*. En *Relaciones geográficas de Indias – Perú*. Vol. 1: 357-361. BAE 183. Atlas. Madrid.

GARCÍA-GALLO, Alfonso

- 1987a “Territorio y término en el ámbito local castellano e indiano. Notas sobre su naturaleza” [1983]. En *Los orígenes españoles de las instituciones americanas. Estudios de derecho indiano: 1025-1044*. Real Academia de Jurisprudencia y Legislación. Madrid.
- 1987b “La evolución de la organización territorial de la Indias de 1492 a 1824” [1980]. En *Los orígenes españoles de las instituciones americanas. Estudios de derecho indiano: 811-888*. Real Academia de Jurisprudencia y Legislación. Madrid.

GARCÍA GARCÍA, José Luis

- 1983 “Modelo para el estudio antropológico del territorio humano”. En *Actas del II Congreso Iberoamericano de Antropología: 243-253*. Cabildo Insular de Gran Canaria - ICEF. Las Palmas.

GARCILASO DE LA VEGA, Inca (*vid* VEGA, Garcilaso de la)

GEERTZ, Clifford

- 1997 “Ethos, cosmovisión y el análisis de los símbolos sagrados” [1957]. En *La interpretación de las culturas: 118-130*. Gedisa. Barcelona.

GENTILE, Margarita E.

1988 “Evidencias e hipótesis sobre los atacamas en la Puna de Jujuy y Quebrada de Humahuaca”. *Journal de la Société des Américanistes* 74: 87-103. París.

1991-92 “La conquista incaica de la Puna de Jujuy. Notas a la crónica de Juan de Betanzos”. *Xama* 4-5: 91-106. Mendoza.

GIL GARCÍA, Francisco M.

2001a “Secuencia y consecuencia del fenómeno chullpario. En torno al proceso de semantización de las torres chullpa”. *Anales del Museo de América* 9: 165-199. Madrid.

2001b “Ideología, poder, territorio. Por un análisis del fenómeno chullpario desde la Arqueología de la Percepción”. *Revista Española de Antropología Americana* 31: 59-96. Madrid.

2002a “Acontecimientos y regularidades chullparias: más allá de las tipologías. Reflexiones en torno a la construcción de un paisaje chullpario”. *Revista Española de Antropología Americana* 32: 207-241. Madrid.

2002b “Donde los muertos no mueren. Culto a los antepasados y reproducción social en el mundo andino. (Una discusión orientada al manejo del Tiempo y el Espacio)”. *Anales del Museo de América* 10: 59-83. Madrid.

2003a “Tres cárceles para los chullpas. Persona, tiempo y espacio de ‘los antiguos’ en el pensamiento andino”. Ponencia presentada en el Seminario *Mestizaje y poder en las Américas* (G. Boccara coord.) (Casa de Velázquez, Madrid, 12-13 de diciembre de 2003). Ms.

2003b “Manejos espaciales, construcción de paisajes y legitimación territorial: en torno al concepto de monumento”. *Complutum* 14: 19-38. Madrid.

2004 “Arqueología y pensamiento local en Lípez (Dpto. Potosí, Bolivia). ‘Historias de ruinas’ y gestión integral del patrimonio cultural en la modernidad”. *Espacio y Desarrollo* 16: 101-135. Lima.

2005a “Batallas del pasado en tiempo presente: ‘guerra antigua’, civilización y pensamiento local en Lípez (Dpto. Potosí, Bolivia)”. *Bulletin del IFEA* 34(1): 1-24. Lima.

- 2005b “Los Lipes y la mita de Potosí: considerando la situación de un grupo étnico surandino dentro del entramado colonial”. En *Estudios sobre América, siglos XVI-XX. La Asociación Española de Americanistas en su vigésimo aniversario* (A. Gutiérrez y M^a L. Laviana coords.): 691-712. Asociación Española de Americanistas. Sevilla. [Edición en Libro-CD]
- 2006a “Cuando vengan los turistas... Ruinas arqueológicas, turismo y expectativas locales de futuro en Nor Lipez (Dpto. Potosí, Bolivia)”. *Textos Antropológicos* 15(2): 197-228. La Paz.
- 2006b “La parte por el todo, ya nunca más y así siempre. Memoria, ética e identidad en una comunidad de Nor Lipez (Potosí, Bolivia), o de cómo un sacrificio obstruye el resurgir económico”. *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*, 6.
<http://nuevomundo.revues.org/document1931.html> (puesto en línea 16.03.2006).
- 2007a “Las ruinas, la iglesia, la mina. Identidad local y construcción del discurso histórico de una comunidad del Altiplano de Lipez (Dpto. Potosí, Bolivia)”. En *Actas del XI Congreso Internacional de la Sociedad Española de Americanistas (Murcia, 7-10 de septiembre de 2004)*: 663-676. Sociedad Española de Americanistas – Universidad de Murcia. Murcia.
- 2007b “Expropiando el pasado para la construcción del presente. Discurso histórico e identidad en una comunidad del Altiplano de Lipez (Dpto. Potosí, Bolivia)”. *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*, 7.
<http://nuevomundo.revues.org/document3662.html> (puesto en línea 09.03.2007).
- 2008 “A la sombra de los mallkus. Tradición oral, ritualidad y ordenamiento del paisaje en una comunidad de Nor Lipez (Potosí, Bolivia)”. *Revista Española de Antropología Americana* 38(1): 217-238. Madrid.
- [en prensa] “Cuando los ideales de progreso se impusieron al miedo. Modernidad, arqueología, turismo y transformaciones del pensamiento local en torno a las ruinas (Nor Lipez, Potosí, Bolivia)”. En *Espacios del miedo y etnografía de lo fantástico en las fronteras amerindias de la globalización* (F. M. Gil García comp.). Abya-Yala, Quito.

GISBERT, Teresa

- 1987 “Las migraciones aymaras y los cronistas”. *Historia y Cultura* 12: 1-10. La Paz.

GISBERT, Teresa y José de MESA

1997 *Arquitectura andina*. La Paz.

GIUDICELLI, Christophe

2005 “Pacificación y construcción discursiva de la frontera. El poder instituyente de la guerra en los confines del Imperio (siglos XVI-XVII)”. En *Máscaras, tretas y rodeos del discurso colonial en los Andes* (B. Lavallé ed.): 157-176. IFEA - Pontificia Universidad Católica del Perú - Instituto Riva Agüero. Lima.

GLAVE, Luis Miguel

1990 “La sociedad campesina andina a mediados del siglo XVII: estructura social y tendencias de cambio”. *Historia y Cultura* 20: 81-133. Lima.

1991 “La hoja de coca y el mercado interno colonial: la producción de los trajines”. En *Visita a los valles de Sonqo en los yunka de coca de La Paz [1568-1570]* (J. V., Murra ed.): 583-608. Instituto de Cooperación Iberoamericana - Instituto de Estudios Fiscales. Madrid

2000 “El nacimiento de las ciudades andinas”. En *Historia de América Andina* (E. Ayala coord.), Vol. 2, *Formación y apogeo del sistema colonial* (M. Burga ed.): 221-256. Universidad Andina Simón Bolívar. Quito.

GONZÁLEZ, René

1989 *Geografía física y humana de Bolivia*. Tupac Katari. Sucre.

GONZÁLEZ CASANOVAS, Ignacio

2000 *Las dudas de la Corona. Políticas de repartimientos para la minería de Potosí (1680-1732)*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid.

GONZÁLEZ HOLGUÍN, Diego

[1608] 1989 *Vocabulario de la lengua general de todo el Perú llamada lengua qquichua o del inca*. Universidad Nacional de San Marcos. Lima. [Ed. facsímil de la de 1952].

GRAVE TIRADO, Luis Alfonso

2000-01 “La región, ese multivalente fragmento. Un intento de definición”.
Boletín de Antropología Americana 37: 119-129. México.

GRINBERG, Leon y Rebeca GRINBERG

1993 *Identidad y cambio* [1971]. Paidós. Barcelona.

GUILAINE, Jean y Jean ZAMMIT

2002 *El camino de la guerra. La violencia en la prehistoria* [2001]. Ariel. Barcelona.

GUMUCIO, Mariano Baptista

1988 “Potosí. Patrimonio cultural de la humanidad”. En *Potosí. Patrimonio cultural de la humanidad* (VV.AA.): 9-132. Compañía Minera del Sur. Potosí.

HAAS, Jonathan (ed.)

1996 *The anthropology of war*. Cambridge University Press. Cambridge.

HAGGETT, Peter

1976 *Análisis locacional en geografía humana* [1965]. Guastvo Gili. Barcelona.

HALBWACHS, Maurice

1971 *La topographie légendaire des évangiles en Terre Sainte*. Presses Universitaires de France. París.

HALL, Edward T.

1973 *La dimensión oculta. Enfoque antropológico del uso del espacio* [1966]. Instituto de Estudios de Administración Local. Madrid.

HAMILTON, Earl Jefferson

1983 *El tesoro americano y la revolución de los precios en España, 1501-1650* [1934]. Crítica. Barcelona.

HARDMAN, Marta J.

- 1985 "Aymara and Quechua: languages in contact". En *South American indian languages* (H. Manelis Klein y L. Stark eds.): 617-643. University of Texas Press. Austin.

HARRIS, Olivia

- 1978 "Kinship and the vertical economy". *Actas del IL Congreso Internacional de Americanistas IV*: 165-177. París.
- 1997 "Los límites como problema: mapas etnohistóricos de los Andes bolivianos". En *Saberes y memorias en los Andes* (T. Bouysse-Cassagne ed.): 351-373. IHEAL - IFEA. París - Lima.

HARRIS, Olivia y Thérèse BOUYSSSE-CASSAGNE

- 1988 "Pacha: en torno al pensamiento aymara". En X. Albó (comp.): *Raíces de América. El mundo Aymara*: 217-275. Madrid: Alianza Editorial - Sociedad Quinto Centenario - Unesco.

HARRIS, O., B. LARSON y E. TANDETER (eds.)

- 1987 *La participación indígena en los mercados surandinos. Estrategias y reproducción social. Siglos XVI a XX*. CERES. La Paz.

HERNANDO GONZALO, Almudena

- 1997 "Sobre la prehistoria y sus habitantes: mitos, metáforas y miedos". *Complutum* 8: 247-260. Madrid.
- 1999a "Percepción de la realidad y prehistoria. Relación entre la construcción de la identidad y la complejidad socio-económica en los grupos humanos". *Trabajos de Prehistoria* 56(2): 19-35. Madrid.
- 1999b "El espacio no es necesariamente un lugar: en torno al concepto de espacio y a sus implicaciones en el estudio de la Prehistoria". *Arqueología Espacial* 21: 7-27. Teruel.

Referencias bibliográficas B: fuentes impresas

- 2001 “Sociedades del pasado y prehistoria del presente. El caso del calcolítico en la Península Ibérica”. *Complutum* 12: 217-236. Madrid.
- 2002 *Arqueología de la identidad*. Akal. Madrid.

HIDALGO, Jorge

- 1978 “Incidencia de los patrones de poblamiento en el cálculo de la población del partido de Atacama desde 1752 a 1804. Las revisitas inéditas de 1787, 1792 y 1804”, *Estudios Atacameños* 6: 53-111. San Pedro de Atacama.
- 1982 “Culturas y etnias protohistóricas: área andina meridional”. *Chungará* 8: 209-253. Arica. [Con diferente título pero idéntico texto, en *Historia de América Latina* (L. Bethell ed.), I: 76-98. Crítica - Cambridge University Press. Barcelona - Cambridge, 1990 (1984)].
- 1984 “Complementariedad ecológica y tributo en Atacama, 1683-1792”, *Estudios Atacameños* 7: 422-442. San Pedro de Atacama.

HILL, Jonathan D.

- 1996 “Introduction. Ethnogenesis in the Americas, 1492-1992”. En *History, power, and identity. Ethnogenesis in the Americas, 1492-1992* (J. D. Hill ed.): 1-19. University of Iowa Press. Iowa City.

HINOJOSA, Pedro de

- [s/f]a *Memoria de los repartimientos que hai en los terminos de la Villa de [[La]] Plata que tienen dueños i están vacos*. En Loredó 1940: 52-59.
- [s/f]b *Memoria de los repartimientos que hai en la provincia de los Charcas que estan en cabeza de vecinos i vacos*. En Loredó 1940: 59-62.

HOBBSBAWN, Eric J.

- 1984 “Inventing traditions”. En *The invention of tradition* (E. J. Hobsbawn y T. Ranger eds.): 1-14. Cambridge University Press. Cambridge.

HYSLOP, John

- 1977a “Chullpas of the Lupaca zone of the Peruvian high plateau”. *Journal of Field Archaeology* 4: 149-170. Boston.
- 1977b “Hilltop cities in Peru”. *Archaeology* 30(4): 218-225. Nueva York.
- 1984 *The Inka road system*. Academic Press. Nueva York.

IBARRA GRASSO, Dick E.

- 1960 *Prehistoria del departamento de Potosí*. Universidad Tomás Frías. Potosí.
- 1964 *Lenguas indígenas de Bolivia*. Universidad Mayor de San Simón - Museo Arqueológico. Cochabamba.
- 1965 *Prehistoria de Bolivia*. Los Amigos del Libro. La Paz - Cochabamba.
- 1973 *Prehistoria de Bolivia*. Los Amigos del Libro. La Paz. [2ª ed. revisada y aumentada].

IBARRA GRASSO, D. E. y R. QUEREJAZU LEWIS

- 1986 *30.000 años de prehistoria en Bolivia*. Los Amigos del Libro. Cochabamba.

INGOLD, Tim

- 1986 *The appropriation of nature*. Manchester University Press. Manchester.
- 1992 “Culture and the perception of environment”. En *Bush base: forest farm, culture, environment and development* (E. Croll y D. Parkin eds.): 39-56. Routledge. Londres.
- 1993 “The temporality of landscape”. *World Archaeology* 25(2): 152-174. Londres.

ISELL, William H.

- 1997 *Mummies and mortuary monuments. A postprocesual prehistory of Central Andean social organization*. University of Texas Press. Austin.

JUAN, Jorge y Antonio de ULLOA

- [1747] 1991 *Noticias secretas de América* (L. J. Ramos ed.). Crónicas de América 63. Historia 16. Madrid.

- [1748] 1990 *[Relación histórica del] Viaje a la América meridional* (A. Saumell ed.). Crónicas de América 59. 2 vols. Historia 16. Madrid.

JULIEN, Catherine J.

- 1987 "The Uru tribute category; ethnic boundaries and empire in the Andes". *Proceedings of the American Philosophical Society* 131(1): 53-91. Philadelphia.

KEELEY, Lawrence H.

- 1996 *War before civilization*. Oxford University Press. Oxford - Nueva York.

KOLATA, Alan

- 1993 *The Tiwanaku. Portrait of an Andean civilization*. Blackwell. Cambridge (Mass.).
- 1996 (Ed.) *Tiwanaku and his hinterland: archaeology and paleoecology of an Andean civilization*. 2 vols. Smithsonian Institution. Washington - Londres.

KRAPOVICKAS, Pedro

- 1975 "Algunos tipos cerámicos de Yavi Chico". En *Actas y trabajos del I Congreso de Arqueología Argentina*: 293-300. Buenos Aires.
- 1977 "Arqueología de Cerro Colorado (Departamento de Yavi, provincia de Jujuy, República Argentina)". En *Obra del Centenario del Museo de La Plata*, vol. II, *Antropología*: 123-148. Museo de La Plata. La Plata.
- 1978 "Los indios de la puna en el siglo XVI". *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología N. S. XII*: 71-93. Buenos Aires.
- 1979 "El tránsito entre la puna argentina y los valles orientales". *América Indígena* 34: 681-695. México.
- 1983 "Las poblaciones indígenas históricas del sector oriental de la Puna (un intento de correlación entre la información arqueológica y la etnográfica). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología N. S. XV*: 7-24. Buenos Aires.
- 1994 "Algunas observaciones respecto a los vínculos entre el Noroeste de la Puna de la Argentina y las regiones colindantes. Síntesis". En *Actas del Taller "De costa a selva. Producción e intercambio entre los pueblos agroalfareros de los Andes*

Centro-Sur” (M. E. Albeck ed.): 7-15. Instituto Interdisciplinario Tilcara - Universidad de Buenos Aires. Tilcara.

KUNZAR, Lawrence A.

1995 *Awatimarka. The ethnoarchaeology of an Andean herding community*. Hardcourt Brace College Publishers. Orlando.

LÁZARO ÁVILA, Carlos

1997 *Las fronteras de América y los “Flandes indianos”*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid.

LE PAIGE, Gustave

1964 “Precerámico en la cordillera de Atacama y los cementerios del Período Agroalfarero de San Pedro de Atacama”. *Anales de la Universidad del Norte* 3: 30-34. Antofagasta.

LECOQ, Patrice

1985 “Ethnoarchéologie du Salar d’Uyuni. Sel et cultures régionales Intersalar”. *Bulletin del IFEA* 14(1-2): 57-84. Lima.

1987 “Caravanas de lamas, sel et échanges dans une communauté de Potosí, en Bolivia”, *Bulletin del IFEA* 16(3-4): 1-38. París.

1997a “Patrón de asentamiento, estilos cerámicos y grupos étnicos: el ejemplo de la región intersalar en Bolivia”. En *Saberes y memorias en los Andes* (T. Bouysse-Cassagne ed.): 59-89. IHEAL - IFEA. París - Lima.

1997b “Algunos apuntes sobre las caravanas de camélidos en el desarrollo de la ciudad de Potosí (Comienzos del período colonial)”, *Yachay. Revista de cultura, filosofía y teología* 14(16): 175-206. Cochabamba.

1999 *Uyuni Préhispanique. Archaéologie de la Cordillère Intersalar (Sud-Ouest Bolivien)* [1991]. British Archaeological Reports, International Series 798. Archaeopress. Oxford.

LEÓN, Antonio de

- [1623] 1918 *Memorial del Licenciado..., Procurador General de las provincias del Río de la Plata al Rey a favor de la Villa imperial de Potosí, de la ciudad de la Serena, en el Reino de Chile, del Monasterio de Monjas de Santa Catalina de Sena de la ciudad de Córdoba de Tucumán, y de la ciudad de la Trinidad, Puerto de Santa María de Buenos Aires para que entren por aquel puerto esclavos de Guinea*. En Levillier 1918-II: 216-236.

LEVILLIER, Roberto (ed.)

- 1918 *Correspondencia de la Ciudad de Buenos Aires con los reyes de España. Documentos del Archivo de Indias*. Colección Publicaciones históricas de la Biblioteca del Congreso Argentino. [s.n.]. Madrid.
- 1918-22 *Audiencia de Charcas. Correspondencia de presidentes y oidores. Documentos del Archivo de Indias*. 3 volúmenes. Imprenta de Juan Pueyo. Madrid.
- 1924 *Gobernantes de Perú. Cartas y papeles, siglo XVI. Documentos del Archivo de Indias*. Tomo VI, *El virrey Francisco de Toledo*. Imprenta de Juan Pueyo. Madrid.
- 1929 *Gobernantes de Perú. Cartas y papeles, siglo XVI. Documentos del Archivo de Indias*. Tomo III, *Ordenanzas de Don Francisco de Toledo, Virrey del Perú*. Imprenta de Juan Pueyo. Madrid.

LIRA, Jorge A.

- 1944 *Diccionario kkechuwa-español*. Universidad de Tucumán. Tucumán.

LLAGOSTERA, Agustín

- 1996 "San Pedro de Atacama: nodo de complementariedad reticular". En Albó *et al.* (eds.) 1996: 17-42.

Referencias bibliográficas B: fuentes impresas

LLANOS, García de

- [1603] 1983 *Diccionario y maneras de hablar que se usan en las minas y sus labores en los ingenios y beneficios de los metales* (G. Mendoza y T. Saignes eds.). Serie “Fuentes Primarias” 1. MUSEF. La Paz.

LOCKHART, James

- 1968 *Spanish Peru, 1532-1560*. University of Wisconsin Press. Madison. [Trad. esp. *El mundo hispano-peruano, 1532-1560*. F.C.E. México, 1982].
- 1972 *The men of Cajamarca: a social and biographical study of the first conquerors of Peru*. University of Texas Press. Austin. [Trad. esp. *Los de Cajamarca: un estudio social y biográfico de los primeros conquistadores del Perú*. Milla Batres. Lima, 1986].

LOHMANN VILLENA, Guillermo

- 1957 *El corregidor de indios en el Perú bajo los Austrias*. Ediciones de Cultura Hispánica. Madrid.

LÓPEZ BELTRÁN, Clara

- 1988 *Estructura económica de una sociedad colonial. Charcas en el siglo XVII*. CERES. La Paz.
- 1991 “Mineros y campesinos en el siglo XVII en las minas de Potosí”. *Historia y Cultura* 19: 37-68. La Paz.

LORANDI, Ana M^a

- 1983 “Mitayos y mitmaqunas en el Tawantinsuyu meridional”. *Histórica* VII(1): 3-50. Lima.
- 2002 *Ni ley, ni rey, ni hombre virtuoso. Guerra y sociedad en el virreinato del Perú. Siglos XVI y XVII*. Universidad de Buenos Aires - Gedisa. Barcelona.

LOREDO, Rafael

- 1940 “Relaciones de repartimientos que existían en el Perú al finalizar la rebelión de Gonzalo Pizarro”. *Revista de la Universidad Católica del Perú* VIII(1): 51-62. Lima. (vid HINOJOSA, Pedro de).

LOZANO MACHUCA, Juan

- [1581] 1965 *Carta del factor de Potosí... al virrey del Perú, en donde se describe la provincia de los Lipes*. En *Relaciones Geográficas de Indias - Perú*. Vol. II, apéndice III, pp. 59-63. BAE 185. Atlas. Madrid.

LUMBRERAS, Luis Guillermo

- 1974 “Los reinos post-Tiwanaku en el área altiplánica”. *Revista del Museo Nacional* 40: 55-85. Lima.
- 1999 “Tribus y estados en los Andes: siglos XII-XVI”. En *Historia de América Andina* (L. G. Lumbreras ed.), Vol 1., *Las sociedades aborígenes*: cap. VIII, pp. 331-434. Universidad Andina Simón Bolívar - Libresa. Quito.

LUMBRERAS, L. G. y H. AMAT

- 1968 “Secuencia arqueológica del altiplano occidental del lago Titicaca”. En *Actas y memorias del XXXVII Congreso Internacional de Americanistas* II: 75-106. Buenos Aires.

MADRID LARA, Emilio

- 1999 *Del abrigo de los mallkus al frío del cemento. Negociaciones entre Apex Silver Limited y la comunidad de San Cristóbal de Nor Lípez (Bolivia)*. Centro de Ecología y Pueblos Andinos - Observatorio Latinoamericano de Conflictos Ambientales. Oruro.

MARCHENA FERNÁNDEZ, Juan

- 2000 “Alabanza de corte y menosprecio de aldea. La ciudad y Cerro Rico de Potosí”. En *Potosí. Plata para Europa* (J. Marchena comp.): 15-71. Universidad de Sevilla - Fundación El Monte. Sevilla.

MANRIQUE, Nelson

- 1993 *Vinieron los sarracenos. El universo mental de la conquista de América*. DESCO. Lima.

MARTÍNEZ, José Luis

- 1985 “Información sobre el comercio de pescado entre Cobija y Potosí, hecha por el Corregidor de Atacama, don Juan Segura (19 de julio de 1591)”. *Cuadernos de historia* 5: 161-171. Santiago de Chile.
- 1986 “Los grupos indígenas del altiplano de Lípez en la sub-región del río Salado”. *Chungará* 16-17: 199-201. Arica.
- 1990 “Interetnicidad y complementariedad en el Altiplano meridional: el caso Atacameño”. *Andes, Antropología e Historia* 1(1): 11-30. Salta.
- 1992 “Acerca de las etnicidades en la puna árida en el siglo XVI”. En *Etnicidad, economía y simbolismo en los Andes* (S. Arze, R. Barragán, L. Escobari y X. Medinaceli comps.): 35-65. Hisbol - IFEA - SBH - ASUR. La Paz.
- 1995a “Textos y palabras. Cuatro documentos del siglo XVI”. En *Espacios, etnias, fronteras. Atenuaciones políticas en el sur del Tawantinsuyu. Siglos XV-XVII* (A. M. Presta ed.): 251-284. Antropólogos del Sur Andino (ASUR). Sucre. [Originalmente publicado en *Estudios Atacameños* 10: 133-147. San Pedro de Atacama, 1992].
- 1995b “Entre plumas y colores. Aproximaciones a una mirada cuzqueña de la puna salada”, *Memoria Americana. Cuadernos de Etnohistoria* 4: 33-56. Buenos Aires.
- 1996 “Papeles distantes, palabras quebradas. Las informaciones sobre Lipes en el siglo XVI”. En Albó *et al.* (eds.) 1996: 229-254.
- 1998 *Pueblos del chañar y el algarrobo. Los atacamas en el siglo XVII*. Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos - Facultad de Filosofía y Humanidades - Centro de Investigaciones Diego Barros Arana. Santiago de Chile.

- 2000 “Ayllus e identidades interdigitadas. Las sociedades de la puna salada”. En *Lógica mestiza en América* (G. Boccara y S. Galindo eds.): 85-112. Instituto de Estudios Indígenas. Temuco.
- 2003 *Pratiques discursives coloniales d'identité. Les cas des Lipes au XVI^e siècle*. Tesis presentada en la École des Hautes Études en Sciences Sociales para la obtención de título de Doctor en Historia de las Civilizaciones. 2 vols. París. Ms.

MATIENZO, Juan de

- [1567] 1967 *Gobierno del Perú con todas las cosas pertenecientes a él y a su historia* (G. Lohmann ed.). IFEA. París - Lima.

MEMORIA de las provincias

- [1569-72] 1985 Memoria de las provincias conquistadas por Tupac Inca Yupanqui, que acompaña a la Probanza elevada por sus descendientes para el reconocimiento de su ascendencia real y sus derechos sobre las tierras conquistadas por su antepasado. Paleografía del texto en Rowe 1985: 221-245. Confrontación y verificación del texto en Rowe 1985: 207-216.

MÉNDEZ, Ricardo y Fernando MOLINERO

- 2000 *Espacios y sociedades. Introducción a la geografía regional del mundo* [1984] Ariel. Barcelona. [6^a ed. revisada y puesta al día]

MESÍA VENEGAS, ALONSO

- [¿1601/1607?] 1979 *Memorial de... para D. Luis de Velasco[II], virrey del Perú, sobre la cédula de S. M. y demás despachos que tratan del servicio personal de los indios, obligación que tiene el virrey a su cumplimiento y lo que de la cédula podrá cumplir o dejar de cumplir con buena conciencia supuesto el estado de aquel reino. Para el señor Don Rodrigo de Aguiar y Acuña del Consejo del Rey Nuestro Señor y su Oidor en el de Indias. Sobre las cédulas del servicio personal de los indios*. En Zavala 1979: 13-17.

MEXÍA DE OVANDO, Pedro

[1621] 1915 *La Ovandina* (M. Serrano ed.). Librería General de Victoriano Suárez. Madrid.

MIGUEL, Raimundo de y el Marqués de Morante

2000 *Nuevo diccionario latino-español etimológico*. Visor. Madrid. [Ed. facsímil a la 11ª ed. corregida y aumentada. Madrid, 1897].

MOLINA IBÁÑEZ, Mercedes

1986 “Paisaje y región: una aproximación conceptual y metodológica”. En *Teoría y práctica de la geografía* (A. García comp.): 63-87. Alhambra. Madrid.

MONTES DE OCA, Ismael

1989 *Geografía y recursos naturales de Bolivia* [1983]. Ministerio de Educación y Cultura. La Paz.

MORALA RODRÍGUEZ, José Ramón

1986 “El nombre propio. ¿Objeto de estudio interdisciplinario?”. *Contextos* IV(8): 49-61. León.

MORALES PADRÓN, Francisco

1990 *Historia del descubrimiento y conquista de América*. Gredos. Madrid. [5ª ed. revisada y aumentada]

MUJICA, Elías

1996 “La integración sur andina durante el período Tiwanaku”. En Albó *et al.* (eds.) 1996: 81-115.

MUÑOZ REYES, Jorge

1991 *Geografía de Bolivia* [1977]. Juventud. La Paz.

MURRA, John V.

- 1964 “Una apreciación etnológica de la Visita”. En Díez de San Miguel, Garci: *Visita hecha a la provincia de Chucuito* [1567] (J. Murra ed.): 419-444. Casa de la Cultura del Perú. Lima.
- 1968 “An aymara kingdom in 1567”. *Ethnohistory* XV(2): 115-151. Lubbock.
- 1972 “El ‘control vertical’ de un máximo de pisos ecológicos de las sociedades andinas”. En Ortiz de Zúñiga, Íñigo: *Visita a la provincia de León de Huánuco* [1562] (J. Murra ed.): 427-476. Universidad Herminio Valdizán. Huanuco.
- 1975 *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. IEP. Lima
- 1980 *La organización económica del estado inca* [1955]. Siglo XXI. México.
- 1988 “El aymara libre de ayer”. En X. Albó *et al.* (eds.): 51-73.
- 1990 “Las sociedades andinas antes de 1532”. En *Historia de América Latina* (L. Bethell ed.) [1984], I: 48-75. Crítica - Cambridge University Press. Barcelona - Cambridge.

MURÚA, Martín de

- [1613] 1987 *Historia general del Perú [del origen y genealogía real de los reyes incas]* (M. Ballesteros ed.). Crónicas de América 35. Historia 16. Madrid.

NIELSEN, Axel E.

- 1996 “Competencia territorial y riqueza pastoril en una comunidad del sur de los Andes centrales (Dpto. Potosí, Rep. de Bolivia)”. *Zooarqueología de Camélidos* 2: 67-90. Buenos Aires.
- 1997a “Aproximaciones arqueológicas y etnohistóricas a la diversidad cultural tardía en el altiplano de Lípez”. En *Contribución arqueológica 5. Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena* I: 95-129. Copiapó.
- 1997b “Primeras evidencias de la presencia inka en el altiplano de Lípez (Potosí, Bolivia)”. En *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*: 280-293. La Plata.
- 1997c “El tráfico caravanero visto desde la jara”. *Estudios Atacameños* 14: 339-392. San Pedro de Atacama.

- 1997-98 “Tráfico de caravanas en el sur de Bolivia: observaciones etnográficas e implicancias arqueológicas”. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 22-23: 139-178. Buenos Aires.
- 1998 “Tendencias de larga duración en la ocupación humana del Altiplano de Lipez (Potosí, Bolivia)”. En *Los desarrollos locales y sus territorios. Arqueología del NOA y sur de Bolivia* (M. B. Cremonte comp.): 65-102. Universidad Nacional de Jujuy. San Salvador de Jujuy.
- 2000 *Andean caravans: an ethnoarchaeology*. Ph. D. Dissertation in Anthropology. University of Arizona, Tucson. Ms.
- 2001a “Evolución del espacio doméstico en el norte de Lipez (Potosí, Bolivia): ca. 900-1700”. *Estudios Atacameños* 21: 41-61.
- 2001b “Ethnoarchaeological perspectives on caravan trade in South-Central Andes”. En *Ethnoarchaeology of Andean South America: contributions to archaeology method and theory* (L. Kuznar ed.): 163-201. University of Michigan Press. Ann Arbor.
- 2001c “Ocupaciones formativas en el Altiplano de Lipez - Potosí, Bolivia”. *Textos Antropológicos* 13(1-2): 265-285. La Paz.
- 2002a “Asentamientos, conflicto y cambio social en el Altiplano de Lipez (Potosí, Bolivia)”. *Revista Española de Antropología Americana* 32: 179-205. Madrid.
- 2002b “La complementariedad entre los pastores del Altiplano de Lipez (Potosí, Bolivia)”. *Mundo de Antes* 3: 137-162. Salta.
- 2003 “Por las rutas del Zenta: evidencias directas de tráfico prehispánico entre Humahuaca y las yungas”. En: *La mitad verde del mundo andino. Investigaciones arqueológicas en la vertiente oriental de los Andes y las tierras bajas de Bolivia y Argentina* (G. Ortiz y B. Ventura eds.): 261-284. Universidad Nacional de Jujuy. San Salvador de Jujuy.
- 2004 “Aproximación a la arqueología de la frontera tripartita Bolivia-Chile-Argentina”. *Chungará* 36 (volumen especial): 861-878. Arica.
- 2006 “Plazas para los antepasados: descentralización y poder corporativo en las transformaciones políticas preincaicas en los Andes circumpuneños”. *Estudios Atacameños* 31: 63-89. San Pedro de Atacama.

NIELSEN, A. E., Julio C. AVALOS y Karina A. MENACHO

1997 “Lejos de la ruta sin un pucara”. *Cuadernos* 9: 203-220. San Salvador de Jujuy.

NIELSEN, A. E. y Eduardo BERBERIÁN

[en prensa] “El señorío Mallku revisitado: aportes al conocimiento de la historia prehispánica tardía de Lípez (Potosí, Bolivia)”. En *Actas del Congreso Nacional de Arqueología de Bolivia (La Paz, 2005)*. La Paz. [Citado a partir del manuscrito, con permiso del primero de los coautores].

NIELSEN, A. E., María M. VÁZQUEZ, Julio C. AVALOS y Carlos I. ANGIORAMA

1999 “Prospecciones arqueológicas en la Reserva ‘Eduardo Avaroa’ (Sud Lípez, Dpto. Potosí, Bolivia)”. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 24: 95-124. Buenos Aires.

NOGUEIRA DE MATOS, O.

1991 “Expansión y conquista”. En *Historia general de América* (G. Morón dir.), Vol. 17 (*Brasil*), cap. III, pp. 147-183. Ediciones de la Presidencia de la República - Quinto Centenario Descubrimiento de América. Caracas.

NORDENSKIÖLD, Erland

1906 “Arkeologiska Undersökningar I: Perus Och Bolivias Gränstraker 1904-1905”, *Svenska Vetenskapakademiens Handlingar* 42(2). Upsala - Estocolmo.

NUMHAUSER, Paulina

2005 *Mujeres indias y señoras de la coca. Potosí y Cuzco en el siglo XVI*. Cátedra. Madrid.

NÚÑEZ ATENCIO, Lautaro

1987 “Tráfico de metales en el área centro-sur andina: hechos y expectativas”. *Cuadernos del Instituto nacional de Antropología* 12: 73-105. Buenos Aires.

Referencias bibliográficas B: fuentes impresas

- 1991 *Cultura y conflicto en los oasis de San Pedro de Atacama*. Editorial Universitaria. Santiago de Chile.
- 1994 “Cruzando la cordillera por el norte. Señoríos, caravanas y alianzas”. En *La cordillera de los Andes: ruta de encuentros* (VV.AA.): 9-21. Museo Chileno de Arte Precolombino - Banco O’Higgins. Santiago de Chile.
- 1996 “Movilidad caravánica en el área centro sur andina: reflexiones y perspectivas”. En X. Albó *et al.* (eds.): 43-61.
- 1999 “Las formaciones históricas del desierto y de los bosques meridionales”. En *Historia de América Andina* (E. Ayala coord.), Vol. 1, *Las sociedades aborígenes* (L. G. Lumbreras ed.): 283-330. Universidad Andina Simón Bolívar - Libresa. Quito.

NÚÑEZ ATENCIO, Lautaro y Tom DILLEHAY

- 1978 *Movilidad giratoria, armonía social, desarrollo en los Andes Meridionales. Patrones de tráfico e interacción económica (ensayo)*. Universidad del Norte. Antofagasta. [Existe una segunda edición de 1995].

NÚÑEZ, Lautaro, P. NÚÑEZ y V. SALTAR

- 1975 “Relaciones prehistóricas transandinas entre el N.O. argentino y Norte chileno (Período Cerámico)”. *Serie Documentos y Trabajos* 6: 1-25. Antofagasta

ODONE CORREA, Carolina

- 1995 “El tejido de las estrategias de distribución y circulación espacial en Tarapacá: una región colonial”. *Memoria Americana. Cuadernos de etnohistoria* 4: 57-80. Buenos Aires.

ORELLANA, José de

- [1754] 1980 *Cuadro que por orden del virrey Conde de Superunda formó el Contador de Retasas don... 22 de junio de 1754*. En Zavala 1980: Apéndice A, pp. 175-178. [Documento original inserto en la *Relación* del virrey José Antonio Manso de Velasco, Conde de Superunda, a Manuel de Amat y Juniet, su sucesor en el virreinato del Perú, 1754, fs. 106-107].

OSSIO, Juan

- 1973 “Guamán Poma: Nueva Coronica y Buen Gobierno o Carta al Rey. Un intento de aproximación a las categorías de pensamiento del mundo andino”. En *Ideología mesiánica del mundo andino* (J. Ossio comp.): 155-207. Ignacio Prado Pastor Editor. Lima.
- 1976-77 “Guamán Poma y la historiografía indianista de los siglos XVI y XVII”. *Historia y Cultura* 10: 181-206. Lima.
- 1977 “Las cinco edades del mundo según Felipe Guamán Poma de Ayala”. *Revista de la Universidad Católica* 2/Diciembre: 43-58. Lima.

PADGEN, Anthony

- 1988 *La caída del hombre natural. El indio americano y los orígenes de la etnología comparativa* [1982]. Alianza Editorial – Quinto Centenario. Madrid.

PALATA, Duque de la (Melchor de Navarra y Rocafull)

- [1687] 1979 *Aranzel de los jornales, que se han de pagar a los indios assí voluntarios, Mingados, Alquilas, y agregados a las Haziendas de Españoles, como Mitayos, y de obligación, en todo género de trabajo*. En Zavala 1979: 178-180 [Reproducción fotográfica del documento en Zavala 1979: 207-213].

PARSONS, T.

- 1968 *The social system* [1964]. Collier MacMillan. Toronto.

PÄRSSINEN, Martti

- 1992 *Tawantinsuyu. The Inca state and its political organization*. Suonen Historiallinen Seura (The Finnish Historical Society). Helsinki. [Trad. esp. *Tawantinsuyu. El estado inca y su organización política*. IFEA - Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima, 2003].

PEASE G. Y., Franklin

- 1973 “Cambios en el reino Lupaqa”. *Historia y Cultura* 7: 89-105. Lima.

Referencias bibliográficas B: fuentes impresas

- 1994 “El pasado andino: ¿historia o escenografía?”. *Cuadernos de investigación* 2: 5-21. Lima.
- 1995 *Las crónicas y los Andes*. FCE. Lima.
- 1997 “Los cronistas y la escritura de la historia incaica”. En *Arqueología, antropología e historia en los Andes. Homenaje a María Rostworowski* (R. Varón y J. Flores eds.): 115-126. IEP - Banco Central de Reserva del Perú-Lima.

PERERA, Miguel Ángel

- 1994 *La mirada perdida. Etnohistoria y antropología americana en el siglo XVI*. Monte Ávila Editores latinoamericana. Caracas.
- 2000 *Oro y hambre. Guyana siglo XVI. Antropología histórica y ecología cultural de un malentendido. 1498-1597*. Universidad Central de Venezuela. Caracas.

PINO MANRIQUE, Juan del

- [1787] 1971 *Descripción de la villa de Potosí, y Partidos sujetos a su Intendencia, etcétera*. En *Colección de obras y documentos relativas a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata* (P. de Angelis ed.), VII: 19-51. Plus Ultra. Buenos Aires. [Adviértase que en la 1ª ed. de esta Colec. (1836) aparece recogido en el vol. II y no en el VII].

PLATT, Tristan

- 1987 “Calendarios tributarios e intervención mercantil. La articulación estacional de los ayllus de Lipez con el mercado minero potosino (siglo XIX)”. En Harris, Larson y Tandeter (eds.) 1987: 471-557.

PLATT, Tristan, Thérèse BOUYSSÉ-CASSAGNE, Olivia HARRIS

- 2006 *Qaraqara-Charka. Mallku, Inka y Rey en la provincia de Charcas (siglos XV-XVII). Historia antropológica de una confederación aymara*. IFEA - Plural Editores - University of St. Andrews - University of London - Inter American Foundation - Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia. La Paz.

POMA DE AYALA, Felipe Guaman

[1615]a 1987 *Nueva crónica y buen gobierno* (J. Murra, R. Adorno y J. L. Urioste eds.). Crónicas de América, 29. 3 vols. Historia 16. Madrid.

[1615]b 2004 *Nueva crónica y buen gobierno*. En *El sitio de Guaman Poma / The Guaman Poma Website*. [Facsímil del manuscrito autógrafo, transcripción anotada, documentos y otros recursos digitales]. Centro Digital de Investigación de la Biblioteca Real de Dinamarca. Copenhague.
<http://www.kb.dk/elib/mss/poma>

[1615]c 1980 *Nueva crónica y buen gobierno* (F. Pease ed.). 2 vols. Biblioteca Ayacucho. Caracas.

PONCE SANGINÉS, Carlos

1957 “La cerámica de Mollo”. *Arqueología Boliviana*: 35-117. La Paz.

1972 *Tiwanaku: espacio, tiempo y cultura. (Ensayo de síntesis arqueológica)*. Academia Nacional de Ciencias de Bolivia. La Paz. (Varias ediciones).

RAFFINO, Rodolfo A., Ricardo J. ALVIS, Daniel E. OLIVERA y Jorge R. PALMA

1986 “La instalación inka en la sección andina meridional de Bolivia y extremo boreal de Argentina”. En *El imperio inka: actualización y perspectivas por registros arqueológicos y etnohistóricos* (R. A. Raffino ed.): 63-131. Comechingonia. Córdoba (Argentina).

RAFFINO, Rodolfo A., Axel E. NIELSEN y Ricardo J. ALVÍS

1991 “El dominio Inka en dos secciones del Kollasuyu: Aullagas y Valle Grande (Altiplano de Bolivia y oriente de Humahuaca)”. En *El imperio inka: actualización y perspectivas por registros arqueológicos y etnohistóricos* (R. A. Raffino ed.), vol. II: 97-150. Comechingonia. Córdoba (Argentina).

RAMOS PÉREZ, Demetrio

1986 “La crisis indiana y la Junta Magna de 1568”, *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas* 23: 1-61. Colonia.

RAPPAPORT, Roy A.

- 1980 “Naturaleza, cultura y antropología ecológica”. En *Hombre, cultura y sociedad* (H. L. Shapiro ed.) [1956]: 216-292. FCE. México.

RÍO, M^a Mercedes del

- 1989 “Estructuración étnica Qharaqhara y su desarticulación colonial”. *Historia y Cultura* 15: 35-73. La Paz.
- 2006 *Etnicidad, territorialidad y colonialismo en los Andes. Tradición y cambio entre los Soras de los siglos XVI y XVII*. IFEA – Instituto de Estudios Bolivianos. Lima.

RÍO, M^a Mercedes del y Ana M^a PRESTA

- 1984 “Un estudio etnohistórico en los corregimientos de Tomina y Yamparaez: casos de multietnicidad”. *Runa* XIV: 221-246. Buenos Aires.

RIVERA CUSICANQUI, Silvia

- 1978 “El mallku y la sociedad colonial en el siglo XVII: el caso de Jesús de Machaca”. *Avances de Investigación* 1: 7-27. La Paz.

ROSALDO, Renato

- 1993 “Cruce de fronteras”. En *Cultura y verdad. Nueva propuesta de análisis social*: 181-198. CNCA - Grijalbo. México.

ROWE, John H.

- 1982 “Inca policies and institutions relating to the cultural unification of the empire”. En *The Inca and Aztec states 1400-1800: anthropology and history* (G. A. Collier, R. I. Rosaldo y J. D. Wirth eds.): 93-119. Academic Press. Nueva York.
- 1985 “Probanza de los incas nietos de conquistadores”. *Histórica* IX(2): 193-245. Lima. (vid *MEMORIA de las provincias*).

RYDEN, Stig

- 1944 *Contributions to the archaeology of the Rio Loa region*. Erlanders Boktryckeri. Göteborg.
- 1947 *Archaeological resarches in the highlands of Bolivia*. Erlanders Boktryckeri. Göteborg.

SAIGNES, Thierry

- 1986 *El poblamiento étnico de los Andes bolivianos (siglos XV y XVI)*. Avances de investigación 3. MUSEF. La Paz.
- 1987a “De la borrachera al retrato: los caciques andinos. Entre dos legitimidades (Charcas)”. *Revista Andina* 5(1): 139-170. Cuzco.
- 1987b “Ayllus, Mercado colonial y coacción colonial: el reto de las migraciones internas en Charcas (siglo XVI)”. En Harris, Larson y Tandeter (eds.) 1987: 111-157.
- 1999 “The colonial condition in Quechua-Aymara heartland”. En *The Cambridge History of Native Peoples of the Americas. III. South America* (F. Salomon y S. B. Schwartz eds.), Vol. 2: 59-137. Cambridge University Press. Cambridge.

SALAZAR-SOLER, Carmen

- 1997 “Álvaro Alonso Barba: Teorías de la Antigüedad, alquimia y creencias prehispánicas en las Ciencias de la Tierra en el Nuevo Mundo”. En *Entre dos mundos. Fronteras culturales y agentes mediadores* (S. Gruzinski y B. Ares coords.): 269-296. Escuela de Estudios Hispano-Americanos. Sevilla.
- 2001 “La alquimia y los sacerdotes mineros en el virreinato del Perú en el siglo XVII”. *Bulletin del IFEA* 30(3): 475-499. Lima
- 2005 “Las rutas planetarias de la alquimia en el Perú (siglo XVII)”. En *Passeurs, mediadores culturales y agentes de la primera globalización en el Mundo Ibérico, siglos XVI-XIX* (S. O’Phelan y C. Salazar-Soler eds.): 497-533. IFEA - Instituto Riva Agüero - Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima.

SALOMON, Frank

- 1985 “The dynamic potential of the complementarity concept”. En *Andean ecology and civilization* (S. Samuda, I. Shimada y C. Morris eds.): 511-531. University of Tokio Press. Tokio.
- 1994 “La textualización de la memoria andina”. *América Indígena* LIV(4): 229-261. México.
- 1999 “Testimonies: the making and reading of native South American historical sources”. En *The Cambridge history of native peoples of Americas. III. South America* (F. Salomon y S. B. Schwartz eds.) 1: 19-95. Cambridge University Press. Cambridge.
- 2002 “Unethnic ethnohistory: on Peruvian peasant historiography and ideas of autochtony”. *Ethnohistory* 49(3): 475-506. Durham.

SÁNCHEZ, Sandra y Gabriel SICA

- 1994 “Entre águilas y halcones. Relaciones y representaciones del poder en los Andes Centro-Sur”. *Estudios Atacameños* 11: 165-177. San Pedro de Atacama.

SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Nicolás

- 1978 *Indios y tributos en el Alto Perú*. IEP. Lima.
- 1982 “Migraciones internas en el Alto Perú. El saldo acumulado en 1645”. *Historia Boliviana* 2(1): 11-19. Cochabamba.
- 1983 “Mita, migraciones y pueblos”. *Historia Boliviana* 3(1): 31-59. Cochabamba.

SANHUEZA, M^a Cecilia

- 1992 “Tráfico caravanero y arriería colonial en el siglo XVI”. *Estudios Atacameños*, 10: 169-182. San Pedro de Atacama.

SANTILLÁN, Hernando de

- 1968 *Relación del origen, descendencia política y gobierno de los incas...* [1563]. En *Crónicas peruanas de interés indígena* (F. Esteve Barba ed.): 97-149. BAE 209. Atlas. Madrid.

SANTO TOMÁS, Domingo de

[1560] 1951 *Lexicón o vocabulario de la lengua general del Perú* (R. Porras Barrenechea ed.). Universidad Nacional de San Marcos. Lima. [Ed. facsimilar].

SCHAPOSCHNIK, Ana E.

1991 “¿Cómo trabajamos con Fuentes de escasos datos? Reflexión metodológica”. *Historia y Cultura* 20: 19-41. La Paz.

SCHIAPPACASSE, Virgilio, Victoria CASTRO y Hans NIEMEYER

1989 “Los desarrollos regionales en el Norte Grande (1000 a 1400 d.C.)”. En *Culturas de Chile. Prehistoria* (J. Hidalgo, V. Schiappacasse y H. Niemeyer eds.): 181-220. Editorial Andrés Bello. Santiago de Chile.

SCHWARTZ, Stuart B. y Frank SALOMON

1999 “New people and new kind of people: adaptation, readjustment, and ethnogenesis in South American indigenous societies. (Colonial Era)”. En *The Cambridge history of native peoples of the Americas. Vol. III - South America* (F. Salomon y S. B. Schwartz eds.). Tomo 2, pp. 443-501. Cambridge University Press. Cambridge.

SERRANO Y SANZ, Manuel

1915 “Vida y escritos de Don Pedro Mexía de Ovando”. En Mexía de Ovando [1621] 1975-I: 7-135.

SINCLAIRE, Carole

1994 “Los sitios de ‘muros y cajas’ del Río Loa y su relación con el tráfico de caravanas”. En *Actas del Taller “De costa a selva. Producción e intercambio entre los pueblos agroalfareros de los Andes Centro-Sur”* (M. E. Albeck ed.): 51-76. Instituto Interdisciplinario Tilcara - Universidad de Buenos Aires. Tilcara.

SOTELO NAVALPOTRO, José Antonio

2001 *Estudiar la región*. Fundación Imperial. Madrid.

SPALDING, Karen

1974 *De indio a campesino. Cambios en la estructura social del Perú colonial*. IEP. Lima.

STANISH, Charles

2002 "Tiwanaku political economy". En *Andean archaeology, I, Variations in sociopolitical organization* (W. H. Isbell y H. Silverman eds.): 169-198. Kluwer Academic - Plenum Publisher. Nueva York.

2003 *Ancient Titicaca. The evolution of complex society in Southern Peru and Northern Bolivia*. University of California Press. Berkeley.

SZEMINSKI, Jan

1997 "Formas de diálogo intercultural". En *Identidades étnicas* (M. Gutiérrez comp.): 119-131. Casa de América. Madrid.

2001 "Cómo el pensamiento de los investigadores modernos les impide entender las imágenes del pasado. (Caso del imperio Inca, siglos II-XVIII)". En *Actas del 50º Congreso Internacional de Americanistas* (A. Dembicz y D. Olojniczak eds.): 163-177. Centro de Estudios para América Latina. Varsovia.

2003 "Tawantin suyupi kawzap runa llaqtap sutinkunamanta. Ñawpaquin phatna: Purum runamanta runachasqamantawan. De los etnónimos en el Tawantin Suyu. Parte I: De los bárbaros y los civilizados". *Anuario del Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia*, N° correspondiente a 2003: 525-555. Sucre.

TANDETER, Enrique

2002 *Coacción y mercado. La minería de la plata en el Potosí colonial, 1692-1826* [1992]. Siglo XXI. Madrid.

TAPIA VARGAS, Alfredo

1992 *Geografía del departamento de Potosí*. El Siglo. La Paz.

TASA de la Visita General del virrey Francisco de Toledo

[1582] 1975 Edición a cargo de N. D. Cook. Universidad Mayor de San Marcos. Lima. [Ed. preparada a partir de la copia conservada en el AGI, Contaduría, N° 1786/ 1582].

TÉLLEZ LUGARO, Eduardo

1986 “El informe del Marqués de Guadalcazar al Rey. Un testimonio colonial acerca de la mita, las encomiendas y los indios atacameños”. *Cuadernos de Historia* 6: 135-141. Santiago de Chile.

TERRADO PABLO, Javier

1999 *Metodología de la investigación en toponimia*. Edición del autor. Zaragoza.

TODOROV, Tzvetan

1999 *La conquista de América. El problema del otro* [1982]. Siglo XXI. México.

TOLEDO, Francisco de

[1573] 1924 *Carta del Virrey Don... dando cuenta a S. M. de cuanto tocaba al gobierno temporal. La Plata, 30 de noviembre de 1573*. En Levillier 1924-VI: 219-262

[1574] 1929 *Ordenanzas del Virrey Don... acerca de los descubridores, registros y estacas de las minas; de las demasías, medidas y amojonamientos, cuadros, labores y reparos, entradas de unas minas en otras, despoblados, socavones, alcalde de minas, determinación de pleitos; desmontes, trabajo y pago de los indios. La Plata, 7 de febrero de 1574*. En Levillier 1929: 143-240.

TOPIC, John R. y Theresa L. TOPIC

1997 “Hacia una comprensión conceptual de la guerra andina”. En *Arqueología, antropología e historia. Homenaje a María Rostworowski* (R. Varón y J. Flores eds.): 567-590. IEP. Lima.

TORERO, Alfredo

- 1970 “Lingüística e historia de la sociedad andina”. *Anales Científicos de la Universidad Nacional Agraria*, 8(3-4): 231-264. Lima.
- 1984 “El comercio lejano y la difusión del Quechua”. *Revista Andina* 4: 367-402. Cuzco.
- 1987 “Lenguas y pueblos altiplánicos en torno al siglo XVI”. *Revista Andina* 5(2): 329-405. Cuzco. [Artículo, comentarios y respuesta del autor].
- 1990 “Procesos lingüísticos e identificación de dioses en los Andes centrales”. *Revista Andina* 15: 237-63. Cuzco.
- 1992 “Acerca de la familia lingüística uruquilla (Uru-Chipaya)”. *Revista Andina* 10(1): 171-191. Cuzco.

TORRES RUBIO, Gonzalo, Juan de FIGUEREDO y ANÓNIMO

- 1754 *Arte, y Vocabulario de la lengua quichua general de los Indios de el Perú. Que compuso el Padre Gonzalo Torres Rubio de la Compañía de Jesús [1619], y añadió el P. Juan de Figueredo de la misma compañía [poco después]. Ahora nuevamente corregido, y aumentado en muchos vocablos, y varias advertencias, notas, y observaciones, para la mejor inteligencia del idioma, y perfecta instrucción de los Parochos y Cathequistas de Indios. Por un religioso de la misma Compañía.* Imprenta de la Plazuela. Lima. [3ª reimpresión, con licencia de los Superiores].

TSCHOPIK, Harry

- 1963 “The aymara”. En *Handbook of South American Indians* (J.H. Steward ed.), Vol. II [1944], pp. 501-574. Cooper Square Publishers. Nueva York. [1ª edición: Smithsonian Institution. Washington].

TSCHOPIK, Marion

- 1946 *Some notes on the archaeology of the Department of Puno, Peru.* Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology 27(3). Harvard University Press. Cambridge.

Referencias bibliográficas B: fuentes impresas

TURNER, Frederick Jackson

1960a “El significado de la frontera en la historia Americana” [1893]. En Turner 1960d: 21-47.

1960b “El problema del Oeste” [1896]. En Turner 1960d: 170-183.

1960c “El Oeste y los ideales americanos” [1914]. En Turner 1960d: 239-257.

1960d *La frontera en la historia* [1920]: 21-47. Ediciones Castilla. Madrid.

URQUIOLA, José Ignacio

1985 *La formación del trabajo asalariado en las manufacturas textiles 1567-1610*. El Colegio de El Bajío. León (México).

VARELA, Consuelo

2000 “El magnetismo de Potosí. La Babilonia americana”. En *Potosí. Plata para Europa* (J. Marchena comp.): 175-187. Universidad de Sevilla - Fundación El Monte. Sevilla.

VÁZQUEZ DE ESPINOSA, Antonio

[1630] 1992 *Compendio y descripción de las Indias Occidentales* (B. Velasco ed.). Crónicas de América 68. 2 vols. Historia 16. Madrid.

VEGA, Garcilaso de la

[1609] 1995 *Comentarios reales de los Incas* (C. Aranibar ed.). 2 vols. FCE. México.

VELLARD, Jehan

1954 *Dieux et parias des Andes. Les Ourous, ceux que ne veulent pas éter des hommes*. Emile-Paul. París.

VIGNALE, J. e IBARRA GRASSO, Dick E.

1944 *Culturas eneolíticas en los alrededores de Potosí*. Talleres Gráficos. Buenos Aires.

VILLARÍAS ROBLES, Juan J. R.

- 1998 “Introducción a Bartolomé Álvarez como etnógrafo”. En Álvarez [1588] 1998: lxi-lxxv.

VILLARÍAS ROBLES, Juan J. R. y M^a del Carmen MARTÍN RUBIO

- 1998 “Sobre el autor”. En Álvarez [1588] 1998: xiii-xxiii.

VIQUEIRA, Carmen

- 1985 “El significado de la legislación sobre mano de obra indígena en los obrajes de paños, 1567-1580”. *Historia Mexicana* 35: 33-58. México.

VITAR, Beatriz

- 1995 “Las fronteras ‘bárbaras’ en los virreinos de Nueva España y Perú. (Las tierras del norte de México y oriente del Tucumán en el siglo XVIII)”. *Revista de Indias* LV(203): 33-66. Madrid.

WACHTEL, Nathan

- 1975 “Pensamiento salvaje y aculturación”. En *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española* [1971]: 242-263. Alianza Editorial. Madrid.
- 1986 “Men of the water: the Uru problem (sixteenth and seventeenth centuries)” [1978]. En *Anthropological history of Andean politics* (J. Murra, N. Wachtel y J. Revel eds.): 283-310. Cambridge University Press. Cambridge. [Reedición del original en francés publicado en *Annales E.C.S.*, 33(5-6): 1126-1159. París, 1978].
- 1997 “Nota sobre el problema de las identidades colectivas en los Andes meridionales”. En *Arqueología, antropología e historia en los Andes. Homenaje a María Rostworowski* (R. Varón y J. Flores eds.): 677-690. IEP - Banco Central de Reserva del Perú. Lima.
- 2001 *El regreso de los antepasados. Los indios Urus de Bolivia, del siglo XX al XVI. Ensayo de historia regresiva* [1990]. FCE - CM. México.

Referencias bibliográficas B: fuentes impresas

WEBER, David J.

- 1998 “Borbones y bárbaros. Centro y periferia en la reformulación de la política de España hacia los indígenas no sometidos”. *Anuario IEHS [Instituto de Estudios Históricos y Sociales]* 13: 147-171. Tandil.
- 2007 *Bárbaros. Los españoles y sus salvajes en la era de la Ilustración* [2005]. Crítica. Barcelona.

ZABURLÍN, M^a Amalia

- 2003 “Movilidad pastoril y calidad de construcciones de los puestos de pastoreo. Aplicación de estudios etnográficos al análisis del registro arqueológico”. *Estudios Sociales del NOA* 6: 125-154. Tilcara.

ZANOLLI, Carlos Eduardo

- 1995a “En busca de los omaguacas”. *Cuadernos* 5: 37-48. San Salvador de Jujuy.
- 1995b “Omaguaca: la tierra y su gente. Presencia chicha hacia el sur de Talina. Siglo XVI”. En *Espacios, etnias, fronteras. Atenuaciones políticas en el sur del Tawantinsuyu. Siglos XV-XVII* (A. M. Presta ed.): 319-344. Antropólogos del Sur Andino. Sucre.

ZAVALA, Silvio

- 1947 *Ordenanzas del trabajo, siglos XVI y XVII*. Elede. México.
- 1978 *El servicio personal de los indios en el Perú (extractos del siglo XVI)*. CM. México.
- 1979 *El servicio personal de los indios en el Perú (extractos del siglo XVII)*. CM. México.
- 1980 *El servicio personal de los indios en el Perú (extractos del siglo XVIII)*. CM. México.

ZORITA, Alonso de

- [1574] 1985 *(Recopilación de) Leyes y Ordenanzas Reales de las Indias del Mar Océano* (paleografía y estudio crítico). M. A. Porrúa. México.

Referencias bibliográficas B: fuentes impresas

ZUIDEMA, Reiner Tom

- 1982 “Myth and history in ancient Peru”. En *The logic of culture* (I. Rossi ed.): 150-175. J. F. Bergin. South Hadley (Mass.).

ZULAWSKI, Ann

- 1987 “Forasteros y yanaconas: la mano de obra en un centro minero del siglo XVII”. En Harris, Larson y Tandeter (eds.) 1987: 471-557.

Universidad Complutense de Madrid
Facultad de Geografía e Historia
Dpto. de Historia de América II (Antropología de América)

TESIS DOCTORAL
APÉNDICE DOCUMENTAL

Lipes en los siglos XIV-XVII.
Construcción de una región geohistórica identitaria en
el altiplano surandino y clasificaciones coloniales.

Francisco M. Gil García

Director: Dr. Luis J. Ramos Gómez

Madrid – 2008

Lipes en los siglos XIV-XVII.
Construcción de una región geohistórica identitaria en
el altiplano surandino y clasificaciones coloniales.

Apéndice documental

Tesis realizada bajo la dirección del Dr. Luis J. Ramos Gómez en el Dpto. de
Historia de América II (Antropología de América) de la Universidad
Complutense de Madrid, que para la obtención del Grado de Doctor
presenta D. Francisco M. Gil García

Se compone este *Apéndice documental* de una selección de las fuentes documentales inéditas consultadas en esta investigación, seleccionadas por su importancia, por contener información más allá de lo citado en el texto, o por contar con una edición paleográfica mal publicada.

Para mayor fiabilidad, se reproduce el documento original y no su transcripción.

Para localizar más fácilmente las referencias citadas en el texto, se indica la foliación original o la paginación del documento. Como señalé en la “Nota sobre la cita de las fuentes coloniales” (*vid* volumen de Tesis, p. 20), se mantendrá la foliación original de los documentos en caso de tenerla, aún cuando estén incluidos en un legajo encuadernado, indicando recto y verso. En caso de carecer de ella, se aplica una paginación correlativa de principio a fin.

Índice

Abreviaturas:

AGI – Archivo General de Indias (Sevilla, España).

AGNA – Archivo General de la Nación Argentina (Buenos Aires, Argentina).

ANB – Archivo Nacional de Bolivia (Sucre, Bolivia).

CNM-AH – Casa Nacional de la Moneda – Archivo Histórico (Potosí, Bolivia).

AGI, Charcas 43, Cuadernillo de [3] cartas de Damián de La Bandera/ 1584-87.	9
AGI, Lima 4, N.4, fs. 12-14/ 15-3-1628. Carta del Marques de Guadalcázar sobre si conviene volver a unir los corregimientos de Lipes y Atacama.	25
AGI, Patronato 188, R.3/ 1557. Francisco de Tapia: renuncia encomienda de indios en Perú.	33

AGNA, Sala XIII, 18-6-5/ 1602. Padrón de los indios de Lipes, 1602. “Los Lípez. N° 40. Corregimiento de Lipes, 1602. Por Diego Marques de Moscoso”	49
ANB, CACH (Correspondencia de la Audiencia de Charcas) 337/ 1602. Carta del corregidor de Potosí, Pedro Córdova de Mejía, a la Real Audiencia de La Plata: informes sobre querella de Cristóbal de Vera contra el corregidor de Lipes, Pedro [<i>sic</i> por Diego] Márquez de Moscoso, sobre el depósito de indios y destino de éstos en las panaderías de Potosí.	89
ANB, Expedientes Coloniales, 1649, N° 16/ 1649. Alonso Picta, gobernador y cacique principal de Lípez, contra Ignacio Chirinos, sobre la preferencia a un cacicazgo.	95
CNM-AH, Cajas Reales 1, fs. 56-57/ 1550. Fray Gerónimo de Loaysa, Fernando de Santillán y fray Domingo de Santo Tomás.- Tasa de los indios que tienen en encomienda Francisco de Tapia y Hernán Núñez de Segura.	119
CNM-AH, Cajas Reales 1, f. 58/ 1559. Relación de los tributos que deben rezagados los indios lipes y causas de ello.	125
CNM-AH, Cajas Reales 1, f. 59/ 1560. Provisión de Antonio de Hozmayo, corregidor de justicia mayor de La Pata, sobre el repartimiento de los lipes.	129
CNM-AH, Cajas Reales 264, fs. 104v-107v/ 1637. Título de Corregidor de la provincia de los lipes a Alonso Gutiérrez de Abendaño.	133

**AGI, Charcas 43, Cuadernillo de [3] cartas de Damián de La Bandera/
1584-87.**

Carta #1, de 14 de abril de 1584: pp. 11-12.

Carta #2, de 30 de abril de 1584: pp. 13-17.

Carta #3, de 6 de marzo de 1587: pp. 19-24.

Advertencia:

De igual manera que en el texto, y para facilitar su localización rápida en este Apéndice, en el encabezado de página abreviaré el título del documento como *Cartas de DdLB*, resultando así la referencia AGI, Charcas 43, Cartas de DdLB más el número de carta y la fecha.

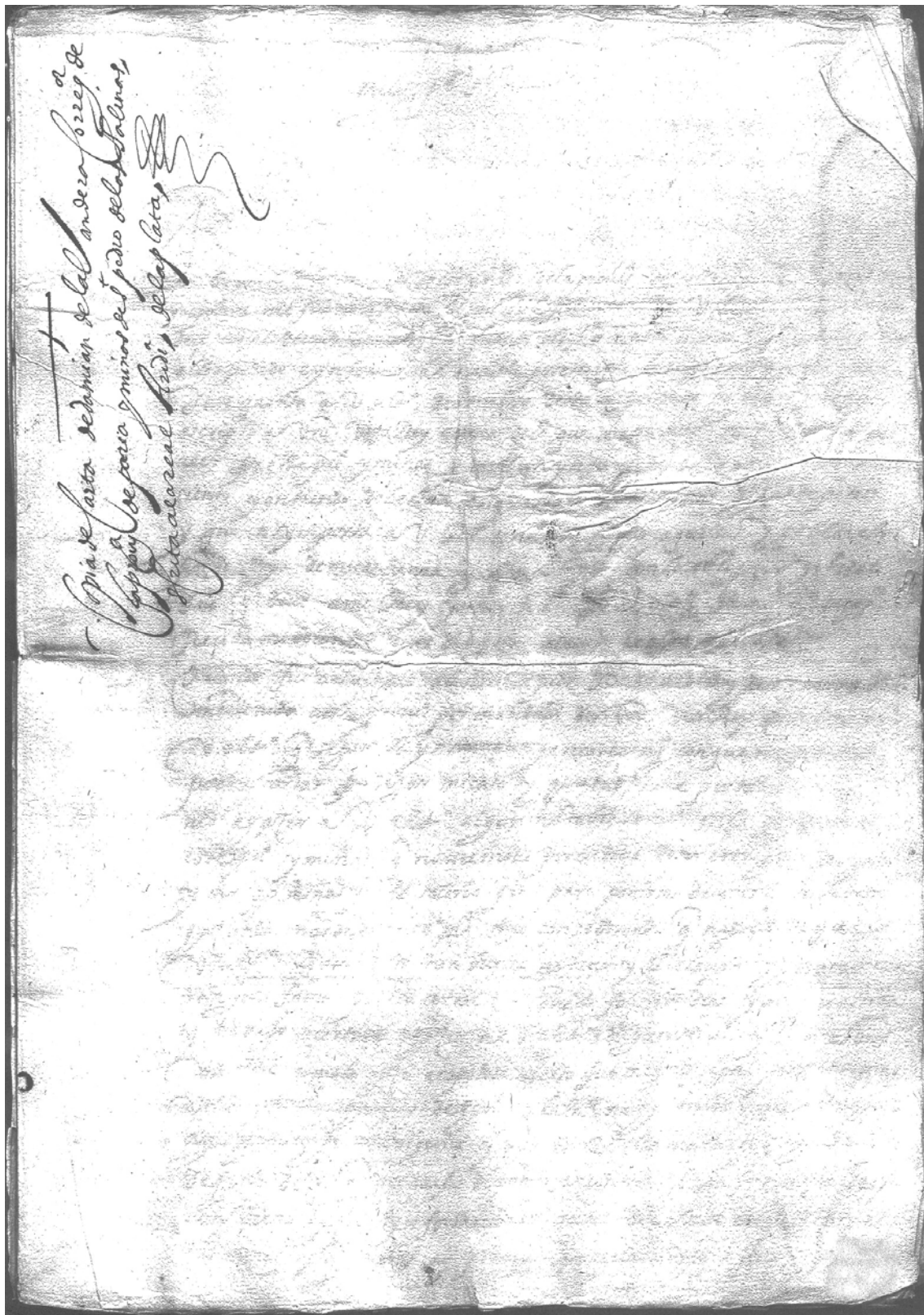
Pedro de conuantes medio lado. V. Tan llena de mrd. y
 favor q nase quando la tengo de servir bajo los pies a V. S. M.
 por la mucha mrd. y favor V. S. le digo acerca de su neg.
 en mandar de despachar la qual el Reconoce como criado
 de V. S. y queda en debida obligacion de servirle a lo
 mejor de su vida. V. S. si tuviere ventura de el birrey
 provea como le quisiere hacer.
 escríbole a V. S. todo lo que sea a fecho despues
 de que acuda a proveer. Ultima m. con don Juan. ondegar
 de y sus porras asequen tan bien escríbole a V. S. audi.
 dando cuenta de lo que hasta aqui ha auido escríbole al
 birrey en respuesta de su carta de quatro degen.
 que despues aca no se visto otra. a V. S. suplico se se
 de demandar a los generales meauca del Recibo por
 q pretendo satis fazer a Dios y al Rey y a todo el mundo
 como demi parte a cumplido con todo lo que era obligado.
 dando fe a V. S. auido al birrey y de la mucha Riqueza
 q Dios tiene guardada en estas minas ha como de
 gloria y quanto conuenia q se poblasen antes q se aca
 ben las de juro ha que se entienda q se readejan negar
 no aido por negligencia ni falta de sino por que su
 no agrouado lo que conuenia para un negocio de tanta ym
 portancia, en este cargo de abate y poro Respuesta y
 Resolucion de lo que se adegare y de lo que fuere dare quan
 ta. a V. S. como atan principal f. mio de quien es
 pero Recibí la mrd. y favor neces. para saber bien de
 negocio tan de fiavel por que moue su V. S. con

Y instancia y nombre de Angaran serui. a Dios y al Rey
 ha de llevarme de mica y quietud sin conoçerme y como
 gastar la hacienda de mis hijos y de Javila caer sin auer
 proveido cosa alguna como si esto fuera cosa mia nose que
 fundam. pido tener y aunque esto parece algo ha sentirlo
 y amirica como es Nason en comparacion del dano ge
 neral y ade Resultar de Angaran Demission quando se
 comienza a sentir la falta de los quintos. Nlos repore crea
 V. S. que pierdo o quito.

Egra semana espero al cap. y Cacique principal de los
 apes donal. yacasa. q sale de par con un yndio por cartas
 de ley escucha al yal rrecedor y lo niente de aquecer
 prove. los quales Repartire alas yngenios y beneficios
 de merced. y procurare asegurarlos ha tratar de Reducirlos
 apueblas ha que se les ponga do. tra por que gran las
 fima deuer la perdicion y infidelidad de los yndios de
 aquella prove. estando tan cercanos a esta y tanto mas
 q por negligencia culpa del corregidor estan por Reducir
 y por bautizar los mal delos endando algun buen ascien
 con el cacique acerca de la y de que acudan aqui con algu
 nos yndios ha socorrer esta pobre gente entans. La
 libre prove. dara una buena a las pueblas por que ay mu
 cha necesidad de lo, esta estepi. y minas tan apartado del
 camino de L. q por maravilla ay mendajero. Vaya
 acudidad y acuda de de. tra siempre las cartas apo
 tari ha. Las embien a V. S. y nose si aun todas alla
 Dios mio. V. S. La Illa pa. por. de V. S. guarde casa y es
 tado prospero como puede y sus servidores deseamos de. S. f.
 de Villar y de alait 14. de 1584. al. S. Damian de
 la vander.

página 2

Handwritten text, likely a signature or list of names, written vertically in cursive script.



muy p^o s^o

D
 or parte de las caas que de los ynd. de la prou. de collarump. Residen
 en parte me fue no lo prado Una R. C. prouision de V. alt. la qual cabe
 de el conel. de uida acatare y guarda alo. V. alt. manda. Vea lo por
 ellas pedido en informe al V. alt. por escruplo lo que en esta qual
 tiene que a V. alt. de la causa desta miferada y de la (Tengo)
 escruplo a V. alt. de lo que me parecio y conuenia pro
 ueer facer p^o y minar y tambien y nformare a V. alt. de lo que
 es de suyo y entiendo de el estado en que estan estas minas y las de porri
 y quanto y importa a V. R. seru. sustentar aquellas y poblar estas
 por de cargo de misericordia y que cumplan con la obligacion y fidei
 lidad q. deus. ami. Rey. prou. n. l. to V. alt. Humil. m. sup^o
 Desea mi voluntad que de aqui adelante en lo a V. alt.
 Quando fueren p^o de las ynd. de la prou. de collarump. por cuenta de
 su miferada acatare p^o por mandado de V. R. V. alt. artificio a
 V. alt. q. segun la ynd. y encauere con que me persuadio
 por su caridad de dejar misa y quita, tiene por mandado de V.
 de acaer a V. alt. algun notable serui. en la fundacion de
 este p^o y minar q. no me mieda por cu dca. de ser corregidor de ynd.
 y muy me da por el salario pues para ponerme de camino gaste de mi
 casaca mas de dos mill p^o sino considerando q. negocio de que
 V. alt. de acaer tan buena no rida y de la caon y por acaden
 tan gran fama. podria ser uel. conde. fabor de dios y mi yndustria
 y trabajo acertare acaer a V. alt. y acaer seru. y bien a Dios.
 Desea como p^o en p^o de este fue mi principal y serui. mas
 de lo que me da de p^o y de lo que me da de p^o na p^o tenido nueva de que
 acaer p^o de cam alguna y que en la ultima carta suya de q. me
 de p^o dice q. por que de p^o de la fundacion de lo
 con viene p^o y nformacione acerca del estado en que estan es
 tas minas y q. tierras ay por aqui p^o de la ynd. y p^o de la ynd.

Sean menester y otras cosas bien y pertinentes selo escrito
 do en este t[er]mino de marcu y l[ic]encia suplicando me p[er]ga m[er]ced. deman-
 dar me avisar si aderecer e fello poblar este p[er]u. y minas y mo-
 temande dar l[ic]encia. Pa y rme a esperar la muerte amica por que
 mi edad y condicion no es pa ser corregidor de yndios
 Fuese alla memoria de los yndios y se p[er]dian traer aqui sin tocar
 alas de por si como son los dormidos de los Colloquas los quatrocientos
 y determinar de marcu y l[ic]encia de por si los que sobran en por si
 y los que no acuden a parte ninguna, y de los yndios de las
 p[er]u. de por si y carangas o de por si de aca de aqui por cercania con
 forma alas ordenanzas de minas sera necesi. anadir sobre la de
 orama q[ue] aca de aqui para mas cantidad de yndios los yndios que son
 de por si. San para por si poder mas con forme aca de aqui y la costum-
 bre de los yndios tienen en las distribuciones de por si de aca de
 orama. Pa que p[er]dian de por si la guerra conuiniere y no deueser
 lo que los yndios de aca de aqui muy de por si en una p[er]tina
 esperando de por si de aca de aqui de por si en una p[er]tina sola q[ue]
 en la p[er]u. manda de por si en cinquenta p[er]to. en la p[er]u. de aca de
 de aca de aqui quillacas, orama y de por si. Pa y rme en aca de
 aca de aqui de aca de aqui y de aca de aqui en una p[er]tina. Pa y rme lo q[ue]
 son pagados de aca de aqui de aca de aqui y de aca de aqui. Van a Valt.
 con mille y m[er]cedades por no perder la costum[er] de aca de aqui
 todo lo que se le manda. aunque sea en aca de aqui a Valt. su-
 p[er] la p[er]u. Pa y rme de por si de aca de aqui q[ue] n[on] tenga ni con-
 sentir q[ue] los yndios sean agravados aca de aqui y en mandar los
 ocupar y trabar de por si de aca de aqui adin y a Valt. pagados les
 su jornal y pellar muy de aca de aqui. Pa y rme de aca de aqui
 Pa y rme aca de aqui a Valt. de lo que se le manda y q[ue] n[on] acerca del
 estado en que aca de aqui. estan las minas de por si de aca de aqui
 y de aca de aqui q[ue] se van acabando por que estan muy p[er]dian y peligro-
 sas y los metales muy bajos de ley lo qual tienen poranto y por
 expiracion y lo dicen aca de aqui separados como yndios. Pa y rme de aca de aqui
 y andar abusar tantas nuevas ynuenciones es muy cierta senal

Esta es la birrey provea por q a aquellos nacen de los yndios
 como v. a. el sabe
 por cuenta y lima carta de feida. Vise a birrey como ymbre
 que no conoce alas yndios ni su natural inclinacion q se provea por aca
 de a poblar estas minas a los yndios vengon a ellas de su voluntad
 Le Respondi en la forma siguiente
 Quando el birrey don frans. de t. estando con seño y acuerdo de los
 ymbres mas doctos y graves del Reyno de b. b. yndios
 alas minas de poro como los q se hallaron en aquella junta. eran per
 sonas antiguas y q tenian larga experiencia de la condicon de los
 yndios. que antes se procuraron todos q yr desuboluntad a ellas no ha
 raron de la sino de su rconuenia para el estado y conseruacion de la
 tierra conpata y de v. a. de la rmona. conpata a los yndios
 q fueron a trabajar por su justa jornal alas otras minas de
 poro y otras de dentro del Reyno. av. de a como de q lata
 de alla salio con cluido y de mudo. Conuenia q era nudo. q
 se garia muy gran seruis. ados de v. a. q ab. y ab. muy bien
 espiritual y temporal como se proua q uen de la fienre de
 fuma y fuma
 y aunque plus p. m. q de fuma p. m. q de fuma y muy
 dignosa mandarlos yr alas minas y fuma con tra suboluntad
 de experiencia amari fuma de aquella verdad q a v. a. de
 y a de la rmona. conpata y de v. a. q uen conpata de la
 trabajo de aquellas minas. en la mejor libradura de todo el Reyno
 por quetemar de tener de v. a. y fuma. de la rmona. p. m. q de v. a. de
 de la rmona. de v. a. y fuma. de la rmona. p. m. q de v. a. de
 mantenidos. q en m. q de v. a. y fuma. de la rmona. p. m. q de v. a. de
 g. a. de v. a. y fuma. de la rmona. p. m. q de v. a. de
 y aprenden a fuma y gran gerio y buena pulida de la rmona
 de la rmona. de v. a. y fuma. de la rmona. p. m. q de v. a. de
 quetemar y v. a. de la rmona. de v. a. y fuma. de la rmona. p. m. q de v. a. de
 que la rmona. de v. a. y fuma. de la rmona. p. m. q de v. a. de
 de la rmona. de v. a. y fuma. de la rmona. p. m. q de v. a. de
 minables. y fuma de la rmona. de v. a. y fuma. de la rmona. p. m. q de v. a. de

[illegible]

**AGI, Lima 4, N.4, fs. 12-14/ 15-3-1628. Carta del Marques de
Guadalcázar sobre si conviene volver a unir los corregimientos de
Lipes y Atacama.**

Advertencia:

Una edición paleográfica de este documento fue publicada por Eduardo Téllez Lugaro en su artículo “El informe del Marqués de Guadalcazar al Rey. Un testimonio colonial acerca de la mita, las encomiendas y los indios atacameños” (1986). Sin embargo, los errores de transcripción contenidos en la misma obligaron a esta investigación a recurrir al documento original, razón ésta por la cual su reproducción queda incluida en este Apéndice.

Gou^r, N.4

Señor.

Sobre si conuiene boluer a unir los co-
rrregimientos de Lipis y atacama e
incorporar en la rreal Corona el
rrrepartimiento que alli ay.

X
que se aya. Como el Virey lo dize
y en esta forma se auise al Conde de
Chimborazo que lo execute y se con-
ceda la merced desta orden para si
acubren a el, a pedir en lo men-
dero promogacion de vida en la
tercera mitad de la orden y quedada
Para este

En 27 de Julio de 1628

ON Ocasion de hauer escrito a N. M.ª el Contador
Alonso martinez de pascual que en la
provincia de atacama que cae cerca de la cos-
ta del rreyno de Chile se prouee un corregi-
dor con mil pesos en sueldo pagados de
la rreal Hacienda en la Caja de Potosi;
para que saliendo nuevas de enemigos en
esta mar del sur pueda con breuedad auer-
ssar dello al Corregidor de arica sumas
cercano. y que en respeto de que en el dicho co-
rrregimiento ay dos rrepartimientos de yn-
dios que valen tres mil y quinientos y ve-
inte y cinco pesos de aco de rreales de que se
pagan mil y seiscientos pesos a dos sacer-
dotes que los dotrinan y lo que resta lo go-
zan dos encomenderos por mitad sin rre-
partirseles cosa alguna para el salario del
dicho corregidor como se paga con los demas
seria bien ordenar que como fuesen va-
cando se pusiesen en la corona rreal

para la paga del dicho salario y que el di-
 cho Corregimiento se agregasse al de Co-
 lipes. Como antes solia estar poniendo
 en el Vnteniente para que si buuiesse la
 dichas nuevas de enemigos hiciesse la ma-
 ma diligencia que el Corregidor. y para pa-
 uer en este negocio merienda N. M.
 en Cedula de postremo de diciembre de se-
 iscientos y veinte y seis. y conforme que co-
 rregimiento es este de atacama. que sa-
 lario tiene. don de se paga. y con que orden
 y si conuendrà que se buelua. a. la agre gar
 al de los lipes. o que se conserue como al pre-
 sente esta. y si para la paga del salario. que
 lleva el Corregidor sera bien que quando
 paquen los dichos rrepartimientos segun
 corporen en la Corona. y en que vidas lo
 tienen los que o los poseen y que in conu-
 nientes podra auer en ello.
 Lo que en esto se ofrece que y mformar a N. M.
 es que el dicho corregimiento de atacama
 tiene de ancho cinquenta leguas y de lar-
 go quarenta. en el qual ay dos Valles
 el vno con siete pueblos. y el otro con ochos
 donde estan rreducidos. quinientos

13
 y Cinquenta y seis yndios tributarios que
 Sallo el año de seiscientos y Veinteytres. el
 Capitan Francisco Gil negrete que los Visito;
 siendo corregidor de aquella prouincia.
 Los quales pagan por mayor. tres mil
 y quinientos y Veinteycinco pesos de aoco.
 rreales en que estan tasados. de que se sacan
 mil y seiscientos para el sinodo de dos
 Sacendotes que dotrinan los dichos Valles
 y lo que resta lleuan por mitad Don
 Pedro de ysaiga y Don lope de ynestrosa
 losa que ambos tienen la dicha encomienda
 en segunda Vida.

Demas de los pueblos rreferidos ay en
 la costa de la mar. otros quatro en que
 abra quarenta yndios que todos son
 pescadores y estan encomendados en
 el dicho Don lope de ynestrosa en la di
 cha segunda vida los quales pagan de
 tassa cada Vno quatro pesos.

En tiempo del gouernador lope garcia de castro
 Vbo Vncorregidor que lo fue de las dichas dos
 prouincias de atacama y los lipos con
 dos mil pesos en sayados. de salario al año

pagados del arreal Enienda en la Caaxa
 Potossi. y por Cedula de Vintey siete de abril
 del año de setenta y quatro. se sirvió V. M.
 demandar que el dicho salario se moderara
 a mil pesos de la dicha plata y que se pagasen
 de la propia parte. des pues de lo qual auiendo
 visitado este Reyno. el Virrey Don Francisco
 de Toledo. ordeno que de la dicha provincia de
 atacama fuesen a servir por sus mitas de
 diez yndios en la casa de la fundicion de barn
 que ay en aquella Villa sin gravar a los
 dichos dos encomenderos en el salario de Co
 rregidor por ser tan cortos los dichos rre
 partimientos. y respeto de que la dicha
 provincia de atacama dista de la de
 Los lipes mas de sesenta leguas las de in
 dio el dicho Virrey en dos corregimientos
 señalando al de los lipes quinientos
 pesos en sayados. en la casa del rreparti
 miento que alli ay que es de V. M.
 gal de atacama le de lo los mil que quedan
 dichos porque juzgo por conueniente con
 seruar este oficio para que en uiesse quien
 administrarre justicia en el y cobrase

2.
 Las tassas. y tanuén por que la gente quisir
 ue a V. M. en el rrey no de élle no se
 ausentase por aquella parte que as rimis
 mo tuuiesse cuidado de dar auiso al corre
 gidor de arica y demas lugares de la costa
 quando entrasen enenigos en esta mar
 del sur. lo qual no podria acudir el de
 Los Lipes con la priesteca que conuiene estan
 do tan lejos como queda dicho. ni era bien
 fiar de Vnteniente cosas de tanto cuidado
 que fueron el motiuo principal que el dho
 Virrey tuuo. para la dicha diuision. en
 lo qual no conuiene por agora fazer noueas
 por las rrazones rreferidas.
 En quanto a la yncorporacion destos rre
 partimientos quando baquen tanuén
 tendria ynconueniente por que deyr a
 cortando el premio a los benemeritos des
 tas prouincias que gaesta en muyes tiepos
 terminos. se sigue general des con suelo.
 rrespeto de que son pocas y pobres las en
 comiendas que van quedando para la
 gratificacion de tantos y las ocasiones
 de servir y merecer los que asisten

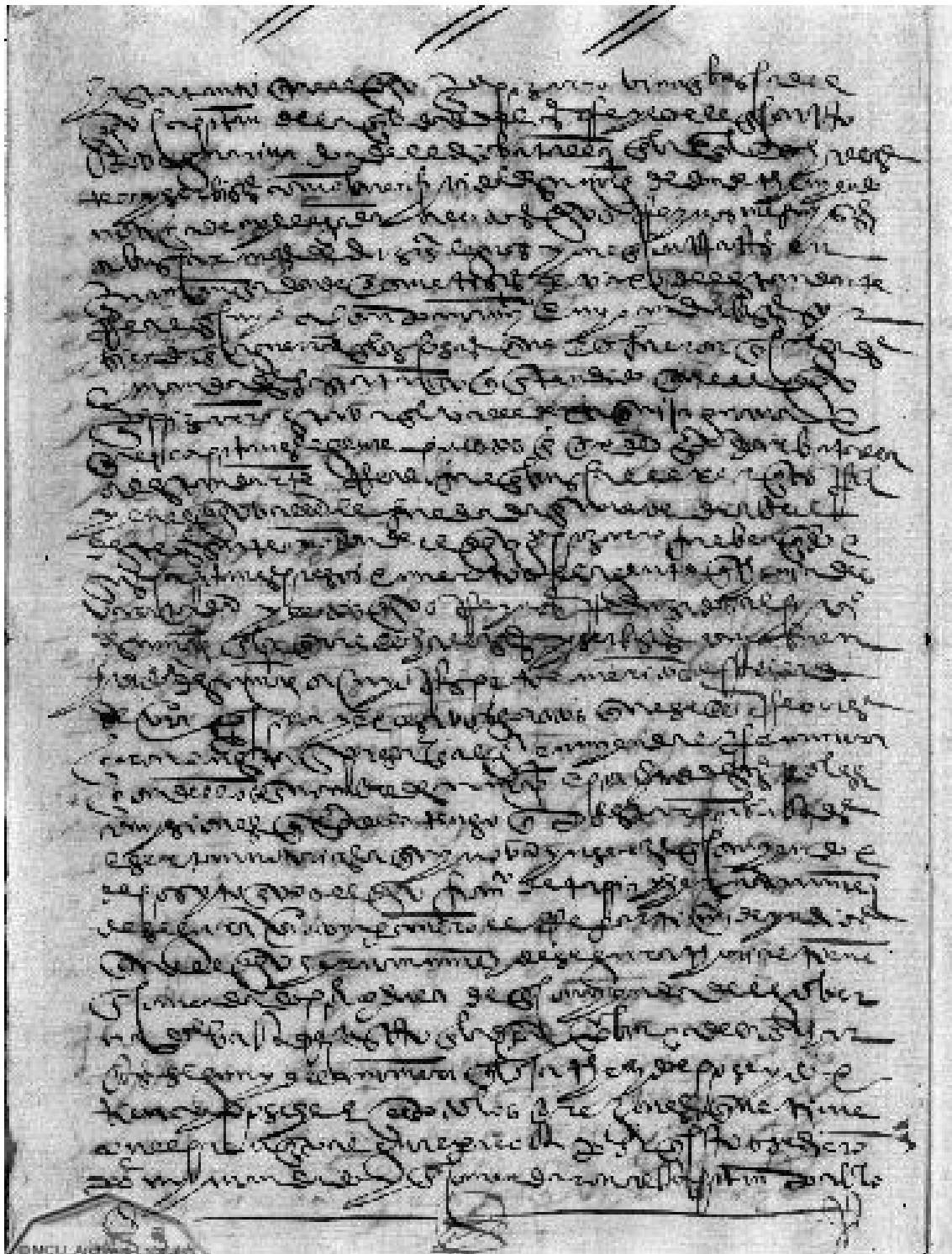
en el reyno crecen cada dia con las gñ
 baciones de enemigos que gñfestan sus co
 tas. pero sera fusco que del Valor de los tri
 butos de los dichos rrepartimientos como fus
 re vacando la renta dellos. Sepa que en m
 pesos de a ocho reales para el salario del cor
 gidor a que se puede moderar el que oythua
 guardando en esto el orden que se tiene
 en los demas corregimientos de yndias. con
 que se a uiuiera la real sagienda de los
 mil pesos en sagados. que oy se le dan y q
 daran para proueer por uia de encomienda
 mil y ochenta y cinco pesos de la dio la plata
 V.M.^o Louera y mandara en todo lo que
 mas conuenga. Dios guarde la catolica cap
 sona de V.M.^o como la cristianidad
 amenester, Los Reyes, 15 de marzo 1628.

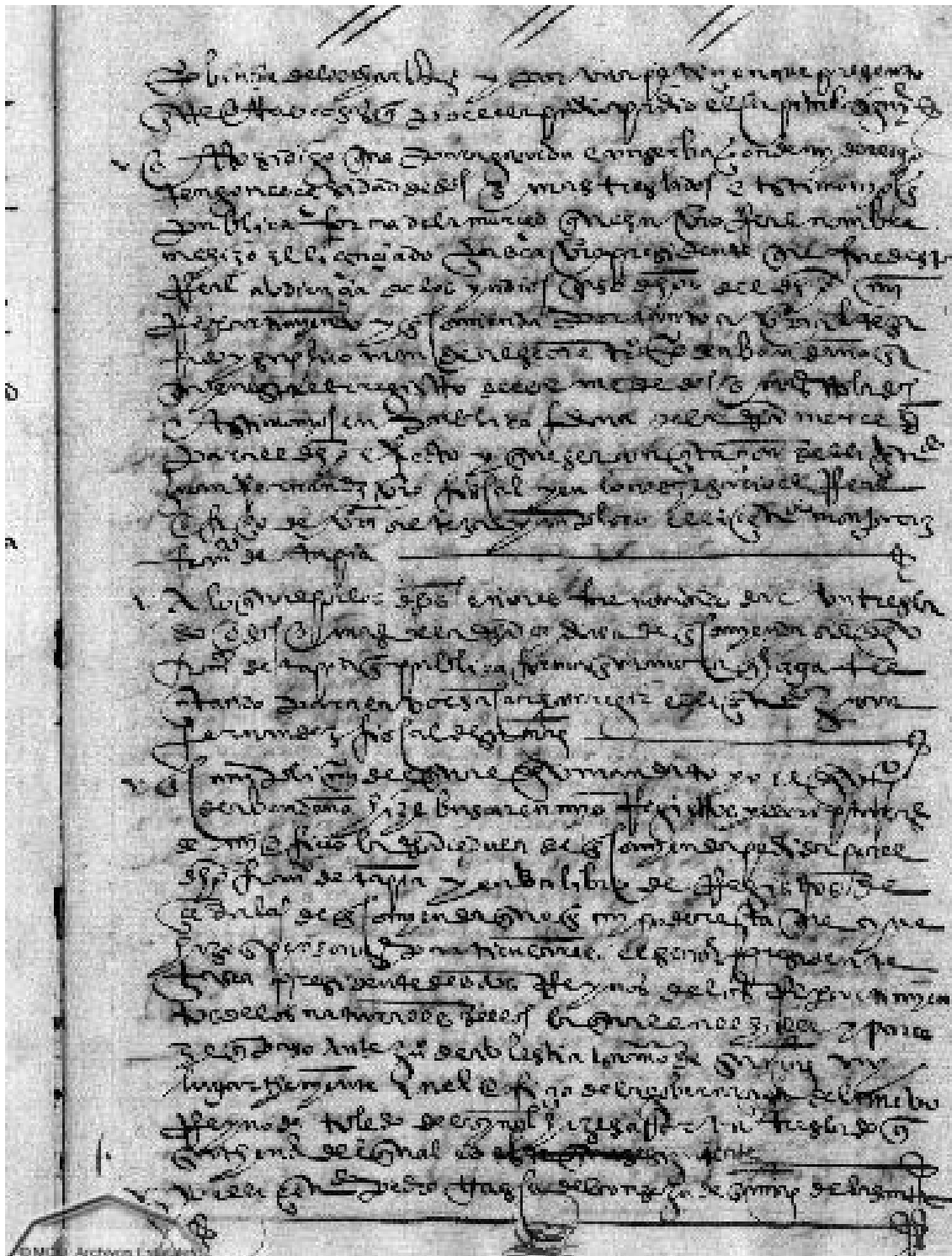
Margarita de la Cruz

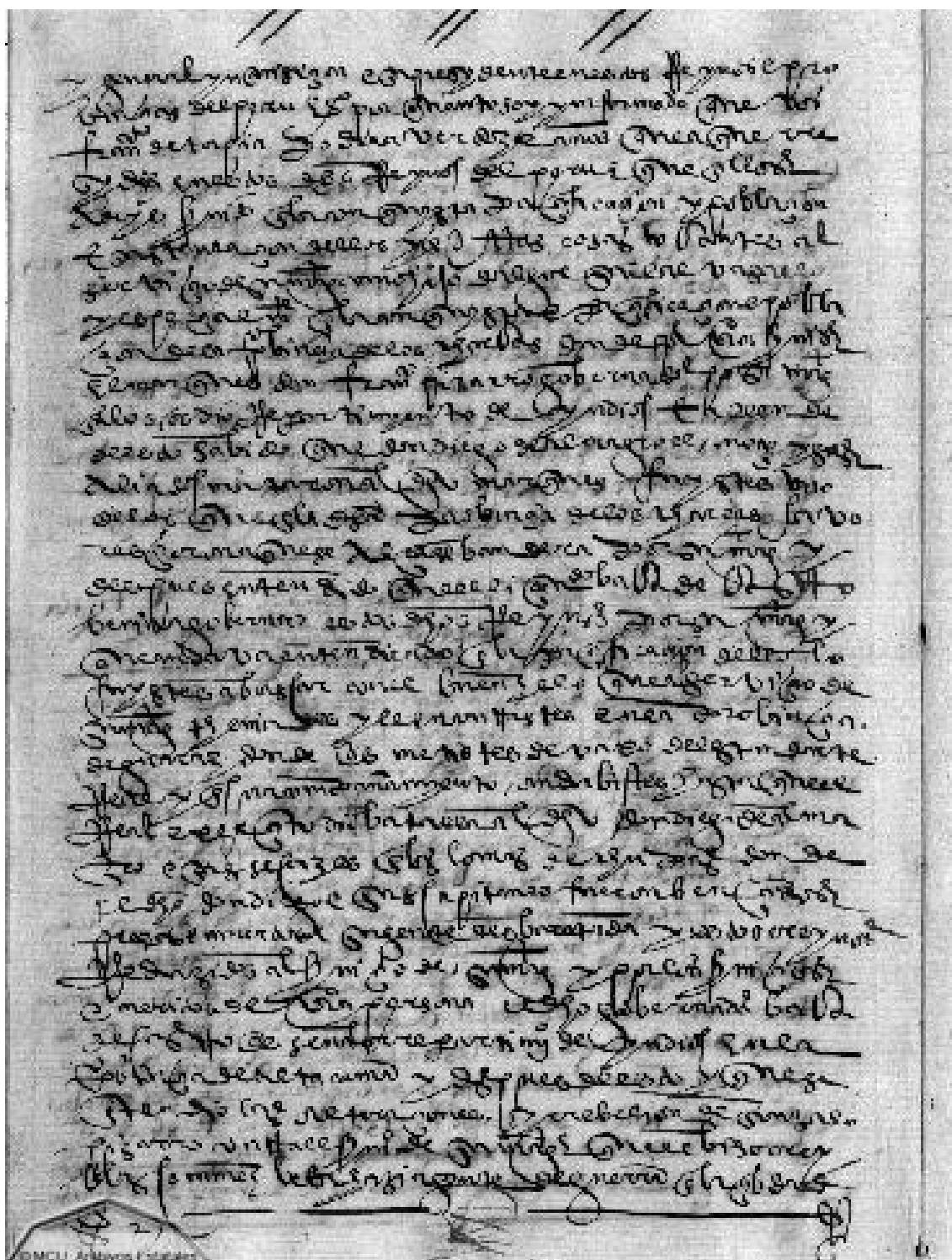
**AGI, Patronato 188, R. 3/ 1557. Francisco de Tapia: renuncia
encomienda de indios en Perú.**

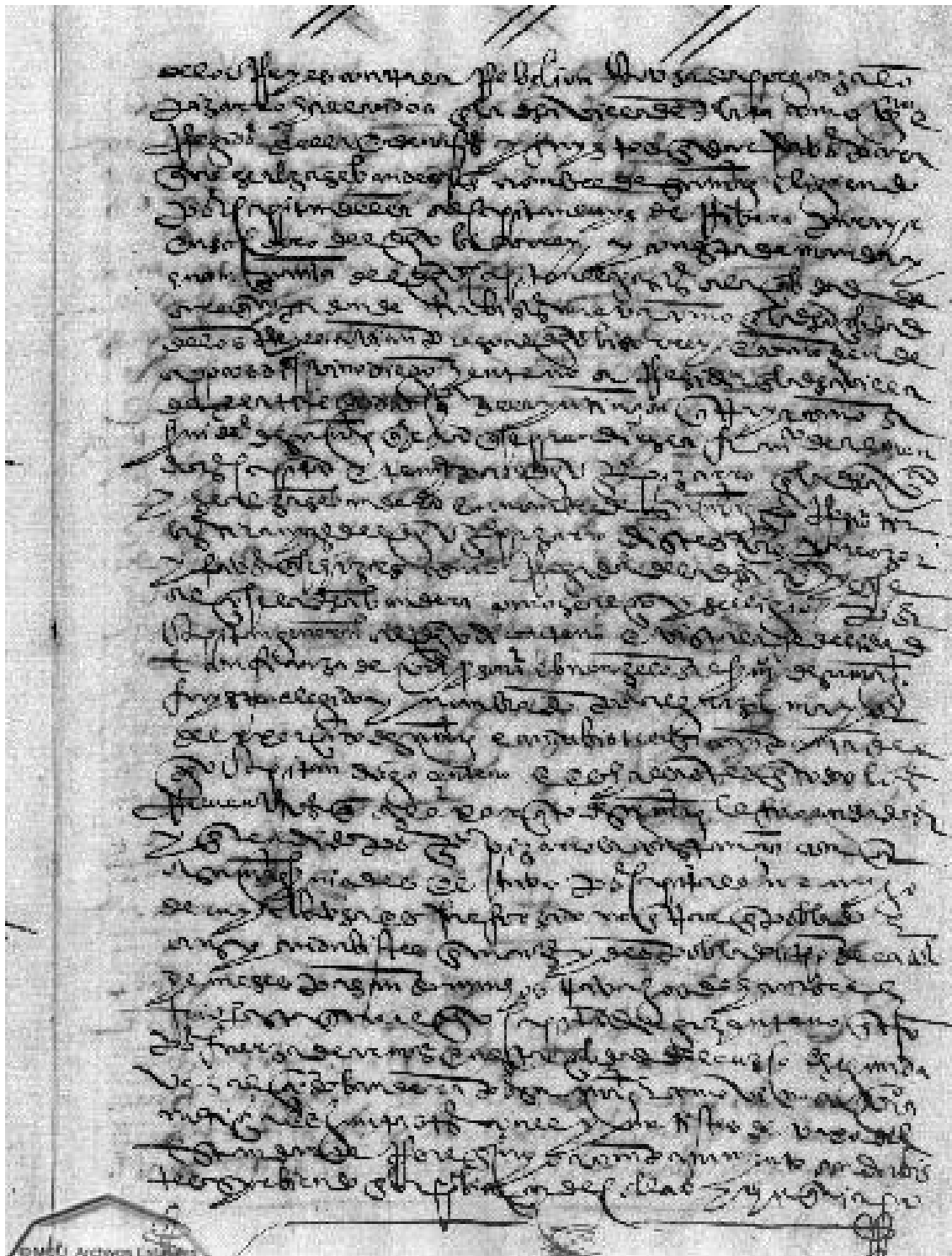
Advertencia:

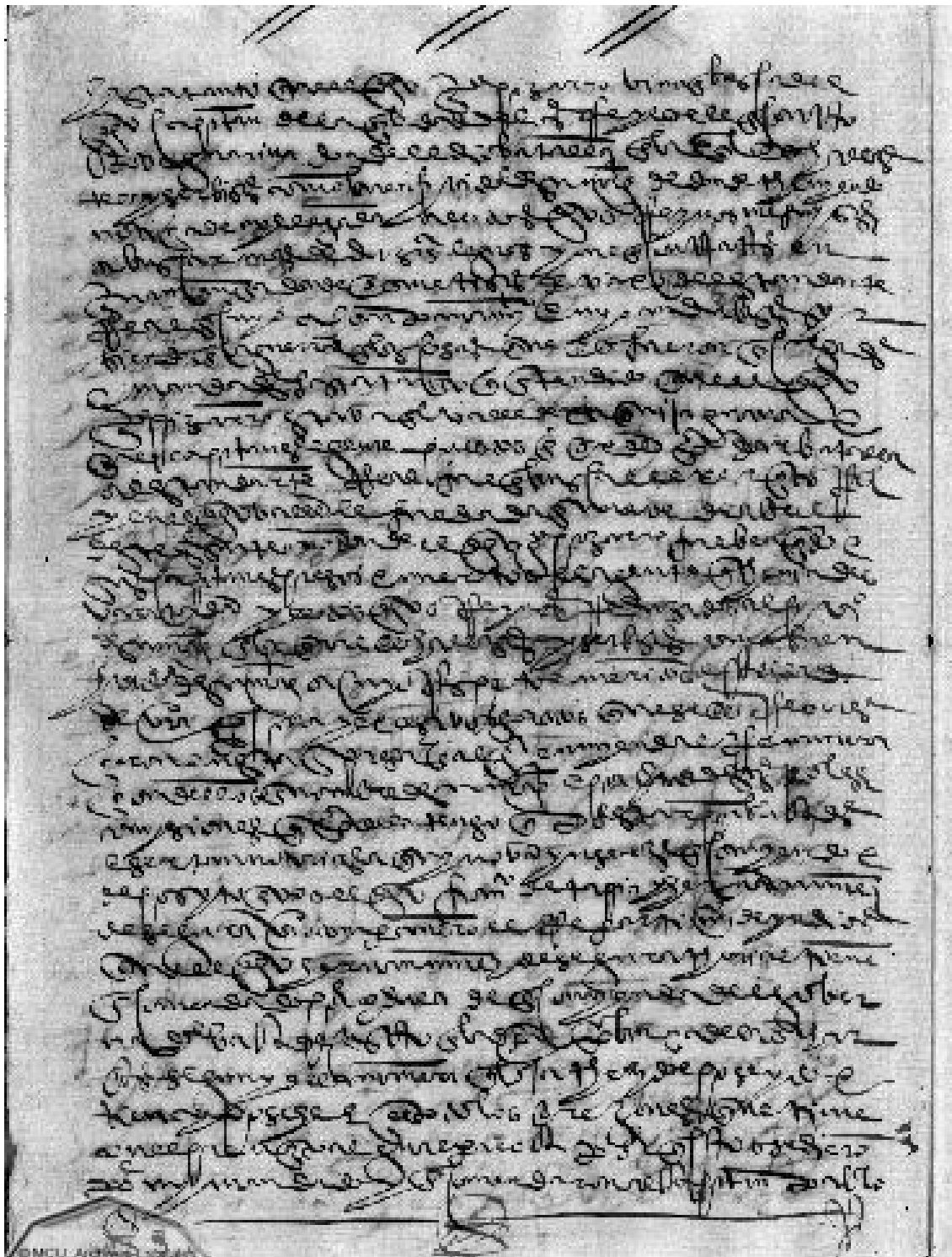
Se incluye este documento en el presente Apéndice como ejemplo de esa documentación colonial que he dado en llamar “asuntos de o entre españoles” donde se trata sobre Lipes y/o los lipos, a fin de que el lector pueda hacerse mejor idea del tipo de fuentes manejadas en esta investigación.

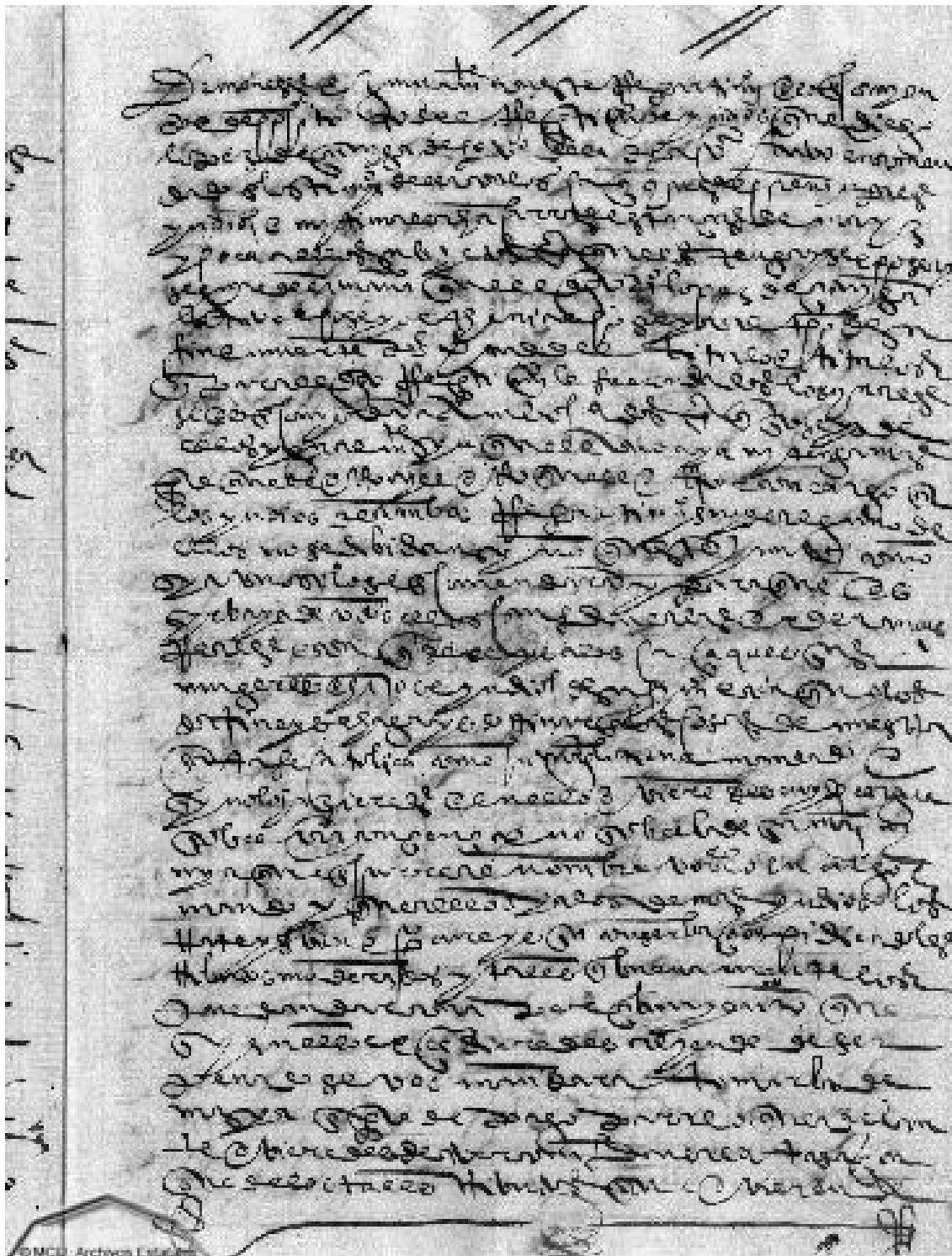


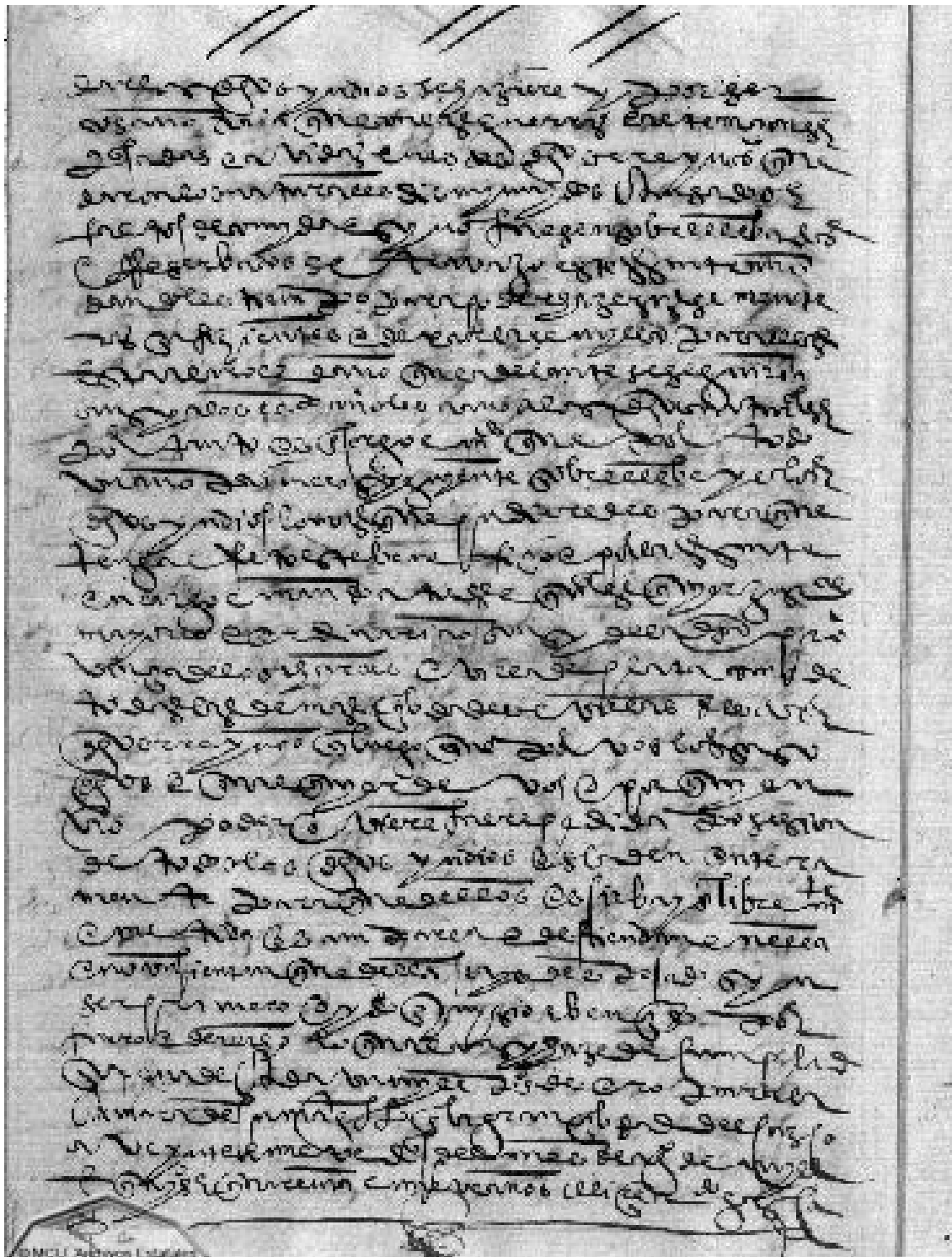




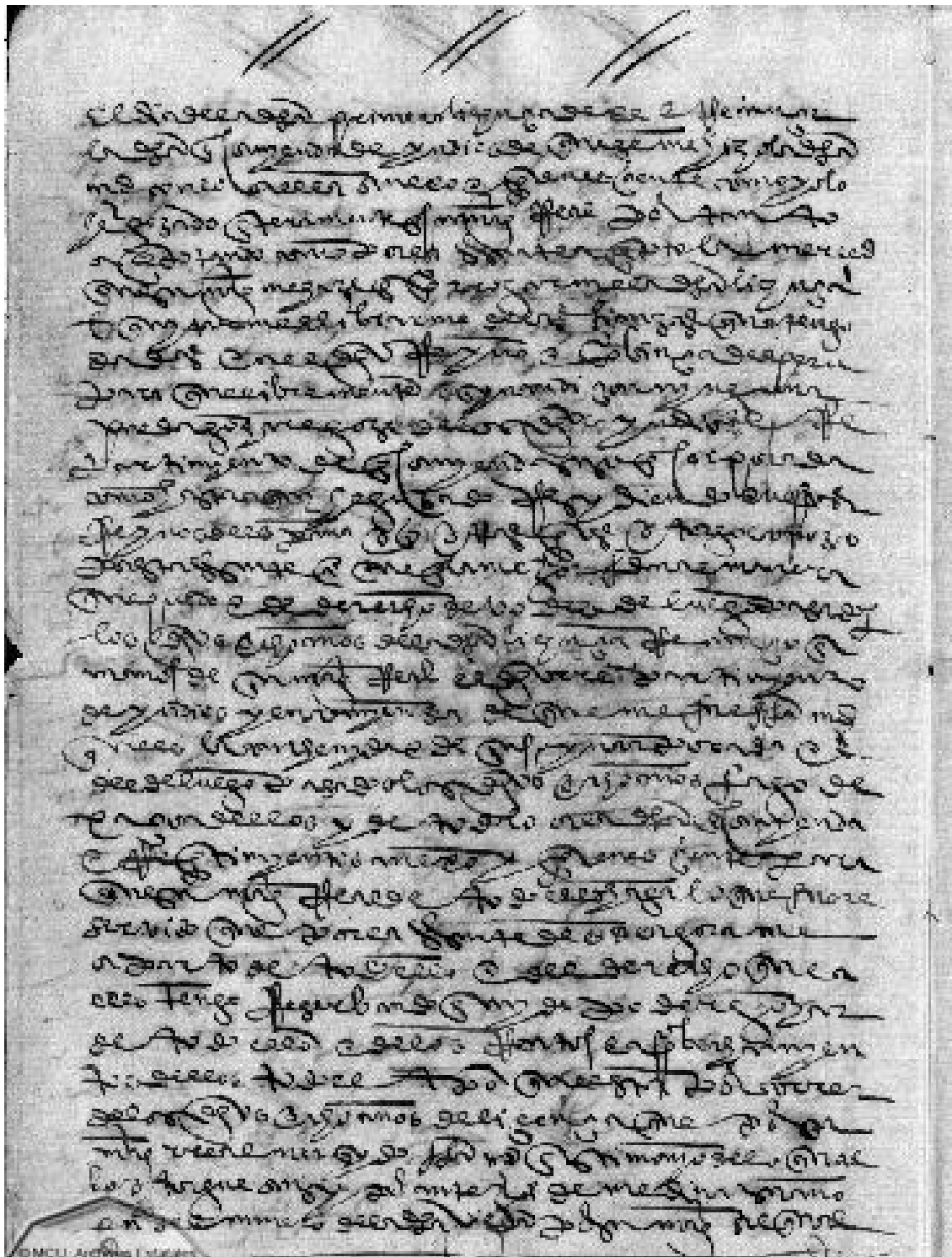


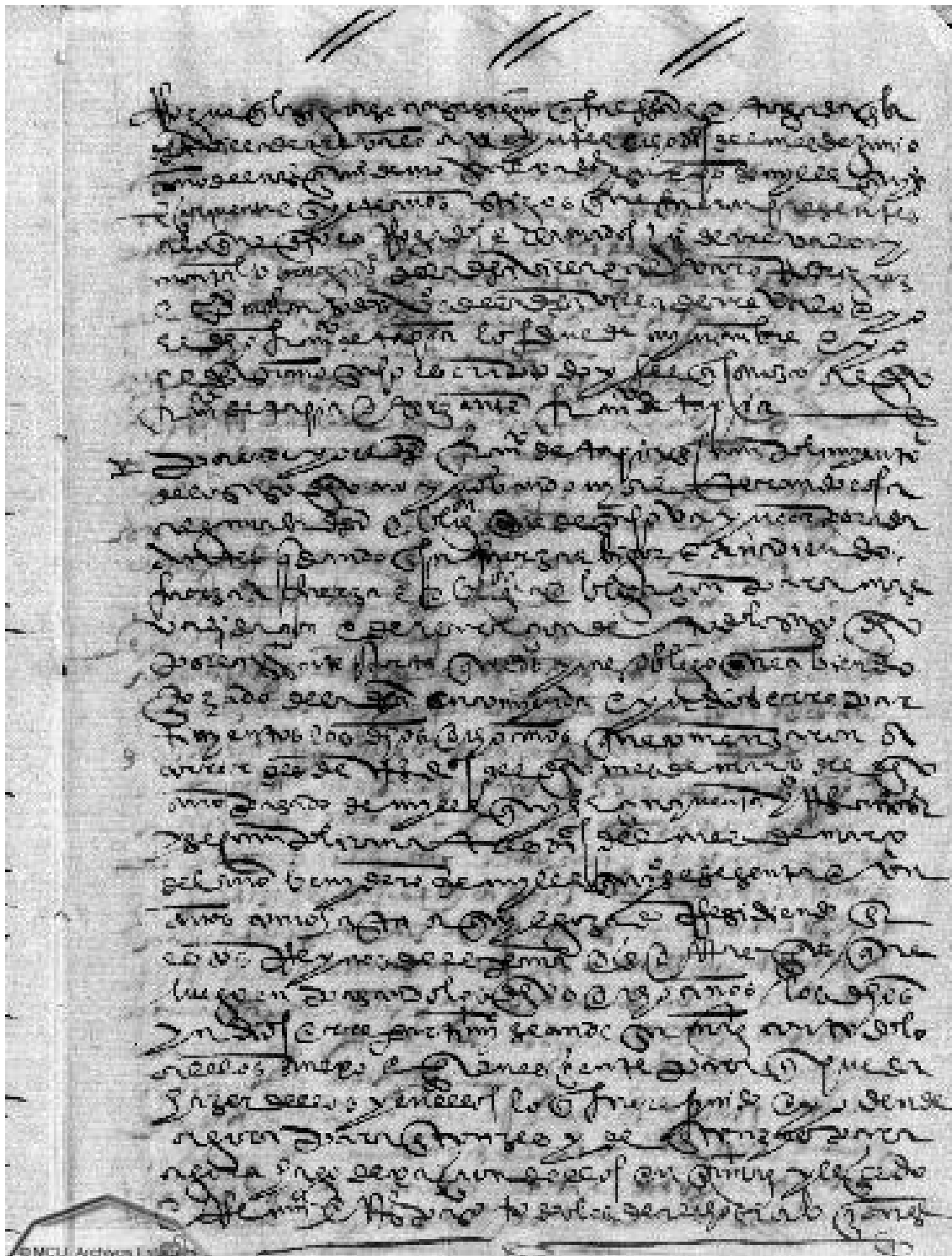


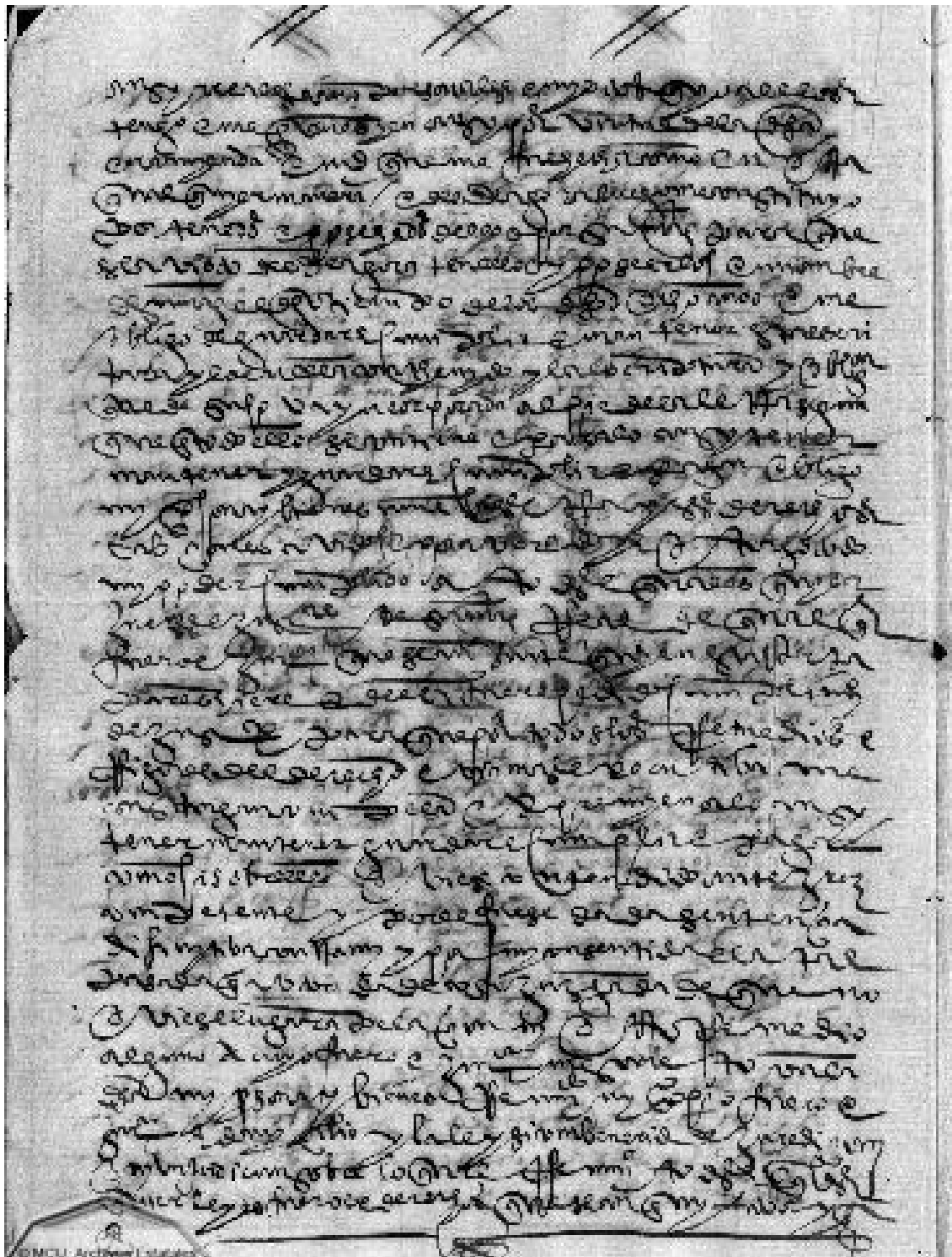


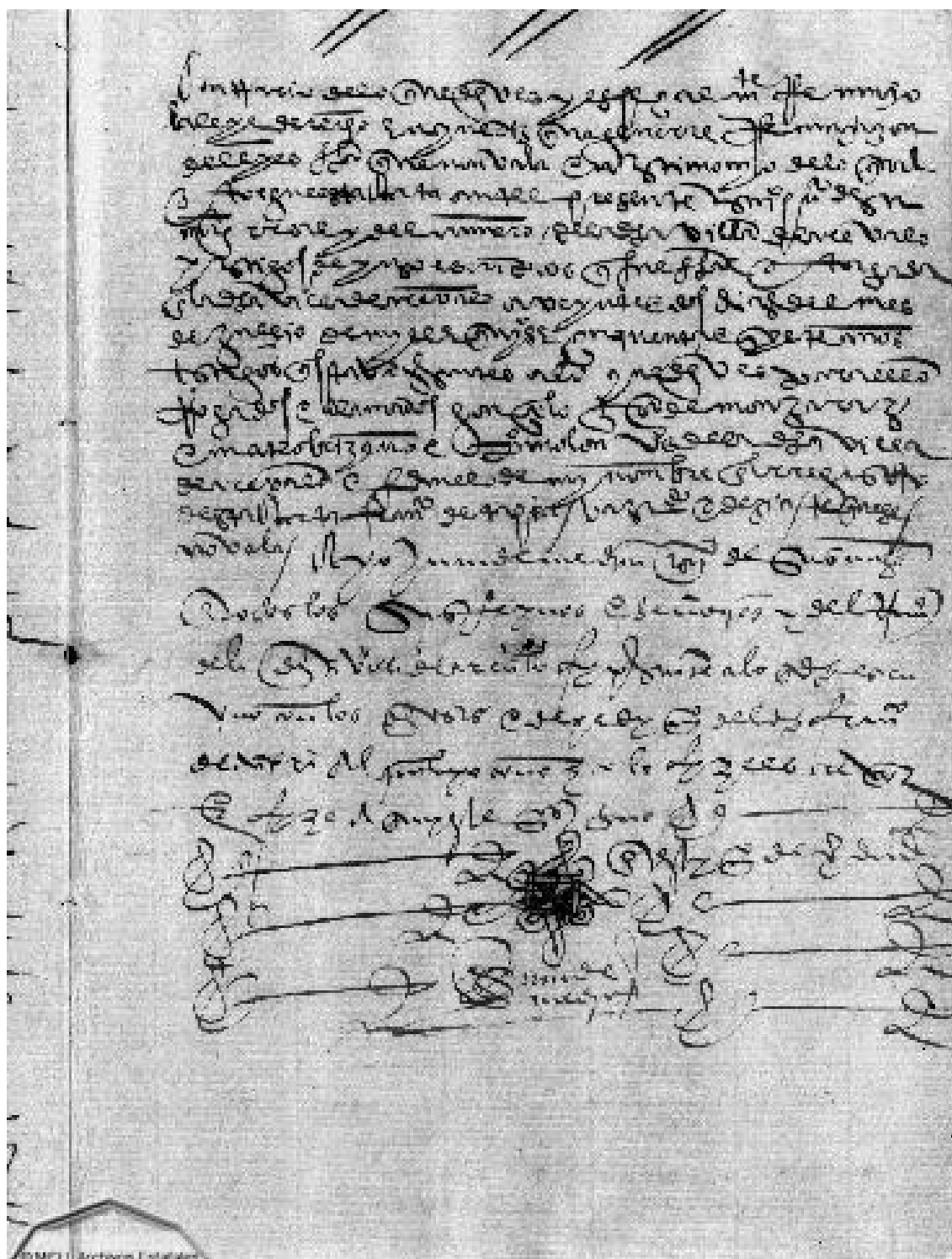


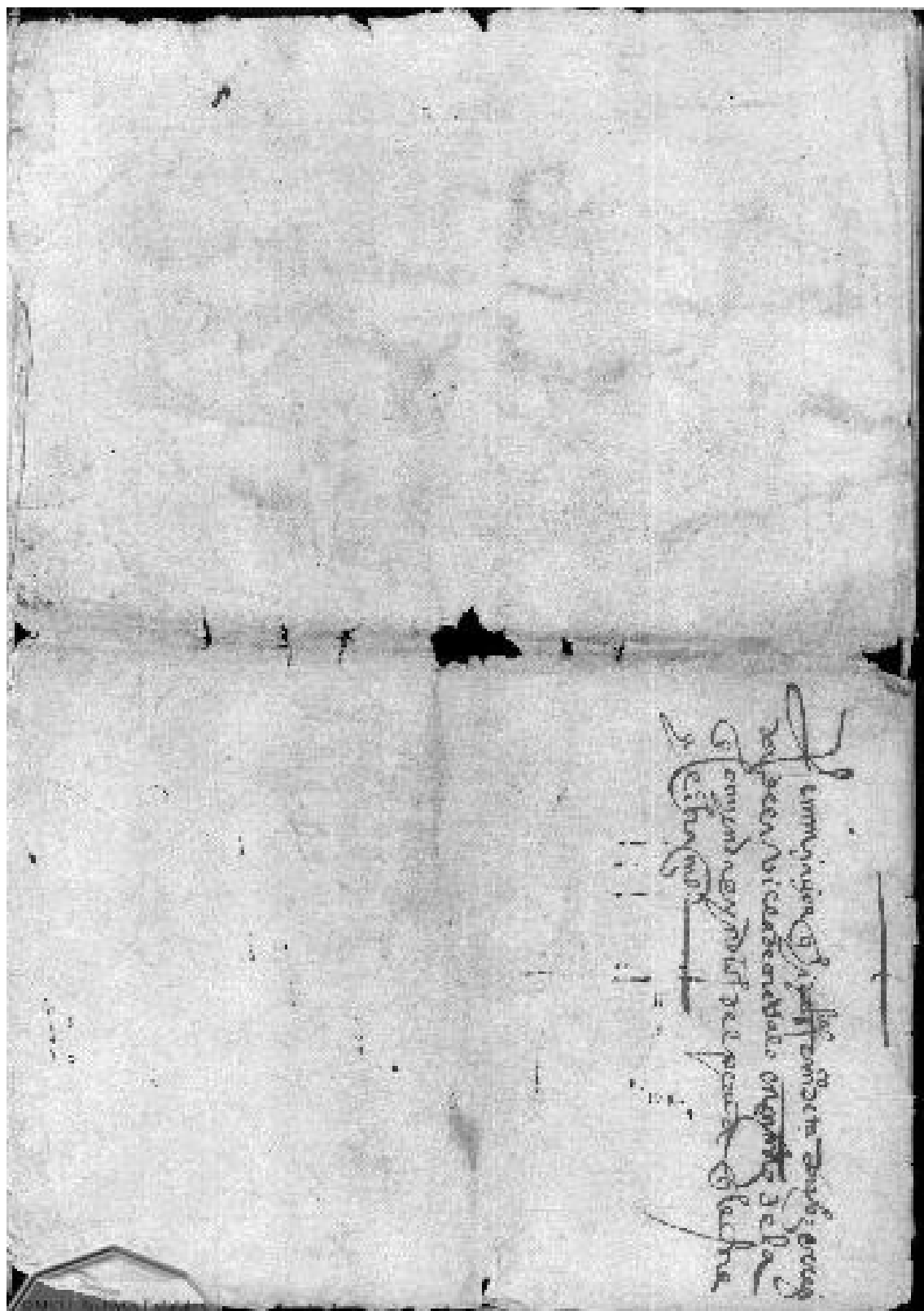
[illegible]











**AGNA, Sala XIII, 18-6-5/ 1602. Padrón de los indios de Lipes, 1602.
“Los López. N° 40. Corregimiento de Lipes, 1602. Por Diego Marques
de Moscoso”.**

Advertencias:

Va acompañado de un informe del virrey Luis de Velasco II (1602) y de una Real Cédula de Felipe III (1603).

En realidad el padrón se termina de confeccionar en 1603. Por este motivo en las citas en el texto me he referido a este documento con fecha 1602-03.

Por constituir una mera relación tributarios con indicación del nombre de su esposa e hijos y, en el mejor de los casos, puntual referencia a sus chacras, no se reproduce en este apéndice el Padrón propiamente dicho (desde la p. 37 hasta el final).

Se omiten en la paginación las páginas en blanco.

Cori

página 2

a las demas obligaciones que tienen o pudiesen
 Loguinas conuenga y auendo visto lo pido
 por parte de la villa de traya e asunto de
 Minas de parameñoca. Ello desdo por los
 agues y unctales de los de p y m d u s en el
 protectores. e las informaciones echas por
 las unas e otras partes. Ello que su señoría se
 oviesto. acongeuido e comunicado con el
 mal de satis facer y de diuincia para no
 se he lo que mal conuene. Dijo que a rago
 la gente entretanto que oti a rago no pare que
 conueniamas mandaua e mando. que los de p y m t
 l i z e s de los dueños de la cha. e a r a c o y o y
 chucha se e p t e n como e r a n a l e s e n t e r e s
 dueños. e n e l o s d e p s t e s t u s y e h o r d e n a e m
 e r e d u y g a n a n s i m i s m o a l o s d e h o s t u s d u e ñ o s
 e s d u e ñ o s d e l o s y n d i o s a l a s y e l o s g u e r r e s
 y e l d u e ñ o d e c h u c a y o t u o s d u e ñ o s d u e ñ o s
 q u e n l a c o m a r c a d e t o r e u e u i n . a t e n c i o
 q u e p o r e l t o d o s d e q u e n o s e s t a n d e s a c o r d a d o
 e r e d u c a n d o s e a l o s d e h o s d u e ñ o s t u s
 d u e ñ o s e n d i a n l a c o m o d i d a d n e c e s a r i a
 y n e r p a r a l a d o t u n a . c o m o p a r a s u a m a n d o
 d u e t e n t o e l b u e n d a . y a n s i m i s m o d e a n d o
 p r o d u c a r a l o s d e h o s t u s d u e ñ o s . l o s y n d i o s
 d u e ñ o s . e l o s o r o m i t a l q u e s o n y n d i o s e m a
 t r o n e s q u e e s t a n h u i d o s e n p a r t e n o m o r a
 d e a d u i a r p r o u i n c i a e b u e n c o m o . a l a z a b e
 d u e ñ o s . e n p a r a l a d a d e l e n c h o a s d e g u a t i o
 e n g u a t u y p e s s e e n s e i s e n m i l c h a d e t a n o
 d e t u r a s i n r e c o n o c i d u e n o n i p o u e n o d e
 d i u i n t u a l n e t e n p a r a l p a r a c u o b u e n
 f e t o . e h o r d e n a e m a n d a q u e s u p o m a r q u e n o
 c o s i o . c o n r e g i d o r d e a d u i a p r o u i n c i a h a g a
 p o r s u p e r s o n a . q u e s e q u e m p a r a p e j e c u t e
 e r a r e d u c i o n c o n t o d o . e u s a d o e n u n t u a l i d a d
 s e n a l a n d o a l o s d e h o s y n d i o s t u r a s e c h a c a r a
 d o n d e p u e d a n e n t r a r s u e c o m i d a d p a r a s u o
 e n t o . e a u s a d a p a g a r d u e t a s s a l e r a r a g
 l o s y n d i o s . q u e c o m o d e h o s . e s t a n e n p a r t e
 p r e m o t a s . e g u a c o s . e r e d u y g a n c o n m a
 a l i d a d s e a p r o u e c h a . e l d u h o e r e g i d o
 l a n s u e n a . d e d o n a l e n e s o y a c a g a e s o n d

página 4

[illegible]

Onauctia con original a lito. t. 10
 Dispositio de No. 10
 [Signature]

Don Luis De Velasco Caudillo
 de la Orden del Tago. V. Rey. Lugar de Monte. de
 Rey nuestro señor su gouernador y Capitan general
 en los Reynos y prouincias de Piru Torna firme y
 Chile. Por quanto Juan de la Cruz Protector genl
 de los Indios de este Reyno. en nombre del
 Cacique yndio de la Prouincia de los Tipes. me
 hizo Relacion que capitan diego manguel
 de Moscoso conuencido de la Prouincia de los
 Tipes de la Reducion de los dhos yndios Tipes. por or den
 mia y de el Presidente. de la plaza de los quales es
 Tayan Poblados. Los Lugares que estan juntos
 a la Uera segara Mendocina y los mudo de el
 Pueblos y Estancias pri meras y los dhos yndios por
 auer poco que se reducion no temian hecho cha
 caras. en la misma donde pagaban sus tribu
 y que de Pam. no se de mediana. no se de
 ningun otro. La dha Reducion y Paraguanos
 de los Indios me suplico. fuese seruido de
 mandar Declarar. que los dhos yndios no pague
 Tassa. Por quatro años en que hagan choferos
 Personae. a Terzo año notemian de donde
 miconque pudiesen pagar. Reseruando los
 años. mismo de qual quier Personae.
 Por M. Visto los dho. Junta mente con
 la Peticion que por parte de los dhos yndios
 se presento. ante el dho Presidente. de la
 Real audiencia de la Plata. y lo que a ella
 se dio. Prouyo. es como se sigue
 Mique de Junon Protector de los naturales

De esta Provincia en nombre de los Caciques
 Indios de la Provincia de los Cipes. Digo que
 como a su señoría le consta. el Capitán de
 Marañón de moscosso. con cargo de la
 Provincia por comisión Particular a nombre
 de la Reducción y Población de los Indios de la
 dicha Provincia que están deshabitados
 fuera de Reducción. Sin que se oya o vea
 Provedor. ni pudiesen ser de 15 Trinitados. ni
 de 15 Trinitados de nuestra santa fe
 Católica. Lo que se pasó en este día
 Trinitado. y están poblados y Reducidos en el
 Pueblo. Donde se han Visitando. y en padro-
 nando. a cuya Causa los Indios que se han de
 reducir y Reducidos. como forzados y de la
 maldad. que andaban están pobrissimos
 y sin casas chacaras ni caudal alguno y para
 que se puedan habitar y para acaer de su
 Tablar. la Reducción y Población de su
 Señoría Tangran servicio de Dios nuestro
 Señor y de ser acaer de su acaer de su
 y servicio como lo ordena el Visorrey
 de los Reynos. con viene que los Indios
 y Indios sean Reducidos por tiempo de cinco
 o seis años al Papá de Tassa. que será
 el tiempo que podrán poblar y habitar
 sus chacaras y menesteres y de su
 de más necesario. obrando según Caudal

mas con Lengua y en guano a la Reseua a
 de se Hagas. a los dros yndios que de nuevo
 se reducen a los dros Pueblos de Tagua
 colcha y chugulla por sea de pobres y auer de
 acudir a las dhas causas y chacaras y glisid
 para de perpetuar en los dros Pueblos para mayor
 de servir a los yndios y pagarle adeante sus
 Tassas pareci^{da} justa y en quibus^{da} de sena vidore
 les podria su dar mas por tiempo de sus años
 a los quibus^{da} mas fuese seruido de Laplata a Prior
 de Aubre mil y seis años y vn año. el lo alonso
 maldonado de Turis. ante mi guano mine
 de fozonda. = a Tenro alogua y Timendo con
 federacion de las causas que fuesen de Reficaen
 a cordi dedar y de Lapusente. por la qual en nombre
 de la yndia y en virtud de los poderes y comisiones
 que me fuesen person a Dene Tenro. Rescribo a los
 dros yndios que de nuevo se han Reduado en los
 dros Pueblos de Tagua colcha y chugulla
 de acudir a mil y seis años Personales y de tassa
 y Tribus por tiempo de sus años. Primeros y de
 que se corran y sequen. de a el día de cañia
 desta mporuissid en adelante y mando a con
 que ofuere de laque Partido y a las quales
 que a Justicias e jueces deprimas que acesen
 tiempo de sus años. Procompecan. mia
 de mienre los dros yndios que paguen a los
 Tribus y Tassas. m uendan a los dros mienre

[illegible]

Oncaudacones Original g.^o Se entrego
Al capitán Diego Martínez de Morelos
En San Juan de los Rios
El 10 de Mayo de 1763

página 14

página 15

página 16

página 17

página 18

página 19

página 20

página 22

[illegible]

[illegible]

página 25

Acuerdos de la Presidencia de los
Zetzi Haza (M) y Zetzi de la Haza
Martinez y Zetzi

Onauidinecone L. Original Co. Ecnaigo
 1847 ar. Original Co. Ecnaigo

John B. Smith

Este. y. Unhaslado. bien
 y fiel. mente. sacado. de los. padro-
 nes. que. an. hecho. de los. yndios
 que. han. hallado. en esta. provin-
 cia. de los. lipes. y fuera. de ella como
 parece. por. los. padrones. que. sobre
 ello. estan. hechos. los. quales. se
 seguiran. en el. discurso. de este. li-
 bro. hechos. por. el. capitán. die-
 go. marques. de. moscoso. edregi.
 y Juez. de. Reducion. de los
 Indios. naturales. desta. provin-
 cia. suso. dicha. que. para. esta
 dicha. Reducion. el. dicho. Juez.
 fue. nombrado. por. Reductor
 por. el. señor. presidente. el. m.
 alonso. maldonado. de. torres.
 quien. fue. cometida. la. dicha
 Reducion. y poner. por. persona
 que. la. hiciese. con. particular
 comision. que. para. ello. tubo
 y tiene. del. R.^{mo} señor. Virrey.
 y usando. de la. dicha. comision
 nombró. por. Juez. Reductor
 al. dicho. capitán. Diego. marques.
 de. moscoso. y para. ello. le. dio.
 orden. con. decreto. que. para. ello.
 de. exeto. el. dicho. señor. presiden-
 te. y el. dicho. Juez. de. Reducion.

Vando. de las comisiones a el
 Hemitidas. para esta dicha
 Reducion. al Juntado. los yn
 dios y dicho paciones como
 en este libro. se seguira a de
 lante. adonde los Indios han
 nonbrados por sus nombres.
 y edades. con sus mugeres.
 y hijos. los quales dichos yn
 dios. asacado. de diferentes par
 tes con trauagos. Exesiuos. y bue
 nos. tratamientos. y halagos.
 que con los Indios. a tenido. y
 otros. quisiere. fuera. de la pro
 uincia. quando. abido. tienpo de
 Juntarlos. los an. nonbrado sus
 curacas. nonbrando. las par
 tes. y lugares. donde estan. y
 qual dicho. Jues. de Reducion
 no. a embiado. por ellos. por
 aver. otras cosas y nportantes
 a esta Reducion. y para po
 blar. las. dhas. pueblas. que por
 el. señor. presidente. desta. ma
 dado. por. vn. decreto. que sobre
 esta. Reducion. pronuncio. que
 fueron. los. pueblas. dela

asuncion de colcha. y santia
 ep. de chuquilla. y san. Juan
 de chuacha. a los quales dichos
 tres pueblos se reducen todos
 los indios desta provincia saca
 do los de Yuca. y Tagua y cauan
 lla. quese anda. Verdad es en el pue
 blo de Tagua. Jurisdiccion que
 desta provincia. y para que cono
 se cada. Un pueblo de estos. los
 que aha. de Yca. y de Yca. y de Yca.
 Y dicho. Yca. de Yca. y de Yca.
 mando. quales del pueblo de
 catula y canica. y chan. y caua
 vi. y de. Yca. y de. Yca. y de
 a hinch. y manica. acaudiesen
 y se poblasen. En este pueblo
 de la asuncion de colcha. los
 quales dichos pueblos. estan
 distintos. y apartados. y de
 Yca. y de Yca. y de Yca. y de
 pueblo de colcha. y asi. a traydo
 setenta. y ocho. yndios. Varones.
 con sus mujeres. y hijos. y viejos
 abien todos. hallado. En parte
 y en parte. y apartados. de sus
 pueblos. por la poca orden.

mal gouerno. que antierdo. abien
 do. El dicho. Ques. ayudados
 de don alonso. yacasa. capita
 gouernador. desta. provincia. y
 de don miguel. cota. osea. los
 quales. an. acudido. con mucho
 cuidado. y diligencia. como
 les. Esta. mandado. por el di
 cho. señor. presidente. y Ques. de
 Reduccion. En las. cosas. que
 ansido. necesarias. En esta. se
 fucion. y para. fundar
 Este. dicho. pueblo. de colcha
 con los. pocos. Indios. que. En
 El. se. hallaron. queno. fue
 ron. Veinte. indios. a Junta
 do. los. questauon. a Usentes. des
 de. pueblo. de. colcha. para. que
 los. Vnos. y los. otros. manda
 se. pueblen. En este. pueblo. de
 colcha. a donde. Tengan. comi
 na. y. biban. En. Justicia. y
 buen. gouerno. a biendo
 les. Repartido. solares. y

haceras. para que tengan a
 provechamientos de sus portar
 se en yndia. Vmanto y pa
 gar sus cosas. lo que su maj
 fuere servido. de. de. y por
 todos los quales dichos yndios
 quel dicho. yndio. de. de. de. de. de.
 haydo. y sumado. de. de. de.
 va. parte. de los. pueblos. a vi
 ba. non brados. con los. que. hablo
 Eneste. dicho. pueblo. de. colima
 hacen. sus. casas. y. abitacion. a
 mo. lo. tiene. mandado. y. el. pue
 blo. de. santia. de. chugu
 la. tiene. provecho. y. manda
 do. y. manda. que. la. parciali
 dad. de los. yndios. que. mas
 pueblen. Enel. pueblo. de. chu
 quilla. que. estan. En los. pue
 blos. siguientes. hacen. quome
 yonen. bicala. pocto. amin
 cha. co. aysa. y. siendo. como
 son. naturales. de. los. pueblos
 suso. dichos. Enellos. no. abia
 gente. ninguna. por. que. lo. mas
 del. ano. se. mantienen. de.

caca. Y ayes. andando
 todos de un lado. y de llamados
 por aver estado. sin quien los
 mandase. y fuese. y gouer
 nase. lo qual. asido. mucha
 falta. de los. codregidores pa
 sados. yansi. mismo. a fies.
 do. y manda. y tiene. man
 dado. que. en el. pueblo. de
 san. Juan. de. chenchu. se
 fuesen. y pueblen. los. pue
 blos. siguientes. yataha. yit.
 coya. cha. chuyca. habta. y e
 yica. tauancha. y el. dicho. que.
 de. reducion. para. hacer. los. di
 chos. padrones. que. de. yuso. se
 ran. referidas. y poblaciones
 que. en esta. prouincia. se. an
 hecho. y hacen. y a vto. nec
 sarios. que. conbinieron. para
 la. dicha. reducion. y para. que
 dello. constase. y se. pudiese. dar
 fee. En las. cosas. tocantes. a
 esta. reducion. no. n. lo. por
 su. desorinano. ante. quienes. an
 hecho. y an. pasado. todos. los.

Y vos: suso. dichos. am. albar.
 sanchez. quita. persona. abil. y sa
 ficiente para. 3. Lerce. El dicho
 officio. qual. nonbramiento. 28.
 El. qual. sigue.

nonbramiento
 de. Escriuano.

En el pueblo. de colcha. provincia
 de los. rios. 3. de. bajante. y 3. de.
 dias. del. mes. de. febrero. de. mill.
 y 3. de. cientos. y 7. de. años. El. capita
 diego. marquez. de. moscoso. id. de
 ciado. y Justicia. mayor. desta. dicha
 provincia. y Jues. de. audiencia. de los.
 yndios. rios. por su. mag. y por. el.
 señor. visorrey. 3. nsu. Real. mon
 tre. nonbro. por su. 3. seruiamo. pa
 3. Lerce. El. dicho. officio. 3. nra
 dicha. Reduccion. que. ha. y. para
 su. Juegado. a. albar. sanchez. que
 era. persona. abil. y suficiente
 para. 3. Lerce. El. dicho. officio.
 del. qual. vicario. Juramento. en
 forma. de. derecho. que. vna. bta
 y. fidel. mente. El. dicho. officio. y. en
 sio. mando. y. firmo. sten. de. rios.
 rios. El. doctor. f. m. Lopez. y.
 rios. mon. drayon. y. f. m.
 mon. drayon. diego. marquez.
 de. moscoso. por. ante. m.

de basan ches. que va a 88
 de li tramo. non biada
 de nos. pueblo de colcha. provin
 cia de los lipos. En bayuta y
 cinco dias. del mes de hanero.
 de mill. y seiscientos. y tres.
 mas. El capitán diego. mar
 ques de moscaso. corregidor y juez
 mayor. desta. provincia de los
 lipos. y juez. de real. de los. y
 de naturales. lipos. por su. mag.
 y por el. señor. visorrey. y su. no.
 bra. mando. para. aver. antes. al.
 capitán. y caciques. desta. provin
 cia. para. les. notificar. las. pro
 visiones. que. viene. del. señor. visor
 rey. y de la. Real. a. Valencia. y de
 otros. que. tiene. del. señor. presiden
 te. En. Hagon. de la. Real. de la. Real.
 que. va. haciendo. y estando. pre
 sentes. don. alonso yacasa. capitán
 de los. indios. lipos. y don. miguel
 copá. osca. y don. fran. xelán
 y don. diego. chalsuy. y austin
 yocana. y don. martin. surda. y don
 alonso. waca. y don. baltasar. ci
 chuca. y don. martin. guala
 de.

De todas las quales dichos capitán
 y caciques les mande por mi el
 y escriuano deuso de fivido. nsti.
 fivase las dichas provisiones y
 y selas notifique. En sus personas
 propias de manera que las. En ten
 dieron bien y selas ley. de verbo ad
 verbum. y el dicho capitán y
 y cacidos y quos de. y de dición. les
 mando por virtud de las dichas
 provisiones. a el cometido. que den
 no de. tercera dia. primeros sigion
 de viajeon. Todas las yndias que
 vienen. cada uno. de sus parquial
 dades. barones y mugeres. con todos
 sus hijos. sin. y de serbar. ni uno
 yavalos. y. En yatro nando. como
 su. mag. lo manda. y pasado el
 dicho termino. y nolo. haciendo
 asi. al capitán. oca. que. y el d
 de. fivore. a este. su. mandamien
 to. le pñuava. del. cacicazgo. y mas
 procedera. contra el. por. todo. vigor
 de. derecho. comp. contra. personas
 y n. obidientis. a los mandatos de
 su. mag. y si. algunos. yndios. fu
 bieren. que no. puedan. ser. abidos.

y para que se de orden
 a los yndios y a los de
 que biuan. En publicia y quando
 vinadas y ansito proueyo
 lo testigos. agustin mondragon
 y el doctor. fran. loyola y fran
 mondragon. diego marquez de
 moscoso. por ante mi. aluarez
 chis. guerra. Escriuano. non brado

En el dicho dia mes. y año suso
 dicho. y oyd. dicho. Escriuano.
 notifique. el mandamiento y
 a vto. proueydo. por el dicho.
 Quor. de ynducion. a los caciques
 desu. non brados. de manera que
 lo entendieron. sin pretender
 y norancia. y dello doy. fe. y bo
 dadero testimonio. y lo firme
 testigos. el doctor. fran. loyola.
 y agustin mondragon. ante mi.
 al. ba usanche guerra. Escri
 uano. non brado.

y En el dicho dia mes. y año suso
 dicho. Notos. los caciques. principa
 les. presentes. ala. notificacion

Fecha por mi. S. dicho. Escriuano
 Respondieron. y por ynterprete a
 eustin. mondragon. que todos es-
 tan. presentes. de vna. sus. y nros
 como. por. La. Vto. prouido. les es-
 ta. mandado. y que ansito. cumpli-
 van. de todo. lo qual. dij. ffe. y
 verdadero. testimonio. testigos. a
 eustin. mon. dragon. y S. de por
 ffe. w. Lopez. Antemi. alvar
 sanches. guerra. Escriuano. non
 brado.

presentacion.
 de los yndios.
 de colcha

En vnciente. y siete. dias. del. mes
 de. henero. de mill. y seys. cientos
 y tres. años. En el. pueblo. de. col-
 cha. prouincia. de los. lipos. ante
 capitan. Diego. marques. de mos-
 coso. cohe. y los. Justicia. mayor
 y Jues. de. Educacion. desta. prouin-
 cia. de los. lipos. y de los. yndios
 naturales. de la. yncio. presente
 eustin. yocana. cacique. principal
 del. pueblo. de. colcha. y dijo. questa
 preste. de. manifestar. todos. los
 yndios. deste. pueblo. y all. sujetos
 por. sus. ayllas. quales. son. los.

ANB, CACH (Correspondencia de la Audiencia de Charcas) 337/ 1602.

Carta del corregidor de Potosí, Pedro Córdova de Mejía, a la Real Audiencia de La Plata: informes sobre querella de Cristóbal de Vera contra el corregidor de Lipes, Pedro [*sic* por Diego] Márquez de Moscoso, sobre el depósito de indios y destino de éstos en las panaderías de Potosí.

Potosí, 29/10 1602
Señor

786
In- de vta. de 17 deste mes celi con el testi-
monio de la quaxella que xpo val. de ver-
para dero dio contra. de marquez de mes cofo
concep dor. de los lipes. folde que el chodra
ya firmacion que vta. se vino mandar y
la entio en este pliego original. yo vi
to al gunas veces estas para derias y es las
kimal con la opresion que tienen en ellas
estas des venturados y no lipes que es por
que es clonovio y con malicia les van
dando platta para tenerlos en peña de
foda la vida. yo les emendaba kimalmen-
te no les den mas platta a cuenta de trabajo
que sera por su riesgo y la perderan. tan-
bien les a ordenado los de ben. soliv. los
domingos a misa. y los de mas. dias a lo q.
les continiexe de sus miserables contraccio-
nes. esto se cumple mal porque dicen que
en de fundir los. soliv. no vuelven y se uyen
y que el conce pido. de los tiene de positivos



Con. obligan de que se les an de entregar quan
do se les pidieren alabrado de los parrade-
ros hithados de los yns. y salarios. y lo demas
que a V. L. a. constara por la informacion
y de ne. de aver. muchas mas. el poner estos
yns. en libertad. Salandolos de la opresion
con que de presente estan. Seran gran ser vo
dedos dando orden. como si vna y tengan
do hira sirviendo. Ser V. L. mirar que si de
todo punto se salan. de los parradesos. Seran
gran falta. para el proveymto de ellos. tie-
ne el pueblo. que no abra otros yns. dios
que se acomoden. al amalo. Como lo
hacen. estos lipes. que estan ya curados
en este ministerio y para cho no. Seran
de ningun. Ser V. o. pero no amando suza pa-
ra. que puedan. estar. con. do hira y con li-
berdad. Ser mas. Ser V. o. de mo. tr. llevar los
ahos yueblas y reduccion y que los parradesos
se acomoden. con comprar. negros y negras o
los cur. el ser V. o. Gallan —

~. Con los soldados y gente. Vagante. que an-
da. en. este pueblo. de guardar. In orden
que V. L. a. se viene mandar —

~. estos dias. an. y de dando. sus. des. Cargos con
ante de villa. y donde de andado. y
son. como en. este pueblo se a les tuelran
que prueban lo que quieren. hacer yns
fuerza por futura. de la. Cur. se les in que
tienen a se le dando. sus. lidos. al fin. al. no
respondido. Sus. in. agora. Con. in. respondido
prueban en. este articulo. y permitir



te doy la piedad que puello para que talen
 en la conchura y puello senteniarlos. el ala
 para do. de la es fuerza quando les as ten
 del de rechos. es conocida con que pretender
 y Van Andia no que no senteniar talen
 en mi puerca sobre mas que la sitien. de
 la carrelaria. con el tyn dndi y o si ble y
 que contiene vez. por mi parte. dandopre
 en para que se con chura y puello senten
 iarse como V. L. lo mandan. que lo pro
 pio mande el tyn dndi rey. del del yma
 nro. tyn guarda adla con. el a accen
 tyn de mayores reynos. como tub va
 sublos de leamos de y o si a 29 de
 o fubre de 602 al.

Va fubre de 602 al.



Fonp^o del
 J. ordna mesia

Al Rey nro señor en su Real
convento de San and^o de la

reunido de la an. de la.

Dr. F.

Consider deposit

Patel

in. 4 89. de ven

John P. de Cordoba Esq

Godric has died See last letter &c. May I hope so
- and a great many other things

373



**ANB, Expedientes Coloniales, 1649, N° 16/ 1649. Alonso Picta,
gobernador y cacique principal de Lípez, contra Ignacio Chirinos,
sobre la preferencia a un cacicazgo.**

Advertencias:

Como se resuelve de la lectura de este documento, el mismo trata en realidad del pleito mantenido por Juan Chiri, cacique principal y gobernador de los lipes, contra Alonso Pigma, sobre la preferencia al título de cacique y gobernador.

Se omite la reproducción de los fs. 2r, 4v, 5v y 8v, por encontrarse en blanco.

65. *Lipez.* *En quartillo.* *Procuracion y quepura*
ellos elean los autos
 SELLO QVARTO, VN QVARTILLO,
 AÑOS DE MIL Y SEISCIENTOS Y OVA
 RENTAY SEIS, Y QVARENTAY SIE
 TE.
30/3 - 1826
13
 ARCHIVO NACIONAL
 DE
 BOLIVIA
 Don Juan Chiri Gobernador y Jefe Principal de los dos pueblos
 de la Provincia de los Lipi Pasos a los V.A. Como mas ay alugar de
 derecho y al miso con benga y digo que nido como soy talgoz nador y can que
 Principal de los dos pueblos mas a de rite a nos por rerecho y nusion de
 Sangre que sueti a Don Juan Chilla m Samano Da nuya miente me
 Nombró Dotal goz nador y caci que Principal de los dos Pueblos el cap
 don Bernar dino resp nora y al biai correge que ala cha Dromi elos
 con firmase De que me des pado ti tulo en forma en birtus del qual
 se xerxi el dho ofiio con Muchasati fiauon y puntualidad. a fudiondo
 alas obligacionis de mi ofiio to do el tiempo que fu correge el dho cap
 don Bernar dino resp nora. A que ddo ti tulo y ofiio me aprouo y con firmo
 el cap don Lorenzo de aluara do su sucesor que fu correge de la Daproua
 la mi ma aprouaon y con firmacion me hio el cap don Gas
 par Berdugo. Con pido que asi mismo fu de la Daproua y nungre
 abisado y exerxiado el dho ofiio Conto dasati fiauon de los dho
 Correge dori. Como to do Comsta de tot ti tulos y mrautos que presento ante
 V.A. Conclumando necesario sin que en mi aya causa ni
 de Merito Para quitar me el dho ofiio Por lo qual V.A. a sinbio
 Com firmas me los dho ti tulos y persuaual promiion que asi mismo
 Presento Manro seguar bason y suplieren en to do y perto do como muelo
 de Contenia y es tan do Como es to y en la quita y paci fua posession de dho
 mi ofiio de Goz nador Usando la y exerxiendo de gade nido a las obli
 gaciones que me tocan a ora el lueo Alon de Carrion Cauaga de buca
 Correge que aprie es de la Daproua Por odio y enemiga que con mi go
 bino Nacida de que de pinto amu yndos y que ane rito Real audr
 Daproua Real para que no ti hui a grauios y que alla que se bauer

(No digitar lo qual no consintio de hecho y contra derecho sin qz me
 citarme en la mas merced avar Causas nro meritos contrame me
 Pretende quitar el dho mi oficio de gouernador y caique Principal
 que como dho me pertenece por derecho de sangre y a dho titulo
 de Aun yndio bñ y y mill de sin Capaúdas Mitante para el Vsar
 y exerce llamado Alonso Pigsa. el qual con sinies fue oracion
 ofusio a esta real au diencia y calando Lauer das de que y o bñ
 gouernador de dho y estaua orando y exequiendo de dho oficio presento
 ante V.A. el dho titulo y gano real promision de com. *firmacion*
 ocl. y para que todos se en minbe yere boque y y o sea des
 agrauado y como de hecho fuy des gozado de hecho y arretraydo
 en Caron merced apelo y me presento ante V.A. en grado de ap
 lacion y pñ dñdad y agrauio de dho titulo vado por dho corre
 en *firmacion* de dho Alonso Pigsa y todo lo en subvirtus de dho
 y de cuenta de y sabiendo Concluido uti pñdo suplico de real
 Promision de com. *firmacion* del que se le mandó dar.

Al V.A. Pido y suplico que auien dome por presento en qual
 quien de los dho grados o como me lo ayalugar de derecho gaudendo
 visto es los dho titulos y mandatos que presento me de des pñchar en mi
 favor Promision real sobre carta de la casa en com. *firmacion*
 de dho mi oficio de gouernador y caique principal de los dñs Reis
 Queltos y los lñps. Tribocando y dando por ninguna la casa en
 favor de dho Alonso Pigsa. Al qual rñmecho de que si pñcede
 al pñcedido al dho oficio de gouernador y caique Principal
 de dho casa real au dñ. Mandando al dho gouernador lo graues
 Penas Nome y quide nuperturbe en la dñ posesion que
 tengo ante me ampare en ella. Y que si algo tiene que decir
 en dñ me aytarell audr dñ y o sea y dñ. anxi de ser
 des gozado y des gozado de dho oficio en que me merezco con
 Justicia de

Don Jñ chive



En querrillo.

SELLO QVARTO, VN QVARTILLO
AÑOS DE MIL Y SEISCIENTOS Y QV
RENTA Y SEIS, Y QVARENTA Y SII
TE. *En la ciudad de Mexico a 10 de Mayo de 1666*

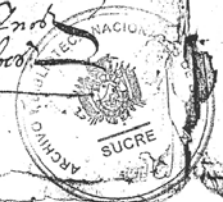
[illegible]

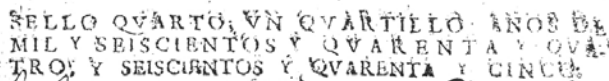
Exonaeferentia

Autograph 1649 of

the Ladoga water is dependent on the sea, and the place is
 1000 ft. above the sea level.

2✓

[illegible]



Von Gaspar Antonio de Almeida
H. M. Marques



Un quartillo:

6

SELLO QVARTO, VN QVARTILLO,
AÑOS DE MIL Y SEISCIENTOS Y QVARENTA Y SEIS, Y QVARENTA Y SIE-

[illegible]

7

7

SELO QVARTO, VN QVARTILLO.
AÑOS DE MIL Y SEISCIENTOS Y QVA
RENTA Y SEIS, Y QVARENTA Y SEI-
TE.

[illegible]

concreta con los titulos origi
nales que se entregaron a don Juan

Concurrence





Va quante.

SEZLO QUARTO EN PORTO
LLO, ONOS DA MELYSASSA
ANTOSY QUARANTAY DOOSY
CANTOSY QUARANTAY CIES

Presenta el emplacame
gacusa Rebelia

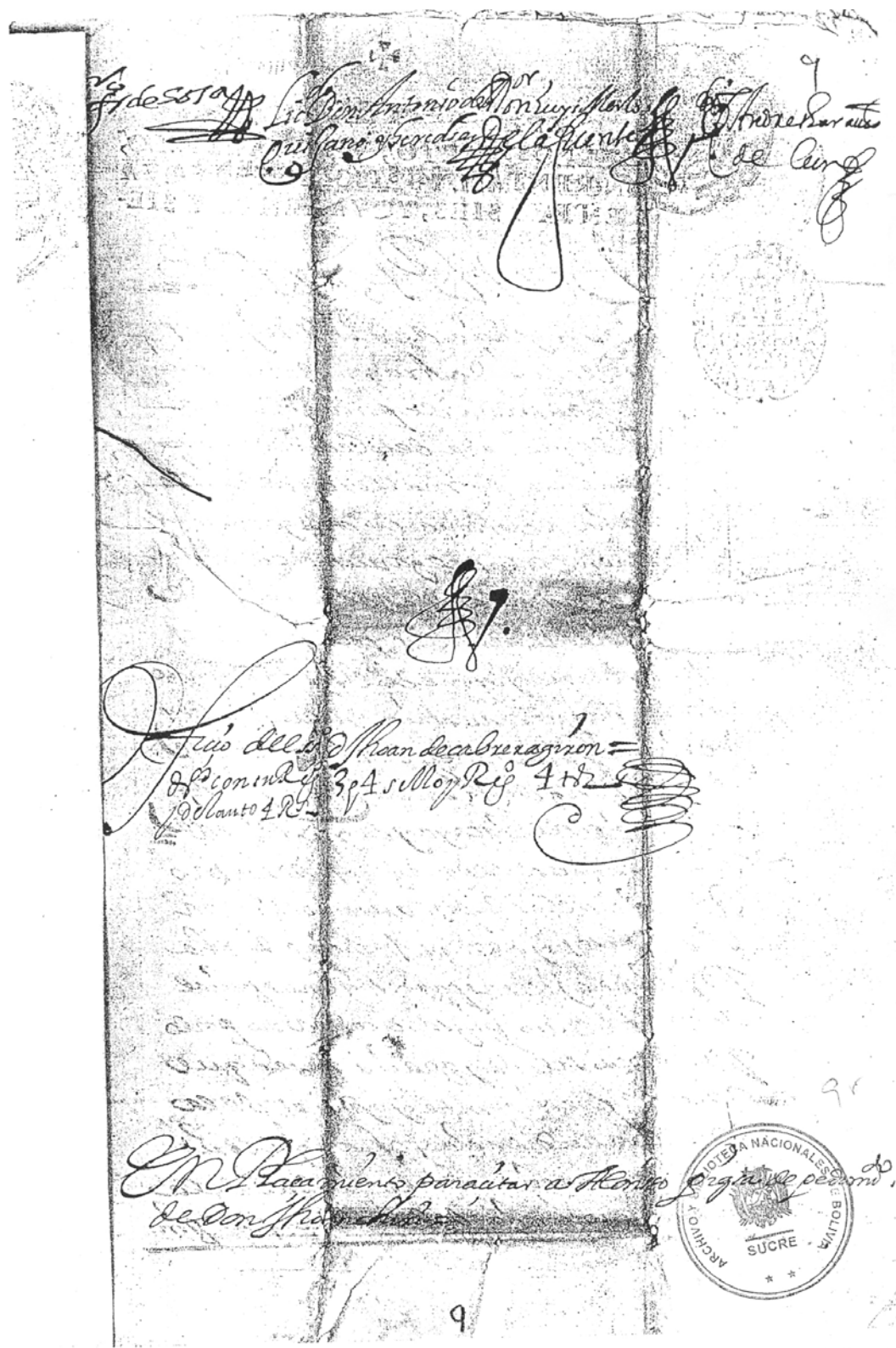
De

Don Juan Chiriguemay y Jacque Principal de los deys
Pueblos de la Provincia de los Lipes. En la causa con Alonso Piza
y no de Pueblo de Chucsa sobre quereme quitar el dho cargo de guber
nador y Jacque Principal que me pertenece por derecho de sucesion
de sangre. Digo que P. A. de virdo. Mandar me repachar su carta y
Provision Real de emplacamiento. con termino de beynte dias para
que el suso dho Parecia. En esta real Audiencia. Para o por suplicas o
en seguimiento de la dha causa. gaunque se le no tiene como parece
de dho emplacamiento. y notificacion que Presenta como que me
nueva. No desaparecido ni dho con alguna. Dalo que se
afuola. Rebelia

M. A. Pido y plico mande bauer en esta causa como
Tengo de dho Justicia y Justicia de

Don Juan Chiriguemay





folio 9r



En quartillo.

SELLO QVARTO, VN QVARTILLO,
ANOS DE MIL Y SEISCIENTOS Y QV
RENTA Y SIES, Y QVARENTA Y SIE-
TE.

*Donagracia de dñs & rey de cas,
Rea de Leon d'atragon de la rorcia
Las de Jerusalem de Portugal dona
marra. de granada de toledo de valen
cia de galicia de mallorca de senilla
de serena de cordova de canagade mur
cia de seuen de lorazguies de algezira
de gibraltar de las yllas de canaria de
las yndias orientales y occidentales
y la ythia firme del Mar oceano
Archiducado de austria ducado de bor
gona de Brauantez de milan conde
de albrunz de flandes de rocy barce
lona reia de bicaia y de molina &c
A vos de nuestro corregidor de la pro
uincia de los rios y de otros lugar
sitienientes y de mas justicias de dha
Prouincia de rapanes y en especial
a vos Alonso piza cada uno por lo
que os toca salud y gracia saued que
ante el presidente y oydores de la
nuestra audiencia y chancilleria
de algeyres de en la ciudad de la
plata prouincia de los charcas de pmi*





En quartillo:

10

SELLO QVARTO, VN QVARTILLO,
AÑOS DE MIL Y SEISCIENTOS Y QVARENTAY SEIS, Y QVARENTAY SEIS.
TE.



Represento la petición del thenor siguiente
Muy Poderoso señor = don Juan de
guernador y caique principal de los
dichos pueblos de la provincia de los rios
Parece a vuestra alteza como mas
ayalugar de derecho y al mismo tiempo
digo que siendo como soy tal gouernador
y caique principal de los dichos pue-
blos mas a dereche años por derecho y
caion de sangre que nace a don Juan de
Huacon y heronano por una mudeste me
nombró por tal gouernador y caique prin-
cipal de los dichos pueblos de los rios
don bernardino de la piosa y albea conde
que fue de la dicha provincia de los rios
de que me des pacho título en forma en
virtud de qual virey exerce de dichos pios
con mucha satisfacción y puntualidad
acudiendo a las obligaciones de mi oficio
todo el tiempo que fue conde de dicho
capitan don bernardino de la piosa
el qual dicho título yo fize y me apro-
y confirmo el capitan don Lorenzo de
Alvarado corregidor que fue en su tiempo de
la dicha provincia de la misma apro-
non y confirmación me hizo el capitan



10

Don Gaspar Bermejo y por regimiento
 no fue de la dicha provincia y tiempo
 cuando se exerció el dicho oficio con toda
 satisfacción de los dichos corregidores como
 todo consta de los títulos y recaudo
 que presento ante vuestra alteza con el
 juramento necesario y que en mi aya
 causo ni de mérito para quitar me el
 dicho oficio por lo qual vuestra alteza
 se sirvió confirmar en los dichos títulos
 y por su real provisión que así mismo
 presento mando se guarde y cumpla
 en estos dos puntos de como en ella se con-
 tina y estando como estoy en la quietud
 y pacífica posesión del dicho oficio de
 gobernar y mandando se exercir y ha-
 ciendo a las obligaciones que me tocan
 y aora el licenciado Alonso de Carrion
 caueca de uaca corregidor que al presente
 es de la dicha provincia por odio y ene-
 miga que con mi govierno traxo de que
 despenda a mi yndios y que gane de las
 de acaudalencia y a provisiones reales
 para que no le hiciese agravios y que
 se la quisiera hacer notificar, lo qual no
 consintió, se le dio y contra derecho
 sin yrme niarme ni la marme
 y sin aver causas ni de mérito contra
 mí me pretende quitar el dicho oficio



10v

de gobernador y caudillo principal que como
 dicho es me pertenece por derecho de su
 pre y adado nuevo título del don y mero
 vago y vniuersal inca padada ni talento
 para llevar y exercer llamado Alonso pigza
 el qual con mis tra relación, ocurrió
 a esta real audiencia y callando la verdad
 de que yo hea gobernador legitimo y actual
 usando y exerciendo dicho oficio pre
 ante vuestra alteza dicho título y gano
 real prouisión de confirmación del, y para
 que todo se enmiendo y leuopie y lo sea de
 agraviado y como de hecho fué despojado de
 hecho de xerituydo en caso necesario apelo
 me presento ante vuestra alteza en grado
 de apelación nulidad y agrauio de dicho
 título dado por el dho corregidor en favor del
 dho Alonso pigza y lo do lo en virtud de hecho
 y de curado y hablando con el dho me
 respecto suplico de la real prouisión de
 confirmación de que yo le mandado dar
 A Vra. Alteza pda y suplico que auiendo me
 por representado en qualquiera de los dho
 grados como me lo ayalugar de derecho y au
 visto el título y recaudo que presento me
 despachar en mi favor prouisión real
 y carta de la dda en confirmación
 de dicho mi oficio de alcaide y caudillo
 principal de los dchos seis pueblos de los

En quartillo:



SELLO QVARTO, VN QVARTILLO,
ANOS DE MIL Y SEISCIENTOS Y QVARENTA Y SEIS, Y QVARENTA Y SIETE.



Suplico y revocando y dando por ninguna
valida en favor de dicho Alonzo Pigza
a qual se le mande, que si pretende
algún derecho a dicho oficio de gobernar,
y a cargo principal, o a una de las Reales Audiencias,
mandando al dicho gobernador lo grave, penas,
nombrar y quiete ni perturbe en la dicha posesión,
que tengo, ante mi para en ella y que
si algo tiene que decir y manifestar a esta Real
audiencia, donde yo sea o yo antes de ser des-
pachado y despojado de dicho oficio, lo presente
que requireré con juratoria de conciencia
y chiri y con la dicha petición presente
forre autos en ella conchando, y produciendo
por los dichos nuestros presidentes y oyes
acordaron dar traslado a vos redichos Alonzo
Pigza y que se despahe de en el acatamiento
En cuya conformidad fue acordado que
se le mande mandar dar esta nuestra carta y
provisión real en la dicha manera por la
qual, o damos traslado de la petición sus-
puesta a vos redichos Alonzo Pigza y oyes,
ordenamos que dentro de veinte días
contados del día de la notificación desta
nuestra carta, padescais por vos, o vuestros
defensores en la dicha nuestra Real Audiencia
a decir y alegar de vuestro derecho
y justicia que padescais, lo dicho.





Un quarto.

12

SELLO QVARTO, VN QVARTILLO,
AÑOS DE MIL Y SEISCIENTOS Y QVARENTA Y SEIS, Y QVARENTA Y SIETE

Nuestro no prestí denty qñe
Voro gran y o la guardaron en
lo que tuuierdes, y en otra ma
drea de dñs termino de veynete
dñs parados, y en otra de sendas. De bel
dñs aũa por presencia qñe a la parte
del dñs don Juan Chiriz todo lo que se qñe
alegar qñe viere y determinar an la causa
por los grados e ynstantia an parados
quales y parados a quello en que de dñe
cho de dñs ser qñado, o qñamos llama
mos y emplacamos especial y perentoria
mente y asenalamos y aũemos por señala
dos los estrados de la dñs nuestra Real
audiencia don de se haran y notifiar an
to do lo qñamos de oretos y sentencias que an
la dñs causa se diere y pronunciar an
y bal dñan como an con vos se ficiere an
y en persona de ficiere an notifiados y man
damos a vos las dñs mas pñe qñas ha
gas que así se guar de ja amplexo to an the
ni de nosta nuestra real provision
pena de la nuestra mrd y de cada qños
pena eni para la que a la camara y la
qual mandamos a qual qños nosta
publico, o nosta y a n fulto a persona
que se palee y se oir an ante dñe tñge



12

folio 12v

13.

En quartillo?

Sello Quarto, vn quartillo
AÑOS DE MIL Y SEISCIENTOS Y OVA
RENTA Y SEIS, Y OYARENTA Y SIE
TE.

Rece *Rece*

El fiscal protector por don Alonso ven gobernador
 i caique principal de la provincia de las lipes en la
 causa que contra el aintencado don Juan Chiri sobre
 el derecho de las lipes go respondiendo al traslado
 que se me adado de supedimento digo que se lea de
 denegar la provision que pretende, porque aunquell
 to que por sangre al dicho don Juan. es de mucho per
 juicio en el oficio pues a buenta los indios de los
 pueblos. i los alquila a diferentes partes para que
 no paguen tasa. ni aia quien tirba por una causa
 i para mas utilidad i que los indios esten mas bien
 tratados i que ayudan al adobrina cristiana. nom
 bro el licenciado Alonso de carrion. siendo corre
 jidor. al dicho don Alonso ven por go bernador
 como se probara en esta ciudad con las personas que
 an venido de los lipes. i como des pues que entro a
 ferlo i se fue el oficio sean reducidos algunos in
 dios con el buen tratamiento que les ha e. i a estas
 conueniencias que son en utilidad publica se mi
 ra en los nom bra mientos. i no al ducido.

13

136

ARCHIVO
 SUCRE
 VOTOS

138

Demaguedavillalon

[illegible]

despatches & letters in favor of Don Francisco
purgacion & others. Pensamiento co, 20 de
mayo an. Subscripcion por el ornato de la ciudad
a S. M. C. de Agosto 1849. Pensamiento co
And. y. garmin



**CNM-AH, Cajas Reales 1, fs. 56-57/ 1550. Fray Gerónimo de Loaysa,
Fernando de Santillán y fray Domingo de Santo Tomás.- Tasa de los
indios que tienen en encomienda Francisco de Tapia y Hernán Núñez
de Segura.**

tasa de los indios que tubieron en encomenda frances de tapia el haznan minz. de 96
 de quito haznos que fueron de la villa de platina 56

[illegible]

En un dno
 2.ª mte dizeys vos los ofe a fague e
 fley timf alos ofe pcos encomendicos en adbn
 y no fepmille pceda los a dno de gto pcentos
 y anguentamio en dzo bemplata como vos los ofe
 a fague e yndios mas qm qe el dco yme lo pndiera
 dco a dno quafte mofes m llofos pries tos en la billa d
 zblta en afa dolo en comendicos

En ten daroia fada seys meſes veynte beſtidos de
 a vasa: lamitas de hombre y la bestia manta y amfeta
 y unco y liguia lamitas del vndio y el anaco
 de la vndia de deſbarar en aniso y deſt de bano en
 luengo y la amfeta de vaza y oraba en la zpo y
 el aniso deſt deſbarar manco oraba. En ligu
 da de bano y deſt en la zpo. de aniso de bano
 puesto en la villa sepleta en tor: del enſon
 dezo

2. En tan dazis a dha seis meses defferido de al tñmano
 aida de meses - Que colore en: yffmantra para adallos y
 que tres mandres y quynze costales consuegones
 todo de lana, y de 5 arrobas de lana puestas en la
 villa en afa del encomendado //

7 e tendencia: ou seja meses de vinte e cinco dias
e dois marcos no seio pediram fêmeas porque sua
menstruação era mais curta e não podia ter filhos
ou seja meses de vinte e cinco dias e dois marcos no seio pediram fêmeas porque sua
menstruação era mais curta e não podia ter filhos

2 Yten en tres a dos oys meses de las dhas d. sebo
y quatro cantillos de amanteca: se lleve no puega
en aña del enfomero

7 y tendazais a da prismales treynta bolovillas de lino
del tamaño que la ovallas son puestas en la villa de en
por or

၈၇၀ — ၇၈ —

xx - Leftidos -

11 fua; 28
 11 mande; 28
 11 mande; 28
 11 doctores de sua corte de belina
 11 de belina

xx / Cobras
 rason paequa / el as 45 de l. año 1 / Cobras

sebo y mantea mi cantayzlo

31/12/1944

masas	Y ten dazeis cada oys meses diez azugas de sal e azugas	sal e azugas
o h d n	Y ten ois encomendados fuera a fars (fars) los ois que el tpo que encares es tubiela de la quala sizban de fars h d n ois yndios e yndios	o h d n
adazgan	Y tendazeis para ayuda al guarda de los ganados de los encomendados seys yn dros en fars tierras	adazgan
o p d a f e n	Y ten ois los Comanderos qui oys le dar con su panado comida a potosi e puzo de los Cambo de a t a t a t a t o de los r i s e ena comendado a f e n d e p i a r e o d e n d e una le d a z a i s vos los d f o a r a g u e y n d i o s dos bezes en el ano a cada vez de y n t y n d i o s para que ayuden a r a z p a r y d e a r a z p a r t u a d a z a l d f o g a n a d o y d o s los d f o e n c o m e n d a d o s n i o f a p e r s o n a n o l o s o m p a r e r e n o f a a s i m a s d e a n f a z a l o d f y a l e y a y b u e l t a l o s a d e y s d e d a r l a c o m i d a q u e f u e r e m e n e r e p a r a l a m n i o	o p d a f e n
i d t p i e n	Por que con menos azugas e azugas de con f e n g a d o s los d f o e n c o m e n d a d o s p o d a y s l e d a r los d f o t r i b u t o s d e n a r p a m o s y m a n d a m o s q u e h a y a d e t i n a r a l o s d f o n a t u r a l e s e n l a c o m u n i d a d m a s a n t a f e e c a t h o l i c a e t e n e r e q u i n d m l a n a t u r a l o b u e n a p o l i c i a e n o d i a n d o r e z i p o o f f e l i t u s o q l o h a y a p o r n e i s v n e o p a r o l d e b u a n d i d a e n p e n p l o q u e l o s d t p i e n o l o s u o d f	i d t p i e n
com d n f e r d n i a l d e z i p o o e l i g i o s o	Por que alilezipo o f e l i t u s o q u e d e t i n a r e l o s d f o n a t u r a l e s d e n i s t o q u e d e l a p r o b e a d e d o m o d n s u s t e n t a c i o n e n t a n t o q u e n o a y d i a z m o s d e q u e s e p u e d a s u s t e n t a r v o s e l d f o a r a g u e y n d i o s d e l d f o f l e p t i m s d i n e r o p a r a a y u d a a s u s t e n t a c i o n f a n m e s d o s h a n e r e d e m a l i i y v n a d e p r o p i e s y d o s o b e r n a s m a d a q u a n t o m a s e s v o n p u e r o b u e n o e v n a q u e s a e n s u l u g a r y m a d i a l a n e g a d e q u i n u a y v n a d a r p a d a s a l y b n n e n t a z i l l o d e m a n t e n d e d e o b e j a s y n d i s e m a n a s e y s p a d s y p e r d i z e e q u i l l a s s i l a s t u b i e r e d e s y l o s d i a s d e p e c a d o a d n d i a a l p u n n o s f u e b o s y p e c a d o o r l o s t u b i e r e d e s p l e n i p a r a q u e t u n e y a r b a p a r a s u a i b a l p a d u r a y e l o r l a z i o d e d i n e r o s y o f f d o s a s m a s o r f u e r e	com d n f e r d n i a l d e z i p o o e l i g i o s o

[illegible]

y tomolec cuenta a los pexco coaquiza a quique deffe
 vartim de los lipio en conuado al de fan detapia e
 sepura de el fane con tales canpllos desde quinxze
 de marzo de set y cinquenta vto de fheizo ala vela
 el deo funiga de detapia a talos fra y nes seapania
 fi ta quinxze de marzo de sette pinte ano de quise de angia
 y fano e fuezon al fany de los de vndio de
 tra mill y quatro cientos e setenta y off se y el xto

मम लेख विषय

e por treynta beftidos de abasas
 e de ffraxidas
 e diez mantas de caballos
 e diez mandileos
 e quarenta e cinco coftales de suagunas
 e cinquenta e cinco obefes
 e cinco a fforas de cebo
 e diez e feys cantazillos de mantea
 e noventa bol-sillas de lnyne
 e treynta azugas de orel

to do qual se den los dñs dlos dñs dñs. (se amplexon a dñs a quinze
 de marzo de quingientos y cinquenta y cinco años. y de este dia van de cobrar
 los tributos de los dñs yndios conforme a la tasa vel dñs dñs y a los yndios se
 se cobran de los dñs yndios. lps
 y mas se den corpa a dñs dñs a los dñs dñs.

endie: f. scvs demar o paparon los yndios lipco quynze
bestias de abiar: que en diecion a ser e psona ados a d'ano
y quatro fundas atos p'quanto ff. nra m. que montaron
ciento y quatro p' en yndios - de los quales se hizo cargo al
f. e se: p. de nra m. (L'ne p'pazo)

y en veinte y nueve del dho mes de mayo de 1594 (vicio pasado)
 los dho y nros oros abedades y benedicion a los pñales bñ
 y de pños que se benedicion a nro pñ en ay de as a uno
 a menthon noventa y nueve pñ - delosquales se fizo a 150
 al tñsor pñ de dñara.

endiez y orle de junio del año de mill e quys e (anq-ano. pa
gazon los sfos yndios lipes (anto y beynte y año mas de aplath.

—	ing ps —
---	----------

2-12-20

CXXVI^m vñ en fñrte y mairaz d quanto pñ el maro vñ en qñ. lo qua deue oclos tñ bñtas
de coallidno apagar pñ lñtas - oclos quñtas se fizio az go al tñeo - pñ
de calana -

886^{no} ^{me} ~~en~~ deynt. e mude de jullo de mill e quye e (an) y de juno no. payaro
 los ope yndios lipes deyntes. anco maros de plin aquat pē. y de jyo
 arag. Altesor p de azina.

11 en ardoza de setiembre del 88 año de mill e quatro e cinquas - paga
 zon los 88 yndios lipas veinte e quatro de plata y 88 de oro al tesoro
 de los tucumanes

Lxxviii^o ml^o — it endovinte vte de di 3. sol d'ano de quie e cany e anno parato los d'os yndios
 setenta y cinco mazo de platin por ensaya y quatro p' el mazo. los q' se oange
 al f'v'or y n' n' d'azinte

¶ el dñs dia veinte y tres de abril parecieron los dñs yndios paxtin qñon llamado y mien dñcans que si vendierón en el monastio de montañon tanto lo pagaron e nuobe por y quanto lo en payados. de los quales se hizo cargo el dñs tñor fu dñz de azate.

¶ en diez e oys del lanceo de mill e quatro e oys pavaço los dho ys
 (anquenta ma nos de plata cozi a quatro p. e selito coze no de de q. e su cozi

en diez y siete del abrego del dho año de mill e quise e cinquenta vscys
pauo sonpeio waquiza aique principal del os hermitas delos lopes

L 88
mz
*(antigua marzo deplata & agnito Joel mi en pt de pago solo que
delle de hibitos asuma al traci- hizeo aryo al ffeoz e antompo
ffamij e bazquez en el sbio al aryo en h) delos hibitos a spns 148*

22^{ms} 6^{ms} # en el de marzo deste año pago beynte y cinco marcos de la plaza
de la plaza de sele yizo arroyo de el de fevor an tomo ffruyez. n.º 148

xxviii^{os} An. vmi^{os} del ep^o ph^ota r^ogeri o arzo all^o ep^o theoz^o a 1508 147-

22
 23
 24
 25
 26
 27
 28
 29
 30
 31
 32
 33
 34
 35
 36
 37
 38
 39
 40
 41
 42
 43
 44
 45
 46
 47
 48
 49
 50
 51
 52
 53
 54
 55
 56
 57
 58
 59
 60
 61
 62
 63
 64
 65
 66
 67
 68
 69
 70
 71
 72
 73
 74
 75
 76
 77
 78
 79
 80
 81
 82
 83
 84
 85
 86
 87
 88
 89
 90
 91
 92
 93
 94
 95
 96
 97
 98
 99
 100
 101
 102
 103
 104
 105
 106
 107
 108
 109
 110
 111
 112
 113
 114
 115
 116
 117
 118
 119
 120
 121
 122
 123
 124
 125
 126
 127
 128
 129
 130
 131
 132
 133
 134
 135
 136
 137
 138
 139
 140
 141
 142
 143
 144
 145
 146
 147
 148
 149
 150
 151
 152
 153
 154
 155
 156
 157
 158
 159
 160
 161
 162
 163
 164
 165
 166
 167
 168
 169
 170
 171
 172
 173
 174
 175
 176
 177
 178
 179
 180
 181
 182
 183
 184
 185
 186
 187
 188
 189
 190
 191
 192
 193
 194
 195
 196
 197
 198
 199
 200
 201
 202
 203
 204
 205
 206
 207
 208
 209
 210
 211
 212
 213
 214
 215
 216
 217
 218
 219
 220
 221
 222
 223
 224
 225
 226
 227
 228
 229
 230
 231
 232
 233
 234
 235
 236
 237
 238
 239
 240
 241
 242
 243
 244
 245
 246
 247
 248
 249
 250
 251
 252
 253
 254
 255
 256
 257
 258
 259
 260
 261
 262
 263
 264
 265
 266
 267
 268
 269
 270
 271
 272
 273
 274
 275
 276
 277
 278
 279
 280
 281
 282
 283
 284
 285
 286
 287
 288
 289
 290
 291
 292
 293
 294
 295
 296
 297
 298
 299
 300
 301
 302
 303
 304
 305
 306
 307
 308
 309
 310
 311
 312
 313
 314
 315
 316
 317
 318
 319
 320
 321
 322
 323
 324
 325
 326
 327
 328
 329
 330
 331
 332
 333
 334
 335
 336
 337
 338
 339
 340
 341
 342
 343
 344
 345
 346
 347
 348
 349
 350
 351
 352
 353
 354
 355
 356
 357
 358
 359
 360
 361
 362
 363
 364
 365
 366
 367
 368
 369
 370
 371
 372
 373
 374
 375
 376
 377
 378
 379
 380
 381
 382
 383
 384
 385
 386
 387
 388
 389
 390
 391
 392
 393
 394
 395
 396
 397
 398
 399
 400
 401
 402
 403
 404
 405
 406
 407
 408
 409
 410
 411
 412
 413
 414
 415
 416
 417
 418
 419
 420
 421
 422
 423
 424
 425
 426
 427
 428
 429
 430
 431
 432
 433
 434
 435
 436
 437
 438
 439
 440
 441
 442
 443
 444
 445
 446
 447
 448
 449
 450
 451
 452
 453
 454
 455
 456
 457
 458
 459
 460
 461
 462
 463
 464
 465
 466
 467
 468
 469
 470
 471
 472
 473
 474
 475
 476
 477
 478
 479
 480
 481
 482
 483
 484
 485
 486
 487
 488
 489
 490
 491
 492
 493
 494
 495
 496
 497
 498
 499
 500
 501
 502
 503
 504
 505
 506
 507
 508
 509
 510
 511
 512
 513
 514
 515
 516
 517
 518
 519
 520
 521
 522
 523
 524
 525
 526
 527
 528
 529
 530
 531
 532
 533
 534
 535
 536
 537
 538
 539
 540
 541
 542
 5

en diez e seys dias del mes de diciembre de este año de quinquenta e seys pago el dho don Pedro a quyn a cada del dho

Septim. Delos tipos fant. malos de solta a quatro ped. m. en p.
No solo que seue de tributo a su m. de los quales se lizo azzo pl
de flosoz. antonyo ffrunyez baquez el pñbdo a lº 154-

— En diez y nueve dias del dho mes de di 32 pagaron los dho vndios diez
tla menudengas en pago de lo que deuen de tributo a su m^{te} las qua

- los vendieron en publico: almosna de diez centos y cinquenta veynte e tres
- dextomines enplata en su vida: de los quales se hizo un con-

[illegible]

**CNM-AH, Cajas Reales 1, f. 58/ 1559. Relación de los tributos que
deben rezagados los indios lipes y causas de ello.**

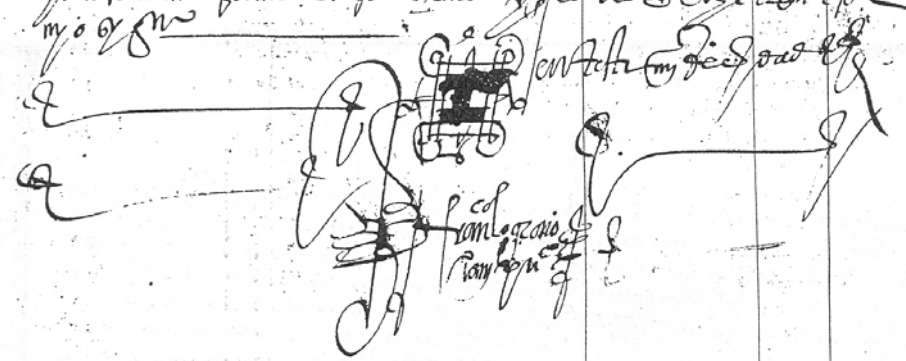
lipes

Exmision Allos yndios lipes de los tributos que de don Xicagad.
contendos en esta probisio[n] atento las causas en ella declaradas.

Don huztado de mendoca marquez de canete huzda maid de la Enbada de
cuencia bispo y laputan general en estos reinos y prouincias del peru por
suma de los oficiales de la real hazienda de la prouincia de los riazcas
sabe que por parte de los caciques y principales y yndios del ofe partim delos
lipes que estaba en comensado en fannas de lapia y boznan nunez de sequan y alzie
entre esta daco fue presentada ante mi una yn forma no fecha en el ayuntamiento de
mynas de potosi en diez y siete dias de noviembre del año pasado de quys e quinienta e
ocho ante leznan pazez hidalgo teniente de justicia mayor y en presencia de fan
logrono canono pñ del numero de la hazienda de la plata fecha con carta no de los ofes
oficiales por la qual pazez que los ofes yndios lipes si agrauian dize[n] que a causa
de ser ellos dcos y no tenez en su tierra mas que quinida y sal y algunas papas
que dale poca cosa y acaz quinienta y tres leguas del asiento de potosi por lo
qual en ninguna manera dcan por dco cumplir con los tributos que hasta agora han
estado tasados y deuan mucha cantidad de ellos y porcellos lmas fannos y estan ofes
en la plaza pñ los caciques y principales pades iendo muchas razones de y tras ellos
y algunos de ellos dgan muerzo y me fue pedida y cumplido que atento lo suso dco
les fizele mzo de lmitiz los dichos tributos decaados que asi de den hasta agora
que en ninguna tiempo los fuesen pedidos y cobrados de los yndios subyosos de sus tierras
viesesen en cobrallos de los dca cada para que ellos se deenaturagen de sus tributos
y se fuesen pedidos a otras partes y les des agrauie y mdoze los dichos tributos
que han de pazez de aqui adelante y por mi vista la dca yn forma no yona fecha lo
que vos los dichos oficiales me enbiades de los dichos tributos decaados que de den los
dlos yndios de los que han cobrado hasta quinica de marzo de este presente año de quinienta e
nuebe que son los siguientes diez mill y novecientos y quarenta y oys pñ y anco tomj nas
en plata en ynan y marcada y ciento y diez y oys pñ de rio pa de abasca de
combre y mugez y ocho fannas y beynte y tres mantas por caballos y tpeynta e
tres mantas y ciento y boze costales de lana consus dcos y dozentas y cinco tabecas
de ganado y beynte y quatro azobas de lana y dozynte y quinienta bolsillos de lnye y de
quinienta y ocho cantazillos de mantera y dozynte y quinienta bolsillos de lnye y de
tenta y quatro llazgas de sal En el presente por el qual en nombre de su mayt. ffermyto.
Elago mzo a los dichos yndios lipes de todos los tributos que de fuso o fize minjon para que a po
ni en tiempo al f los dcan por dco cobrados de sus personas y bienes a po ni en tiempo al f en dco en dco de la dca dca
ni por dca persona en manera alguna atento las dca causas que dizen y vos mando que no
se los pidan ni cobren de sus personas y bienes a po ni en tiempo al f en dco en dco de la dca dca
a de los ofes tributos que fannos y de las dca notificaciones de los dcos en dco en dco en dco en dco
consola esta yn probisio[n] yn ofe remido mas al f vos dcan ofe abidos y pagados en dco en dco en dco
vos des cargo de los ofes tributos amando a las justicias de su mayt. de la dca dca dca dca
y acaz bna y qualquier de las que si por causa de los dichos tributos o de los dcos ofes fannos
ofes o de tenidos los ofes caciques y principales los suelten o lagan soltar de la dca dca dca
dca y acaz de su tierra libre mente y que en esta dca dca no dcan a los ofes oficiales ofes de
ni a fca persona alguna atento esta dca dca dca fca en los ofes dca dca dca dca dca
de fuso de mill y quys y quinienta y nueve años y el marquez por mandado de su s e
pado de abendaos

Elgo y saca b ofe fido y conyztado fue el ofes lido de la dca dca dca dca
y fca por mi fannas logrono escrivano de su mayt. e pñ de la dca dca
de la plata y de la prouincia de los riazcas en el ayuntamiento de mynas de potosi
dca de la dca dca de la plata a pñ mzo dia del mes de setiembre de mill e

quingentos de cinquenta y nueve años. yendo de fechos Juanes de castro. e
 hi castellanos q' antes adest' acento y fecho de los de aca e de
 m o y g n



en la m. de d. p. a. e. f. e.

col. g. r. a. i. a.

p. a. m. p. n.

folio 58v

**CNM-AH, Cajas Reales 1, f. 59/ 1560. Provisión de Antonio de
Hozmayo, corregidor de justicia mayor de La Pata, sobre el
repartimiento de los lipes.**

Antonyo de loz nayo offegidoz de iusticia mayo dela ynuyona Enmy
noble muy real abdad de la plata e pzo bin a de lo en nays do su may e
abos los offiiales dela enzienda offal de su may enmy enbeca esta el offe
paz tmy d'alos yndios luyes e abos don pado daquiza don fransisco aza
muelli en aquez prin p pales e offe paz tmy d'alos demas en aquez prin
pales e yndios del que ovis e pades can d'abno y qual quier de vos pabed
e por provisiol de su e y o de pto ofetna de lo que aveis de dar de tributo
cada año para que vos lo e p anaturalco omis bien tpatados y e congezuis
y abmente lo qual co lo e tmy

11 y zima za miente da zeis ena: da on a no
 que orrey o auenta des de pmo dia del mes de
 enero principio deste año desesenta do smill
 ps engayndes pagados por los teziros del
 y no da zeis (y en co: m: su: p: zonal
 y ten da zeis alreziro, o sh: z de cos d: tina
 zelo oruy
 1 cada dos meses de lan gao de mahiz
 1 cada quatro meses on puezco yende fe to bn
 cazneto de castilla (bn paco
 1 y ten dna a: ga d: sal
 1 cada quatro meses tres castillos de lxi
 1 cada semana (anco abce
 1 los dias de peo: do cada dia diez fuevos
 1 cada dia bn cantn: uillo de lxi
 1 lena e verda

lo qual dizeis y parareis por la orden que es desta / e mande a los poones q de vos
 traigan los dichos tributos caquela le tobiaradas en como dizeis que no os piden
 millerian mas sellos suso dize q es q mill pcos de tributos my p qtra q se dize my dize
 mente por q my p intere por la persona q o pora sellos para q soluer a me
 quato tinal q la persona q es my p. / vos mando a los dize q es en como dize
 q es q fuerades q no los sirdais dello q de my p q es personal q a q no pten
 dais y no zan q a mando que vos los dize caquela q y no os tenpays a q no pte
 una qtra q a los dize q o fialda q bio en comendero qtra fello en qtra q a q no pte
 dize q dize sellos de la hancra q de mill y q es q es en qtra q a q no pte
 pago dize my q por my q es my qtra q a q no pte q a q no pte q a q no pte

**CNM-AH, Cajas Reales 264, 1637, fs. 104v-107v/ 1637. Título de
Corregidor de la provincia de los lipos a Alonso Gutiérrez de
Abendaño.**

Advertencias:

A pesar de que en el título del documento y en la referencia del archivo se consigna el nombre de Alonso Gutiérrez de Abendaño, en todo el texto se nombra a este personaje como Cristóbal.

Aunque el documento aparece registrado en el archivo para 1637, éste es el año en que se juró el cargo de corregidor, título que fue emitido un año antes, en 1636.

Se incluye este documento en el presente Apéndice como ejemplo de esa documentación colonial que he dado en llamar “asuntos de o entre españoles” donde se trata sobre Lipos y/o los lipos, a fin de que el lector pueda hacerse mejor idea del tipo de fuentes manejadas en esta investigación.

Titulo del pueg^o a Donal Gutierrez de abendano
De la Proy^a de los Lipe^s

Don Luis^o mo^o de calura y Bouadilla Conde de chinchon de
Los condes de estado y guerra de sumado Gentilhomme de fusamara
Vizrey Lipe^s y hinc^o go^o y Cap^o de p^o y p^o de
Peru tierra firme y Chile etc^a Por Sacerbien y m^o abo^o
Don Xpoual Gutierrez de abendano y en consideracion del r^o
scu^o de la Cadula de su Mage^d de Puma diabill de p^o
a despachada en via de recomendacion y Por la satisfacion que
se tiene de la p^o y atento a p^o Certificacion de p^o de
segura su^o de su Mage^d que asine al despacho de su Mage^d
En la^a casa de su Mage^d contra esta fianza de Inella Lape^s y de los
derechos de la media Anata que es El d^o = Potosi de segura
su^o de su Mage^d que asine al despacho de los d^o de la^a
Gajda Minas y Legitimos de su Mage^d y fee que por parte del cagn
Don Xpoual g^o de abendano a quien el d^o conde de
chinchon vizrey de los Lipe^s a hecho m^o del congo de los Lipe^s
Dio fianzas a satisfacion de los d^o y fue^o de su Mage^d
y fue su p^o el conde Francisco garcia Collantes El su^o
y el p^o de la conformidad del decreto p^o de por el d^o Don Xpoual
Gomez de sanabria oidor de la Audiencia y juez comis^o del d^o
de la media Anata de p^o de los d^o de p^o de p^o de p^o de p^o
a corre y contarse des de y de la p^o de p^o de p^o de p^o
fue^o de su Mage^d de su Mage^d de su Mage^d de su Mage^d
En la^a casa de Potosi ciento y tres y siete d^o de as chos
los d^o de la media Anata del d^o de su Mage^d de su Mage^d
Commas dos p^o de la^a de los d^o de los d^o de la^a
En la^a casa de Potosi a p^o de los d^o de su Mage^d y asado de la^a
termino sin alu^o de su Mage^d El d^o de su Mage^d pagaba el d^o de su Mage^d
En la^a casa de Potosi los d^o de su Mage^d y p^o de la^a
y assi mismo fico obligacion a la seguridad de la media Anata que
deviere El d^o de su Mage^d de su Mage^d de su Mage^d
del referido segun p^o de su Mage^d de su Mage^d
y fianza de su Mage^d de su Mage^d de su Mage^d
quida en el d^o de su Mage^d de su Mage^d de su Mage^d
p^o de su Mage^d de su Mage^d de su Mage^d de su Mage^d
y p^o de su Mage^d de su Mage^d de su Mage^d de su Mage^d
quedan cargados en el tribunal de p^o

De Anos alos offo de la villa de Portobello ciento y lei po
 de ascho conuenidos en esta Certificación y del mes de mayo del año
 que finiere el dho offo al dho respecto. Pedro de gordo yulla castro.
 Di La Presa Donaguel Omble de su Mage nombre Eliso y Pasual
 al dho Capn don xpovalautierrez de abendaris por corregidor de la
 prouida de los lites y de todos los puebllos y repartim^{to} del distrito
 y juron del dho Corregim^{to} en lag de Donjur duran o que comotal
 trayendo bora de justicia tengais en lag de Venella alos de uino de
 y Naturales de los dhos puebllos y repartim^{to} de ueduacion y alos span^{os}
 y otras personas de uillos y bice y por alli pasaren procurando el bue
 tratam^{to} y conseru^o y aumento de los Naturales y queno sean agrauados
 Castigando los agrauos y exesos que se les hubieren hecho y hubieren
 y po dai conuocando de los los negocios ciuiles y criminales y en la dha
 prouida se officiaren y los que hubieren de pendientes de spanoles con spanoles
 Cyndios con cyndios con spanoles con spanoles y otras personas y los
 finacer Sentencia y determinar Sauendo Justicia y qualmiese al aso
 Conforme a d^{to} y en las sentencias que en lo uno y otro d^{to} de des
 de queno y bice en lag de ueduacion las lleuarias a deuida con confecto
 y tendreis libro donde asentaris las condenaciones que hubiere des
 para la Camara de sumado y gator de puda conforme a los ynter
 ciones y ordenes que estan dadas y el buen gou^o de los yndios las abis
 de guardar cumplir y executar sinq^{ue} en ellas se exceda en nada
 y tenreis particular Cuidado de puese cobrar los tributos y tatos
 de los yndios de el dho repartim^{to} de la juron y de cumplir los que
 por ellas se ha Ordenado sin dexener los tributos de la bronat^o
 encomendados y signados de lo cunias de fidus y de mas efectos
 y puese de bu duyen en las dhas dadas solas penas conuenidas en la
 Cedula de diez y ocho de Mayo de la pasada de sui y d^{to} y no
 y no consentais ni uian en los puebllos de los yndios de la dha juron
 ningunos spanoles ni mulatos ni otras personas y si combiniere que
 alq^{un} de ellos se coreston en Arreles autenias y les compelen a ello
 Embiando La Causa y pagueo de cui y uiendo a algunos catados
 en los Reynos de spania les corrhazas a ella no dando fianzas de que
 se presentaran dentro del serm^o y uel serm^o de la dha juron y otros d^{to}
 en cargo por cui y uel los dhos Naturales se an yndustriados en las co
 de ma de fe catholica y queno se muden de los puebllos y redu
 ciones en que estan mandados reducir y se uien entre ellos las
 y de las uas bonachinas y Pecados publicos y que uian en lag de buen gou^o

folio 105v

[illegible]

Causa al corregidor El capitulo 39 de la Instrucion que se le da para
 El vso de su oficio. Gabriel Carrero
 En el 10 de Lopez Pallares sacado del Reyno de de su Real Hacienda
 En esta villa Imperial de Potomí del Peru Certifico y doy fe
 que en día de la fecha de este El capn don Xpoual gutierrez de abondani
 Presento El titulo de autos despachado en su favor de corregidor y Justa
 mayor de la Prouia de los Tipes por el conde de Chinchon Virrey de
 estos Reynos Anselmo de Sotomayor y de Sotomayor congecion en que
 ofrecio por sus fiadores a Miguel de mendicaval y juan gutierrez de boorgues
 los quales se mandaron recibir por los dichos jueces en la forma que contiene
 El Provisio de los dichos jueces y un auto de su y del Sr don Juan de la Cruz
 Pardo de la Alcaidía de la Plaza que se le notifico en cuya con
 formidad fueron recibidos y otorgaron Anselmo la dicha scriptura
 de obligacion y fianza El dho don Xpoual gutierrez de abondani como
 principal y los dho miguel de mendicaval y juan gutierrez de boorgues
 como sus fiadores juntos de mancomun En solidum con conforme
 a las palabras del dicho titulo a lo qual me amito. y en fe dello
 despachamos de la parte de el pñe en la dicha villa de Potomí
 a veinte y siete dias del mes de abril de mill y seis cientos y treinta
 y siete años siendo testigos Alonso gutierrez de monzoza y alonso gomez de la
 Cerda y en fe dello losignos e firmo testis monio de Heras Pedro
 Lopez Pallares sacado de su Magd y Real Hacienda =
 En el 10 de la hana sacado de su Magd y Publico del mmo y causo
 de esta villa Imperial de Potomí de y fe. Ciudadano testis monio
 alvise El Pñe de suen como en vn causo que la Justa y Regim
 de esta villa Hizo Anselmo Comtal sacado en veniengo cho dias
 del mes de abril de este Pñe año El capn don Xpoual gutierrez de
 Corregidor y Justa mayor de la Prouia de los Tipes despachado
 por el Sr Conde de Chinchon Virrey de estos Reynos = Vayendo de vito
 por el dho causo el dho titulo se obedecio con el acatamiento de vido o se
 mando guardar y cumplir como en el se contiene. y en fe con conformidad
 que llamados al dho causo estando dentro del del futo dho se recibio
 juramento con forma de v de pue vta a vñ oficio en el dho
 oficio del corregidor y Justa mayor de la Prouia de los Tipes se
 guardara las ordenanzas y Provisio del govr y administrara Justa
 a las partes y ha mill e trescientos e sesenta e cinco de la demanda

El qual Dixo Sefus y amen. En cuyal conformidad Por el conde
 Joseph saez de Lorduy Cavallero de la Orden de Alcantara Correg^r
 y Jefe Mayor de la Dha. de lebrango Labarade la Dha.
 Jura y quedo recivido el dho. y exercicio de dho. oficio como
 to do ello Mas Sargamas Contable parecio por el dho. Caudillo.
 E Paraque de ello Conde de lebrango de dho. Capitan Don Xpoual
 guttz de cabenario de el dho. Conde de lebrango de dho. Conde
 de mill y seis de treinta y seis años testigos de de Conde de lebrango
 munez de chaues y al Caudillo de dho. Conde de lebrango
 y fmo. Conde de lebrango de la Dha. de lebrango y Caudillo

Concuerda Con el dho. titulo Razones y testam^{to}
 en la Dha. de lebrango que Original de lebrango
 Don Xpoual guttz de cabenario Correg^r
 y Jefe Mayor de la Dha. de lebrango de lebrango
 en Dha. de lebrango de lebrango de lebrango
 Valente de lebrango. Cabenario de lebrango de lebrango
 Joseph saez de Lorduy

Scha Cruzada
 Bullas

Carta Del Tribunal de la Dha. Cruzada. Y Recibo de Bullas que
 otorgo Alamos de merced alguacil de Corte y de dho. Tribunal
 y entregada en el callao al m^o y Cap^o de lebrango

El fardo
 y dha. de lebrango

En la Dha. de lebrango nombrado San Diego del milgano qualos
 15 del pasado salio del Puerto de lebrango por el dho. de lebrango de lebrango
 de lebrango y de Particular de lebrango de lebrango de lebrango
 y despachos para hacer en de lebrango de lebrango de lebrango
 La Assumptio de lebrango y puerto de lebrango de lebrango
 cacion de la Dha. y munez con cion de lebrango de lebrango
 La Dha. de lebrango de lebrango de lebrango de lebrango
 de lebrango de lebrango de lebrango de lebrango de lebrango